



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PROGRAMA DE POSGRADO EN ECONOMÍA

FACULTAD DE ECONOMÍA ♦ DIVISIÓN DE ESTUDIOS DE POSGRADO

*La Formación Histórica del Pensamiento Económico: Ayn Rand y el
Neoliberalismo*

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:

Doctor en Economía

PRESENTA:

Humberto Bezares Arango

TUTOR:

Dra. Esperanza Fujigaki Cruz
Facultad de Economía, UNAM

MIEMBROS DEL JURADO:

Dr. Adrián Escamilla Trejo
Facultad de Economía, UNAM

Dra. Tayra González Orea
Facultad de Economía, UNAM

Dr. Fernando Escalante Gonzalbo
Centro de Estudios Internacionales, COLMEX

Dr. Andreu Espasa
Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



Agradecimientos

Mi más profundo agradecimiento lo debo a mi tutora, la Dra. Esperanza Fujigaki Cruz, cuyo consejo y conocimiento fueron invaluable a lo largo de esta travesía, no sólo como parte del trabajo académico sino como una verdadera fuente de inspiración gracias a nuestros “seminarios privados” que nos permitieron navegar por las aristas más inverosímiles de la historia, siempre con un ánimo de iluminación y entendimiento que espero haber podido transmitir en estas páginas. Agradezco a la Dra. Tayra Belinda González Orea, cuya visión crítica y su sobriedad intelectual ayudaron a mantener en tierra firme mis divagaciones históricas cuando éstas amenazaron con desbordar los límites de la objetividad científica. El desacuerdo, siempre dentro de los márgenes del respeto y el diálogo académico, fueron de gran valor para mis indagaciones. Agradezco al Dr. Adrián Escamilla Trejo, por su dedicación al revisar las desaforadas páginas que se escribieron a lo largo de estos cuatro años, muchas de las cuales ya no forman parte del presente trabajo, pero que fue gracias a su compromiso con mis al revisar mis escritos como llegué a concluir un estudio que seguramente hubiera naufragado sin sus valiosas recomendaciones y, más aún, sin la constante motivación que me influyeron sus palabras de ánimo. A todos ustedes, no sólo como miembros de un comité tutorial sino, fundamentalmente, cómo grandes seres humanos, agradezco profundamente su ayuda y amistad.

No puedo dejar de agradecer al Dr. Andreu Espasa, quien más que un jurado indiferente a mis estudios fue la fuente de un conocimiento invaluable sobre la historia política y cultural de los Estados Unidos de la que me he aprovechado grandemente para redondear mis argumentos allí donde éstos flaqueaban. No menos valioso ha sido para mí contar con el conocimiento y la lucidez del Dr. Fernando Escalante Gonzalbo, de cuyos trabajos académicos no sólo se han nutrido mis indagaciones, sino que han sido al mismo tiempo fuente de inspiración para abordar con confianza y pasión intelectual la tarea que concluye con la exposición del presente estudio. Espero no haber defraudado el esfuerzo y el compromiso que ambos han puesto en su labor como jurados, pero sobre todo como investigadores consagrados cuya luz espero haber proyectado, aunque sea tenuemente, sobre estas páginas. Muchísimas gracias.

Agradezco a todos los profesores y colegas que a lo largo de estos cuatro años hicieron de mis estudios de doctorado una experiencia vital inolvidable. A todos los catedráticos de quienes he tenido el privilegio de compartir el aula como alumno: Dr. Ignacio Perrotini Hernández, Dr. Juan Carlos Moreno Brid, Dra. María Eugenia Romero Sotelo, Dr. Luis Humberto Muñoz Oliveira, Dr. Enrique Dussel Ambrosini, Dr. Pavel Kuchar... a todos ustedes agradezco por compartir su conocimiento y sus consejos. Aunque no siempre compartimos las opiniones, quizá de esto mismo se derivó la lección más valiosa que me dejan estos cuatro años en la UNAM: la importancia del diálogo respetuoso y la diversidad de opiniones para construir un conocimiento verdaderamente universal.

Agradezco, por último, al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología por el apoyo prestado a lo largo de estos cuatro años, sin el cual no hubiera sido posible llevar a buen término el presente trabajo en tiempo y forma.

A...



INDICE

INTRODUCCIÓN	1
i. Ayn Rand en la Actualidad (justificación)	1
ii. Estado del Arte	18
iii. Objetivos	28
iv. Aspectos Metodológicos	31
VIDA Y OBRA DE AYN RAND	42
I. Años de Formación (1905-1942)	43
II. Madurez e Influencia (1943-1982)	97
CRÍTICA DE LAS IDEAS ECONOMICAS DE AYN RAND	155
III. Crítica de las Ideas Económicas de Ayn Rand (I)	156
A. Introducción	156
B. Monopolio	175
IV. Crítica de las Ideas Económicas de Ayn Rand (II)	200
C. Crisis de 1929	200
D. Sindicatos	224
V. AYN RAND Y EL NEOLIBERALISMO	245
CONCLUSIONES	302
Bibliografía	324

INTRODUCCIÓN

“Al igual que Dickens, el arte de Rand es el arte del melodrama. En el fondo, fue una novelista del siglo diecinueve iluminando conflictos sociales del siglo veinte. Sus novelas y lo mejor de sus ensayos merecen ser leídos hoy en día, cuando los problemas de la riqueza y la pobreza, el poder del Estado y la autonomía, la seguridad y la libertad, nos siguen perturbando” Heller (2009K).

i. Ayn Rand en la Actualidad [Justificación]

¿Por qué Ayn Rand? ¿Qué justifica que una investigación de historia económica estudie la vida y obra de una controversial escritora del siglo XX? ¿Puede la vida y obra de Ayn Rand ayudarnos a entender qué es el neoliberalismo? Atendiendo a esta última pregunta, hay que empezar por reconocer que existe cierta oscuridad alrededor del significado de la palabra “neoliberalismo” a pesar de su frecuente uso tanto en el lenguaje común como en el debate académico. Dependiendo del contexto, designa desde una teoría económica hípermatematizada hasta un periodo histórico difusamente fijado al rededor del último tercio del siglo XX. Como adjetivo puede hacer referencia a una política pública específica –la austeridad, por ejemplo– o a un gobierno –el de Reagan, por antonomasia–. Generalmente aparece cargada de un sentido peyorativo que hace que nadie presuma el título de neoliberal aunque muchos parecen estar de acuerdo con las políticas que ha inspirado.

Existe un reconocimiento más a o menos amplio en que la llamada “economía neoclásica” se vincula de forma estrecha con el neoliberalismo, a pesar de que, como lo señala Escalante (2015:56), existen liberales no-neoclásicos –como Ronald Coase– tanto como neoclásicos no-liberales –Paul Krugman, por ejemplo–. A decir verdad, no existe nada en las arcas de la ciencia económica que pueda llamarse, así sin más, “el modelo neoliberal”. De hecho, la doctrina que se amalgama bajo tal epíteto no se limita tan sólo a aspectos económicos, ni en la teoría ni en la práctica, sino que prestan una gran atención a los aspectos jurídicos e institucionales que enmarcan al mercado. Asimismo, aunque muchas de las teorías que pueden relacionarse con las políticas liberales se encuentran repartidas en diferentes lugares del corpus dogmático de la escuela neoclásica –la *teoría de la elección pública* de James M. Buchanan, la *teoría de la elección racional* de John K. Arrow et al., la

teoría del capital humano de Gary Becker, etc.–, el espectro académico del neoliberalismo es mucho más amplio y se extiende hasta los dominios de la Escuela Austriaca y más allá de la economía hasta pensadores como Robert Nozick o Karl Popper. Es un *proyecto intelectual* acometido por un gran número de pensadores a través de diferentes coyunturas históricas – sobre el que ahondaré en el *Capítulo V* del presente estudio– siendo la aportación de Friedrich von Hayek de suma importancia, tanto por su influencia política como por su participación en la Sociedad Mont Pelerin (SMP), organismo neoliberal por antonomasia.

Pero si la influencia de Hayek en el giro político neoliberal de los 70s –porque el neoliberalismo es también un *proyecto político* que comienza a erigirse en la década de los 70s pero que toma forma en los 90s con la creación de la Organización Mundial de Comercio– se hizo patente en la figura de Margaret Thatcher, no es tan claro que lo haya sido en el caso de los Estados Unidos de América, donde el ascenso de Ronald Reagan y el neoliberalismo abrevaron de “otros manantiales”. Uno de estos fue una novela publicada en 1957 con el título de *La Rebelión de Atlas*, una ficción romántico-capitalista de notables cifras de ventas en la que se entremezclan un conjunto de ideas económicas que apuntan hacia una forma radical de *laissez-faire* en el que el “egoísmo” aparece no sólo como posible garante de la articulación social, sino como su condición necesaria.

Una radical fobia al Estado atraviesa a la novela y a su autora, Ayn Rand, que encontró un eco y un auditorio ideales en la década de los 60 y 70s entre la juventud norteamericana radicalizada en contra del Estado a causa del fiasco de Vietnam. Su mensaje pro-capitalista encontró suelo fértil en el ánimo individualista que afloró en esos años de ruptura social y *transformación cultural*, sin la cual no es comprensible el triunfo del proyecto político neoliberal y las ideas en que se inspira. En este sentido, el neoliberalismo sólo cobra pleno significado cuando su ascenso se enmarca en el contexto de las transformaciones culturales que abarcaron desde la lucha por la igualdad de la población negra en los Estados Unidos hasta el movimiento contracultural de los Híppies. La reivindicación del individuo –el joven, el negro, la mujer, etc. – frente al creciente Leviatán estatal fue el signo de este periodo que comienza con una explosión de rebeldía y alegría, pero que ha desembocado en una suave indiferencia frente a la angustia social. Un *termidor* cultural –el concepto es de Franz Hinkelammert– convirtió las demandas sociales de

fraternidad y paz en una apatía egoísta, en un culto del individualismo, que encontró una vehemente portavoz en Ayn Rand. La famosa impronta de Margaret Thatcher, “no existe tal cosa como la sociedad”, bien pudo haber salido de un ensayo de Rand fechado en 1964 en el que se lee: “no existe una entidad tal como ‘la sociedad’; pues la sociedad es sólo un número de hombres individuales”¹ (Rand, 2009:25).

Rand y Hayek, objetivismo y neoliberalismo, Reagan y Thatcher², mojones que marcan el sendero de las transformaciones del siglo XX. No se trata de procesos aislados o coincidencias fortuitas sino de dos vertientes de un mismo fenómeno; dos ríos que no solamente se unen en su desembocadura, sino que se emparentan por su sincronicidad histórica: dos años antes de que tuviera lugar el Coloquio Lippmann –primer esfuerzo intelectual colectivo por enarbolar un consenso neoliberal–, Ayn Rand publicó su primera novela *Los que Vivimos* [1936] en los que denuncia los “horrores” de su experiencia en la naciente Unión Soviética. Mientras el Coloquio era dispersado por la Segunda Guerra Mundial, Rand se afianzaba como una novelista influyente y una dura crítica del New Deal de F. D. Roosevelt tras la publicación de su segunda novela, *El Manantial*, en 1943. “Su carrera –escribe Burns (2004:384)– refleja las cambiantes fortunas del capitalismo en la derecha. En los 1940s, fue una inspiración para aquellos que peleaban contra el New Deal y esperaban producir un nuevo orden político afín a los mercados”. Al terminar la guerra el Coloquio resurgió con un carácter mucho más norteamericano y una nueva identidad: la Sociedad Mont Pelerin (SMP). Paralelamente, Rand se consagraba como una autora influyente, en parte gracias al impulso dado a su obra por la Fundación para la Educación Económica (FEE), organismo que jugó un papel importante en la transformación de la SMP hacia un modelo más afín a los intereses norteamericanos. Al parecer de Younkins (2017:84) “la filósofa, Ayn Rand, y el economista, Friedrich Hayek, hicieron mucho durante el siglo veinte para proveer argumentos filosóficos que ayudaron a cambiar la opinión intelectual

¹ Sin que Thatcher haya hecho alusión explícita a Rand, consta en la correspondencia de Rand que fuentes cercanas a la Dama de Hierro le habrían hecho saber que, al menos en sus círculos de asesores, Ayn Rand era una figura admirada y *La Rebelión* una novela popular. En 1979 Keith Joseph, uno de los intelectuales más destacados en la construcción del “thatcherismo”, condujo la edición de un libro titulado *The Case of Private Enterprise* en el cual se incluye un ensayo de Chris Tame titulado “the moral case of private enterprise”, en donde el autor, objetivista reconocido y fundador de la Libertarian Alliance, expone las ideas de Rand.

² Jerome Tuccille (1971:185) escribió en sus memorias que “Thatcher era una no-sinsentido, no-toma-prisioneros heroína salida de una novela de Rand; y Reagan era Howard Roark con una sonrisa ganadora empeñado en una misión de sacar a los colectivistas de Washington”.

lejos del estatismo y hacia una sociedad libre”. Ambos, Hayek y Rand, tuvieron a su manera y en su espacio una gran influencia que ayudó al ascenso y consolidación del consenso neoliberal.

Fallecida en 1982, Ayn Rand no vivió para ver las consecuencias de su influencia. Al parecer de Burns (2004:364), “su carrera se vio marcada por el castigo que pagó por ser una partidaria temprana de ideas impopulares que más tarde pasarían a ser sabiduría convencional”; afirmación que, nuevamente, la emparenta con el sino neoliberal: “lo cierto –escribe Hobsbawm (2014:181)– es que desde comienzos de los años cuarenta y hasta los años setentas los más prestigiosos y antes influyentes defensores de la libertad total del mercado, como Friedrich von Hayek, se sentían como profetas que clamaban en el desierto”. Hayek llegaría, aunque bastante mermado, a ver la tierra prometida: la sociedad transformada por sus profecías y por la red intelectual que puso en marcha y que, como homenaje tardío, le entregaría un Nobel de Economía. Rand murió en el aislamiento de un profeta resentido, pero al que hoy más de uno rinde culto y clama por su regreso.

- o -

Vuelvo a la pregunta: ¿Por qué Ayn Rand? Sus ideas, evidentemente, distan como cualquier proyección teórica de la realidad en la medida que son llevadas a la práctica. En este sentido, parecería arriesgado afirmar que Rand fue un manantial del neoliberalismo. Fue, más bien, una corriente furiosa que fluyó por el mismo cauce, independiente pero inexorablemente ligadas en su fluir hacia nuestro presente. Pero así como el *socialismo realmente existente* distó en su operación de lo postulado por los pensadores socialistas, el *liberalismo realmente existente* dista de los fundamentos teóricos que lo sustentan. La pregunta es entonces si se trata de la única aplicación posible de sus ideas, una “terrenalización” por así decir de su pensamiento utópico, o si más bien no se han aplicado en realidad. La interpelación no es baladí: mientras para sus críticos la crisis de 2008 fue el resultado de aplicar las ideas de Rand sobre la desregulación a la industria financiera, para sus seguidores fue la confirmación de que Rand tenía razón y el Estado es en última instancia el culpable al que hay que reducir hasta donde sea posible. ¿Cómo es posible tal contraste de interpretaciones?

Una primera respuesta la encontramos en Fletcher (1976:368-374), donde se sugiere que “las historias de Rand (...) son principalmente ‘coberturas dulces’ para un tratado (...)”

Rand agasaja al empresario y celebra las virtudes del sistema de libre empresa (...) el éxito que ha alcanzado puede ser el resultado del hecho de que sus lectores fallan al entender plenamente que tan radicales son sus propuestas y los obstáculos que se interponen en el camino de su implementación”. Ante tal aseveración cabe solamente el reparo de que, en efecto, eran radicales en los 70s, pero hoy en día ya no. Las peticiones de mayor libertad económica y menor intervención que resurgieron después de la crisis de 2008 y que no dejan de tener un eco en nuestros días, dan cuenta de que estamos lejos de haber alcanzado el límite del pensamiento utópico libertario: siempre se puede ir más lejos.

Si bien la obra de Rand no destaca por su solidez científica, sí lo hace por su capacidad comprensiva. Se entretiene en sus escritos una *teoría de la decisión pública* donde se adelantan algunas de las conclusiones a las que por sus propios medios y en su propio espacio llegaría J. M. Buchanan; antecede a Arrow y Becker al tratar las decisiones humanas como elecciones racionales (egoístas); su postura ante los impuestos no difiere sustancialmente de la desarrollada por la llamada “economía de la oferta” que permeó el programa económico Reagan, pero las dota de un aura moral que resultaría más convincente a la larga que la llamada “curva de Laffer”; etc. A decir verdad, muchas de las ideas económicas que incorpora en sus sistema no pueden considerarse “originales” en un sentido purista, sino que revive dogmas económicos que habían sido congelados por la Gran Depresión: en su defensa del patrón oro se reflejan las cavilaciones monetarias de Ludwig von Mises; su fobia al Estado tiene la firma de Spencer y de Nock; etc. En este sentido, Duggan (2019:10) observa que “su don particular no era para la elaboración filosófica, sino para su rígida condensación y aforismo. Desplegó este don para crear una *economía moral de la desigualdad* para infundir su ligeramente pornográfica ficción romántica con el eros político que capturaría a un lectorado masivo”.

Pero más importante que las ideas económicas que Rand proyectó en sus obras —en gran medida una repetición de las ideas de Mises, el más primitivo entre los padres fundadores del neoliberalismo— son su concepción del ser humano y su visión del mundo. Se desarrolla en sus novelas una concepción del *hombre empresario-de-sí mismo* que es elevado al pedestal del heroísmo en la figura de Atlas. Hay en sus escritos un rudimento de filosofía de la historia que asigna a estos hombres egregios, los empresarios encumbrados, el papel de

“motores” de la historia y la civilización. Tales ideas permean a la sociedad occidental contemporánea, ya que el neoliberalismo, más allá de una simple teoría o una praxis política, más que una simple ideología, es una idea abarcadora del mundo, una *racionalidad* (Laval y Dardot, 2013K) cuya proyección más provocadora y su propaganda más persuasiva no se encuentra en manual alguno de economía, sino en *La Rebelión de Atlas*. Es por ello que, como lo observa Duggan (2019:4), “si nos interesamos en la exposición cuidadosa de las teorías económicas de Milton Friedman, y en los análisis históricos de las operaciones del Fondo Monetario Internacional –ambos cruciales para el ascenso y difusión del neoliberalismo– debemos entonces ocuparnos en la consideración seria del trabajo de Ayn Rand (...) comprometernos con su trabajo antes que descartarlo es crucial para entender dónde nos encontramos ahora”. Tal es el objetivo de la presente tesis.

- o -

No es novedad que la economía acuda a la literatura para reforzar sus análisis³. Karl Marx citaba a Virgilio e hizo referencia al *Robinson Crusoe* [1719] de Daniel Defoe para ejemplificar la intromisión del pensamiento burgués en la literatura. Recientemente, el economista francés Thomas Piketty ha recurrido a las novelas de Honore de Balzac y Jane Austen para ilustrar la desigualdad económica del siglo XIX y llenar los huecos estadísticos de sus series históricas. Su detractora, la profesora Deirdre McCloskey, hace lo propio con profusas referencias a la obra de Austen y Dickens para construir una apología del capitalismo. Los ejemplos, más o menos afortunados, sobran.

Pero en este caso no se trata de recursos discursivos o alusiones ilustrativas, sino de poner en el centro del análisis a una escritora y su obra. Una justificación a este proceder nos la da la propia Ayn Rand (1975:205), cuya definición de arte lo concibe como “una recreación selectiva de la realidad de acuerdo con los juicios de valor metafísicos del artista”. En otras palabras, lejos de ser simples ficciones, su obra literaria engloba una visión del mundo sustentada en principios económicos que, como veremos más adelante, son altamente afines aunque no idénticos a los promovidos por el neoliberalismo. Sciabarra (2013:206)

³ Una síntesis de los acercamientos entre economía y literatura se puede encontrar en Shell (2014) *La Economía de la Literatura*. Entre éstos destaca el estudio de “temas y metáforas económicos en obras literarias” (Shell, 2014:13), que es precisamente el área donde se inserta la presente tesis.

sostiene que Rand “reconocía que cada obra de arte tiene implicaciones sociales (...) tanto como una obra de arte es un reflejo del alma del artista, asimismo es, también, un barómetro de la cultura”. El menosprecio que Rand mostró por los escritores que fueron sus contemporáneos –la llamada “generación Beat”–, refiriéndose constantemente a la “decadencia moral” de la sociedad reflejada en sus obras, nos da una idea de su postura respecto al papel social de la literatura que es, al mismo tiempo, reflejo de su época e instrumento de transformación.

Rand no escribió un tratado integral de su filosofía. Al parecer de Sciabarra (2013:207) esto se debió a que “si bien un código ético puede enunciar principios morales abstractos, sólo la literatura puede crear un modelo concretizado para su aplicación en el reino de la acción humana”. En este sentido, Rand se acerca a la tradición del simbolismo ruso que buscaba la transformación de la cultura mediante el arte. Ya veremos más adelante qué tanto logró su cometido –y que tanto es asimilable con el programa de largo plazo vislumbrado por Hayek y la SMP para la transformación de la sociedad–. Por ahora baste con señalar que la intención transformadora existe y que más allá de una intención puramente estética, hay un programa político implícito en su obra.

Haciendo referencia a la obra de Harriet Martineau, *Illustrations of Political Economy* [1832] –a la que Fletcher (1976), por cierto, equipara con *La Rebelión de Atlas*– Shell (2014:21) observa que “algunos escritores incorporan doctrinas económicas en los argumentos de sus obras literarias (...) no solo ilustran las condiciones materiales sino que también se estructuran gracias a una fusión extremadamente sintomática desde el punto de vista ideológico de argumento y doctrina económica”. Al igual que Martineau, Rand llevó a cabo esta incorporación para esbozar una persuasiva defensa del capitalismo. Su obra es pues parte de los esfuerzos sistemáticos que llevaron al ascenso de una racionalidad que debería regir en una nueva sociedad que dejara atrás al fantasma del Estado de Bienestar.

- o -

Retomo la pregunta: ¿por qué Ayn Rand? Porque más que una polémica pensadora del siglo XX es una presencia viva en nuestros días, particularmente desde la crisis financiera de 2008 en cuya gestación no se puede dejar de reconocer el papel de su más conspicuo acólito intelectual: Alan Greenspan. En una entrevista concedida a la revista Times en 1974 tras su

nombramiento como asesor económico de Gerald Ford, Greenspan declaró que “[Rand] me hizo pensar por qué el capitalismo no es sólo eficiente y práctico, sino moral también” (Golden, 1974e). Qué tanto las ideas de Rand influyeron en la crisis de 2008 es una pregunta que será abordada más adelante (*Capítulo IV-C y V*). Por ahora baste con reconocer que la relación existe, no es superficial y que, como lo señala Clardy (2012:239) en su análisis de la utopía objetivista, “el ascenso del ala-derecha en la política hoy en día demanda que el foco de atención sea puesto en los sueños que inspiraron este movimiento”. En otras palabras, la gestión de Greenspan no puede entenderse sin el influjo de Rand y, más aún, la crisis misma y el ánimo de avaricia especulativa que llevaron al colapso cobran una nueva luz, un sentido moral implícito, cuando se presta atención a la vida y obra de Ayn Rand.

Algunas cifras ayudan a ilustrar el auge de la popularidad de Rand a partir de la crisis financiera de 2008: en el año 2009 las ventas de *La Rebelión de Atlas* rebasaron el medio millón de copias, ubicándose como número uno en la lista de ventas de “literatura y ficción” de Amazon. Un año más tarde, una encuesta de opinión conducida por la empresa Zogby encontró que de una muestra de 2,100 adultos, 29% habían leído *La Rebelión* y de éstos la mitad declararon que la novela había influido en su pensamiento político (Weiss, 2012:15). Todavía en 2011 la cifra de ventas se ubicaba alrededor de las 445,000 copias y se han mantenido elevadas en parte gracias a una nueva edición en español revisada de *La Rebelión de Atlas* que fue publicada en 2019 y de *El Manatíal* en 2020, ambas en Argentina. Asimismo, el nombre de Ayn Rand figura en las lista de los pensadores más influyentes de Wikipedia en las categorías de: ateos, anti-fascistas, emigrantes rusos, mujeres escritoras, activistas políticos, escritores judíos, guionistas de cine y autores de ciencia ficción⁴.

A la par de estas notables cifras de ventas, es importante notar que existen dos organizaciones a la difusión de sus ideas y que ambas se auto-proclaman como herederas del pensamiento randiano. La primera es el Instituto Ayn Rand (ARI por sus siglas en inglés) fundado en 1985 por Leonard Peikoff, albacea intelectual de Rand. La segunda es la Atlas Society, la cual se presenta a sí misma como una organización cuyo objetivo es la promoción del “*objetivismo abierto*: la filosofía de la razón, el individualismo, el logro personal y la

⁴ Cowen (2018e) menciona el caso de Ayn Rand en su lista de “los pensadores libertarios más subestimados”.

libertad originada por Ayn Rand”⁵. Esta organización fue fundada en 1990 por el filósofo David Kelley como parte de una denuncia del “objetivismo *cerrado*” del ARI. A pesar de sus desencuentros, ambas organizaciones difunden las ideas de Rand, principalmente a través de “cumbres objetivistas”, la distribución de copias gratuitas entre profesores de literatura y filosofía del nivel medio y superior y mediante el financiamiento de programas educativos.

- o -

El atractivo de Rand para la comprensión del mundo contemporáneo se ha hecho notar en las obras de algunos de los pensadores más destacados de nuestro tiempo. No es pues sorprendente que el intelectual búlgaro Tzvetan Todorov se refiriera a Rand en su obra *Los Enemigos Íntimos de la Democracia* (2012) en los siguientes términos: “por poner el ejemplo de otra propagandista neoliberal, creció en aquella Rusia comunista, que es responsable de la ruina financiera de su familia. Durante sus estudios se impregna del espíritu radical que impregna su país, contra el que al mismo tiempo alimenta un odio tenaz” (Todorov, 2012:92). Por su parte, el historiador del pensamiento económico Stefano Zamagni hace referencia a Rand en su obra *Avaricia* (2013), señalando que “cuando publicó en 1957 su famoso *Atlas Shrugged* (...) y posteriormente, en 1964, el ensayo *The Virtue of Selfishness* (...) quizá no pensaba que estos textos acabarían convirtiéndose de allí a poco en el punto de referencia de la nueva derecha norteamericana” (Zamagni, 2013:133).

Por su parte, en un artículo titulado *The Actuality of Ayn Rand* (2002) el filósofo Slavoj Žižek observó que “la dimensión propiamente subversiva de su proceder ideológico no debe ser subestimado: Rand encaja en la línea de autores ‘demasiado conformistas’ [‘*overconformist*’] que socavan el edificio ideológico dominante por su mera identificación excesiva con éste” (Žižek, 2002:215). Žižek analiza las cuatro figuras masculinas de *El Manantial* [1943] atendiendo a su rol sexual y mediante la construcción de un *cuadro semiótico greimassiano* descubre una caracterización de su comportamiento a partir de las relaciones de oposición, contradicción y complementación. Concluye que el eje ideológico elemental del pensamiento de Rand “consiste en la oposición entre ‘la fuerza motriz’ u ‘hombre de la mente’ y ‘el hombre de segunda mano’ u ‘hombre masa’.” (Ibíd.:215). En la

⁵ <https://atlassociety.org/about-us/about-us-archive/3816-what-we-stand-for>

solución final de este choque dialéctico emerge el “sujeto-ensimismado”, un individuo despojado del juego histórico de la subjetivación gracias a la indiferencia fundamental que siente hacia *el Otro* (Ibíd.:226).

Otro ejemplo es la obra de Frank Schirrmacher, *Ego* (2014), en el que el ex director del diario conservador-liberal *Frankfurter Allgemeine Zeitung* esboza una provocativa tesis sobre en el que la teoría de juegos y la inteligencia artificial configuran un nuevo tipo humano egoísta que rige las decisiones económicas y sociales en nuestros días. Al construir su argumento, Schirrmacher (Ibíd.:35) señala que “en la década de 1950 había un largo trecho que recorrer para llegar hasta allí; faltaba las tecnologías. En cambio, había matemática abstracta o filosofía descabellada, como la de Ayn Rand, la filósofa estadounidense que ya enseñó el egoísmo abstracto al joven Alan Greenspan”. Schirrmacher (Ibíd.:41) desestima el papel de Rand en comparación con el de la tecnología, continuando por señalar que “se subestima la crisis si se piensa que tan solo se trata de un presidente de banco llamado Alan Greenspan o de una filósofa llamada Ayn Rand, quien predicaba y sigue predicando el egoísmo en libros que se venden más que la Biblia”.

En *Las Virtudes Burguesas* (2015), la profesora Deirdre McCloskey dedica algunas líneas a Rand, identificando en la escritora a un “enemigo pernicioso” para la causa pro-capitalista, ya que su discurso exaltador del egoísmo empaña antes que ayudar a la causa de un “verdadero” capitalismo humanista. El problema, continua McCloskey es que “un defensor estilo Ayn Rand del <<egoísmo ético>> –esto es, la creencia en que uno *debe* ser egoísta: ¡arriba el capitalismo bucanero!, ¡la codicia es buena!– argumentará que a <<todos les iría mejor si actuaran de esta manera>>. Pero esta retórica viola la premisa egoísta, pues parte de una incongruente preocupación por <<todos>>” (Ibíd.:345). Descartando sus premisas, más no su defensa del capitalismo, McCloskey (Ibíd.:523) concluye que “existe un camino medio entre el comunitarismo de MacIntyre y el individualismo de Ayn Rand. Yo lo caracterizaría como el deber positivo de ser un buen burgués”.

No menos interesante es, en este contexto de atractivo intelectual, la conocida declaración del expresidente de los Estados Unidos, Barak Obama, hecha en una entrevista

concedida en octubre de 2012 a la revista Rolling Stone⁶. En dicha ocasión Obama se refirió a la filosofía de Ayn Rand como una antítesis de su propia filosofía, agregando que Rand “es una de esas cosas que muchos de nosotros, cuando tenemos 17 u 18 años y nos sentimos incomprendidos, adoptamos”; pero que es necesario, concluyó el entonces Presidente, abandonar cuando uno madura y se vuelve consciente de la complejidad del mundo real⁷.

La razón de que reconocidos intelectuales y figuras políticas presten atención a la figura de Rand, sin embargo, se ha debido menos a la necesidad de combatir sus ideas que a su creciente atractivo para el público. Salvo en el caso de Zizek, Ayn Rand les *importa como fenómeno, no como pensadora*. Es, en este sentido, una gran ironía que la autoproclamada filósofa del individualismo sea reconocida por su impacto creciente en la psicología del colectivo. En palabras de Butler (2018:6), “sus novelas han llevado sus ideas sobre la vida, la política y la moralidad a la cultura popular y las han hecho accesibles a un público laico que con dificultad podría abrirse paso a través de un tratado académico”. Pero esto no es motivo para desechar de tajo el pensamiento económico de Rand, ya que si bien puede carecer de rigor científico se ha consolidado en muchos niveles como criterio de *veridicción*, es decir, como criterio que da legitimidad a la praxis política del periodo neoliberal.

- o -

Respecto a la influencia de Rand en la política norteamericana contemporánea, Weiss (2012) analiza su influjo en el Tea Party Movement, cuyos primeros pasos se dieron con las manifestaciones de Rick Santelli, editor noticias de la CNBC y declarado randiano, en contra del plan de estabilidad de vivienda de Barack Obama. Al parecer de Weiss, el Tea Party consolida el acercamiento entre el libertarismo y el objetivismo, en el cual ha jugado un papel primordial el director del ARI, Yaron Brook. No menos importantes es que, como lo señala Duggan (2019:203), “los fans de la novela [*La Rebelión de Atlas*], aunque sean una mezcla en cuanto a su género, sean abrumadoramente norteamericanos blancos de las clases profesional, administrativa, creativa y de negocios”.

⁶ https://www.huffpost.com/entry/president-obama-ayn-rand-misunderstood-teenagers_n_2019618

⁷ Un ejercicio de “ficción analítica” basado en un debate apócrifo entre Rand y Obama fue elaborado por Chanda Chisala, investigadora invitada del Instituto Hoover de la Universidad de Stanford, con el título “*Barak Obama Vs Ayn Rand, the last battle for the soul of America*” (2013).

El Tea Party se abrió paso en el Congreso de los Estados Unidos en las elecciones de 2010 de la mano de Rand Paul, hijo del representante por el distrito 14 de Texas, Ron Paul, miembro del Partido Republicano, tres veces aspirante a la presidencia de los Estados Unidos y simpatizante de las ideas de Ayn Rand. En 2012, Ron Paul participó en las elecciones primarias para la nominación del Partido Republicano en las que resultó ganador Mitt Romney. El compañero de fórmula de Romney, por cierto, fue el republicano Paul Ryan, figura política conocida por sus ataques al Medicare y quien en una entrevista en 2003 declaró que solía regalar copias de *La Rebelión de Atlas* en Navidad y que hacía que todos sus internos leyeran la novela. En 2015 Ryan fue nombrado presidente de la Cámara de Representantes.

No es pues sorprendente que la lista de “personas influidas por Ayn Rand” elaborada por Wikipedia incluye a más de cien personas entre políticos, empresarios, artistas y académicos que han reconocido la influencia de Rand. En la lista destacan, aparte de los ya mencionados, Martin Anderson, economista y consejero principal de Ronald Reagan; Bob Barr, candidato a la presidencia de los Estados Unidos por el Partido Libertario en 2008; Malcolm Fraser, Primer Ministro de Australia de 1975 a 1983, por cuya petición Rand fue invitada a la Casa Blanca en 1976; John Hospers, primer candidato a la presidencia de los Estados Unidos por el Partido Libertario en 1972; Mark Mecker, activista del Tea Party y co-fundador de los Tea Party Patriots; David Nolan, fundador del Partido Libertario de los Estados Unidos; Keith Raniere, recientemente inculcado por los escándalos de tráfico sexual que llevó a cabo mediante su organización NXIVM, a la cual se ha vinculado al hijo del ex presidente Carlos Salinas de Gortari, Emiliano Salinas, y Rosa Laura Junco, hija del dueño de Grupo Reforma; Ayelet Shaked, nombrada en 2015 Ministro de Justicia del gobierno de Israel; John Stossel, comentarista de la cadena Fox quien junto a Glenn Beck han promovido una agenda anti-Medicare desde la televisión norteamericana –“vendedores de ideas de segunda mano” ya veremos su importancia para el proyecto neoliberal–; Clarence Thomas, Juez de la Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos quien, según su propio testimonio, “educa” a sus ayudantes legales proyectando cada año la versión cinematográfica de 1949 de *El Manantial* (Weigner, 2012e); Jimmy Wales, co-fundador de Wikipedia; etc.

A pesar de ser larga, dicha lista no incluye a personajes de la política que han declarado su admiración por Rand como la líder del Partido del Centro de Suecia Annie Lööf,

el ex Primer Ministro de Estonia Mart Laar o el Senador republicano por Wisconsin, Ron Johnson, quien en un debate en 2011 se refirió a *La Rebelión de Atlas* como “su libro fundacional” y agregó que se trata “de una advertencia de lo que puede pasar en Norteamérica” (Will, 2010e). Tampoco se incluye a Steve Jobs –de quien sus allegados han confirmado que era admirador de *La Rebelión*– o a Robert Nozick, cuya influyente obra *Utopía, Estado y Anarquía* [1974] rescata elementos del pensamiento randiano referentes a la teoría de los derechos naturales. Aunque Nozick fue crítico de la filosofía de Rand, no dejó de reconocer que las ideas de Rand eran “dignas de consideración y de discusión rigurosa”. La primera aportación de Nozick al debate académico se dio, de hecho, en 1971 con un ensayo titulado “*on the Randian Argument*” (Riggenbach, 2015).

Notablemente, la lista no incluye a Ronald Reagan, quien en una carta dirigida al empresario William Vandersteel fechada en mayo de 1966, agradece el regalo que éste le hizo de una copia del panfleto “Conservadurismo: un obituario” de Ayn Rand. En la carta se lee que el entonces candidato a la gubernatura de California se refiere a sí mismo como “admirador de Ayn Rand” (compilado en Skinner et al., 2003:282). No menciona tampoco al expresidente de los Estados Unidos, Donald Trump, quien durante la campaña presidencial de 2016 dijo en una entrevista concedida al periódico *USA Today* que uno de los libros que lo han inspirado es *El Manantial* de Rand: “es un libro que se relaciona con la vida y los negocios y las empresas y las emociones. Ese libro se relaciona con... todo” (Pardo, 2018e). Tres de las posiciones más importantes en la administración Trump fueron ejercidas por personas que han declarado en algún momento su admiración por Rand: Rex Tillerson, Secretario de Estado; Mike Pompeo, director de la CIA –más tarde remplazo de Tillerson– y Andrew Puzder, director del Departamento de Trabajo (Bames, 2017e).

- o -

Pero lejos de contenerse en suelo norteamericano, América Latina ha presenciado en fechas recientes un crecimiento de la influencia de Ayn Rand. Desde principios del año 2019 el ARI ha enfocado sus actividades a la promoción del objetivismo en esta región con la fundación del Ayn Rand Center Latinoamérica presidido por la argentina María Marty y que cuenta con el apoyo de escritores como Antonella Marty, cuyas obras *La Dictadura Intelectual Populista* (2015) y *Capitalismo: un antídoto contra la pobreza* (2020) dejan ver la influencia de Rand

en su pensamiento. En agosto de 2019 el Ayn Rand Center Latin America llevó a cabo el primer concurso de ensayo para jóvenes latinoamericanos “Himno” sobre el pensamiento de Ayn Rand y en septiembre auspició el coloquio “Individualismo vs Colectivismo” con sede en Buenos Aires Argentina. Su actividad ha sido constante durante el año 2020.

Tanto la Atlas Society como el ARI se han acercado a jóvenes líderes de opinión como Gloria Álvarez Cross, guatemalteca egresada de la universidad libertaria Francisco Marroquín (UFM)⁸, quien ha criticado a los gobiernos de izquierda de América Latina en sus múltiples apariciones públicas y en sus libros *El Engaño Populista* (2016) y *Cómo Hablar con un Izquierdista* (2017). Gloria Álvarez ha sido una voz influyente y no sólo en su país. En la víspera de la campaña presidencial de 2018 asistió como conferencista en la reunión plenaria del Partido Acción Nacional⁹. En febrero de 2019 se presentó en el auditorio Narciso Bassols de la Facultad de Economía de la UNAM junto a Yaron Brook como parte de una campaña propagandística del ARI y en Octubre del mismo año fue la encargada de dictar el discurso de apertura en la cena de la Atlas Society por el 62 aniversario de *La Rebelión de Atlas*. En septiembre de 2020, en el marco de las protestas contra el Presidente López Obrador en la Ciudad de México, fueron proyectadas algunas de sus conferencias en el plantón del Frente Nacional Anti-AMLO [Sic.]. Por cierto, el líder de este “movimiento” y también fundador del Congreso Nacional Ciudadano, el empresario Gilberto Lozano, es un declarado admirador de Ayn Rand a quien se ha referido en sus columnas de opinión como “una extraordinaria filósofa rusa” (Lozano, 2015e).

El interés de Rand por América Latina fue prácticamente nulo, en parte porque, como ella misma escribió, “sean los que sean los pecados de Latinoamérica, el capitalismo no es uno de ellos. El capitalismo, un sistema basado en el reconocimiento y la protección de los derechos individuales, nunca ha existido en Latinoamérica” (Rand, 2009:404). No obstante, las referencias a países como México, Chile o Argentina aparecen continuamente en *La Rebelión* haciendo mofa de las políticas de expropiación que marcaron al nacionalismo económico del siglo XX en la región. No obstante, uno de los principales héroes de la novela

⁸ El primer rector de la UFM y fundador del *think tank* neoliberal, el Centro de Estudios Económicos Sociales (CEES), fue Manuel Ayau, empresario, académico y político quien en entrevista para la radio de la UFM relató: “estando en el Canadá, yo leí algunos libros de Ayn Rand y ahí agarré un gran amor por la libertad, como una exigencia de mi derecho”.

⁹ <https://www.laizquierdadiario.mx/La-ultra-derechista-Gloria-Alvarez-es-invitada-a-plenaria-de-diputados>

es un argentino de nombre “Francisco d’Anconia”, cuya familia construyó una fortuna a partir del cobre chileno. Le importara o no Latinoamérica, Rand dejó un mensaje en su novela que hoy está siendo explotado por la derecha política radical en Sudamérica.

La izquierda política e intelectual de América Latina se encuentra en crisis. Parece inevitable que tras el fracaso de los gobiernos progresistas de Brasil, Chile y Argentina, la derecha política se radicalice y poco importa si tales fracasos se deben a defectos inherentes a su filosofía política o a factores de presión externos, la realidad es que una y otra vez tras el fracaso se encumbran gobiernos de derecha que pueden encontrar asidero intelectual en las novelas de Rand. El expresidente de Argentina, Mauricio Macri, declaró en más de una ocasión la influencia que tuvieron en su paso de los negocios a la política las novelas de Rand (Cerruti, 2018e). En Chile, Axel Káiser Barents-von Hohenhagen, asesor de la presidencia y co-autor junto a Gloria Álvarez de *El Engaño Populista*, es también presidente de la Fundación Para el Progreso (FPP), centro de estudios liberales asociado a la Atlas Society y el ARI (Stelinsger, 2019e). En Brasil –líder latinoamericano en ventas de libros de Rand con cerca de 13,000 copias al año (Butler, 2018:8) – durante la campaña presidencial de 2018 el entonces aspirante a la vicepresidencia en fórmula con Jair Bolsonaro, el general Hamilton Mourao, citó a Ayn Rand durante sus actos de campaña¹⁰.

El recibimiento de Rand en Sudamérica no debe sorprendernos pues su semilla ya estaba presente hacía tiempo. José Piñera, influyente economista durante la administración de Augusto Pinochet, quien como Ministro del Trabajo y Previsión Social (1978-1980) fue el creador del *sistema privado de pensiones* y es hermano del actual Presidente de la República de Chile, Sebastián Piñera, es un declarado admirador de Ayn Rand. En Argentina se puede rastrear la influencia temprana de Rand hasta la figura de Alberto Benegas Lynch (padre), quien en la década de 1950 fundó junto a un grupo de empresarios argentinos el Centro para la Difusión de la Economía Libre, luego llamado Centro de Estudios para la Libertad, que publicó y difundió obras de autores como F. Hayek, L. Mises y M. Rothbard y organizó en 1959 seis conferencias de Mises en la Universidad de Buenos Aires. Gracias a su amistad con Henry Hazlitt y Leonard Read –fundador de la FEE– Lynch conoció el trabajo

¹⁰<https://folhapolitica.jusbrasil.com.br/noticias/630908636/general-mourao-faz-referencia-marcante-da-filosofa-ayn-rand-ao-avaliar-a-condenacao-do-brasil-e-e-intensamente-aplaudido-veja-video>

de Rand justo en el momento en que se publicaba *La Rebelión de Atlas*. Por su parte, Alberto Benegas Lynch (hijo) es actualmente el presidente de la Academia Nacional de Ciencias Económicas. Piñera y Lynch (hijo), son asociados del Instituto Cato, uno de los *think tanks* más influyentes de la actualidad, fundado en 1977 con la participación de Murray Rothbard y desde 2012 promotor abierto de la ideas de Rand gracias al nombramiento de John Allison IV a la presidencia del instituto, un ardiente admirador de Ayn Rand que ha conducido uno de los programas más intensos de promoción de la obra de Rand mediante la rama “caritativa” de la firma BB&T.

¿Y en México? En el caso de nuestro país la influencia de Rand ha sido más difusa. No cuenta nuestro país con representantes destacados del pensamiento de Ayn Rand y su influjo apenas se podía percibir en organizaciones como el Movimiento Libertario de México que en julio de 2012 llevó a cabo una “semana Ayn Rand” para la promoción de sus ideas¹¹. Otra organización de corte libertario en nuestro país fue el Instituto Cultural Ludwig von Mises (ICUMI), fundado en 1982 bajo la dirección de Carolina R. de Bolívar, quien contó para dicho proyecto con el consejo y apoyo de Antony Fisher, entonces director del Institute for Economic Affairs del Reino Unido y fundador en 1981 de la Red Atlas –de la que todavía se discute si tomó o no el nombre a partir de la novela de Rand–. El ICUMI, cuyo objetivo declarado era “la defensa y promoción de la libertad con responsabilidad”, incluyó entre sus actividades un concurso anual de ensayo para la detección de “talentos neoliberales”. En la primera de estas convocatorias el tema de ensayo fue la obra de Ayn Rand (Castro, 2017). La figura política más destacada asociada al ICUMI es la ex-candidata a la presidencia de la república en 2012, Josefina Vázquez Mota, quien era directora académica del organismo en 1998 cuando se publicó un ensayo de Mises sobre los problemas económicos de México, emanado de sus conferencias en nuestro país en la década de los 40s (Romero, 2011).

Un detalle de interés es que el ICUMI surgió como parte del movimiento de protesta a raíz de los problemas económicos de la década de los 70s y que llevarían al país a la crisis de 1982 y, ulteriormente, provocaron el giro político neoliberal al que el profesor Carlos Tello ha caracterizado como *La Revolución de los Ricos* (2015). A la cabeza de la protesta estaba el Consejo Coordinador Empresarial (CCE), fundado en 1976 y que unió a los grupos

¹¹ <https://www.libertarios.info/category/eventos/semana-de-ayn-rand/>

empresariales más importantes del país en un organismo autónomo que buscaba ser un bloque de oposición contra Luis Echeverría. En este contexto se dio una de las “intromisiones” más peculiares de Ayn Rand en el discurso político mexicano, cuando el entonces Secretario de Hacienda, José López Portillo, se refirió al CCE como “una mezcla imposible del ideario de Santo Tomás de Aquino, con los de la Escuela de Manchester, el utilitarismo del siglo xviii, *los execrados afanes literarios de Ayn Rand* y las ideas de la Revolución Mexicana... Es una fuerza corporativa... de ella al nazifascismo no hay más que un paso” (citado en Tello, 2003:122-3; énfasis agregado).

A diferencia de Sudamérica, el influjo de Rand en nuestro país ha sido mucho más discreto. La razón, me atrevo a concluir, refiere a la divergente historia política de nuestro país con relación a la de nuestros semejantes sudamericanos cuya historia política ha sido marcada por un agitado péndulo político que se mece entre dictaduras militares de ambos signos. Ese radicalismo ha estado ausente en nuestro país, donde la “dictadura” del PRI absorbió gracias a un discurso nacionalista y revolucionario toda posibilidad de una transformación radical, ya fuera de izquierda o de derecha. No obstante, al igual que en el Cono Sur, en los últimos años las ideas de Rand han venido ganando terreno gracias a la difusión que de ellas han hecho grupos como el ya mencionado Movimiento Libertario de México que actualmente cuenta con un asociado en la Universidad Autónoma Metropolitana, el economista Santos Reyes Mercado quien se declara a sí mismo como un economista “austriaco”. Más importante ha sido la labor persuasiva del Grupo Salinas a través del concurso de ensayo “Caminos de la Libertad” cuyos premios han incluido la repartición de copias de las obras de Rand entre los ganadores. También ha ayudado a la difusión del pensamiento de Rand en fechas recientes la promoción de “vendedores de ideas de segunda mano” como el escritor y político Luis Pazos o el periodista Sergio Sarmiento, ambos afectos a citar a Rand en sus cuentas de Twitter y en caso del segundo ligado desde hace años al Grupo Salinas, cuyo presidente Ricardo Salinas Pliego, por cierto, también ha compartido en más de una ocasión aforismo de Rand en su cuenta de Twitter como complemento a sus críticas al sistema de pensiones, el impuesto sobre la renta o las “violaciones” a la libertad individual que han sido necesarias para hacer frente a la pandemia del Covid-19.

Parece que a Ayn Rand sólo se le puede amar u odiar, pero casi nadie la debate seriamente. Es en gran medida por este desprecio que sus ideas son empleadas en el discurso político y, más aun, aceptadas como producto del sentido común sin pasar por el cedazo de la crítica. “En el 2018 –escribe Duggan (2019:78) – Ayn Rand y sus novelas se han convertido en puntos de referencia cultural extendida entre banqueros acaudalados, CEOs, magnates de la tecnología y políticos del ala-derecha”. Ayn Rand importa porque, a través de la literatura y una visión económica radical, ofrece una visión del mundo muy atractiva y políticamente peligrosa. En palabras de Shell (2014:27), literatura y economía deben complementarse y compenetrarse para crear una forma de análisis “cuyo objetivo es mostrar de qué manera las ficciones literarias y filosóficas pueden ayudarnos a entender y a cambiar la tiranía en nuestro mundo”. De manera similar observa Piketty (2019:20) “las ideas y las ideologías cuentan en la historia. Ellas permiten imaginar y estructurar continuamente mundos nuevos y sociedades diferentes”. Es en este sentido que *La Rebelión de Atlas*, como lo observa Duggan (2019:54), debe entenderse como “una piedra de toque que sigue moldeando la cultura política y popular en nuestro días”. Plantear una crítica a tal visión del mundo y contribuir así a sentar las bases para una alternativa a la cultura política vigente, marcada por la desigualdad y la indiferencia ante el sufrimiento humano, es la principal justificación del presente trabajo.

ii. *Estado del Arte*

Rand produjo cuatro novelas destacadas [*Los que Vivimos*, 1936; *Himno*, 1938; *el Manantial*, 1943; *La Rebelión de Atlas*, 1957] y varias obras menores –guiones mayormente–, siete obras de no-ficción [*For the New Intellectual*, 1961; *The Virtue of Selfishness*, 1964; *Capitalism: the Unknown Ideal*, 1966; *The Romantic Manifesto*, 1969; *The New Left*, 1971; *Introduction to Objectivist Epistemology*, 1979; *Philosophy: Who needs it?*, 1982], y numerosos artículos en dos boletines periodísticos [*The Objectivist*, *the Ayn Rand Newsletter*] que abarcan temas de naturaleza diversa –filosofía, política, economía, estética, etc.– articulados alrededor de su sistema filosófico al que llamó “objetivismo” sobre el que ahondaré en el *Capítulo III-A*.

Los estudios sobre Rand son numerosos y variados en sus acercamientos, por lo cual son presentados a continuación en bloques comenzando con aquellos que se caracterizan por un corte biográfico. En un segundo bloque se presentan aquellos trabajos que dan cuenta de la personalidad de Rand en relación al “culto” que se fundó alrededor de su persona en los

años 60s y 70s. Siguen los estudios que debaten o exponen sus ideas. Por último se presentan los trabajos enfocados a su influencia en la actualidad.

- o -

Entre sus biografías resaltan dos textos de Barbara Branden por la cercanía de la autora con Rand: *Who is Ayn Rand?* (1962) y *The Passion of Ayn Rand* (1986). Cuando en 1968 tuvo lugar el gran cisma del Colectivo Objetivista, Barbara Branden fue excomulgada junto a su esposo. Fue por esta ruptura que Branden decidió revisar y ampliar su primer trabajo incluyendo algunas omisiones que le hubieran causado la censura de la irascible escritora. La obra revisada no es, por lo tanto, reconocida por el ARI¹², mucho menos lo es la “confesión” del mismo Nathaniel Branden titulada *Judgment Day: My Years With Ayn Rand* (1989).

Más reciente es la publicación de la editora y periodista Anne Heller, *Ayn Rand and the World she Made* (2009K). En una nota introductoria la autora aclara que le fue negado el acceso a valiosos documentos biográficos del ARI. Sin embargo, la obra presenta un recuento biográfico comprehensivo de la vida de Rand, en el que el contexto histórico aparece como telón de fondo sobre el que se desenvuelve la vida de la escritora ruso-americana, prestando atención a cómo los eventos históricos impactaron en el desarrollo de su pensamiento y, a la inversa, cómo las ideas de Rand influyeron en el surgimiento de una “nueva derecha” en el espectro político norteamericano durante las décadas de los 60s y 70s. En palabras de Heller, “galante, impulsada, brillante, temeraria, cruel, consumada como sus héroes y ultimadamente autodestructiva, tiene que ser entendida para ser creíble” (2009K: iii).

También en 2009 la profesora Jennifer Burns de la Universidad de Stanford publicó *Goddess of the Market: Ayn Rand and the American Right* (2009), obra donde analiza el desarrollo del pensamiento de Rand en un marco histórico, enfatizando ciertos eventos significativos de su vida como factores explicativos de los cambios en algunas de las ideas centrales de su pensamiento. Escribe Burns que “la defensa de Rand del individualismo, celebración del capitalismo, y controversial moral del egoísmo sólo pueden entenderse sobre el fondo de su momento histórico” (2009:iv). Burns no sólo se preocupa por atender a los

¹² El filme de 1996 *Ayn Rand: A Sense of Life* de Michael Paxton –nominada al Oscar en la categoría de documental– se cuenta también entre las obras biográficas de Rand aprobadas por el ARI. Asimismo, existe una versión cinematográfica de *The Passion of Ayn Rand* estrenada en 1999.

eventos que marcaron su vida, sino que presta gran atención al legado de Rand, lo cual logra con gran profundidad al estudiar el activismo político de Rand –involucrada en las campañas electorales de Wendell Wilkie y Barry Goldwater– y el impacto que Rand tuvo en la vida universitaria de los Estados Unidos en la década de los 60s. Debido a esta cercanía con la juventud, el impacto real de Rand en la vida política de los Estados Unidos no se dio sino hasta después de su muerte, de aquí que la autora escriba que “Rand es una presencia mucho más activa en la cultura americana hoy de lo que lo fue en vida” (2009:2). Al contrario de Heller, Burns sí tuvo acceso a los archivos de ARI, cosa que no dejó de reconocer como una gran sorpresa e incluso llegó a publicar los pormenores de su experiencia en un artículo titulado *In the Rand Archive* (Burns, 2012a).

Entre los estudios más especializados resalta la obra del teórico político y co-fundador de *Journal of Ayn Rand Studies*, Chris M. Sciabarra: *Ayn Rand: the Russian Radical* (2013), en donde se mezclan la biografía con el análisis teórico. El estudio parte de las preguntas: “¿en qué sentido puede entenderse la filosofía de Ayn Rand como una respuesta a su pasado ruso?” y “¿en qué sentido puede considerarse que la filosofía de Ayn Rand es una contribución al pensamiento del siglo XX?” (2013:2), para plantear la sugerente tesis de que “a pesar de haber rechazado tanto el misticismo de la tradición religiosa rusa como el colectivismo secular de los marxistas rusos, continuó siendo una pensadora profundamente rusa” (Ibíd.:9). Sciabarra estudia la influencia del pasado ruso de Rand desde una perspectiva académica, estableciendo la hipótesis de que Rand aprendió el método dialéctico de análisis de sus profesores rusos en la Universidad Estatal de Petrogrado, particularmente en la versión divulgada por el filósofo idealista Nikolay Lossky. El estudio se apoya en el descubrimiento del *cardex* de calificaciones de Rand durante sus años como estudiante de filosofía e historia. Sciabarra acuña el término de “libertarismo dialéctico” para referirse a la “aportación filosófica radical” que Rand llevó a cabo al superar tanto el monismo como el dualismo en su defensa del capitalismo. La revisión comprehensiva de la obra de Rand y de sus epígonos lleva al profesor Sciabarra a concluir que “existe una unidad esencial en el legado de Rand y esta unidad es tanto filosófica como metodológica” (Ibid.:8) y más adelante agrega: “en la conjunción lisa de un contenido realista-individualista-libertario con un método dialéctico radical, Rand forjó un nuevo sistema de pensamiento digno de examinación escolar comprehensiva” (Ibid.:20). A pesar de su aprecio por la obra de Rand, es notable que este

trabajo no haya sido bien recibido por las facciones más conservadoras del objetivismo, en parte por su expansión del sistema filosófico más allá de los escritos de Rand, en parte por la polémica comparación entre Rand y Karl Marx con quien comparte, al parecer de Sciabarra, tanto la forma dialéctica de análisis como la propensión sistemática de su filosofía.

Se cuenta asimismo con un acervo de archivos personales –lamentablemente filtrados como suelen serlo los materiales aprobados por el ARI– publicados bajo el título de *Journals of Ayn Rand* (1997). El mismo ARI publicó en 2010 el libro de Scott McConnell titulado *100 Voices: A Oral History of Ayn Rand*, que reúne entrevistas con personas que conocieron a Rand al menos en una ocasión. No todo el material reunido en este trabajo es relevante ni sorprendente, y sólo resaltan algunos detalles menores sobre su vida personal y sus manías que quizá Rand hubiera preferido censurar –la más importante, quizá, es la entrevista con la trabajadora social Evva Pryor, quien describió el conflicto de Rand al aplicar a los programas de Seguridad Social y Medicare, ambos en marcada contradicción con su filosofía–, pero de alguna manera el ARI permitió abrirse paso en su *Ayn Rand Oral History Project*¹³.

- o -

Un segundo grupo de obras lo constituyen aquellas que se centran en los rasgos de culto que tuvo el objetivismo. Es de particular interés el artículo publicado en 1976 por Murray Rothbard con el título “*The sociology of the Ayn Rand Cult*”. A partir de su experiencia personal y la teoría del poder en el culto, Rothbard denuncia las prácticas del Colectivo Objetivista con el que tuvo varios encuentros en las décadas de los 50s y 60s. Escribe Rothbard que “si las deslumbrantes contradicciones internas de los cultos leninistas los hacen intrigantes objetos de estudio, más aún lo es el culto de Ayn Rand, el cual, aunque en algún sentido sigue débilmente vivo, floreció por diez años en los 1960s” (Rothbard, 1976:2).

De un tono más satírico, menos centrado en la figura de Rand y más en los movimientos políticos de la década de los 60s, es la obra de Jerome Tuccille: *It Usually Begins With Ayn Rand* (1971). Se trata de un relato en la forma de memorias de los derroteros

¹³ Existen, por supuesto, varias obras dedicadas al estudio de la vida y obra de Ayn Rand a las que no se tuvieron acceso. Menciono solamente dos de las que tuve conocimiento durante mis indagaciones bibliográficas y que, si bien no son empleadas en el presente trabajo, sí revelan el creciente interés que la figura de Rand ha despertado en fechas recientes, para el caso, en Francia. Dichas obras son: *Ayn Rand ou la Passion de l'Egoïsme Rationnel*, Laurent (2011), y *Ayn Rand: Femme Capital*, Legrand (2017).

que el candidato libertario a la gubernatura de Nueva York en 1974 vivió en su intento por fundar un movimiento político en medio de un ambiente de disidencia, tanto a la izquierda como a la derecha, y que para Tuccille inició, como para muchos jóvenes de su tiempo, con un acercamiento al objetivismo. En palabras del autor, “el objetivismo, tras la publicación de *La Rebelión de Atlas* en 1957, se convirtió rápidamente en una especie de nuevo Marxismo para la derecha” (1971:iv).

Más reciente es el libro de Jeff Walker, *Ayn Rand Cult* (1999), dónde el autor presenta provocativas tesis de mesianismo. Walker (1999:x) observa que “la biografía de Rand es interesante en tanto que refleja como la Revolución rusa cayó con fuerza sobre su familia y la condujo a los Estados Unidos”. Fuera de esta afirmación Walker no le da mayor interés al estudio de la historia dando por hecho que ésta tuvo su influjo, primero, al crear un resentimiento que se tradujo en una personalidad dictatorial en Rand, y segundo, creando las condiciones de desasosiego religioso que permearon los Estados Unidos durante la década de los 60s, lo que llevó a gran número de americanos a buscar el consuelo en diferentes cultos entre los cuales el objetivismo resalta por su cariz anti-religioso.

- o -

Paso ahora a repasar brevemente las obras que dan cuenta de aspectos diversos de su pensamiento. A parte del ya citado estudio de Sciabarra (2013), tres libros recientes, uno coordinado por Tom Palmer del Instituto Cato y dos más coordinados por Edward Younkins, se ubican en el espectro apologético de la obra de Rand. En el primer caso, *The morality of Capitalism* (2011), el estudio de Rand se presenta sólo en un capítulo titulado “Ayn Rand y el capitalismo: la revolución moral”, escrito por David Kelley, director de la Atlas Society. Se trata de un texto de tono marcadamente ensalzador en el que el autor elabora un argumento a favor de una nueva revolución occidental que complete las tres anteriores –política, económica e industrial– ya que, al parecer de Kelley (2011:83) “si la libertad ha de sobrevivir y florecer, necesitamos una cuarta revolución, una revolución moral que establezca el derecho moral del individuo a vivir por sí mismo”. Cabe destacar que el libro fue editado por la Red Atlas, organización sin fines de lucro que se encarga de coordinar los esfuerzos de diferentes personajes y organismos para la promoción de las ideas del libre mercado.

Respecto a los libros editados por Younkins, el primero, *Capitalism and Commerce in Imaginative Literature* (2016), incluye tres capítulos dedicados al estudio de *La Rebelión*. En el primero de estos [c.18], Block (2016) analiza las similitudes y diferencias entre el objetivismo de Rand y la corriente libertaria de Estados Unidos; por ejemplo, Rand sostenía que mientras el pensamiento libertario se puede reducir a una postura política, el objetivismo implicaba una postura moral basada en el egoísmo y la racionalidad. En una sesión de preguntas y respuestas citas por Block (2016:269), Rand se refiere a los libertarios como “un monstruoso, repulsivo, montón de personas que plagian mis ideas cuando esto conviene a sus propósitos”. En el siguiente capítulo [c.19], Bernstein (2016) presenta una defensa de la filosofía randiana desde la perspectiva de los valores individuales como proveedores de un significado vital. La defensa de Berstein alude que “un grado significativo de libertad política es requerido para buscar los valores personales –o dicho de otra manera, para comprometerse en la búsqueda de la felicidad” (2016:279). El último de los capítulos dedicados a la obra de Rand [c.21] corresponde al análisis de los negocios en *La Rebelión de Atlas*. Aquí Younkins (2016) sugiere que la figura empresarial encuentra su modelo y su ideal en los personajes de Rand, lo cuales sirven para enseñar una ética de los negocios en la universidad.

El segundo de los libros editados por Younkins lleva por título *Ayn Rand's Atlas Shrugged: a philosophical and literary companion* (2007). El libro hace una revisión comprehensiva de la obra desde diferentes perspectivas, incluyendo la filosófica, literaria, estética, política, económica, etc. La sección económica se compone de siete ensayos que cubren: “la economía de *la Rebelión de Atlas*” (Boettke, 2007), “*La Rebelión de Atlas* y la anarquía” (Sechrest, 2017), “el hombre de negocios y Ayn Rand” (McCallum, 2017), “la metáfora de Atlantis como una economía de libre mercado” (Bostaph, 2017), “el discurso de Francisco d’Anconia sobre el dinero” (Horwitz, 2017) y “la productividad humana” (Criss, 2017). En conjunto los ensayos resaltan las similitudes entre la obra de Rand y los postulados de la Escuela Austriaca, en particular con Ludwig von Mises. Un segundo hilo conductor que atraviesa los textos es la diferencia entre el capitalismo radical defendido por Rand y el neoliberalismo moderno como un sistema de colusión entre empresa y Estado. En la última sección de la obra dedicada a la historia, Hayasi (2017) analiza cómo la obra de Rand refleja el ascenso de la política de Roosevelt en Estados Unidos y de los planteamientos colectivistas

en general, creando un escenario en el que los Estados Unidos se encuentran al borde del colapso por su apego al discurso del bien común.

Un último libro en la línea apologética del pensamiento de Rand fue publicado recientemente por el Institute of Economic Affairs bajo el título *Ayn Rand, an Introduction* (2018), en el que el autor, Eamonn Butler, presidente de Adam Smith Institute, presenta sucintamente “la importancia de Rand, su entendimiento sobre la realidad y la naturaleza humana, y sus conclusiones sobre el conocimiento, la moral, la política, la economía, el gobierno, los asuntos públicos, la estética y la literatura” (2018:3).

La actitud hostil de Rand hacia los intelectuales la alejó de la discusión académica. Todavía hoy son poco los trabajos académicos no-apologéticos dedicados al estudio del pensamiento de Ayn Rand. El más importante entre estos es quizá el del filósofo William F. O’Neill, *With Charity Towards None: an analysis of Ayn Rand’s philosophy* (1971), un análisis extenso del objetivismo centrado en su crítica al altruismo. La obra analiza algunos puntos como la consistencia lógica del objetivismo, su verificabilidad empírica o su adecuación con los descubrimientos científicos del momento. Aunque la evaluación general de O’Neill es claramente negativa, el análisis destaca por su tono desapasionado, difícil de encontrar cuando se trata de dialogar con Rand. Lamentablemente, el libro no profundiza en temas políticos o económicos, prefiriendo el rigor en el análisis puramente filosófico.

También destaca el caso de la obra *Is Objectivism a Religion?* (1968) del fundador de la *Terapia Racional Emotiva Conductual*, el psicólogo Albert Ellis, en la que se analiza la praxis psicoterapéutica difundida en la década de los 60s por el acólito de Rand, Nathaniel Branden, con quien sostuvo un debate público en 1967 el Hotel Newyorker frente a más de mil asistentes. El debate tomó notoriedad y se volvió una reprimenda del público hacia Ellis cuando éste denunció a los héroes de las novelas de Rand modelos destructivos e irreales para la persona promedio. Ante tal acusación, Rand, que se encontraba entre la audiencia, se levantó de su asiento y cuestionando “¿Soy irreal? ¿Soy un personaje que no puede existir?” (Citado en Heller, 2009K). La obra de Ellis fue revisada y reeditada en 2006.

Un caso interesante de debate académico sobre los fundamentos económicos del pensamiento de Rand se dio a mediados de los 70s en el *American Journal of Economics and*

Sociology, a partir del texto del economista Max A. Fletcher titulado “*Harriet Martineau and Ayn Rand: Economics in the Guise of Fiction*”. En dicho trabajo, el autor, economista de formación, argumenta que las novelas de Rand pueden ser interpretadas como artilugios literarios para esconder un panfleto pro-capitalista. El texto no pasó desapercibido a los seguidores de Rand y, en 1976, dos réplicas sospechosamente similares aparecieron en el mismo *journal*. Se trata de Ridpath (1976) y Lennox (1976), ambos académicos identificados con el objetivismo que reclaman, entre otras cosas, el desconocimiento de Fletcher de la teoría de la estética objetivista. Afirman ambos, refiriéndose a lo postulado por Rand en *El Manifiesto Romántico* [1969], que el objetivo de sus novelas es “la proyección de un hombre ideal (...) como un fin en sí mismo, no como el medio para otro fin cualquiera” (Rand, 1975:162). Una nueva réplica de Fletcher corrobora que, en efecto, no conoce el tema estético, pero que no deja de ser cierto que *La Rebelión de Atlas* es, al final, una defensa del capitalismo, pues la misma Rand reconocía que su ideal humano no es una pura abstracción y debe relacionarse “a las condiciones que lo hacen posible y cuya existencia requiere” (Ibíd.:163); es decir, capitalismo e ideal humano son dos caras de la misma moneda.

Pocos son los trabajos académicos sobre Rand publicados en español. Algunas referencias secundarias o textos breves pueden encontrarse dispersas en diferentes fuentes; por ejemplo Bendfeldt (1982e) publicado por el CEES y disponible en la biblioteca digital Ludwig von Mises de la UFM. Un caso peculiar por estar relacionado a la UNAM es el trabajo de Cuevas (2008) publicado por la Escuela Nacional de Antropología en el que el investigador utiliza conceptos de Rand para delinear una “antropología del parásito social”, concluyendo que desde esta definición es posible caracterizar a Estados Unidos como el país parasitario por antonomasia. Otro trabajo es el de Ricardo Manuel Rojas, *Realidad, Razón y Egoísmo* (2012) en el que el autor, jurista argentino y afiliado al Ayn Rand Center Latin America, sintetiza los preceptos del objetivismo con un tono apologético. El único trabajo publicado en México que relaciona a Ayn Rand con el neoliberalismo es el de Escalante (2015:169-174), aunque se trata apenas de una referencia al carácter dogmático de Rand, contenida en un apartado sugerentemente titulado “el mercado como religión”.

Para compensar la falta de difusión del pensamiento objetivista en los círculos académicos, en 1999 se fundó el *Journal of Ayn Rand Studies*, publicado por la prensa de la

Universidad Estatal de Pensilvania desde 2013. A la fecha se han publicado 32 números cubriendo los más variados aspectos del pensamiento de Rand. Entre los artículos que han sido publicados apenas unos 20 se refieren a cuestiones económicas y solamente uno es de corte histórico. Éste último apareció en el número 11 de la publicación con el título *The Russian Subtext of Atlas Shrugged and the Fountainhead*, en el que la autora, Glatzer (2004), analiza los cómo las vivencias de Rand durante su estancia en la Unión Soviética se ven reflejadas en el trasfondo de las sus novelas. El ya citado artículo de Zizek, *The Actuality of Ayn Rand* apareció en el Vol. 3, No. 2, año 2002, del *JoARE*. Entre los artículos económicos destacan los concentrados en el número 12 de la publicación, año 2005, que reúnen las ponencias del simposio centenario dedicado a Ayn Rand y la Escuela Austriaca y que son analizados con detenimiento en el *Capítulo III-A* de la presente tesis. Cabe mencionar, por último, que una búsqueda rápida en la base de datos del JSTOR arroja el resultado de 3042 artículos relacionados con el nombre de Ayn Rand.

- o -

Un último grupo de trabajos son aquellos centrados en la influencia contemporánea de Rand. El estudio titulado “*How Bad Writing Destroyed the World: Ayn Rand and the literary origins of the financial crisis*”, Weiner (2016) hace una analogía entre el impacto literario de Rand con la influencia que la obra de Nikolai Chernyshevsky, *¿Qué hacer?* [1863], tuvo sobre los revolucionarios rusos. Tanto Rand como Chernyshevsky son presentados como defensores del egoísmo racional que recurren al condicionamiento del comportamiento (*behavioural conditioning*) como instrumento oculto en su obra para adoctrinar a sus seguidores en la aceptación de la violencia. El papel de Greenspan como presidente de la FED es interpretado en esta obra como el de “una bomba de tiempo programada por Rand” que hizo explosión en 2008.

Otra obra de gran interés que se presenta en el mismo ambiente de influjo randiano post-crisis es el libro del periodista Gary Weiss, *The Ayn Rand Nation* (2012), en el que se analiza la relación entre Rand y el resurgimiento del movimiento libertario, más específicamente, su influjo sobre el Tea Party Movement, nacido en 2009 como una reacción contra las políticas económicas de estabilización que se pusieron en operación para remediar los efectos de la crisis financiera. La obra articula una serie de entrevistas con personajes

representativos del movimiento rastreando sus “raíces randianas”, por un lado, y la labor del ARI y Yaron Brook para acercarse al nuevo partido, por el otro. Desde sus primeras manifestaciones, gran número de asistentes al “rally” del Tea Party portaron pancartas con lemas extraídos de la obra de Rand, resaltando la famosa impronta de *La Rebelión de Atlas*, “*Who is John Galt?*”.

Un caso reciente en los estudios sobre Ayn Rand lo encontramos en el libro de Corey Robin, *La Mente Reaccionaria* (2019K), dónde el autor dedica un capítulo a la figura de Rand en su estudio sobre el conservadurismo –entendido como una reacción defensiva a las reivindicaciones sociales que ponen en tela de juicio las jerarquías vigentes en la sociedad–. La visión global que se presenta es claramente despectiva, negándole a Rand el título tanto de filósofa como de escritora. Extrañamente, Robin parece olvidar la tesis central de su estudio, el carácter reaccionario del conservadurismo, al analizar el caso de Rand. La popularidad de Rand, sin embargo, es considerada de gran relevancia y explicada como resultado de su acercamiento a Hollywood y las técnicas de seducción de masas que allí aprendió, incluida la creación de un personaje de sí misma. Robin analiza las características que Rand comparte con el pensamiento conservador, entre las que resaltan un falso sentimiento de aislamiento y rechazo –en efecto, Rand fue más bien admirada, al menos desde la década de los 40s– que en sus obras es superado mediante el triunfo del héroe abrazado por las masas que habían permanecido ignorantes antes de conocerle. De aquí que Robin (2019K; 4747) concluya que “el conflicto principal en las novelas de Rand, por tanto, no se da entre el individuo y la masa. Se da entre el semidiós-creador y todos los elementos improductivos de la sociedad –los intelectuales, los burócratas y los intermediarios– que se interponen entre aquél y las masas. Estéticamente, esto vale para el *Kitsh*; políticamente, se inclina hacia el fascismo”.

Un último trabajo revisado para el presente estudio, y el más reciente también, es el de la profesora Lisa Duggan de la Universidad de Nueva York, titulado *Mean Girl, Ayn Rand and the Culture of Greed* (2019), donde la autora resalta el carácter de “de culto” de las novelas de Rand, el cual le ha servido para producir diferentes lecturas afines tanto a la causa pro-capitalista tanto como a alguna corriente del movimiento feminista contemporáneo. Su estudio –que en consonancia con el presente trabajo la profesora Duggan describe como “un

volumen sobre el neoliberalismo explicado mediante un enfoque en Ayn Rand” (2019:92) – se compone de una mezcla de reseña biográfica y análisis crítico de los fundamentos del pensamiento randiano, el cual describe como una “crueldad optimista” prestando atención a su influencia vigente en el espectro político de la derecha norteamericana y sobre los magnates de Silicon Valley.

iii. Objetivos y delimitación

A partir de la revisión bibliográfica arriba presentada y el reconocimiento del influjo randiano en nuestros días, se plantean los siguientes objetivos para la presente tesis doctoral:

- I. Analizar el contexto histórico en el que se desarrolló la vida y obra de Ayn Rand y cómo éste se refleja en su ideario político-económico.* Se trata de llevar a cabo un análisis interpretativo de los eventos y procesos socio-históricos que marcaron su vida y que permearon tanto sus obras literarias como su pensamiento, pero que, al mismo tiempo, nos permitan explicar las razones de su encumbramiento como una pensadora influyente.

No se trata, sin embargo, de sólo repetir y narrar los eventos de una vida, sino que esta narrativa se inserta en el marco más amplio de los eventos sociales del siglo XX, en particular aquellos relativos a la *genealogía del neoliberalismo*. Como lo observa Duggan (2019:6) “el sentido de la vida para Rand es una representación concentrada e individualizada de una experiencia histórica”; experiencia que habremos de desmenuzar y contextualizar para extraer los rastros de un proceso que la sobrepasa. La biografía, entonces, se vuelve herramienta de análisis cuando nos ayuda a descubrir *algo más* que una vida individual. Este primer objetivo se desarrolla en los *Capítulos I y II* de la presente tesis, mismos a los que en conjunto podemos dar el nombre de: “Vida y Obra de Ayn Rand”.

- II. Criticar las ideas económicas presentes en las obras de Ayn Rand desde una perspectiva histórico-teórica.* Este segundo punto es el más problemático para el presente estudio ya que, como se puede observar en la revisión del estado del arte, las ideas de Rand en materia económica han sido o aceptadas por sus seguidores

como verdades absolutas e infalibles o rebajadas por sus detractores a meras invenciones sin fundamento que no merecen el esfuerzo de ser revisadas.

Ninguna de estas posturas hace, a mi parecer, justicia a su trascendencia para el ascenso del neoliberalismo ya que, como lo observa Weiss (2012:4), Rand “está ganando porque no se le considera importante (...) es ridiculizada, no es analizada ni refutada. Sí, era una extremista, pero importa porque su extremismo no es ya algo marginal”. Una razón para tal omisión la expresó ya en 1972 el profesor de filosofía de la Universidad de Southern California y uno de los pocos críticos serios de Rand, William O’Neill, quien escribió que “en la mayoría de los círculos intelectuales [Rand] es totalmente ignorada o simplemente descartada, y aquellos que la toman con la suficiente seriedad para examinar su punto de vista se ponen a sí mismos en el grave riesgo de ser declarados culpables por asociación” (citado en Weiss, 2012:7).

Pero aun si sus ideas carecen de solidez teórica, al análisis riguroso de un personaje tan importante para la concepción del mundo moderno –porque el neoliberalismo es también una idea del mundo y el ser humano– no se le deben imputar los defectos de su objeto de estudio. Tampoco es verdad que se trate de dislates sin fundamentos. Muchas de sus ideas encuentran un referente en la obra de Ludwig von Mises, en particular en relación al dinero y la función empresarial. Asimismo, se debe reconocer que toda teoría económica que asuma de forma acrítica la benevolencia del mercado y la maldad –intencionada o no– del gobierno, encuentra en Rand a uno de sus pensadores pioneros. Si tales ideas son hoy en día aceptadas al nivel del sentido común se debe en gran medida a la persuasión de pensadores como Rand, incluso más que a la influencia de economistas serios.

Rand no escribió propiamente un tratado económico, pero su pensamiento sobre la materia quedó plasmado en dos libros de ensayos titulados *The Virtue of Selfishness* [1964] –considerado nada menos que uno de los libros más populares de filosofía y ética de la lengua inglesa (Weiss, 2012:16) – y *Capitalism: the Unknown Ideal* [1966] en el que cuenta con la participación del economista y

entonces futuro presidente de la FED Alan Greenspan. Asimismo, sus ideas económicas tienen un lugar privilegiado en sus obras literarias, las cuales tienen tanto de panfleto político pro-capitalista como de esbozo de filosofía. En palabras de Fletcher (1974:367), Rand “ha tenido éxito en simplificar las ideas esotéricas de la economía y en llevarlas al público en la forma de una ficción”. El problema no es pues que haya “terrenalizado” la economía. Al contrario, ese es precisamente su mérito y allí radica su importancia para la formación de un consenso neoliberal. El problema es que transmitió ideas erróneas, al menos profundamente sesgadas por sus prejuicios ideológicos, sobre el funcionamiento de la economía. Por lo tanto, como lo observa Clardy (2012:239), “las reflexiones utópicas de Rand son valiosas no como modelos guía para el futuro sino, más bien, por los errores en su fantasía que podemos identificar en orden de mejorar nuestra imaginación utópica”.

Para abordar esta tarea crítica se eligieron tres temas de carácter económico presentes tanto en la obra de Rand como en los debates más característicos que marcaron al colectivo neoliberal: a) el monopolio, b) la crisis de 1929 y c) los sindicatos. Estoy con esto de acuerdo con la observación de Weiss (2012:265) de que “aquellos entre nosotros que se oponen a la visión del capitalismo radical necesitan leer a Rand y entender las flaquezas en sus supuestos y lo ilógico de su visión, tal como durante la guerra Fría las personas estudiaron al comunismo para oponerse a él de manera más efectiva”. El análisis que de ello se produce se presenta en los *Capítulos III y IV* del presente trabajo agrupados bajo el título: “Crítica de las Ideas Económicas en las Obras de Ayn Rand”.

- III. *Analizar la relación, afinidades y diferencias entre el pensamiento de Ayn Rand y el proyecto neoliberal.* Si las ideas no fueran más que un cúmulo de teorizaciones inconsecuentes, no tendrían más que un interés erudito pero escasamente valioso para una ciencia cuyo campo de validez está en la realidad histórica. Las ideas, sin embargo, tienen consecuencias. La pregunta que se plantea es hasta qué punto el ideario de Ayn Rand coincide con el corpus teórico desarrollado por los pensadores neoliberales, reconociendo las fronteras que los

separan tanto como los puentes que los unen. Se reconoce la posibilidad, en este contexto, de que más que las ideas explícitas fueran las nociones implícitas sobre el mundo y el comportamiento humanos las que impactaran con mayor fuerza. No fueron, a final de cuentas, sus tratados filosóficos o sus escritos económicos los que ayudaron a transformar la psicología colectiva del momento neoliberal, sino sus novelas en las que las ideas económicas seden su lugar a la “pasión racional” de Rand, ayudando así a fundar una “moral egoísta” durante el último cuarto del siglo XX cronológico, y quizá con más fuerzas en la segunda década del siglo XXI. Es a estas interrogantes a las que se dedica el *Capítulo V* titulado “Ayn Rand y el neoliberalismo”.

En conjunto, los objetivos arriba presentados se reúnen en la pregunta central de la presente investigación, la cual se puede plantear en los siguientes términos: *¿cómo se explica que una escritora tan controversial, que novelas de un dudoso valor literario y llenas de peroratas económicas, tengan tanta influencia en la actualidad?* Algunas respuestas son esbozadas en las conclusiones, que son bien un conjunto de reflexiones finales de la presente tesis.

iv. Aspectos metodológicos

Entre las muchas lecciones que Marc Bloch nos dejó en su *Apoligie pour l'histoire* (1949), hay una que exhorta a todos aquellos que pretendan escribir un libro de historia digno de tal nombre a contestar, aunque sea de forma implícita, la pregunta: “¿cómo puedo saber lo que voy a decir?” (Bloch, 1949:43); a la que yo agrego esta otra afirmación de Paul Ricoeur, según la cual “el método histórico no puede ser sino un método inexacto” (Ricoeur, 2015:92). Es pues necesario detenerse un momento en la cuestión metodológica y teórica que ha de guiar este ensayo de historia económica.

Debido a que la formación de quien escribe estas líneas se ha dado principalmente en el área de la economía, las cuestiones del método referentes al estudio de la historia me eran desconocidas al iniciar mis indagaciones. De aquí que el trabajo de investigación haya comenzado por una amplia revisión de bibliografía referente a los debates metodológicos que han caracterizado a esta área del conocimiento desde la crisis del positivismo de la escuela de Leopold von Ranke a finales del siglo XIX hasta nuestros días. Si el siglo XX fue un

tiempo de transformaciones sociales, no fue menos uno de grandes revisiones a los paradigmas científicos cuya vertiente histórica acusó como ninguna otra la necesidad de un examen de sus métodos, acercándose a las ciencias sociales en busca de un asidero teórico, reduciendo su escala de análisis para alcanzar las capas más íntimas de la vida social y llegando incluso a negar su validez más allá de un relato literario.

Entre las obras consultadas para dar sustento teórico a la presente tesis destaco: *Historia Económica y Social en la Edad Media*, Pirenne [1933]¹⁴; *Historia como Sistema*, Ortega y Gasset [1942]; *Apologie pour l'Histoire*, Bloch [1949]; *Combates por la Historia*, Febvre [1953]; *Historia y Verdad*, Ricoeur [1955]; *¿Qué es la Historia?*, Carr [1961]; *Las Palabras y las Cosas*, Foucault [1968]; *La Sociedad Cortesana*, Elias [1969]; *La Historia y las Ciencias Sociales*, Braudel [1970]; *La Arqueología del Saber*, Foucault [1970]; *Metahistoria*, White [1973]; *Pensar Históricamente*, Vilar [1997]; *On History*, Hobsbawm [1997]; *Historiography*, Iggers [1997]; *Historia ¿Para Qué?*, VV.AA. [1998]; *Iniciación al Vocabulario del Análisis Histórico*, Vilar [1999]; *El Mundo como Representación*, Chartier [2005]; *Antimanual del Mal Historiador*, Aguirre [2011]; *La Función Social de la Historia*, Florescano [2012]; entre otros varios artículos relativos a temas específicos. Asimismo, creo importante resaltar la influencia que las investigaciones de Hobsbawm –*La Era de la Revolución* [1980]; *La Era de los Imperios* [1987]; *Historia del Siglo XX* [1995] –, así como *La Gran Transformación* [1975] de Karl Polanyi, tuvieron sobre mi entendimiento del quehacer del historiador de la economía.

No es mi intención hacer un repaso de los derroteros metodológicos de la ciencia histórica, menos aún darles punto final proponiendo LA metodología verdadera que debiera guiar la indagación histórico-científica. Por el contrario, si la revisión de la bibliografía historiográfica me ha llevado a conclusión alguna, ésta es que tal metodología no existe y que, en todo caso, es en el diálogo continuo de los historiadores y sus métodos donde se puede encontrar un fundamento para el progreso del conocimiento histórico. Más aún, tal progreso se ha logrado en gran medida gracias al diálogo con otras áreas del conocimiento, particularmente las ciencias sociales y la lingüística, siempre que éstas no sometan el estudio

¹⁴ Se ha optado por el uso de corchetes [] para señalar el año de publicación de una obra cuando no se hace una cita textual de la misma y el año de publicación es relevante para el argumento.

de la historia a sus propios supuestos, como pasó con la *cliometría* en el caso de la economía o el llamado “giro lingüístico” de la *metahistoria*.

- o -

Hechas estas precisiones, el presente estudio abraza una postura metodológica según la cual la definición de “historia económica” es la de una *historia global* que articule una explicación coherente sobre las transformaciones del sistema económico –en el caso del presente estudio, *la transformación histórica del sistema capitalista durante el siglo XX desde el liberalismo decimonónico hasta el Estado Benefactor y su “regreso” hacia un régimen neoliberal*–, lo que conlleva la pregunta formulada por Marc Bloch en esa peculiar obra titulada *Los Reyes Taumaturgos* (2017 [1924]): ¿por qué apareció en determinado momento y no en otro?; la cual, traducida a nuestro estudio, se podría plantear como sigue: ¿por qué a pesar de tener sus orígenes intelectuales en la década de 1930, el neoliberalismo no se concretó en un régimen político-económico sino hasta finales del siglo XX?

Parto pues por aceptar el paradigma dilucidado por la escuela de los Anales que nos convida a entender a la historia como una “ciencia de problemas” (Aguirre, 2011:59) que sitúa el tema de estudio dentro de las múltiples totalidades que lo abarcan y los hechos mismos son estudiados a la luz de su relevancia para la comprensión histórica: “elaborar un hecho –escribe Febvre (1993:23) – es construir. Es dar soluciones a un problema, si se quiere. Y si no hay problema no hay nada”. No se trata, por lo tanto, de una mera historia económica o política o cultural o cualquier otra parcialidad, sino la historia de un problema analizado dentro de los marcos económicos, políticos, culturales, psicológicos¹⁵, etc. que lo determinan. En este sentido, una *historia global* debe abarcar la totalidad del problema de forma diferente a la llamada *historia universal* que se pierde en la vastedad de sus límites por carecer de una jerarquía y articulación, y más aún, de un sentido profundo que enlace las partes con el todo¹⁶, lo determinante con lo determinado. Los hechos económicos toman sin duda un papel

¹⁵ No hay contradicción en plantear una historia *materialista* que aborde también la cuestión psicológica del fenómeno estudiado. Marc Bloch lo dijo con contundencia: “los hechos históricos son, por esencia, hecho psicológicos” (1949:110); del mismo modo, Ricoeur (2015:36) observa que “entre las causalidades que entran en la composición [de la jerarquía histórica], es preciso incorporar motivaciones psicológicas”.

¹⁶ De forma similar, Carr (1985:117) define la historia como “un estudio de causas” y su jerarquización.

preponderante en esta narrativa, pero nunca aislados ni despojados de sus determinantes, de los cuales son a su vez causa y efecto.

La historia científica, según este paradigma, debe superar los estrechos marcos de la descripción para adentrarse en los terrenos de la *interpretación*. Contra la postura positivista enmarcado en la célebre fórmula de Leopold von Ranke que pretendía contar los hechos “tal y como ocurrieron”¹⁷, una nueva historia pone a la interpretación como núcleo de la investigación histórica y, según la fórmula de Henri Pirenne, como “esencia general misma y el momento global determinante de toda la actividad misma del oficio del historiador” (citado en Aguirre, 2011:60). Se trata, en otras palabras, de un salto de la erudición del anticuario a la científicidad del historiador, pues si bien se creyó en el siglo XIX que la objetividad de la historia debía encontrarse en la fidelidad de la narración a los hechos, la duda crítica nos impele a aceptar con el historiador británico Edward H. Carr, que “la objetividad en la historia no puede ser una objetividad del dato, sino de la relación, de la relación entre dato e interpretación, entre el pasado, el presente y el futuro” (Carr, 1985:162). Así, los datos históricos, cuya aceptación implica ya una interpretación subjetiva –“juicios admitidos” los llamaba Barraclough (citado en Carr, 1985:19) –, ceden su lugar a las interpretaciones históricas, las cuales pasan a ser sujeto de prueba de validez científica. Historia no como narración, sino como “comprensión del pasado” (Vilar, 1999:22).

Se trata también de una postura teórica que apela a la comprensión del presente como pasado continuo y el estudio del pasado desde su reverberación en el presente. Dado que la ruptura común del tiempo en presente, pasado y futuro no supera los márgenes de la definición operativa, se vuelve necesario contemplar la historia como continuidad viva y el presente como pasado latente. “No puede decirse –reflexionó Ortega y Gasset (1984:76) – que hay algo si no es presente, actual. Si, pues, hay pasado, lo habrá como presente y actuando ahora en nosotros”; y también Croce (1960:11) observó que “toda historia verdadera es historia contemporánea”. Tal advertencia cobra mayor relevancia en un estudio como el presente cuyo tema de estudio es el régimen económico del neoliberalismo, cuya comprensión cabal requiere que lo analicemos no sólo desde su actualidad, sino que es

¹⁷ Febvre (1993:8) se refiere al método de esta escuela señalando “sus temblorosas prudencias, sus renunciaciones ante toda síntesis, su culto por el ‘hecho’, laborioso pero intelectualmente perezoso y ese gusto casi exclusivo por la historia diplomática”.

necesario conocer su genealogía –que no es igual a una imposible génesis– a lo largo del siglo XX. No se puede entender el presente sin estudiar el pasado, pero tampoco se debe estudiar el pasado sin tener en consideración el presente. Marc Bloch (1949:25) resumió el argumento en los siguientes términos: “la incompreensión del presente nace faltamente de la ignorancia del pasado. Mas no puede ser menos vano proponerse comprender el pasado si no se sabe nada del presente”.

- o -

Hechas estas observaciones, paso a detallar las herramientas metodológicas que sustentan el presente estudio, resaltando su carácter múltiple en el tratamiento del tema de estudio, lo que no equivale a un amontonamiento ecléctico de métodos¹⁸. Presento a continuación un esbozo de la metodología adoptada en cada capítulo de la presente tesis.

En los *Capítulos I y II*, “Vida y obra de Ayn Rand”, se adopta en términos generales el modelo de la biografía. Tal declaración podría a primera vista parecer incongruente con relación a los arriba estipulado sobre la evolución del método de la historia en el siglo pasado, ya que precisamente la crítica al modelo rankeano se enfocó en gran medida a atacar su propensión a entender la historia, según la popular definición de Thomas Carlyle, como “la biografía de unas grandes personalidades”. Asimismo, es verdad que las obras biográficas tienden a constituir relatos que se estancan, empleando la triple tipología temporal de Fernand Braudel, en el *nivel episódico*, es decir, se limitan al recuento de los acontecimientos entendidos como actos “siempre dramáticos y breves” (Braudel, 1970:27).

Nada más alejado de las intenciones del presente estudio, el cual apela al análisis biográfico de Ayn Rand entendiendo que una biografía es *algo más* que un simple recuento de hechos¹⁹. Al estudiar la vida de esta polémica escritora se hace desde un enfoque interpretativo en el que se busca analizar cómo los eventos históricos del siglo XX influyeron

¹⁸ Al esbozar su método analítico para un estudio histórico de las prácticas culturales en general, y del libro y la lectura en particular, Chartier (2005:45) reconoce que la vitalidad mantenida por la ciencia histórica se ha dado a costa “de un eclecticismo un poco anárquico”.

¹⁹ Croce (1960:18) observa que “la biografía sería (...) va a caer siempre en uno de los cuatro tipos de obra (...): o son memorias de la existencia de un individuo, es decir, crónicas; o textos de reflexión, o sermones de alabanza o de censura, en una palabra, retórica; o son poesía; o, por último, son historia, en que un individuo se halla retratado y juzgado por lo que es y por lo que no es, por su actividad, por lo que hace y por lo que lo sobrepasa”. Es en la última de estas categorías donde pretendo ubicar el presente estudio.

sobre la formación de su pensamiento. La vida de Rand, en otras palabras, nos interesa en cuanto ésta refleja las coyunturas económicas que atraviesan el siglo XX y que derivaron en la instauración del sistema neoliberal a partir de la década de 1970. Se trata de una historia económica en el que las *ideas* toman un papel preponderante, más no determinante, sino determinadas en un sentido amplio por los eventos históricos en las que se desarrollan. Y poco importa que un pensador, y tal es el caso con Rand, reclame la originalidad de sus ideas, pues, “pensado (y pensándose) como demiurgo, el artista o el pensador inventa sin embargo bajo coacción (obligación social). Coacción en relación a las reglas (del patronazgo, del mecenazgo, del mercado) que definen su condición” (Chartier, 2005: x). Así mismo, cabe aquí la observación de Adorno (1984:46), según la cual “la crítica dialéctica no sospechó siquiera que las mismas ‘ideas’, en su forma abstracta, no representan meramente verdades regulativas, sino que adolece ya de la injusticia bajo cuyo dominio se pensaron”.

Todos los eventos relevantes para explicar los derroteros del proyecto neoliberal – Primera y Segunda Guerra Mundial, Revolución rusa, Crisis de 1929, New Deal, ascenso del neoliberalismo– fueron vividos en carne propia por Ayn Rand. De aquí que su biografía constituya un marco de análisis valioso para el análisis de la genealogía del neoliberalismo y cuyo camino se entrecruza en más de una forma y momento con el de otros de sus artífices, especialmente con Ludwig von Mises y Murray Rothbard. La postura adoptada en la primera sección se acerca, por lo tanto, a la defendida por Ricoeur (2015:84) cuando afirma que, en ciertos límites, “es legítimo recurrir a una explicación sociológica que establece correlaciones entre formas de medios económico-sociales y de tipos de pensamiento, tipos de visión del mundo”. Objetivismo y neoliberalismo viven vidas paralelas. Ayn Rand fue una mujer de su tiempo y quizá en ninguna otra biografía podemos encontrar los efectos del tiempo sobre una vida y de esta vida sobre su tiempo. De Rusia a los Estados Unidos, de la Revolución de Octubre al ascenso de Reagan, del *socialismo realmente existente* al *liberalismo realmente existente*, Rand siguió el curso de la historia y, llegado el momento, ayudó a cambiarlo.

De la huida de Rand de la Unión Soviética a la implantación del neoliberalismo como régimen hegemónico, transcurre el siglo XX que Isaiah Berlin recordaba como “el siglo más terrible de la historia occidental” (citado en Hobsbawm, 2012:11). Dos guerras mundiales, una guerra fría, un Holocausto, descolonización política y neocolonialidad financiera, etc...

pero también los avances más espectaculares de la tecnología que la humanidad haya conocido, el movimiento masivo de la población mundial fuera de la miseria y su paulatino retorno, una aceleración brutal de la velocidad humana y una multiplicación tremenda de sus efectos, la bomba atómica y el internet. A este monstruo hemos de enfrentarnos para abordar nuestra tarea esperando no naufragar en el intento.

En resumen, el método analítico adoptado en los *Capítulos I y II* corresponde a una *genealogía del neoliberalismo* abordada mediante la biografía de Ayn Rand, lo cual no reduce la complejidad de dicha historia intelectual a una sola personalidad sino que la enmarca en, y hasta cierto punto la explica como resultado de, los procesos históricos que tuvieron lugar a lo largo del siglo XX. Se trata en todo caso de una reducción de la escala de análisis al contexto de una personalidad²⁰representativa del proceso que se estudia. Sigo en este punto la observación de Ricoeur (2015:48), según la cual “en lugar de buscar la amplitud y el sistema, el filósofo historiador puede buscar la intimidad y la singularidad; puede orientarse hacia una filosofía particular y buscar cómo se enlazan en ella toda la problemática de una época”; y también a Marc Bloch cuando explica su decisión de enfocarse en un rito particular –la curación de las escrófulas por el toque del Rey en Francia e Inglaterra durante la alta Edad Media– para estudiar un conjunto de creencias más amplio –el carácter sobrenatural que se atribuyó largo tiempo al poder real– en los siguientes términos: “me serví de ellos como un hilo conductor” (Bloch, 2017:83). En el caso del presente trabajo Ayn Rand será, precisamente, ese hilo conductor.

En una carta abierta a sus lectores en 1945 Rand les lanzaba un exhorto: “no me pregunten sobre mi familia, mi infancia, mis amigos o mis sentimientos. Pregúntenme sobre las cosas que pienso. Es el contenido del cerebro de una persona, no los accidentes de su vida, lo que determina su carácter. Mi propio carácter se encuentra en las páginas de *El Manantial*”.

²⁰ Algunas semejanzas hay aquí con la *microhistoria* de autores como Carlo Ginzburg, la cual parte de la reducción de la escala de análisis histórico al contexto inmediato de un sujeto, generalmente, la comunidad. Aunque los méritos de la microhistoria como herramienta analítica no son pocos –y su crítica no nos compete aquí–, baste señalar que su adecuación se limita en gran medida al estudio de comunidades tradicionales e incluso pre-capitalistas, en las que la inmediatez del entorno juega un papel determinante en la explicación de los procesos históricos. Para una personalidad cosmopolita como la de Ayn Rand, más aun, debido a su dispersión espacio temporal entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, pareciera que la microhistoria tiene poco que ofrecer. Sin embargo, recordando que el procedimiento de “cambio de escala” responde a la necesidad de evitar el determinismo, Chartier (2005:32) observa que esta reducción se puede dar “a la escala de segmentos sociales bien delimitados, incluso a la del individuo”.

A pesar de tan sentida petición, en los *Capítulos I y II* analizaremos esos “accidentes”. Los *Capítulos III y IV*, en adición, se enfocarán a cuestionar sus ideas.

- o -

En los *Capítulo III y IV* englobados bajo el título “Crítica de las Ideas Económicas de Ayn Rand” se lleva a cabo una crítica de sus postulados económicos. No obstante, como se señaló anteriormente, debido a la falta de una exposición detallada de sus ideas, apelamos a su cercanía intelectual con Ludwig von Mises para llevar a cabo dicho análisis. En otras palabras, esta sección de nuestro estudio presenta una crítica empírico-teórica de algunos de los temas más importantes de la corpus teórico de la Escuela Austriaca tal y como se manifestó en las obras de Ayn Rand. La selección de los temas se debe a su relevancia en los debates seminales del proyecto neoliberal, tanto los desarrollados durante el Coloquio Lippmann como los posteriormente desarrollados bajo el auspicio de la Sociedad Mont Pelerin, principalmente a través de su apéndice académico en la Universidad de Chicago. Dichos temas son:

- A. El monopolio. La visión de Rand respecto al monopolio fue literaturizada en su obra magna, *La Rebelión de Atlas*, pero también la retomó en ensayos como el aparecido en 1962 bajo el título “La minoría acosada de los Estados Unidos: las grandes empresas” o en “Antimonopolio” de Alan Greenspan, ambos compilados en *Capitalismo, el ideal desconocido* [1966]. En estos se sugiere que la regulación de los monopolios, materializada en el Acta Sherman de 1890, fue la causa del fracaso de la industria ferrocarriles Norteamericana a finales del siglo XIX, y del capitalismo mismo a lo largo del siglo XX.

En este apartado se presenta una revisión de la *historia de los ferrocarriles en Estados Unidos durante el siglo XIX* en la que, atendiendo a los análisis institucionales de Chandler sobre la creación en impacto de los Grandes Negocios, pero también a la relación de “doble hélice” desarrollada por Karl Polanyi en *La Gran Transformación*, se desarrolla una interpretación crítica del actuar y los vínculos políticos de los grandes empresarios ferrocarrileros –Vanderbilt, Morgan, Hill, etc.– a los que Rand rindió culto en su novela y ensayos, concluyendo en cambio que hubo un elemento “endógeno” en el nacimiento y consolidación de las grandes empresas,

y que las coyunturas históricas también jugaron su parte en esta mutación, que dictaron a la larga su ocaso y acercamiento al aparato industrial.

- B. La Crisis de 1929. En este apartado se lleva a cabo un análisis sobre uno de los eventos históricos más importantes en la historia no sólo económica sino mundial en el siglo XX: la Gran Depresión. Se pretende no sólo presentar una narrativa convincente y fundamentada de los procesos que llevaron al crash de 1929, sino que también se intenta ilustrar el papel de los debates teóricos en relación al estudio de la historia. La economía sirve, en este sentido, a la narrativa histórica en cuanto provee de marcos teóricos para la comprensión de los fenómenos que analiza. Pero al existir múltiples explicaciones para el mismo fenómeno, la historia, a la inversa, sirve a la economía como “tribunal” de sus teorías. En este apartado se contrastan la postura de la Escuela Austriaca de la crisis, que es la que Rand defiende en sus ensayos, con la interpretación más cercana a un paradigma marxista de Huberman y Hilferding, con mediación de los análisis institucionales de Galbraith. La cuestión del patrón oro como posible solución o causa de la crisis se trata también con algún detalle, ya que es fue en este punto donde Rand expresó con mayor detalle su visión “moral” del dinero en la sociedad capitalista.
- C. Sindicatos. En este último apartado se estudia el papel fundamental de los sindicatos, en particular, y del socialismo norteamericano en general; poniendo de manifiesto cómo éste fue marcado desde sus albores en el siglo XIX por el conflicto, el racismo, la represión e incluso el asesinato que evitó la consolidación de un movimiento social en los Estados Unidos. En contraposición, para la visión randiana y neoliberal los sindicatos aparecen como un estorbo al funcionamiento del libre mercado –un monopolio “coercitivo”– y, en última instancia, sus actos actúan en detrimento del interés del trabajador al interferir con la asignación eficiente del mercado. La revisión histórica de las luchas sindicales en Estados Unidos, sin embargo, desmienten este pensar ideológico, mientras que, al mismo tiempo, la huelga de los obreros y no de Atlas aparece como causante del verdadero colapso de la sociedad capitalista.

- o -

El *Capítulo V*, “Ayn Rand y el neoliberalismo”, deja de lado el análisis crítico epistemológico para abordar el impacto de Rand más allá de la verdad o falsedad de sus ideas, es decir, en

cuanto a su *veridicción*. Como lo observó Foucault (2007:55), “tal es el punto, precisamente, en que el análisis histórico puede tener un alcance político. Lo que políticamente tiene su importancia no es el análisis de lo verdadero, no es la historia de lo falso, es la historia de la veridicción”. Para llevar a cabo dicha tarea, el capítulo comienza contestando a la pregunta ¿qué es el neoliberalismo? Para cuya respuesta se sintetizan las posturas que ante esta interrogante han tomado autores como Harvey (2005), Foucault (2007 [1979]), Laval y Dardot (2013K), Mirowski et al. (2015), Escalante (2015) y Slobodian (2018); y a partir de esta definición se da respuesta a la segunda interrogante: ¿Cuál es la relación de Ayn Rand con el neoliberalismo? La respuesta pasa por analizar los que son el principal punto de encuentro y la principal divergencia entre ambos sistemas, respectivamente: el papel del emprendedor y la cuestión del Estado mínimo. Una revisión profunda nos deja ver que las diferencias son menos radicales de lo que pareciera a primera vista, sobre todo cuando se atiende a la noción de *gubernamentalidad*, a saber, una tecnología de gobierno que trasciende su dimensión institucional para enfocarse en su asimilación dentro de las estructuras de la sociedad civil, desde el *management* empresarial hasta el auto-gobierno del individuo.

Nota sobre las fuentes bibliográficas

El crítico literario ruso Mijaíl Bajtín empleó el concepto de *cronotopos* para referirse a la unidad de tiempo y espacio enmarcada en una obra literaria. En su estudio sobre *Rusia y sus Imperios* [1997] Jean Meyer apela a esta distinción para ensayar una historia de Rusia donde el espacio geográfico se distiende en el tiempo cronológico y éste a su vez se densifica en su discurrir a través del espacio. De forma similar, Samir Amin escribió sobre la Revolución de 1918 que no veía “otra explicación convincente de esa revolución que la de hacer intervenir simultáneamente la historia –las contradicciones introducidas por el capitalismo en una sociedad agraria– y la geografía –la posición de Rusia en la economía-mundo capitalista–” (Amin, 2015:22). “Tiempo es espacio”, *Dictum* que pesa con particular rigor sobre toda unidad política cuya vastedad territorial se une a la riqueza y variedad de los eventos; a la expansión se agrega la *densidad del tiempo* –en el sentido braudeliano del concepto–. Tal es también el caso de los Estados Unidos de América: “el Imperio de la Libertad” lo llamó Thomas Jefferson cuando anunció su sueño de alcanzar la costa del Pacífico. En 1867, la

venta de Alaska significó que desde entonces tan sólo 82 kilómetros separen a dos unidades geopolíticas cuya enemistad ideológica las llevó al borde de la confrontación directa durante los años de la Guerra Fría, después de haber vivido una efímera alianza en contra Alemania.

Abordar las historias de ambos países, mejor dicho, el desenvolvimiento de cada uno a través de la Historia, es una tarea monumental que excede los marcos de una disertación individual. Por suerte, los trabajos al respecto son muchos y muy variados en sus enfoques, por lo que la tarea más allá de reconstruir una historia desde sus rudimentos históricos consiste en el contraste. En el caso de Rusia, entre las obras consultadas para el presente trabajo destacan: *El Desarrollo del Capitalismo en Rusia*, Lenin (1950); *Diez Días que Estremecieron al Mundo*, Reed (1980); *La Revolución Rusa*, Soglian (1970); *El Fin de los Romanov*, Alexandrov (1969) *Pensadores Rusos*, Berlín (2008); *La Revolución Rusa*, Carr (1985); *La Revolución Rusa*, Pipes (1990); *Rusia y sus Imperios*, Meyer (1997); *Bandera Roja*, Priestland (2010); *A People's History of the Russian Revolution*, Faulkner (2017); entre otros varios artículos enfocados fundamentalmente en la Revolución Soviética, punto de partida de nuestro análisis de la vida y obra de Ayn Rand. Como lo observa Duggan (2019:13) “la revolución socialista hizo a Ayn Rand. Sus ideas clave y estrategias primarias de narrativa adquirieron forma y energía mientras los bolcheviques tomaban San Petersburgo en 1917”. Para la reconstrucción de este “periodo soviético” contamos con el relato propio de Rand plasmado en la más autobiográfica de sus obras, *Los Que Vivimos* [1936].

Para el caso de los Estados Unidos de América las obras no son menos numerosas y la información disponible es más homogénea, aunque las interpretaciones de los procesos varían considerablemente entre los diferentes historiadores. Entre las obras consultadas han sido de gran ayuda como marcos generales *The Economic History of the United States*, Bogart (1912); *We the People*, Huberman (1960); *El Nuevo Estado Industrial*, Galbraith (1983); *El Dinero*, Galbraith (1986); *La Otra Historia de los Estados Unidos*, Zinn (1999); *A History of Money and Banking in the United States*, Rothbard (2002); *Historia de los Estados Unidos*, Bosch (2005); *We the Corporations*, Winkler (2018); y muchos otros libros y artículos sobre temas específicos que se citan cuando es pertinente.

VIDA Y OBRA DE AYN RAND

I. Los Años de Formación (1905 – 1942)

A. RUSIA [1905-1926]

“He pasado cuatro años en Siberia. Los pasé porque veía a la gente muriéndose de hambre y de miseria bajo una bota y buscaba su libertad. Sigo viendo a la gente morir de hambre y de miseria bajo una bota. La única diferencia está en que ahora la bota es roja” *Los que Vivimos* [1936].

La Larga Duración: la Revolución Inconclusa

Si una palabra frase resumir los 100 años que antecedieron al nacimiento de la Unión Soviética ésta es “revolución inconclusa”. El inicio de esta revolución permanente puede fecharse el 26 de diciembre de 1825 con la toma de la Plaza del Senado de San Petersburgo por un grupo de oficiales inspirados por su contacto con la Europa liberal durante las guerras napoleónicas y que fueron reprimidos por el autoritarismo zarista. La semilla de la revolución cayó en suelo ruso, pero el terreno aún no era fértil para que germinara. Tres décadas más tarde, la derrota en la Guerra de Crimea [1853–1856] donde Rusia enfrentó al Imperio Otomano y sus aliados europeos –Francia, Reino Unido y Cerdeña–, orilló al zar Alejandro II a conceder la reforma económica y social más grande de la época: con la abolición de la gleba en 1861, cuarenta y siete millones de campesinos dejaron de ser siervos, mientras un pequeño grupo de *kulaks* terratenientes vio incrementadas de forma desafortunada sus tierras a costa de una decadente aristocracia.

Lejos de acallar la inconformidad, las reformas animaron un movimiento de protesta que no desmereció el nombre de “terrorista” y cuyo referente literario fue la obra de Nikolái Chernyshevski, *¿Qué hacer?* [1863]. Traigo a colación la obra de Chernyshevski no sólo por su relevancia para entender los eventos que desembocarían en el asesinato del zar, sino por su relación con Ayn Rand analizada por Weiner (2016). En dicha obra el autor hace un análisis de la influencia de Chernyshevski en el movimiento terrorista, particularmente en el “extremista” Serguei Necháyev, haciendo una analogía con la influencia que Rand tuvo sobre el “extremista del libre mercado”, Alan Greenspan. En palabras de Weiner (2016:8) “Rand levantó a Chernyshevski de su tumba en el panteón de las malas ideas. En ella reviviría su egoísmo racional, su creencia entusiasta de que, en palabras de Rand, ‘la forma sigue al

propósito' en el arte, y, más importante, su imagen del héroe ficticio como un revolucionario intransigente 'rigorista', o en palabras de Rand, 'el extremista'".

En 1866 el joven revolucionario Dmitri Karakozov intentó asesinar al zar Alejandro II en San Petersburgo, primero de las múltiples tentativas que lograrían su objetivo en 1881 a manos de la organización *Narodnaia Volia* ("voluntad del pueblo"). Como "una catástrofe histórica" calificó Meyer (1997:41) la muerte del zar reformador, pues, en un acto de venganza, su hijo Alejandro III dio marcha atrás a las reformas liberales firmando una alianza con la iglesia ortodoxa, reduciendo la matrícula de las universidades, hostigando a los judíos y aumentando la represión contra los revolucionarios. En 1883, 34 años antes de la Revolución de Octubre, Dimitri Tolstoi anunciaba proféticamente: "si el régimen zarista llegara a caer, en su lugar surgiría el comunismo, el comunismo llano y sencillo del señor Marx, quien acaba de morir en Londres y leí con atención e interés" (citado en Meyer, 1997:42). En 1887 Aleksandr Ulianov fue ejecutado bajo cargo de conspirar para asesinar al zar; diez años más tarde su hermano Vladimir (Lenin) sería deportado a Siberia, comenzando un éxodo que no terminaría sino 20 años más tarde en la Estación Finlandia.

La última década del siglo XIX y la primera del XX auguraban el esperado "salto" hacia Occidente de Rusia, impulsada por el movimiento globalizar de la economía y la Segunda Revolución Industrial, propulsada a su vez por la electricidad y la industria química. Pero en Rusia el brillo industrial ocultaba el descontento social. Hacia 1890 Rusia era la sexta economía más grande del mundo, pero el pueblo vivía en condiciones de miseria. La economía, de hecho, se sustentaba sobre la miseria y la explotación rentista de la nobleza y el Kulak acaudalado. La revolución era menos un proyecto, ya fuera burgués o proletario, que un hecho latente, una irrupción de la realidad económica contra una autocracia y un pueblo tradicionalistamente anacrónicos.

- o -

Un beneficiario de la revolución química que se desarrolló durante la Segunda Revolución Industrial fue un joven judío ruso –no practicante de la fe–, descrito como hombre taciturno y empresario exitoso: Zinoviy Rosenbaum, padre de Alisa, mejor conocida como Ayn Rand. Oriundo de Brest-Litovsk, obtuvo un diploma de químico farmacéutico por la Universidad de Varsovia en 1899 y en 1902 se mudó a San Petersburgo para trabajar en la farmacia de la

hermana de su futura esposa, Anna Borisovna (Kaplan), cuya familia incluía a empresarios, comerciantes y profesionistas que constituían un núcleo de judíos burgueses. Armstrong y Kahan (1983) han descrito cómo la imposibilidad de ascender en la escala jerárquica del zarismo fue un incentivo para la minoría judía para embarcarse en actividades empresariales y crear asociaciones de apoyo para protegerse de la represión étnica.

El caso de la familia Rosenbaum, sin embargo, podía considerarse como una excepción ya que, como lo señala Burns (2009:10), “eran bastante diferentes de la mayoría de judíos rusos que habitaban en *shtlets* en la Zona de asentamiento²¹”, y en efecto, poco hay que se preserve en el ideario randiano que abreve del judaísmo a no ser que por éste entendamos esa forma de “chauvinismo judío” que Hannah Arendt explicó como consecuencia de la secularización y la asimilación judía del siglo XIX, proceso del que los Rosenbaum son un ejemplo notable, y que aludiendo a Chesterton se puede definir como un nacionalismo pervertido en el que “el individuo mismo es la única cosa que debe ser adorada; el individuo es su ideal propio e incluso su propio ídolo” (Arendt, 1976:74). A parte de este chauvinismo, lo que sin duda marcó a Rand fue el recuerdo empresarial paterno. Su emprendimiento formaría parte del ideario randiano, pero despojado de cualquier referencia étnica o religiosa, inclinándose en cambio por exaltar la personalidad del individuo, su padre.

- o -

A pesar del crecimiento económico, la guerra ruso-japonesa (1904–1905) demostró la debilidad de un régimen que desde los tiempos de Napoleón se creía invencible, pero que sólo lo era por su cruento invierno y la enorme cantidad de carne de cañón cuya voluntad guerrera, más asiática que europea, era temible. Si la revolución era ya un síntoma inherente a las condiciones objetivas de atraso y pobreza, el yugo subjetivo del poder se debilitaba apagando consigo el orgullo de la Santa Rusia. Las sequías a principios del siglo XX empeoran la situación de los trabajadores al provocar una caída en el salario real, ya de por sí nominalmente bajo gracias a la abundancia de mano de obra que incluía a mujeres y niños (Meyer, 1997:35). La toma de Port Arthur por manos japonesas en julio de 1904 precipitó huelgas en San Petersburgo que se extendieron el resto del año. El descontento era general.

²¹ Se refiere a la región fronteriza occidental del Imperio ruso donde se permitía el asentamiento de judíos.

La Revolución de 1905, escribe Hobsbawm (2013:110), “a diferencia de la de octubre de 1917, fue apoyada con entusiasmo por las clases medias y por los intelectuales”. El 9 de enero una manifestación pacífica convocada por el clérigo Gueorgui Gapón terminó con la muerte de al menos 200 manifestantes. El historiador británico E. Carr (1998:12) apunta: “la primera revolución rusa tuvo un carácter mixto. Fue una revuelta de los liberales y constitucionalistas contra una burocracia anticuada (...) fue una revuelta obrera desatada por la brutalidad del ‘domingo rojo’ (...) fue una extensa revuelta campesina, espontánea y carente de coordinación”. Y fue sobre todo esto último.

Aun cuando el mismo Lenin haya calificado a la insurgencia como “burguesa”, el concepto de burguesía era esquivo para la realidad rusa de principios del siglo XX. Lejos de salir beneficiada por la rápida industrialización del país, la pequeña empresa privada había sido opacada por un puñado de grandes “empresarios”, mayormente hombres cercanos al zar. La polarización económica en Rusia era extrema con menos del 1% viviendo con una renta superior a los 800 rublos anuales –equivalentes a 400 dólares de la época, aproximadamente \$12,000 de 2017–. Los datos aportados por Lenin (1950) y capturados en la *Tabla 1* ponen a un 2.3% de la población en la categoría de alta burguesía, mientras cerca del 80% son considerados propietarios pobres o proletarios, incluyendo a los campesinos.

Tabla 1. Composición de la población según condición económica hacia 1890

GRUPO	POBLACIÓN
Alta burguesía, terratenientes, funcionarios	3,000,000 (2.3%)
Pequeños patronos acomodados	23,100,000 (18.4%)
Pequeños patronos pobres	35,800,000 (28.5%)
Proletarios y semiproletarios	63,700,000 (50.7%)

Fuente: Lenin (1950:497)

- o -

En medio de este panorama de desigualdad, la familia Rosenbaum, “bajo cualquier estándar, ruso o judío, era una familia de élite y privilegiada” (Burns, 2009:10). Su situación económica se debía en parte a una herencia materna –su abuelo fue un próspero sastre confeccionando uniformes para el ejército–, en parte a los negocios farmacéuticos del padre. Las aspiraciones de la familia tenían tendencias aristocráticas, pero permeadas por el aprecio a los valores occidentales. De aquí que la educación de Alisa se viera marcada por un aprecio

a la alta cultura europea, así como un rechazo por los valores judíos y rusos. Siéndole prohibida la lectura de sus compatriotas, Alisa encontraría su modelo literario en Víctor Hugo y fue por él, según su propio testimonio, que decidió ser escritora.

Fue a través de la élite industrial y financiera y la alta burguesía a la que pertenecían los Rosenbaum el canal por el que se dio “la infiltración de algunas ideas liberales occidentales” (Carr, 1998:12), cuyo depositario institucional fue el Partido Demócrata Constitucionalista (KD). A finales de 1905 estudiantes, profesionistas, funcionarios, etc. se unieron a la huelga de octubre de los ferrocarriles decretando de facto una huelga general en la que participaron cerca de 200 mil obreros. El *manifiesto de las libertades* del Ministro de Hacienda Sergei Witte –quien fue rehabilitado en funciones a causa de la crisis y el asesinato de su antecesor, el “ministro represor” Vliacheslav von Pleve– buscó un acuerdo a cambio de concesiones, la mayoría promesas ambiguas cuyo punto más radical era una cámara legislativa: la efímera Duma. El otro órgano de relevancia surgido de esta primera Revolución fue el *Soviet* de Petersburgo, a través del cual los trabajadores elegirían a sus representantes entre los que destacaba un joven de nombre León Trotsky. Cerca de 400 delegados representaban a casi 200 mil trabajadores y pronto los consejos se expandirían por el imperio preparando el escenario de 1917, liderados por el Partido Socialrevolucionario, ya desde entonces escindido entre sus múltiples facciones.

En 1905 se manifestaron las condiciones para una inminente caída del zar, pero la lucha todavía tendría que extenderse doce años para que se consumara por fin la revolución inconclusa. Ese año empezó un largo proceso revolucionario que transformaría la faz del mundo en el siglo XX. Menos sabido es que el 2 de febrero de 1905 nació en San Petersburgo Alisa Zinovievna Rosenbaum, mejor conocida como Ayn Rand.

Fracaso Liberal

“La revolución de 1905 –escribe Priestland (2010:97) – siguió en líneas generales la trayectoria fallida de sus predecesoras europeas de 1848”. Los liberales, conformistas y temerosos del pueblo –“herencia envenenada de la ruptura realizada por Pedro” (Meyer, 1997:43) –, prefirieron participar en la farsa del zarismo antes que consolidar una victoria auténticamente democrática.

Las concesiones del gobierno incluyeron un edicto de tolerancia religiosa, así como la libertad de idioma y de prensa. La primera Duma, dominada por el conservador Partido KD, se reunió en abril de 1906. Fue un parlamento más voluntarioso que capaz; más temeroso que liberal. A la carta de peticiones de la asamblea consultiva, el zar contestó con el edicto de disolución de la Duma en julio. Ese mismo año la zarina Alexandra entró en contacto con quien sería su consejero los próximos 10 años, el infame *mujik* siberiano Grigory Rasputín, símbolo de la decadencia Romanov. “No se produjo el retorno a la autocracia –escribe Hobsbawm (2013:307) –, pero en la práctica se restableció el zarismo”. Una segunda Duma no duró más que la primera y fue disuelta en junio de 1907. Al pactar con el gobierno totalitario, los liberales habían olvidado que “el juramento pronunciado por él [el zar] a la hora de su coronación le impedía volverse un monarca constitucional” (Meyer, 1997:47-61). Y actuó en consecuencia: cerca de 4000 políticos fueron condenados a muerte y 17,000 a la cárcel o el exilio entre 1906 y 1910. La respuesta tampoco se hizo esperar: 12,000 atentados terroristas cobraron la vida de al menos 3,000 personas.

- o -

Al tiempo que la democracia era desterrada, la economía parecía tomar nuevos bríos gracias al programa de modernización del Ministro Piotr Stolypin –“el hombre de la reforma agraria” lo llamó Meyer (1997:68) –. Zinovy Rosenbaum aprovechó los años de bonanza que marcaron la primera década del siglo XX para llegar a ocupar en 1910 el puesto de director de la farmacia de propiedad alemana *Alevsandroiskaia*, situada en el corazón vibrante de San Petersburgo. Por esas fechas la familia Rosenbaum se mudó a un departamento en la famosa vía Nevsky. Hacia 1912 Zinovy se había hecho copropietario de la farmacia que para entonces empleaba a cerca de 20 personas. Cuando la guerra estalló en 1914, su socio alemán transfirió la propiedad a Rosenbaum previniendo posibles represalias. Para entonces, su situación económica le permitió no sólo acceder al control de la empresa sino que compró el edificio entero en el que residían tanto el negocio como la familia (Heller, 2009K). Los Rosenbaum habían alcanzado la cima de la burguesía rusa.

Poco se conoce de la infancia de Ayn Rand más allá de sus propios relatos, que son escasos –no le gustaba recordar esta etapa a la que refirió “como el peor periodo de mi vida”– . Aparte de su hermana y admiradora Nora, no tuvo muchos amigos y la relación con su

madre fue conflictiva. Con su padre, en cambio, existía la más pura admiración: admiración por el empresario que está presente en la figura del “tío Vasili”, personaje de *Los que Vivimos*, pero que se extendería hasta la publicación de *La Rebelión de Atlas*.

- o -

El crecimiento económico que precedió a la Primera Guerra Mundial trajo consigo un grave deterioro de la vida proletaria. Entre 1897 y 1914 la población urbana pasó del 13% al 20%. La producción de carbón se multiplicó por 8 en el mismo periodo, mientras que la de hierro lo hizo por 5 (Meyer, 1997:35). Sin embargo, según datos de Markevitch y Harrison (2011:27) hacia 1913 la producción agrícola continuaba siendo el sector principal con el 44.4% del valor agregado, seguida por la gran industria con el 14.6%, 8.8% los servicios financieros, 8.1% el comercio y 6.5% la pequeña industria –donde se ubicaba la empresa del padre de Rand–. Rusia se modernizaba sobre las espaldas de un proletariado arrancado del campo, además de estar atado a una fuerte dependencia extranjera siendo hacia 1913 el país europeo con mayor volumen de inversiones extranjeras (Bairoch, 2000:115). La ulterior e inverosímil alianza con Gran Bretaña y Francia –enemigos a lo largo del siglo XIX– en contra de Alemania durante la Primera Guerra Mundial tuvo que ver mucho con esta condición: la fidelidad sigue a las inversiones.

El proletariado comenzaba a conformar una fuerza política afín al bolchevismo que era contenida mediante la fuerza, como en la matanza ocurrida en el río Lena en 1912 en minas de oro de propiedad británica. Las huelgas se extendían en la capital y las provincias. Ese mismo año los bolcheviques rompieron con los mencheviques, constituyendo el núcleo de lo que en 1918 se convertiría en el Partido Comunista. Si bien el proletariado no había crecido mucho en cantidad –apenas 4 millones para 1917–, sí lo hacía en carácter: en el verano de 1917 la lucha de clases era tema común en las fábricas (Priestland, 2010:90).

La Gran Guerra

El asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo en junio de 1914 –curiosamente, los Rosenbaum se encontraban en un viaje familiar en Austria unos días antes del atentado–, que precipitó la declaración de guerra de Austria a Serbia, fue sólo el último eslabón de un complejo proceso que gestó la destrucción. En palabras de Hobsbawm (2013:327), “lo que

hacia que el mundo fuera un lugar aún más peligroso era la ecuación crecimiento económico y poder político ilimitado”. El equilibrio político empezó a desquebrajarse en 1905 cuando Japón derrotó a Rusia. El Imperio Austriaco aprovechó entonces para anexionarse en 1908 los territorios de Bosnia-Herzegovina en los que el problema eslavo enfrentaba a los dos imperios. Alemania quedó “atrapada” en medio de ambos bandos, pues no era un enemigo histórico de Rusia sino que, al contrario, su ejemplo impregnaba la vida y filosofía rusas al grado de que la zarina Alexandra era prima-hermana del káiser Guillermo II. La muerte de Francisco Fernando reavivó el sentimiento eslavo en los Balcanes, provocó la reconfiguración de los equilibrios de poder, desató el incontenible afán de expansión del capitalismo y dio curso a una carrera armamentística suicida.

A poco más de un mes del asesinato del archiduque, el primero de agosto de 1914, Alemania declaró la guerra a Rusia. Lejos de recibir la noticia con recelo, los sentimientos nacionalistas afloraron entre el pueblo ruso: “incluso en Rusia, donde se esperaba que hubiera un millón de desertores, solo unos pocos de los 15 millones que fueron llamados a las armas dejaron de responder a esa llamada” (Hobsbawm, 2013:334). Una “unión sagrada” por la defensa de la Santa Rusia se gestó y sólo los bolcheviques no participaban del entusiasmo.

Siguiendo el relato de Meyer (1997:87), el aislamiento en que quedó atrapada Rusia al cerrarse las fronteras de Alemania y el Imperio Austro-Húngaro, repercutió positivamente sobre la alimentación popular y el crecimiento industrial: un índice de producción de 100 para el año 1914 habría aumentado a 121.5 hacia 1916²². La producción de hierro y petróleo aumentó cerca de un 30%. En Moscú el proletariado creció alrededor de un 50% en los tres primeros años de la guerra, a medida que sus condiciones de vida empeoraban. Faulkner (2017K:1545) observa que “al tiempo que las ordenes de guerra llegaban, los empleadores aumentaron la jornada laboral, hicieron el tiempo extra obligatorio, menguaron las seguridades laborales, y gestionaron la militarización del trabajo”. El descontento no se hizo esperar y se materializó en una creciente organización obrera. En toda Europa, de hecho, la guerra alentó y empoderó a las organizaciones sindicales.

²² Estimaciones de Markevitch y Harrison (2011) indican que hacia finales 1916 la producción industrial había entrado en etapa de recesión después de haber alcanzado un máximo de 111 en 1915 con relación a 1913.

En el frente la situación era terrible. Ningún ejército sufrió tantas bajas, muchas causadas por la insalubridad y el hambre. Según datos de Priestland (2010:96) para el primer año de guerra “más de 4 millones de rusos habían muerto, estaban heridos o habían sido capturados”. Meyer (1997:21) resalta las cifras señalando que las pérdidas rusas en el frente fueron 10 veces superiores a las alemanas y 5 veces las austriacas. Las sublevaciones se hacían recurrentes y la deserción alimentaba la revolución. En un acto desesperado, el zar Nicolás asumió el alto mando del ejército en 1915 con lo que dejaba la dirección del gobierno en manos de una odiada zarina y su repudiado *mujik* consejero.

El año 1916 marcó el último revés para el imperio zarista. Un fracasado intento de Rumanía por levantarse contras las Potencias Centrales obligó a Rusia a extender su línea defensiva. El costo de mantener alimentado al frente repercutió sobre el abasto de harina en la capital, empeorado por la crisis de los ferrocarriles que revivieron el espíritu de huelga aletargado por la guerra. 150,000 soldados concentrados como reservas en Petersburgo se negaron a intervenir para aplacar las huelgas de octubre. La (cuarta) Duma abandonó al zar ausente cargando sobre su espalda la culpa tanto de las derrotas como de la escasez. El asesinato en diciembre de Rasputín puso a prueba la predicción del *mujik* de que el imperio no sobreviviría a su persona. Tenía razón.

Dispuesto a combatir la escasez, el gobierno llevó a cabo un intento por “sustituir el mercado de grano por la compra y distribución organizada por el Estado” (Priestland, 2010:96). La tarea se vio entorpecida por las gastadas vías de comunicación y almacenaje, así como un campesinado renuente a vender. Nicolás II cavaba su tumba sin ser consciente de ello. Una reseña publicada en el año 1917 da cuenta de la personalidad del zar: “el zar no comprendía a su pueblo, no tenía ningún sistema y ninguna política, excepto quizá, tanto por engreimiento como por la religión de autocracia que él se había elaborado, una postura muy consciente del absolutismo... fuera de su familia directa no mostraba afecto por nadie ni por nada. Su egoísmo era tan grande como su sosería.” (Rivet, citado en Alexandrov, 1969:64).

- o -

El 23 de febrero de 1917 estallaron en Petrogrado protestas por la escasez de carbón y alimentos, encabezadas por mujeres que rompieron escaparates para hacerse con un poco de pan. En los fríos días de febrero, observa Heller (2009K), “los confortables clase-medieros

Rosenbaum probablemente no sufrían hambre o frío (...) pero la privación los rodeaba”. Los disturbios tomaron el carácter de huelga que se extendió a los ejércitos. Las deserciones tanto como la huelga reflejaban “la repulsión que sentían casi todos los que la habían vivido hacia lo que se veía, cada vez más, como una matanza sin sentido” (Hobsbawm, 2012:61). Los sublevados se abanderaban bajo un grito: “¡abajo la guerra!”. Cerca de cien mil trabajadores se unieron a la huelga tan sólo en la capital donde el principal complejo metalúrgico, los talleres Putilev, había sido tomado bajo mando obrero. Doscientos mil trabajadores más se congregaron en las calles de Moscú. El día 25 la huelga ya era general en Petrogrado y dos días más tarde la Guardia Imperial y las reservas del ejército se unían a la causa. Una multitud invadió la Duma sin encontrar resistencia causando destrozos.

Años más tarde Rand recordaría ver junto a sus dos hermanas desde el balcón de su departamento en la avenida Nevsky a las filas de cosacos disparando balas al aire para disolver las protestas. Rand se referiría a estos días como “un periodo de emoción, esperanza y felicidad sin paralelo, tanto para ella como para su país. Fue la única vez en su vida, dijo, en que se sintió sincronizada con la historia” (citado en Heller, 2009K). Fue también en esos días aciagos cuando “junto a la palabra *grazhdanin* (ciudadano) – según observa Priestland (2010:97) – se oía cada vez más el término socialista *tovarich* (camarada)”. La Marsellesa resonó en las calles de Petrogrado reviviendo la memoria de 1789. La rebelión se convertía oficialmente en una lucha de clases²³.

- o -

El mismo día de la abdicación del zar –2 de marzo de 1917– fue instaurado un gobierno provisional bajo el mando del príncipe Gueorgui Lvov y el Partido KD, cuyo principal objetivo era convocar a una Asamblea Constituyente. A la par del gobierno, los soviets constituyeron una fuerza política al menos tan importante como el Parlamento. La dualidad del pueblo ruso se hacía patente en sus instituciones: un doble poder inestable. En un intento por abrir el órgano ejecutivo a los socialistas, Alexander Kerensky, abogado y político del Partido Laborista (Trudovike), auto-declarado miembro del Partido Obrero Socialdemócrata, miembro de la cuarta Duma, fue invitado al comité de la Duma provisional. Inicialmente

²³ El conflicto de clases, evidentemente, antecedió a la revolución. Es solo en cuanto a la conciencia de la misma, reflejada en el vocabulario, que se puede hablar de su carácter “oficial”.

Ministro de Justicia, asumió el cargo de Primer Ministro en julio tras la crisis de abril que había causado la dimisión del Ministro de Asuntos Exteriores Pavel Miliukov, quien había llamado a los soldados a volver a las trincheras. “Casi todos –observa Meyer (1997:101) – cometieron el mismo error, menos Lenin, quien reclamó, exigió la paz desde el primer día”. Las *Tesis de Abril* [1917] engloban la actitud de Lenin frente a las coyunturas y son reflejo también de su capacidad para entender el ritmo de la revolución. El tiempo del partido de vanguardia había llegado. El proletariado tendría una cabeza.

Ante la incapacidad del gobierno, el Congreso Panruso de los Soviets (CPS) se reunió en junio. Los bolcheviques apenas obtuvieron una minoría de los escaños, pero su influencia sin duda iba en aumento pasando de 20 mil a cerca de 400 mil afiliados a finales del año (Carr, 1998:15). El gobierno de Kerensky duró de julio a septiembre de 1917, meses en los que se recrudeció la represión contra los bolcheviques quienes habrían empezado una dura campaña de propaganda contra el gobierno, previendo que la debilidad liberal y burguesa que lo distinguía pudiera redundar en una nueva farsa democrática o, peor aún, un “pequeño Napoleón” ruso. Lenin tendría que huir nuevamente de Rusia buscando refugio en Finlandia.

La escasez de alimentos persistía y el sistema de racionamiento no encontraba la forma de hacer llegar los insumos a la ciudad. La inflación había socavado el poder adquisitivo del salario en un 60% al tiempo que la especulación se enriquecía con la miseria: víveres y combustible eran exportados mientras el pueblo moría de hambre y frío. Siguiendo la crónica de Reed (1985:33), “el hundimiento económico formaba parte de una campaña para desacreditar la revolución”. El pan llegó a desaparecer de las ciudades en las últimas semanas de octubre. La quiebra de cerca de 800 empresas dejó sin trabajo a cerca de 170,000 obreros (Meyer, 1997:110).

- o -

Punto medio entre los conservadores y los socialistas, Kerensky encarnaba la esperanza de una transformación liberal y democrática en Rusia. Así lo creía la joven Alisa, quien desde su residencia en el afamado colegio Stoiunin en Crimea entre 1916 a 1918 –en donde conoció a su “primera amiga”, Olga, hermana de Vladimir Nabokov– veía en el abogado una promesa de cambio para la Rusia conservadora y una defensa contra la amenaza socialista. No fue ni

lo uno ni lo otro sino que más bien, como lo refirió Christopher Domínguez Michael²⁴, resultó ser “un hombre que sobraba”. Su indefinición política terminó por manchar a los partidos que pretendía representar. En palabras de Reed (1985:29) “Kerensky y los socialistas moderados formaron un Gobierno de coalición con las clases poseedoras: el resultado fue que los mencheviques y los socialrevolucionarios perdieron para siempre la confianza del pueblo”.

Revolución de Octubre

La noche del 6 de noviembre –25 de octubre del calendario juliano– una muchedumbre y la Guardia Roja irrumpieron en el palacio de invierno. Con ironía Meyer (1997:110) observa que tal fue la tranquilidad que se vivió en Rusia que ese mismo día “subió la bolsa”. Hobsbawm (2012:69) hace lo propio al señalar que el número de heridos fue mayor durante la filmación de la película *Octubre* [1927] de Sergei Eisenstein. La resolución del Soviet de Petrogrado da cuenta de la situación: “raramente se vertió menos sangre y raramente hubo insurrección que conociera tal éxito” (citado en Reed, 1985:93). El CPS era para entonces mayoritariamente bolchevique y así pudo Lenin disolver el Gobierno Provisional y decretar la proclama para una paz justa y democrática, la abolición de propiedad de los grandes terratenientes y la creación de un Consejo de Comisariados del Pueblo (CCP).

Sería simplista ver la revolución en el espejo de dos eventos que sorprendieron por su calma. Si dos veces, en febrero y en octubre, el poder cambió de manos con mínima violencia no debemos ver en ello la banalidad de la revolución sino la convergencia de los múltiples causes de la historia. Al derrumbarse el zarismo en febrero en realidad se derrumbaba una fachada hueca cuyo interior había sido horadado por décadas. Detrás de la caída de Nicolás II se revela el río de la historia política y filosófica de Rusia del siglo XIX. Se revela la larga historia de la lucha por el progreso en Rusia cuyos caudales emanan desde los días de Pedro el Grande y que fueron abrevados por Alejandro II, abuelo de Nicolás II a quien vio morir en un ataque terrorista 40 años atrás. Está también la Gran Guerra, primero de los conflictos bélicos modernos. Están el hambre y el frío y sobre todo está el pueblo que los padeció. De la misma forma, la toma del poder por los bolcheviques no se reduce a un asalto a la revolución sino la consecuencia de esa misma hambre y ese mismo frío que no

²⁴ 2° Encuentro Libertad por el Saber: Tiempos de Revoluciones. 20 al 25 de Octubre de 2017, Colegio Nacional.

encontraba alivio en el gobierno de coalición, afirmación ésta que va en contra de la hipótesis de Labini (2000:62) que sugiere que la Revolución de Octubre “fue impulsada por ideas y no por un proceso económico”. Detrás de los bolcheviques está la guerra a la que se opusieron y los millones de muertos que sucumbieron defendiendo a la Santa Rusia.

- o -

Desde muy temprano Lenin declaró la guerra a los ricos al proclamar la doctrina de “el saqueo a los saqueadores”. Como lo observa Priestland (2010:104), “aristócratas y burgueses, incluso lo que no fueron detenidos o maltratados físicamente, pasaron momentos traumáticos”. Una anotación en el diario de Alisa Rosenbaum fechada el 2 de febrero de 1918 da cuenta de los sentimientos que abrevaron en ella al ver la bandera roja sobre Rusia: “hoy he decidido ser atea”. Dios y Comunismo se habían convertido en sus enemigos. Según la opinión de Sciabarra (2013), éste es un de los principales ejemplos de síntesis dialéctica de opuestos que Rand buscaba trascender con su filosofía: “la unidad dialéctica de religión y estatismo (...) el rechazo de la fe y la fuerza” (96); y más adelante agrega “ambos, los bolcheviques y los místicos rusos, fueron el paradigma para el rechazo de Rand del materialismo y el idealismo”.

Diez días tardó la consolidación de los bolcheviques en el poder. La revolución tomó la forma de votaciones dentro de las fábricas, los cuarteles, sindicatos, etc. (Reed, 1985:208). Entonces nadie hubiera creído que durarían más de 70 años en el poder. A la mañana siguiente de la toma, la Duma constituyó el Comité de Salud Pública (CSP) para contraatacar a los bolcheviques quienes responderían con la creación de la Comisión Extraordinaria Panrusa. Así inició la cruenta guerra civil. El CSP esperó en vano el regreso de Kerensky quien había ido al frente en un intento desesperado por mantener el apoyo del ejército. El 14 de noviembre según informe del general Krasnov, el popular héroe de febrero huyó de Rusia disfrazado entre marinos (Reed, 1985:213). Su destino final sería, al igual que el de Rand, Nueva York, donde murió en 1970. En el verano de 1948 los dos emigrantes rusos se encontrarían nuevamente en una fiesta, pero todo rastro de admiración había desaparecido y el encuentro fue, según el relato de Rand, decepcionante.

La Asamblea Constituyente se reunió en enero de 1918 con una mayoría de socialrevolucionarios (55%), herederos de los *narodniks* y apoyados por los campesinos. Los

bolcheviques habían obtenido apenas 155 escaños (25%) en las elecciones de noviembre (Meyer, 1997:115), en las que participaron cerca de 36 millones de ciudadanos. Aunque los partidos de derecha consiguieron números elevados en Moscú y Petrogrado, fueron sobrepasados por las masas campesinas. Lenin no tardó, sin embargo, en denunciar el “parlamentarismo burgués” de la asamblea (Priestland, 2010:105). Durante el primer día de sesión fue disuelta en nombre del CCP. En su lugar fue proclamada la *Declaración de los Derechos del Pueblo Trabajador y Explotado*. Nadie tenía muy claro cómo construir un Estado proletario, pero como observa Meyer (1997:114) “el Estado había desaparecido y el partido se presentaba como el único recurso”.

En 1918 las revueltas internacionales habían derrocado a cuatro dinastías a parte de la rusa: Alemania, Turquía, Austro-Hungría y Bulgaria entraron a la era de las repúblicas entre banderas rojas. La revolución mundial parecía inevitable. Los detractores del bolchevismo prendían las alarmas: el Presidente Wilson lanzó sus 14 puntos contra la amenaza comunista con los que se pretendía “crear una zona de pequeños estados nacionales para que sirvieran a modo de cordón sanitario contra el virus rojo” (Hobsbawm, 2012:74).

El tratado de Brest-Litovsk firmado en marzo de 1918 fue el primer acto en el camino a la construcción de la nueva Rusia y una razón para ganarse el desprecio de las naciones occidentales que ya no contarían con el frente oriental para distraer el avance alemán sobre París. A la petición de los bolcheviques de una paz justa y democrática, Alemania contestó con una vergonzosa: Rusia perdió Polonia, Ucrania, los territorios Balcanes y otras tantas franjas al sur. Un retroceso de las fronteras de Rusia hasta tocar los límites de la Mosovia de Iván el Grande en 1505.

*Los que Vivimos*²⁵

La tensa situación social se tradujo en una serie de medidas desesperadas conocidas como *comunismo de guerra*, resultado de “la unión de circunstancias y la ideología” (Meyer, 1997:141). En junio de 1918 fue proclamada la nacionalización de la industria. Varias empresas fueron tomadas bajo control del Consejo Supremo de la Economía Nacional (CSEN). Una de las empresas afectadas por las requisiciones fue la farmacéutica de Zinovy

²⁵ Los eventos narrados en la novela de Rand, *Los que Vivimos* [1936], tienen lugar entre 1922 y 1925.

Rosenbaum, quien huyó con su familia a Crimea cuando los bolcheviques extendieron su ordenanza para que las familias acomodadas compartieran sus apartamentos con los “camaradas”. Duggan (2019:6) concluye que “este despojo fue formativo para Alisa Rosenbaum, generando en ella un sentimiento de por vida de indignado merecimiento alimentado por la creencia de que le había sido robada la vida que merecía”. Rand retrató el éxodo familiar en *Los que Vivimos* [1936], novela de tintes autobiográficos en los que el drama burgués se mezcla con la denuncia de los abusos bolcheviques:

En los días en que se cernía sobre la ciudad la sombra de un temor cada vez mayor y sin nombre, pesada como una niebla, en las oscuras esquinas de las calles en que espantosos tiroteos rasgaban el silencio de la noche, haciendo saltar los guijarros y rompiendo con siniestro estrépito los cristales de los escaparates en aquellos días en que las personas pertenecientes al círculo de relaciones de los Argounov desaparecían como copos de nieve al contacto de la llama, la familia, reunida en la antecámara de su grande y granítica residencia, con una considerable suma de dinero en el arca de caudales, algunas joyas y un terror que cada campanillazo reavivaba, no encontró otra solución mejor que la fuga (1962:6).

Fue durante su estancia en Crimea cuando Alisa leyó a Aristóteles y la *Declaración de Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica*²⁶, la cual le causó una profunda impresión enraizando en ella una de las ideas más importantes de su filosofía, aunque despojada de cualquier referencia teológica: los derechos naturales.

Respecto a la política de expropiaciones, Carr (1998:38) observa que “en ocasiones se nombraba a miembros del partido para posiciones dirigentes pero carecían de la experiencia necesaria para ser efectivos”. Similarmente, Meyer (1997:121) afirma que “en la práctica fue un fracaso total, porque se metió en la gestión directa de las empresas provocando la salida de los ingenieros y administradores”. Cuarenta años más tarde, Rand reviviría la historia del fiasco administrativo en las páginas de *La Rebelión de Atlas* al retratar una sociedad que colapsa a falta de los genios administrativos capitalistas. Fue en estos aciagos años del comunismo de guerra cuando Rand vislumbró por vez primera los

²⁶ Según el relato de Sciabarra (2013:73), en este periodo Rand tomó un curso de Historia Norteamericana.

problemas de la administración centralizada de la economía, por no decir la maldad inherente de la planificación, a la cual opondría su idea de la libre empresa.

- o -

A parte de contar con los números –diez veces más que el “ejército blanco”–, los bolcheviques tenían de su lado la organización que a sus rivales hacía falta. En contraste, los sindicatos de telégrafos y ferrocarriles –más identificados con una pequeña burguesía de “cuello blanco”– estaban a favor de los mencheviques. La organización se demostraría definitiva para decidir el fin de la Guerra Civil, pero los problemas iban en aumento. Rand recordaría el caos que esta circunstancia causó, enfatizando la incapacidad bolchevique:

La guerra civil había terminado y se habían borrado los últimos vestigios del Ejército Blanco. Pero la mano del Régimen Rojo que gobernaba el país había olvidado las redes ferroviarias y los hilos del telégrafo. Debido a la absoluta falta de indicaciones y de horarios nadie sabía cuándo saldría un tren ni cuándo debía llegar. Y sólo la vaga noticia de una llegada posible bastaba para atraer a todas las estaciones de la línea una multitud de viajeros ansiosos. Durante horas y aun durante días enteros aguardaban sin atreverse a dejar el lugar donde, dentro de un minuto o de una semana, podía aparecer el tren (1962:5).

La guerra civil demandó una reconfiguración de la industria que trajo consigo la despoblación de las ciudades. Según datos de Carr (1998:39), durante la guerra civil “Moscú perdió el 44.5 por cien de su población; Petrogrado, donde la concentración industrial era mayor, un 57.5 por cien”. La fuerza de trabajo industrial, según Faulkner (2017K:3082), es un indicador de la crisis rusa en tanto “sumaba 3.6 millones en 1917, 2.5 millones en 1918, 1.5 en 1920 y 1.1 millones en 1922”. Aunque la desaparición del arrendamiento significó una gran mejora para cerca de un tercio de los campesinos (Meyer, 1997:121), la ruptura del comercio era inminente. La caída de la producción de bienes de consumo implicó que el campo no tuviera incentivos para comerciar con la ciudad.

La producción agrícola, ya de por sí menguada al estallar la guerra, llegó a un mínimo en 1921 de 31% respecto a la producción de 1913 en el caso de los granos, 73% para la papa y 15% para el algodón [Tabla 2], de los cuales gran parte eran destinados al Ejército rojo.

Rand (1962:20) caracteriza el drama de Rusia hacia 1919 en los siguientes términos: “Hacía dos días que no tenían qué comer. Su marido, paseando por la ciudad, vio un caballo que caía muerto de hambre y vio el gentío que luchaba por apoderarse de su carne. El caballo fue despedazado y él logró que le dieran una parte. Se la llevó a casa, la cocieron y la comieron”.

Tabla 2. Producción Agrícola de la URSS. Toneladas (como porcentaje de 1913)

AÑO	GRANOS	PAPA	ALGODÓN
1918	46,920 (53)	20,291 (79)	120 (51)
1919	39,209 (44)	21,289 (83)	62 (27)
1920	34,111 (38)	20,683 (81)	46 (20)
1921	27,668 (31)	21,343 (73)	34 (15)
1922	46,971 (53)	22,889 (89)	72 (31)
1923	45,895 (52)	33,089 (129)	140 (60)
1924	51,581 (58)	36.237 (141)	346 (148)
1925	72,657 (82)	38,606 (151)	565 (242)
1926	76,562 (86)	42,969 (168)	559 (240)

Fuente: Markevith y Harrison (2011:41)

- o -

A partir de 1920 el comunismo se cerniría a las necesidades del momento en vez de a una determinada lógica de la historia: “la única estrategia posible –escribe Hobsbawm (2014:71) – consistía en elegir día a día entre las estrategias que podían asegurar la supervivencia y las que podían llevar al desastre inmediato”. Un crudo invierno acentuó el desabasto y causó gran descontento entre los campesinos desde finales de 1920. El PIB se había contraído a su nivel de 1860. La leña volvió a ser la principal fuente de calefacción y las fábricas apenas alcanzaban una séptima parte de su nivel antes de la guerra (Meyer 1997:153). La *Tabla 3* muestra datos sobre la producción industrial que en 1921 llegó a ser un sexto de su nivel prebélico. Al parecer de Hobsbawm (2014:76), fue en 1920 “cuando los bolcheviques cometieron lo que hoy nos parece como un error fundamental al dividir permanentemente el movimiento obrero internacional. Lo hicieron al estructurar su nuevo movimiento comunista internacional según el modelo del partido de vanguardia de Lenin”. En realidad, el comunismo de guerra había separado ya a la masa campesina de la vanguardia revolucionaria; al pueblo del Partido.

Tabla 3. Producción industrial de la URSS como porcentaje de 1913

AÑO	% DE 1913
1918	31.4
1919	16.6
1920	17.5
1921	16.0
1922	22.1
1923	31.0
1924	40.4
1925	62.7
1926	89.4

Fuente: Markevith y Harrison (2011: 30)

La *Nueva Política Económica* (NEP) fue un intento por restablecer la paz en el campo que seguía representando al 80% de la población. En palabras de Meyer (1997:149) se trató de “un Brest-Litovsk rural” centrado en el *Código Agrario* de 1922. Por primera vez desde la revolución se abordaba seriamente la planificación de la economía, para lo cual fue creada una Comisión para la Planificación General del Estado (Gosplan). Con la NEP dio inicio una notable recuperación que lograría superar los niveles de producción prebélicos de papa y algodón en 1923 y 1924 respectivamente, mientras la producción de granos lo lograría hacia 1928 y la industrial en 1927.

El plan pretendió restablecer las relaciones mercantiles permitiendo al campesino vender el excedente una vez entregado un “impuesto en especie” de cuantía fija. Asimismo, se permitía el uso, más no la propiedad, de la tierra en la forma de usufructo. Se buscaba restablecer los incentivos a la producción agrícola, pero para que hubiera comercio no sólo hacía falta que los campesinos pudieran vender, sino que quisieran comprar. El comercio privado debía resurgir en las ciudades, por lo que quedaron exentas de la nacionalización y el subsidio las empresas que empleaban a menos de 20 empleados, mientras que algunas de las grandes empresas podían ser puestas en arriendo a la iniciativa privada (Carr, 1983:73).

- o -

A finales de 1921, resignado, Zinovy Rosenbaum llevó a su familia de vuelta a Petrogrado esperando recuperar su empresa. Un viaje que normalmente tomaba tres días les tomaría dos

semanas en trenes atestados de soldados sucios y enfermos. La imagen que Rand conserva del regreso da cuenta de la nueva situación de la ciudad:

Petrogrado había visto cinco años de revolución. Cuatro de ellos habían cerrado todas sus arterias y todos sus establecimientos, al que la nacionalización extendía el polvo y las telarañas sobre los espléndidos escaparates de cristal; el último año había traído consigo jabón y escobas, y nuevas pinturas y nuevos propietarios, porque el Estado había anunciado que establecería un "compromiso transitorio" y había permitido a los pequeños comerciantes que volviesen a abrir tímidamente sus comercio (1962:16).

La NEP erigió, según expresión de De Cecco (2000:84), “un socialismo organizado como sistema de trust”, inspirados en el modelo norteamericano. La alta dirección se convertiría en una nueva clase acaudalada mitad burocrática, mitad empresarial que, en palabras de Faulkner (2017K:3384) “se comportaban cada vez más como capitalistas convencionales”; situación que, sin dejar de ser chocante a los críticos puristas de la revolución, se debe explicar, al menos en parte, al atraso de Rusia respecto a las sociedades capitalistas más desarrolladas en las que debían manifestarse las condiciones para una revolución. La situación de Rusia requería, en otras palabras, la creación de condiciones capitalistas.

Sobre esta dirigencia improvisada, Rand (1962:279) escribió:

¿Has visto los autos elegantes que circulan por las noches? ¿Has visto quién iba dentro? Un elegante camarada que está en nuestro Partido (...) ¿Estuviste alguna vez en el *foom-garden* del Café de Europa? Aseguraría que no vas a menudo. Si has estado, habrás visto el respetable ciudadano Morozov que se estaba indigestando de caviar. ¿Sabes quién es? Un vicedirector del Trust de la Alimentación, del Trust Rojo de la Alimentación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Una Bolsa Comercial fue establecida en Moscú en 1922 para controlar el comercio, pero sólo logró crear una nueva clase de comerciantes con vínculos políticos que llegaron a ser conocidos como “hombres de la NEP”. El relato de Rand (1962:8) es congruente con la situación que se vivía en Rusia: “Petrogrado y la NEP son negocios privados. Si no es usted especulador, se va a morir de hambre. Si lo es, podrá tener todo cuanto necesite; pero si no lo es ni tiene dinero para comprar en las tiendas particulares, tendrá que resignarse a hacer

cola delante de las cooperativas”. Su congruencia, sin embargo, no deja de estar sesgada a su experiencia de despojo y, más que nada, a un momento de la NEP en la que la experimentación y el aprendizaje antecedían a los éxitos que habrían de venir años más tarde y que Rand ya no vería —y de haberlos visto, seguramente, habría negado—. En la jerga randiana los “hombres de la NEP” eran “parásitos” que se alimentaban de esfuerzo de hombres como su padre. Eran la piedra sobre la espalda de Atlas. Cuando sus intentos por volver a los negocios se vieron entorpecidos por la burocracia y una segunda confiscación, Zinovy Rosenbaum se declaró en huelga. No cargaría más la piedra.

Este acto de renuncia sería la inspiración de Rand al escribir *La Rebelión de Atlas*, cuyo título original habría sido “la huelga”. Con la huelga del padre, la familia Rosenbaum se vio asolada por el hambre. Alisa tomó un empleo como guía de museo para ayudar a la familia. Ambos eventos, huelga y hambre, fueron retratados por Rand en *Los que Vivimos*, donde la heroína Kira Argounova recibía en calidad de estudiante no-miembro del partido “raciones de pan que no alcanzan para alimentar a un gato” (1962:48). La novela abre en 1922 cuando en espera de los trenes la gente “para engañar el hambre, se masticaban pacientemente duros mendrugos de pan y semillas de girasol; por espacio de semanas enteras, la gente no se mudaba la ropa” (1962:5). Pero el padre se mantendría estoico, su voz resuena en las novelas de Rand: “No seré empleado de los soviets aunque todos tengamos que morirnos de hambre” (1962:71). Y lo habrían hecho, probablemente, si Rand y su madre no hubieran aceptado trabajar para el Partido.

Como lo señala Priestland (2010:112) “los funcionarios utilizaban su poder acrecentado para negocios privados y la corrupción manchaba la reputación del régimen (...) vivían rodeados por un lujo burgués”. Rand (1962:74) no escatima en la denuncia: “Dos días por semana, las funciones de los Teatros Académicos del Estado eran “reservadas” (...) Brillantes automóviles se paraban ruidosamente ante la puerta, y de ellos salían gruesos abrigos de pieles que andaban con presteza con un ligero balanceo y tendían enguantadas manos que echaban algunas monedas a los harapientos vendedores de programas”. La NEP se transformó en una contradicción para el proletariado que cargaba con el costo de la vida del campo y una burocracia que incluía a muchos antiguos miembros de la burguesía (Carr, 1998:78), a la vez que era sometido por una férrea disciplina cuasi-militar del Partido. Se

trataba de una “Nueva Explotación Proletaria” según expresión de los grupos obreros disidentes. El terror rojo iniciado en el X Congreso del partido en el que se proscribía la disidencia al interior, se aplicó sin dilación sobre los camaradas. El destino de Trotsky y los trotskistas no fue olvidado por Rand al explayarse en las denuncias:

Fíjate en nuestro Partido. Fíjate en sus leales miembros, que todavía tienen húmeda la tinta de sus carnets. Obsérvalos mientras siegan las mieses de una tierra que nosotros hemos hecho fructificar con nuestra sangre. Nosotros no somos bastante rojos para ellos. Nosotros no somos revolucionarios. Se nos expulsa por traidores. Se nos expulsa por trotskistas. (...) Se nos expulsa porque les hemos gritado que han perdido la batalla, estrangulado la revolución, vendido al pueblo para hacerse dueños del poder y de la suciedad” (1962:279).

La nota suicida de un ex obrero de Skvortsov encargado de investigar a la *cheka*, da cuenta del remordimiento: “me ha forzado a dejar para siempre los horrores y las bajezas que aplicamos, en nombre de los precarios principios del comunismo, en los cuales de manera inconsciente participé, en mi calidad de funcionario responsable del partido comunista” (citado en Meyer, 1997). Esta escena es repetida en *Los que Vivimos*, donde la culpa arrastra a un apócrifo funcionario del Partido, Andrei Taganov –única representación simpática que Rand produjo sobre un socialista–, al suicidio.

En este sentido, Rand apela al individualismo más reaccionario, a las experiencias íntimas de los momentos más oscuros de la construcción del socialismo, para descalificar a la Revolución. Su individualismo excluye cualquier atención a los procesos históricos y sociales más complejos, y más aún excluye que el horror era ya una constante para millones de rusos bajo el reinado de los Romanov. La revolución le presentó el sufrimiento que antes no existía en su mundo de lujo y fantasías literarias, y como la realidad para Alisa se cerraba en los límites de su ego, llegó a creer que el sufrimiento apareció con la revolución. La construcción de la URSS no fue sin duda un proceso “color de rosa”, pero era un proceso inevitable que trascendió cualquier experiencia individual.

- o -

En 1921 se decretó una reforma financiera que contemplaba la creación de un Banco del Estado y la adopción del patrón oro para el rublo. Sin embargo, la impronta de financiar al campo se tradujo en una acelerada emisión de billetes del Estado que encontró gran resistencia a causa de su continua devaluación. La consolidación del rublo-oro no se daría sino hasta marzo de 1924. Rand (1962:65) satirizó la situación: “Vasili Ivanovitch se detuvo y compró el periódico; costaba cincuenta mil rublos y él pagó con un billete de un millón. — Lo siento, ciudadano —dijo el oficial con voz suave y cortés—, no tengo cambio. Vasili Ivanovitch balbució hurañamente: —Guárdelo, y todavía seré yo su deudor”. Según su testimonio, su padre habría guardado una fuerte cantidad de rublos cuando partieron a Crimea, que para la fecha del regreso ya no tenían valor.

Tabla 4. Inflación 1917-1924

Primer día de	Nivel de precios como múltiplo de 1913	Tasa de cambio respecto al periodo precedente (% por mes)
enero 1916	1.42	2.1
marzo 1917	3.15	5.8
noviembre 1917	10.2	15.8
julio 1921	80.7 miles	22.6
enero 1922	288 miles	23.6
enero 1923	21.2 millones	43.1
mayo 1923	54.7 millones	26.7
febrero 1924	16.3 billones	-88.3

Fuente: Harrison (2012:28)

Durante los días de la NEP se vivió una caótica fluctuación de los precios agrícolas. Los salarios se veían presionados, por un lado, por las alzas del costo de vida y, por el otro, por el desempleo. “En 1923 —observa Meyer (1997:156) — un par de zapatos necesitaba seis veces el trabajo de 1913”. Rand (1962:35) aludió al drama de los zapatos en los primeros años de la Rusia Soviética en los siguientes términos: “No era fácil subir fardos a un cuarto piso, por ocho tramos de escalera de piedra que olían a gato, mientras los pies sentían el frío a través de las delgadas suelas de los zapatos”. De la misma forma, ironiza con el fracaso de la estabilización: “Vasili ha vendido la mesa de mosaico del salón. Cincuenta millones de rublos y cuatro libras de manteca” (Rand, 1962:90). Los *trusts* industriales reaccionaron frente a la

inflación agrícola subiendo a su vez los precios y llevando incluso a una inversión de la tendencia de los términos de intercambio campo-ciudad, fenómeno que fue bautizado por Trotsky como la “crisis de las tijeras”. El gobierno reaccionó con un control general de los precios al por mayor (Carr, 1983:81), lo que servía de poco cuando los intermediarios aumentaban los precios del trigo 3 veces y el de la carne y verduras 10 veces (Meyer, 1997:159). La *Tabla 4* resume la virulencia de una hiperinflación que medía sus aumentos al orden de millones, destruyendo el valor del dinero y toda certeza comercial.

Tras una última crisis en octubre de 1923, los precios comenzaron a estabilizarse. En 1924 la industria comenzó a recuperarse. Siguiendo los datos citados por Carr (1998:82) “la producción industrial para el año que terminaba el 1 de octubre de 1924, aunque dos veces y media mayores que las de 1920, sólo cubría el 40% del nivel anterior a la guerra, y las industrias metalúrgicas sólo alcanzaban el 28.7%”. Pero fue precisamente el año de 1924, como se muestra en la *Tabla 5*, cuando las tendencias comenzaron a favorecer a la NEP.

- o -

En 1926 la industria química superaba su nivel previo a la guerra, y otras estaban a una cuarta parte o menos de lograrlo. De hecho, desde 1922 algunos síntomas de recuperación comenzaban a notarse en la curva del PIB que comenzó a moverse ascendentemente. Rand (1962:204), sin embargo, no duda en ironizar con los logros de la NEP: “A principios de verano de 1925, el Trust de las industrias textiles del Estado puso en venta nuevas telas de algodón estampado. Por las calles de Petrogrado se veía sonreír a las mujeres que por primera vez desde hacía muchos años estrenaban un traje”.

A la par que de la recuperación económica, la curva demográfica volvió a ascender en 1925. Las campañas de vacunación y sanidad de los bolcheviques comenzaban a surtir efecto. “Petrogrado olía a ácido carbónico”; con estas palabras abre Rand (1962:5) su retrato literario del mundo soviético que le tocó padecer y al que no concedió, a pesar de sus primeros logros, mérito alguno. Pero el mentado olor a ácido carbónico, de hecho, era producto de los programas de sanidad puestos en marcha por el gobierno bolchevique. Pero para la joven Alisa, acostumbrada al lujo cuasi-aristocrático, las duchas calientes y las novelas románticas, esta situación seguramente evocaba al purgatorio mismo, mientras que para la mayoría de la población era un avance desde la opresión zarista.

Tabla 5. Producción Industrial Soviética por Sector. Porcentaje de 1913

AÑO	MINERÍA [29.9]*	COMIDA Y BEBIDA [21.5]	TEXTILES DE ALGODÓN [13.1]	QUÍMICOS [6.2]	TOTAL [100]
1921	28	12	6	24	16.0
1922	25	21	20	23	22.1
1923	29	31	27	42	31.0
1924	39	40	36	55	40.4
1925	51	58	66	82	62.7
1926	74	87	85	119	89.4

Fuente: Markevith y Harrison (2011: 30)

*[Porcentaje sectorial que representa del total]

Hacia finales de 1925 la población de las ciudades había recuperado los números de 1913, lo que trajo consigo un gran problema de vivienda (Meyer, 1997:159). El sistema de departamento colectivo pronto se vio rebasado y las grandes mansiones fueron divididas. A su regreso a Petrogrado, según recordaba Rand, los Rosenbaum encontraron su antiguo departamento habitado por un pintor y su familia. Nuevamente el recuerdo fue llevado a la literatura: “esto les había parecido un milagro. (...) Realmente: tres habitaciones y una cocina merecían una señal de gratitud en una ciudad llena hasta los topes” (1962:35). En 1923, no obstante las alusiones irónicas de Rand, gracias al trabajo de la madre –quien a despecho del marido había conseguido un permiso de enseñanza del Partido–, los Rosenbaum habían conseguido una casa propia (Heller, 2009K). “Algo” estaba mejorando, pero Alisa no veía más que miseria y los culpables llevaban estandartes rojos en las manos y a Marx en la boca.

- o -

Las reformas bolcheviques en educación fueron un hito en la historia democrática. Aparte de aumentar el número de universidades de sólo 6 a 16 en un corto periodo, liberalizaron el acceso a la universidad de judíos y mujeres, duplicando la matrícula. Alisa perteneció a la primera clase de mujeres de la Universidad de Petrogrado de historia y filosofía. Como ella misma recordaba en un recuento biográfico incluido como *post scriptum* a *La Rebelión de Atlas*: “en la universidad, tuve a la historia como mi materia mayor, y la filosofía como mi interés especial; la primera –con la intención de tener un conocimiento factual del pasado de los hombres, para mi escritura futura; la segunda –con la intención de llegar a una definición

objetiva de mis valores. Descubrí que la primera podía ser aprendida, pero la segunda tenía que ser hecha por mí” (Rand, 1992:1070).

Entre las materias que Rand cursó durante este periodo se incluyen cursos en: “Materialismo Dialéctico”, “Historia de las Cosmovisiones (periodo antiguo)” – probablemente a cargo de Nicholas Lossky–, “Historia de Grecia”, “Historia de Roma”, “Historia de Rusia” –para la fecha dictado por el reconocido historiador ruso Sergei Platonov–, “Historia Medieval” –dictado por el historiador Lev Platonovich Karsavin–, “Historia del Socialismo”, “Movimientos Sociales en la Francia del Siglo XIV” –dictado por el historiador liberal Nikolai Ivanovich Kareev–, “Historia de las Cruzadas” –dictado por la renombrada historiadora Olga Dobiash-Rozhdestvenskaia–, “Historia Moderna” –dictado por el historiador marxista Evgenii Tarle–, “Historia Moderna del Este”, “Historia Moderna de Rusia” y “Economía Política” –probablemente a cargo del marxista N. A. Trebesnul–, entre otros cursos relacionados a las ciencias sociales y la historia (Sciabarra, 2013:364-78). Cabe destacar que por haber ocurrido en un periodo temprano del comunismo, la hegemonía del materialismo dialéctico no era completa todavía y sus estudios abrevaron más bien de muchas tradiciones. Las obras de Rand no se escribieron sobre un desconocimiento de la historia. Cuestión diferente es que tal conocimiento se haya tergiversado –aplicando, por ejemplo, recuerdos de su pasado soviético a eventos de la administración Roosevelt (Glatzer, 2004) – para justificar su visión crítica del socialismo.

Basado en este periodo de formación universitaria, Sciabarra (2013) construyó un argumento analítico a partir de la hipótesis de que la influencia del filósofo D. N. Lossky²⁷ sobre Alisa fue significativa al inculcarle la forma dialéctica del pensamiento idealista y como introducción a la lógica de Aristóteles. Por otro lado, en las aulas de la Universidad de Petrogrado se acercó también a la influencia que Nietzsche ejercía sobre la “generación plateada” rusa y al marxismo que comenzaba a imponerse como la nueva ortodoxia. A pesar de su desapego a la educación bajo la egida bolchevique, Rand reconocería años más tarde que fue durante la universidad cuando aprendió a “pensar mediante principios”, método que desarrollaría a lo largo de su obra, incluyendo sus novelas. Logró titularse en 1924 antes de que las purgas universitarias expulsaran a los alumnos con un pasado burgués y las

²⁷ En el otoño de 1922, Lossky fue deportado a Siberia junto a más de 200 intelectuales rusos.

universidades fueran convertidas en institutos marxistas bajo la dirección del historiador Mijaíl Pokrovski (Meyer, 1997:124).

Fue también en aquella época cuando la imagen de los rascacielos y puentes de acero de Nueva York se sembró en su pensamiento gracias al cine y el teatro: “caminaba todos los días a la universidad para poder comprar boletos de teatro”, se afirma en el documental *A Sense of Life* (1998). Se sabe a partir de sus diarios que en el año de 1924 llegó a ver 47 películas, mayormente producciones hollywoodenses, y 117 el año siguiente. En el otoño de 1924, Alisa ingresó al recientemente creado Instituto Estatal de Cinematografía siguiendo la impronta de Lenin que podía leerse en la entrada de los teatros a los que Alisa asistía asiduamente: “el camarada Lenin dice: de todas las artes, la más importante para Rusia es el cine”. Más tarde Rand declararía que su paso por esta institución habría hecho de ella una gran propagandista, y lo fue en realidad.

- o -

A mediados de 1925 Alisa aplicó, con el apoyo de su madre quien veía amenazada la vida de su hija por su propia terquedad, para obtener un pasaporte soviético so escusa de visitar a parientes en Estados Unidos, donde podría aprender de la boyante industria cinematográfica y regresar a Rusia para apoyar con la tarea comunista. Con solo unas cuantas piezas de ropa y su máquina de escribir, el 17 de enero de 1926 Alisa Rosenbaum se despidió de Rusia para nunca volver. Pero como observa con agudeza Heller (2009K) es posible que “en muchas formas, nunca partió en realidad”.

Una de estas formas es el testimonio vital que plasmó en las páginas de *Los que Vivimos* donde al final, cerca de la frontera, la heroína Kira Argonova muere sobre la blanca nieve de Rusia en su intento por abandonar su pasado. No lo lograría. Duggan (2019:30) resalta, en referencia a este pasaje, que Rand no escatima al exagerar lo grotesco, violento y vulgar del guardia que dispara a Kira, el “camarada Ivanov”, una sátira de lo peor del ejército rojo y de la humanidad misma cuya función literaria es hacer entender al lector “que esta descripción inmisericorde de Rand, este agente de la revolución bolchevique, esta representación de la masa de la humanidad, *éste* es quien mató a Kira Argounova”. He aquí uno de los puntos centrales del pensamiento randiano y neoliberal: el desprecio por los miembros de la clase baja y su contraste con el éxito empresarial en el que se funda la crítica

a los programas de bienestar social y su identificación con una caridad que perpetua la pobreza; la idea de que la competencia y el esfuerzo son los únicos criterios válidos de justicia y que toda distribución de la riqueza es ineficiente y, peor aún, inmoral²⁸.

La marca de la Revolución de Octubre la acompañaría toda su vida. Permeó sus relatos y su filosofía al grado de confundir toda acción del gobierno con una acercamiento a la opresión y el totalitarismo, a Roosevelt con Lenin y a Kennedy con Hitler. Si bien la mayor parte de su vida transcurrió en los Estados Unidos, su ideología, al igual que ocurrió con el neoliberalismo, fue marcada por las reivindicaciones socialistas cuya materialización democrática en Occidente, el Estado benefactor, se convertiría en su enemigo íntimo.

B. ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA [1926-1943]

“Para gloria de la humanidad, existió por primera y única vez en la historia, un país del dinero y no me es posible dar un mayor tributo a los Estados Unidos de América porque eso significa un país donde reinan la razón, la justicia, la libertad la producción y el progreso” *La Rebelión de Atlas* [1957].

Antecedentes: el periodo progresista

A poco más de un siglo de su independencia, periodo durante el que la economía estadounidense se afianzó como la más grande y dinámica a nivel mundial, pasando de ser “el granero” de Europa a el principal productor de manufacturas e innovaciones técnicas del mundo, la llegada del siglo XX significó un viraje para el *excepcionalismo* norteamericano que se embarcó en la tarea de extender los beneficios del crecimiento y la democracia a las clases menos favorecidas. Las primeras décadas del siglo XX supusieron uno de los momentos más radicales en la historia política de los Estados Unidos de América a la que no sin razón se da el nombre de “era progresista”. Liderados por Theodore Roosevelt, quien asumió la presidencia en 1901 tras el asesinato de William McKinley, los “progresistas” se dieron a la tarea de transformar las instituciones norteamericanas en un sentido democratizador. Embebidos de las doctrinas de las nacientes ciencias sociales y la

²⁸ También es posible plantear una línea de contacto entre la obra de Rand y el conservadurismo entendido como “una mediación, así como una versión teórica, sobre la experiencia de tener poder, verlo amenazado e intentar recuperarlo” (Robin, 2017K: 185)

administración pública, reclamaron un papel más activo del gobierno bajo la dirección de expertos universitarios y en contra de los excesos del capitalismo de *laissez faire* y el monopolio, tanto de las grandes corporaciones como de los grandes partidos –las elecciones primarias y la elección directa del Senado fueron sus dos grandes logros en materia política; aunque tardíamente, el derecho al voto de la mujer en 1920 puede considerarse la joya de la corona de las reivindicaciones políticas de la era progresista.

El impulso seminal para el proyecto progresista data de 1892 con la fundación del Partido Populista cuya plataforma política se sustentaba en la ruptura con la tradición jefersoniana según la cual el mejor gobierno es el que gobierna menos (Schlesinger, 2003:30). Creyentes de la doctrina que dicta que el poder del gobierno emana del pueblo, los populistas reclamaban una expansión de esos poderes para acabar con la injusticia y la pobreza²⁹ que persistía entre las clases menos favorecidas a pesar del boyante crecimiento de la economía nacional. Sus aspiraciones, sin embargo, se vieron defraudadas cuando William Jennings Bryan, candidato a la presidencia en 1896 por el partido Demócrata pero cuyo espíritu y visión política era afines a los populistas, fue derrotado por McKinley, quien contaba con el apoyo de los grandes empresarios de la “era dorada” del capitalismo norteamericano.

El asesinato de McKinley abrió la puerta para una “resurrección” del espíritu reformador de los populistas que encarnó en la figura de Theodore Roosevelt, cuya visión política era guiada por un sentido de propósito nacional que superara los vicios de un capitalismo cuya única razón de ser era el incremento de las ganancias. Era necesario, en otras palabras, cambiar la actitud nacional respecto al progreso social desde una perspectiva de inevitabilidad histórica hacia la de un proyecto administrado. Para lograrlo, observa Schlesinger (2003:32), el gobierno “tenía que ser más fuerte que cualquier grupo en la sociedad”; lo cual, en la visión de Roosevelt y sus asesores económicos, no significaba disminuir el poder de las grandes empresas, sino ponerlo bajo control de un gobierno más poderoso aún. Tal fue el fundamento del llamado “Nuevo Nacionalismo” de Roosevelt.

²⁹ Paralelamente a los esfuerzos populistas, en el seno de la iglesia protestante se dio voz a un “Evangelio Social” (*Social Gospel*) que instaba a resarcir los males de la industrialización a través del servicio social.

A pesar de su intención declarada de crear un pacto social que salvara al capitalismo financiero –el pánico de 1907 era una clara muestra de sus contradicciones–, Roosevelt fue tildado de “anti-capitalista” por sus detractores. No menos “alarmante” les resultaría a los defensores de un capitalismo sin restricciones la postura de Woodrow Wilson, cuya campaña presidencial instaba a los norteamericanos a afrontar la tarea de liberar a la nación de la tiranía de la concentración de la riqueza. Al Nuevo Nacionalismo de Roosevelt, Wilson contestó con una “Nueva Libertad” que, al contrario de su predecesor, no veía con buenos ojos la grandeza, ni de las empresas ni del gobierno. Pero una cosa tenían en común: la creencia en la necesidad de una intervención activa del gobierno para lograr sus objetivos.

Una vez en la Casa Blanca, Wilson aprobó por primera vez en la historia de los Estados Unidos un Impuesto Sobre la Renta de 1% para los ingresos superiores a los 20 mil dólares anuales y 6% para ingresos mayores a 50 mil. Al final de la Primera Guerra Mundial, para desagrado y terror de los grandes capitalistas, el impuesto sobre la renta llegaría a la asombrosa cifra de 77% para los ingresos superiores a un millón de dólares (Pizzigati, 2015:164). El efecto fue una “gran compresión” que redujo la participación en el ingreso nacional del percentil más elevado de la renta del 18% antes de la guerra a cerca del 8% hacia 1941 (Graham, 2010:403). Fue también debido a la guerra que Wilson tuvo que abandonar su postura “minimalista” del gobierno al aceptar que las necesidades bélicas requerían de una planeación extensa de la economía y una racionalización de la industria, para lo cual creó la War Industries Board y, para espanto de los conservadores, decretó la nacionalización de los teléfonos y los ferrocarriles. En palabras de Bosch (2005:364) “fue el momento en que los progresistas pudieron paliar el programa de reforma social e intervención económica que no habían podido realizar en tiempo de paz y que constituiría una primera experiencia de intervención económica del Estado”.

Respecto a la participación de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, Rand (2009:53) cita las palabras del profesor Arthur A. Ekirch: “Wilson sin duda habría preferido que el crecimiento del comercio exterior de los Estados Unidos hubiera sucedido como resultado de la libre competencia internacional, pero le resultó fácil con sus ideas sobre moralismo y deber racionalizar la intervención estadounidense directa como una manera de poner a salvo los intereses nacionales”. Después de tres años de mantenerse al margen de los

eventos debido a su postura de neutralidad, Estados Unidos entró a la guerra en un acto de auténtico oportunismo político en busca de ocupar el vacío de poder dejado por la guerra y la destrucción de las potencias europeas.

Al terminar la Primera Guerra Mundial, los Estados Unidos no sólo reafirmaron su status como principal economía del mundo sino que, de la mano de Wilson, entraron al teatro de la historia mundial al tomar la batuta diplomática en las conferencias de Versalles. Ya en enero de 1918 Wilson había presentado sus famosos “14 puntos” para la paz, entre los que destacan la creación de una Sociedad de Naciones, antecedente de las Naciones Unidas. La Guerra encausó la transformación de las relaciones internacionales que se suele condensar en tres movimientos políticos que marcaron el siglo XX: wilsonianismo, leninismo y gandhismo; es decir, capitalismo americano, comunismo soviético y anticolonialismo. El choque de los dos primeros marcaría de forma permanente las relaciones entre Rusia y los Estados Unidos, y llevarían a una “caza de brujas” contra el socialismo en Norteamérica.

“La revolución –escribe Hobsbawm (2012:62)– fue hija de la guerra del siglo XX”. La Gran Guerra desembocó en una serie de levantamientos revolucionarios que se extendieron más allá de Europa y que hicieron soñar a los bolcheviques con la “revolución mundial”. El auge de los partidos socialistas en Europa fue visto con gran recelo en el seno de la política y sociedad norteamericana que se apuraron a iniciar un movimiento sentido contrario. La guerra empoderó a los trabajadores en Europa debido a que volvió escasa la mano de obra y alimentó un sentimiento de hostilidad contra los gobiernos que habían entregado a sus ciudadanos a la masacre. Ninguna de estas condiciones se dio en los Estados Unidos donde las estimaciones de bajas fluctúan entre 50 mil y 100 mil soldados –contrastando contra los cerca de 4 millones en Rusia– y donde no sólo no se había vivido el horror bélico en suelo propio, sino que la guerra había sido muy benéfica para la economía. Sin embargo, la sombra del socialismo estaba muy presente entre los empresarios norteamericanos como Jack Morgan, quien hacia el invierno de 1917 observaba con angustia que “el país se acercaba a las condiciones de Rusia” (Schlesinger, 2003:55). El “radicalismo” de Wilson se había vuelto intolerable.

En este contexto se comenzó a gestar una cruzada de “americanización” de las relaciones laborales que no concebía como parte de su identidad ni al socialismo, ni a los

católicos, ni a los inmigrantes. Los grandes empresarios norteamericanos recuperarían durante la década de 1920 el control de la política y la economía, impondrían sus leyes y su ética en los lugares de trabajo, y liberarían al Leviatán financiero del cerco en que los progresistas lo habían atrapado. “Con la paz –escribe Schlesinger (2003:58) – regresó el egoísmo”. Y pronto el egoísmo recibiría a la que se convertiría en su más ferviente defensora, una inmigrante rusa llamada Alisa Rosenbaum, pero que en un intento por dejar atrás su pasado cambiaría su nombre por el de Ayn Rand.

Llegada: los maravillosos años 20s

Hacia mediados de 1920 la economía mundial se tambaleaba en su proceso de recuperación. Aunque la “amenaza roja” había sido reprimida en casa³⁰, un desgastado Wilson no pudo convencer ni al Senado ni a la opinión pública para su reelección. En 1921 los republicanos recuperaron la Casa Blanca en la figura de Warren Harding -de quien la hija de T. Roosevelt escribió en sus memorias: “no era un mal hombre, simplemente era un haragán”– en las elecciones con la menor participación política de la historia (48.9%). Después de dos décadas convulsas, Estados Unidos retomaba el camino interrumpido por el asesinato de McKinley en 1901. El mismo Harding se refirió a su triunfo como “una vuelta a la normalidad”.

Andrew Mellon, uno de los hombres más ricos del mundo para aquel entonces, fue nombrado Secretario del Tesoro, posición desde la que orquestó una reducción de los impuestos sobre la renta mediante un plan que buscaba reducir los tipos impositivos a las grandes fortunas del 73% al 45% en un principio, para posteriormente llegar al 25%. La *Ley de Ingresos* de 1921, sin embargo, limitó la propuesta de Mellon a una reducción al 58%; pero no limitó sus ambiciones. Una revisión de la *Ley* en 1924 lograría un segundo recorte al 40% y una tercera reducción en 1926 le daría la tasa deseada del 25% y una reducción de casi un 50% sobre el impuesto de sucesión. Adicionalmente, se decretó una revisión de impuestos pagados desde 1917 que concluyó en la restitución de cerca de 1,270 millones de dólares a los contribuyentes más ricos del país y sus corporaciones (Pizzigati, 2015:170-4), que pasaron de representar el 66.7% de la producción en 1899 a cerca del 94% en 1929 (Huberman, 1960:243). Las reformas de Mellon impactarían en el mercado financiero al

³⁰ Todavía en 1921 Estados Unidos enviaba tropas a territorio ruso para apoyar al ejército blanco, y no reconocería al gobierno bolchevique sino hasta 1923.

“liberar” una fortuna que, al no encontrar canalización a través de los conductos de la repartición, terminó por inflar la bolsa de la especulación.

El desmantelamiento de las reformas progresistas no se hizo esperar: la *Ley de Transporte Esch-Cummins* devolvió los ferrocarriles a sus dueños en 1920; las Bancas Estatales, como las de Dakota, fueron decretadas ilegales en 1921 y el progresista Lynn Fraizer se convirtió en el primer gobernador en ser depuesto de su cargo. Un movimiento general de desregulación fue puesto en marcha donde los controles eran débiles y, cuando la regulación de precios era difícil de combatir, algunos empresarios jugaron con las disposiciones que les permitían fijar cuotas con base a su “inversión”, pero al no estar clara la definición de ésta, simplemente declararon como “inversión” su valor neto de mercado, ampliamente superior a la inversión real. En palabras de Pizzigati (2015:157) “los ricos inteligentes políticamente pensaban en algo mejor que un desmantelamiento total”. Las leyes no fueron abolidas sino reinterpretadas para el beneficio de los empresarios.

Una vez superados los traumas económicos de la Guerra, se puso en marcha un “nuevo capitalismo de bienestar” que, en concordancia con el discurso del excepcionalismo y el individualismo, pero sobre todo con un discurso anti-comunista, pretendía prescindir del Estado para su implementación mientras buscaba convencer a los trabajadores de que no necesitaban a los sindicatos. Hacia 1921 la tasa de desempleo había alcanzado el 20% y las reducciones salariales mostraban cifras equivalentes (Bosch, 2005:386), lo que constituía una fórmula peligrosa para la rebelión en un panorama de empoderamiento sindical mundial. Los empresarios combatieron el mal humor en las fábricas con medidas propias de un nuevo *management* de recursos humanos que aplicaba la psicología a la gestión “mejorando” las relaciones obrero-patronales para fomentar la productividad: ligas deportivas, baños limpios, comedores, etc.³¹. En palabras del economista Selig Pearlman “el empresario trataba de vender su psicología del individualismo competitivo a los trabajadores, intentando transformar su mentalidad de escasez de oportunidades en el optimismo capitalista de que

³¹ Ya en su obra de 1905, *¿Por qué no hay Socialismo en los Estados Unidos?*, Sombart (2009:180) señaló la típica práctica de los empresarios norteamericanos: “a pesar de no instalar en sus fábricas los dispositivos de protección más sencillos, de no ocuparse en lo más mínimo de que las instalaciones estén objetivamente en buen estado –a menudo están demasiado llenas, etc. – hace complacientemente todo lo que el trabajador pueda notar subjetivamente como comodidad”.

cada hombre crea su propia oportunidad”. Lo que los sindicatos no habían logrado ahora lo entregaban voluntariamente los patronos. ¿A qué precio?

El llamado “Plan Americano de Empleo” tenía como contraparte la firma de contratos que prohibían la asociación sindical y no se permitía cuestionar a la empresa durante las horas de trabajo. El espionaje laboral para delatar a posibles elementos subversivos se volvió común en este periodo, fomentado el recelo y bloqueando toda posible conspiración (Pizzigati, 2015:159). En tan sólo tres años la afiliación sindical se redujo cerca de un 30% y, en el caso del mayor sindicato, la United Mine Workers que en 1920 contaba con cerca de 500,000 afiliados, no llegaría más de 50,000 en 1928. Sólo los sindicatos de la construcción de Chicago y Nueva York soportarían los embates del Plan Americano a costa de pactar con el crimen organizado que vivía años de gran prosperidad gracias a la prohibición vigente desde enero de 1920. Cabe notar prohibición que la prohibición misma, más allá del discurso moralista, formó parte del esfuerzo por crear una “nueva ética laboral”, la cual veía en el alcohol un lastre a la productividad y en el salón un punto de reunión para la posible disidencia socialista (Bosch, 2005:398-99).

- o -

El 19 de febrero de 1926, al poco tiempo de que las leyes contra la inmigración se habían endurecido en contra de los europeos del Este, quienes eran considerados “inmigrantes de segunda clase”, Alisa Rosenbaum desembarcó en Nueva York. La vista del horizonte trazado por siluetas de rascacielos le produjo, según su propio testimonio, “lágrimas de esplendor” (Heller, 2009:53). Rand no se engañaba cuando creyó llegar al Edén, al menos en el sentido que el periodista H.G Adan le daba cuando declaró en 1928 que “Estados Unidos es el paraíso de los empresarios”, un paraíso fundado en la mítica individualista de la empresa y el desprecio por toda política con “aura” socialista. En 1925 el *Nation's Bussines* de la Cámara de Comercio de los Estados Unidos declaraba al empresario norteamericano “la persona más influyente d la nación” (citado en Schlesinger, 2003:76). Era un tiempo en el que, en palabras de Pizzigati (2015:151), “los ricos mandaban en Norteamérica” de la mano de Calvin Coolidge, quien asumió la presidencia tras la repentina muerte de Harding en 1923. En una de sus locuciones más conocidas, Coolidge dijo que “el principal negocio de los Estados Unidos son los negocios”. Pero como lo observa Schlesinger (2003:72), “para Coolidge los

negocios eran más que negocios; eran religión; y a ellos dedicó toda la pasión de su árida naturaleza”. El complemento de esta adoración era un aborrecimiento del gobierno, un mal necesario que sólo podría cumplir su función de servir a los negocios reduciéndose a su mínima expresión.

Casi tres décadas más tarde en *La Rebelión de Atlas*, Rand describiría una sociedad individualista basada en principios de libre contrato inspirada en lo que a su parecer constituía el fundamento de la opulencia norteamericana: su egoísmo. Como en el oráculo de Delfos, la entrada de su utopía literaria está marcada por un mandamiento: “juro por mi vida y por mi amor a ella que nunca viviré para otro hombre, ni pediré a otro vivir para mí” (Rand, 1957:660); palabras que no distan mucho de estas otras proferidas por uno de los pensadores más representativos del individualismo norteamericano, Waldo Emerson: “sólo cuando un hombre rechaza todo apoyo externo y permanece solo, puedo ver que es un hombre fuerte y que se impondrá” (Emerson, 1850:112). En pocos momentos tales condiciones fueron tan vigentes como en los “maravillosos 20s”, ni sus consecuencias tan dramáticas. El individualismo fue desde su llegada el punto de convergencia entre la cultura norteamericana y el pensamiento de Ayn Rand –la religión, su principal ruptura.

Después de una corta estancia con familiares en Chicago, Rand viajó a California donde esperaba abrirse camino como guionista en Hollywood. Una notable mezcla de tenacidad y coincidencia –aunque si no nos atenemos a los relatos “oficiales” del ARI, es muy probable que las “palancas” familiares también influyeran–, le consiguieron un papel como extra en la película *Rey de Reyes* [1927] en los estudios De Mille, donde conoció al actor Frank O’Connor con quien se casaría en 1929. La impresión que tuvo de Hollywood y sus habitantes, sin embargo, fue por decir lo menos, bastante negativa. El paraíso estaba lleno de “farsantes”. En este sentido, Duggan (2019:37) observa que “Ayn Rand llegó a la escena de Hollywood sin un entendimiento claro del modo de producción o la política de la representación que se desarrollaba allí”. La lectura de *Así Habló Zaratustra* [1885] de Nietzsche –primer libro en inglés que compró y su “compañía intelectual” durante sus primeros años en Estados Unidos (Burns, 2009:22) – ayudó a obnubilar aún más su visión de los acontecimientos políticos que permeaban Hollywood y delineó su entendimiento de las motivaciones humanas comenzando así a configurar su división entre hombres egregios

(Atlas) y hombres vulgares (de segunda). Su pronto desencanto con la Meca del cine se haría presente en su ideario y, lejos de revelarles las verdades de un capitalismo guiado por las ganancias rápidas y la cultura de masas, y no por el genio individual, interpretó la concentración de la industria y la banalidad de sus habitantes como un ejemplo de la perversión del “capitalismo puro” del que se había enamorado en las pantallas de los teatros de Leningrado. Pronto la perversión habría de convertirse en una pesadilla.

La Gran Depresión

En su mensaje al Congreso de diciembre de 1928, el Presidente Coolidge se jactaba de que “nunca el Congreso, al analizar el estado de la Unión, se ha encontrado con una perspectiva más placentera que la que existe en este momento (...) el país puede contemplar el presente con satisfacción y mirar hacia el futuro con optimismo”. Por su parte, los empresarios se mostraban satisfechos con la administración de Coolidge, tal como lo demuestra esta declaración de Jack Morgan: “nunca he visto un presidente que me produzca tal sentimiento de confianza en el país y sus instituciones”. En otras palabras, la oligocracia estaba ciega a los acontecimientos que se cernían sobre sus cabezas.

Los motivos para la celebración, y la ceguera, sobaban: la riqueza de los Estados Unidos que en 1900 se valuaba en unos 86 mil millones de dólares, ascendía a 361 mil millones en el verano de 1929. Para ese mismo año aciago se estima que el 5% más rico de Norteamérica concentraba cerca de un tercio de la riqueza y el 0.1% en la cúspide tenía tanto como el 42% de la base (Zinn, 1999:284). El número de millonarios se había multiplicado por seis mientras una quinta parte de la población no superaba la renta de mil dólares anuales (Huberman, 1960:253). La punta de la pirámide crecía sin control mientras la base se hacía cada vez más débil. Tal concentración de la riqueza encontraría desahogo en la especulación bursátil, dando paso así a un juego peligroso que habría de estallar muy pronto.

Los síntomas de la enfermedad financiera habían comenzado a sentirse desde 1925 con la ralentización del sector inmobiliario en Florida. Sin embargo, la elección de 1928 que tuvo como ganador al republicano Herbert Hoover, reforzó la confianza empresarial y produjo un nuevo auge en la especulación alentada por las palabras del Presidente electo quien “no tenía temor por el futuro del país”. En agosto de 1928, Hoover anunciaba que “hoy nosotros en los Estados Unidos estamos más cerca del triunfo sobre la pobreza que nunca

antes en la historia de ningún país”. En ese momento el tipo medio de interés pagado en la bolsa se ubicaba alrededor del 12% (Galbraith, 1983:210) muy superior a la tasa de descuento, lo que hacía muy atractivo recurrir a los préstamos para especular. Fue por ello que un aumento de la tasa del 5 al 6% a principios de agosto no tuvo efecto sobre la dinámica de la bolsa. Por otro lado, las sociedades anónimas de inversión –como la Goldman Sachs Trading Corporation– vivieron su mejor momento cuando Wall Street redujo los controles para la inscripción, pues la regulación había sido desprestigiada gracias a años de opulencia.

A medida que la crisis se acercaba, incluso sectores relativamente pobres de Norteamérica habían entrado a la locura especulativa gracias a las casas de bolsa que acumulaban pequeñas inversiones para llevarlas al mercado. La bolsa se había convertido en “un deporte nacional” según expresión del famoso especulador Jesse Livermore, quien haría una gran fortuna gracias al crash. Atendiendo a esta situación social, Galbraith (2011a:80) escribe que “la imaginación especuladora alcanzó sus manifestaciones más delirantes en Estados Unidos. Esto se debió a una creencia específicamente americana en la supuesta magia de la acumulación de dinero y sus presuntos efectos económicos maravillosos”.

Durante el verano de 1929 Wall Street experimentó las mayores alzas de su historia que se extenderían hasta el 5 de septiembre cuando empezaron a oscilar. El 15 de octubre Charles Mitchell, presidente del National City Bank, anunciaba en Londres que el mercado bursátil “gozaba de una excelente salud” (citado en Thomas y Morgan, 1986:208) y un día después el profesor Irving Fischer sostenía que la bolsa había “alcanzado lo que parece ser una meseta permanentemente elevada” (citado en Ferguson, 2010:173). Dos caídas del 3% y 2% respectivamente el 21 y 24 de octubre fueron contenidas gracias a inyecciones de capital orquestadas por la banca Morgan de Nueva York donde se emitió una declaración conjunta de los 35 principales representantes bancarios que terminaba con el alentador anuncio: “ha pasado lo peor” (Thomas y Morgan, 1986:235). El 25 de octubre, el Presidente Hoover anunciaba que “el negocio fundamental del país, es decir, la producción y distribución de mercancías, se encuentra sobre unas firmes y prosperas bases”,

El lunes siguiente el índice Down Jones cayó un 13% (Thomas y Morgan, 1986:174) y el martes 29 de octubre el sistema financiero se derrumbó: más de 16 millones de acciones fueron vendidas con pérdidas que se estimaron en 10 mil millones de dólares –los cálculos

posteriores ascienden hasta 50 mil millones (Ibíd.:255) –. A la caída de la bolsa siguió la reducción del crédito y el consumo que redundó en caídas de precios de bienes, servicios y salarios. La banca jaló tras de sí a las empresas que comenzaron a quebrar masivamente. Huberman (1960:259) relata la desolación subsecuente: “en las grandes ciudades, millones crecientes recorrían las calles en busca de trabajos que no existían”. Como de costumbre, la minoría negra y los trabajadores no cualificados fueron los más gravemente afectados. Las quiebras continuarían por los siguientes dos años.

En un último intento por paliar los efectos de la crisis, Hoover decretó la *Ley de Reconstrucción de Corporaciones Financieras* en enero 1932, por la cual se autorizaban mil millones en préstamos, de los cuales 60% fueron a los bancos y 25% a ferrocarriles en tan sólo cinco meses. La mayor parte de los fondos fueron destinados al repago de deuda, es decir, el grueso del dinero iba a parar a los bancos. El caso de la *Missouri Pacific* es ejemplar de la circularidad y limitado éxito del programa: después de pagar su deuda con Morgan, se declaró en bancarrota. Lo importante era salvar al sistema financiero y había que hacerlo aun fuera a costa de la industria, siempre que no se abandonara el patrón oro. No lo lograría. Tan solo un año más tarde Franklin Delano Roosevelt se encontraría rompiendo los acuerdo de la Conferencia Económica de Londres abanderado en un Nuevo Trato para acabar con la depresión, y para lograrlo había que abandonar el patrón oro.

- o -

Tras el cierre de los estudios De Mille debido a la recesión económica, Rand pasó por un breve periodo de estrechez en el que dependió de la ayuda de sus familiares de Chicago, hasta que consiguió un empleo como archivadora en la RKO Radio Pictures, compañía cinematográfica que se vio fuertemente favorecida por la especulación en la bolsa y por el auspicio federal que recibió la Radio Corporation of America (RCA), controladora de la RKO, dado el potencial militar de la radio. En otras palabras, su individualismo autosuficiente requirió en más de una ocasión de un poco de ayuda familiar –observa Weiss (2012:13) que “para ella no existía tal cosa como la violencia de la pobreza y la privación, quizá porque siempre tuvo familiares ricos a los cuales recurrir en busca de ayuda”– y en más de una ocasión también, como veremos más adelante, se benefició de las “intromisiones” del Estado en el mercado.

A pesar del mal ambiente económico, fue durante este periodo cuando completó y vendió su primer guion cinematográfico titulado “*Red Pawn*” a la Universal Pictures, obra cuyo tema es la maldad inherente del comunismo y su identidad filosófica con la religión. También aparece en esta obra por vez primera uno de los recursos literarios más recurrentes de la obra de Rand y la que le ganó no pocos adeptos entre la juventud: los triángulos amorosos³². A pesar de que la película no se llegó a producir –probablemente debido a los conflictos sindicales e ideológicos que cundían en Hollywood en aquella época–, recibió 700 dólares y un contrato como guionista asistente. Gracias a este alivio financiero, a finales del año de 1934 la pareja O’Connor se mudó a Nueva York. La venta del guion le permitió también concluir en 1935 su primera novela, *Los que Vivimos* [1936].

Según la apreciación de Heller (2009K), se trata de “la primer novela escrita en inglés por un autor ruso sobre el tema”; es decir, sobre el sufrimiento y la expropiación a los burgueses bajo el régimen comunista. Burns (2009:19) califica la obra como “el primer intento de Rand por conectar su *idée fixe* del individualismo con problemas sociales y políticos más amplios”. En palabras de Rand, la novela se propone mostrar “el reinado de la fuerza bruta y lo que ésta hace a los mejores” (citado en Heller, 2009K). Más aguda es la observación de Duggan (2019:32) de que “las dinámicas del imperio, las estructuras de la jerarquía tradicional de status en el campo y la desigualdad de clases en las ciudades, la historia del anti-semitismo, todas están ausentes en la narrativa de *Los que Vivimos*. En su lugar vemos un mundo revuelto en el que la masa torpe, incapaz y discapacitada de la humanidad ha sido movilizadada para castigar y oprimir a los individuos superiores”.

Tonos nietzscheanos se dejan ver en esta obra a pesar de que la segunda edición fue expurgada de cualquier referencia explícita a los principios éticos de Nietzsche (Sciabarra, 2013:101) ya que la autora creía haber superado a “su maestro” en la configuración de un egoísmo “más racional”. Tras varios fracasos por conseguir una editorial dispuesta a tomar el riesgo de publicar la novela, Macmillan aceptó hacerlo en septiembre de 1935. Al mismo tiempo su primera obra de teatro, *The Night of January 16th*, se estrenó en Teatro Embajador

³² En relación a la analogía que el profesor Weiner hace sobre las obras de Rand y Chernyshevski, cabe aquí un comentario respecto a los triángulos amorosos que también están presentes en la obra *¿Qué Hacer?* como un artilugio para ilustrar su doctrina del egoísmo racional.

de Nueva York. *Los que Vivimos* hizo su aparición oficial el 7 de abril de 1936³³. Recibió \$250 dólares como adelanto más regalías. Se vendieron las 2000 copias del primer tiraje y recibió reseñas mayormente positivas. Así pues, para Rand comenzaba su ascenso como escritora a contracorriente la situación económica general marcada por la Gran Depresión, lo que al menos en parte explica su desprecio a las políticas de Roosevelt para hacer frente a la crisis. Lo demás fue pura ofuscación ideológica.

- o -

En los años siguientes al Crash de 1929 el Producto Nacional Bruto de Estados Unidos se redujo más de una cuarta parte, un tercio lo hizo la producción industrial, y los ingresos del sector eléctrico cayeron 76% (Hobsbawm, 2014:98). Cerca de 9 mil bancos, fábricas y firmas cerraron tan solo entre 1929 y 1932. Los ingresos personales se redujeron cerca del 50% y el desempleo pasó del 3% [1.6 millones] al 25% [12.1 millones] (Bosch, 2005:412), sin que existiera un sistema de seguridad para el desempleo, lo que convertía la crisis en una tragedia agravada por cerca de medio millón de ordenes hipotecarias de expropiación ejecutadas (Ferguson, 2010:260). El mercado de valores disminuyó su valor 89%. Los precios lo hicieron un 30% en promedio y 50% para los productos agrícolas, reduciendo la producción de artículos de primera necesidad (Galbraith, 1983:214). Los efectos más fuertes se vivieron, como lo señala Hobsbawm (2012:95), a nivel internacional: mientras el crecimiento sólo se desaceleró –en 1932 el producto mundial era apenas el 17% de 1929 (Ciocca, 2000:24)–, “la mundialización de la economía parecía haberse detenido”. El comercio mundial retrocedió un 60% y el flujo internacional de capitales cayó un 90%. La respuesta internacional se materializó en tarifas arancelarias y un nuevo proteccionismo que, en palabras de Hobsbawm (2012:101) “desterró el liberalismo económico durante medio siglo”.

Nada de esto parece haber captado la atención de Rand, más preocupada por la tibia recepción de su obra entre los círculos intelectuales norteamericanos que para la fecha, observa Burns (2017:108), “tenían poco interés en una novela melodramática acerca del sufrimiento de la burguesía”. Más aún, comenzaba a nacer en ella la sospecha de que la Gran Depresión amenazaba con abrir paso a las ideas comunistas en Estados Unidos. Aunque la

³³ Una versión cinematográfica de *Los que Vivimos* producida en Italia en 1942 con el título *Addio Kira* fue prohibida por el gobierno de Mussolini.

recepción del libro no fue negativa, se encontró enfrentada a un ambiente pro-ruso particularmente notorio en los círculos intelectuales de Nueva York y entre los actores de Hollywood que se unirían a las huelgas comunistas de 1935, pues mientras la depresión cernía su sombra sobre Occidente, la Unión Soviética se embarcaba en un camino de crecimiento³⁴ que hacía pensar a muchos en el comunismo como una alternativa a las contradicciones del capitalismo materializadas en 1929.

Incluso aquellos que disfrutaron la novela, observa Burns (2017:108), “asumieron que la interpretación de Rand de la Rusia Soviética en *Los que Vivimos* era exagerada o ya no era verdad, ahora que el comunismo había madurado”. En medio de este panorama de dudas sobre el *laissez faire* –dudas que encontrarían un foro para su debate en el Coloquio Lippmann de 1938–, Rand dio su primera conferencia pública en el *New York Town Hall Club* con el tema “el engaño soviético”, en la que advierte de la amenaza roja que se cernía sobre Norteamérica. Más tarde en un prefacio para la edición de 1959, Rand comentaría que: “*Los que Vivimos* no es una historia sobre la Rusia soviética en 1925. Es una historia sobre la Dictadura, cualquier dictadura, sea la Unión Soviética, la Alemania Nazi, o –lo que esta novela puede ayudar a prevenir– una América socialista”.

New Deal

Mientras tanto, Franklin Delano Roosevelt acaparaba las miradas y las esperanzas del pueblo norteamericano. Siendo todavía candidato demócrata a la presidencia, Roosevelt formó un “*brain trust*” liderado por Raymond Moley, Rexford Tugwell y Adolf Berle, quienes delinearon una política que, siempre abierta a la experimentación y la corrección, se basó en tres ejes: nacionalismo, planeación y necesidad de los monopolios, pero regulados. Con este programa contradictorio y en medio de un “invierno de la desesperación”, Roosevelt asumió la presidencia de los Estados Unidos en 1933 con más determinación que ideas claras.

Pronto quedó claro que la determinación era más importante en esos momentos. Los llamados “primeros cien días” fueron un periodo sin precedentes en la gestión política: 15 leyes para la recuperación fueron aprobadas. La primera, tras declarar unas “vacaciones bancarias”, el 9 de marzo, reunió el consenso de un congreso que no dudó en elevar a ley el

³⁴ Entre 1929 al 1939 la URSS creció un 89%, contrastado con el 9% de los Estados Unidos (Ciocca, 2001:28).

proyecto de rescate. La *Ley de Emergencia Bancaria* se proponía ayudar a los bancos privados mediante la inyección de recursos y ayuda públicos, así como conceder el control de los cambios y movimientos de oro al ejecutivo. Tres días más tarde Roosevelt demostró su liderazgo político cuando se dirigió a la nación en un programa de radio –cerca de 14 millones de hogares contaban con un aparato radiofónico hacia 1930 (Graham, 2010:405) – en el que conminó a los estadounidenses a superar el miedo a la crisis y recuperar la confianza: “*the only thing we have to fear, is fear itself*”. Al día siguiente, por primera vez desde el crash bursátil, las entradas bancarias superaron a los retiros. Para regocijo de los ciudadanos, diez días más tarde, el 22 de marzo, se abolió la prohibición.

- o -

Habiendo recibido la ciudadanía en 1931, Rand participó por primera vez en unas elecciones presidenciales y dio su voto a Roosevelt en 1932 al parecer por la promesa “liberal” de terminar con la prohibición. Pero cuatro años más tarde, en 1936, escribía a la esposa de su agente literario en los siguientes términos: “mis sentimientos por el New Deal se están enfriando cada vez más. Se enfrían tanto que están llegando al punto del odio”. En el mismo tenor, escribió en una carta dirigida a su editor John Temple Graves que “los grandes negocios están aplastando al individualismo y alguna forma de protección es necesaria”. En la misma misiva se lee la que “el término <<capitalismo arbitrado>> me espanta un poco”; idea que perduraría en su pensamiento y que todavía en 1966, al escribir la obra *Capitalismo, el Ideal Olvidado*, tendría eco al argumentar que “una economía mixta es una combinación explosiva, inaceptable, de dos elementos opuestos que no pueden permanecer estables (...) es una mezcla de libertad y controles, lo cual significa: no de fascismo y comunismo, sino de capitalismo y estatismo” (Rand, 2009K:3691). Limitada cual pudiera ser, Rand comenzaba a formar una postura económico-política contraria al New Deal.

A mediados de los 30s Rand asistió a las conferencias dictadas por el economista y politólogo Harold Laski, asesor de Roosevelt y futuro presidente del Partido Laborista británico, a partir de quien configuraría más tarde al personaje “Ellsworth Toohey” de su novela *El Manantial* [1943]: un “socialista vulgar” cuyo “feminismo” contrastó con la férrea masculinidad del héroe “Howard Roark”. En una nota escrita durante las conferencias de Laski, Rand llegó a cuestionarse si no sería necesario prohibir la educación superior de las

mujeres para sanar la “vulgaridad intelectual” de la audiencia femenina. Más importante es que poco a poco su visión de los peligros del socialismo se extendía sobre Roosevelt.

- o -

Una vez recobrada la confianza, Roosevelt puso en marcha un “primer New Deal” [1933-1935] basado en tres ejes: recuperación de la agricultura, combate al desempleo y reanimación de la industria. Para reanimar a la agricultura se decretó la *Ley de Ajuste Agrícola* (AAA por sus siglas en inglés) cuyo objetivo era aumentar los precios de los productos del campo, para lo cual se buscaron diferentes medios siendo el más importante el limitar la producción. La poca solidez teórica del programa se demostró tanto en la controvertida práctica de destruir cosechas y matar animales para restringir la oferta³⁵, así como en la aplicación de un Impuesto a los Productos Alimenticios que no agradó a los consumidores que, por primera vez, se consolidaron como una fuerza económica influyente.

El segundo punto, el desempleo, se atacó mediante la promoción del empleo civil en obras públicas –entre las que destaca la creación de la Autoridad del Valle de Tennessee– y mediante la creación de una Agencia Federal de Ayuda al Desempleo. Adicionalmente a este proto-seguro de desempleo se promulgó una *Ley de Prestamos a Propietarios de Casas* que ayudó a frenar la ola de quiebras hipotecarias. El tercer punto se enfrentó bajo los lineamientos de la *Ley de Reactivación de la Industrial Nacional* (NIRA por sus siglas en inglés) que incluía dos partes: la creación de una Administración de Obras Públicas con un presupuesto de 3.3 mil millones de dólares y la creación de “códigos de prácticas de competencia justa” que suspendían de facto la aplicación de las Leyes anti-trust y cuya aportación más trascendental fue el reconocimiento del derecho a la organización sindical y la negociación colectiva.

Un paso adicional se dio en el terreno bancario cuando en junio se promulgó la *Ley Glass Steagall*, que decretaba: (i) separación de la banca comercial y de inversión (ii) provisión de un seguro federal para garantizar los depósitos bancarios (iii) prohibición del pago de intereses sobre depósitos en demanda. Dicha *Ley* fue una reacción frente a la Conferencia Económica de Londres donde se pretendía restablecer el sistema de cambio

³⁵ Observa Huberman (1960: 288) que tales prácticas se pueden interpretar como una aplicación al campo de estrategias comunes a la industria.

internacional. La respuesta de Roosevelt fue un “nacionalismo monetario” que optaba por la libertad de los cambios flexibles en un momento en el que el gasto público era prioritario sobre la estabilidad internacional. El patrón oro debía ser abandonado³⁶.

- o -

Heller (2009K) sugiere que fue la prohibición al acaparamiento privado del oro el punto de la política de Roosevelt que más habría agraviado a Rand, ya que constituía un método que consideraba sólo servía para inflar la moneda artificialmente y expropiar la riqueza de los ricos. En realidad, el abandono del patrón significó que el metal fluyera a las arcas norteamericanas duplicando las reservas entre 1933 y 1934 (Romer, 1992:773), cifra que aumentaría en los años siguientes debido a la inestabilidad bélica. Pero para Rand, así como para los partidarios del “dinero sólido”, el agravio estaba hecho. Más adelante en el *Capítulo IV-C* ahondaré en este punto.

Asimismo, la NIRA fue uno el foco de las críticas más fuertes de Rand, ya que una sátira recurrente en *La Rebelión de Atlas* hace referencia a este tipo de “leyes anti-competencia” (*anti-dog-eat-dog*) que para Rand no tenían nada que ver con el beneficio público sino con el uso del poder político por parte de los empresarios mediocres para limitar la competencia a costa de los verdaderos empresarios capaces de reducir costos mediante la gestión y la innovación técnica. Younkins (2013:133) confirma el trasfondo crítico de la sátira de Rand respecto a los códigos de la NIRA en los siguientes términos: “*La Rebelión de Atlas* retrata en gran detalle las ineficiencias y destrucción económica que emergen de la toma de decisión económica centralizada (...) que fue parte del New Deal”. Los pormenores de esta crítica serán abordados en el *Capítulo III-A* de la presente tesis.

- o -

Los resultados del primer New Deal fueron “modestos”. En el terreno agrícola, aun cuando los precios subieron, es probable que fuera menos por las acciones de la AAA que por una fuerte sequía que golpeo al país entre 1932 y 1934. Más criticable aún fue el hecho de que el

³⁶ Adicionalmente, se aprobaron la *Ley de Valores* (1933) y la *Ley de Intercambio de Valores* (1934) para vigilar las prácticas financieras perniciosas puestas en el ojo del debate gracias a la cruzada del fiscal Ferdinand Pécora contra la casa Morgan y Charles Mitchell, cuyos malos manejos previos al crash y sus posteriores artilugios para evadir impuestos amparándose en las pérdidas sufridas, indignaron a la opinión pública.

grueso de los beneficios terminó en manos de grandes terratenientes que ignoraron las cláusulas que los comandaban a compartir los beneficios extraordinarios con los pequeños productores. Algo similar ocurrió con la NIRA que se vio imposibilitada a una supervisión efectiva, incurriendo en violaciones a los códigos de competencia y el casi nulo respeto al derecho de asociación laboral.

No obstante, la reacción conservadora contra el New Deal y la “amenaza roja” del socialismo que tales medidas inspiraban se materializó en diferentes formas de protesta entre las que destaca la constitución de la American Liberty League por iniciativa de la casa Du Pont. Lejos de amedrentarse, Roosevelt reaccionó con tres nuevas reformas que constituyeron un “segundo New Deal” que incluía: 1) la creación de la Work Projects Administration (WPA) con un presupuesto de 10 mil millones de dólares destinados a emplear a 3.5 millones de trabajadores y promover el arte; 2) la promulgación de la *Ley de Relaciones Laborales* que volvía ejecutables ante los tribunales las provisiones de la NIRA; y 3) la *Ley de Seguridad Social* que contemplaba compensaciones al desempleo, seguro de vejez y programas de formación laboral. A estas reformas se sumó la *Ley Fiscal* que aumentaba el impuesto sobre la riqueza a los ingresos superiores a 50,000 dólares. La reacción de los multimillonarios no se hizo esperar y se resume en la figura del magnate de los medios, Randolph Hearts, quien calificó a Roosevelt como “un traidor a su clase”.

- o -

Un hecho no reconocido por Rand es que “a pesar de su desaprobación de los programas del New Deal –escribe Heller (2009K) – la WPA pagó a Rand regalías de diez dólares por presentación [de su obra *The Night of January 16th*], una pequeña fortuna a finales de los 30s”. En total recibió entre \$200 y \$1,200 dólares por semana en el marco del “*Project One*” de la WPA, cuando el promedio de los salarios se ubicaba en \$1,500 dólares mensuales. En otras palabras, la “mano visible” del gobierno ayudó a Rand a salir de la Gran Depresión.

En 1938 –año en que se interrumpe la correspondencia con su familia tras la negación de sus visas para salir de la URSS– se publicó en Inglaterra su segunda novela titulada *Himno*. Se trata de una ficción futurista distópica en la línea de *Un Mundo Feliz* de Aldous Huxley o *1984* de George Orwell –tema recurrente en un periodo en el que el mundo veía con azoro el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial– pero que al contrario de sus símiles británicos

no presenta un futuro dominado por una burocracia tecnificada, sino que en la fantasía de Rand el mundo ha sufrido una regresión a los tiempos oscuros anteriores a la electricidad, sometido por un “Concilio Mundial” que reprime a la genialidad individual llegando incluso a erradicar del vocabulario la palabra “Yo”. A pesar de ser una clara crítica a su experiencia soviética, el escenario de oscuridad e ignorancia conlleva el mensaje de que sólo el capitalismo individualista permite la innovación y el progreso, y que los avances del credo del “bien común” –de que Roosevelt era un campeón– eran una señal de alarma. En otras palabras, su crítica al comunismo se comenzaba a mover lentamente hacia una exaltación del capitalismo, situación que no pasó desapercibida. Burns (2011:329) observa respecto a esta ficción que “los lectores de Rand provenientes del sector de negocios inmediatamente la tomaron como una poderosa parábola sobre el papel de las corporaciones que se enfrentan a la regulación económica”.

- o -

El Tribunal Supremo dio un fuerte golpe a la gestión Roosevelt cuando en 1935 declaró inconstitucionales las provisiones de la NIRA alegando que, además de violar las condiciones del comercio interestatal, mediante sus prácticas de precio fijo perjudicaban a las pequeñas empresas y promovía el monopolio. Aunque la demanda que dio origen a dicha decisión fue interpuesta por unos pequeños comerciantes, los hermanos Schechter de Nueva York, el recurso legal fue financiado por el Instituto del Hierro y Acero, lo que explica al menos en parte su éxito. Roosevelt cometió entonces el agravio de querer reformar el Tribunal Supremo haciéndolo más “flexible” a sus reformas. La reacción del Congreso fue negativa y redundó en una parálisis del segundo New Deal.

El primer intento de Rand por intervenir en el debate político norteamericano se dio en relación a estos eventos mediante una carta dirigida al *New York Herald Tribune* y fue una respuesta al intento de Roosevelt por “establecer una tiranía” mediante la reconfiguración de la Suprema Corte. En dicha carta se lee que “si Mr. Roosevelt tiene el poder para pasar sus propias leyes y tiene a sus propios hombres encargados de aprobar estas leyes, ¿Qué lo detendrá de aprobar cualquier ley que le plazca? (...) debe haber un comité, una organización o sede creada para dirigir y centralizar las actividades de todos aquellos dispuestos a unir sus

esfuerzos en protesta” (citado en Burns, 2009:49). La campeona del individualismo reconocía que no podría ganar la batalla sola.

A pesar de que la carta no llegó a imprimirse, no pasó desapercibida a la escritora Isabel Paterson, crítica literaria del *Tribune* y pensadora libertaria versada en temas de historia norteamericana y economía de libre mercado con quien inició una íntima amistad – la primera desde su llegada a Estados Unidos y tal vez desde su amistad con Olga Nabokov–, que tomó la forma de una relación maestro-discípulo. A partir de entonces las ideas de Paterson influyeron en la construcción de los argumentos de las novelas de Rand y, como lo observa Duggan (2019:45) “a través de Paterson, Rand se encontró con las tradiciones individualistas americana y británica y comenzó a cambiar su nietzscheano desprecio elitista por una versión más americanizada basada más en el mérito que en la naturaleza”. Aunque esta afirmación es esencialmente correcta en cuanto a la ruptura formal de Rand con Nietzsche, no se puede dejar de ignorar que cierto “naturalismo” persistió en la obra de Rand en la forma de un racismo disfrazado de heroísmo. Todos los héroes de sus novelas encajan con la descripción de una “belleza aria”: altos, rubios, atléticos, de quijadas sólidas, etc.

Fue entonces cuando Rand descubrió que no estaba sola en su cruzada contra el “liberalismo”³⁷ de Roosevelt. Hacia 1942, “El descontento con el New Deal –escribe Bosch (2005:477) – agrupaba al electorado de ingresos elevados, a republicanos descontentos por haber perdido tres elecciones presidenciales consecutivas y a demócratas conservadores del sur”. La opinión reaccionaria encontró en esos años una voz en el tratado de Walter Lippmann, *The Good Society* [1937], a partir del cual se construiría un consenso neoliberal, comenzando un año más tarde en París con el Coloquio que lleva su nombre en el que participaron pensadores como Friedrich von Hayek, Louis Rougier o Alexander Rüstow.

³⁷ No se trata de ironía sino de una auténtica confusión conceptual. En Estados Unidos por liberalismo se entiende lo opuesto a lo que la palabra designa en la mayor parte del mundo, es decir, ser *liberal* significa ser *progresista*, estar a favor de las reformas sociales. Lo contrario vendría a ser un *conservador*, quien, devoto a un supuesto régimen político anterior al Estado de Bienestar –un paraíso de virtud empresarial “libre” generalmente identificado con el último tercio del siglo XIX, pero en realidad mítico–, defienden la propiedad privada y la no intervención. Pero como en la práctica el conservadurismo no adopta una postura contraria a la intervención en general sino contra cierto tipo, es decir, reniega de las ayudas sociales pero defiende la privatización y cualquier política pro-empresarial, existe más a la derecha del espectro político norteamericano un grupo llamado *libertario*, que se opone a toda intervención del Estado, pero sin llegar a la anarquía –y anarquismos los hay tanto de derecha (Rothbard) como de izquierdas (Bakunin); ambos afectos a la libertad individual, extremos de una antinomia que delimita la circunferencia de la contradicción liberal.

La obra de Lippmann es una crítica a la gestión de Roosevelt desde una postura pro-capitalista. Sin embargo, la perorata que esboza se vuelve confusa cuando recomienda políticas que, en lo esencial, son consistentes con las adoptadas por el New Deal. Así pues, parece claro que la confusión fue el signo de este primer intento de consenso que se debatía entre el miedo al socialismo y la crítica a las limitaciones del *laissez faire* clásico. Burgin (2012) hace un recuento de la influencia y la participación de Lippmann en este primer conclave neoliberal, destacando la dificultad que el proyecto tuvo y cómo se ahogó entre la persecución nazi y la disidencia. Las actas del Coloquio Lippmann, por su parte, si bien dan cuenta del enfrentamiento entre las posturas austriaca y ordoliberal, culminan con animosos acuerdos entre los integrantes del Coloquio y que marcarían la pauta para futuros esfuerzos, específicamente, la Sociedad Mont Pelerin. Cabe notar que si una voz fue disonante entre el optimismo de estos primeros “neoliberales”, fue la de Ludwig von Mises, con quien Rand comenzaría una relación intelectual años más tarde.

Cabe mencionar en este punto el trabajo de la profesora Burns (2015), quien calificó a la triada Ayn Rand, Isabel Paterson y Rose Wilder Lane como “las tres furias del libertarismo”. En palabras de Burns (2015:748) “las tres reelaboraron un profundamente personal y dotado de rasgos de género sentido del individuo como un ‘dínamo’, una inagotable fuente de energía renovable amenazada por un Estado usurpador. Un sentido de independencia nacido de sus experiencias como ‘mujeres nuevas’ en los 1920s sirvió como fundamento para un nuevo libertarismo americano”. Tanto sus ideas como sus biografías se cruzan en más de una forma, teniendo como punto de encuentro el periodo del New Deal y la crítica al intervencionismo en general: “Lane, Paterson y Rand rechazaban no solo el liberalismo reformista del New Deal sino casi cualquier forma de intervención gubernamental en la economía, creando una filosofía individualista que se detenía justo en el límite del anarquismo” (Ibid.). Las tres publicaron en 1943 obras que serían el fundamento del libertarismo: *The God of the Machine* (Paterson), *The Discovery of Freedom* (Wilder Lane) y *The Fountainhead* (Rand).

- o -

Los años 30s y el New Deal significaron no sólo el despegue de Rand como escritora, sino que los eventos que se vivieron durante la década pasaron a formar parte de la literatura y

crítica rancia, misma que a su vez se inserta dentro del movimiento general de crítica de la derecha hacia lo que se consideró una irrupción del socialismo en Norteamérica de la mano del “traidor” Roosevelt. Tan dura crítica se apoyaba, por un lado, en el halo socialista del Presidente demócrata y, por otro, en el argumento de que el New Deal había fracasado rotundamente. Pero el triunfo de Roosevelt en las elecciones del 36 indicaba que no todo iba mal, al menos entre las clases desposeídas que de alguna manera eran tomadas en cuenta. El problema no era entonces, como señalaban los críticos, que el New Deal fuera radical, sino que no lo era suficientemente –el desempleo afectaba todavía a 9 millones en 1939.

Pero parecía poco menos que imposible frente al conservadurismo norteamericano justificar un programa de mayor envergadura cuyos resultados eran, por lo menos, dudosos. Enfrentado con un Congreso conservador que no dudó en reducir aún más el gasto público en 1939, el programa de Roosevelt parecía condenado a desaparecer y lo hubiera hecho si no hubiera llegado en su ayuda una amenaza exterior. La entrada de Hitler en Austria dio una justificación a Roosevelt para incrementar el gasto de defensa, para lo cual habilitó la National Resources Planning Board. Según observa Younkins (2013:131), la Junta fue parodiada en *La Rebelión* bajo el nombre de “*Bureau of Economic Planning and Natural Resources*”; un órgano de regulación económica que fracasa por su incapacidad para “obtener o poseer el conocimiento suficiente sobre la economía”; argumento que sería explotado por Hayek a lo largo de sus estudios bajo la forma de las “consecuencias no intencionadas”. Hacía pues falta una razón de peso para poner a prueba el poder del gasto público. En palabras de J. K. Galbraith, hacía falta “la confirmación de Marte”.

Segunda Guerra Mundial

El primero de abril de 1924, un joven líder político de nombre Adolf Hitler fue condenado a 5 años de prisión por incitar a la desobediencia civil y proclamar sus intenciones de derrocar al gobierno alemán que se cruzaba de brazos ante las reprimendas económicas de una Francia que, más inspirada por la venganza que por el sano juicio –de esto da pruebas la obra de J. M. Keynes, *Las Consecuencias Económicas de la Paz* [1919]–, invadió la zona industrial del Ruhr para reclamar las compensaciones de guerra. Desde su encierro en Landsberg, Hitler redactó la primera parte de su libro *Mein Kampf* [1925]. Mezcla de nacionalismo, antisemitismo y anticomunismo, la obra de Hitler no permite a un lector atento encontrar en

ella muestras de un genio malvado, sino al contrario, está lleno de contradicciones y arrebatos que apenas son compensados por una confianza ciega en ciertas ideas que, a pesar de ser chocantes en nuestros días, no eran particularmente extremas para la época. Unos años más tarde, como lo observa Stone (2013K: xx), “Hitler se había vuelto muy popular porque había cortado con éxito por la mitad la hipocresía y falsedad que representaba Versalles”. En su contexto, *Mi Lucha* es una obra que puede bien calificarse como mediocre. Lo más revelador es entonces entender cómo un hombre que si bien no carecía de una gran voluntad e inteligencia no era un genio del mal, condujo a Europa a la ruina. Mejor dicho, la pregunta es si fue realmente él quien llevó a Europa a la Guerra, o la Guerra la que arrastró a Hitler.

El 30 de enero de 1933 Hitler fue nombrado canciller de Alemania, tres meses antes de que F. D. Roosevelt ascendiera al poder en los Estados Unidos. No se trata de un capricho de la historia –que ambos hayan muerto en abril de 1945 quizá sí lo sea–, sino de los estragos de la Gran Depresión. A pesar de las diametrales diferencias que los separaban, Roosevelt y Hitler tuvieron un punto común en sus idearios que se manifestaría abiertamente después de la Conferencia Económica de Londres de 1933: el nacionalismo. Frente a la crisis internacional que había llevado a Inglaterra y a más de treinta naciones a abandonar el patrón oro en los primeros años de la década de los 30s, y más aún frente a los intentos de orquestar un rescate internacional de las finanzas, Roosevelt y Hitler optaron por salvar a sus países. El nacionalismo fue menos una ideología que una respuesta ante la depresión.

Tal como lo señala Hobsbawm (2014:93), “si no se hubiera producido la crisis económica, no habría existido Hitler y, casi con toda seguridad, tampoco Roosevelt”. La Gran Depresión los había obligado a poner los problemas sociales por sobre las consideraciones económicas. El que uno se haya movido hacia la izquierda mientras el otro se radicalizó a la derecha no es una negación de su similitud. La razón de su diferente evolución se encuentra en que mientras en Estados Unidos la Primera Guerra Mundial no había acarreado ningún ascenso importante de los movimientos socialistas, en Alemania su influencia llegó a ser notable y provocó una reacción desaforada y el ascenso del fascismo. Fue contra una socialdemocracia “corrompida por el marxismo y el pueblo judío”, que Hitler volcó su ira. Roosevelt, por su parte, propuso un “nuevo trato” en contra de la opulencia y

liberalidad empresarial de los maravillosos 20s. En Estados Unidos la depresión causó la desconfianza a las grandes corporaciones, en Europa menoscabó a la socialdemocracia.

Por otro lado, es una realidad que los seguidores de Hitler no carecían de fundamentos para el enojo: detrás de una retórica llena de odio, “su principal logro económico fue haber superado la gran depresión con mayor éxito que ningún otro gobierno” (Hobsbawm, 2014:134). No sólo lo hizo mediante el gasto bélico sino que gran parte de los logros de Alemania se debieron a su política de comercio bilateral –en particular con América Latina– lo que dio un gran motivo para la hostilidad del país de la Doctrina Monroe (Rothbard, 2002:471-3). El pronto abandono del patrón oro también se mostraría decisivo: Alemania en 1931 y Estados Unidos en el 33; lo que le valió a Roosevelt el reconocimiento de economistas tan antagónicos como Irving Fisher o J. M. Keynes (Galbraith, 1983:244). No se trataba de una postura teórica a favor o en contra del oro, sino de una actitud pragmática ya que, como apunta Marichal (2013K:196) siguiendo a Eichengreen, “los países que salieron pronto del patrón oro lograron una recuperación más temprana”. De la misma forma Stone (2013K:145) concluye que “el patrón oro, que era el símbolo del orden financiero y comercial internacional, se había convertido en un peso deflacionista, deprimiendo todo menos la importancia de los bancos centrales”.

- o -

En tan sólo seis años Hitler llevó a cabo un rearme que significó pasar de 3 mil empleados en las fuerzas armadas a cerca de 250 mil en 1939 (Stone, 2013K:xx). Ya en 1936 se abría paso a las hostilidades cuando Alemania firmó con Japón una alianza contra Rusia, principal enemigo a vencer según la retórica del nazismo. Sobre el comunismo soviético, Hitler escribió estas líneas que bien podrían ser de Rand: “era el deber de un ser racional colocarse al frente de la reacción contra ese depravado movimiento”; o también esta otra que se ajusta el idealismo de Rand: “justamente Rusia demuestra, de manera evidente, que no son las condiciones materiales, sino las virtudes ideales, las que hacen posible la formación de un estado”. Al respecto Robin (2017K: 4918-34) observa que “lejos de demostrar una divergencia con respecto al fascismo, los escritos económicos de Rand registran de manera indeleble su presencia (...) como Hitler, Rand encuentra en la naturaleza, en la lucha del hombre por la supervivencia, un ‘fundamento lógico’ para el capitalismo”.

Es verdad, por otro lado, que el anti-semitismo distó de ser exclusivo de los nazis. Durante la década de los 40s una ola de anti-semitismo cundió en los Estados Unidos materializándose, entre otras manifestaciones de exclusión, en la discriminación laboral hacia los judíos, particularmente en grandes empresas. En este contexto, Weiss (2013:128) observa que “no hay evidencia de que Rand, Branden, Peikoff o cualquier líder objetivista, todos ellos judíos –como lo era Alan Greenspan, quien no pudo obtener un empleo en Wall Street cuando se graduó en 1948– se pronunciara nunca sobre el persistente anti-semitismo en la gran industria y las finanzas”. Es probable que si tuviera que elegir entre nazis y bolcheviques la preferencia de Rand, al igual que Churchill, se decantaba por los primeros. La “minoría acosada” a la que defendió a lo largo de su vida no fueron los judíos, sino los empresarios.

En 1938 Alemania anexionó Austria sin resistencia. En 1939 Checoslovaquia estaba bajo poder alemán, sin que el deseo de Roosevelt por defender “la soberanía de las naciones” se mostrara particularmente perturbado –observa Zinn (1999:303) que entre 1900 y 1933 Estados Unidos había conducido más de 30 incursiones en América Latina que hacían difícil mantener la retórica de la no intervención–. Tanto Inglaterra como Francia cedieron ante el recuerdo de la Primera Guerra Mundial, optando en cambio por una política de “apaciguamiento” que al parecer del primer ministro británico Neville Chamberline evitaría un conflicto bélico o al menos lo dirigirían hacia el Este. “Una derrota del bolchevismo a manos de una Alemania debilitada –observa Hobsbawm (2014:156) – tampoco era considerada una mala solución”. Siguiendo el relato de Heller (2009K), también Rand compartía esta esperanza y el deseo de que Estados Unidos no entrara a la guerra y que ésta se librara entre nazis y bolcheviques. En 1939 todavía no quedaba claro quién era el “enemigo común” para el Occidente. Hitler no dudaba: “el problema capital para el porvenir de Alemania reside en la destrucción del marxismo”.

Cuán grande no habrá sido la sorpresa cuando en agosto de 1939 Hitler pactó con Stalin a costa de Polonia³⁸. Un mes más tarde inició oficialmente la Segunda Guerra Mundial con la invasión del territorio polaco. En menos de un año, el 14 de junio de 1940, el ejército alemán marchaba sobre París. Dos meses más tarde Londres era bombardeado por fuerzas

³⁸ El efímero pacto Hitler-Stalin llegó a su fin apenas dos años más tarde, en 1941, dando comienzo al sitio de Leningrado que se alargaría hasta 1944.

alemanas. Sólo entonces una tenue reacción norteamericana comenzó a gestarse, aunque procurando mantener la línea de la neutralidad³⁹. Ya en enero de ese mismo año Roosevelt había dictado su famoso discurso de las “cuatro libertades” en el que declaró que Estados Unidos debía ser “el arsenal de la democracia”⁴⁰. Cabe aquí una acotación de Rand (2009:53) sobre la entrada de Estados Unidos en la guerra: “tal como Wilson, un reformador ‘socialdemócrata’, condujo a Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial, ‘para hacer al mundo más seguro para la democracia’, de igual forma F. D Roosevelt, otro reformista ‘socialdemócrata’, lo condujo a la segunda guerra mundial en nombre de las ‘cuatro libertades’”. Asimismo, en un ensayo dedicado a “los orígenes de la guerra”, Rand reduce a una todas las causas de la guerra: “un sistema de violencia institucionalizada y de perpetua guerra civil (...) el *estatismo* necesita la guerra; un país libre no” (2009:47-8).

- o -

En el verano de 1940, tras el fracaso de la obra de teatro *The Unconquered* –adaptación dramaturgica de *Los que Vivimos*–, Rand tomó un descanso de su actividad literaria para unirse a la campaña presidencial de Wendell Willkie, cuyo discurso giraba en torno a los derechos de propiedad y la libre empresa, siendo él mismo un empresario cuya compañía de servicios eléctricos había sido desplazada por la Autoridad del Valle de Tennessee. A partir de su inmersión en la política, Rand desarrolló un fuerte sentido de nacionalismo que se vio reflejado en sus obras, las cuales, a partir de entonces, se vieron marcadas por la apología y

³⁹ La resistencia de un Senado temeroso de revivir el episodio post-bélico de la Gran Depresión se tradujo en una prohibición de las ventas a crédito de armamento, amparados por las sucesivas leyes de neutralidad de 1935, 36 y 37, por lo que los ingleses tuvieron que recurrir a la venta de los activos norteamericanos para financiar sus compras. En 1939 Roosevelt logró que se revocara de forma parcial el embargo de armas bajo un esquema de *cash and carry*, es decir, el transporte quedaba bajo responsabilidad británica. Los límites de este procedimiento pronto se hicieron evidentes, por lo que en 1941 se aprobó el *Programa de Préstamos y Arriendo* que facilitaba el envío de armas al Reino Unido y China –más tarde se extendería a la Unión Soviética–, el primero como aliado estratégico, el segundo como un mercado cuyas “puertas abiertas” Japón amenazaba con cerrar –Zinn (1999: 305) observa que Estados Unidos había cerrado las puertas de América Latina mediante la doctrina Monroe pero no permitiría que Japón hiciera lo propio en Asia. En 1937 Estados Unidos había aportado cerca de 25 millones de dólares para financiar la resistencia del Partido Nacionalista de Chiang Kai-shek contra la invasión japonesa, dinero que fue empleado para la compra de armas estadounidenses–. Cincuenta destructores norteamericanos fueron enviados en un primer momento a Inglaterra para proteger a su flota mercante a cambio de 99 años de arriendo de bases militares inglesas (Bosch, 2005:447).

⁴⁰ Cerca de 500 aviones fueron enviados semanalmente al Reino Unido a finales de 1940, mientras que los activos exteriores japoneses fueron congelados para mermar su capacidad de compra de petróleo, política que sería reforzada en la segunda mitad de 1941 mediante un embargo

exaltación de los Estados Unidos. Como lo señala Burns (2017:109) “para la década de los 50s, su anti-comunismo había evolucionado hacia una completa celebración del capitalismo, apoyada por su original credibilidad como sobreviviente del colectivismo soviético”.

Tras la derrota de Willkie en las elecciones, Rand volcó su enojo contra el candidato republicano. En una declaración llena de individualismo escribió: “Willkie es el hombre más culpable por la destrucción de América, más culpable que Roosevelt, quien es sólo una criatura de su tiempo”. No todo fue pérdida para Rand, sin embargo, quien comenzaba a notar un cambio en el ambiente político. Duggan (2019:38) observa que “aunque la campaña de Willkie fue un fracaso, Rand expandió significativamente su red de anti-New Dealers en Nueva York”. Animada por estos acercamientos y segura de que el fracaso se debía a su falta de un programa filosófico, Rand planeó crear una organización para combatir las políticas de Roosevelt e incluso escribió el borrador para *El Manifiesto Individualista*, su primer intento por articular un discurso filosófico y con un mayor acercamiento a cuestiones económicas, titulado en clara sátira de la obra de Marx y Engels, y que debería fundar un movimiento contra el colectivismo. En este sentido, Sciabarra (2013:10) observa que “en su apasionado compromiso con la realización práctica de sus ideales, Rand se ubica de lleno dentro de la tradición filosófica y literaria rusa”. *El Manifiesto* de Rand concluye con la provocativa arenga: “¡Individualistas del mundo, uníos!”.

En dicha obra se resumen los postulados de la filosofía política de Rand como sigue: 1) el hombre es un fin en sí mismo y nunca un medio; 2) el gobierno existe para, y sólo para, proteger los derechos individuales; 3) la única fuente del progreso que ha existido es el individuo libre; 4) el capitalismo, a diferencia del comunismo, no demanda lo imposible, es decir, no pide al hombre que renuncie a su egoísmo; 5) el capitalismo no sirve a los fuertes a expensas de los débiles. Rand hace aquí una distinción entre la “esfera política” y la “esfera creativa” de la sociedad característica del pensamiento liberal; la primera debía ser limitada lo más posible, mientras la segunda debe dejarse a la libre determinación individual. El *Manifiesto*, observa Burns (2009:63), refleja la influencia de la obra del economista Carl Snyder, *Capitalism the Creator* [1940] –positivamente comentada por Friedrich Hayek en su reseña del número 28 del journal *Economica* en 1940–, donde el autor alega el caso del capitalismo como único sistema que ha permitido a la humanidad salir del barbarismo hacia

la afluencia y la cultura, donde una minoría talentosa actúa como motor del desarrollo para las masas. Seguramente la similitud de estas ideas con las expresadas por Rand en Himno [1938] no pasó desapercibida a la vanidosa escritora.

El *Manifiesto* de Rand, sin embargo, debía esperar tiempos más propicios para difundir su mensaje a todas luces contrario a las necesidades de planeación de la Segunda Guerra Mundial a la cual los Estados Unidos entraron tras los ataques de Pearl Harbor, de los cuales, por cierto, Rand culpaba a Roosevelt por la forma en la que había tratado a los japoneses refiriéndose al embargo petrolero que desde el verano los Aliados mantenían contra el Imperio Nipón. Ya en 1938 Roosevelt había decretado la *Ley de Expansión Naval*, en 1940 el congreso pasó la *Ley de Entrenamiento y Servicio Selectivo* y en septiembre de 1941 declaró el servicio militar obligatorio, con lo que el ejército pasó de 400 mil efectivos en 1939 a cerca de un millón 400 mil (Bosch, 2005:453). Sobre dicha ley escribió Rand (2009:51) que “el derecho de reclutar hombres para el servicio militar representa la violación más manifiestamente estatista del derecho de un hombre a su vida”.

El Manifiesto Individualista no llegó a publicarse. Pero la incursión de Rand en la política, así como el crecimiento burocrático durante la Segunda Guerra Mundial, sería decisivos para ayudarla a redondear sus argumentos en contra del “estatismo”. Gracias a los estragos de la Gran Depresión, pero sobre todo la reacción de Roosevelt para contener sus efectos, Rand alcanzó un estado de “madurez” en su pensamiento que plasmó en su primer éxito comercial, *El Manantial*; novela que sigue permeando el pensamiento político y empresarial norteamericano hasta nuestros días en la mentalidad de Silicon Valley, pero también en la figura del expresidente de los Estados Unidos, el “empresario-de-sí-mismo” que llegó a la Casa Blanca, esa caricatura deforme de Howard Roark llamada Donald Trump.

II. Madurez e Influencia (1943 – 1982)

El Manantial

El 7 de diciembre de 1941 la Armada Imperial Japonesa atacó por sorpresa la base naval de Pearl Harbor. Cuatro días después el Eje declaró la guerra a los Estados Unidos y cuatro meses más tarde, en respuesta al avance de las fuerzas japonesas en el pacífico⁴¹, Tokio ardía bajo el fuego del bombardeo aéreo. Cruentísimos combates navales se extendieron por las islas del pacífico a lo largo de 1942 en un intento por dominar las rutas de suministros y los puertos. La batalla de Guadalcanal se convertiría en un símbolo de la tenacidad japonesa enfrentada con el gigantesco armamento norteamericano: 6 meses se extendieron los combates antes de que Estados Unidos lograra controlar la isla y su aeropuerto en febrero de 1943, a costa de miles de bajas de ambos bandos.

Igual de impresionante como fue el avance alemán al principio de la guerra fue su caída. A finales de 1943 la Unión Soviética se preparaba para entrar a Polonia a pocos meses de haber roto el cerco de Stalingrado iniciado a finales de 1942. Observa Stone (2013K:1962) que “con los alemanes expulsados del Cáucaso y sin la amenaza de perder el petróleo, ya fuera allí o en Irán, Stalin se convirtió en un actor mucho más importante. En cierto sentido Rusia había vuelto a la posición que había ocupado antes de la guerra de Crimea”. En estas condiciones se llevó a cabo la Conferencia de Teherán en noviembre de 1943, en la que un engrandecido Stalin se reunió con Roosevelt y Churchill, “dos aristócratas del mundo atlántico” según la famosa expresión del líder soviético que, por cierto, no carecía de razón.

El 6 de junio de 1944 inició la última gran incursión europea. El “día D” 7 mil barcos que transportaron a cerca de 160 mil soldados, apoyados por miles de aviones, desembarcaron en Normandía bajo las órdenes del Comandante Supremo de las fuerzas aliadas y futuro presidente de los Estados Unidos, el anticomunista Dwight Eisenhower. Dos meses más tarde París fue liberada, al tiempo que en el frente oriental el ejército soviético acababa con la resistencia alemana. Como un anticipo de la Guerra Fría, se había iniciado una carrera por llegar a Berlín. La victoria era cuestión de tiempo, por lo que los Aliados no

⁴¹ En un hecho poco difundido, tan solo 9 horas después del ataque, las fuerzas norteamericanas bajo el mando del general Douglas MacArthur sufrieron una cruenta derrota y la pérdida de 30 bombarderos en Filipinas (Bosch, 2005: 452).

dudaron en comenzar a planear el orden de postguerra en julio de 1944, eligiendo como sede para las negociaciones el complejo hotelero de Bretton Woods en New Hampshire. De tan notoria reunión, en la que participó como parte de la delegación inglesa J. M Keynes, surgirían los lineamientos para un orden financiero mundial de postguerra, así como sus principales instituciones: el Fondo Monetario Internacional y el Banco para la Reconstrucción y el Desarrollo, antecedente del Banco Mundial que ya desde sus inicios aceptaba su interés en “promover las inversiones extranjeras” (Zinn, 1999:307).

- o -

En mayo de 1943, a pesar del racionamiento del papel, a unas pocas semanas del fin de la batalla de Stalingrado, apareció en Estados Unidos la tercera novela de Ayn Rand: *El Manantial*. Debido a las presiones de su publicista para concluir la novela en tiempo después de haber fallado en dos fechas pactadas de entrega, Ayn Rand comenzó a tomar bencedrina para resistir extenuantes jornadas de escritura con un precario régimen de sueño. Fue el primer éxito comercial auténtico de Rand cuyo tema la autora describió en sus notas preparatorias como “la lucha entre individualismo contra colectivismo, no en la política, sino al interior del alma humana (...) el principal propósito del libro es la defensa del egoísmo en su sentido verdadero, el egoísmo como una nueva fe”. Al igual que hiciera doscientos años antes Bernard de Mandeville en su famosa *Fábula de las Abejas* [1714], Rand pretendía con esta novela elevar el vicio al grado de virtud. Más todavía: postulaba que el egoísmo es la única virtud por cuya intercesión el mundo progresa, encarnada en hombres independientes sin conciencia social, sin necesidad de aprobación de terceros, incapaces de trabajar en equipo, etc. A diferencia de lo que pasaría en su obra posterior, *La Rebelión de Atlas* [1957], Rand evita el tema de las clases sociales para tratar el conflicto de la libertad en términos puramente individuales, donde la riqueza apenas juega un papel. A este respecto, Belle-Villada (2004:234) observa, con poco tacto pero no sin provocativa intuición, que “de haber muerto prematuramente en 1950, habría sido vista subsecuentemente más como defensora de una ética pop-individualista que como la cruzada militante a favor de un capitalismo desenfrenado en la que evolucionaría después”.

El personaje central de la novela es una encarnación del héroe randiano llamado “Howard Roark”: un arquitecto sobre quien Rand escribió que “sus emociones están

completamente contraladas por la lógica”. Se trata, al parecer de Sciabarra (2013:106-8) “del primer ‘hombre ideal’ completamente formado de Rand (...) un ser completamente integrado en mente y cuerpo”⁴². Refiriéndose al personaje de Rand, Tuccille (1971:13) escribe que “creó héroes ficticios que retaban a la autoridad de la América Corporativa, que peleaban contra la conformidad de la Nación norteamericana, que conspiraban y hacían explotar las instituciones destruyéndolas con un estruendoso crash”. Es este arquetipo empresarial la figura que inspiró a Donald Trump, quien durante la campaña presidencial de 2016 dijo en una entrevista concedida al *USA Today* que uno de los libros que lo han inspirado es *El Manantial*: “un libro que se relaciona con la vida y los negocios y las empresas y las emociones. Ese libro se relaciona con... todo”

Desde una perspectiva crítica, se trata más bien de una reinvención literaria del *homo economicus* con matices nietzscheanos. Un sociópata mejor dicho, inspirado en la figura de William Hickman, quien a sus 20 años, en 1927, raptó y asesinó a una niña de 12 años en Los Ángeles, y que habría impresionado fuertemente a Rand debido a su orgulloso desprecio e indiferencia por la opinión de los otros⁴³. En sus diarios consta que lo que le impresionó de Hickman fue que “nunca aprendió el proceso de pensar en otras personas”, tal como al parecer Rand no lo hizo tampoco. Incluso un admirador y estudiante del objetivismo como lo es John Allison IV –banquero y director del Instituto Cato del 2012 al 2015– encuentra problemático conciliar el anti-cooperacionismo de Roark, “un hombre que trabaja solo”, con la vida empresarial de la que Allison forma parte. Cuando el periodista Gary Weiss lo cuestionó al respecto, el director de la firma BB&T se limitó a señalar que prefería a los personajes de *La Rebelión*, ya que ésta es una obra más madura. En efecto, las grandes corporaciones como la de Allison juegan un papel más destacado en esta segunda novela donde la riqueza ha sido ya asimilada en el ideario randiano.

⁴² En busca de un mayor realismo, Rand se acercó al mundo de la arquitectura para fundamentar su obra llegando incluso a trabajar en el despacho del famoso arquitecto Ely Jaques Kahn. La arquitectura, de hecho, se convertiría en un rasgo fundamental de su obra, recreando edificios emblemáticos de Nueva York en sus novelas, como el famoso hotel Waldorf-Astoria o el mismo Empire State. Desde 1938 buscó la aprobación de Francis Lloyd Wright, en quien creía ver la encarnación de Roark. Después de un primer desaire en el que el afamado arquitecto menospreció su trabajo, cambiaría su opinión en 1945 cuando la novela alcanzaba su mayor éxito. Entonces Wright accedió a conocer a Rand, pero esta vez la decepción vino del lado de la escritora, quien no pudo soportar la simpatía que Wright mostraba hacia el socialismo.

⁴³ Hickman sirvió a Rand como inspiración para el personaje central de una obra de teatro temprana titulada “*The Little Street*” que no llegó a producirse.

En contraposición a Roark, uno de los antagonistas de la novela, “Peter Keating”, fue inspirado por la “mediocridad popular” del arquitecto Thomas Hastings, cuya vida laboral se supone es dictada no por su fuero interno sino como una reacción a la opinión pública –el título originalmente pensado para la novela, de hecho, sería algo así como “vidas de segunda mano” (*Second-hand Lives*) –. Otras personalidades de la vida real que ayudaron a inspirar los personajes de la novela incluyen al ya mencionado Profesor Laski del Partido Laborista británico, modelo del villano de la novela, el crítico de la arquitectura “Ellworth Toohey” cuyo objetivo es el poder por el poder mismo y es, por tanto, la encarnación del mal colectivista. El cuadro lo completa “Gail Wynand”, opulento director de un periódico que sacrifica su integridad para mantener entretenida a la masa de lectores, “un hombre que pudo ser”. Su modelo, observa Duggan (2019:47), fue el magante californiano de la prensa William Randolph Hearst.

La trama de la obra sigue los derroteros del egoísta, talentoso y autosuficiente Roark para imponer su ideal en contra de las convenciones sociales y las dudas “morales” del capitalismo durante la Gran Depresión. En este sentido, Burns (2011:329) observa que “*El Manantial*, que en la superficie es la historia de un arquitecto rebelde, fue también una condenación del New Deal”. Se lee en las notas preparatorias para la obra que ésta “es la historia del triunfo de Howard Roark. Tiene que mostrar lo que el hombre es, lo que quiere y cómo lo obtiene. Tiene que ser una épica triunfal del espíritu humano, un himno que glorifique al ‘yo’ del hombre”. En medio de dramas románticos –que llegan a rozar la apología de la violación– ocurren múltiples enfrentamientos del ego testarudo de Roark contra las peticiones irracionales de sus jefes y las críticas injustificadas de Toohey, quien a lo largo de la novela asciende en la escala de la influencia pública gracias a su deshonestidad y sosería. El camino de Roark, al contrario, está marcado por el continuo desempleo y la lucha por mantenerse “fiel a sus principios”, combatiendo mediante la arquitectura la vulgaridad de la opinión pública y la religión. No obstante, como lo observa Robin (2017K:4737-41) “por mucho que le gustara enfrentar al genio con la masa, su ficción siempre delataba una comunión secreta entre los dos (...) en cada momento, el héroe es comprendido, su genio se aclama, su alienación se resuelve”.

En varios pasajes de la novela, observa Heller (2009K), “Rand canaliza las ideas de Albert Jay Nock⁴⁴, quien argumentó que los miembros de la sociedad pueden ser agrupados en dos campos opuestos: o son ‘hombres económicos’ que producen lo que necesitan para sobrevivir, u ‘hombre políticos’ que usan el encanto o la coerción para vivir de la productividad de otros”. En el más virulento argot randiano, estos tipos humanos serán conocidos como “creadores” y “parásitos”. El momento cumbre de la novela se da en un monólogo frente al jurado⁴⁵ tras ser detenido por explotar un proyecto de vivienda pública que él mismo había diseñado, pero que fue alterado sin su permiso. El “inspirador” discurso de Roark cubre el derecho legítimo del “creador” a destruir su obra, los males del colectivismo y cómo la grandeza de América se basa en su permisión de la “virtud” del egoísmo. Su retórica resulta tan convincente que es declarado inocente. Cual David contra Goliath, el individuo sale vencedor contra el colectivo.

A parte de los comentarios positivos de Isabel Paterson en su columna semanal del Herald Tribune y una notable pero poco mencionada reseña publicada por el New York Times de la psicóloga feminista Lorine Pruette, quien se refirió a la obra como “la única novela de ideas escrita por una mujer americana que pueda recordar” (Pruette, 1943e), la recepción de la crítica literaria no fue positiva, lo que no evitó que tan solo en el año de 1945 la novela llegó a vender cien mil copias y la cifra iría en aumento⁴⁶. A dos años de su publicación la Warner Brothers ofreció \$50,000 dólares por los derechos para una película y un salario de \$750 dólares semanales para trabajar en el guion, por lo cual la pareja O’Connor tuvo que mudarse de vuelta a California en 1944. La película se estrenó en el verano de 1949. Al terminar la guerra, Rand era una autora consagrada, y más importante aún, había quedado atrás la amenaza de la pobreza que pesada sobre su orgullo: “Rand, rica ahora gracias a las ventas de *El Manantial*, conoció de primera mano las bendiciones del mercado” (Burns,

⁴⁴ Influyente pensador norteamericano anarquista-libertario de principios del siglo veinte, autor de *Nuestro Enemigo, el Estado* [1935], a quien Rand leyó con gran atención y llegó a conocer durante su participación en la campaña presidencial de Wendell Wilkie. Aunque el ánimo pesimista de Nock fue decepcionante para una impetuosa Rand, sus influencia, o al menos la simpatía de ideas, es notoria en sus novelas.

⁴⁵ El juicio de Roark revive el recuerdo del “terrorista” ruso Sergei Necháyev, quien al ser llevado ante un tribunal en 1873 rechazó la representación de un abogado y, al igual que Roark, desconoció los cargos y la autoridad del jurado para juzgar sus actos que incluían el asesinato.

⁴⁶ A la fecha la obra ha vendido más de seis millones de copias en diferentes idiomas según cifras de *Charles Rivers Editors*, fundación auspiciada por *alumni* de la Universidad de Harvard y el MIT.

2004:369); bendiciones que al terminar la Segunda Guerra Mundial se preparaban para entrar en la edad dorada del “Estado industrial”.

- o -

Hacia el año de 1944 la economía de guerra de los Estados Unidos había sobrepasado por mucho cualquier estándar conocido en cualquier tiempo o país. Se producían para entonces tres veces más aviones que en 1939, esto es, alrededor de 50 mil bombarderos y 60 mil cazas, comparados con los 40 mil que produjo Alemania en total⁴⁷. De los 70 astilleros que se produjeron entre 1930 y 1936 se pasaron a construir, en 1942, alrededor de 6 mil (Stone, 2013K). La producción agregada de guerra pasó de representar el 2% del PIB en 1939 a cerca del 50% en 1945 (Bosch, 2005:464). Se trató de la mayor expansión industrial en la historia de los Estados Unidos en la que la economía creció a una tasa del 15% anual⁴⁸, con lo que casi 19 millones de personas fueron ocupadas en el sector industrial, que pasó del 29% de la renta nacional en 1939 al 38% en 1944 (Bosch, 2005:465).

Asimismo, no fue sino hasta la entrada de Estados Unidos a la guerra que el desempleo pudo ser abatido. Según datos de Bosch (2005:454) “incluidos los voluntarios, más de 15 millones de hombres y mujeres sirvieron a las Fuerzas Armadas durante la guerra”; Zinn (1999:16) ubica la cifra en 18 millones agregando que 25 millones de trabajadores cooperaban comprando bonos de guerra. El desempleo que en 1939 alcanzaba la cifra del 17.2%, se redujo a un ínfimo 1.2% en 1944 (Galbraith, 2011b:281). Tal iniciativa requirió al gobierno hacer uso del déficit para financiar el gasto, el cual pasó del 16% del PIB a principios de 1941 a un 25% al finalizar la guerra, en contraste con el 2% que representaba en 1930⁴⁹. Lo anterior implica que en 1942 los gastos eran el doble de los ingresos del gobierno y llegaron a ser el triple en los años posteriores, según datos de Galbraith (1986:281). En otras palabras, menos de la mitad de los gastos de guerra se financiaron con impuestos a pesar de que los ingresos del gobierno crecieron de 5 mil millones en 1939 a más

⁴⁷ Tan solo en el aeródromo de Saipan se reunían 118 mil soldados, mil aviones, 7 acorazados y 70 destructores; contra los 9 portaviones y 500 aviones con los que contaba Japón.

⁴⁸ Hobsbawm (2014:56) sitúa la cifra alrededor de un todavía notable 10%.

⁴⁹ En contra parte, y en consonancia con el entonces naciente consenso Keynesiano, poco o ningún papel le fue dado a la política monetaria. La Reserva Federal se convirtió en estos años en “una dependencia de Washington” que se limitó a mantener un tipo de redescuento fijo del 1% durante los años de guerra (Galbraith, 1986:279).

de 44 mil millones en 1945 gracias a que el impuesto marginal máximo a la riqueza se elevó en el mismo periodo del 24% a un asombroso 94% en un intento por lograr la “igualdad del sacrificio” (Galbraith, 2011:282). El resto se financió mediante la emisión de bonos de guerra, dos tercios de los cuales quedaron en posesión de grandes bancos y trust de inversión, lo que supuso un financiamiento “poco democrático” de la guerra (Bosch, 2005:454-5).

La producción industrial estuvo marcada por un sesgo favorable a las grandes empresas. Ante la necesidad de centralizar y controlar la producción, la estructura monopólica de ciertas industrias fue de gran ayuda. De pronto el monopolio, antes atacado bajo las leyes *antitrust*, se presentó como una gran ventaja. En colusión con la War Production Board⁵⁰, el general George Marshall decidió aprovechar la capacidad de planta de las grandes fábricas. Graham (2010:411) confirma que “la dirección y optimización fueron logradas con mayor eficiencia mediante las grandes entidades corporativas, las cuales se apoyaron a su vez, o incluso iniciaron desde cero, pequeñas compañías emprendedoras”, a las cuales se subrogaban partes de los contratos. Según datos de Zinn (1999:309) “en 1941, cincuenta y seis grandes corporaciones se hacían cargo de tres cuartos del total de los contratos militares. De los mil millones de dólares gastados, 400 millones fueron a parar a diez grandes corporaciones”. Hacia 1943 las 100 grandes compañías del país tenían a su cargo el 70% de la producción militar (Bosch, 2005:456). El crecimiento de las industrias de guerra durante este periodo fue, por decir lo menos, espectacular, y no se limitaba al ámbito de las armas ya que empresas como Coca-Cola lograron persuadir al ejército de que su producto era esencial para la guerra. A pesar del racionamiento de azúcar, Coca-Cola aumentó su producción durante los años bélicos y al final de la guerra aprovecharía la hegemonía norteamericana para expandir sus mercados, sobre todo en Asia.

- o -

Pero para Rand (2009:48) ni la reducción del desempleo, ni el crecimiento económico, ni siquiera la victoria era relevante: “Alemania y Rusia necesitaban la guerra; Estados Unidos no y no ganó nada (de hecho, Estados Unidos perdió, económicamente, si bien se ganó la

⁵⁰ Graham (2010:411) observa que “executivos corporativos fueron a Washington en nombre de sus compañías en parte a cumplir con su deber patriótico y en parte porque descubrieron que el servicio en el WPB y otras agencias coordinadoras podía darles información valiosa acerca de la demanda corriente y acerca de la competencia que podía aparecer en el periodo post-bélico”.

guerra: se quedó con una deuda nacional enorme, incrementada por la política grotescamente fútil de dar sostén a anteriores aliados y enemigos)”; esto último en alusión al Plan Marshall. Más adelante agrega que “el comerciante y el guerrero han sido antagonistas fundamentales a lo largo de la historia. El comercio no prospera en los campos de batalla, las fábricas no producen bajo los bombardeos, las ganancias no caen sobre los escombros”.

Pero las ganancias sí cayeron sobre las grandes empresas y los bancos norteamericanos, bien resguardadas de las bombas y los escombros a cientos de kilómetros del campo de batalla, y se extendieron sobre gran parte de la sociedad e hicieron creer al gobierno que la economía de guerra podía ser una política estable. Así pues, a pesar de que Rand viera en estos años el comienzo del ocaso del capitalismo empresarial, en realidad se trataba de otra de sus “edades doradas”. La crítica de Rand, no obstante, se basaba en el argumento moral de la destrucción de la iniciativa privada causada por la dirección central de la economía que actuaba en detrimento del “genio empresarial”.

Un caso particular que marcó el discurso anti-Roosevelt de Rand, y que ayudaría a formar el argumento de la *Rebelión de Atlas*, fue el de la Aluminium Company of America (ALCOA). En 1938 el Departamento de Justicia había iniciado la acusación por prácticas monopólicas contra ALCOA, pero no se resolvería hasta 1945 cuando, ante la falta de voluntad de la empresa para cooperar con el esfuerzo bélico aumentado su capacidad de planta, la compañía fue sancionada. Respecto al veredicto emitido por el juez Learned Hand, Rand (2009:74) escribió: “aquí, el significado y el propósito de las leyes antimonopólicas se muestran manifiesta y explícitamente; el único significado y propósito que estas leyes podrían tener ya sea que sus autores lo pretendieran o no, es penalizar la habilidad por ser hábil, penalizar el éxito por ser exitoso y el sacrificio del genio productivo frente a las demandas de la mediocridad envidiosa”. De manera similar, Greenspan (2009:90) concluye que “ALCOA fue condenada por ser demasiado exitosa, demasiado eficiente y una competidora demasiado buena”. El dictamen abrió la puerta para que Henry Kaiser, magnate del aluminio y amigo de Roosevelt, consolidara su propio emporio⁵¹.

En un ensayo de 1966 (2009:51), Rand escribió que “los verdaderos beneficiados con las guerras en todas las economías mixtas fueron y son de esa clase: *hombres con influencia*

⁵¹ Adams (1997) llama a Kaiser “un nuevo tipo de emprendedor gubernamental”.

política que adquieren fortunas por el favor gubernamental, durante o después de la guerra, fortunas que no podrían haber obtenido en un mercado libre". El caso de ALCOA fue recreado en *La Rebelión de Atlas* mediante la anécdota de un magnate del acero, "Hank Rearden", quien habría desarrollado una nueva aleación capaz de resistir grandes cargas. Rearden es llevado a juicio cuando se niega a entregar su patente para usos militares y finalmente obligado a entregarlos mediante chantajes. Al final de la obra se revela que el metal es usado para la construcción de un arma de destrucción masiva en las que se conjugan, mediante la ficción, el recuerdo de ALCOA y Robert Oppenheimer.

- o -

En enero de 1945 tuvo lugar la Conferencia de Yalta, cuyas resoluciones más notables fueron la creación de la Organización de las Naciones Unidas y la configuración política de Europa Oriental a favor del comunismo –sobre las consecuencias geopolíticas de este acuerdo Rand (2009:53) señaló que “la Segunda Guerra Mundial no condujo a las ‘cuatro libertades’, sino a la entrega de un tercio de la población mundial a la esclavitud comunista”–. Cuatro meses más tarde, dos días después de la muerte de Hitler, Berlín se rendía al ejército soviético. El 8 de mayo de 1945 se declaraba el fin de la guerra en Europa, pero no así en el frente asiático donde los japoneses mantenían una desesperada defensa para salvar la figura del Emperador. El 26 de julio se envió, mediante la *Declaración de Postdam*, un último llamamiento a Japón para aceptar la rendición incondicional si querían evitar “una destrucción inmediata y total”.

La pregunta que manchará por mucho tiempo la conciencia americana es la de si Japón se hubiera rendido si Estados Unidos no hubiera empleado la bomba atómica. En realidad, la pregunta no es si se hubiera rendido, lo cual era inevitable, sino cuándo y a qué costo. Tal cálculo –que en mayo de 1945 el expresidente Hoover fijaba entre 500 mil y un millón de vidas (Dower, 2012: 299) – ha sido hasta nuestros días empleado como justificación para los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, pues la experiencia de la guerra en el Pacífico permitía prever que una invasión a Japón no se lograría sino a costa de grandes sacrificios⁵². Autores como Zinn (1999: 315) ponen el dedo sobre la llaga al observar que

⁵² De hecho, los sacrificios fueron enormes: estimaciones recientes citadas por Dower (2012:280) ubican el número de muertos alrededor de 140,000 en Hiroshima y 75,000 en Nagasaki, cifras muy superiores a los 100,000 totales reportados en un primer momento por el cuerpo de *Evaluación de Bombardeos Estratégicos* y muchísimo más que los 20,000 que Oppenheimer estimaba posibles (Ibíd. 287).

existía premura por parte del ejército para lograr la rendición antes de que los soviéticos atacaran al imperio nipón, tal como se había acordado en Yalta. En el mismo tenor Hobsbawm (2014: 35) anota que “es posible que uno de los argumentos que indujo a los gobernantes de Estados Unidos a adoptar la decisión [de lanzar la bomba atómica] fuese el deseo de impedir que su aliado, la Unión Soviética, reclamara un botín importante tras la derrota de Japón”. Seis días después de la segunda bomba⁵³, el 14 de agosto de 1945, Japón se rendía “incondicionalmente” y la Segunda Guerra Mundial había terminado.

- o -

En 1945 le fue encargado a Rand el guion para una película sobre la bomba atómica. Aprovechando su estadía en California, consiguió una entrevista con el científico Robert Oppenheimer, “padre de la bomba atómica”. Aunque el filme no llegó a producirse, el encuentro con el colaborador del Proyecto Manhattan serviría para inspirar al personaje de *La Rebelión de Atlas*, el físico “Robert Stadler”, director de un apócrifo instituto de ciencias financiado por el Estado. Su incapacidad para prescindir del financiamiento público para llevar a cabo sus proyectos científicos culmina en la construcción de un arma de destrucción masiva, el “proyecto X”, y la trágica muerte de Stadler en una explosión, alusión al destino cruel en el mundo randiano de los hombres brillantes pero incapaces de vivir “por sí mismos”. “Hay algo obsceno –escribió Rand (2009:54)– en la actitud de quienes consideran el horror como una cuestión de números”. Quizá tenga razón, pero la actitud opuesta, expresada en la frase “la muerte de un hombre es una tragedia; la muerte de un millón es una estadística”, revela una obscenidad, a mi parecer, aún mayor.

La Edad de Oro y la Guerra Fría

Durante las tres décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, acontecieron dos procesos históricos en apariencia contradictorios, pero que en realidad son las dos caras de uno solo. Me refiero al espectacular crecimiento económico, por un lado, y la Guerra Fría por el otro. Según datos de Hobsbawm (2014:264) “la producción mundial de manufacturas se cuadruplicó entre principios de los cincuentas y principios de los setentas, y, algo todavía

⁵³ Otra interrogante histórica que todavía levanta polémica refiere a por qué se lanzó la segunda bomba de Nagasaki, pues poca diferencia hay entre la catástrofe de una bomba que de dos. ¿Podría llegarse al extremo del cinismo de pensar que se trató de un experimento para contrastar la “eficacia” del plutonio y el uranio?

más impresionante, el comercio mundial de productos elaborados se multiplicó por diez”. El brillo de esta nueva “edad de oro”, sin embargo, se ve opacado por la sombra de Vietnam.

Aunque las mayores transformaciones y los combates –porque la guerra fue más caliente de lo que el nombre sugiere– se vivieron fuera del continente americano, Estados Unidos vivió una notable transformación interna materializada en la construcción del llamado “complejo industrial militar”. Significó también la consolidación del sentimiento anticomunista en la política, tanto por la persecución a la que fueron sometidos sus líderes, como por la extensión de los beneficios de la economía de guerra a grandes estratos de la sociedad, pues la revolución social siempre ha encontrado dificultades para justificarse en periodos de prosperidad. La transformación económica experimentada durante este periodo fue tal que, sintetizando los resultados sociales que se vivieron en Occidente, Hobsbawm (2014:267) observa que “al ciudadano medio de esos países le era posible vivir como sólo los muy ricos habían vivido en tiempos de sus padres, con la natural diferencia que la mecanización había sustituido a los sirvientes”.

La ausencia de competencia internacional sirvió para afianzar la hegemonía económica de los Estados Unidos, aunque esta tendencia no duraría mucho ya que, como observa Hobsbawm (2014:261), “entre 1950 y 1973 los Estados Unidos crecieron más lentamente que ningún otro país industrializado con la excepción de la Gran Bretaña”⁵⁴. Por otro lado, no sólo se reorientó el gasto federal sino que aumentó: de un mínimo de postguerra de 30,000 mil millones registrado el año de 1948, creció hasta cerca de 183,000 millones en 1968 (Galbraith, 2011:291). El “ahorro forzado” durante los años de guerra⁵⁵, que ascendían a cerca de 250,000 millones de dólares (Lekachman, 1970:164), sirvió para mantener el empuje de las industrias que no tuvieron mayores problemas en adaptar su capacidad industrial a la demanda interna. Al terminar la guerra, miles de norteamericanos se encontraron en posibilidad de comprar un automóvil⁵⁶. También el sector exportador mantuvo su gran dinamismo, pero para esto hizo falta la inyección de millones de dólares

⁵⁴ El índice de crecimiento más elevado de los años 50s correspondió a la Unión Soviética.

⁵⁵ Un estudio de Friend y Schor (1959:239) revela que hacia 1950 el 60% de la población con menores ingresos no ahorró nada, mientras que el 50% del ahorro personal venía del 5% superior de la escala de ingresos.

⁵⁶ Hacia 1964 la Ford Motor Company tenía activos por 6 mil millones de dólares y contaba con 317,000 empleados; hacia 1974 sus activos ascendían a 16 millones y empleaba a cerca de medio millón de trabajadores a nivel mundial (Galbraith, 1983:59).

mediante el Plan Marshall el cual, junto a las instituciones de Bretton Woods, sirvieron para mantener los mercados abiertos y evitar un nuevo periodo proteccionista.

“La edad de oro –concluye Hobsbawm (2014: 272) – democratizó el mercado”, para lo cual fue de gran ayuda, como lo ayudan a ilustrar los estudios de Piketty (2014), una férrea política fiscal. Una mezcla de tecnología industrial e impuestos prolongaron y expandieron la revolución tecnológica a la sociedad civil. “Hijos de la guerra” son el motor de reacción, la electrónica, los transistores y las computadoras entre muchas otras innovaciones con las que convivimos cotidianamente. La noción de “investigación y desarrollo”, ya presente en las grandes corporaciones desde principios del siglo XX, se incorporó plenamente al proceso productivo pasando a representar la parte más importante del mismo, lo que se tradujo en un desplazamiento constante del peso productivo de la mano de obra hacia la tecnología⁵⁷.

El gobierno participó en esta “producción de la opulencia” no sólo mediante la promoción de las inversiones industriales sino que la burocracia proveyó una base estable de consumo. Hacia 1973 los servicios públicos en sus tres niveles cubrían entre un 20 y un 25% de la actividad económica de los Estados Unidos, en contraste con el 8% registrado en 1929 al estallar la crisis (Galbraith, 1984:47). Para cubrir estas monumentales erogaciones, se mantuvo el tipo impositivo máximo a la riqueza personal de 77% hasta el año de 1964 cuando el *Comité de Asesores* recomendó una reducción al 70% para “ampliar la capacidad adquisitiva y el empleo”. Teniendo de esta forma niveles constantes de demanda para su planificación, los ingresos de las grandes corporaciones no dependían ya del rendimiento del sistema en el corto plazo⁵⁸. En la misma línea, Hobsbawm (2014:271) se refiere a “una economía mixta que facilitó a los estados la planificación y la modernización de la económica, además de incrementar muchísimo la demanda”.

Asimismo, el gobierno absorbió parte del riesgo de la innovación. La guerra ayudó a justificar gastos tecnológicos: NASA, AEE, DARPA y CERN, son sólo las más conocidas de las agencias públicas de investigación que han contribuido al desarrollo tecnológico:

⁵⁷ Un análisis extenso de las transformaciones de la empresa norteamericana durante este periodo lo aporta Galbraith (1983) en *El Nuevo Estado Industrial*, donde se analiza al sistema industrial público-privado que permitió el crecimiento económico sin precedentes apoyado en la planificación del mercado.

⁵⁸ La estabilidad macroeconómica de la edad de oro se mezcló con la economía keynesiana, lo que llevó a muchos economistas y hacedores de política a adoptar una actitud de confianza, llegando a pensar que el ciclo económico era historia, tal como consta en el “Reporte económico del Presidente” de 1969.

nanotecnología, biogenética, exploración espacial, revolución informática, etc. La ciencia planificada del siglo XX –a la que Graham (2010: 413) da el título de “big science” y caracteriza por colusión entre el aparato militar, las agencias públicas de investigación, los laboratorios privados de las corporaciones y las universidades– es quizá la prueba más fehaciente de que el amor a la espontaneidad de los libres mercados no es el único sistema compatible con el progreso científico, y menos con el crecimiento acelerado.

Galbraith (1984:45-6) concluye que, entre las grandes transformaciones de la economía desde la Segunda Guerra Mundial, “la más visible ha sido la aplicación de una tecnología cada vez más intrincada y refinada a la construcción de cosas”. La contraparte de la tecnificación desaforada de la producción fue, inevitablemente, la concentración de la propiedad: las 200 empresas más grandes, es decir, el 0.1%, poseían hacia 1974 dos terceras partes del capital industrial y concentraban 60% de las ventas, el empleo y los ingresos netos. Asimismo, las 10 mil empresas con menos de cinco mil empleados que realizaban “investigación y desarrollo”, es decir el 95%, sólo aportaban el 10% de la investigación industrial. Dado que en 1973 el 37% del gasto de investigación se financiaba con fondos públicos, esto significa que el 93% de la ayuda federal fue a parar a las grandes corporaciones y el resto a los pequeños emprendedores (Galbraith, 1984:86).

El complemento de este proceso de transformación de la industria norteamericana fue la progresiva globalización de la economía. La proporción de la producción mundial dedicada a la exportación creció paulatinamente, llegando a ser el doble en 1990 respecto a su nivel de 1965 (Hobsbawm, 2014. 280). La internacionalización de la economía se manifestó también de otra forma: la expansión de las actividades transnacionales. Un primer momento de este proceso se vivió en los años dorados cuando las grandes empresas norteamericanas aumentaron el número de sus filiales de alrededor de 7,000 en 1950 hasta cerca de 23,000 en 1966, llegando a controlar hasta el 75% de las exportaciones totales (Hobsbawm, 2014: 281).

Es necesario remarcar la importancia del Plan Marshall de 1947, diseñado no por una comisión económica sino por el Departamento de Estado. Durante cuatro años (1947-1951) el llamado *Programa de Recuperación Europea* suministró 13 mil millones de dólares para la reconstrucción y reactivación económica de Europa –controlados, según señala Anderson (2013:66), “por los ejecutivos de las empresas estadounidenses y condicionada a la

adquisición de productos norteamericanos”–, siendo los principales receptores el Reino Unido, Francia y la República Federal Alemana. La novedad de las transferencias del Plan Marshall consistió en que funcionarían a fondo perdido. La aparente irracionalidad de esta disposición se explica en la medida en que, como lo señala Anderson (2013: 66), la guerra fría había provocado un clima de inseguridad en el que “habría que proteger más a los mercados europeos y japoneses que a los norteamericanos para estar preparados en caso de que hubiera que vencer a un enemigo totalitario del mercado en general”. Más importante que la lógica monetaria era contener a toda costa la amenaza roja, y los préstamos a fondo perdido para financiar gobiernos anticomunistas, o al menos crear condiciones económicas favorables que dificultaran el crecimiento del socialismo, eran la mejor forma de contener el avance del socialismo. “Los Estados Unidos –concluye Hobsbawm (2014:348)– optaron por debilitar su economía en aras de su poderío militar”.

- o -

La cara contraria de la opulencia fueron dos décadas de enfrentamientos indirectos en los que, a pesar de las hostilidades, la Unión Soviética y los Estados Unidos vivieron al borde de una guerra abierta. El primer enfrentamiento vino con la guerra de Corea (1950-1953) con Estados Unidos en el bando sur, y la Unión Soviética “discretamente” apoyando al norte. La división actual de las Coreas fue producto de la Segunda Guerra Mundial cuando las fuerzas soviéticas detuvieron su avance hacia Japón en el paralelo 38 ante el conocimiento de la bomba atómica. La guerra de Corea no tuvo nada de fría: estimaciones oficiales cifran el número de muertos en tres millones. Las tensiones parecieron relajarse durante unos años cuando ambos bandos demostraron su reticencia a intervenir en el área de influencia del enemigo: ni Estados Unidos hizo nada cuando los soviéticos reprimieron violentamente la insurrección húngara de 1956, ni los soviéticos se pronunciaron sobre la *Alianza para el Progreso* de J. F. Kennedy –Ambrose (1991:209) observa que “era cierto que las elecciones libres en Europa del Este darían por resultado gobiernos antisoviéticos, pero también era cierto que las elecciones libres en América Latina otorgarían el poder a gobiernos opuestos a Estados Unidos”–. La guerra se calentó en 1962 ya con Nikita Jrushchov a la cabeza de la Unión Soviética –Stalin falleció en 1953– y J. F. Kennedy dirigiendo a los Estados Unidos. A pesar de ser un punto álgido en la contienda, la crisis de los misiles en Cuba no duró más

que un par de semanas y tuvo como consecuencia más notable la instalación del “teléfono rojo” para conectar a Washington con Moscú, demostrando que, aunque la desconfianza continuaría, ambos bandos respetaban el equilibrio de poder.

El momento más crítico y la lección más amarga para los Estados Unidos sería Vietnam –así como para los soviéticos fue Afganistán–. Durante cerca de diez años, Estados Unidos se embarcó en la guerra más insensata de su historia –si es que alguna guerra puede llamarse sensata– no sólo por la futilidad y falsedad de sus objetivos, sino por haber despertado un sentimiento de desapego que supuso el fin *de facto* de la alianza civil-militar que había hecho de la guerra contra el comunismo un objetivo honorable. El cinismo con el que los líderes norteamericanos condujeron la incursión no sólo costó millones de vidas vietnamitas y miles de soldados norteamericanos, sino que marcó a una generación de sobrevivientes y veteranos que volvieron a casa sin nada que festejar, en muchos casos, ni siquiera el haber conservado la vida después de haber pisado el infierno.

Oficialmente la guerra de Vietnam se extendió por 20 años entre 1955 y 1975, sus objetivos originales eran acabar con el intervencionismo francés y reunificar al país. Tras la derrota de las fuerzas francesas –a las que el gobierno norteamericano había apoyado con alrededor de 300 mil armas y mil millones de dólares (Zinn, 1999:351)– los Estados Unidos se aliaron al régimen corrupto y dictatorial del presidente Ngo Dinh Diem –católico e intolerante en un país mayoritariamente budista–, quien había llegado al poder en 1955 en un golpe militar apoyado por la CIA y sería asesinado en 1963 en medio de otro golpe que, sobra decirlo, también fue apoyado por Estados Unidos. Tras la caída de Diem, se abrió la puerta para un acuerdo de unificación entre el líder del norte Ho Chi Ming y el *Frente de Liberación Nacional* del Sur. Kahin (1991) presenta un recuento pormenorizado de la política de los Estados Unidos en el año de 1964, en el que se hace manifiesta la terquedad y el cinismo que, reticentes a aceptar el error de apoyar a una dictadura impopular con el fin de “salvar” a Vietnam del Norte del comunismo, optaron por los bombardeos. La guerra de guerrillas y la densa selva demostraron ser un enemigo para el que el poderío norteamericano no estaba preparado a pesar de haber llegado a contar hasta 500 mil soldados en sus tropas en 1968 (Zinn, 1999:356). La intransigencia se materializó en crímenes militares como la “masacre

de My Lai” el 16 de marzo de 1968⁵⁹ y el uso de armas químicas o el infame Napalm que marcarían por generaciones al pueblo de Vietnam, principalmente, pero también al pueblo norteamericano que veía crecer la inconformidad entre los jóvenes que participaron en su propia revolución cultural: 100 mil personas protestaron en 1969 en Boston contra la guerra, en contraste con las 100 que lo hicieron 4 años antes. Un total estimado de 2 millones de personas protestaron el mismo año y en 1971 veinte mil protestantes se congregaron en Washington para exigir un alto al horror. “Al acabar la guerra –denuncia Zinn (1999:357) se habían lanzado 7 millones de toneladas de bombas sobre Vietnam, Laos y Camboya; más del doble de las lanzadas sobre Europa y Asia en la Segunda guerra mundial”.

Anti-comunismo

Una encuesta de Gallup realizada en enero de 1939 revelaba que, en caso de un enfrentamiento entre Alemania y la Unión Soviética, 87% de los norteamericanos apoyaba a los soviéticos (Hobsbawm, 2014:149). Pero en los albores de la Guerra Fría, la simpatía hacia los soviéticos comenzaba a derrumbarse. Como lo señala Duggan (2019:51), “a mediados de los 40s la atmosfera política estaba cambiando a medida que la Guerra Mundial terminaba y la Guerra Fría comenzaba. Las ideas de Rand se movieron desde los márgenes hacia el centro de la vida política de EEUU”.

No se trataba sólo de un cambio espontáneo de ánimo sino de una campaña conscientemente dirigida hacia la creación de un nuevo pacto social fundado, en gran medida, en la lucha contra las prédicas del socialismo que se habían infiltrado en Norteamérica bajo el cobijo del New Deal. El cambio en la política norteamericana tras de la muerte de Roosevelt se hizo patente con la promulgación del *Ley de Relaciones Laborales* de 1947, también conocida como *Ley Taft-Hartley*, la cual, a parte de restringir fuertemente las actividades sindicales, contenía provisiones que “permitían a los empleadores educar a sus empleados sobre asuntos económicos y empresariales, creando un vasto nuevo mercado para escritores pro-capitalistas” (Burns, 2009:102). Paradójicamente, Rand criticó dicha Ley en una carta a sus lectores fechada en 1949, alegando que el gobierno no tenía derecho a reprimir la actividades sindicales o las actividades económicas de nadie, lo que da muestra de las

⁵⁹ La futilidad de la guerra y la falta de objetivos reales en el ejército norteamericano llevaron a sus líderes a implementar una campaña en el que la “productividad” de la guerra se medía por el número de muertes.

complicaciones y hasta la futilidad de una postura política, la del libertarismo, que al exigir la no intervención del gobierno, el *laissez faire* radical, termina por desacreditar las políticas mismas que podrían crear el ambiente de libertad empresarial que propugna.

Anderson (2013:62) observa que “en la administración Truman, los peldaños más altos de la política estaban atestados de banqueros y abogados de empresa, y de industriales y comerciantes destacados: Forrestal, Lovett, Harriman, Stettinius, Acheson, Nitza, McCloy, Clayton, Hoffman: una clase que no podía ignorar los intereses del capital norteamericano en su nuevo diseño de la era de posguerra”. Como no ocurría desde la Gran Depresión, los ricos volvían a mandar en Estados Unidos, y no solo lo hacían desde Washington, sino que extendían su influencia por todos los medios a su alcance.

En 1946 se fundó la Foundation for Economic Education (FEE), organización de tendencias libertarias auspiciada por empresas como Chrysler, General Motors, Monsanto, US Steel y el Volker Fund, cuyo objetivo es difundir las ideas económicas del libre mercado entre empresarios, políticos e intelectuales; o según su propia declaración de objetivos "inspirar, educar y conectar futuros líderes con los principios económicos, éticos y legales de una sociedad libre". Leonard Read, fundador de la FEE, gerente general de la Cámara de Comercio de Los Ángeles y miembro de la Junta de la Conferencia Nacional Industrial, fue un ferviente admirador de Rand. Según lo documentan van Horn y Mirowski (2013:156) “Read tendía a ver el mundo en blanco y negro”, lo cual indica no solo una afinidad de ideas con Rand, sino incluso afinidad en su carácter maniqueo. El testimonio de Harold Luhnow, administrador del Volker Fund, respalda esta similitud “no hay un gran espectro en el mundo de Read. Solamente hay un grupo central de ideas. Puedes tomarlas o rechazarlas...” (Ibíd.). El dogmatismo de Read, probablemente asimilado de Rand, es patente. Read mantuvo una asidua correspondencia con Rand, en la que llegó a solicitar su opinión sobre la declaración de objetivos de la FEE la cual aparecería con el título “el alcance de la economía y de la educación económica”. La opinión de Rand sobre el texto quedó documentados en carta fechada el 16 de abril de 1946:

No puedo precisar su propósito. O contiene demasiado o no contiene lo suficiente. Si su intención es una defensa del capitalismo, no es suficiente. Si su intención es un ser

un folleto sobre tu programa educativo, no debe contener argumentos, su tono es demasiado defensivo; no debería contener más que declaraciones.

Más tarde en una carta fechada el 1 de agosto del mismo año, Rand se expresa en los siguientes términos sobre los objetivos que debe perseguir la organización:

Lo que necesitamos es intelectuales reales, es decir, pensadores. Pero no podemos “convertir” pensadores o “recuperar su devoción”. Necesitamos que ellos nos conviertan –es decir, que enseñen a los hombres de negocios y los conservadores el tipo adecuado de filosofía.

A pesar de que Read se esforzara por acercar a Rand a su proyecto “educativo”, las diferencias entre ambos aparecieron desde los comienzos de la FEE cuando Rand criticó enérgicamente el folleto inaugural de la fundación, “*Roofs or Ceilings?*”, escrito por Milton Friedman y George Stigler, al que calificó en una nota enviada a Read como “la cosa más perniciosa jamás publicada por una organización conservadora” (citado en Burns, 2009:116).

Igual de antipática le resultó la Sociedad Mont Pelerin, cuya primera reunión se dio en 1947 con auspicio de la FEE y el Volker Fund. A decir verdad, tampoco Read vio con buenos ojos el rumbo que la sociedad parecía tomar en su sesión inaugural a la que fue invitado y de la cual dio reporte a Jasper Crane, ex-ejecutivo de DuPont, de que habría intelectuales “afines al colectivismo” entre sus miembros. A partir de ese momento la injerencia de la delegación norteamericana reclamó una mayor ortodoxia y fe en los libres mercados para la Sociedad, llegando incluso a poner en duda la continuación en su colaboración si tal cambio de énfasis no se operaba. A partir de 1952 la participación Norteamericana en la constitución de la SMP se intensificó agregando al proyecto intelectual de Hayek un carácter y un interés empresarial, primeramente resistido por el austriaco, pero que se consolidaría rápidamente.

Cuando en 1958 Hayek requirió del auspicio norteamericano para su reunión anual, Wilder Rose Lane recomendó a Jasper Crane –quien se había dado a la tarea de recaudar los fondos para la reunión– tener precaución y mantener a los europeos a raya. Así se hizo. No sólo logró modificar el programa de la reunión para dar un papel más relevante a Ludwig von Mises, sino que sino que, en contra de las pretensiones de “autonomía intelectual” defendidas

por Hayek, logró que se autorizara la participación de empresarios en las reuniones. “Con el tiempo. La Sociedad Mont Pelerin evolucionó hacia el rígido, intransigente individualismo al que Lane había defendido por años. Aunque no fuera causado por Lane, Paterson y Rand, este cambio en la Sociedad Mont Pelerin representó sin embargo un alineamiento con su punto de vista (...) el triunfo de las ideas americanas sobre las europeas” (Burns, 2011:345).

Pero ya en 1946 se había comenzado a gestar una transformación de la mayor relevancia para el ascenso del neoliberalismo que tuvo lugar en la Universidad de Chicago. En tal ocasión fue Harold Luhnów quien se acercó a Hayek con la encomienda de escribir una versión americana de *Camino de Servidumbre* (van Horn y Mirowski, 2013:141). La respuesta de Hayek fue un proyecto mucho más ambicioso que buscaba –con la importante ayuda seminal de Henri Simons– convertir la Universidad de Chicago en el epicentro del proyecto académico neoliberal. Para acometer esta obra Hayek contó con la ayuda de académicos de la talla de Aaron Director, Jacob Viner, Robert Hutchins Friedrich Lutz, Frank Knight, George Stigler y Milton Friedman, quien a la postre tomaría el liderazgo del proyecto, siendo él quien escribiera la “versión americana” de *Camino de Servidumbre*, publicada en 1962 con el título *Capitalismo y Libertad*.

El asalto a la Universidad de Chicago comenzó con un proyecto titulado “Free Market Study” cuyo objetivo sería demostrar, predeciblemente, cómo y por qué el libre mercado es la forma de organización económica más eficiente. No sin problemas –siendo el más notablemente el suicidio de Henri Simons, probablemente encausado por las dificultades mismas que presentó el proyecto (van Horn y Mirowski, 2013) –, la incursión de los liberales en Chicago fue progresando hasta consolidarse en la década de los 60s. En el camino fue creciendo la influencia de Luhnów y Read a medida que el influjo de Hayek mermaba, hecho que se refleja en el creciente sesgo que tomó el proyecto de los libres mercados hacia una interpretación en la que la palabra libertad indicaba explícitamente la libertad de las corporaciones a conducir sus asuntos como mejor les apeteciera.

Lejos de sumarse a estos esfuerzos, Rand criticaría vehementemente la obra de Hayek, *Camino de Servidumbre* [1944], sobre cuyo autor Bosch (2005:476) sugiere que “al equiparar fascismo con socialismo y New Deal, y establecer que cualquier planificación económica implicaba una pérdida de la libertad, no solo ayudó a poner las bases del moderno

conservadurismo político, sino que permitió a los conservadores reclamar la palabra *libertad*". No fue menor el aporte de Ayn Rand en este proceso y quizá fue mayor extendiendo la analogía hasta J. F. Kennedy cuando en 1962 escribió el ensayo titulado "the fascist new frontier" en relación al discurso de aceptación del Presidente en 1960. Ambos, Hayek y Rand, fueron pensadores que contribuyeron a crear un sentimiento anti-socialista. Younkins (2017:85) respalda esta apreciación agregando que "su visión anti-estatista [de Hayek] era más aceptable a los intelectuales porque permitía algunas excepciones al capitalismo de *laissez faire*".

La apreciación de Rand –de la que queda constancia en una serie de notas al margen en una copia del libro que fue, por cierto, un regalo de Read⁶⁰–, sugiere que Hayek hacía demasiadas concesiones a la intervención del Estado en la economía y carecía de una base moral; peor aún, aceptaba irracionalmente que tal base pudiera ser suministrada por el altruismo cristiano gracias a un proceso de adaptación social evolutiva que, por su sola permanencia, demostraba su superioridad. Sus críticas en materia económica no son menos severas. En relación a un párrafo en el que Hayek se refiere a la actividad económica como una competencia de los empresarios por los recursos disponibles, por ejemplo, Rand anotó: "No compiten por los recursos disponibles –los crean" (citado en Burns, 2015:765). En la misma carta arriba citada [1 de agosto de 1946], Rand observa en relación a la falta de espacios para publicar en los medios reconocidos que "solamente a los Hayeks y otros comprometedores del mismo tipo se les abre paso, el tipo que hace más bien a la causa comunista que a la nuestra".

En un arrebatado típico de su carácter Rand se refirió a Hayek como "un asno sin noción alguna de lo que es una sociedad libre" (citado en Burns, 2009:104) en una nota escrita en una copia de *Camino de Servidumbre* que hizo llegar a la crítica literaria y libertaria Rose Wilder Lane. Rand despreció a Hayek a pesar de la cercanía de sus ideas y sus ideales. De tal cercanía intelectual da cuenta esta fórmula que debe ser familiar a los lectores de Hayek: "dado que la introducción de controles necesita e induce a ulteriores controles, es una mezcla inestable, explosiva que finalmente tiene que revocar los controles o sufrir un colapso cayendo en una dictadura" (Rand, 2009:269). En otras palabras, el "camino de servidumbre"

⁶⁰ En carta fechada el 16 de abril de 1946 Rand agradece el obsequio.

presagiado por Hayek fue parte esencial de la crítica de Rand al estatismo, pero su orgullo impidió ver en el filósofo austriaco a un aliado.

Pero a pesar de estas y otras diferencias, el acercamiento de Rand a la FEE y a Read significó que por fin su mensaje fuera acogido por un grupo de empresarios norteamericanos conservadores, como R. C. Hollies y W. C. Mullendore –quien años más tarde sería uno de los pocos no-acólitos del objetivismo que exaltaron *La Rebelión de Atlas*–, gracias a cuya intercesión pudo publicar en Estados Unidos una nueva edición de *Himno*⁶¹. También fue gracias a Read que logró hacer circular entre los empresarios, aunque sin gran éxito, su “libro de texto sobre el americanismo”, un breve ensayo en el que se comienzan a delinear algunos de los preceptos de su filosofía política, entre los que destacan la teoría de los derechos naturales y la prohibición al Estado para iniciar el uso de la fuerza. El texto se desarrolla mediante el contraste de la situación política de Estados Unidos y la de la URSS, iniciando con la siguiente interpelación y su respuesta: “¿Cuál es el conflicto básico de mundo en nuestros días? El conflicto básico en nuestros días es entre dos principios: individualismo y colectivismo”. Aunque esta pequeña obra carece de interés por sí misma, no así los eventos que incitaron a su escritura y que se relacionan con la situación política que se vivía en Hollywood a finales de los 40s. Tampoco es despreciable que con ella Rand sacó a relucir una de las líneas de acción más importantes para el proyecto neoliberal de los años siguientes: la necesidad de influir en el ánimo empresarial reeducando a los capitalistas hacia una nueva forma de capitalismo más individualista.

- o -

Para el momento en que Rand regresó a California en 1944 para trabajar en el guion cinematográfico de *El Manantial*, un “Terror Rojo” escindía a la industria del cine; producto de la “propaganda” pro-soviética que caracterizó a varios filmes norteamericanos durante la Segunda Guerra Mundial, cuando la URSS era un aliado contra el enemigo Nazi. Al terminar la guerra, sin embargo, los remanentes de simpatía socialista comenzaron a ser perseguidos bajo acusaciones de conspiración, creando un conflicto político al interior de la industria cinematográfica. Por un lado, la Conference of Studio Unions buscaba defender a los actores

⁶¹ Antes de publicar a Rand, la editorial Pamphleteers de Mullendore había publicado apenas dos obras, una de Ludwig von Mises, *Liberalismo* (1927), y “Credo” (1936) de Wilder Rose Lane.

perseguidos por su supuesta simpatía con la URSS iniciando una huelga que se extendería por dos años; por el otro, se formó la Motion Picture Alliance for the Preservation of American Ideals para luchar contra la infiltración de comunista en la industria del entretenimiento. Rand, evidentemente, se unió al segundo bando. Más tarde ese mismo año se uniría también a la junta directiva de la American Writers Assosiation, cuyo fin era la defensa de los derechos de autor contra el “Plan Cain” que pretendía crear una autoridad central que controlara los derechos de propiedad. El plan fue derrotado con éxito siendo Rand una de las personalidades más activas de la Alliance durante los litigios.

Si bien la Guerra Fría se luchó en territorios extranjeros, tuvo intensas batallas al interior del territorio norteamericano. Hobsbawm (2014:238) resalta dos elementos que ayudaron “a desplazar el enfrentamiento del ámbito de la razón al de las emociones” en los Estados Unidos. Estos eran el hecho de representar una ideología que podía servir de modelo para el mundo y el otro el ser una democracia, lo que significaba que, al contrario de la URSS, el gobierno norteamericano no podía pasar por alto la opinión pública. El resultado fue que la propaganda anticomunista fuera considerada la herramienta más eficiente, necesaria inclusive, que pudiera mediante la acusación de un enemigo exterior, un gran satán al cual achacar la maldad, mantener el orden social. En otras palabras, la democracia necesitaba del consenso que el anticomunismo le proveía.

Incluso Rand, quien en ocasiones anteriores se habría manifestado contra la guerra al considerarla una herramienta del estatismo, participo del espíritu ideológico pro-Vietnam al declarar, en una conferencia en Boston en 1972, que quienes eludían el servicio militar (*draft dodgers*) “merecían ser enviados permanentemente a Rusia o Vietnam del Sur”, aludiendo al deber patriótico de luchar contra el comunismo y contradiciendo lo que ella misma había escrito cinco años atrás: “ésta es la maldad más horrible de la guerra de Vietnam, que no sirve a ningún interés nacional de Estados Unidos, que es una instancia de pura matanza ciega, sin sentido, altruista, auto-inmoladora” (Rand, 2009:291). Como toda ideología que desplaza a la razón, el anticomunismo pronto se convirtió en una cacería de brujas. El escritor Arthur Miller escribió en 1953 estas líneas sobre la situación que se vivía en Norteamérica:

A cualquier persona que no sostenga opiniones reaccionarias se le puede acusar de complicidad con el infierno rojo. De este modo la oposición política recibe una capa

de inhumanidad que, desde ese momento, justifica la abrogación de todos los hábitos de relación civilizada utilizados de ordinario. Un criterio político se identifica con el bien moral, y oponerse a él se convierte, ipso facto, en maldad diabólica. Una vez que esa identificación se lleva a cabo en la práctica, la sociedad se convierte en un cúmulo de intrigas y contra intrigas, y el papel fundamental del gobierno deja de ser el de árbitro para convertirse en el azote de Dios. (Miller, 2009:48).

Originalmente creado en 1938 para investigar posibles infiltraciones nazis en Norteamérica, el Comité de Actividades Antiestadounidenses (HUAC por sus siglas en inglés) fue elevado al rango de “permanente” en 1945 y redirigido hacia la investigación de propaganda comunista. Un sospechoso natural para el comité sería la industria del cine, por lo que en 1947 inició una investigación que llevó a inculpar a cerca de 300 actores, productores y guionistas acusados de fomentar la ideología comunista.

Un aliado del comité fue el Senador Joseph McCarthy, en cuyo “honor” se suele denominar a los años que transcurren entre 1950 y 1955 como *macartismo*; “un término peyorativo –escribe Rand (2009:229) – que sugería algún mal insidioso y sin ninguna definición clara”. En realidad, si la tenía: se refiere al periodo en el que con facilidad inusitada el senador por Wisconsin condujo una serie de acusaciones e investigaciones que sin el debido proceso judicial decretaban condenas, llegando incluso a acusar al Departamento de Estado y al Presidente D. Eisenhower de participar en una conspiración comunista. Haciendo eco de las acusaciones de McCarthy, y en una muestra de gran inconsistencia, Rand se opuso a la guerra de Vietnam y al mismo tiempo acusó a Eisenhower de ser “suave” contra el comunismo. Cabe aquí citar la opinión de Rand respecto a la elección de Eisenhower como candidato republicano a la elección de 1951, derrotando al Senador Robert Taft a quien Rand daba su simpatía, sugiriendo que Eisenhower “destruyó la posibilidad de una oposición verdadera” lo que significaba “el fin de cualquier siquiera semi-plausible o semi-consistente oposición al Estado de bienestar” (citado en Burns, 2009:145). La elección de Eisenhower significaría la ruptura final de Rand con el partido republicano: “desde ese momento, decidí que los conservadores no estaban de mi lado, que podía estar interesada en los individuos o tener algo en común en ocasiones particulares, pero que no pertenecía a partido alguno, que estaba totalmente sola y tenía que crear mi propio bando”.

Volviendo a la cruzada de McCarthy, bajo sus acusaciones numerosos periodistas, funcionarios públicos, actores y hasta Robert Oppenheimer –quien tras el arrepentimiento que le supuso el uso de la bomba atómica se negó a participar en la construcción de la bomba de hidrógeno– fueron llevados a juicio. El caso más dramático sin duda fue el de Julius y Ethel Rosenberg, acusados de haber entregado información sobre la bomba atómica a los soviéticos y ejecutados en la silla eléctrica.

En 1949, Rand se presentó como testigo voluntario en el juicio del House of Un-American Activities Comitee (HUAC) contra el filme *Song of Russia* de la MGM [1944]. El testimonio de Rand ganó notoriedad cuando calificó a la película como propaganda comunista debido a que mostraba a rusos sonriendo, cosa que según Rand “casi no sucedía”. Más notable fue la aserción de Rand de que el filme representaba un acto de deshonestidad política que pretendía maquillar la situación en Rusia para justificar la alianza bélica, por lo que lejos de representar una infiltración del comunismo en América, era un acto de deslealtad perpetrado desde los Estados Unidos para justificar a su propio gobierno. Al final las audiencias de la HUAC resultaron un fiasco para Rand y una publicidad negativa que la relacionó con una derecha conservadora y poco seria. Un recuento pormenorizado del juicio es presentado en Mayhew (2005): *Ayn Rand and Song of Russia*.

A partir de 1954 McCarthy comenzó un estrepitoso declive agravado por su adicción al alcohol y el aislamiento en el que él mismo se había puesto al acusar a diestra y siniestra tanto a extraños como a compañeros del servicio público. Moriría tres años más tarde. Sobre el Senador McCarthy, Rand (2009:229) escribió que, advirtiendo que no era su admiradora, “nunca se le probó ser culpable de esas acusaciones, pero el efecto de ese término [macartismo] fue intimidar y silenciar la discusión pública (...) como consecuencia, la oposición y las puestas en evidencia de la penetración comunista casi han desaparecido de nuestra escena intelectual” [Sic.]. En oposición a esta dudosa observación, las palabras del periodista Edward Murrow, quien encabezó una valiente cruzada contra la cesura que ayudó a deslegitimar las investigaciones del Senador, merecen ser recordadas:

Su principal logro ha sido el de confundir a la opinión pública, entre las amenazas del comunismo. No debemos confundir desacuerdo con deslealtad. Debemos recordar siempre que una acusación no es una prueba y que una condena depende de la

evidencia y del debido proceso de la ley. [...] No caminaremos con miedo, el uno del otro. [...] No descendemos de hombres temerosos, de hombres que temían escribir, hablar, asociarse y defender causas que eran, por el momento, impopulares. [...] ¿Y de quién es el fallo? En realidad no es suyo. Él no creó esta situación de miedo; él meramente la explotó, y más bien exitosamente. Casio estaba en lo cierto: «El fallo, querido Bruto, no está en nuestras estrellas, sino en nosotros mismos»⁶².

La Rebelión de Atlas

Los años en California fueron aprovechados por Rand para realizar una relectura de Aristóteles y para delinear *La Rebelión de Atlas* según sugieren sus notas preparatorias de 1945⁶³. No es pues coincidencia que las tres partes de la novela fueran nombradas en referencia a las leyes del pensamiento del filósofo griego: *no contradicción, una cosa o la otra e identidad* (“A es A”); lo que no deja fuera de lugar observaciones como la de Robin (2017K:4850) de que “al margen de que Rand leyera o no a Aristóteles, lo que está claro es que no le impactó demasiado, en particular en lo que se refiere a la ética”. En efecto, fue durante este periodo cuando, despojada de cualquier referencia nicomaquea o sobre el bien de la comunidad, Rand conjuntó en un esquema literario sus ideas sobre la ética y racionalidad: “la facultad moral no es algo independiente de la facultad racional, sino directamente conectado y procedente de ésta” (citado en Burns, 2009:112). La pieza faltante, la conexión de su esquema ético-racional con el capitalismo, se desarrollaría en los años siguientes y tendría sello austriaco.

Durante una breve visita a Nueva York, gracias a la mediación del periodista Henry Hazlitt –“economista austriaco” por convicción y autor de *Economía en una Lección* (1941) –, Rand conoció a Ludwig von Mises, quien había llegado a Estados Unidos obligado por la persecución Nazi en Austria. Según el relato de Branden (1998:189), Rand causó una fuerte impresión en Mises quien se refirió sobre ella, para beneplácito de la escritora, como “el hombre más valiente en América”. Desde entonces Rand comenzó a publicitar tanto las obras de Hazlitt como las de Mises, cuyos argumentos a favor del patrón oro ayudaron a Rand a delinear sus ideas sobre el tema monetario y que ocupan un papel central en *La Rebelión*.

⁶² “A Report on Senator Joseph R. McCarthy”, transmitido en *See It Now* de la CBS el 9 de marzo de 1954.

⁶³ Incluidas en el prefacio a la edición de 50 aniversario de la novela.

Pero si bien la influencia de Mises en temas económicos fue ampliamente reconocida por Rand, al llegar al punto de un fundamento moral para el capitalismo sus diferencias fueron irreconciliables. En una copia de *Human Actino* que perteneció a Rand se leía en una nota al margen, según el testimonio de Nathaniel Branden recogido por Heller (2009K), “¡bastardo!”, justo en un párrafo en el que Mises rechaza el argumento “moral” a favor del capitalismo, proponiendo en cambio uno puramente “práctico”, o “científico”.

Fue también durante los años 50s cuando Rand rompió definitivamente su relación con Isabel Paterson, misma que venía deteriorándose desde años atrás a partir de los celos profesionales que el éxito literario de Rand despertó en la crítica literaria y la imposibilidad de llegar a un acuerdo “racional” sobre el tema de la teoría de los derechos naturales. Paterson criticaba a Rand por prescindir de un principio religioso, a pesar de que ésta le habría sido inspirada por la *Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América*, en la cual resaltan claras alusiones religiosas –“(…) todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre éstos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”–. Al parecer de Paterson, Rand se apoyaba sobre un vacío teórico ya que su ateísmo era incompatible con los principios libertarios norteamericanos⁶⁴. Pero según la interpretación de Rand (2009:417) “la libertad de llevar a cabo todas aquellas acciones requeridas por la naturaleza de un ser racional para sustentar, mantener y realizar en plenitud y gozar su propia vida, tal es el significado del derecho a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad (...) que se crea que el hombre es producto de un creador o de la naturaleza no altera el hecho de que es un ser racional”.

Después de la ruptura con Paterson, Rand operó un cambio radical en sus relaciones personales prefiriendo a partir de entonces la compañía de jóvenes, dejando así el papel de aprendiz que tuvo con Paterson para volverse la tutora. Tal fue el origen del “círculo intelectual” formado alrededor de Ayn Rand –inspirado en el *privat seminar* de Mises en la Universidad de Nueva York– conocido como “el Colectivo”. Un grupo de alrededor de 10 personas se reunía todos los sábados en el departamento de Rand para discutir las ideas y

⁶⁴ Una postura diferente a las de Rand y Paterson, y mucho más coherente con el desarrollo histórico del capitalismo la podemos encontrar en la obra de Henri Pirenne, *Historia Económica y Social de la Edad Media* [1933], donde se lee que “si se reclama tal libertad es, pues, únicamente por las ventajas que confiere. Nada más ajeno al espíritu de los burgueses que el considerarla como un derecho natural: es tan solo, a sus ojos, un derecho útil” (Pirenne, 1939:44).

avances de su obra, aunque en realidad se parecía más a una congregación religiosa que se reunía para escuchar las prédicas del pastor. Según el testimonio de Jerome Tuccille – candidato a la gubernatura de Nueva York por el partido Libertario en 1974 y estudiante del objetivismo durante los 60s– “faltar a una sesión [del Colectivo] por cualquier razón a parte de la muerte o una enfermedad debilitadora era considerado un acto inmoral e irracional; significaba que se estaba sacrificando un valor más elevado –la conversación con Rand– por una actividad menos productiva” (Tuccille, 1971:23).

Como en todo culto había en el Colectivo estrictas jerarquías. Después de Rand, el segundo en la pirámide era un estudiante de psicología en UCLA llamado Nathaniel Blumenthal a quien Rand conoció durante su regreso a California. El influjo de Rand sobre Blumenthal fue tal que éste cambió su apellido a *Branden* y siguió a Rand en su éxodo a Nueva York. Al poco tiempo se convertiría, al parecer con anuencia de las parejas de ambos, en su amante “racional”. Fue el fundador en 1958 del Instituto Nathaniel Branden (NBI por sus siglas en inglés) para la difusión de la filosofía de Ayn Rand, y su albacea intelectual hasta su abrupta ruptura en 1968. En resumen, se trató de “una relación –escribe Burns (2009:134) – de dieciocho años que transformaría la vida y carrera de Rand”. Por su parte, Branden ganaría notoriedad en los círculos de la psicología gracias a una técnica de psicoterapia basada en los principios filosóficos de Ayn Rand⁶⁵.

Otro de los miembros destacados del Colectivo, discreto en un principio pero uno de los pocos que la acompañó hasta su muerte, y sin duda el más influyente en la historia económica de los Estados Unidos, fue Alan Greenspan. En su autobiografía titulada *The Age of Turbulence* (2007), Greenspan no escatima en las loas a Rand y el impacto que tuvo en su juventud, transformando su visión filosófica del positivismo lógico hacia el objetivismo, ayudándolo a pasar de ser un mero “técnico talentoso” a preocuparse de “los seres humanos, sus valores, cómo trabajan, qué hacen y por qué lo hacen, y cómo piensan y por qué piensan”.

⁶⁵ Según los postulados de esta terapia, los padecimientos psicológicos deben ser interpretados como el resultado de “contradicciones” en la psique del paciente, y el papel del terapeuta consistiría en ayudar al paciente a reconocer dichas contradicciones y superarlas de forma “racional” teniendo a la auto-estima como valor superior. El procedimiento se mostraría un completo fiasco años más tarde cuando no tuvo efecto positivo alguno sobre su notable paciente Murray Rothbard, quien resumió la teoría randiana de las emociones en los siguientes términos: “las emociones son siempre consecuencia de las ideas, y las emociones incorrectas la consecuencia de ideas incorrectas” (Rothbard, 1970:4). Así de sencillo y equivocado.

Pero más allá de ser un mero “evento de juventud”, el estudio de Weiss (2012) demuestra que la influencia de Rand se extendió sobre Greenspan incluso después de su muerte, materializándose en una ideología cuyas “fallas” condujeron a la crisis económica de 2008. Greenspan fue, por su parte, una valiosa fuente de conocimiento económico para Rand y una gran ayuda para la construcción de sus argumentos sobre las industrias del acero y los ferrocarriles en *La Rebelión de Atlas*.

A su regreso definitivo a Nueva York en 1951, Rand se acercó a los círculos conservadores de la política norteamericana gracias a su amistad con J. B. Matthews, asistente del Senador Joseph McCarthy, a quien había conocido gracias a su cooperación con la HUAC. Estas relaciones le acercaron nuevamente a Ludwig von Mises, quien para la fecha impartía clases en la Universidad de Nueva York con auspicio del Volker Fund. Burns (2009:114) relata la escena durante una cena organizada por Leonard Read en la que Rand intentó convencer a Mises de que su postura moral individualista era superior al utilitarismo de Mises, a lo que el austriaco contestó señalando que su postura sobre los derechos naturales no difería sustancialmente de la de Rousseau, lo que evidentemente molestó a Rand. Otro tema que habría acarreado la polémica entre los dos pensadores judíos era el del servicio militar obligatorio, al cual Rand se oponía y Mises, quizá debido a su mayor acercamiento a los eventos de la Segunda Guerra Mundial, defendía⁶⁶. A pesar del tenso encuentro, Rand siguió valorando la teoría económica de Mises quien, al contrario de Hayek, defendía al capitalismo como un “absoluto” y compartía ideas como que el socialismo es inoperante en bases científicas.

Otros libertarios a los que Rand se acercó en este periodo fueron el futuro Presidente del Volker Fund Richard Cournelle y su hermano Herbert, por cuya intermediación Rand conoció a Murray Rothbard en 1952, quien para entonces era estudiante de doctorado en la Universidad de Columbia y asistente regular al seminario de Mises. A pesar de compartir la idea de un fundamento moral necesario para el capitalismo, nunca llegaron a compaginar del todo y Rothbard prefirió alejarse del círculo de Rand para fundar su propio “Círculo Bastiat”. Dos años más tarde, en 1954, hubo un breve reencuentro en el que Rothbard buscó acercar a

⁶⁶ “Aquel que en nuestra época se oponen a los armamentos y el servicio militar —escribe Mises (1949K:5665)— es, quizá sin ser consciente de ello, un cómplice de aquellos que desean esclavizar a todos”.

ambos grupos, el Círculo y el Colectivo. Esta vez Rothbard fue acompañado por el entonces futuro economista George Reisman, quien según su propio recuento de los hechos fracasó en su intento por defender la postura subjetivista de Mises sobre los valores individuales frente al objetivismo de Rand. Con el tiempo, Reisman se volvería uno de los discípulos y defensores más fervientes de Rand. Rothbard, por su parte, prefirió alejarse nuevamente y en una carta a Richard Cournelle expresó su temor de que la utopía de Rand “sería un lugar en el que todos los hombres son idénticos, en sus almas sino es que en su apariencia física” (citado en Heller, 2009K). Al parecer del joven economista, Rand negaba con su intolerancia el individualismo mismo que decía defender. “No sólo fue el culto de Rand –escribió Rothbard (1970:2) – explícitamente ateísta, anti-religioso y un ensalzador de la Razón; también promovía la dependencia servil al gurú en nombre de la independencia”.

- o -

Al contrario de lo que sucedió con sus novelas anteriores, cuando *La Rebelión de Atlas* salió a la venta el 10 de octubre de 1957, miles de fanáticos esperaban ansiosos. El espíritu anticomunista de la década había preparado el terreno para un éxito comercial y los números de ventas fueron notables desde el principio: en tan solo seis semanas se vendieron cerca de setenta mil copias y en tan solo cinco años las ventas superarían el millón. Actualmente, a más de cincuenta años de su publicación, las ventas anuales promedio de *La Rebelión de Atlas* se estiman en ciento cincuenta mil copias, con un notable aumento tras la depresión de 2008, año en que las ventas combinadas de sus novelas rondaron las ochocientas mil copias (Waxman, 2018). Es en este sentido que Burns (2015:748) califica su papel en la construcción del pensamiento libertario como el de una “constructora de sistemas para las masas”; resaltando que “*La Rebelión de Atlas* actualizó y formalizó la tradicional afinidad americana con los negocios” (Burns, 2009:132). Por su parte, Heller (2009K) escribe que “*La Rebelión de Atlas* revivió el interés en el capitalismo americano en un tiempo en que se encontraba bajo la presión de ambas, la izquierda liberal y la derecha cristiana”.

En efecto, las críticas profesionales no fueron favorables e incluso fueron corrosivas, tanto a la izquierda como a la derecha, y aún más en ésta que en aquélla. Granville Hicks de la *Book Review* del New York Times –a la izquierda– escribió que “tan fuerte como Miss Rand proclama su amor por la vida, parece claro que el libro fue escrito desde el odio”. En

respuesta Greenspan envió una carta al periódico en la que se lee que, “*La Rebelión de Atlas* es una celebración de la vida y la felicidad (...) los parásitos que evitan persistentemente ya sea la razón o el propósito, mueren como es debido” [Sic] –. La conservadora *National Review* –a la derecha– no fue menos tajante al publicar la mordaz reseña de Whittaker Chambers –un ex-espía soviético converso al capitalismo y al cristianismo– titulada “*Big Sister is Watching You*” (1957), en la que el autor enfatiza el ímpetu dictatorial y el ateísmo de Rand, llegando a compararla con el mismo Karl Marx.

Tan mordaz y en apariencia inesperado ataque de la derecha formaba parte de una cruzada conservadora, liderada por William Frank Buckley Jr., por evitar que el ateísmo enraizara en Norteamérica. Al parecer de Weiner (2016:8) “como dos líderes del movimiento conservador norteamericano que mayormente estaban de acuerdo en cuestiones económicas, debieron ser aliados, pero su relación se enfrió desde principio cuando, de acuerdo con Buckley, Rand le reprochó que él era ‘demasiado inteligente para creer en Dios’”. En efecto, las ideas políticas de Rand coincidían con las del movimiento conservador o, en todo caso, con el tiempo serían asimiladas por éste en una inverosímil mezcla de egoísmo y cristianismo⁶⁷; pero hacia finales de los 50s tal asimilación estaba lejos de concertarse y la lucha por el “alma” del conservadurismo era cruenta. Como lo señala Burns (2004:360), “manejar a Rand y contener su influencia eran proyectos críticos si los editores de la *National Review* pretendían mantener el control del movimiento que ellos mismos habían conducido cuidadosamente hacia su madurez”. Se trataba, evidentemente, de una defensa del capitalismo de raigambre cristiana cuyos ataques al comunismo se basaban, fundamentalmente, en que éste era por antonomasia el sistema económico de una sociedad sin Dios. El capitalismo sin Dios de Rand era pues una amenaza para la causa conservadora.

Rand, por su parte, escribió sobre los conservadores estas contundentes líneas que revelan que sus temores no eran infundados y que la animadversión era mutua:

“sostienen que su postura se basa en la fe, cosa que significa que no hay argumentos racionales para sostener el sistema estadounidense, ni justificación racional de la

⁶⁷ Una encuesta realizada en 1991 por el club de lectura de la Biblioteca del Congreso ubicó a *La Rebelión de Atlas* como el segundo libro más influyente entre sus miembros después de la Biblia. Asimismo, en 1998 una encuesta de la Modern Library *La Rebelión de Atlas* y *El Manantial* aparecieron como las dos mejores novelas en inglés del siglo XX.

libertad, la justicia, la propiedad, los derechos individuales, que estos descansan sobre una revelación mística y pueden ser aceptados sólo desde la fe, que en cuanto a la razón y la lógica el enemigo está en lo correcto, que los hombres deben considerar la fe como superior a la razón (...) declaran que no es que debemos defender el sistema político estadounidense porque es correcto, sino porque nuestros antepasados lo escogieron, no porque es bueno, sino porque es tradicional (...) el capitalismo no es el sistema del pasado; es el sistema del futuro. Aquellos que tienen el deseo de luchar por él, deben dejar de lado el título de ‘conservadores’” (Rand, 2009:257-9).

Una excepción a la amarga recepción crítica de la novela vino del mundo académico. A pesar de sus fricciones con el Colectivo, Murray Rothbard escribió una carta a Rand en la que expresaba su convencimiento de que se trataba de “no solamente de la novela más grande jamás escrita, es uno de los libros más grandes jamás escritos, sea de ficción o no”. Después de leer la novela volvió a integrarse al Colectivo, aunque su entusiasmo apenas duró unos meses y se volvió una ruptura definitiva cuando Nathaniel Branden lo acusó de plagiar las ideas de Rand sobre la libertad individual –ideas, sobra decirlo, como la teoría de los derechos naturales, que si bien pueden encontrarse en los escritos de Rand, distan de ser su “propiedad”–. Por su parte, Ludwig von Mises escribió una carta de felicitación a Rand donde se lee: “no es meramente una novela (...) es también –o debería decir es primeramente– un análisis convincente de los males que plagan nuestra sociedad (...) usted tiene el coraje de decirle a las masas lo que ningún político se atreve: son inferiores y todas las mejoras de sus vidas que simplemente toman por dadas se las deben al esfuerzo de hombres que son mejores que ustedes” (citado en Burns, 2009:177).

- o -

El tema de la novela, según la propia Rand (2009:196-7), es “el rol de la mente en la existencia del hombre y, como corolario, la presentación de un nuevo código de ética, la moral del egoísmo racional (...) demuestra que el conflicto básico de nuestra época no es meramente político o económico, sino moral y filosófico”; a lo que agrega que se trata de “una novela mucho más social que *El Manantial*” (Rand, 1992:2). En resumen, su argumento podría resumirse en la pregunta: ¿qué pasaría si los grandes empresarios y las mentes egregias de la sociedad se declararan en huelga? A lo largo de más de mil páginas Rand desarrolla un

argumento ideológico que tiene en su centro a los “grandes hombres” de la empresa norteamericana; Atlas que cargan sobre sus hombros a la economía norteamericana en contra de las intromisiones de un gobierno progresista y los “falsos” empresarios que se coluden con el poder político para obtener favores económicos. Estos “parásitos” ponen en marcha regulaciones económicas en nombre del “bien común” y en detrimento del genio empresarial egregio que mantiene en marcha “el motor del mundo”, cuyo combustible es el dinero respaldado en el oro: “la sangre viva de la civilización” (Rand, 1957:390).

Resuena en la novela la memoria del Petrogrado inoperante de los años del comunismo de guerra; reviviendo la memoria del padre en huelga ante las confiscaciones bolcheviques. Como lo ha observado Glatzer (2005:195), “en *El Manantial* y *La Rebelión de Atlas*, ella proyectó su conocimiento sobre la vida en la Rusia Soviética en un lienzo americano y atacó los valores e ideales rusos”. De la misma forma, Belle-Villada (2004:238) observa que “en gran medida lo que Rand escribió fueron novelas rusas con un escenario norteamericano”. En contraparte, observa Weiss (2012:10), más allá de sus héroes y sus villanos “todos los demás, los esclavos asalariados y los empleados que checan sus tarjetas de entrada, la vasta mayoría de las personalidades de bajo voltaje que habita la nación, no eran personas para Rand. No quería tomar parte de ellos (...) no escribió sobre ellos a no ser que le sirvieran para iluminar y justificar su ideología (...) pueden irse al demonio y eso es justo lo que hacen al final de la novela”; y en el mismo tenor apunta Duggan (2019K:195): “Norteamérica es imaginada como una pizarra limpia para la libertad capitalista pura, sin población indígena, sin esclavos, sin trabajadores inmigrantes explotados a la vista”.

El argumento de la novela discurre en una sociedad sumida en el caos económico por el gobierno y los falsos empresarios ante quienes los Atlas –la terca heroína “Dagny Taggart”, el exitoso empresario acerero “Hank Rearden”, el “aristócrata del dinero” sudamericano “Francisco D’Anconia”, la mente maestra detrás de la huelga “John Galt” y otros tantos personajes inspirados en las historias de Rockefeller, Carnegie, Morgan, etc. – deciden declarar su “huelga” retirándose a un exilio voluntario. Sin su “motor primario”, la sociedad colapsa lentamente aplastada bajo el peso de la piedra del Estado Benefactor que, en el fondo, no es más que una falsa retórica que oculta el egoísmo innato y culpable de los burócratas que reniegan de su naturaleza –visión de la administración pública que se adelanta a la *teoría*

de la elección pública de J. M. Buchanan—. “Los gorriones y saqueadores —escribe Duggan (2019:62) — son ofrecidos como blancos para el desprecio, el resentimiento y finalmente la indiferencia antes su merecido final”. Glatzer (2005:201) observa que Rand “veía a la economía mixta como una guerra civil institucionalizada que terminaría en la victoria de los más brutales e implacable contendientes”. Los empresarios virtuosos salen airoso de su exilio al final de la novela para reclamar su puesto en la cima de la pirámide social y proclamar un nuevo credo moral en el que el egoísmo se presenta como base de una nueva sociedad, un “verdadero” capitalismo. “*La Rebelión de Atlas* —escribió Rand (2009:214), no es la profecía de nuestra destrucción inevitable, sino un manifiesto de nuestro poder para evitarla, si es que elegimos cambiar nuestro curso”. La observación de Weiner (2016:43) en relación a este desenlace merece atención: “los principales herederos de la torpe e ilógica estética de Chernyshevski fueron las novelas-por-encargo soviéticas del realismo socialista y el ‘realismo capitalista’ de Ayn Rand. En estas obras el hombre-dios feuerbachiano o el superhombre derroca un feo orden existente mediante la disciplina revolucionaria, preparando el advenimiento del sagrado futuro del socialismo. O, de hecho, del capitalismo —la elección parece ser arbitraria”.

La filosofía de Rand quedó condensada en un monólogo proferido por el héroe de la novela, un joven ingeniero de nombre “John Galt”, iniciador de la huelga de los empresarios, en los siguientes términos: “el hombre es un fin en sí mismo, existe por su propia gracia, y la consecución de su felicidad es su objetivo moral más elevado”, “un proceso racional es un proceso moral”, “la honestidad no es un deber social, no un sacrificio en nombre de los otros, sino la más profunda virtud egoísta que puede practicar el hombre”, “productividad es la aceptación de la moralidad”, “tu trabajo es el propósito de tu vida”, “aprende a reconocer la marca del caníbal en la petición de un hombre de tu ayuda”, “el orgullo es la suma de todas las virtudes” y decenas de pseudo-éticos etcéteras. Este monólogo abarca 70 páginas y al parecer le tomó dos años completarlo (Branden, 1986:266). Según Sciabarra (2013:115) “el discurso toca casi todas las ramas mayores de la filosofía; es la esencia de la cosmovisión objetivista de Rand”. Considerándolo el núcleo de su “filosofía”, no es exagerado decir que Rand predicó una forma de calvinismo sin Dios, cuyo lugar es ocupado por la Razón. Más cercana a Hegel que el mismo Marx, el dios de Rand es la Razón; pero no como un ente autónomo y autoconsciente, sino como la razón objetivada en los hombres que la ejercen. El

hombre racional es Dios. En un pasaje digno de su carácter polémico, cuando su editor le pidió que recortara el discurso, Rand respondió: “¿acaso recortarías la Biblia? (testimonio de Bennett Cerf citado en Heller, 2009K).

Su ideal social es retratado en *La Rebelión de Atlas* en una metáfora espacial a la que dio el nombre de “Barranco de Galt”, sede del exilio de los Atlas en huelga. Refiriéndose a esta construcción utópica, Clardy (2012:239) observa que “este mundo alternativo es realmente su versión de una utopía, la realización ideal de lo que la existencia humana puede y debe ser”. El Barranco de Galt es descrito como una comunidad autosuficiente cuyo egoísmo, o más precisamente, su apego a los postulados del objetivismo, es base de la más perfecta armonía: “no somos más que una asociación voluntaria que se mantiene unida por nada más que el interés personal de cada hombre” (Rand, 1957:695). Un contrato social sin Leviatán, y sin sociedad. Ni la identidad, ni las leyes, ni la lengua, ni la cultura, ni ninguna otra institución son fundamentos de esta utopía. Refiriéndose a la consolidación del individualismo asocial absoluto que se operó a lo largo del siglo XX, Hobsbawm (2014:25) observa que “una sociedad de esas características, constituida por un conjunto de individuos egocéntricos completamente desconectados entre sí y que persiguen tan solo su propia gratificación (...) estuvo siempre implícita en la teoría de la economía capitalista”.

Ocultos a los ojos de la decadente sociedad “colectivista” –cuya ruina es descrita a lo largo de la novela de tal forma que no queda más al lector que considerarla como merecida– artistas, inventores, banqueros e incluso un pirata, viven una vida regida por contratos mercantiles en concordancia con la premisa randiana de que “el principio de la transacción [*trade*] es el único principio ético racional para todas las relaciones humanas, personales y sociales, privadas y públicas, espirituales y materiales” (Rand, 2009:34). Al respecto, Duggan (2019:61) hace la pertinente observación de que “no hay signos de una población indígena. La pureza y nobleza de los asentamientos occidentales depende en la erradicación de las historias de violencia, esclavitud y colonialismo (...). El capitalismo practicado en el Barranco también está libre de explotación laboral detectable, y casi libre de cualquier traza de trabajo reproductivo o vida familiar”. No menos acertada es la observación de Weiner (2016:195) de que “Rand es persuasiva en su argumento de que la destrucción de la razón y la lógica deben preceder la destrucción de la libertad en un régimen totalitario.

Pero después de haber deconstruido la distopía de la dictadura colectivista procede a construir su propia utopía, una Atlantis de lógica que ubica la totalidad de la experiencia humana bajo la esclavitud de la razón”⁶⁸.

Resaltan tres hechos de carácter económico en el Barranco de Galt: primero, el apego a un estricto patrón oro controlado por el banco de un personaje cuyo nombre conlleva una carga mítica: Midas Mulligan –inspirado en la figura de J. P. Morgan–; segundo, no existe forma alguna de impuestos; tercero, la “economía” del barranco está basada en un sistema de monopolios en el que cada bien o servicio son provistos por un solo productor y, en caso de competencia, sólo el más fuerte sobrevive. Otra característica sobresaliente es que, al ser guiados por la regla de que “todo lo producido pertenece al productor”, los conflictos de propiedad no figuran en esta utopía. Este punto es de particular interés a la luz del llamado “teorema de Coase” cuya interpretación más difundida –y del todo errónea– sugiere que una definición completa de los derechos de propiedad y la ausencia –o un nivel suficientemente bajo– de costos de transacción, bastan para lograr asignaciones “eficientes”; y por tanto una “justificación” para la no interferencia. El Barranco de Galt vendría a ser entonces una representación de una “economía de juguete”⁶⁹ en el que los supuestos del modelo se cumplen y el resultado es socialmente óptimo. Pero al igual que los modelos de economía neoclásica, su “realidad” queda limitada al ejercicio lógico, pues, como lo sugiere Clardy (2012:259) “la utopía de Rand no es solo inconsistente en su descripción sino simplemente imposible en realidad. Su versión idealizada de la sociedad es deficiente en términos de las leyes políticas, económicas y sociales, y se sostiene sobre una visión distorsionada de la psicología humana”. Al aplicar tres criterios para la evaluación de una utopía –adecuación lógica, completitud y estabilidad dinámica– Clardy (Ibíd.:246) concluye que “en los tres casos, la versión de Rand de un mundo ideal se queda corta”. En el mismo tenor, Escalante (2015:172) resume la novela como “un panfleto de mil doscientas páginas, por partes iguales una celebración del egoísmo, en un mundo de fantasía, y un oscuro menosprecio hacia el mundo tal como es”.

⁶⁸ Un caso de experimento utópico inspirado por las ideas de Rand tuvo lugar entre 1968 y 1973 cuando Werner Stiefel, presidente y CEO de Stiefel Laboratories, intentó construir una comunidad libertaria sobre una plataforma en aguas internacionales. Sobra decir que todos sus intentos fracasaron.

⁶⁹ La expresión la debemos a la Profesora McCloskey.

Cabe señalar, por último, que al contrario de su anterior novela, *El Manantial*, en *La Rebelión de Atlas* Rand se aleja de su postura “democratizadora” en la que el dinero no juega papel alguno –la autonomía de Howark Roark lo lleva a despreciar el dinero y es probable que antes de conocer la fama, Rand lo hiciera también– optando en cambio por el “elitismo de a razón” encarnado en los auténticos empresarios cuyas fortunas son encarnaciones de su valía individual. Del conflicto del alma humana y el genio individual pasa al conflicto social y la grandeza del dinero. Se aleja de Nietzsche para acercarse a Wall Street. Según la observación de Sciabarra (2013:301): “la implicación política más subversiva de *La Rebelión de Atlas* es que la libertad individual solo es posible para aquellos que son lo suficientemente fuertes, psicológica y moralmente, para retirar su aval a cualquier sistema que expropie sus energías productivas”. El hombre racional es presentado en la cima de una pirámide moral como aquel capaz de crear riqueza con su inteligencia y trabajo, pero sometido al mismo tiempo por las estructuras sociales que conllevan a una relación desigual de intercambio:

El hombre en la cima de la pirámide intelectual contribuye más a los que están debajo, pero no obtiene nada excepto su pago material, no recibe bono intelectual alguno de los otros para agregar al valor de su tiempo. El hombre en el fondo que, por sí mismo, moriría de hambre en su ineptitud desesperanzada, no contribuye nada a los que están por encima, pero recibe un bono de la inteligencia de aquellos (Rand, 1957: 989).

Tal fue el credo fundamental que Rand transmitió en su novela y que la clase empresarial norteamericana adoptó y ayudó a difundir. Todavía hoy no son pocos quienes están de acuerdo con esta visión del mundo según la cual, “el único problema social en el mundo de *La Rebelión de Atlas* es que el gobierno es malvado con los empresarios e injusto con los ricos” (Weiss, 2012:25). Así lo creyeron algunos grupos empresariales durante los años 60s y, con ayuda de Rand, comenzaron a fraguar la transformación político-económica que hoy en día conocemos como neoliberalismo. Pero hacían falta todavía unos años para que sus ideas se materializaran en políticas concretas. Hacía falta antes una revolución cultural.

La Revolución Cultural

A pesar de las críticas literarias negativas, tan solo en un primer momento Rand fue invitada como ponente en una reunión del National Industrial Council, tres veces asistió al seminario

del President's Professional Association, fue invitada por la Escuela de Negocios de Georgia para participar en su simposio titulado "*The Organization Man*" y extractos de su novela fueron distribuidos en varias empresas y organismos como los presididos por el propio Read. A partir de entonces las apariciones públicas de Rand comenzaron a multiplicarse y a capturar el ideario de una "nueva derecha". Habiendo vivido en carne propia el súbito despertar del interés en Rand, Tuccille (1971:11) escribe que "tras la publicación de la principal novela filosófica de Rand, *La Rebelión de Atlas* (...) rápidamente se convirtió en una especie de Nuevo Marxismo para la derecha". Pero para Rand no era suficiente.

Agobiada por las críticas, sumida en la creencia errónea de que la novela le traería por fin la anhelada la admiración de los intelectuales y la academia, Rand cayó en una profunda depresión⁷⁰. No deja de ser irónico que con su hundimiento Rand demostraba que la autonomía y autosuficiencia con las que dotó a su personaje "Howard Roark" eran una mera fantasía, al menos lo eran para una mujer que, en contradicción a su filosofía individualista, necesitaba el reconocimiento y no sólo el de "la masa". Al parecer de Burns (2004:363), "su sobrecitado estilo literario le aseguró que nunca fuera respetada entre la *intelligentsia* nacional". Aunque tal afirmación pueda ser correcta, no es menos cierto que el contenido intelectual de la novela, más que la apoteosis racional que la autora pretendía haber alcanzado, es bastante limitado. En el marco de la filosofía del siglo XX a la que despreció al parecer sin haber intentado siquiera leer a sus principales exponentes; comparada, por poner solo un ejemplo de una filósofa también judía e inmigrante, con las obras de Hannah Arendt, el objetivismo es una caricatura. Mejor dicho, es apenas una novela de dudoso valor literario, no un sistema filosófico ni un tratado del cual se pueda extraer un debate intelectual más allá de la crítica de sus fundamentos. Ante la falta de aceptación en las aulas y como una forma de ayudar a Rand a superar su depresión, en 1958 fue creado en Instituto Nathaniel Branden para la promoción del objetivismo. Rand no volvería a escribir una obra de ficción dedicándose desde entonces a ordenar sus ideas filosóficas acaso con la esperanza de lograr el reconocimiento que *La Rebelión* no le había dado.

Al tiempo que la *Rebelión de Atlas* conquistaba al público norteamericano, dio inicio una carrera por la conquista del espacio exterior en el marco de la Guerra Fría. La llamada

⁷⁰ Es posible que el uso de bencedrina haya contribuido a su fragilidad emocional.

“carrera espacial” fue inicialmente aventajada por los rusos con la puesta en órbita del primer satélite artificial, el *Sputnik 1*, en 1957; pero terminaría por decantarse al lado norteamericano con el alunizaje del *Apolo 11* en 1969. Invitada al lanzamiento del *Apolo*, Rand se refirió al evento como “la abstracción concretizada de la grandeza humana” (citado en Burns, 2009:261). El halago a la NASA –a la que antes había calificado de bandidos operando con dinero robado por la hacienda pública– no pasó desapercibido por sus seguidores entre quienes cundió la sospecha de que Rand había sido cooptada por el sistema (Tuccille, 1969).

Era difícil, en realidad, permanecer ajeno a las grandes transformaciones económicas y sociales que marcaron esta “edad dorada”, en la que el Estado Benefactor de inspiración keynesiana parecía haber encontrado el camino hacia una prosperidad perpetua al costo de agrandar como nunca antes al gobierno, que en Estados Unidos tomó la forma de un “Estado Corporativo”. La sociedad opulenta y el Estado opulento fueron las dos caras de este periodo de prosperidad. En este contexto, a pesar del alunizaje y el desarrollo tecnológico, Rand no tuvo problemas para continuar su perorata contra lo que a su parecer era una creciente amenaza de totalitarismo. El mismo Keynes no se salvaría de la crítica y la sátira, sirviendo como modelo para el personaje de *La Rebelión* “Cuffy Meigs”, quien entre sus discursos pro-intervencionistas recurre a la famosa frase “en el largo plazo todos estaremos muertos”. Asimismo, en una lectura dictada en 1974, ocupó la metáfora de un salvaje que, impresionado por la velocidad de la circulación del papel fiduciario, llegara a la conclusión de que el secreto de la riqueza consistía en la velocidad de la circulación y no en la producción. Concluye su relato diciendo: “si el mencionado salvaje corre a la imprenta para divulgar su descubrimiento, encontrará que se le ha anticipado John Maynard Keynes”.

Por otro lado, la edad de oro no fue igual de brillante para todos: un sentimiento de fracaso y quiebra ética acompañó al gran crecimiento económico. Las juventudes de Estados Unidos se encontraron frente a la gran contradicción de una vida material mejor que la de sus padres, pero carente de un sentido espiritual más allá de un rancio conservadurismo que no cuadraba con la idea de una emancipación de la juventud. En este contexto comenzaron a surgir movimientos de reformación cultural que se acercaron a los cultos religiosos, pero secularizados. A la izquierda, los “hippies” levantaron la voz contra la guerra y el modelo social caduco que sentían ajeno; optaron por la comuna, el amor, la paz, la música y las

drogas. Sobre estos observa Tuccille (1971:31) que “es probablemente seguro –escribe Tuccille (1971:31) – que sin el impacto del asalto Rand-Goldwater en la psique norteamericana, el radicalismo de la Nueva izquierda de mediados de los 60s hubiera tomado una forma completamente diferente. El anarquismo inicial de la Nueva Izquierda en sus días tempranos debe mucho de su formulación básica a la herencia Rand-Goldwater”. A la derecha –en la que hay que ubicar al mismo Tuccille– los jóvenes de clase media y alta buscaron refugio en un libertarismo que apelaba al egoísmo y que, sin necesidad de Dios, fundara una moral empresarial y pro-americana. En palabras de Tuccille (1971:12) “el objetivismo y su ética de la auto-suficiencia y el logro era embriagador para los hijos e hijas de la clase media, graduados del colegio al final de la era de Eisenhower”.

Enfrentada a este panorama de descontento social, y particularmente con el *statu quo* político, poco a poco Ayn Rand fue aceptando la influencia que su novela ejercía en las mentes jóvenes de derecha, reconociendo su avidez de una guía moral. Dada su creciente popularidad, Rand comenzó a impartir conferencias y:

“se reinventó como una intelectual pública (...) atractiva a una nueva generación de conservadores de campus, quienes vieron en la rebelión contra el sofocante consenso liberal como una parte básica de su identidad. A diferencia de los viejo conservadores que habían encontrado el ateísmo de Rand intolerable, muchos estudiantes de derecha no tenían problemas con ello, e incluso fueron atraídos por éste (...) sus ideas se convirtieron una corriente distintiva de una joven cultura conservadora” (Burns, 2009: 190).

En el mismo tenor, Walker (1999: ix) señala que el mérito de Rand radica en que “ayudó a derrumbar la barrera entre la cultura pop y el debate intelectual serio”. En su primera aparición frente a estudiantes en la Universidad de Yale en febrero de 1960, abarrotó el auditorio. Como lo observa Sciabarra (2013:364), Rand creía que “cualquier cambio político debe ser precedido por una revolución cultural” –y la revolución cultural, como bien lo sabía Hayek, comenzaba por transformar a su causa a los “vendedores de ideas de segunda mano”, labor en la que Rand tuvo particular éxito a pesar, o precisamente a causa de, su poca apreciación en la academia, más no entre el estudiantado.

Su primera aparición televisiva tuvo lugar en 1960 en el popular show de Mike Wallace, *60 Minutes*. Un año más tarde publicó su primer libro de no-ficción titulado *For the New Intellectual* [1961], que consiste en gran parte de extractos de sus novelas dotados de cierto orden⁷¹ y que debería servir a un “nuevo tipo de intelectual” como guía para combatir a los intelectuales de izquierda que apoyaran al socialismo y el estado benefactor. En una reseña publicada en la revista *Esquire* ese mismo año, el escritor Gore Vidal se refirió a la filosofía de Rand como “casi perfecta en su inmoralidad”. En 1962 comenzó a circular *The Objectivist Newsletter*, una pequeña publicación mensual donde Rand abandona la discusión abstracta para hablar de temas de la actualidad política del país, además de incluir reseñas de libros de corte libertario en cuyo primer número declaró: “los objetivistas no somos ‘conservadores’. Somos radicales a favor del capitalismo” (Rand, 1962). Ese mismo año participó con una columna de opinión en el diario Los Ángeles Times y comenzaron sus presentaciones anuales en el Ford Hall Forum de Boston, las cuales se extenderían por 20 años hasta su muerte.

Pero la principal influencia de Rand se dio en las universidades —en los estudiantes, más no en el profesorado—, al grado que un estudio de Cain sobre las juventudes conservadoras titulado *They Rather be Right* (1963), ubicaba a Rand como su principal teórica. En 1963 comenzó a transmitirse en la radio en la Universidad de Columbia un programa llamado “*Ayn Rand on Campus*” donde se leían fragmentos de sus obras que eran comentados por los estudiantes. Hacia 1964 Rand era una figura pública consagrada, hecho constatado por la entrevista que dio para la revista *Playboy* que para el momento se encontraba en la cima de su influencia cultural.

- o -

Ese mismo año fue publicada su segunda obra de no-ficción titulada *The Virtue of Selfishness* [1964] que en tan solo cuatro meses vendió cuatrocientas mil copias. Se trata, en resumen, de un alegato en contra de la religiosidad del conservadurismo tradicional, cuyo llamado a la obligación moral hacia los otros, el altruismo, Rand descalificaba no sólo como falso, sino como la raíz de todos los males: “la doctrina que dicta que el ocuparse con los intereses

⁷¹ Es en este sentido que Fletcher (1976:374) hace la observación de que “todos sus trabajos posteriores (...) son esencialmente notas al pide *La Rebelión de Atlas*”.

propios es un signo de maldad, significa que el deseo del hombre de vivir es malvado –que la vida del hombre como tal es malvada. Ninguna doctrina puede ser más perversa. Sin embargo, ese es el significado del altruismo” (Rand, 1964K:106); y más adelante agrega: “si se pregunta por la razón detrás de la fea mezcla de cinismo y culpa en la que la mayoría de los hombres pasan su vida, estas son las razones: cinismo, porque no practican ni aceptan la moralidad del altruismo –culpa porque no se atreven a rechazarla” (Íbid.:loc117). Al parecer de Robin (2017K:5038), “cuando Rand critica el cristianismo como antecedente del socialismo, cuando clama contra el altruismo y el sacrificio como formas de invertir la verdadera jerarquía de valores, está alineándose con una corriente de conservadurismo que considera la religión no como un remedio, sino como un aliado de la izquierda”.

A la luz de tales declaraciones, no es difícil entender por qué esta caracterización del altruismo como “subyugación del individuo” –ya sea por fuerzas políticas o religiosas– y el egoísmo como “virtud moral” fue y sigue siendo la fuente de muchas de las críticas y el descrédito al que la obra de Rand ha sido condenada en el ámbito académico⁷² más no entre sus seguidores. La observación de Weiss (2013:135) da en el clavo al observa que Rand “deliberadamente citó mal al diccionario. Al ‘definir’ el egoísmo [*selfishness*] dejó fuera la sucia característica, la falta de respeto hacia los otros, que es una parte esencial de la definición del egoísmo”. Por otro lado, no solo falsea la definición del egoísmo, sino la del altruismo mismo al igualarlo con autoinmolación. De poco sirve ante tan contundente señalamiento el intento de apología de Sciabarra (2013:235) según el cual “ninguno de sus críticos reconoce la crítica de Rand al altruismo como un rechazo simultáneo del egoísmo *convencional* [nietzscheano]”. Su empeño en conservar la palabra egoísmo pero dotada de un nuevo significado no ayuda a la claridad. Tampoco ayuda que sus “hombres ideales”, aunque expresen comportamientos éticos poco comunes a la mayoría de los seres humanos de carne y hueso, terminen por reflejar un egoísmo bastante *convencional*. Si Rand rechazó al superhombre de Nietzsche, fue solo para poner en su lugar a un “superempresario” egoísta. más que una superación, un retroceso respecto al filósofo alemán.

Desde otra perspectiva, *La Virtud del Egoísmo* formó parte de un nuevo intento de Rand por influir más directamente en la política norteamericana, de cuyos derroteros se había

⁷² Una crítica extensa a esta caracterización se encuentra en O’Neill (1971).

distanciado después del fracaso de Willkie en 1940. A principios de la década de 1960 Rand habría considerado la idea de fundar un partido político, pero pronto la abandonó. En su lugar, durante la campaña de 1964 Rand vio con simpatía y se sumó al entonces Senador por Arizona, Barry Goldwater –una auténtica encarnación del héroe randiano “John Galt”, según apreciación de Tuccille (1971:29)–; primero en las elecciones primarias en las que contendió contra el moderado Nelson Rockefeller, y más tarde en la campaña presidencial frente al demócrata Lyndon Johnson, quien había asumido la presidencia tras el asesinato de J. F. Kennedy en 1963. Cabe en este punto hacer referencia al número de septiembre de 1960 del periódico *Human Events*, donde Rand atacó al entonces candidato a la presidencia en un virulento artículo titulado “*JFK: High Class Beatnick*”. Asimismo, la acritud que Rand mostró hacia Kennedy llegó al paroxismo en el ensayo titulado “*A fascist new frontier*” en el que compara el discurso del Presidente de los Estados Unidos con el de Hitler. Dicho texto debía formar parte de *La Virtud del Egoísmo*. Sin embargo, debido a la cautela del editor, no se incluyó en la obra por lo que Rand rompió con la editorial Random House acusándolos por censurarla –a pesar de que ella misma había escrito que “el término ‘censura’ pertenece únicamente a la acción gubernamental. Ningún acto privado es censura” (Rand, 2009:424).

El apoyo de Rand no se limitó solamente a emitir una opinión favorable a través de su *Objectivist News Letter* –que para la fecha contaba con cerca de quince mil suscriptores– sino que llegó a escribir un discurso para el candidato republicano. Aunque el discurso no fue empleado, el redactor de discursos de Goldwater, un joven llamado Karl Hess, era simpatizante de las ideas de Rand y asiduo asistente a los cursos del NBI antes de su transformación al anarquismo, tras la derrota de Goldwater, bajo el influjo de Rothbard. En una carta dirigida a Rand a principios de 1960, Goldwater escribe: “he disfrutado pocos libros en mi vida como he disfrutado el suyo, *La Rebelión de Atlas*” (citado en Burns, 2009:190); a la que Rand contestó con otra misiva [11 de mayo de 1960] en la que instaba a Goldwater a abrazar la causa del capitalismo basado en la razón y no en la religión. A pesar de su discrepancia en el punto de la religión –tema por el que, por cierto, criticó duramente a Reagan pero pareció no importarle tanto en el caso de Goldwater–, sus coincidencias en el terreno de la política y su postura a favor del capitalismo fueron suficientes para que Rand exhortara a sus lectores a apoyar a Goldwater, defendiéndolo de los ataques que lo

relacionaban con la derecha radical y racista de la John Birch Society⁷³. Según su interpretación de los hechos, tal asociación no se trataba más que de una técnica para “ignorar la existencia de toda defensa seria, reputada, intelectual del capitalismo (...) y darle publicidad a la John Birch Society como la única representante de la ‘derecha’; lo cual permitió difamar a todos los ‘derechistas’” (Rand, 2009:233).

Sobre Johnson, Rand (2009:278) escribió que “no es un pensador filosófico. No, él no es un fascista ni un socialista ni un pro-capitalista. Ideológicamente no es nada en particular (...) es un político, uno muy peligroso, empero un fenómeno muy adecuado a nuestro presente” y respecto a su política fiscal: “en lo que a la economía se refiere, no hay diferencia entre los motivos de Colbert y los del presidente Johnson. Ambos querían lograr la prosperidad nacional. Si la riqueza arrancada por los impuestos es drenada para el inmerecido beneficio de Luis XIV o para el inmerecido beneficio de los ‘desfavorecidos’ no hace ninguna diferencia en la productividad económica de una nación” (Íbid.:184).

A pesar de los intentos de Rand por mantener a Goldwater en la línea del pro-capitalismo, el candidato republicano se vio orillado a suavizar su postura a fin de limpiar su imagen “radical”. Para Rand esto significó revivir el recuerdo de Willkie, por lo que un mes antes de la elección anunció a sus lectores que debían prepararse para una “amarga decepción” (citado en Burns, 2009:208). Así fue: Goldwater sufrió una derrota aplastadora⁷⁴. Un día después de la elección, en el artículo titulado “*it’s earlier than we think*”, Rand instaba a sus lectores a asumir la tarea de una transformación social desde sus cimientos, es decir, antes del cambio política hacía falta concretar la transformación cultural.

- o -

Debido a su creciente popularidad y el gran número de invitaciones a presentarse en el campus, tan solo en 1965 Rand declinó más de 20 solicitudes de universidades de todo el país, centrando su atención en los miembros de la Ivy League: Brown, Columbia, Cornell, Dartmouth, Harvard, Pennsylvania, Princeton y Yale –todas universidades privadas del

⁷³ Asociación conservadora radical fundada en 1958 por Robert W. Welch, Jr. durante el “Peligro Rojo”. Toma su nombre de John Birch, ministro baptista y capellán militar muerto en acción de guerra. Todavía hoy defienden el anticomunismo, el gobierno limitado, una república constitucional y la libertad personal.

⁷⁴ Burns (2009:209) observa que, a pesar de la derrota, la elección del 64 significó que el partido republicano fuera competitivo en el Sur por primera vez desde la Guerra Civil.

noreste— además de la universidad de Wisconsin y Berkeley, en donde aprovechó sus participaciones para hablar en contra del líder estudiantil Mario Savio —a quien calificó como “hijo de Emmanuel Kant⁷⁵” (Rand, 2009:320)— y el Movimiento por la Libertad Expresión al que llamó “un grupito de ‘rebeldes’ [que] congreco a miles de estudiantes de todas las posturas políticas (...) estos activistas son, literal, leal, devastadoramente producto de la filosofía moderna [cuyo resultado práctico] es la economía mixta del presente con su nihilismo moral” (Rand, 2009:307-330). Rand y Savio, los dos extremos de una ruptura generacional que pronto habría de estallar. Un estudio sobre los “héroes” de los jóvenes universitarios preparado por *Newsweek* publicado en marzo de 1965, ubicaba a Rand en los primeros lugares de la lista. En un mensaje a los jóvenes que participaron en la encuesta, publicado en el número de agosto de 1965 del *Objectivist Newsletter*, Rand (2009:348) escribió que “la batalla consiste, sobre todo, en proveer al país de respuestas ideológicas, un campo de acción del cual la generación mayor ha desertado bajo el fuego enemigo [y] arrebatado a un puñado de beatniks el título de ‘portavoces de la juventud estadounidense’”. Miles de estudiantes que leían *La Rebelión* fundaron grupos de estudio del Objetivismo dentro de sus universidades, pero lejos de sentirse alagada, y en una muestra de que la batalla sólo sería “moral” si era peleada bajo su mando, Rand llegó a demandar a varios de éstos por usar su nombre y su propiedad intelectual sin su consentimiento.

En 1966 apareció una tercera obra “filosófica” y la más orientada a temas económicos: *Capitalism, the Unknown Ideal*, en la que contó con la participación de Alan Greenspan —quien sería asesor de Richard Nixon y en 1987 Presidente de la FED—, y el historiador económico Robert Hessen, actualmente profesor en la Universidad de Stanford. La obra abarca temas que van desde el monopolio auténtico hasta los fundamentos de un Estado auténticamente capitalista, pasando por el patrón oro y los derechos de propiedad. Una revisión de su postura en estos temas se presenta en la próxima sección de presente tesis.

⁷⁵ Hay una constante referencia a Kant en la obra de Rand, acusándolo de “divorciar” la razón de la realidad dotando de identidad independiente a la primera; tarea que a su parecer continuaron sus epígonos hasta derivar en el existencialismo que permeaba en el ambiente intelectual en la época en que Rand intentaba forjar su filosofía. En realidad, como lo observa Sciabarra (2013:151) su crítica se fundaba “en la suposición errada de que Kant descalificaba la eficacia de la consciencia precisamente porque la consciencia posee identidad. Luego Rand adscribe a Kant la doctrina de que el conocimiento es una ‘distorsión’ de la realidad”.

En la cima de su fama, Rand fue invitada por Johnny Carson al popular *Tonight Show*⁷⁶, no sólo una sino tres veces en tan solo 5 meses en 1967. Para la fecha el NBI enrolaba cada año aproximadamente a 3500 estudiantes de más de 50 ciudades a lo largo de los Estados Unidos. Al finalizar el año la *National Review* –a la que en 1964 durante una entrevista televisiva llamó “la peor y más peligros revista en Norteamérica”– le dedicó su portada con el epígrafe: “*the movement to canonize Ayn Rand*”, y no se trataba de una exageración.

- o -

Los años 60s marcaron una época de ruptura cultural y social que dejó a la juventud en una deriva ideológica. El ascenso y caída del totalitarismo había asestado un golpe mortal a las ideologías, pero no a la necesidad humana de certeza. La guerra de Vietnam terminó por acrecentar el abismo generacional y causó la quiebra ética del Estado, provocando la rebeldía y la búsqueda de alternativas más allá de la verdad establecida. Una de las causas que habían alejado a Rand de la derecha norteamericana era su ateísmo, pero en los convulsos 60s hasta el ateísmo fue propenso a la teologización, siempre y cuando fuera algo diferente, radical. En este contexto, Burns (2009:203) observa que “a pesar de que el objetivismo parecía una forma de escapar de la religión, era más a menudo un sustituto, ofreciendo un régimen similar un moralismo sin un sentido de conformidad”; y de la misma forma Tuccille (1971:10) relata que “es especialmente atractivo para aquellos que se encuentran en el proceso de escapar de un ambiente religioso estricto”. A medida que la matrícula del NBI crecía⁷⁷ y el Colectivo se ampliaba, el objetivismo comenzó a comportarse como un culto. Resaltando las raíces judías y nietzchenianas del pensamiento de Rand, Walker (1999:xi) observa que “el movimiento objetivista de los 60s fue en realidad dos tipos de culto destructivo en uno. Fue político, y por tanto caracterizado por una disciplina de partido, una doctrina rígida y fervor revolucionario. Fue también terapéutico-educativo, dispensando introspección, motivación y conocimiento especial para lidiar con problemas profesionales y de la vida”. Fue también

⁷⁶ Cifras sobre rating indican que la audiencia de Carson rondaba los cincuenta millones de espectadores para la fecha, es decir, aproximadamente un cuarto de la población de los Estados Unidos.

⁷⁷ Una observación de Tuccille (1971:16), asistente a los cursos del NBI, da cuenta de la naturaleza del instituto: “con lugar en la cima para unos pocos elegidos, cada estudiante se convertía en el enemigo de su vecino; había muy pocos motivos para sonreír”.

una revolución cultural que influyó en el ánimo político norteamericano, preparando el terreno para la verdadera transformación de la década de los 70s.

El Giro Neoliberal

La década de los 70s marcó el final del esplendor de los años dorados del capitalismo. Con la firma de los Acuerdos de París de 1973 se puso fin, al menos oficialmente, a la participación norteamericana en la Guerra de Vietnam. Acosado por la opinión pública y con ayuda del genio diplomático de Henry Kissinger, Nixon dejó las hostilidades bélicas para enfrentar un problema económico en casa. Desde finales de la década de los 60s la inflación había irrumpido en el panorama político de los Estados Unidos provocando la inconformidad pública –alimentada por la aparición de los “papeles del pentágono” en 1971 en el New York Times, donde se revelaba que Kennedy, Johnson y Nixon habrían mentido sobre el costo real y la envergadura de la guerra– y una reacción todavía más radical. Un registro de 4.7% para el año de 1971 puso en marcha, por un lado, la *Nueva Política Económica* de Nixon⁷⁸ que contemplaba diversos controles de precios en productos estratégicos; y por el otro, puso fin a la convertibilidad del dólar en oro –para entonces fijada en 35 dólares la onza– como lo requerían los acuerdos de Bretton Woods. La inflación cimbró los cimientos de la edad de oro del capitalismo: “no hay oro suficiente en la reserva norteamericana para respaldar el papel moneda” (Escalante, 2015:93). En 1971, también, Rand publica sus dos últimos libros de no-ficción: *The New Left: the anti-industrial Revolution* y *The Romantic Manifesto*, ambas colecciones de artículos previamente publicados.

Mientras a nivel mundial el problema de la geopolítica tomaba fuerza, en el interior de los Estados Unidos las críticas a la intervención gubernamental de una segunda “New Right”⁷⁹ se agrupaban alrededor del *Wall Street Journal* y el *American Enterprise Institute*. Por otro lado, o más bien, en el mismo lado pero más a la derecha, un animoso movimiento libertario comenzó a constituirse inspirado por las enseñanzas de Rand. En palabras de Escalante (2015:92-3), “la situación cambia, casi de la noche a la mañana, en los años setenta.

⁷⁸ Siguiendo el recuento de Burns (2009:266), Rand votó por Nixon en ambas nominaciones, no tanto por simpatía como por considerarlo “el menor de dos males”, aunque es probable que la participación de Greenspan tuviera que ver mucho con su decisión.

⁷⁹ La primera “New Right” es la de finales de la década de los 50s que tuvo como estandarte a Barry Goldwater y como principal portavoz a la *National Review* de la cual ya hemos mencionado que, a pesar de su simpatía por las ideas económicas y políticas de Ayn Rand, chocaron con su ateísmo.

Se produce entonces el giro decisivo (...) la seguridad, el ánimo confiado, optimista, de la posguerra desaparece –y despunta un nuevo mundo (..) los setenta son sin duda los años más bajos para los Estados Unidos en casi todos los terrenos, y ese declive de la potencia económica tiñe la década”.

El influjo más notable de Rand en los 70s se dio en la Young Americans for Freedom (YAF), organización conservadora universitaria para la defensa de los derechos individuales, cuyo miembro más destacado y presidente nacional honorario fue Ronald Reagan. Una encuesta publicada en 1970 por la revista *New Guard*, señalaba que 22% de los miembros de la YAF se consideraban libertarios cuyas mayores influencias eran Ayn Rand y Ludwig von Mises (Tuccille, 1971:47). Pero como era de esperarse las ideas de Rand eran incompatibles con el conservadurismo de la YAF, por lo que su presencia significaría el inicio de una escisión. En 1969 el escritor y reportero Gary North asistió a una conferencia de la YAF en el sur de California en la que, según su testimonio, fue sorprendido por las banderas negras adornadas con el signo dorado del dólar, una mezcla de anarquismo y *La Rebelión de Atlas* que contrastaba con el carácter conservador de la YAF más afín al ideario de W. F. Buckley. En este panorama debe entenderse la observación de Duggan (2019:52) de que “las diversas y reñidas corrientes de opinión del ala-derecha coinciden en dos puntos: la defensa de la jerarquía y la apropiación de estrategias de la izquierda. Los escritos de Rand encajan bien con este marco de referencia”. Fue durante la convención de la YAF en Saint Louis a finales de 1969 cuando se consumó la escisión del ala radical “libertaria” hacia un movimiento independiente, particularmente activo en UCLA y la Universidad de San Diego y que se consolidaría en la formación de Society for Individual Liberty (SIL) más afín al radicalismo randiano. Lejos de sentirse alagada, Rand reaccionó ante el movimiento del SIL acusándolo por plagiar sus ideas a conveniencia y sobre ellos comentó: “si esos hippies esperan convertirme en su Marcuse, no va a funcionar” (Rand, 1971).

Como parte del mismo movimiento de emancipación de la tutela conservadora del libertarismo, se fundó en 1971 el Partido Libertario de los Estados Unidos bajo el liderazgo de David Nolan, disidente de la YAF y declarado admirador de Ayn Rand. El primer candidato presidencial del Partido Libertario para la contienda de 1972 fue el filósofo y profesor de la Universidad de Columbia John Hospers, quien tuvo durante principios de los

60s una corta amistad con Rand. Fue por mediación de Rand que Hospers había aprendido los principios del libre mercado y se adhirió al libertarismo. En contraparte, Hospers se esforzó por convencer a Rand de la necesidad de adentrarse en el debate académico serio del mundo de los *journals*, llegando a invitarla a la reunión de la American Aesthetics Association en 1962 en la Universidad de Harvard. Pero cuando durante la introducción a la ponencia de Rand Hospers cometió el “pecado” de criticar públicamente algunos de los principios de su “sistema filosófico”, la amistad se dio por terminada. Al igual que pasó con la SIL, Rand se referiría sobre su supuesta cercanía con el Partido Libertario en una carta fechada en abril de 1980 que “son mis enemigos y no tienen nada que ver con mi filosofía, excepto por intentos ocasionales por plagiarla” (Rand, 1980e). Para Rand estaba claro, o se sometían a sus ideas o eran sus enemigos. Si alguien discrepaba con el más mínimo detalle del objetivismo, era simplemente porque no lo había entendido, o porque era un ser inmoral.

Y sin embargo, a pesar de la actitud hostil de Rand y su deseo de alienarse de cualquier movimiento político en el que no fuera ella misma el centro de atención y manantial de la sabiduría “la postura política de Rand es esencialmente libertaria” (Sciabarra, 2013:267). Asimismo, Burns (2009:266) señala “Rand ayudó a los libertarios a crear un subcultura cohesiva sin sacrificar su autonomía o independencia”. Si Rand no quería formar parte de la transformación política, así sería. En una declaración a finales de 1972, la SIL se desligaba de la controversial filósofa. Sus comentarios negativos sobre el ambientalismo y el feminismo, así como su apoyo a Israel y la guerra de Vietnam –contradiendo mucho de su anterior oposición que le había ganado la simpatía de los grupos contrarios al enrolamiento obligatorio– no tenía cabida en el movimiento libertario⁸⁰. Sus novelas, sin embargo, se mantuvieron en gran estima entre los miembros de la SIL, al grado de que en 2007 ésta publicó una nueva edición de *El Manantial*. Pero en más de una forma, con el paso de los años Rand se movía cada vez hacia el conservadurismo, el resentimiento y el aislamiento.

- o -

⁸⁰ En las memorias de Jerome Tuccille (1971) se lee que la ruptura final del líder libertario con la filosofía de Rand se dio a partir de las declaraciones de Rand en contra del movimiento ecologista, llegando a afirmar que la contaminación era un signo de progreso.

Durante la década de los 70s tuvieron lugar al interior del “Colectivo” una serie de cismas y purgas que debilitaban su credibilidad. Murray Rothbard vio con horror cómo el Colectivo del que una vez formó parte se convertía en una secta intolerante en el que la novela era leída como una biblia y Rand repartía su aprobación más guiada por el alago que por la contribución intelectual al debate. “Parecía que había dos objetivismos: uno que genuinamente apoyaba el intercambio intelectual, el compromiso y el discurso, y otro dogmático, cerrado y aplastante como alegaban los críticos de Rand (...) la presencia de Rand, una personalidad carismática, era suficiente para acercar al objetivismo a un territorio quasi-religioso, pero el objetivismo era también propenso al abuso debido a su estructura totalitaria” (Burns, 2009:236). Sciabarra (2013:13) observa respecto a tales actitudes sectarias que “irónicamente, un movimiento dedicado a la libertad y la autonomía individual generó disputas sobre la pureza ideológica”. Por último, cito el testimonio de Tuccille (1971:14) respecto a esta condición de culto: “las semillas de la rigidez implantadas en sus novelas dieron fruto. Esta campeona del individuo, de la belleza y variedad de la mente sin restricciones, procedió a erigir su propia casa de cartas (...) su propio sustituto de la religión que negaba cada principio que ella misma había establecido”.

En 1968 se dio la ruptura más amarga al interior del movimiento objetivista. Al descubrirse la traición de su amante Nathaniel Branden⁸¹, el Colectivo llegó a su fin. El NBI –que para la fecha se había consolidado como institución de espectro nacional con miles de estudiantes– fue rápidamente desmantelado y Rand cayó nuevamente en una depresión de la que no se recuperaría hasta su muerte. Sus apariciones públicas cesaron casi por completo limitándose a su participación anual en Ford Hall Forum. Por otro lado, observa Burns (2009:247), “el cisma de 1968 fue un desastre para Rand, pero una bendición para muchos de sus lectores (...) una vez liberadas, las ideas de Rand ayudaron a propulsar una explosión ideológicas de la derecha que culminó con un movimiento libertario independiente”. De las 128 revistas de corte libertarios que aparecían el directorio “A es A” –nombrado en homenaje a Rand– de 1972, más de treinta se declaraban abiertamente “objetivistas”.

⁸¹ Al parecer el *affair* de Branden con una joven miembro del Colectivo, Paetrícia Gullison, iba en contra de los postulados racionales del objetivismo según el cual el amor debía ser, como toda otra emoción, guiado por la razón. Que un hombre inteligente prefiriera la belleza juvenil al genio de Rand no era “racional”.

Uno de los pocos discípulos que se mantuvo fiel a Rand en medio de la tormenta fue Alan Greenspan. A pesar de que sus ocupaciones políticas habían hecho sus encuentros menos frecuentes, la influencia y admiración persistía. Greenspan escalaba rápidamente la jerarquía republicana desde el momento en que se unió a la primera campaña de Richard Nixon por invitación de Martin Anderson, quien por aquel entonces fungía como asesor de Nixon, y posteriormente lo sería de Reagan y Bush padre también. Anderson fue estudiante del objetivismo en el NBI en la década de los 60s. El ascenso de Greenspan en la política aconteció dentro del giro anti-keynesiano que marcó la década de los 70s, alimentado por el fantasma de la inflación.

El 6 de octubre de 1973, Israel había entrado en guerra con la coalición de países árabes⁸², conflicto en el cual Estados Unidos, guiado por Kissinger, apoyó a las fuerzas israelíes. En protesta a la intervención norteamericana, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) decretó un embargo petrolero que se tradujo en un aumento de los precios del crudo y un nuevo shock inflacionario, sin que Estados Unidos pudiera hacer nada al respecto. En 1972, observa Galbraith (2011a:305), el índice de precios del combustible para uso doméstico pasó de 118.5 a 675.9 [1967=100]. Que el premio Nobel de economía de 1974 fuera otorgado conjuntamente a Gunnar Myrdal y Friedrich Hayek “por sus contribuciones a la teoría del dinero y las fluctuaciones” revela mucho de las preocupaciones de la época, así como de la incertidumbre para enfrentarlas. Apenas un par de años más tarde, sin embargo, la condecoración otorgada a Milton Friedman confirmaba que el giro era completo, al menos a nivel académico.

El año de 1973 fue un *annus mirabilis* para el neoliberalismo que cuenta entre sus “milagros” el golpe de estado de Augusto Pinochet, la Guerra de Yom Kippur, la entrega del Premio Nobel de la Paz al polémico Henry Kissinger por su mediación en el conflicto árabe-israelí, la fundación de la *Comisión Trilateral* financiada por la casa Rockefeller y, no menos importante, la publicación de *Archipiélago Gulag* de Aleksander Solzhenitsin. Al respecto, observa Escalante (2015:103), “la última pieza, la que faltaba para que la crítica del ‘Establishment’ fuese básicamente crítica del Estado, sin salvedades, era el descrédito

⁸² Sobre el tema de Israel y Palestina, Rand defendió “el derecho” de Israel a extender su dominio sobre los territorios “bárbaros” de los árabes, llegando a confesar que el apoyo a Israel fue la primera causa a la que donaba dinero.

definitivo de la Unión Soviética”. Aunque históricamente correcta, tal aseveración omite que el descrédito soviético se encontraba patente en la obra de Rand desde mediados de los 30s, aunque nadie le prestara mucha atención entonces. Como una nueva muestra de su rencor y ensimismamiento, Ayn Rand criticó a Solzhenitsin llamándolo “un místico eslavófilo”.

En 1973, también, llegó un alivio para el frágil estado de ánimo de Rand: después de años de silencio, recibió noticias de su hermana Nora, a quien creía muerta. Pero el alivio se volvió una pesadilla cuando descubrió que, durante su visita a Nueva York, la otrora apreciada hermana y admiradora encontró a los Estados Unidos incompresibles y declinó la oferta de quedarse a vivir con su hermana, decidiendo en cambio regresar a la Unión Soviética. Como un golpe final a su entusiasmo, Ayn Rand fue diagnosticada con cáncer de pulmón. A propósito de su enfermedad, uno de los episodios más contradictorios en la vida de Rand se dio cuando aceptó inscribirse tanto al Servicio de Seguridad Social como al Medicare⁸³, ambos programas gubernamentales a los que se había opuesto vehementemente. La razón no fue la dificultad para pagar su tratamiento y el de su marido también enfermo para la fecha. Su justificación, “cuando los intereses económicos de Rand estaban en juego, los pobres doctores esclavizados se volvían codiciosos traga-dinero” (Weiss, 2012:62).

Agreguemos solamente un detalle más a esta contradicción, ya que en la introducción a su libro *For the New Intellectual* (1961:14) Rand escribió sobre los “Médicos Brujos” – ideólogos de la fe– que “todo lo que su mecanismo produce es un absoluto que no debe ser cuestionado; y cuando choca con la realidad, es la realidad la que ignora”. Tal fue precisamente su caso respecto al cigarro cuya relación con el cáncer negó tajantemente cuando se le cuestionaba sobre su abuso del tabaco. La postura del objetivismo respecto al cigarro, relata Tuccille (1971:25), era que “los cigarrillos eran pro-vida y pro-humanidad ya que eran manufacturados por capitalistas productivos para el disfrute humano; estar en contra del tabaco (...) era estar en contra de los esfuerzos creativos de los industriales”; lo cual entra en conflicto claramente con una filosofía que supuestamente postulaba que “una persona que

⁸³ Haciendo alusión a la actual postura del presidente del ARI, y de la institución misma, en contra de la seguridad social, Weiss (2012:63) observa que las compensaciones de Yaron Brook ascienden a cerca de 439,000 dólares anuales, lo que le permite, a diferencia de Rand, “permitirse la consistencia intelectual y no enrolarse en el Medicare y la Seguridad Social cuando se retire”. No fue igual de congruente cuando en el año 2020, en medio de los estragos de la crisis del Covid-19, el ARI recurrió al programa de prestamos (Paychek Payment Program) de la administración Trump para salir a flote de la contingencia.

conscientemente evade los hechos de la realidad actúa en contra de su supervivencia” (Sciabarra, 2013:261); en otras palabras, Rand cometió el peor de los pecados para el objetivismo: ser irracional.

- o -

Los años de 1974 y 1975 significaron para los Estados Unidos la primera recesión tras casi tres décadas de continuo crecimiento. El PIB se redujo durante este periodo un 5%, las cotizaciones de la Bolsa de Valores se contrajeron a cerca de la mitad y el desempleo ascendió a un 9.2% (Stein, 2011:102) mientras la inflación alcanzó el 14% (Galbraith, 2011a:302). En palabras de Escalante (2015:98-9) “sencillamente, el modelo [keynesiano] dejó de funcionar (...) el programa neoliberal tenía una alternativa con el brillo de lo nuevo (...) su punto de partida era una crítica de las posturas keynesianas (...) ofrecía un horizonte radicalmente distinto: un programa económico completo, con otras bases, una crítica muy incisiva del orden institucional, de las inercias y las consecuencias impensadas, deletéreas, del Estado de Bienestar, y una explicación general de la crisis que parecía cuadrar bien con los hechos”. Y con Rand tenía, adicionalmente, una justificación moral.

En este escenario asumió la presidencia Gerald Ford, quien enfrentado con una creciente desconfianza en el gobierno, optó por la disuasión moral para combatir el aumento de los precios –la inflación se encontraba por arriba del 13% (Galbraith, 2011:305) – mediante su cruzada *Whip Inflation Now*. Asimismo, nombró como presidente del Consejo de Asesores Económicos a un notable campeón del anti-intervencionismo, nada más y nada menos que Alan Greenspan, cuyo diagnóstico de la situación apuntaba al gasto de gobierno⁸⁴ como causa de la inflación; su solución –monetarista antes del monetarismo– aumentar la tasa de la FED hasta un 13% (Stein, 2011:116). Sobre el desempleo, nada se podía o, más bien, se debía hacer. Había que combatir la inflación, no la recesión.

Quizá en ningún otro momento la influencia directa de Rand sobre formación de la administración pública fue más trascendental, pues según su propio testimonio, Greenspan

⁸⁴ El gasto público que en 1929 ascendía a cerca de 6,900 millones de dólares (2% del PIB), había aumentado hasta 97,000 millones (8% del PIB) en 1976 (Galbraith, 1983:344). Datos de Ferguson (2011: 228) sugieren que tan solo el gasto social ascendía al 9% del PIB en 1975 “superando por primera vez el gasto en defensa”. Asimismo, observa Hobsbawm (2014:287), por primera vez en 1970 el número de personas empleadas en las escuelas de Estados Unidos superó al personal dedicado a labores “de defensa”.

habría dudado en tomar el cargo en la administración de Ford y fue ella quien lo convenciera. En una entrevista telefónica concedida al New York Times a una semana del nombramiento, Rand dijo a la reportera Soma Golden: “ayudé a Alan a analizar lo que estaba en juego –pero claro que la decisión fue suya” y se refirió a Greenspan como su “discípulo filosófico” (Golden, 1974e). Asimismo, Sechrest (2005:276) recupera el relato de tres biógrafos de Greenspan donde se narra que al ser cuestionada sobre el nombramiento de Greenspan, Rand habría declarado que estaba “muy orgullosa de Alan” (Martin, 2001) y también “Alan es mi discípulo. Es mi hombre en Washington” (Tuccille, 2002). Una fotografía rescatada de los archivos del ARI muestra a Rand posando junto a Gerald Ford, Frank O’Connor y Alan Greenspan en la Oficina Oval el día de su nombramiento.

- o -

La recesión era una realidad apremiante y el descontento público iba en aumento. Como lo observa Stein (2011:121) “la estima pública a las empresas se encontraba en un nivel históricamente bajo”. Fue en este contexto que en 1975 se aprobó la *Energy Policy and Conservation Act* que contemplaba la reducción de los precios del petróleo interno, así como una reducción tasa FED al 5.2% ya que la anterior subida había repercutido severamente en la inversión. Con estas medidas la inflación bajó de los dos dígitos a un 7%, pero el desempleo se mantuvo a niveles del 8.5%. La “estanflación” entró a los anales de la economía para trastocar los últimos cimientos sobrevivientes del keynesianismo de la edad de oro.

A finales de 1975 la depresión económica había tomado un carácter mundial, por lo que los líderes del mundo occidental se reunieron en el *Economic Summit of Paris*, cuya herencia más trascendental sería la fundación del “G.7”. Los líderes del mundo entendían que para sobrevivir, tendrían que colaborar, y ni los poderosos Estados Unidos podían quedar fuera del pacto ya que, de hecho, al finalizar la década de los setentas las economías de la Comunidad Europea junto a Japón superaban a los Estados Unidos en un 60% (Hobsbawm, 2014:254). Por otro lado, la década de los setentas significó el inicio de una era de globalización transnacional, en la que grandes empresas de todo el mundo –el caso de la Volkswagen es ilustrador y significativo para México– comenzaron a repartir sus procesos productivos hacia las zonas subdesarrolladas a fin de aprovechar la mano de obra barata y potenciar los beneficios de la “división internacional del trabajo”.

La contra parte del G.7 se conformó alrededor de la *Resolución 3201* de la ONU en 1974, cuyo objetivo era el de “promover el progreso económico y social de todos los pueblos” mediante la construcción de un Nuevo Orden Económico Internacional basada en el principio de la igualdad soberana de los Estados. Asimismo, se constituyó en 1977 la Comisión Brandt para atender a los problemas del desarrollo internacional que, según el informe, se debían a que “no se ha reconocido suficientemente que uno de los principales factores que explican la crisis actual es el abismo que separa a los países ricos de los pobres... abismo tan amplio que en los dos extremos la gente parece vivir en mundos diferentes" (IB, 1977:47). Escalante (2015:97) sintetiza este peculiar momento de la geopolítica mundial y el fracaso de los países subdesarrollados para llevar sus preocupaciones a la agenda internacional: “la Comisión elaboró un primer informe en que recomendaba revisar los términos de intercambio, regular las empresas multinacionales, reorganizar el sistema monetario internacional y reducir los subsidios agrícolas de los países centrales (...) no fueron vistas nunca con simpatía por los gobiernos de los países centrales que votaron en contra de todas las resoluciones”. Como lo quería Margaret Thatcher, no había marcha atrás en la construcción del orden neoliberal

- o -

El último número editado del *Ayn Rand Letter* en mayo de 1975, refiriéndose a las elecciones primarias del Partido Republicano que a la postre tendrían como ganador a Gerald Ford, Rand escribió a su auditorio: “los insto, tan enfáticamente como me es posible, a no apoyar la candidatura de Ronald Reagan (...) un conservador en el peor sentido de la palabra”. Como lo demuestra este testimonio, la derecha no sólo estaba dividida, sino también golpeada por los escándalos y su incapacidad frente a los problemas económicos, por lo que en 1976 los demócratas recuperaron la Casa Blanca en la figura de Jimmy Carter. Sin embargo, lejos de llevar a cabo una redirección de la política iniciada por Nixon, la nueva gestión demócrata continuó en el camino del fin del Estado benefactor. El giro había comenzado y no había “marcha atrás”. Carter se demostró favorable a la desregulación, promoviendo el fin de la intervención en los transportes, las finanzas y otras industrias (Lind, 2011). El nuevo consenso que habría de desembocar en el triunfo de Ronald Reagan había comenzado a gestarse, en contra de la interferencia pública en la economía y a favor de un “nuevo” liberalismo. Como parte del nuevo consenso, Paul Volcker fue nombrado Presidente de la

Reserva Federal en 1979 –año en que Margaret Thatcher toma el cargo de Primera Ministra del Reino Unido–, y no dudó en elevar la tasa de la FED del 11.2% a un 20% en 1981 para combatir la inflación, la cual caería desde el 15% hasta menos del 3% en 1983⁸⁵. La era del monetarismo iniciaba oficialmente: “se frenó la inflación, pero también se invirtió la relación entre acreedores y deudores, en todo el mundo” (Escalante, 2015:107). La bendición de los petrodólares se convirtió de pronto en la pesadilla de la deuda.

A pesar de la encarecida petición de Rand a sus lectores, Reagan “llegó a la Casa Blanca impulsado por una coalición improbable de neoliberales, neoconservadores y nacionalistas (...) no era un doctrinario. Tenía en claro dos o tres ideas, muy simples, tenía también una especie de ceguera selectiva que le permitía no ver los hechos desagradables, incómodos, y una capacidad casi ilimitada para contagiar a otros su optimismo” (Escalante, 2015:122). Existía, sin embargo, un eje que daba sentido a esta coalición: “los hilos unificadores eran la mezquindad y la codicia, el espíritu de esta mezcolanza es Ayn Rand” (Duggan, 2019:vii). Así pues, lejos de sus diatribas ideológicas, sumida en la ola de las transformaciones sociales de los 70s, Rand ayudó a un conservador a llegar a la Casa Blanca.

Como lo señala Ferguson (2009:273) “la reacción en Washington por parte de las administraciones de Carter y Reagan fue tratar de salvar todo el sector mediante las reducciones fiscales y la desregulación, en la creencia de que las fuerzas del mercado resolverían el problema por sí mismas”. Hacía falta, sin embargo, remover algunos estorbos persistentes de las épocas anteriores. Una de las primeras acciones de Reagan, en agosto del 81, fue disolver la huelga de que estalló en la industria del transporte aéreo –producto, por cierto, de la *Ley de Desregulación de la Aviación* de 1978 que incrementó el número de vuelos– mediante el despido de 11,000 controladores. Otra acción más relevante todavía fue la promulgación de la *Economic Recovery Tax Act* de 1981, también conocida como “recorte impositivo Kemp-Roth”, cuyo componente central consistía en un marcado descenso del impuesto sobre la renta de un 70 a 50 por ciento para el margen superior de ingresos, y de un 14 a un por ciento para el estrato inferior. La “curva de Laffer” entraba en su etapa de aplicación empírica –sus resultados serían contradictorios–. Cabe señalar que uno de los

⁸⁵ La política monetaria de Volcker acabó con la inflación, pero también dañó fuertemente a la economía sin que el desempleo mejorara, de hecho, ascendió por arriba del 10% (Galbraith, 2011a: 311). El decenio de 1980 inició en medio de una recesión y produjo un nuevo vuelco en la política.

principales defensores del Acta fue el renombrado objetivista y desde 1981 consejero de asuntos económicos de Reagan, Alan Greenspan.

En el año de 1981 tuvo lugar también la cumbre de Cancún, convocada a partir de las conclusiones del Informe Brandt, en la que Reagan expresó sin reparos la postura de los países centrales respecto a la petición de un desarrollo justo, y en la que se dejan ver los tintes randianos de su visión política: “hay quienes confunden compasión con desarrollo”. Contra las recomendaciones del Informe, se abría la puerta para la era de los *Programas de Ajuste Estructural*: “en resumidas cuentas, según la nueva idea, el estancamiento era consecuencia de la intervención del Estado en la economía” (Escalante, 2015:132). Así pues, el nuevo consenso liberal, el neoliberalismo, implicó, más allá de sus concreciones prácticas, la negación de la responsabilidad moral por el colonialismo, poniendo desde entonces el acento del desarrollo en los “libres mercados”. La sombra de Rand proyectada sobre el tercer mundo.

Reagan llevó al extremo el programa iniciado por Carter y, tal como lo menciona Hobsbawm (2014:252), “la guerra fría de Ronald Reagan no estaba dirigida contra el <<imperio del mal>> exterior, sino contra el recuerdo de Franklin D. Roosevelt en el interior: contra el Estado de Bienestar igual que contra todo intrusismo estatal”. Un aliado que se demostraría de gran ayuda en su cruzada fue, nuevamente, Alan Greenspan, quien en 1966 había escrito en una de sus aportaciones al libro de Rand *Capitalismo el Ideal Olvidado*, que “desprovisto de su jerga académica, el Estado de Bienestar no es nada más que un mecanismo por el cual los gobiernos confiscan la riqueza de los miembros productivos de una sociedad para dar sostén a una amplia variedad de esquemas de bienestar social” (Greenspan, 2009:128-9). Sin embargo, más allá de la retórica, el gobierno de Reagan no redujo el gasto, sino que lo reorientó en gran parte hacia un programa armamentístico de proporciones sin precedentes e inconcebible en una época de paz, provocando con ello un fuerte déficit presupuestario⁸⁶ (Hobsbawm, 2014:412), ya que la cara complementaria de dicha política fue una reducción impositiva sustentada en los postulados de la “curva de Laffer”, pilar de la economía de la oferta [*supply side economics*] según la cual la recaudación fiscal aumentaría si se reducían los impuestos debido a un efecto de mayor inversión disponible. Ya en 1981

⁸⁶ En 1966 Greenspan (2009:130) había escrito en contra del déficit de la administración Roosevelt destinado al alivio del desempleo, que “el déficit fiscal es simplemente un esquema para la confiscación ‘secreta’ de la riqueza”. No hizo una crítica similar a la administración de la cual fungía como asesor.

el impuesto medio sobre las ganancias del capital había bajado del 28 al 20 y la tasa máxima de impuestos sobre la renta había pasado del 70 por ciento en los sesenta a un 50 por ciento. Gracias a una segunda reforma en 1986 llegaría hasta el 35 por ciento. La recaudación, por cierto, no aumentó, pero sí la deuda pública.

Nuevamente “la mano invisible” de Rand, quien veía en el Estado Benefactor a la encarnación del altruismo y por ende de la inmoralidad, se dejó ver de forma inesperada y hasta catastrófica para los adeptos del objetivismo cuando Greenspan fuera nombrado comisionado para articular la reconfiguración del Sistema de Seguridad Social que impulsó *Ley de Reforma de la Seguridad Social* de 1983. En resumen, la reforma consistió en un aumento del impuesto sobre la nómina acompañado de una reducción de los beneficios de los contribuyentes. He aquí la contradicción de Greenspan: un objetivista proponiendo un aumento a los impuestos. Pero la aparente paradoja se despeja cuando atendemos a la observación de Krugman (2004) de que el efecto neto de las bajas y las altas en el sistema impositivo fue desfavorable a las familias de medianos y bajos ingresos y muy favorable a los ricos (Krugman, 2004e), es decir, se trató de una reforma altamente regresiva cuyo resultado final sería un aumento de la desigualdad. Es en este sentido que Weiss (2012:63) sugiere que “quizá simplemente el objetivismo no tenga un propósito práctico excepto promover el interés económico de las personas que lo financian (...) su visión del interés público fue moldeada por Ayn Rand, quien les enseñó que no existe tal cosa como el interés público”. Fue así como las randianas nociones de la responsabilidad individual y la inmoralidad del impuesto sobre la renta se habían materializado, a través de un impuesto y por mediación de Greenspan, en las reformas neoliberales de Ronald Reagan.

- o -

De Roosevelt a Reagan, pasando por Willkie y Goldwater, Rand dirigió sus ataques contra el gobierno. Ya fuera por sus tendencias socialistas o por su conservadurismo, fueron los hombres de Estado a quienes culpó por la decadencia del capitalismo, ese “ideal olvidado”. Pero no fue sino hasta la década de los setentas cuando por fin su postura alcanzó a las masas, se volvió, por así decir, una cuestión de sentido común. Como lo observa Escalante (2015:99), “la crítica del Estado y de la burocracia es posiblemente el motivo cultural característico de la década de los setenta”. Es sin duda, el motivo cultural que subyace en la

obra de Ayn Rand. En muchos sentidos, su crítica radica en la memoria de su infancia: los Comunistas y la Santa Rusia, encarnaciones de la sinrazón a la pretendió combatir. Luego vinieron el New Deal y los conservadores, sobre quienes extendió el recuerdo de aquella Rusia que, a pesar de haber abandonado en 1926, no la abandonó hasta el día de su muerte el 6 de marzo de 1982.

El día de su sepelio muchos lloraron alrededor de su ataúd acompañado por un arreglo floral estilizado en la forma del signo del dólar, el signo de los negocios, el signo de Ayn Rand. El dólar, sin embargo, guarda también esa otra cara del ideario norteamericano que Rand negó e incluso combatió tanto como al colectivismo: se lee en cada billete verde “*in God we Trust*”. Rand pretendió desplazar a Dios mediante la razón, pero fue Dios en boca de los conservadores, en boca de Reagan, quien se apropió de Rand para encausar su propia rebelión que fue, Atlas o no, la rebelión de los ricos. Un año antes de su muerte, George Gilder reconoció en Rand a una de las mayores influencias para su libro *Wealth and Poverty* [1981] el cual, observa Burns (2009:279) “pronto fue conocido como la biblia de la administración Reagan”. Tres años más tarde en 1985 fue fundado el Instituto Ayn Rand para la difusión del pensamiento y obra de Rand. Treintaicinco años más tarde su tarea continúa. “No es marginal, no es cosa del pasado” (Escalante, 2015:169).

CRÍTICA DE LAS IDEAS ECONÓMICAS DE AYN RAND

III. Crítica de las Ideas Económicas de Ayn Rand (I)

A. INTRODUCCIÓN

El presente capítulo se aborda el estudio y la crítica de tres temas sobre los que Rand escribió con alguna extensión y en los que se conjugan la historia y la economía. A diferencia de los capítulos precedentes donde se exponen la vida y obra de Rand sin prestar mayor atención a la verdad o falsedad de sus contenidos, sino que se trató de explicar su ascenso y creciente aceptabilidad, su “evolución” desde la marginalidad hasta dominar el sentido común, en el presente capítulo se analiza críticamente sus ideas económicas que son, en gran medida, reflejo del pensamiento económico de Ludwig von Mises. Se trata, por otro lado, de temas que fueron debatidos por los integrantes del Coloquio Lippmann de 1938 y que se relacionan en gran medida con los estragos de la Gran Depresión y el “retroceso del liberalismo” que produjo. Asimismo, son cuestiones que se mantuvieron en el centro del debate neoliberal tal como lo constata la evolución teórica de la Sociedad Mont Pelerin, particularmente durante los años 60s. Dichos temas son: A) El Monopolio, B) La Crisis de 1929 y C) Los Sindicatos. Pero antes de entrar en materia, es necesario prestar una atención mínima al entramado ideológico en el que dichas ideas se sumergen, el intento de sistema filosófico de Ayn Rand, y su relación con la Escuela Austriaca.

Objetivismo

Las ideas económicas de Ayn Rand padecen de una ambigüedad y una dispersión que dificultan la tarea de un análisis crítico. Por otro lado, como todo conjunto de ideas que se asume como un sistema, la ortodoxia reclama para el objetivismo que éste sea juzgado en forma integral. En este sentido, uno de los estudiosos más dedicados de la obra de Rand, el profesor C. M. Sciabarra (2013:11), sugiere que al estudiar el pensamiento de Rand “uno debe empezar en los elevados terrenos de la metafísica y avanzar metodológicamente hacia su epistemología, psicología filosófica, estética, ética y política”. No es la intención del presente capítulo llevar a cabo tal revisión integral, en parte porque no se trata de una tesis de filosofía, en parte porque la sugerencia de Sciabarra parece excesiva a la luz de lo fragmentario de su pensamiento y el simplismo filosófico que revisten muchos de sus postulados centrales, como aquel, por ejemplo, que dicta que la “la realidad es objetiva”. No está de más, sin embargo, detenernos un momento para explicar con algún detalle mínimo

qué es el objetivismo, sobre el cual la misma Rand dijo: “mi filosofía, en esencia, es el concepto de que el hombre es un ser heroico, con su propia felicidad como el propósito moral de su vida, con el logro productivo como su más noble actividad, y la razón como su único absoluto” (citado en Heller, 2009K).

En una conferencia previa a la publicación de *La Rebelión de Atlas*, Rand resumió su filosofía en los siguientes términos: “1) Metafísica: la realidad es objetiva; Epistemología: la razón como único medio de conocimiento; 3) Ética: el interés propio; 4) Política: capitalismo” (Rand, 1998K:112). Rand no articuló su filosofía en un tratado, sino que se encuentra dispersa en sus ensayos y novelas, principalmente en un pasaje de cerca de 70 páginas incluido en *La Rebelión de Atlas* conocido como “discurso de Galt”. Según la apreciación de Sciabarra, una visión completa de su filosofía sólo se puede extraer teniendo en cuenta las múltiples interpretaciones a las que dio origen, entre las cuales destacan los trabajos ulteriores de Leonard Peikoff –su albacea intelectual–, David Kelley –fundador de la Atlas Society– y Nathaniel Branden –por muchos años principal asociado, amante y heredero–; lista a la que habría que añadir la obra misma de Sciabarra, que quizás sea el intento más interesante y polémico de dar coherencia al objetivismo.

Una breve síntesis de la filosofía randiana en la que resaltan sus categorías y conceptos fundamentales la encontramos en Younkins (2017:86-94) donde se lee que “el objetivismo se funda en los axiomas de existencia, identidad y consciencia. Más específicamente, la existencia existe⁸⁷, ser es ser algo y la consciencia es la facultad que percibe aquello que existe independientemente de la consciencia (...) la negación de cualquiera de los axiomas del objetivismo es ilógica ya que estos están implícitos en el acto mismo de la negación”. Una frase recurrente de Rand era que “Existencia es Identidad”, en la cual se conjuntan sus axiomas de realidad y lógica. A su parecer, no se trata de fenómenos independientes, ya que, en una inverosímil inversión de las leyes de la lógica aristotélica, no es la lógica la que deriva su verdad de la realidad, sino la realidad la que sustenta su verdad en la lógica. De aquí que en el mundo de Rand las contradicciones no existan.

⁸⁷ Sobre este postulado y las consecuencias que de él derivó Rand, observa Robin (2017K:4845) que “se parece mucho a decir que la ley de la gravedad es pesada y la fórmula del azúcar es dulce”.

A partir de estos fundamentos lógico-ontológicos se puede “descender” en el sistema randiano por múltiples ramas que incluyen: la razón como medio único para la adquisición del conocimiento [epistemología] y, por tanto, para la supervivencia [ética]; el proceso de abstracción como base del conocimiento conceptual [epistemología]; la primacía de la vida como fundamento del valor, la voluntad y la moral [ética]; la razón, el propósito y la autoestima como valores cardinales, cada uno con su virtud correspondiente: racionalidad, productividad y orgullo [ética-psicología]; la felicidad como recompensa a una vida productiva [psicología-ética]; la noción de justicia como la virtud de garantizar a cada hombre aquello que merece objetivamente [ética-política]; los derechos como derivaciones lógicas de la naturaleza humana [política]; etc. Como corolario a este código moral, emerge el capitalismo como único sistema capaz de cumplirlo [economía - política] y un esbozo de filosofía de la historia en la que el conflicto entre los “hombres de la razón” contra los “místicos” determina los derroteros de la civilización [historicismo]. Ante tal profusión de derivas racionalistas, Sciabarra (2013:126) advierte que “el objetivismo no puede ser completamente apreciado hasta que no es abordado como una totalidad”; es decir, hasta que no se reconoce el carácter de una filosofía con método y sistema, ya que como lo sugiere su heredero intelectual, Leonard Peikoff (1991:125), el logro de Rand debe mucho a su “consistencia metódica”.

Al parecer de sus críticos, en contraste, el objetivismo aportó poco o nada al pensamiento filosófico occidental⁸⁸, llevándolo a un radicalismo pro-capitalista que se vio opacado por el carácter de culto al que dio origen su enseñanza. “¿Cuál es la tesis central del *Objectivist Movement*? –se cuestiona Zamagni (2013:133) – Que no solamente la avaricia es buena en sí, sino que, además, cualquier intento de contenerla es un mal, porque la avaricia es el mecanismo principal que regula el orden social”, responde. Weiner (2016:19) sugiere que “el objetivismo, a pesar de su nombre, es realmente una forma de idealismo que a menudo

⁸⁸ Los tres filósofos a los que más atacó fueron: Platón, a quien en tácito acuerdo con Karl Popper llamó “padre del colectivismo”; Immanuel Kant, “ese manantial de contradicciones”; y John Dewey, portavoz del “pragmatismo”, filosofía norteamericana por antonomasia y foco de los ataques randianos precisamente por la postura filosófica de Dewey que insitaba a los pensadores a abandonar las abstracciones y no analizar los problemas sociales a partir de posturas metafísicas, como Rand, sino a partir de sus consecuencias prácticas. La persona y el pensamiento de Dewey le servirían de modelo para uno de los personajes más ridiculizados de *La Rebelión*, el “Dr. Simon Pritchett”, un nihilista de la razón que pregona la idea de que nada puede ser explicado.

cruza la línea de la mitología”. En relación a su fundamento vitalista y su relación con Aristóteles, Robin (2017K:4849-98) observa que “el naturalismo de Rad está muy lejos del de Aristóteles. Para él la vida es un hecho: para ella es una pregunta, y esa pregunta es la que hace de la vida, en sí misma, el objeto y fuente de reflexión que es. (...) Rand nunca habla de la vida como un hecho dado o fundado. Es un condicional, una decisión que debemos tomar, y no en una única ocasión, sino una y otra vez”. Asimismo, respecto a su “postura moral”, concluye que “en el universo randiano, es pleno día todo el tiempo. Lejos de ser agotador o debilitante, esa existencia, al menos para Rand y sus personajes. Vivifica y excita. Si esta idea tiene alguna resonancia moral, no se oirá en la escritura de Aristóteles ni en el existencialismo superficialmente similar de Sartre, sino en el machacón avance del fascismo” (Robin, 2017K:4903).

Se trata, en síntesis, de una mezcla de “egoísmo racional” –que al parecer de Weiner (2016) abreva de la tradición rusa de Nikolai Chernyshevski– y “realismo aristotélico” unidos más que por la coherencia por la personalidad intransigente de su fundadora y su capacidad para la conjunción de ideas antagónicas a través de la manipulación semántica. En palabras de Escalante (2015:170), “el objetivismo no es un sistema filosófico, sino una colección de afirmaciones dogmáticas, de una ingenuidad que a veces resulta sorprendente (...) en eso estriba parte de su atractivo para los fieles: el credo es una pura fantasía (...) es probable que a eso obedezca su encanto para lectores de escasa cultura: es una filosofía para cualquiera”.

Una filosofía, habría que corregir, para cualquiera que no se tome muy en serio la filosofía. Es en este sentido que Burns (2011:330) apunta que el objetivismo “se ha demostrado demasiado estrecho y dogmático como para proveer un hogar duradero para más que un limitado grupo de creyentes”. En realidad son pocos los verdaderos profesos de la “ferandiana” que viven siguiendo sus postulados al pie de la letra. La gran mayoría de sus admiradores han leído apenas algunas de sus novelas y captado en ellas un mensaje egocéntrico que es asimilado sin verdadera mediación reflexiva. Una ideología sencilla y persuasiva, más aún, auto-gratificante. Es la ideología a la que Alan Greenspan se refirió durante su comparecencia ante el Congreso en 2008 cuando dijo que “para existir, necesitas una ideología” y de la cual admitió haber encontrado “una falla”.

Respecto a este carácter de culto, con tono crítico Rothbard (1970:11) denunció al movimiento objetivista señalando que “el espíritu guía del movimiento randiano no era la libertad individual –como creían muchos de sus miembros más jóvenes– sino el poder personal de Ayn Rand y sus principales discípulos”. En efecto, el objetivismo se sumergió en el ambiente de culto propio de los años 60s, en los que los cismas y excomuniones se demostraron más importantes que la consistencia lógica a la que tanto aludía. Su filosofía terminó, a pesar de su desapego a Dios, por fundar una religión que todavía tiene muchos devotos. El mismo Rothbard escribió que “sus maneras sustentan mi tesis de que la adopción de sus sistema total es una calamidad que aplasta el alma” (citado en Burns, 2009:152). En el mismo tenor, Weiner (2016:195) se refiere a la “el exceso más grande del estilo de Ayn Rand: titanes robóticos luchando por dominar sus emociones, por forzar esas emociones a que procedan según el pensamiento lógico”

Es por esto que Sciabarra (2013:3) inicia su obra señalando que es necesario “distinguir la personalidad de Rand de su legado filosófico (...) no se debe juzgar la filosofía de Rand por su intolerancia hacia los disidentes”. Aunque la petición no es infundada, me temo que al hacerlo se ocultan elementos esenciales del pensamiento de Rand y que son precisamente aquellos que más permean la mentalidad neoliberal contemporánea. El mismo Sciabarra (2013:9) reconoce que “Rand nació y creció durante el periodo revolucionario de la historia rusa. Este contexto es clave para entender el carácter peculiar de su objetivismo”. Sciabarra realiza un esfuerzo notable de integración filosófica para elevar el pensamiento randiano al reino empíreo del debate académico y de tal empeño surge el “esqueleto” de una filosofía. Al parecer de Sciabarra (2013:65), “el proyecto filosófico de Rand engloba la misma lucha contra las dualidades [del pensamiento ruso], y la misma poderosa propensión hacia la síntesis”. Quizá en ningún otro autor individual se encuentran juntos tantos temas que definen lo que hoy en día entendemos por neoliberalismo, carentes de una sistematización sólida y hasta contradictorios, pero dotados de un halo de premonición que los hacen atractivos para sus seguidores.

Según la interpretación de Sciabarra (2013) –tildada de “posmoderna” y rechazada por las facciones ortodoxas del objetivismo– la filosofía de Rand consiste en un “libertarismo dialéctico” debido, por un lado, a su cercanía ideológica con el movimiento libertario

norteamericano mientras que, por el otro, empleó un método de argumentación dialéctica que buscaba superar las contradicciones de aparentes extremos –espiritualismo/materialismo, cuerpo/mente, razón/emoción, altruismo/egoísmo, etc.– subsumiéndolos en un tercer elemento que, evitando el monismo de sus maestros rusos, alcanzara una síntesis liberadora. Aunque los argumentos del profesor Sciabarra no carecen de mérito, me temo que su deseo de lograr una integración del objetivismo obnubila su perspectiva negando los extremismos monistas que plagan las obras de Rand: la primacía de la razón, la maldad inherente del altruismo/colectivismo, la virtud del egoísmo/capitalismo, etc. son ejemplos de esta propensión a los sesgos que marca su pensamiento y que son remanencias de su pasado ruso y su propensión totalizadora que, despojada de Dios, divinizó al individuo y a una forma perversa de Razón: el egoísmo racional. Cabe aclarar respecto a esta caracterización del racionalismo que, como lo observa Weiner (2016:51) en relación a Chernyshevski, “el egoísmo racional requiere de las personas que actúen siguiendo sus deseos, pero sólo esos deseos que son avalados por la lógica, y sólo esa lógica que conduce al socialismo”; o en el caso de Rand, al capitalismo.

Se trata de “la tragedia del humanismo ateo” denunciada por el teólogo Henri De Lubac, que busca en los ídolos de la razón la Divinidad que pretende desplazar. Quiriendo trascender la filosofía europea, Rand fue una pensadora muy limitada –no hay constancia de que haya estudiado a los filósofos contemporáneos, a los cuales descartaba de tajo argumentando que todos negaban la razón–. En la búsqueda de esa integración que desterrara la contradicción de su visión del mundo, ni siquiera fue original: su “primer motor”, su lógica y su *eudaimonia* son aristotélicos, su análisis dialéctico es hegeliano, su materialismo es dieciochesco, su racionalismo desaforado es moderno, su egoísmo nietzscheano, su cálculo egoísta revive las prédicas de Henry Sidgwick, su “egoísmo virtuoso” tiene precedentes en la *Fábula de las abejas* Mandeville, su individualismo es hijo de la tradición rusa de los *narodniks*, es heredera de Lavrov, Mijailovsky, Schedrin, Chernyshevski, etc. En todo caso, si fue original en algo fue en dar un carácter pro-capitalista a su radicalismo, a diferencia de sus antepasados rusos que dirigieron su radicalismo hacia la construcción del socialismo. En este sentido, Tuccille (1971:9) observa que “Rand no fue la primera en abrazar el individualismo y el *laissez faire* económico, pero ciertamente fue la primera en elevar el egoísmo [*selfishness*] al nivel de un absoluto filosófico”. Hay en Rand y su filosofía una

vehemencia propia de los movimientos juveniles de izquierda pero que, al igual que la bandera negra del anarquismo, se apropió poniendo en ella el signo del dólar. Quizá no hay mejor síntesis del objetivismo: un contradictorio y egocéntrico deseo juvenil de emancipación y reconocimiento al mismo tiempo.

Ayn Rand Entre los Austriacos

Al aludir a la relación de Rand con la Escuela Austriaca, hay que empezar por la mutua simpatía que marcó su relación con Mises, cuya obra *Human Action* [1949] era citada y recomendada frecuentemente por la escritora. En 1957 Rand acudió por invitación de Henry Hazlitt al seminario de Mises en la Universidad de Nueva York. “Epistemológicamente – escribió Rand (citado en Burns, 2009:114) – no estoy de acuerdo con él, pero en cuanto respecta a mi postura económica y política, Ludwig von Mises es lo más importante que me haya sucedido”. Según el testimonio de Margit von Mises, Rand “fue una de las más grandes creyentes en las teorías de mi esposo, y frecuentemente hablaba y escribía sobre él en sus lecturas y publicaciones” (Sciabarra y Sechrest, 2005:242). No hubo otro economista, aparte de Greenspan, al que haya proferido algún reconocimiento semejante. La expresión de Boettke (2005:251), “la educación económica de Rand fue una asociación de sentido común y Mises”, es adecuada.

Nada similar se puede decir con relación a Friedrich von Hayek cuya obra causó en ella las más vehementes reacciones de cólera, llegando a llamarlo en una carta a Rose Wilder “un asno sin noción de lo que es una sociedad libre” o “puro veneno” y “un ejemplo de nuestro más pernicioso enemigo” (citado en Burns, 2009:104). Hayek, por su parte, no hizo nunca públicas sus opiniones sobre Rand. Entre las pocas referencias que se conocen sobre la opinión que Hayek está la recogida por Childs⁸⁹ (1994:272), donde se sugiere que Hayek fue un admirador de *La Rebelión de Atlas*. En contraste, la revista *New Individualist Review*, en la que Hayek participaba en el consejo editorial a principios de los 60s, calificó al libro de Rand, *For the New Intellectual*, como “una locura” (Sciabarra y Sechrest, 2005:244).

⁸⁹ Roy A. Childs [1949-1992], escritor y crítico libertario que en 1969 escribió una “carta abierta a Ayn Rand” cuyo objetivo era, según lo expresado en la misma, “convertirla al anarquismo de mercado”. En dicha carta Childs expone lo que a su parecer son los errores en la filosofía política de Rand y su incompatibilidad lógica con cualquier forma de Estado.

La relación de Rand y Murray Rothbard fue la más cercana y la más conflictiva también. A parte de los acercamientos y desencuentros que fueron documentados en el capítulo anterior, Rothbard aceptaba que –dejando de lado la cuestión del gobierno mínimo– sus ideas coincidían con las de Rand e incluso reconoció que fue por su mediación que abrazó la teoría de los derechos naturales (Branden, 1986:413). Al final, fue un problema de incompatibilidad de carácter –el autoritarismo de Rand en contraste con el libertarismo de Rothbard que le hacía insoportable toda forma de autoridad– el que definió su separación.

- o -

En el año 2005, con motivo del cien aniversario del natalicio de Ayn Rand, el *Journal of Ayn Rand Studies* llevó a cabo el simposio “Ayn Rand entre los Austriacos”, donde se abordaron diferentes líneas de análisis que tienden un interesante entramado que, a pesar de divergir en algunos puntos, arroja luz sobre las similitudes y la complementariedad de las ideas de Ayn Rand y la Escuela Austriaca (EA). A continuación un resumen de sus conclusiones.

i] En el artículo de Sciabarra y Sechrest (2005) “*Ayn Rand Among the Austrians*”, los autores analizan la influencia de la teoría austriaca en Rand y sus asociados, particularmente en lo referente al monopolio y el ciclo de negocios, observando que algunos pensadores “post-randianos”, como el profesor Richard Salsman de la Universidad de Duke, “repudian” cualquier conexión entre el objetivismo y la EA. Haciendo un balance, concluyen que “tanto los teóricos austriacos como los pensadores randianos han experimentado grados variables de marginalización escolar. Es nuestra esperanza que esta colección de ensayos (...) sea el primer paso en un proceso mutuamente benéfico: la exploración de las distinciones y las posibilidades de una visión común. A través del compromiso intelectual entre los heterodoxos, puede emerger un reto más poderoso a las ciencias sociales del *mainstream*” (2005:248-9).

ii] En un documento centrado en la gestión al frente de la Reserva Federal de Alan Greenspan titulado “*Ayn Rand and Ludwig von Mises*”, Reisman (2005) critica duramente las decisiones de política monetaria de Greenspan debido a su alejamiento de los postulados de la teoría monetaria de Mises. Reisman (2005:257) concluye que los escritos de Rand y Mises deben tener igual peso para una defensa comprehensiva del capitalismo, ya que el estudio aislado de Rand puede llevarnos a una postura pragmática como la de Alan

Greenspan que, aunque nunca dejó de exaltar la supremacía del libre mercado, nunca hizo un intento serio por restablecer el patrón oro.

iii] Block (2005) –“*Ayn Rand and Austrian Economics*”– aborda los temas de la *intervención estatal* y el *monopolio* comparando las perspectivas de Rand con las de la EA. Respecto al primero, observa sobre Rand que “no es exagerado decir que, en el corpus entero de su trabajo, no tiene una sola buena palabra solitaria sobre la regulación de los negocios, las leyes antitrust, o alguna otra interferencia del gobierno en el mercado” (2005:260). Rand caricaturiza al gobierno en varios personajes de su obra, entre los que destacan “Wesley Mouch”, quien en clara parodia a J. M. Keynes suele repetir la frase “en el largo plazo todos estaremos muertos”; así como un apócrifo Presidente de los Estados Unidos, “Mr. Thomson”, una parodia de Roosevelt y su discurso del “bien común”. Después de comparar esta postura con la de la EA, Block concluye que en términos de su crítica a la *intervención del gobierno*, no hay diferencias entre Rand y la EA.

En contraste, una de las discrepancias más marcadas entre Rand y los austriacos, específicamente con Murray Rothbard, refiere a su visión sobre los *monopolios*. Donde el norteamericano es contundente al declarar que “la mayor razón para continuar la expansión del estado de bienestar es la alianza entre los ideólogos liberales y las grandes empresas” (Rothbard, 1995:154), Rand es ambigua. Aunque en varios pasajes denuncia la colusión entre las corporaciones y el Estado acusando al “favor burocrático” (*political pull*), otras veces se refiere a las grandes empresas como “una minoría acosada” (Rand, 2009). A veces, como en Rand (1961:96), opina que “los intentos por obtener privilegios económicos especiales fueron iniciados por los empresarios, no por los trabajadores, sino por empresarios que compartían la opinión de los intelectuales del Estado como un poder positivo al servicio del ‘bien público’”; en otras ocasiones, sin embargo, opina que “si los trabajadores luchan por sueldos más altos, esto es aclamado como ‘ganancias sociales’; si los hombres de negocios luchan por ganancias más altas, esto es condenado como ‘codicia egoísta’” (Rand, 2009:58).

Por momentos Rand da a entender que el poder político es la raíz de todos los males sociales y por tanto el anarquismo parece una conclusión necesaria de sus premisas, tal como lo es para Rothbard. Sin embargo, defendió una forma de Estado mínimo y rechazó el anarquismo: “el caos de las ondas radiales –escribe Rand (2009:161)– fue un ejemplo, no de

libre empresa, sino de anarquía. Fue causado, no por los derechos de propiedad privada, sino por su ausencia. Demostró por qué el capitalismo es incompatible con el *anarquismo*, por qué los hombres necesitan un gobierno y cuál es la función apropiada del gobierno. Se necesitaba *legalidad*, no controles”. La postura de Mises es bastante similar e igualmente ambivalente. Con fervor de apología del mercado y desprecio al gobierno notables denuncia que “es completamente absurdo culpar a la industria armamentística por la explosión de la guerra. La industria armamentística ha crecido a un tamaño considerable porque los gobiernos y personas advocates a la guerra demandaron armas” (1985:111). Sin embargo, tampoco reconocía la anarquía sino que creía que “la democracia es aquella forma de constitución política que hace posible la adaptación del gobierno a los deseos de los gobernados sin necesidad de conflictos violentos” (Ibíd.: 44); aunque en realidad no era, como veremos más adelante, un gran amante de la democracia.

Block (2005:265) concluye que “existe una ambivalencia entre el minarquismo y el anarquismo en ambos, Rand y Mises. Cada uno tiene obras que pueden ser interpretadas en ambos lados de la cuestión”. Rothbard, por su parte, fue un anarquista tajante por las mismas razones que, al parecer de muchos de sus seguidores, Rand debía serlo.

iv] Sechrest (2005) –“*Alan Greenspan: Rand, Republicans and Austrian Critics*”–, hace una crítica a la gestión de Greenspan al frente a la FED por su distanciamiento tanto de la teoría de los ciclos de Mises como de los postulados del objetivismo, destacando lo insuficiente de sus esfuerzos por llevar a cabo un verdadero programa “objetivista”; Sechrest (2005:292) concluye que: “en muchos niveles –aunque no en todos– el objetivismo es una guerra contra la cultura de nuestros días. Para cambiar esa cultura, ¿se debe atacar desde fuera o tratar de modificarla incrementalmente desde el interior? Basado en la carrera de Alan Greenspan, la última no parece ser una estrategia prometedora”.

v] En “*Praxeology, Who Needs It?*”, Long (2005) aborda la cuestión de por qué, a pesar de su admiración por las teorías económicas de Mises, Ayn Rand rechazó uno de los conceptos centrales del pensamiento miseniano: la *Praxeología* –el estudio de la estructura lógica de la acción humana–. Long (2005:307) observa que la razón de este rechazo se debe a tres características: su metodología apriorística, su teoría subjetiva del valor y su reivindicación de la psicología motivacional. Sin embargo, el autor concluye que es posible

reinterpretar estos elementos para hacerlos compatible con el objetivismo –de la misma forma que Rothbard concilia la epistemología de su tutor con el empirismo, mediante una subsunción del *a priori* en la experiencia– preservando el punto esencial que Mises defendía, a saber, que las acciones individuales son el fundamento de los procesos económicos.

vi] Johnson (2005) –“*Subjetivism, Intriniscism, Apriorism*”– plantea la interrogante de cómo es posible que, dado sus recursos al subjetivismo, el estudio de la motivaciones intrínsecas y el apriorismo, se pueda hablar de una compatibilidad entre la EA y el objetivismo. El autor no cree que sea posible integrar estos postulado en un planteamiento randiano, sin embargo, resalta algunas semejanzas y sugiere posibles formas de resolver los obstáculos a través del estudio de Carl Menger y Eugen Böhm Bawerk.

vii] En el mismo tenor, “*Menger, Mises, Rand and Beyond*” de Younkins (2005) aborda la línea del análisis epistemológico para contrastar las posturas de Menger, Mises y Rand respecto a temas como su *ontología* y su *concepto de valor*.

Empezando por la *ontología*, Menger y Rand fueron pensadores aristotélicos en el sentido de que para ellos existe una realidad “objetiva” cognoscible mediante la razón; la esencia de las cosas se revela a través de la abstracción⁹⁰. Mises, por su parte, adoptó una suerte de neo-kantianismo en el que la “acción humana” aparece como un *a priori* de la “razón pura” –es decir, independiente de la experiencia–. El conocimiento del valor, para Mises, no está en las cosas sino que es una necesidad lógica no sujeta a la comprobación empírica, al contrario de Menger y Rand que fundan su teoría del valor en una realidad objetiva. En un punto medio se encuentra Rothbard, quien no acepta el apriorismo de su maestro, pero sí su axioma de la acción humana, alegando que lejos de ser una categoría mental se trata de un conocimiento adquirido de la experiencia.

Younkins (2005:347-58) continúa analizando el *concepto de valor*. En resumen, Menger y Rand pueden ser clasificados como “vitalistas” en tanto que su idea de valor deriva

⁹⁰ De mis propias indagaciones rescato dos comentarios de Rand respecto a la cuestión del valor que confirman esta interpretación: “la teoría objetivista sostiene que el bienestar no es ni un atributo de las ‘cosas en sí mismas’ ni de los estados emocionales del hombre, sino una evaluación de los hechos de la realidad por la consciencia del hombre de acuerdo con un estándar racional de valor” (Rand, 2009:26); y “el capitalismo es el único sistema basado implícitamente en una teoría objetiva del valor y la tragedia histórica es que esto nunca se ha hecho explícito” (Ibíd.:28)

de aquello que es valioso-para-mantener-la-vida. El concepto de necesidad, importante en la teoría mengeriana, significa “necesario para vivir”. A pesar de que su teoría ha pasado a la posteridad como “teoría del valor subjetivo”, Menger presta gran atención a la realidad “objetiva” y sólo llega al plano subjetivo en cuanto se enlaza al individuo por el juicio y la razón: “para que el valor exista, debe haber una conexión con la realidad (...) el juicio de valor de una persona puede decirse objetivamente construido cuando se deriva de un conocimiento basado en hechos de la realidad y en el razonamiento de acuerdo con las leyes de la lógica” (Ibíd.:350). Tal postura es casi idéntica a la de Rand en tanto considera que “el valor no es totalmente interno ni completamente externo sino una función de una conexión específica entre objetos externos y fines individuales” (Ibíd.:357). La única diferencia entre Menger y Rand radica en que mientras él está interesado únicamente en valores económicos, ella extiende su razonamiento sobre todo tipo de valor. Mises, en contraste, cree que el valor es un fenómeno “puramente subjetivo” que emana de la conciencia del evaluador.

viii] Tratando de salvar las diferencias entre Hayek y Rand, Horwitz (2005) –“*Two Worlds at Once: Rand, Hayek and Ethics*”– argumenta que ambos pensadores sostenían una postura similar respecto a la relación entre ética, política, filosofía y el papel del Estado. Asimismo, ambos reconocían una dimensión ética en la actividad económica, a diferencia de Mises para quien la economía era una cuestión puramente científica. Existe, sin embargo, una marcada diferencia en sus posturas: mientras Rand puede ser considerada una “reduccionista” que no distingue entre espacios de moral –el egoísmo es universalmente benéfico–, Hayek sostiene que mientras existen espacios (macro-cosmos) donde la ética empresarial es adecuada, otros principios éticos pueden ser más adecuados a nivel personal (micro-cosmos). “La diferencia fundamental entre Rand y Hayek –concluye Horwitz (2005:398)– (...) es la centralidad de la razón para Rand y de la evolución para Hayek”.

ix] En Boettke (2005) –“*Teaching Economics Through Ayn Rand*”– encontramos un acercamiento a *La Rebelión de Atlas* como obra relevante para la enseñanza de la economía. Partiendo de la caracterización de la profesora McCloskey del economista como “cuentacuentos”, alega que la novela de Rand tiene un potencial enorme en cuanto canal de difusión de las ideas liberales y de las teorías de la EA. En palabras del autor (2005:446-7):

en *La Rebelión de Atlas* [Rand] comunica a sus lectores (...) las ideas básicas respecto a los incentivos perversos del colectivismo, la inhabilidad al comprometerse con el cálculo económico racional en ausencia de propiedad privada, la ley de las consecuencias no intencionadas en el intervencionismo y la lógica del interés grupal del capitalismo político (...) también detalla los beneficios del intercambio voluntario, la importancia de un sistema monetario sólido y el papel de la iniciativa individual y la creatividad como motor del progreso económico”.

Boettke no escatima al resaltar la importancia de obras como la de Rand para cambiar los paradigmas de la economía ayudando a difundir el conocimiento científico. Boettke concluye que “*La Rebelión de Atlas* es posiblemente la obra económicamente mejor informada escrita por un novelista mayor en la historia de la literatura”⁹¹ (Ibíd.:460).

Podemos agregar a la lista del coloquio el trabajo de Younkins (2017) titulado “*Ayn Rand and Friedrich von Hayek: a comparison*”, donde el autor lleva a cabo una revisión de las filosofías de ambos pensadores en una variedad de temas que cubren: metafísica, epistemología, la capacidad de la razón, noción de progreso, método analítico, libre albedrío, concepto de valor, derechos y leyes, etc. Dicho contraste arroja como resultado un desacuerdo en prácticamente todos los temas analizados y algunas veces de forma radical, como el caso de la razón, donde Hayek destaca lo limitado de ésta, mientras Rand exalta su capacidad para comprender la realidad: “Rand defiende un caso positivo de una sociedad libre basada en el conocimiento activo, Hayek propone un caso negativo basado en el conocimiento pasivo” (Younkins, 2017:102). De aquí se sigue que, mientras para Rand el progreso es siempre producto de la capacidad racional individual, para Hayek es más bien un proceso evolutivo impersonal. A pesar de éstas y otras las diferencias, Younkins concluye que “aunque Rand y Hayek se oponen en muchas preguntas filosóficas generalmente están de acuerdo en la deseabilidad de un libre mercado y se encuentran entre los más reconocidos defensores del capitalismo del siglo XX” (Ibíd.:112).

⁹¹ En términos similares Younkins (2013:123) se refirió a la novela como “en parte, un tratado sobre economía que provee un tratamiento literario de principios propiamente económicos (...) es una novela letrada de economía que provee conocimiento económico. Basada en el análisis de la realidad, está bien informada en cuanto a su teoría económica y puede ser vista, en parte, como un tratado de política económica de principios, leyes, conceptos y temas de economía”

En la misma línea de análisis, la obra de Sciabarra (2013) contiene numerosos pasajes en los que el autor resalta tanto las similitudes como las diferencias entre el pensamiento de Rand y Hayek. En una evaluación general, son más las diferencias. Por ejemplo, Sciabarra (2013:148) observa respecto a la postura de Rand sobre las instituciones que “Rand parece completamente ignorante de lo que Hayek llamó las consecuencias no intencionadas de la acción humana”. Rand fue abiertamente antipática al evolucionismo defendido por Hayek – del cual se deduce que la permanencia de las prácticas culturales se debe a su eficacia moral– ya que no era compatible con la idea de principios axiomáticos de la ética que puedan regir un código moral “racional”. Fue precisamente por esto que Rand acusó a Hayek de ser un defensor del “irracionalismo”. Sin embargo, Sciabarra (2013:211) concluye que “es lamentable que Rand no tomara sus contribuciones más seriamente, porque habría descubierto que Hayek fue crítico de una concepción particular de la razón y no de la razón *per se*. En muchas formas, ambos Rand y Hayek exhiben un menosprecio similar por el racionalismo tradicional”.

- o -

Esta breve revisión del coloquio “Ayn Rand entre los Austriacos” nos permite ver que las similitudes entre el pensamiento económico de Rand y la Escuela Austriaca son múltiples y no se reducen a meros acercamientos ideológicos. Existen, asimismo, otras similitudes que no se abordaron en dicho coloquio.

Se puede señalar, por ejemplo, las críticas al comunismo soviético y el común acuerdo sobre la imposibilidad del cálculo económico en ausencia de precios de mercado, presentes tanto en *La Rebelión de Atlas* como en *Socialismo* [1922]⁹² de Mises, donde se incluye el ensayo originalmente publicado en 1920 titulado “el cálculo económico en la comunidad socialista”, pionero en el debate académico sobre el tema y donde se argumenta que el socialismo es imposible precisamente porque no permite la existencia de un sistema de precios. Sobre este punto se puede reconocer cierto acercamiento entre Rand y Hayek.

⁹² A propósito de esta obra Escalante (2015:32) afirma que “es un libro voluminoso, reiterativo, retórico, cuya argumentación es casi siempre superficial, en mucho irrelevante, pero que importa porque presenta dos o tres ideas básicas del programa neoliberal (...) el libro se presenta como una crítica científica del socialismo. Quiere demostrar que es imposible ponerlo en práctica. El problema (recuérdese que es un libro de 1922) es que no puede apoyarse en el análisis empírico de ningún régimen socialista”.

Obsérvese la similitud de los siguientes enunciados: “En un sistema donde el conocimiento del hecho relevante está disperso entre muchas personas, los precios pueden actuar coordinando las acciones de diferentes personas” (Hayek, 1945:526); y “el mecanismo de un mercado libre [es decir, los precios] refleja y resume todas las decisiones y elecciones económicas realizadas por todos los participantes” (Rand, 2009:61).

Tal visión del mercado como un mecanismo eficiente se complementa con tintes de “moralidad”. En Mises (1985:11) encontramos que “un orden social organizado sobre principios genuinamente liberales está constituido para dejar a los empresarios y capitalistas una sola vía hacia la riqueza: proveer de la mejor forma a sus semejantes con lo que ellos mismos creen necesitar”; sentencia comparable a esta otra emitida por Greenspan (2009:151): “es precisamente la ‘codicia’ del empresario o, más apropiadamente, su búsqueda de ganancias, una protección incomparable para el consumidor. Lo que los colectivistas se rehúsan a reconocer es que está en el interés propio de cada empresario reputación de negocios honestos y productos de calidad”. En ambos casos, la regulación en forma de protección del consumidor no se justifica y, peor aún, amenaza con destruir la “fibra moral” de los buenos negocios, capaces de auto-regularse por la competencia.

En el terreno epistemológico, es posible afirmar que Rand fue adepta al *individualismo metodológico* que Carl Menger defendió como adecuado para el estudio de la economía en el célebre *Methodenstreit* –disputa sobre el método– que escindió definitivamente a la Escuela Austriaca de su contraparte alemana, la Escuela Histórica de Gustav Schmoller. La postura de Menger, según la cual todo comportamiento de los “agentes colectivos” es reducible a la suma del comportamiento de sus elementos individuales y por tanto es al estudio de éstos a los que se debe enfocar la ciencia económica, es análoga a la sentencia: “Es con el estudio del hombre, no con el agregado impreciso conocido como la ‘comunidad’, donde tiene que comenzar cualquier ciencia humana (...) se puede aprender mucho de la comunidad estudiando al hombre pero este proceso no puede hacerse a la inversa: no se puede aprender nada acerca del hombre estudiando a la sociedad, estudiando las interrelaciones de entidades que no se han identificado ni definido” (Rand, 2009:18).

De aquí que la postura de Rand respecto al valor se acerque más a la de Menger que a la de Mises. El siguiente contraste constata la similitud de sus posturas: “la teoría objetivista

sostiene que el bienestar no es un atributo de ‘las cosas en sí mismas’ ni de los estados emocionales del hombre, sino una evaluación de los hechos de la realidad por la consciencia del hombre de acuerdo con un estándar racional de valor (...) la teoría objetivista sostiene que el bienestar es un aspecto de la realidad en relación con el hombre” (Rand, 2009:26); “a aquellas cosas que tienen la virtud de entrar en relación causal con la satisfacción de las necesidades humanas, las llamamos *útiles*. En la medida que reconocemos esta conexión causal y al mismo tiempo tenemos el poder de emplear las cosas de que estamos hablando en la satisfacción de nuestras necesidades, las llamamos bienes” (Menger, 1986:47).

Existen otros puntos en los que la compatibilidad de los argumentos de Rand y los austriacos no es tan clara y hasta se oponen. Por ejemplo, en su obra *Liberalismo* [1927], se pueden encontrar algunas aseveraciones que son chocantes al individualismo más egocéntrico de Rand para el cual el “bien público” es un engaño ya que “dado que el bienestar no es aplicable a lo incorpóreo, se convierte en un cheque en blanco moral para quienes tratan de darle entidad” (Rand, 2009:25). Mises, en cambio, sostiene que “en orden de determinar si un arreglo institucional debe ser considerado un privilegio especial para cierto individuo o clase, la pregunta que uno debe hacer es no si beneficia a tal o cual individuo o clase, sino solamente si es *benéfico para el público en general* (...) la propiedad privada no es un privilegio para el propietario, sino una institución social para *el bien y beneficio de todos*” (Mises, 1985:30; énfasis agregado). Mucho más chocante le sería a la defensora del egoísmo racional una aseveración del tipo: “al requerir del individuo que tome en cuenta a la sociedad en todas sus acciones, que debe renunciar a una acción que, aunque benéfica para él, sería gravosa para la vida social, la sociedad no está demandando que se sacrifique en el interés de otros” (Ibíd.:32). La evocación misma de una demanda social y un sacrificio sería suficiente para hacer irreconciliables las posturas sociológicas de Mises y Rand.

Lo anterior no anula que en la misma obra Mises defienda posturas políticas afines al objetivismo. Por ejemplo, Mises (1985:19) argumenta que “el programa del liberalismo, si fuera condensado en una sola palabra, tendría que leerse: *propiedad*, es decir, propiedad privada de los medios de producción. (...) Toda otra demanda del liberalismo resulta de esta demanda fundamental”; proposición que se parece mucho a esta otra: “solo existe un derecho fundamental (todos los demás son su consecuencia o sus corolarios): el derecho de un hombre

a su propia vida (...) y *el derecho a la propiedad* es la única forma de implementarlo” (Rand, 2009:417-8; énfasis añadido). En realidad, la defensa de los derechos de propiedad es uno de los ejes comunes a todos los partidarios del liberalismo⁹³ y también una de sus principales debilidades, ya que como lo observó con tajante contundencia Hannah Arendt “la más radical y la única forma segura de posesión es la destrucción, pues solo lo que hemos destruido es seguro y por siempre nuestro (...). La muerte es la razón real por la que la propiedad y la adquisición nunca pueden llegar a ser un principio político verdadero. Un sistema social basado esencialmente en la propiedad no puede con toda probabilidad dirigirse a otro punto que a la destrucción final de toda propiedad” (Arendt, 1976:143).

- o -

Finalizo señalando que, a pesar de las similitudes, debemos ser cuidadosos al demarcar la línea que separa al objetivismo de la tradición filosófica de la Escuela Austriaca –desde Carl Menger hasta el círculo de Viena–: lo que en estos toma la forma de una descripción analítica rigurosa y de una intuición económica profunda, en Rand aparece como una caricatura: un análisis fragmentario, conclusiones ambiguas y un lenguaje provocativo; derivaciones de su sistema filosófico que no siempre encuentran asidero en teorías económicas sólidas.

Sin embargo, me atrevo a afirmar que el rasgo común más notorio entre Mises y Rand, el más perdurable e influyente también, es ese tono de provocación e intolerancia que aplicaron a todo aquello que no coincidiera con sus ideas, sobre todo aquello que tuviera el más mínimo tufillo a socialismo. En el caso de Mises, tal desprecio alcanza su máxima expresión en la apología: “no se puede negar que el fascismo y movimientos similares enfocados al establecimiento de dictaduras están insufladas por las mejores intenciones [resistir al socialismo] y que su intervención ha, por el momento, salvado a la civilización europea” [Sic.] (1985:51); Rand, por su parte, consideraba a la Alemania nazi y la Rusia comunista como ejemplos de un mismo fenómeno: el estatismo. Sin embargo, su intransigencia quedó claramente plasmada en una conferencia dictada en el Ford Hall Forum de Boston en 1962 cuyo título, “*The Facist New Frontier*”, era una clara parodia al discurso

⁹³ Analizando el influyente libro de J. M. Buchanan, *Los Límites de la Libertad* [1975], Escalante (2015:248) apunta que “el neoliberalismo, en el caso de Buchanan es ejemplar, puede justificar la existencia del Estado para garantizar el pacífico disfrute de los derechos de propiedad, y para facilitar el intercambio, pero prácticamente para nada más”

de aceptación del entonces candidato a la presidencia por el Partido Demócrata, J. F. Kennedy. Comparar a Kennedy con Hitler, a pesar de los vehementes argumentos de Rand, no puede ser considerado menos que una exageración de mal gusto. Sin embargo, para Rand no se trataba de una exageración y ya un año antes había pronunciado la opinión carente de sensibilidad alguna a la luz de los horrores del holocausto, de que “todos los aspectos desagradables, brutales, de injusticia hacia las minorías raciales o religiosas están siendo ejercidos hoy hacia los hombres de negocios” [Sic.] (Rand, 2009:58). Robin (2017K:4908-18): “las similitudes entre la sintaxis moral del randianismo y el fascismo resultan claras (...) Rand, sin duda, protestaría ante esta comparación. Después de todo, existe una diferencia entre lo individual y lo colectivo (...). Pero el fascismo no es hostil al individuo heroico (...). Lejos de demostrar una divergencia con respecto al fascismo, los escritos económicos de Rand registran de manera indeleble su presencia”.

La descalificación al “pensamiento socialista” llega al paroxismo en la caracterización que Mises hace sobre éste como una enfermedad mental a la que llamó “el complejo de Fourier”; según el cual, “en el caso del fracaso social (...) la consolación consiste en creer que la incapacidad personal para alcanzar las metas elevadas a las que uno ha aspirado no se debe a las deficiencias personales, sino a los defectos del orden social” (Mises, 1985:16). Para Rand, las interferencias del gobierno en la economía, es decir, cualquier elemento de economía mixta cuya justificación suele remitir a alguna forma de pensamiento socialista o altruista –para Rand no hay diferencia– se reduce a un intento por “penalizar la habilidad por ser lo que es, para penalizar el éxito por ser exitoso, sacrificar el genio productivo a las demandas de la mediocridad envidiosa”. En ambos casos, el orden social capitalista es inocente y, más bien, la víctima de la envidia socialista.

Otro tanto se puede decir sobre la visión occidentalizada del progreso y la civilización que comparten ambos autores –y que es rastreable en los anales del liberalismo al menos hasta John Locke–. En el caso de Rand, podemos referir a la escena que vivió al ser interpelada por un cadete Nativo Americano de West Point en 1974 sobre el historia de despojos y exterminación de la población nativa de los Estados Unidos, a lo que Rand respondió que “siempre que una cultura tecnológicamente superior se encuentra con una inferior, el resultado será que la superior prevalecerá” (citado en McConnell, 2010:497); o

también cuando durante su conferencia anual en el Ford Hall Forum en 1973 se refirió a los Pueblos Árabes como “primitivos” que envidiaban a Israel por su desarrollo occidental, agregado que “cuando los hombres civilizados luchan contra salvajes, tienes que apoyar a los hombre civilizados” (citado en Weiss, 2012:126). Por su parte, Mises fue más explícito e incluso raya en el racismo cuando expresa opiniones como que “con el objetivo de mantener en armonía los intereses de Europa y la raza blanca con los de las razas de color en las colonias con respecto a todas las cuestiones de política comercial, la Liga de las Naciones debe ser investida con la autoridad suprema en la administración de todos los territorios extranjeros donde no exista un sistema de gobierno parlamentario” (Mises, 1985:128); o también esta no-muy-liberal formulación del libre comercio: “los oficiales, tropas y policía europeos deben mantenerse en estas áreas [las colonias] mientras si presencia sea necesaria para mantener las condiciones legales y políticas requeridas para asegurar la participación de los territorios coloniales en el comercio internacional” (Ibíd.:127).

En síntesis, el punto de encuentro más notable y que permea de forma más nociva al pensamiento neoliberal se da precisamente en eso que es lo peor de la escuela austriaca y el objetivismo: su intransigencia. El pensamiento económico de Rand es, si se nos permite usar una fórmula contundente, pensamiento austriaco digerido para un público ajeno a la ciencia económica. Allí su gran atractivo ideológico. Allí su importancia para el neoliberalismo.

B. MONOPOLIO

“Aquella red de líneas que cruzaban el descolorido plano del país desde Nueva York hasta San Francisco, se veía como un verdadero sistema venoso, como si muchos años atrás la sangre que fluía por la arteria principal se hubiera difundido por toda la nación debido a la presión de su propia superabundancia.” *La Rebelión de Atlas* [1957].

i. *Fundamentos económicos en el pensamiento de Ayn Rand*

El tema de los ferrocarriles fue empleado por Ayn Rand para ilustrar la “falacia” del monopolio y los efectos perversos de la regulación en *La Rebelión de Atlas*. La novela se inspira en la historia de los ferrocarriles de los Estados Unidos a finales del siglo XIX⁹⁴ para construir un alegato contra las regulaciones anti-monopólicas como la *Ley de Comercio Interestatal* de 1887 o la *Ley Sherman* de 1890. Según el propio testimonio de Rand, “los principios de cada edicto y cada directiva presentados en *La Rebelión de Atlas* –como la ‘Ley de Igualación de Oportunidades’ o ‘La Directiva 10-289’– pueden hallarse, en formas menos elaboradas, en nuestras leyes antimonopolios” (Rand, 2009:206). La importancia que atribuía

⁹⁴ En los anales de historiografía referente a los ferrocarriles, coexisten dos posturas antagónicas respecto a su importancia para el crecimiento económico de los Estados Unidos. En un extremo, Chandler (1959, 1966, 1977) resalta su importancia como primer “gran negocio” de la nación, modelo para sus sucesores y el que creó “el primer gran mercado nacional para bienes de producción en el país” (Chandler, 1959:5). En el extremo opuesto, Fogel (1962, 1966, 1974) representa un punto de vista escéptico en cuanto a la importancia sobre el crecimiento económico de los Estados Unidos que suelen atribuirse al ferrocarril durante la segunda mitad del siglo XIX. En palabras de Fogel (1974:26) “la disponibilidad de ferrocarriles para el transporte de mercancías parece haber incrementado el potencial de la economía en tan sólo un 3% del Producto Interno Bruto”. No es la intención del presente apartado ahondar en los pormenores de esta disyuntiva. Estudiosos de la historiografía como Iggers (1997:46-7) y Florescano (2012:121) ya lo han hecho señalando la debilidad de los argumentos de Fogel quien, al aislar el crecimiento económico de sus relaciones políticas, dibujó una caricatura estadística de un proceso complejo. En efecto, al borrar los vínculos políticos que enmarcaron la construcción del ferrocarril, Fogel explica su existencia como resultado una disminución relativa y mínima de sus costos frente a la alternativa de los canales. Asimismo, no presta atención a la importancia del ferrocarril para el desarrollo de tres fenómenos representativos del capitalismo de fines del siglo XIX: la aplicación de la jerarquía administrativa en la gran empresa, el surgimiento de los grandes sindicatos obreros y el ascenso de las finanzas. Solamente este último por sí mismo es de la mayor relevancia para explicar las crisis que plagaron el último cuarto del siglo XIX. Asimismo, observa Bauman (2017:21) “el progreso (...) no fue producto de multiplicar el número de diligencias, sino de la producción masiva de medios de transporte nuevos: trenes, automóviles, aviones. La disponibilidad de medios de transporte veloces fue el factor principal que dio lugar al típico proceso moderno en que se erosionan y socaban todas las ‘totalidades’ sociales y culturales arraigadas”. En conclusión, la “insignificancia” estadística del ferrocarril se debe explicar al menos en parte a que ayudó al crecimiento de otros sectores que opacan su impacto en términos relativos, por lo que las conclusiones de la cliometría, sino irrelevantes, deben ser tomadas con precaución.

a estas regulaciones, es decir, sus supuestos efectos nocivos para la economía, se expresa en la siguiente declaración:

Si me dieran a escoger la fecha que señala el momento culminante en el camino de la destrucción extrema de la industria estadounidense y la obra más infame de la legislación en la historia americana, escogería el año de 1890 y la *Ley Sherman*, que inició ese crecimiento grotesco, irracional, maligno, de contradicciones inexigibles, inaplicables, antilegales conocidas como leyes antimonopólicas (Rand, 2009:63).

Respecto a la relación del pensamiento económico de Ayn Rand con el neoliberalismo, cabe señalar que la cuestión de los ferrocarriles fue evocada en el Coloquio Lippmann durante la sesión del sábado 27 de agosto, en la cual se planteó la pregunta: “¿Es inevitable el declive del liberalismo por la tendencia a la concentración de las empresas y el capital, así como por la formación de consorcios de empresas, es decir, por la sustitución del capitalismo atomista por un capitalismo de grandes entidades?” (citado en Escalante, 2018:79). El debate al que dio pie la interpelación resalta por el choque de dos posturas. En un primer bando favorable a una interpretación “organicista” del fenómeno de monopolio, se encuentran W. Röpke y A. Detoef. El primero alude al argumento tecnológico para explicar la “tendencia natural” a la concentración, mientras el segundo agrega una explicación que recuerda a la desarrollada por K. Polanyi en *La Gran Transformación*, según la cual la regulación aparece como “una reacción espontánea del organismo social” (Ibíd.:83) frente a los desajustes causados por la concentración económica. En el bando contrario destaca la vehemencia e inconsistencia de Ludwig von Mises, quien en un primer momento defiende la tesis de que todo monopolio es “producto de una política económica intervencionista” (Ibíd.: 80) y que, en consecuencia, “el sistema capitalista no es un terreno favorable para el desarrollo natural de los monopolios” (Ibíd.:82); para luego dar paso a una postura en la que acepta “una tendencia natural de la economía a la concentración” (Ibíd.: 88), la cual, a su parecer, no es mala siempre que no exista un “precio de monopolio”. En la misma línea, L. Marlio argumentó que “la concentración es un fenómeno útil” (Ibíd.:84), agregando más adelante que mientras “se produzca bajo el signo de la libertad será buena, pero si aparece como un privilegio, es mala” (Ibíd.:86). Postura esta última que coinciden en lo fundamental con la de Ayn Rand.

Habiendo quedado varios cabos sueltos, el debate sobre el monopolio sería retomado en la primera reunión de la Sociedad Mont Pelerin en 1947 y se extendería a lo largo de la década de los 50s con un preponderante papel de la Universidad de Chicago, específicamente a través del proyecto conocido como Free Market Study (FMS) encabezado por Aaron Director, quien contó con el apoyo de economistas como Frank Knight, Theodore Schultz y Milton Friedman. Al FMS seguiría una segunda iniciativa bajo el nombre de “anti-trust project” nuevamente coordinada por Director con el apoyo de Hayek, de donde surgiría una visión pro-monopolio que alejaría sensiblemente al neoliberalismo tanto de sus precursores clásicos como de la facción ordoliberal de la SMP.

Cuando el debate dio comienzo en 1947 la visión imperante en Chicago hacía eco del trabajo de Henry Simons, un auténtico liberal clásico y férreo crítico de la concentración del poder tanto en el gobierno como en el mercado, cuyas obras inspiraron a Walter Eucken. La “política del orden” pregonada por los ordoliberales, de hecho, refleja mucho de su interés por mantener la competencia de mercado frente a la amenaza monopolista. Tal era también la postura defendida por Director en 1947, llegando a reconocer la necesidad de leyes anti-trust para contener la extensión del poder industrial. Hacia 1950, sin embargo, la postura frente al monopolio comenzó a cambiar en Chicago en una dirección mucho más “austriaca” –y por tanto randiana–, según la cual el mecanismo de la competencia es una condición suficiente para evitar la consolidación de monopolios y sólo la interferencia gubernamental podría corromperlo. Partiendo de la separación entre política y economía –un principio al que Rand evocaba continuamente– Director y sus allegados encontraron el camino abierto para una redefinición del monopolio según la cual en un mercado competitivo éste es un fenómeno transitorio, y hasta benéfico, siempre que el gobierno no meta las manos. Para redondear el argumento, y pesar de reconocer algunos problemas relativos al régimen de propiedad en las corporaciones, Friedman concluyó que el monopolio privado es preferible al monopolio público y a la regulación pública del monopolio. En resumen, observa van Horn (2015:220) “los liberales clásicos sugirieron que el monopolio eventualmente suprime a la competencia. Director y Friedman pusieron esa distinción de cabeza al afirmar que la competencia eventualmente suprime al monopolio”.

A parte de lo esbozado en *La Rebelión de Atlas* a manera de trasfondo literario, la postura de Ayn Rand respecto a las leyes antimonopolios se puede encontrar en un ensayo titulado “La minoría acosada de los Estados Unidos: las grandes empresas” [Sic.] incluido en *Capitalismo, el Ideal Olvidado* [1966]. Al parecer de Rand (2009:70) la falacia de la regulación radica en que “a falta de un juicio racional, la gente trató de juzgar los asuntos inmensamente complejos de un mercado libre por un estándar tan superficial como el tamaño (...) como si el tamaño, como tal, fuera malo”. Ni el tamaño, ni la concentración industrial, ni el poder de mercado tienen cabida en su definición de monopolio. Sólo es monopolio aquel impuesto por la coerción, lo que implica, desde otro ángulo, que no existe para ella tal cosa como las barreras naturales del mercado. Sólo la competencia y la supremacía del más fuerte, tal como lo ilustra en su utopía literaria “el barranco de Galt” donde la sociedad se organiza a través de un sistema de monopolios, justifican la concentración industrial en unas pocas, o una sola mano.

De manera similar, Mises alegó que es connatural a la división del trabajo dar lugar a un proceso de especialización por el cual unas pocas, o incluso una sola empresa, proveen al mercado siempre que el proteccionismo o la regulación no interfieran en el proceso. Al parecer del economista austriaco, en un libre mercado las ganancias extraordinarias de una empresa monopólica incentivarían a otras a competir, evitando así una concentración permanente (Mises, 1985:91-5). Argumenta Mises (1985:93) que “el monopolista no ejerce ningún control, ni se encuentra en posición de dictar precios. Uno puede hablar de control del mercado o fijación de precios sólo si el artículo en cuestión fuera, en el más estricto y literal sentido de la palabra, necesario para la existencia y absolutamente irremplazable por algún sustituto”. Tal argumento es similar al esbozado por Greenspan (2009:87) en sus aportes para *El Ideal Olvidado*: “un ‘monopolio coercitivo’ es una entidad comercial que puede establecer sus precios y políticas de producción en forma independiente de lo que ocurra en el mercado (...) la precondition para la existencia de un monopolio coercitivo es cerrar toda entrada (...). Esto puede realizarse sólo por un acto de intervención gubernamental”. En otras palabras, tanto para la Escuela Austriaca como para el objetivismo, siempre que exista la posibilidad de competencia y el gobierno no interfiera, un monopolio sólo puede ser transitorio, por lo tanto, no es monopolio.

Volviendo a la definición de Rand, las “ventajas” de mercado que se consiguen por “mérito” en los negocios, no pueden ser consideradas un monopolio y su regulación es, por tanto, irracional. Dicha irracionalidad se refleja en que cada regulación acarrea una serie de consecuencias cuyo resultado último es, necesariamente, más regulación –argumento, por cierto, muy similar al desarrollado por Hayek en *Camino de Servidumbre* respecto a la intervención económica y el uso de dinero fiduciario para financiar el gasto público–. Como lo señala Sciabarra (2013:262), “ultimadamente, el análisis de Rand del estatismo es una crítica radical de la irracionalidad sistémica”.

Rand interpretó la caída de los ferrocarriles a principios del siglo XX como un fracaso causado por las leyes antimonopólicas que limitaban la competencia “real” del mercado, sustituyéndola por favores para consolidar posiciones empresariales “no-meritorias”, mismas que fueron creadas en un principio por la intervención del gobierno en la construcción del tren transcontinental. En este sentido, Rand parece ignorar que la *Ley Sherman* –a la que Greenspan (2009:85) se refirió como “una proyección de los temores del siglo XIX y de la ignorancia en materia económica”– reconocía en su redacción la diferencia entre el monopolio “inocente”, el cual no es sujeto de acción legal en su contra, y el monopolio “culpable” que buscaba regular. Lo que resalta es la ambigüedad en las definiciones, tanto en la *Ley* como en los escritos de Rand, que hacen difícil saber qué monopolio es inocente y cual no. La conclusión que Rand deriva de tales argumentos es que:

“el control gubernamental de la economía, no importa en nombre de quién, ha sido la fuente de todos los males en nuestra historia industrial, y la solución es el capitalismo de *laissez faire*, es decir, la abolición de cualquier y de todas las formas de intervención gubernamental en la producción y el comercio, la separación del Estado y la Economía, en la misma forma y por las mismas razones que tenemos la separación de la Iglesia y el Estado” (Rand, 2009:140).

En concordancia con su tutora, Greenspan (2009:83) argumenta que la *Comisión de Comercio Interestatal* avalada en los decretos de la ley de 1887 fue “un intento por remediar las distorsiones económicas que habían creado las anteriores intervenciones gubernamentales, pero de las cuales culpó al libre mercado”. En otro texto titulado “Notas sobre la historia de la empresa libre estadounidense” –también incluido en *el Ideal Olvidado*–

Rand (2009:131) observó que “las acciones atribuidas a los empresarios fueron causadas, necesitadas y hechas posibles sólo por la intervención del gobierno [ya que] fueron esos privilegios los que habían colocado a los ferrocarriles del Oeste fuera del alcance de la competencia y les había dado un poder monopolístico, con todos sus consiguientes abusos”.

Siguiendo el recuento de Greenspan (2009:82) sobre los hechos que encaminaron al decreto de la *Ley de Comercio Interestatal*, “para los agricultores del oeste, los ferrocarriles parecieron tener el poder arbitrario previamente atribuido sólo al gobierno. Los ferrocarriles parecieron estar libres de las leyes de la competencia”. Como una forma de contrarrestar esta diferencia de poderes, a finales de la década de los 80s se consolidó el Movimiento Nacional Agrícola, el cual ayudó a que se decretara en 1887 la *Ley de Comercio Interestatal* que prohibía el *pooling* de compañías ferroviarias. Al parecer de Greenspan, aunque los agricultores no carecían de argumentos, pues los ferrocarriles del Oeste se organizaban para modificar sus tarifas, fallaron al no reconocer que si podían actuar de tal forma era porque estaban coludidos con el gobierno y, más aún, habían sido construidos con su ayuda. De aquí la irracionalidad de las leyes antimonopólicas. Concluye Greenspan (2009:83) que “los ferrocarriles del Oeste fueron verdaderos monopolios en el sentido literal de la palabra. Pudieron y lo hicieron, conducirse con un aura de poder arbitrario. Pero ese poder no se derivó del libre mercado. Emanó de subsidios y restricciones gubernamentales”⁹⁵.

En parte esto es verdad. El papel del gobierno en la construcción del sistema nacional de ferrocarriles no puede ser ignorado, como tampoco pueden serlo los abusos que emanaron de tan monumental tarea. Pero hay otra parte que no es menos interesante. En su influyente estudio sobre la historia de los “grandes negocios”, Chandler (1977:1943) observa que “si un tema central puede encontrarse en la operación de los ferrocarriles americanos durante los 1860s y 1870s, es la cooperación. La cooperación interfirma fue esencial para la creación de una red nacional de transporte integrado (...) Los mandos medios proveyeron *la coordinación administrativa que reemplazó a la coordinación del mercado* durante estos años”. En otras palabras, no sólo a través del proteccionismo del gobierno, sino a través de

⁹⁵ Según datos aportados por Fogel (1974:19), entre 1850 y 1872 fueron entregados cerca de 100 millones de acres de dominio federal y alrededor de 280 millones de dólares –cerca del 30% de la capitalización total de los ferrocarriles– por parte de los gobiernos estatales para la construcción de líneas férreas. Los créditos otorgados por milla construida variaban entre los 16 mil y 48 mil dólares, sin un claro criterio para su otorgamiento (Huberman, 1960:192).

un proteccionismo inter-firma, se dio alguna forma de sustitución del mecanismo de mercado que permitió la supervivencia de las empresas sobre todo en los periodos de crisis como la de 1873. En este sentido, la regulación aparece como parte de un proceso complejo en el que entran en juego fuerzas endógenas, necesidades orgánicas de la industria ferrocarrilera que encausaron su concentración y la necesidad de regulación.

- o -

La Rebelión de Atlas no pretende ser una novela histórica, pero la fuerte carga de analogía que presenta en sus páginas no deja dudas sobre las inquisiciones que Rand llevó a cabo para documentar la obra y sus personajes. Según su propio testimonio, el libro que más le ayudó a la construcción de sus escenarios fue *The History of American Railroads* [1947] de Steward Holbrook. Otra fuente útil para sus argumentos económicos fue el conocimiento de Alan Greenspan respecto a la industria metalúrgica. Ambas perspectivas se mezclan en la novela para dar lugar a un alegato en contra de la intervención que se resume en la siguiente declaración: “los ferrocarriles que mejor hicieron su labor y nunca cayeron en bancarrota fueron aquellos que no habían recibido ni habían pedido ayuda del gobierno. Puede haber excepciones a esta regla, pero en toda mi lectura sobre los ferrocarriles no encontré uno que escapara a ella” (Rand, 2009:132).

En el centro del drama de su novela aparece la figura de la heroína “Dagny Taggart”, gerente operativa de la compañía de ferrocarriles más grande de Norteamérica, la apócrifa “Taggart Transcontinental” inspirada en la New York Central⁹⁶ de Cornelious Vanderbilt. El que en la novela el principal cliente de la compañía, “Ellis Wyatt”, sea un joven empresario petrolero no es una casualidad sino una alusión a David Rockefeller, cuya fortuna es indisociable de sus negocios con Vanderbilt en la década de los 70s. Su cooperación permitió el crecimiento de dos de las empresas más grandes de la época: la New York Central y la Standard Oil. Otra insinuación se da en el personaje de “Hank Rearden”, empresario de la industria del acero que lucha para colocar sus innovadoras aleaciones en el mercado. Se trata de un personaje inspirado en Andrew Carnegie, magante acerero que amasó su fortuna,

⁹⁶ La *New York Central* fue consolidada en 1853 al mismo tiempo que se completaba su entronque con la B&O y la Pennsylvania. Gracias a esta consolidación, “un viajero que solía ocupar tres semana para ir de Nueva York a Chicago, podía hacía 1857 hacer el viaje en tres días” (Chandler, 1977:83).

principalmente, como proveedor de acero para las vías férreas⁹⁷. No se trata de una novela histórica, pero *La Rebelión de Atlas* es una *ficción mnemotécnica* que evoca para reinterpretar la historia cargada de un sentido apologético-mítico. Aunque según los deseos de su autora con sus obras buscaba revivir “el ideal olvidado” del capitalismo del siglo XIX, en realidad lo que hace es construir ese ideal: el mito de un capitalismo heroico que fue atado, cual Prometeo, a la piedra de la regulación.

ii. *Critica de los fundamentos económicos de Ayn Rand*

A lo largo de su obra Rand construyó un alegato a favor de los empresarios como James Jerome Hill o Cornelious Vanderbilt, representantes “auténticos” del libre mercado cuya fortuna es producto del talento y el mérito. Existen, por otro lado, fortunas como Leland Stanford⁹⁸, producto de los favores políticos que distorsionan la natural cadena de la competencia de mercado. En palabras de Rand (2009:139), “la mayoría de la gente no vería diferencia entre empresarios como J.J. Hill de *Great Northern* y empresarios como *Big Four Railroad* de *Central Pacific*. La mayoría simplemente desecharía la diferencia diciendo que los empresarios son bandidos que siempre corromperán al gobierno”.

A partir de esta distinción, Rand alega que las leyes antimonopolio fueron el resultado de las prácticas deshonestas del grupo de “falsos” empresarios, pero que fueron impuestas por igual sobre los “buenos”. Peor aún, no solo fueron impuestas indiscriminadamente sino que “el significado y el propósito de las leyes antimonopólicas (...) ya sea que sus autores lo pretendieran o no, es penalizar la habilidad por ser hábil, penalizar el éxito por ser exitoso y el sacrificio del genio productivo frente a las demandas de la mediocridad envidiosa” (Rand,

⁹⁷ Fogel (1966:27) observa que el del acero fue el único mercado en el que el impacto del ferrocarril tuvo una relevancia irrefutable, al consumir 87% de la producción en 1881. Hacia finales de la década de los 70s, Carnegie consolidó su poder en la industria del acero con el uso del proceso Bressemer que permitía la producción de 3 a 5 toneladas por minuto, cifras que correspondían al trabajo de un día antes de la innovación (Chandler et al., 1997:67). Aunque dicho proceso era conocido desde la década de los 50s, fue la construcción masiva de vías férreas lo que hizo posible explotar sus economías de escala. En 1888 Carnegie se hizo con la propiedad de su principal rival, la Homestead Steel Works, para crear la gigante Carnegie Steel Company.

⁹⁸ Originalmente atraído al Oeste por el oro, Leland Stanford fue gobernador de California de 1861 a 1863 y cofundador de la Central Pacific. Formó parte de un grupo de empresarios conocidos como los “cuatro grandes” a los que Rand (2009:63) se refirió como empresarios “producto de una economía mixta, hombres con influencia política, quienes hicieron fortunas por medio de privilegios especiales que les fueron concedidos por el gobierno”. En efecto, fueron un grupo proclive a la corrupción: cerca de \$500,000 dólares anuales –alrededor de 13 millones en la actualidad–, sumados a numerosas acciones de la *Central Pacific*, fue la “contribución” estimada de Stanford a Washington durante la década de 1860 (Winkler, 2018:123).

2009:74). En el universo de Rand no hay accidentes. La regulación es en un arma que los mediocres esgrimen contra el éxito egregio.

Por un lado, el libre mercado y los honorables empresarios que actúan según la lógica de la competencia, hombres que son movidos por el egoísmo y guiados por la razón, empresarios hechos-a-sí-mismos que sin ayuda del gobierno, mejor dicho, a pesar de las interferencias del gobierno, amasaron fortunas y levantaron emporios. Por el otro lado, están el Estado y la mediocridad que interfiere en el mercado causando distorsiones que justifican más Estado y más mediocridad a costa del genio empresarial. Son los parásitos burocráticos y el clientelismo que se apropian de fortunas por medios “inmorales”. Así pues, como todo el pensamiento de Rand, hay implícita en esta caracterización un maniqueísmo sospechoso que es necesario revisar.

- o -

Empecemos con el caso del Cornelious Vanderbilt cuya historia empresarial es el principal referente de *La Rebelión de Atlas*: un hombre que construyó su carrera “desde abajo”, comenzando con un modesto empleo en el negocio de embarcaciones de vapor en la década de 1820 y que llegó a ser un magante ferrocarrilero que en 1870 consumó la consolidación de uno de los sistemas ferroviarios más importantes del Noreste: la New York Central and Hudson River Railroad. Según el relato popular, fue su genio empresarial y voluntad de acero la que le permitió tan espectacular ascenso. Sin embargo, consta en los anales de la historia empresarial de los Estados Unidos que dicho “genio” incluyó prácticas no del todo honestas, como el “acaparamiento de mercado” (*market cornering*) para manipular los precios de las acciones y hacerse con el control de compañías ferroviarias, como la Harlem and New York Railroad, que luego consolidaba en un sistema más grande. Precisamente en relación a esta compañía, es conocido que para consumar su adquisición Vanderbilt recurrió al soborno de magistrados de la ciudad de Nueva York.

¿Es pues Vanderbilt un empresario “falso” que recurría al soborno para ganar ventajas competitivas? En absoluto. Lejos de criticar sus prácticas, Rand justificó los manejos ilegales del Comodoro argumentando que, en presencia de un gobierno corrupto, lo mejor que puede hacer un empresario es cernirse a las reglas del juego. Según su propio recuento de los hechos “cuando Vanderbilt comenzó a organizar varios ferrocarriles pequeños, poco conocidos, que

más tarde se convirtieron en el sistema New York Central; tuvo que obtener una franquicia del Consejo Municipal para permitir a su ferrocarril, el New York y Harlem, que ingresara en Nueva York. Se sabía que el Consejo era corrupto y si uno quería una franquicia tenía que pagar por ella; Vanderbilt lo hizo” (Rand, 2009:136). Más adelante agrega a su apología:

“¿qué podían hacer los ferrocarriles, sino recurrir al soborno, si deseaban existir de alguna manera? ¿Quién era el culpable y quién era el corrupto, los empresarios que tuvieron que pagar dinero por protección por el derecho a permanecer en el negocio, o los políticos que tenían *el poder para vender* ese derecho? (...) es cruelmente irónico que Vanderbilt sea ahora utilizado como uno de los ejemplos de los peores males de la libre empresa (...) los dueños de los ferrocarriles no empezaron el negocio corrompiendo al gobierno. Tuvieron que recurrir a la práctica de sobornar a los legisladores en defensa propia. Los primeros y mejores constructores de ferrocarriles fueron emprendedores libres que tomaron grandes riesgos con su capital personal y sin ninguna ayuda gubernamental (...) si recurrieron al soborno en algo, como Comodore Vanderbilt, fue solo para comprar la remoción de alguna restricción artificial, así como un permiso para consolidarse” (Ibíd.:138).

Hay en esta declaración dos elementos que vale la pena analizar. El primero refiere a lo que el profesor Sciabarra (2013) llama la concepción del “Estado depredador” y que Rand tomó de la Escuela Austriaca. “Siguiendo a los teóricos austriacos –escribe Sciabarra (2013:333-4)– Rand argumentó que estas aberraciones estructurales [monopolios, inflación, desempleo, etc.] eran el producto de la intervención del Estado en el proceso de Mercado (...) el otorgamiento de privilegios monopólicos produjo un sistema de castas moderno y rígido”. En el argot randiano, este sistema lleva por nombre “aristocracia del favor”, cuya forma más desarrollada es el sistema de cabildeo (lobbying) que impera en el Congreso de los Estados Unidos. La irracionalidad de tal sistema radica, en última instancia, en que son las intervenciones mismas del gobierno las que terminan por justificar nuevas intervenciones para control los monopolios que ellos mismos crearon.

El segundo elemento de interés es la distinción que Rand hace entre dos tipos de poder. Según su interpretación, el *poder político* se basa en el uso de la fuerza y la coerción. Todo aquel que haya leído las obras de Rand sabrá que gustaba de repetir la metáfora de “la

pistola” para referirse a cualquier acción del gobierno, incluido el cobro de impuestos, con los que no estuviera de acuerdo. El *poder económico*, por su parte, lo define como “la facultad para producir e intercambiar lo que uno ha producido” (Rand, 2009:61). El primero es coercitivo e inmoral; el segundo es libre y virtuoso. Fue, según su interpretación de la historia, la sumisión del poder económico a los mandatos del poder político lo destruyó a la industria ferroviaria de los Estados Unidos y sus nobles empresarios, esa “minoría acosada” por el Estado. Pero muy al contrario de este supuesto acoso, una famosa declaración del Comodoro ayuda a aclarar la determinación real de la relación poder económico-poder político: “¿y a mí que más me da ley? ¿Acaso no tengo *el poder*?”. En verdad lo tenía y no dudó en utilizarlo.

En realidad, los difusos límites entre economía y política no permiten una distinción tajante como las que gustaban a Rand, menos una omisión del hecho de que el poder económico traducido en riqueza somete con gran facilidad a un poder político que, en realidad, ya no es tal, sino que se ha transformado en una mercancía con un precio. Con su peculiar intuición de genio Hannah Arendt condensó esta evolución histórica del juego de los poderes al escribir que:

“el enorme crecimiento de la capacidad industrial y económica produjo un debilitamiento continuo de los factores puramente políticos, mientras que al mismo tiempo las fuerzas económicas se volvieron dominantes en el juego internacional del poder. El poder tuvo que ser pensado como sinónimo de la capacidad económica antes de que la gente se diera cuenta de que la capacidad económica e industrial es solamente su prerrequisito. En un sentido, el poder económico pudo subyugar a los gobiernos porque éstos compartían la misma fe en la economía que el simple empresario que de alguna manera los convenció de que los instrumentos de violencia del Estado debían emplearse exclusivamente para la protección de los intereses empresariales y la propiedad nacional” (Arendt, 1976:51).

Argumentar, por otro lado, que el hecho de haber amasado una fortuna por el esfuerzo propio justifica a su poseedor a hacer con ella lo que le plazca no puede ser más que una renuncia a cualquier forma de ética a no ser, como en el caso de Rand, que se llegue al extremo de fundar una ética del egoísmo. Con más congruencia que Rand, o al menos con una visión más realista

de la historia, la facción ordoliberal del Coloquio Lippmann alegraría que es debido a esta propensión al empleo del soborno por parte de las empresas que hace falta un Estado fuerte que resista las tentaciones. Rand, en cambio, defendió un Estado mínimo que mermara lo más posible los efectos nocivos de su existencia.

Volviendo a Vanderbilt y acercándonos a los orígenes de su carrera empresarial, resalta el hecho, del todo omitido por Rand en su diatriba anti-intervencionista, de que la incursión del Comodoro en el mundo de los transportes de vapor se dio en 1824 cuando la Suprema Corte decidió en el caso *Gibbons Vs. Ogden* acabar con el monopolio de la *Fulton-Livington Company*, con lo que Vanderbilt pudo entrar en el negocio del transporte en canales y pronto erigir su propio monopolio. En otras palabras, las acciones del gobierno no siempre actuaron en contra de Vanderbilt, ni siquiera antes de consolidar su poder económico, sino que lo ayudaron, fuera o no su intención, a encumbrarse como un Atlas ferrocarrilero. En un sentido más general, una visión desapasionada y no ideologizada de la historia debería reconocer que las “consecuencias no intencionadas” de la intervención pública se proyectan en múltiples direcciones y no permiten una caracterización maniquea. Si es verdad que algunas directivas tienen como resultado último la necesidad de nuevas intervenciones, con gran frecuencia éstas actúan para beneficio de los empresarios y no sólo los miembros de una “aristocracia del favor”.

Un segundo caso que inspiró al ideario randiano es el del magnate de las finanzas J. P. Morgan –quien a diferencia de Vanderbilt inició su carrera en el seno de una familia acomodada de banqueros– cuya intervención más notable en la historia de los ferrocarriles se dio a finales de la década de 1880 cuando orquestó la formación de la Western Association, un organismo transempresarial que reunió a los representantes de las principales compañías con el objetivo de “disciplinar la construcción competitiva así como para la fijación de tarifas competitivas” (Chandler, 1977:171). Las acciones de Morgan se deben entender a la luz de la expansión desaforada de las vías férreas que se había vivido durante las dos décadas precedentes [*Imagen 1*], misma que está íntimamente ligada con la crisis de 1873 debido a los excesos financieros en los que incurrieron empresarios como Jay Cooke, quien excedió la capacidad de su banco para financiar la *Northern Pacific Railroad*. A pesar de la crisis, sin embargo, la mayor expansión del ferrocarril se vivió durante la década de 1880 durante la

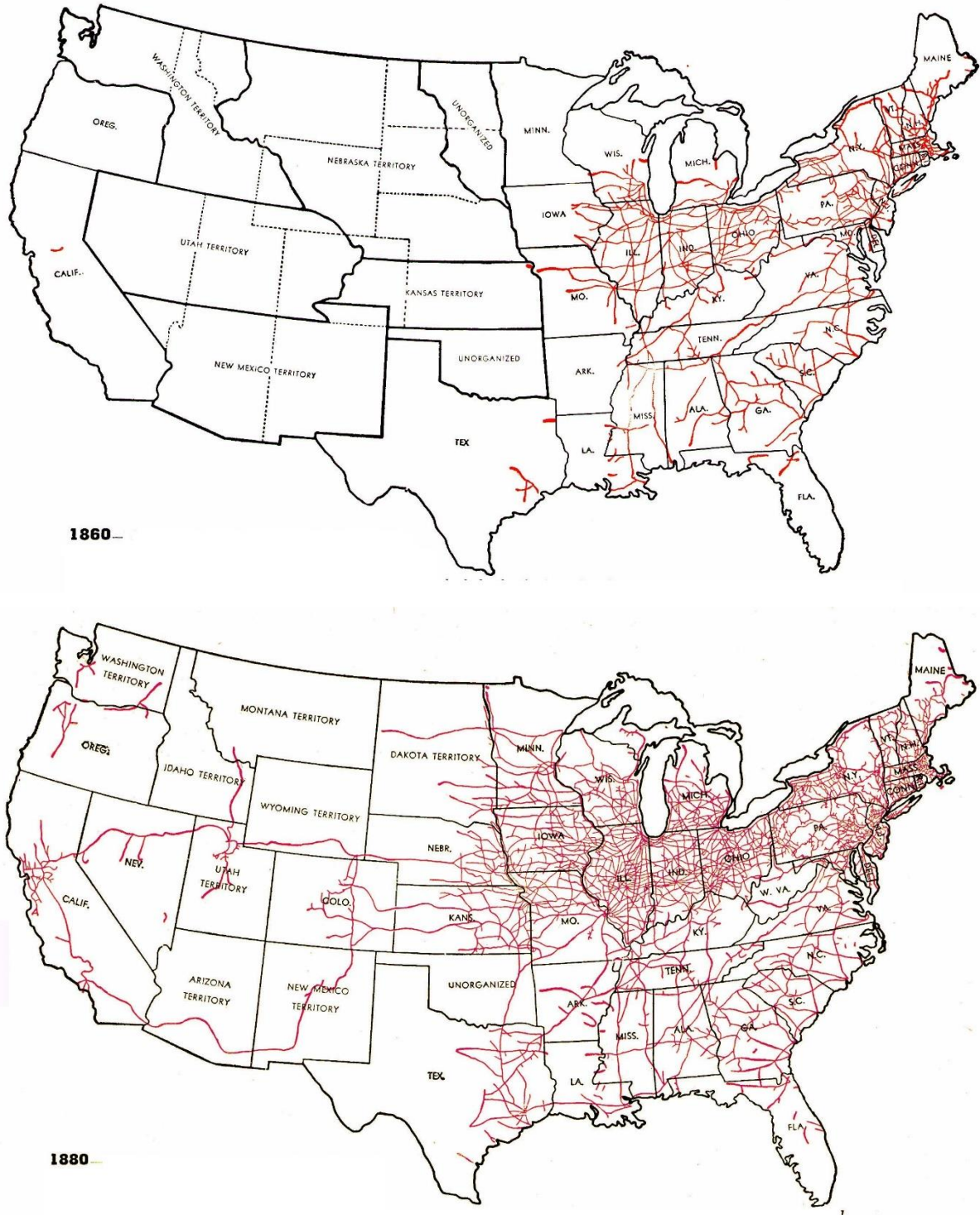
que se construyeron cerca de 110 mil kilómetros de líneas cuya rentabilidad se buscaba mantener mediante el recurso del *pooling* –agrupación de activos de diferentes empresas– y la repartición de ganancias. Cuando esta figura financiera no fue suficiente, Morgan instó a sus contrapartes a formar la Western Association para frenar la construcción y contener los efectos nocivos de la competencia.

Hay en esta historia una situación que contradice, o al menos pone en duda, la caracterización maniquea que Rand hace de los empresarios, ya que por un lado incluyó a Morgan entre la lista de los empresarios “auténticos” que prescindieron del favor político para amasar sus fortunas, pero criticó al mismo tiempo a las organizaciones como la Western Association por distorsionar la dinámica del libre mercado. Así pues, o bien Rand ignoraba la participación de Morgan en la fundación de la Western Association, o simplemente omitió el hecho para limpiar su aura empresarial de cualquier conducta anti-competitiva.

Una posible omisión intencionada de Rand cobra mayor relevancia si consideramos que otra de estas “federaciones ferrocarrileras” cuyo objetivo era contener los efectos de la competencia se constituyó en 1874 reuniendo a los dueños de las compañías del Erie, la Pennsylvania y la New York Central, es decir, con la participación de Cornelious Vanderbilt, quienes acordaron el establecimiento del Western Railroad Bureau para el control de las tarifas en busca de una salida a los estragos de la crisis del 73 que había urgido a los ferrocarriles a buscar formas de cooperación más sólidas (Chandler, 1977:134).

En otras palabras, más que Atlas autónomos, tanto Vanderbilt como Morgan son ejemplos de que la “libre competencia” nunca ha sido del gusto de los magnates que no rehúyen de la cooperación cuando ésta conviene a sus intereses. Ya en 1854, de hecho, había tenido lugar la primera reunión de dueños de ferrocarril convocada por J. E Thomson de la *Pennsylvania*, “con vistas a acordar principios generales que gobiernen a las compañías de ferrocarril que compiten por el mismo comercio, y prevenir la competencia ruinosa” (Chandler, 1977:125). En conclusión, la lucha de los empresarios contra la competencia es bastante longeva, y nada tuvo que ver aquí la intromisión de un “Estado depredador”.

Imagen 1. Avance del tendido férreo entre las décadas de 1860 y 1880



Fuente: Central Pacific Railroad Photographic Museum (http://www.cpr.org/Museum/RR_Development.html)

Pero aun si los defensores del capitalismo prístino pudieran justificar este desliz del comportamiento empresarial argumentado que siempre que la colaboración entre empresas sea voluntaria y motivada por intereses egoístas no contradice los principios de la competencia del mercado, hubo otros mecanismos a los que recurrieron los supuestos empresarios “auténticos” cuando la cooperación no fue suficiente. Siguiendo el relato de Rothbard (2002:186), la *Comisión de Comercio Interestatal* de 1887 fue fundamentalmente un proyecto impulsado por J. P. Morgan, quien después del fracaso por regular la industria “desde adentro”, había entendido que podía emplear el poder gubernamental para acabar con los inconvenientes de la competencia, pero con la astucia suficiente para vislumbrar que el monopolio podía ser impuesto en nombre a la oposición del monopolio.

Resulta significativo a este respecto el testimonio de Richard Olney, destacado abogado de compañías de ferrocarril, quien recomendaba a sus clientes que “lo sensato no es destruir la Comisión, sino utilizarla” (citado en Zinn, 1999:195). Lejos de representar “el sacrificio del genio productivo frente a las demandas de la mediocridad envidiosa”, la *Ley de Comercio Interestatal* fue el resultado de ese “genio productivo” actuando en su propio interés. En este contexto, no sólo la Comisión fue reinterpretada para el beneficio de los ferrocarriles, sino que también la *Catorceava Enmienda* pasó de ser una protección a la población negra a una defensa de la propiedad de las empresas cuando en 1882 Roscoe Conkling, ex-senador republicano y hombre cercano al presidente Chester Arthur, defendió ante la Suprema Corte el derecho de su cliente, la *Souther Pacific Railroad*, a ser tratada como “una persona” (Winkler, 2018:xiii).

En su obra *Capitalismo, el Ideal Olvidado*, Rand (2009:37) apunta la tesis de que “los verdaderos beneficiados con las guerras en todas las economías mixtas fueron y son de esa clase: hombres con influencia política que adquieren fortunas por el favor gubernamental, durante o después de la guerra, fortunas que no podrían haber obtenido en un mercado libre”. Traigo a colación tal afirmación en relación a J. P. Morgan, ya que al terminar la Primera Guerra Mundial uno de los principales beneficiarios fue la casa Morgan que fungió el doble papel de exportador de manufacturas y proveedor de créditos para los Aliados al ser nombrado “agente fiscal” del Tesoro Británico. Se trató un triángulo maravilloso para Morgan pues los créditos que concedían se empleaban en gran medida para pagar las

manufacturas que vendían (Zinn, 1999: 268). Las compras de guerra del imperio británico ascenderían a un total de 3 mil millones de los que la casa Morgan cobró una comisión de aproximadamente 30 millones (Rothbard, 2002:370). En conclusión, el Atlas de las finanzas J. P. Morgan no sólo no fue un empresario “auténtico” en el sentido moralista, autónomo y egregio, que Rand le atribuía, sino que fue un auténtico miembro de la “aristocracia del favor” que no dudó en usar la influencia política para su beneficio, ni su compañía dejó de beneficiarse con los botines de la Primera Guerra Mundial.

¿No hay, pues, un ejemplo histórico de un empresario libre del “pecado” de mezclar el poder económico con la influencia política? En 1893 James Jerome Hill, exitoso empresario del carbón y los ferrocarriles que fue conocido como “el constructor de imperios”, concluyó la construcción de la línea Great Northern que con sus cerca de 3 mil kilómetros constituyó un caso paradigmático al ser terminada sin financiamientos públicos y con apenas unas pocas concesiones de tierras. Los hábiles manejos de Hill durante las crisis de 1873 y 1893, que incluyeron una política de asentamientos a lo largo de sus líneas en Dakota y la contratación de mano de obra e ingenieros japoneses, fueron documentados por Holbrook [1947; citado en Rand, (2009:132)] en los siguientes términos: “en poco más de dos décadas, se construyeron tres ferrocarriles transcontinentales con ayuda gubernamental. Y así, cuando Hill dijo que iba a construir una línea desde los Grandes Lagos hasta Puget Sound, sin dinero estatal o concesión de tierras, incluso sus amigos cercanos pensaron que estaba desquiciado. Pero su *Great Northern* llegó a Puget Sound sin un dólar de ayuda federal, y no fracasó”.

El caso de la Great Northern es sin duda excepcional. Pero si bien J. J. Hill no recibió subsidios directos, sí absorbió compañías que lo habían hecho, como la de Jay Cooke. De hecho, fue la absorción de las líneas de Cooke la que permitió a la Great Northern alcanzar Chicago en 1893. Asimismo, aunque Hill no recibió ayuda del gobierno, no hubiera conseguido unir los océanos con sus trenes de no haber sido por la ayuda de la casa Morgan, cuya influencia en el gobierno fue bastante notable. Por otro lado, aunque es verdad que Hill mantuvo un perfil bajo en cuanto al uso de la influencia política, Winkler (2018:200) recoge en repaso de la historia jurídica de los Estados Unidos un recuento de cómo las relaciones de Hill en Wall Street fueron cruciales para ayudar a Marcus Hanna, creador de la “campana política moderna” a financiar la campaña electoral de William McKinley en 1896. Solamente

la Standard Oil donó \$250,000 dólares a la campaña, algo así como 6 millones en la actualidad. En total obtuvo cerca de 7 millones de dólares de las corporaciones, diez veces más que su contrincante W. J. Bryan (Winkler, 2018:199). Con el triunfo de McKinley, y con la ayuda de Hill, dio inicio un periodo de capitalismo a la vez proteccionista e imperial que nada tiene que ver con los ideales libertarios de Ayn Rand.

- o -

Rand no miente al señalar el papel que jugó la corrupción en la construcción de los ferrocarriles en el Oeste, pero falla al querer demarcar la línea que separa a los empresarios “auténticos” y los “falsos” que se coludieron con el gobierno para amasar fortunas sin mérito. En los párrafos anteriores analicé la dificultad, mejor dicho, la imposibilidad de encontrar un caso que se ajuste a la definición de empresario egregio defendida por Rand. Pero también es posible argumentar a favor de una “colusión benéfica” entre empresarios y gobierno que no implique la carga de ineficiencia que Rand atribuyó a los “falsos” empresarios. En este sentido, resalta el caso de la Union Pacific Railroad, compañía ferrocarrilera fundada como parte del proyecto transcontinental de Abraham Lincoln y una de las mayores beneficiarias de las concesiones de tierras con cerca de 12 millones de acres. El primer presidente de la Union fue el empresario-político William Ogden, quien, según la caracterización de Cain (2010:343), es un ejemplo representativo de “muchos emprendedores asociados a ferrocarriles y canales cuyos negocios e intereses políticos estaban mezclados, pero que generalmente evitaban conflictos de interés”. El caso de Ogden es prueba de que no todos los beneficiarios de las concesiones ferrocarrileras fueron déspotas corruptos y que, por tanto, la línea que separa a los “buenos” de los “malos”, si es que tal existe, no tiene nada que ver con la división entre lo público y lo privado⁹⁹.

En este sentido, otra consideración, menos directa pero más interesante, que omite la perorata esbozada por Rand, apunta hacia la extensión del ferrocarril en el Sur tras la guerra, misma que no se concretó sino hasta 1886. La tarea de unir al mercado nacional mediante unido por un mismo ancho de vía que permitiera el movimiento ininterrumpido de mercancías de Norte a Sur y viceversa implicó, evidentemente, un gasto monumental e,

⁹⁹ La obra de Mariana Mazzucato, particularmente *El Estado Emprendedor. Mitos del sector público frente al privado* (2013) es un referente actualiza e imprescindible en estos temas.

inevitablemente, dio pie a la corrupción. Pero como lo observa Bosch (2005:208) las “prácticas corruptas en la construcción del <<nuevo sur>> no eran nuevas, ni pueden ocultar las realizaciones positivas de los gobiernos radicales como haber profundizado la democracia en sus Estados”. La historiadora señala entre estos logros el sufragio universal, la educación pública, la seguridad social y sobre todo la mejora de la condición de la población negra. Ante tal panorama, concluye que “los blancos que eran hostiles a los nuevos gobiernos no lo fueron tanto por la corrupción como por la inclusión de afroamericanos en la vida pública” (Ibíd.). La evidencia es contundente: al finalizar la guerra, en 1866, apareció el Ku Klux Klan en Pulaski, Tennessee, que no sólo fue una congregación racista sino un foco de crítica al gobierno. En conclusión, si la injerencia del gobierno en la construcción de un sistema unificado de ferrocarriles fue duramente criticada, se debió en gran medida a las transformaciones sociales que acarreo y no sólo a causa de su corrupción.

- o -

Un último punto en relación a la visión que Rand difundió sobre los monopolios y las leyes anti-trust, se refiere a la crítica que hizo a la doctrina jurista conocida como “*rule of reason*”, según la cual la imputación de monopolio bajo los dictámenes de la Ley Sherman quedaba al juicio de los tribunales. En palabras de Rand, dicha tradición implicaba que “nadie puede decir qué es lo que la ley prohíbe o permite hacer” (Rand, 2009:64), lo que permitía una gran discrecionalidad que se tradujo en un “acoso” a las grandes empresas.

Pero a pesar de que Rand señala repetidamente el año de 1890 y la *Ley Sherman* como el inicio del fin del capitalismo norteamericano bajo el peso de la regulación, los historiadores de la tradición jurídica norteamericana reconocen el año de 1897 como el inicio la “Era Lochner”: un periodo jurídico caracterizado por la disposición de la Suprema Corte para abolir las regulaciones económicas del Estado. La Era Lochner comenzó con el caso de *Allgeyer Vs. Louisiana* en el que se dio la primera interpretación de la *Catorceava Enmienda* para incluir en sus clausula el derecho a la “libertad económica” de la empresas. La intrascendencia de la *Ley Sherman* bajo el *rule of reason* es patente en el hecho de que gran parte de los grandes *trusts* modernos se consolidaron entre 1897 y 1904.

En el caso de los ferrocarriles, la *Ley Sherman* no impidió que la concentración de la propiedad se intensificara al grado de que las líneas de más de mil millas controladas por una

sola compañía pasaron de ser una sola o el 6.7% del total de 1865, a 54 vías o 67% del total de 1910; controladas por no más de una decena de grandes capitalistas entre los que destacan Vanderbilt [21,363 millas], Harriman [14,725], Hill [20,422], Morgan [18,879], Gould [13,028] y Rockefeller [10,293]. Hacia 1912 tan solo las casas Morgan y Rockefeller estaban relacionadas a 341 puestos directivos en 112 corporaciones con una capitalización de \$22,245,000,000 de dólares (Huberman, 1960:345). Al parecer de Bogart (1912:312) “a pesar de que la consolidación resultó conveniente para el público y las economías de escala y administración, supusieron poner una cantidad peligrosa de poder en las manos de unos cuantos hombres, el cual debería claramente estar bajo estricto control gubernamental”.

En resumen, la Suprema Corte durante la Era Lochner, que se extendió hasta 1937, fue caracterizada, según palabras de Winkler (2018:154), “por derribar docenas de leyes que regulaban las actividades empresariales”, particularmente leyes laborales y de salario mínimo. Este periodo fue inspirado por la visión proto-libertaria del juez Stephen Field, partidario de las causas empresariales. Así pues, no siempre, o más bien, casi nunca, la Ley ha actuado en contra de los empresarios, sean “falsos” o “auténticos”, y las leyes antimonopolio han ayudado, antes que desalentado, el ascenso de las grandes empresas norteamericanas. En este sentido, llamar a Morgan, Vanderbilt o Rockefeller “una minoría acosada”, no puede ser más que *“una proyección de los temores del siglo XIX y de la ignorancia en materia económica”*.

No deja de ser irónico, en el mismo contexto, que un progresista –a los que Rand despreciaba– como Theodore Roosevelt, mirara con recelo a la *Ley Sherman*, la cual, a su parecer, era una reglamentación atávica que no correspondía a las necesidades del capitalismo del siglo XX. El problema, pensaba Roosevelt, no era el tamaño de las empresas, sino que éste debía emplearse para beneficio de la sociedad. Menos afecto al gran tamaño de las organizaciones tanto políticas como empresariales, la presidencia de Woodrow Wilson significó un viraje en la política norteamericana y su actitud ante los trust que se materializó en 1914 con la creación de la Comisión Federal de Comercio y una nueva ley que buscaba resarcir los huecos de la *Ley Sherman*: la *Clayton Act*; un nuevo intento por controlar los monopolios –pero que tendría como resultado un aumento de las demandas contra los sindicatos (Huberman, 1960:223)–. De nuevo la ironía: Wilson, un presidente que, al igual

que Rand, renegaba del gobierno paternalista y los privilegios, y quien declaró que “no deseaba vivir en una filantropía”, recurrió a las leyes anti-monopolio para acabar con el paternalismo y los privilegios; mientras que Roosevelt, quien desconfiaba de las leyes antimonopolio, como Rand, fue un partidario del gran gobierno y el nacionalismo. Cuando la incursión norteamericana en la Primera Guerra Mundial requirió de un mayor control de la economía, la *Ley Sherman* fue suspendida a fin de que el gobierno pudiera aprovechar las ventajas operativas del monopolio. El deseo de Rand de suspender con las leyes anti-trust, en otras palabras, se logró en nombre de la guerra y el nacionalismo que tanto repudió.

Una vez terminada la guerra las provisiones anti-monopólicas volvieron a operar. La cuestión del monopolio, sin embargo, pasó a segundo plano oscurecida por la prosperidad de los años 20s hasta el momento en el que la Gran Depresión reanimó el interés, tanto de empresarios como de políticos, en la cuestión del corporativismo como una forma de hacer frente a los estragos de la crisis. En medio de un panorama de escasa demanda y desequilibrios entre el campo y la ciudad, la planeación centralizada de la economía aparecía como una alternativa –el avance económico de la Unión Soviética en la década de los 20s ayudó a crear este ánimo favorable a los planes económicos– que requería de la abolición de las provisiones antimonopolio para funcionar. Entre las figuras representativas del New Deal, ninguna tuvo un papel más importante en relación al problema del monopolio que Truman Arnold, jefe de la División Antitrust del Departamento de Justicia de 1938 a 1943, cuya adhesión al “realismo jurídico” lo llevó a interpretar el problema del monopolio de una forma diferente a sus antecesores con las consecuencias, por un lado, de un mayor dinamismo en el combate a las prácticas de fijación ilegal de precios y, por el otro, condenar a la intrascendencia a las leyes antimonopolio (Brinkley, 1993). La novedosa postura de Arnold –que en realidad revive algo del espíritu nacionalista de T. Roosevelt– consistía en que, en concordancia con Ayn Rand, no consideraba el tamaño como esencial al problema del monopolio, ya que el tamaño de la empresa moderna era un síntoma del progreso que sería ridículo combatir en nombre de un idealizado mercado de pequeños productores –como soñaba Wilson– ya que las estructuras monopólicas podrían, de hecho, explotar las economías de escala y reducir costos. El monopolio, entonces, debía ser regulado sólo en tanto inflara artificialmente los precios y afectara el consumo. En este sentido, la postura de Arnold se enmarca en los esfuerzos del New Deal por reanimar la demanda evitando el

aumento injustificado de precios, lo que lo llevó a aumentar sustancialmente el número de investigaciones anti-monopolio de 38 en 1938 a 215 en 1940, ganado 31 de 33 casos que llegaron a juicio (Brinkley, 1993:558). Un conjunto de situaciones adversas, una mala publicidad y, sobre todo, la Segunda Guerra Mundial, detuvieron el ímpetu de Arnold. No obstante, como lo observa Brinkley (1993:580), fue su misma postura frente al monopolio la que terminó por decretar la intrascendencia de las leyes que buscaban limitarlo, ya que “si el objetivo de la política pública no era la redistribución del poder sino aumentar el consumo de masas, era más fácil y más eficiente perseguir otras estrategias para llegar a la meta: gasto de gobierno, reducción de impuestos, políticas redistributivas y otras”.

A casi medio siglo de la “era progresista”, en el marco de la construcción de la teoría y política neoliberal en la Universidad de Chicago, el “anti-trust Project” de Levi y Director reviviría el debate sobre el monopolio para llegar a conclusiones que aprovechan el argumento del “*rule of reason*” que otorga a los jueces el poder de decisión sobre los casos de monopolio. El problema, argumentaron, no es el sistema legal sino la educación de los jueces, quienes deben ser instruidos en materia de economía –economía neoclásica, se entiende– a fin de que sus decisiones sean racionalmente justificadas, es decir, favorables a las grandes corporaciones. Una vez más el monopolio podía ser defendido en nombre de una ley anti-monopolio. Aunque Rand fue partidaria de leyes claras que no dejaran nada al arbitrio de un juez particular, la idea de una educación económica de los magistrados sin duda formaba parte de su programa para el rescate del “ideal olvidado”.

- o -

El argumento de Rand a favor del monopolio descansa sobre la ficción de un mercado autorregulado. Si la regulación parece necesaria es precisamente porque el gobierno intervino en principio rompiendo, de forma exógena y ajena a la naturaleza del mercado, el equilibrio auto-regulador. Una visión diferente y a mi parecer más acertada de este proceso es la desarrollada por Karl Polanyi en *La Gran Transformación* [1944]. Allí, el historiador austriaco analiza el caso de las “leyes de los pobres” como ejemplo de un movimiento de “doble hélice” en el que las acciones del gobierno aparecen como reacciones de “autodefensa de la sociedad” frente a la dinámica del capital que, en su afán de “liberar” a la mano de obra, creó una situación intolerable de pobreza que requirió la intervención pública para paliar los

efectos nocivos del “molino satánico”. Su análisis explica cómo el proceso se retroalimenta creando nuevas condiciones en las que las que, al enfrentarse al mercado de trabajo capitalista, la *Ley Speenhamland* de 1795 creó, paradójicamente, más pobreza.

El mismo proceso se puede aplicar por analogía a los ferrocarriles cuya regulación aparece en principio como reacción del gobierno para restringir las prácticas de *pooling* para la fijación de tarifas, pero terminaron por crear, debido a nuevos artilugios como la creación de *trusts*¹⁰⁰, monopolios más grandes que encontrarían su refugio último en la figura legal de la corporación. En efecto, las leyes antimonopolios crearon, paradójicamente, monopolios. Entre 1895 y 1904 más de 1800 firmas manufactureras desaparecieron en el movimiento de consolidación industrial según datos de Lamoreaux (2010: 385). Un caso paradigmático es el de la U. S. Steel Corporation –primera compañía valuada en un billón de dólares– concretada por J. P. Morgan, quien se encargó de incorporar en 1901 la compañía de Andrew Carnegie en un monopolio acerero que llegó a controlar dos terceras partes de la producción y consumo nacional gracias a las tarifas proteccionistas aprobadas por el Congreso “pro-capitalista” del periodo imperialista del Presidente McKinley.

También es ilustrador el caso de la Standard Oil al que Greenspan (2009) hace referencia como ejemplo de las “injusticias” cometidas contra los empresarios egregios bajo los dictados de la *Ley Sherman*, ya que a pesar de controlar más del 80% de la industria petrolera representaba menos del 1% del PIB, lo que de alguna forma ambigua, al parecer de Greenspan, lo libera de todo carácter monopólico. En palabras de Greenspan (2009:84) “el hecho de que el control de la Standard Oil, a inicios del siglo, de más del 80% de la capacidad de refinamiento, tenía importante sentido económico y aceleró el crecimiento de la economía estadounidense”. Después de varios años de luchas legales en las que el magnate puso a trabajar a un ejército de abogados, el tribunal de Ohio decretó la disolución del monopolio petrolero en 1892. Pasaron varios años, sin embargo, antes de que el trust se disolviera

¹⁰⁰ Respecto a la aparición de los *trust*, Greenspan (2009:84) desecha el argumento legal argumentando en cambio, en un intento por salvar la santidad de los mercados, que éstos “se gestaron porque eran las unidades más eficientes en esas industrias que, siendo relativamente nuevas, eran pequeñas para darle sostén a más de una empresa de envergadura”. Más correcta es, a mi parecer, la caracterización de Hobsbawm (2013:50) respecto al fenómeno de la *trustificación* de la economía mundial a finales del siglo XIX: “se intentaba ampliar los márgenes de beneficio, reducidos por la competitividad y por la caída de los precios (...) la mano visible de la moderna organización sustituyó a la mano invisible de los mercados”.

efectivamente en 1899, aunque en realidad sólo implicó la separación de sus filiales de la Standard Oil Corporation con sede en Ohio, pues la decisión sólo incumbía a ese estado. La corporación trasladó su domicilio a New Jersey cuya legislación respecto a la concentración era más laxa, lo que le permitió retomar su carácter como *holding*. La compañía operó bajo este esquema hasta el retiro de Rockefeller en 1911.

Pero este recuento de los hechos deja fuera la “agridulce” relación de Rockefeller con los ferrocarriles, misma que terminaría por justificar las leyes antimonopolio. Ya he mencionado cómo la cooperación intra-industrial en la forma de asociaciones ferrocarrileras fue fundamental para su supervivencia tras la crisis de 1873. La competencia con otras industrias, por otro lado, fue más difícil de combatir y resultó catastrófica. A mediados de los 60s, el joven John D. Rockefeller había incursionado en la industria petrolera. A principios de los 70s comenzó a ganar notoriedad gracias a un contrato de exclusividad para el transporte del queroseno firmado con la compañía de Vanderbilt, que a su vez buscaba formas para aumentar la carga de sus trenes para hacer frente a la creciente competencia. La lealtad no era, sin embargo, una característica de Rockefeller y pronto tuvo acuerdos informales con el principal rival de Vanderbilt, la Pennsylvania Railroad, la cual no sólo aplicó rebajas a las cargas de la Standard Oil sino que subió las de otras compañías para beneficio de Rockefeller. En 1879 el Comité Hepburn de Nueva York reveló que en tan solo 18 meses Rockefeller había recibido rebajas por 10 millones de dólares, lo que le ayudó a arruinar a sus rivales (Fogel, 1974:21). En menos de una década la Standard Oil se convirtió en la principal refinería del país y absorbía rápidamente a la competencia, situación facilitada por la crisis que llevó a muchas empresas a liquidar sus activos. Según datos aportados por Huberman (1960:221), Rockefeller llegó a adquirir una empresa rival valuada en 67 millones por tan sólo 45, apropiándose así de rendimientos de hasta 40 millones anuales¹⁰¹.

Los hábiles manejos de Rockefeller le permitieron no sólo controlar la industria de la refinación sino que obtuvo un gran poder de negociación que supuso un duro golpe para

¹⁰¹ Fue también durante este periodo cuando Jay Gould se hizo con el control de la Union Pacific en 1874. Gould ganó notoriedad al timar a Vanderbilt cuando éste intentó hacerse con el control de la línea Erie. Como lo observa Zinn (1999:191), Gould y su socio Daniel Drew gastaron cerca de un millón de dólares sobornando a la legislatura de Nueva York para autorizar la emisión de acciones infladas de la compañía de ferrocarriles Erie, mismas que fueron adquiridas por Vanderbilt. Hacia 1881 Gould controlaba al menos 8 grandes líneas, todas con fines especulativos (Chandler, 1977:160).

la cooperación entre los ferrocarriles: el petróleo era demasiado valioso para perder el derecho de carga. Pero no conforme con tener el poder en las negociaciones, Rockefeller decidió a finales de los 70s prescindir de las vías férreas para embarcarse en la construcción de oleoductos. En una reacción defensiva, compañías como la Pennsylvania buscaron construir sus propios oleoductos, lo cual no agradó al magnate del petróleo: ante la amenaza de Thomas Scott de no transportar el petróleo de la Standard desde su refinería de Pittsburg, Rockefeller decidió simplemente cerrarla provocando la quiebra de Scott. En 1877 las cuatro principales compañías ferroviarias, incluidas la Pennsylvania, decidieron recortar los salarios para enfrentar la crisis, lo que se sumó al despido masivo a causa del cierre de la refinería, causando el estallido de una huelga a la que se respondió con una férrea represión.

Como se mencionó anteriormente, una de las formas en las que los ferrocarriles trataron de hacer frente a la crisis, y a la competencia ruinosa de Rockefeller, fue mediante la agrupación de sus activos y la repartición de ganancias en la figura legal del *pooling*. Tales prácticas avivaron el descontento de los granjeros y comerciantes de Nueva York ante lo que consideraban las “tarifas artificialmente altas” de las grandes compañías, lo que se tradujo en “una creciente presión para declarar el *pooling* completamente ilegal” (Chandler, 1977:142). Fue en este contexto cuando se aprobó, con anuencia de la casa Morgan que no escondía su aversión a los negocios de Rockefeller, la *Ley de Comercio Interestatal* de 1887 que prohibía explícitamente el agrupamiento *–pooling–* de las compañías ferroviarias, por lo que muchas simplemente reescribieron sus contratos omitiendo cualquier alusión al *pooling* sin cambiar significativamente sus prácticas bajo el amparo de la figura legal del *trust* de la que David Rockefeller fue un pionero. Fue precisamente esta estrategia la que dio pie a la más restrictiva *Ley Sherman* de 1890 que buscaba controlar a los trusts. Así pues, más que el resultado de la intervención de un “Estado depredador”, esta cadena de regulaciones y argucias legales esconde el conflicto entre dos empresarios que no dudaron en hacer uso del poder político y jurídico para anularse mutuamente.

Volviendo al análisis de la regulación esbozado en *La Gran Transformación*, Polanyi (1973:100) observa que “lo que para la mente moderna pudiera fácilmente parecer como una poco previsoramente exclusión de la competencia fue en realidad el medio de salvaguardar el funcionamiento de los mercados bajo las condiciones existentes”. En este sentido, las leyes antimonopolio de finales del siglo XIX no fueron una artimaña del estatismo para acabar con

el mercado, como creía Rand, sino la consecuencia precisamente de que el mecanismo de mercado había sido desplazado por la concentración del poder económico. “La regulación y el mercado –escribe Polanyi (1973:107)– crecieron a la par”. Al aplicar este razonamiento, lejos de un cuento en la que los “buenos” empresarios cargan con la culpa de los “malos”, aparece una historia subyacente en el que la dinámica del capitalismo toma cierta organicidad: la necesidad de evitar la “competencia ruinosa”, producida en un principio por un ambiente de crisis económica, derivó en la creación de leyes que sin pretenderlo, al menos explícitamente, terminaron por alentar a la concentración monopólica a partir de nuevos artilugios legales de los ferrocarriles y nuevas leyes para controlarlos, etc., etc.

En conclusión, el inmovilismo propugnado por los libertarios bajo el slogan de “no intervención”, no aparece como una opción frente a las dislocaciones causadas por el desarrollo económico mismo: “si la rapidez de esa dislocación es demasiado grande, la sociedad tiende a sucumbir en el proceso. Los Tudor y los primeros Estuardo salvaron a Inglaterra de la suerte de España al regular el curso del cambio en forma que fue soportable y sus efectos pudieron ser canalizados por avenidas menos destructivas” (Polanyi, 1973:115). Hasta qué punto la *Ley Sherman* logró hacer algo similar con los ferrocarriles es una cuestión a debate. Lo importante aquí es reconocer que la regulación no surgió como un capricho del poder gubernamental animado por la “envidia a los empresarios”, como creía Rand, sino como una reacción de los empresarios mismos y de la sociedad ante la concentración en un mercado que, a pesar de los ideales del *laissez faire*, no se auto-reguló. El mito de Atlas es otra cara del mito de la auto-regulación de los mercados¹⁰².

¹⁰² Existe otra cara del *laissez faire* que no está completamente fuera de contexto en este debate, y que Pablo González Casanova (1971:87) explicó en relación a la situación de México en los siguientes términos: “observar el principio de no intervención de Estado en la economía habría implicado ‘dejar hacer’ al subdesarrollo y a la intervención de las compañías monopólicas extranjeras y de sus respectivos Estados”.

IV. CRÍTICA DE LAS DOCTRINAS ECONÓMICAS DE AYN RAND (II)

C. CRISIS DE 1929

"La frase 'hacer dinero' engloba la esencia de la moralidad humana."

La Rebelión de Atlas [1957]

i. Fundamentos económicos en el pensamiento de Ayn Rand

Lo más parecido a una teorización monetaria por parte de Rand se encuentra en una conferencia dictada en 1974 con el título “*Egalitarianism and inflation*”, donde se argumenta que la *estanflación* de los años 70s fue el resultado de las políticas “igualitarias” del Estado de Bienestar que en su misión de ayudar a los pobres se embarcó en el tren de la inflación mediante la emisión de crédito “ficticio”. “La inflación –opina Rand (1974T)– es un flagelo humano, posibilitado por el hecho de que la mayoría de los hombres no la entiende”. Con su peculiar estilo, Rand aborda la tarea de “explicar a los hombres” eso que no entienden, iniciando con un sucinto repaso de la evolución de las actividades productivas desde la cacería hasta la industria. Fue con la agricultura cuando la humanidad dio el gran salto al descubrir las nociones de tiempo y ahorro que Rand sintetiza en el concepto de “*Stock seed*” –literalmente, la “semilla almacenada”–: riqueza producida pero no consumida que es la base de la inversión y el crédito. A partir de este postulado el relato de Rand recorre algunos derroteros secundarios que la llevan a considerar el descubrimiento del dinero: “no es sólo una herramienta de intercambio: mucho más importante, es una herramienta de ahorro que permite el consumo diferido y compra tiempo para la producción futura”; a lo que agrega una descripción de las virtudes que hacen al oro la mercancía dineraria por excelencia: “el dinero-oro es un valor tangible en sí mismo y un símbolo de la riqueza *realmente producida*”. El desenlace de esta historia lleva a la pregunta sobre qué pasa en una sociedad cuando el oro es desplazado por el papel. La respuesta: inflación y crisis.

A este instructiva –y simplista– explicación de la inflación, Rand agrega dos corolarios: primero, que el gobierno es la única institución que puede “arrogarse el poder legar de negociar por medio de *cheques de hule*”, es decir, imponer el uso de papel moneda; y, segundo, que existe una “mentalidad salvaje” deslumbrada por la idea de que la *velocidad de circulación* puede afectar el ritmo de la producción, o en otras palabras, que la emisión de

papel moneda tiene *efectos reales* en la economía. Tal doctrina es atribuida por Rand a John Maynard Keynes. A continuación denuncia la falacia de que “el consumidor –no el productor– es el motor de la economía. Déjenos extender el [mal] crédito a los consumidores –recomiendan– para expandir el mercado de nuestros bienes”. Se trata, evidentemente, de una denuncia de la llamada “economía de la demanda”, a la cual Rand contrapone como verdadera una versión personal de la *Ley de Say*: “sólo los productores constituyen un mercado: sólo los hombres que intercambian productos o servicios por otros productos y servicios”.

Uniendo los cabos, Rand concluye que “en todas sus numerosas variantes y aplicaciones, ‘crédito’ significa dinero, es decir, bienes no consumidos, prestados por una persona (o grupos) productiva a otra, para ser pagada mediante una producción futura (...) no es –como lo cree el salvaje [Keynes]– una pieza mágica de papel que invierte causa y efecto, transformando al consumo en fuente de la producción. El consumo es la causa final, no la causa eficiente, de la producción”. En resumen, al parecer de Rand la inflación es un fenómeno psico-epistemológico posible gracias a que las personas no entienden que el dinero debe representar bienes existentes pero no consumidos. Ya que el gobierno no es –ni puede ser al parecer de Rand– una empresa productiva, tiene que recurrir a la impresión de papel moneda para liberarse, cuando la recaudación impositiva no es suficiente, de los “límites de la realidad”. Tal es la definición del “financiamiento deficitario”. El papel moneda, en conclusión, “es una nota promisorio emitida a cambio de tus bienes, que debe ser pagada por ti –en la forma de impuestos– extraídos de tu producción futura”. “¿A dónde se va el dinero?”, pregunta Rand. Se va “a establecer un sistema de consumo subsidiado –una clase de hombres ‘de bienestar’ que consumen sin producir”, responde. Como se trata de “hombres que consumen sin producir”, pronto se hace evidente que la promesa de producción futura no es sostenible y, lejos de cortar el proceso, el gobierno lo expande financiando su deuda con nueva deuda *ad infinitum*; mejor dicho, hasta que la estanflación lo permita: “en cierto punto de la inflación de la oferta monetaria, el gobierno comienza a consumir el capital productivo de la nación, haciendo la producción imposible”. Estalla la crisis.

Tal es, a grandes rasgos, la teoría objetivista de la inflación y la crisis, y es también uno de los argumentos económicos subyacentes a *La Rebelión de Atlas*. No debe ser muy

difícil para un conocedor de la obra de Ludwig von Mises que se trata de una versión simplificada de su teoría monetaria esbozada en *Theory of Money and Credit* [1912]. Con el fin de tener una imagen más completa de las implicaciones de dicha teoría, a continuación presento dos extensiones que se pueden hacer a los planteamientos presentados arriba respecto a temas comunes al discurso randiano y a la Escuela Austriaca: la Crisis de 1929 y el Patrón Oro.

Crisis de 1929

Más allá de algunas expresiones vehementes del tipo “las depresiones económicas y el desempleo masivo, no se deben al libre mercado, sino a la interferencia del gobierno en la economía” (Rand, 2009:32), Rand no abordó en sus ensayos la cuestión de la crisis de 1929. No obstante, en *Capitalismo, el Ideal Olvidado*, la postura objetivista respecto a los eventos del 29 fue elaborada por Nathaniel Branden en un ensayo titulado “Falacias comunes sobre el capitalismo”. En dicho texto se lee que:

“si, bajo el sistema de *laissez faire*, el sistema bancario y los principios que controlan la disponibilidad de fondos operan como un fusible que impide una explosión en la economía, entonces el gobierno, a través del Sistema de la Reserva Federal, puso un trozo de metal en la caja de fusibles¹⁰³. El resultado fue la explosión conocida como el colapso de 1929 (...) pero no fue la Reserva Federal ni la intervención gubernamental quienes cargaron con la culpa por la depresión de 1929; fue el capitalismo (...) la depresión precipitada por el quiebre de la bolsa en 1929 no fue la primera en la historia estadounidense, aunque fue incomparablemente más severa que cualquiera anterior. Si uno estudia las depresiones precedentes, halla la misma causa básica y un común denominador: en una forma u otra, por un medio u otro, la manipulación gubernamental de la oferta monetaria” (Branden, 2009:103-6).

Más adelante Branden recomienda a quien le interese ahondar en el tema la lectura de *La Acción Humana* de Ludwig von Mises; aunque para el caso hubiera sido más adecuada su *Teoría del Dinero y Crédito*. Siguiendo el enfoque austriaco, la crisis de 1929 se explica, es decir, tiene su causa fundamental, en la emisión desaforada de crédito que cundió en los años

¹⁰³ Metáfora que, según observa Branden, aprendió de Alan Greenspan durante las reuniones del “Colectivo”.

20s alentada por la Reserva Federal. Al no tener un sustento material, es decir, al no estar respaldados por oro, los préstamos fiduciarios representan una perturbación del equilibrio de mercado y, más aún, de su mecanismo fundamental: los precios. La perturbación monetaria conllevó la corrupción de la asignación eficiente de los recursos, los cuales fueron llevados a sectores que no hubiera sido rentables en ausencia de crédito fiduciario¹⁰⁴. Ya que la única forma de mantener en marcha este proceso es mediante nuevos créditos, la FED dio inicio a un proceso inflacionario que agravó los desajustes del mercado, alimentó la especulación y, ultimadamente, produjo el colapso de 1929. Greenspan (2009:127) agrega algún contenido histórico mínimo a esta dinámica al señalar que “fue el intento de ayudar a Gran Bretaña, quien había venido perdiendo oro en nuestro beneficio porque el Banco de Inglaterra se negó a dejar que las tasas de interés se elevaran cuando las fuerzas de mercado así lo dictaron (era políticamente inaceptable)”; en otras palabras, fue la baja en la tasa de interés que con motivo de ayudar a Inglaterra a restablecer el patrón oro tuvo lugar en 1927 la que al parecer de Greenspan desencadenó la crisis. No obstante, Greenspan omite toda referencia al hecho de que estas acciones estuvieran encaminadas, precisamente, a restablecer el patrón oro.

- o -

Atendiendo a la relación de Rand con el proto-neoliberalismo, cabe señalar que la cuestión de la crisis fue abordada en el Coloquio Lippmann durante la sesión del 28 de agosto destinada al debate de la pregunta: “¿Puede cumplir el capitalismo con sus necesidades sociales?” (citado en Escalante, 2018:123). Para iniciar dicho debate J. Rueff observó que la inseguridad social es indisociable de los desequilibrios económicos, específicamente hace referencia al desempleo y la crisis de 1929. “Lo que hay que preguntarse –dice Rueff (Ibíd.:124)– es si esa amplitud y esa duración son consecuencia del sistema liberal o de su sustitución por un nuevo sistema”, interrogante a la que él mismo responde que “la crisis ha sido tan amplia por todo lo que se ha hecho para frenarla (...) en cuanto intervino el Estado para mantener el nivel de los salarios, el desempleo se multiplicó” (Ibíd.: 125). En su aportación al debate, Ludwig von Mises argumentó que “el desempleo, como fenómeno masivo y de larga duración, es a consecuencia de una política que pretendía mantener los

¹⁰⁴ En el argot miseniano, una tasa de interés baja alienta la oferta de crédito y las inversiones en procesos de producción “más indirectos” (*longer roundaboutness*) cuyo rendimiento relativo es menor pero atractivo a las tasas menores, es decir, que sólo son “artificialmente” rentables.

salarios en un nivel más alto del que resultaría de las condiciones del mercado” (Ibíd.: 132), proposición a la que se sumó L. Marlio agregando el papel de los sindicatos para la consecución de dichos salarios “artificialmente” elevados. A pesar de alguna discrepancia tenue en temas secundarios esbozada por W. Lippman y J. B. Condifflé, L. Rueff cierra el debate concluyendo que “por su naturaleza, el liberalismo puede dar a los trabajadores más satisfacciones que los regímenes planificados, que de hecho siempre conducen a una caída del estándar de vida de los individuos” (Ibíd.:134).

Patrón Oro

El patrón oro es el punto en el que el ideario de Ayn Rand se conecta más claramente con el de la Escuela Austriaca. Su vehemente defensa del oro es un tema recurrente en sus novelas, desde las alusiones a “la pila de papel falsificado” de los bolcheviques en *Los que Vivimos*, hasta el “discurso del dinero” que profiere el personaje Francisco d’Anconia en *La Rebelión de Atlas*, sobre el que Block (2005:261) escribió: “esta pequeña gema de lectura es al dinero, al oro y el egoísmo lo que Mozart es a la música” [sic!]. A continuación algunas máximas significativas extraídas del discurso sobre el dinero:

“es el parámetro por el que se mide el valor de un hombre en la sociedad”, “la única aristocracia que queda en el mundo: la aristocracia del dinero”, “es la forma material del principio según el cual quienes deseen tratar con otros deben hacerlo mediante transacciones, entregando valor por valor”, “comerciar utilizando dinero es el código de los hombres de buenas intenciones, porque el dinero se basa en el axioma de que cada uno es dueño de su mente y de su esfuerzo”, “la riqueza es el producto de la capacidad humana para pensar”, “cundo veas que el dinero fluye hacia quienes comercian no con bienes, sino mediante favores (...) sabrás entonces que tu sociedad está condenada”, “el Oro es un valor objetivo, un equivalente de la riqueza producida. El papel es una hipoteca sobre riqueza que no existe, respaldada por una pistola apuntada contra la espalda de aquellos que deberán producirla”, “hasta que, y mientras no, descubras que el dinero es *el origen de todo bien*, estarás buscando tu propia destrucción”, etc. (Rand, 1957:380-92).

Analizando este discurso, Burns (2011) identifica tres significados principales que el dinero tiene para Rand: 1) el dinero como agente moral –recompensa a la integridad y la

inteligencia–, 2) el dinero como fundación de una sociedad justa –permite el intercambio entre comerciantes– y 3) el dinero como materialización de las ideas empresariales –la mente precede a la materia–. Al parecer de Burns (2011:330), “estos temas resaltan la mayor contribución de Rand a la ideología del libre mercado, la cual radica en su defensa moral del capitalismo y su desacomplejada defensa de la riqueza”. La importancia de este fragmento, agrega la autora, radica en que el discurso del dinero es uno de los más citados entre los lectores de *La Rebelión*, aun cuando desconozcan o incluso rechacen el resto de su filosofía. “A medida que la cultura política Norteamericana se ha movido hacia la derecha –escribe Burns (2011:341)–, muchos de los elementos del discurso del dinero que antes fueron revolucionarios o iconoclastas se han vuelto más ampliamente aceptados”.

Por otro lado, Burns sugiere que el discurso refleja un “dualismo moral” que le lleva a referirse en algunos momentos sobre el dinero como “el parámetro por el que se mide el valor de un hombre en la sociedad” (1957:381); otras veces, sin embargo, “el dinero es sólo un instrumento de intercambio que no puede existir a menos que existan bienes y personas capaces de producirlos” (Ibíd.:383). La dualidad, observa Burns (2011:335), se debe a que “lo que está en juego en el significado del dinero no es sólo el individuo virtuoso sino la sociedad virtuosa, ya que el dinero emerge en último análisis como vital para el retrato extenso que Rand hace de la sociedad justa, representada por Rand como una sociedad de comerciantes”. En consecuencia, el “valor moral” del dinero sólo es posible en una sociedad meritocrática donde su posesión es producto del trabajo propio o el intercambio –una forma de justicia similar a la defendida por Robert Nozick [1973]–, y no mediante la “coerción” de los impuestos que destruye sus “atributos morales”, ni mucho menos cuando se trata de medios fiduciarios sin respaldo áureo.

Podemos agregar a las frases vehementes del “discurso del dinero” alguna teorización mínima desarrollada por Alan Greenspan, recogidas también en *El ideal desconocido* (2009:123-31). Aludiendo a la necesidad de restringir los créditos en un sistema bancario, escribe que “bajo el patrón oro, un sistema de banca libre funciona como protector de la estabilidad de una economía y de un crecimiento equilibrado”; asimismo, “el patrón oro internacional libre viene a fomentar la división del trabajo mundial y un comercio internacional más amplio”. Respecto al papel del Estado de Bienestar, apunta: “bajo el patrón

oro, la cantidad de crédito a la que una economía puede dar respaldo está determinada por los activos tangibles de la economía (...) el abandono del patrón oro hizo que los partidarios del estado de bienestar pudieran usar el sistema bancario como medio para una expansión ilimitada del crédito”; y agrega que “en ausencia de patrón oro, no hay forma de proteger los ahorros de la confiscación mediante la inflación”. Así pues, más que una medida para evitar las crisis, el patrón oro es para el objetivismo un mecanismo para “atar las manos” al Estado expropiador de la riqueza, ya sea éste bolchevique o benefactor.

Ahondar en la postura de Mises no nos lleva más allá de estos preceptos. Algunos detalles, sin embargo, merecen ser observados. Mises está de acuerdo en que la única razón para que no exista un patrón-oro es la negativa del gobierno a abandonar el poder que le otorga la política inflacionista. Siguiendo su exposición, “la excelencia del patrón oro debe ser vista en el hecho de que hace a la determinación del poder de compra de la unidad monetaria independiente de la política gubernamental” (Mises, 1953:227). Su rechazo al papel fiduciario, sin embargo, va más allá del Banco Central y se extiende hacia la banca comercial, a la cual no debería permitírsele, a su parecer, emitir moneda en exceso de sus reservas en oro. En otras palabras, propone un “patrón-oro inflexible” que debería superar las limitaciones del *Acta Peel* de 1834, evitando así un “patrón-de-cambio-oro” como el que fue el causante, a su parecer, de la crisis de 1929¹⁰⁵.

En la utopía de Mises todo el mundo carga monedas de oro en los bolsillos y la Ley de Gresham es contrarrestada por la vigilancia de los ciudadanos: “lo que se necesita es alarmar a las masas a tiempo” [Sic!] (Mises, 1953:250)¹⁰⁶. Mises reconoce el carácter utópico de su programa, pero sólo para señalar que “sólo tenemos la opción entre dos utopías: la utopía de una economía de mercado, no paralizada por el sabotaje del gobierno, por un lado, y la utopía de la completa planeación totalitaria, por el otro” (Ibíd., 252). La misma utopía y el mismo énfasis maniqueo son defendidos por Ayn Rand en *La Rebelión de Atlas*, específicamente en su representación utópica de una economía “liberal”, el ya mencionado “barranco de Galt”, en el que un personaje sugerentemente llamado “Midas Mulligan”

¹⁰⁵ En consonancia con lo alegado por Mises, Greenspan (2009:128) argumenta que “desde 1913 ya habíamos estado, no con un patrón oro, sino con lo que puede llamarse ‘un patrón oro mixto’, pero fue el oro el que cargó con la culpa”.

¹⁰⁶ Un argumento similar, pero esgrimido a favor de la desnacionalización del dinero, fue emitido –con todo y el papel de los “sabuesos guardianes” de la opinión pública– por Friedrich Hayek [1973].

controla la emisión de monedas de oro. Los Atlas en huelga se refugian en este valle de egoísmo racional en el que el valor de su trabajo está respaldado por el oro del banco de “Midas”, mientras que afuera, en el mundo regido por un gobierno “irracional”, los “parásitos” devoran el valor de la producción mediante la expropiación de los impuestos –el oro, por cierto, ha sido depositado en el banco de Mulligan a nombre de los empresarios por un pirata de nombre “Djnar Dojnesku”, que asalta barcos cargados de oro para retribuir a los empresarios la riqueza que les ha sido expropiada por el gobierno.

Al igual que Mises, Rand creía posible un sistema de plena convertibilidad aurea, y acusaba al papel moneda por pervertir la “moralidad” del dinero al ser un instrumento inflacionario para expropiar la riqueza. En este sentido, es inevitable notar que sus visiones sobre el tema monetario fueron marcadas por la fuerte inflación que acompañó a la revolución bolchevique, en el caso de Rand, y la Primera Guerra Mundial, para Mises. En ambos casos los traumas históricos repercutieron en su visión del mundo y la crisis, interpretándola no como el resultado inevitable de las tendencias inherentes del capitalismo sino como el producto de perturbaciones externas que alteran su supuesta naturaleza auto-reguladora, la cual depende en última instancia de la existencia de un patrón oro.

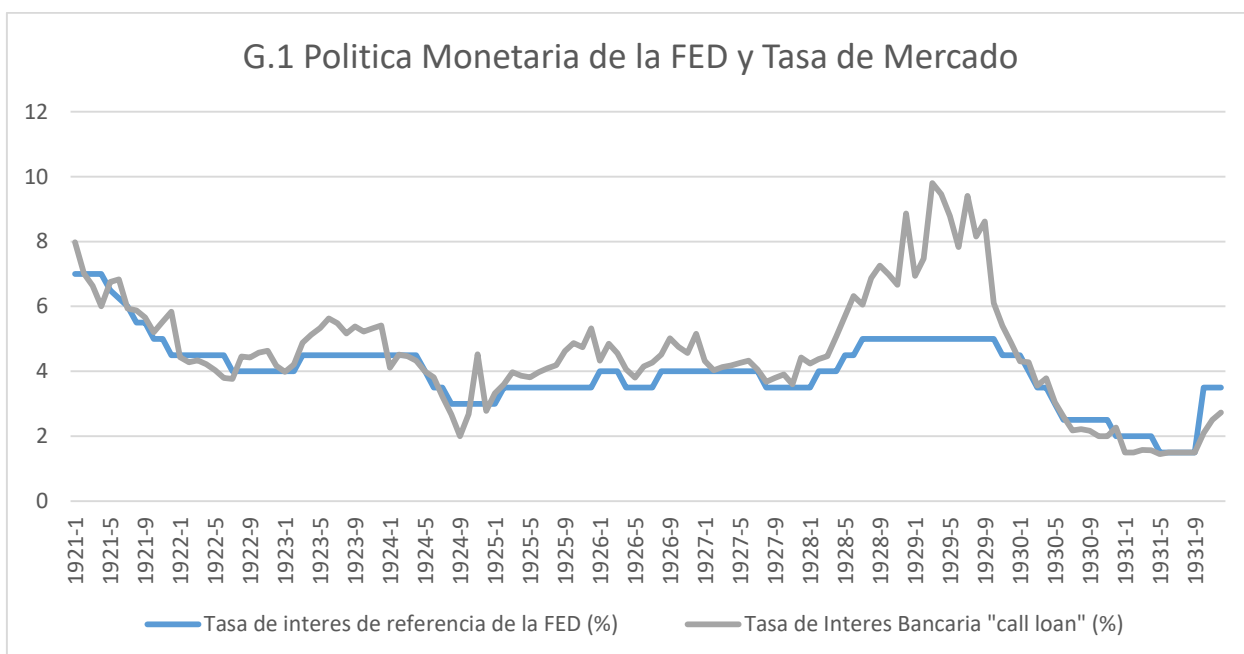
ii. *Crítica de los fundamentos económicos de Ayn Rand*

Crisis de 1929

La Primera Guerra Mundial acabó de tajo con el patrón oro en Europa, mientras en Estados Unidos causó que la emisión de billetes se desligara de las reservas de oro para paliar la inflación. Al terminar la guerra el desastre humano se vio agravado por el hundimiento del sistema monetario: la inflación tomó la dimensión de caos en Europa. Aunque el problema no era comparable en Estados Unidos, la FED precisó a finales de 1920 elevar el tipo de interés –que se había mantenido en el umbral de 4% a pesar de la abundancia de oro– hasta un 7% sin precedentes, lo que encausaría una breve depresión en 1921 [*Gráfico 1*].

La subida de la tasa produjo una reducción del índice de precios al por mayor desde un nivel de 115 [1926=100] hasta un mínimo de 91 en enero de 1922 (Robbins, 1934:208). Friedman y Schwartz (1963) opinan que la tasa de interés subió demasiado y muy tarde, manteniendo una tasa de inflación elevada por mucho tiempo y provocando una caída de los

precios más severa. Los precios agrícolas se vieron particularmente afectados, ya de por sí debilitados por la caída de las exportaciones post-bélica. Adicionalmente, la bonanza que vivieron las exportaciones durante la guerra se tradujo en una oleada de adquisiciones de tierras a crédito. Cuando la deflación golpeó al campo, las hipotecas se volvieron un tremendo lastre sobre los agricultores que no contaban, como en el caso de la industria, con una barrera proteccionista que los ayudara a enfrentar la crisis. La FED decidió entonces “aflojar” su política monetaria rebajando paulatinamente la tasa de descuento hasta un 3% a principios de 1925.



Fuente: elaboración propia a partir de datos de Robbins (1934:223); y <https://fred.stlouisfed.org/series/M13009USM156NNBR>;

A lo inestable del sistema se sumaban las contradicciones de la “paz cartaginesa” que el tratado de Versalles impuso sobre Alemania. Las restituciones por 132 millones de marcos-oro fueron reflejo, como denunciara el joven Keynes en *Las Consecuencias Económicas de la Paz* [1919], menos de la realidad que el deseo de Francia de perpetuar la debilidad de una Alemania orillada a recurrir a los préstamos americanos canalizados a través del *Plan Dawes*. Un ulterior encadenamiento de la crisis se forjó cuando se vinculó el pago de las reparaciones

al pago de la deuda de los Aliados con Estados Unidos, cerrando el círculo del crédito de vuelta a Washington¹⁰⁷.

En 1925 la Gran Bretaña emprendió la reconstrucción el patrón oro con el respaldo de 200 millones de dólares de la FED más 100 millones adicionales aportados por la casa Morgan (Galbraith, 1983:196). Pero el proyecto adolecía de un punto débil: el tipo de cambio se fijó en los 4.87 dólares previos a la guerra, cifra que no correspondía con los elevados precios que se mantenían en la isla. Los costos de producción debían bajar para mantener la competitividad internacional y evitar la fuga de oro; o como lo denunció Keynes (1986:35) la tasa de interés británica debía bajar y el tipo de cambio subir, opción descartada por los efectos adversos que tendría para los acreedores británicos. Aunque el plan de restauración estaba presente en la política británica al menos desde 1918, no existía entonces la voluntad política para llevarlo a cabo a costa de los obreros que habían participado del esfuerzo bélico. En 1925, sin embargo, Winston Churchill estaba listo para cargar los costos de la reconstrucción monetaria sobre los obreros, consiente como se la haría notar Keynes (1986:40), de que podría “alcanzar solamente su fin por medio de la intensificación del desempleo sin límite, hasta que los trabajadores estén dispuestos a aceptar la reducción necesaria de los salarios monetarios bajo la presión de los hechos”.

Siguiendo a Robbins (1934:45) “una considerable expansión del crédito tuvo lugar en el sistema de la Reserva Federal a partir de 1925”. La especulación comenzó una carrera rampante alimentada por *holdings* y fondos de inversión de grandes conglomerados que absorbían a las pequeñas mediante la compra de sus acciones, que a su vez servían como garantía para préstamos que eran empleados para pagar las mismas acciones, lo que articulaba una estructura de inversión en la que una caída se propagaría por todo el sistema. En 1925 los primeros síntomas de una crisis se hicieron sentir en la forma de un boom inmobiliario en Florida que comenzaba a tener problemas para conseguir compradores.

¹⁰⁷ Según lo documenta Marichal (2013K:1239), la triangulación de dólares tuvo otro camino: entre 1922 y 1928 alrededor de mil millones de dólares fueron dirigidos a Latinoamérica a través de bonos gubernamentales, los cuales eran a su vez empleados para el pago de deudas de dichos gobiernos a sus contrapartes europeas que empleaban los mismos dólares para redimir sus deudas con Estados Unidos. Para apuntalar el sistema, el gobierno de Estados Unidos no dudó en “influir” en las reformas estructurales que garantizaran el “buen” uso de los fondos, por lo que a la par de los flujos monetarios se impulsó la formación de Bancos Centrales en Latinoamérica, una extensión de las facultades de la FED.

Cuando en 1927 la debilidad del banco de Inglaterra se hizo evidente, Montagu Norman llevó a su similar de la FED, Benjamin Strong, un plan que facilitaría el aumento de las reservas del Banco de Inglaterra mediante la reducción de la tasa de interés en Estados Unidos, acción que fue complementada con la compra de 340 millones de dólares en títulos de gobierno por parte de la FED (Galbraith, 1983:207). A pesar de que éste ha sido considerado como el acto crítico que desencadenaría la Gran Depresión, Galbraith (1983:210) hace apología de las acciones de Strong cuando señala que “sólo hizo lo que se pretendía que hiciese automáticamente el patrón oro”. En efecto, Hacia 1926 las reservas de oro de la FED habían alcanzado los 4.3 mil millones de dólares sin que éstas guardaran correspondencia con la tasa de interés, la cual debería bajar, en teoría, debido a la abundancia del metal, lo que redundaría en aumentos de precio que equilibrarían los mercados internacionales. Nada de esto había sucedido. Una baja inicial del 4 al 3.5% tuvo como resultado que las reservas de oro cayeran a 3.8 miles de millones de dólares hacia mediados de 1928, por lo que la FED aumentó la tasa de referencia hasta el 5%.

¿Por qué Strong ayudaría a Inglaterra a costa de la salud financiera de Estados Unidos? El compromiso teórico con el patrón oro, aunque real, deja fuera algo significativo. Rothbard (2002:270) observa que Strong defendía los intereses de Jack Morgan, cuya fortuna no estaba únicamente arraigada en suelo americano, sino fuertemente ligada a Inglaterra. Los vínculos de Morgan con la Isla se habían consolidado durante la guerra cuando recibieron el monopolio del comercio aliado y la exclusividad para el respaldo de sus bonos. Es probable, de hecho, que Jack Morgan se encontrara cazando perdices junto a la Familia Real en el momento que estalló la crisis.

Para empeorar el problema, se propagaban los casos como el del Banco de Union Industrial Bank en Flint Michigan, donde el desvío de depósitos era empleado, sin consentimiento de los ahorradores, para especular en la bolsa (Thomas y Morgan, 1986). Otros casos de prácticas riesgosas incluyen el caso del holding Anaconda Copper, que involucraba a la casa Rockefeller, donde la oferta de cobre era arbitrariamente modificada para alterar las cotizaciones de la firma. Cabe mencionar también el caso del banquero Clarence Hatry en Inglaterra, considerado por Jack Morgan como el evento que precipitó la

crisis cuando unas semanas antes del colapso se reveló un escándalo de corrupción que hundió a las acciones de la U.S. Steel.

Pero a pesar de que el caso Hatry sin duda influyó en el ánimo de Wall Street, en la cúspide del sistema financiero los grandes consorcios no tuvieron problemas en tomar préstamos de la FED para financiar sus actividades especulativas. Incluso sectores obreros, ávidos de participar del esplendor, se embarcaron en el tren de las deudas: “disfrute mientras paga” fue el slogan de la década (Pizzigati, 2015:177). No obstante, el aumento de los préstamos comerciales –de 23 mil millones en 1921 a 30 mil millones en 1927– fue minúsculo comparado con el correspondiente a los préstamos especulativos –de 810 millones a 2.9 mil millones en el mismo periodo.

Hacia el año de 1928, el 60% de oro se concentraba en las arcas de Estados Unidos y Francia; los intentos internacionales por atraer oro llevaron a muchos países a elevar las tasas de interés que hacían atractivas las inversiones especulativas, lo que afectó negativamente la inversión productiva agravando la crisis venidera (Marichal. 2013K:1212). A partir de este año el volumen de los préstamos norteamericanos a Alemania comenzó a ralentizarse, hecho que, según Robbins (1934:10), marca el inicio de la depresión.

- o -

Aplicando el análisis miseniano a los eventos que desembocaron en el “martes negro”, Rothbard (1996:88) concluye que “1929 fue inevitable por la vasta expansión de crédito bancario en el mundo occidental durante los 1920s”; aseveración equivalente a esta otra de Greenspan (2009:128): “el crédito excedente que la FED bombeó en la economía desbordó el mercado accionario, provocando un auge especulativo fantástico” a lo que podemos agregar esta otra afirmación de Branden (2009:105): “en 1929, la estructura económica y financiera del país se había vuelto increíblemente precaria. Para cuando el gobierno –al final y frenéticamente– subió las tasas de interés, ya era muy tarde”. Tanto austriacos como objetivistas no dudan que la crisis tuvo su causa primordial en la expansión del crédito, y cargan la culpa sobre la FED.

Mises (1953:24) es aún más claro en su denuncia del Banco Central al señalar que “es responsable por las perturbaciones más pronunciadas del mercado porque es capaz de

ejercer la mayor influencia en la demanda y la oferta”. A su parecer, la expansión monetaria creó un ambiente de mala especulación generalizada que no es propia del sistema de mercado, ya que para que los errores de previsión se acumulen de la forma en que lo hicieron en 1929, hace falta que un indicador fundamental se altere de forma arbitraria. Rothbard (1996:86), resume las “virtudes” de la teoría de su tutor para explicar la crisis de 1929: “La teoría miseniana de los ciclos de negocios da cuenta de todos estos dilemas: la naturaleza repetida y recurrente del ciclo, la acumulación masiva del error empresarial, la mucho mayor intensidad del auge y la crisis en las industrias de bienes de producción”.

Un análisis temprano de Lionel Robbins (1934) –también de inspiración austriaca– apunta en la misma dirección, con el agregado de prestar mayor atención a los fenómenos estructurales [Primera Guerra Mundial, concentración industrial de la posguerra y aumento de la productividad], lo que le permite alcanzar algunas conclusiones interesantes. Por ejemplo, a pesar de la aparente estabilidad en los precios de consumo durante los años 20s, concluye que estos esconden una tendencia inflacionaria provocada por las bajas de los tipos de referencia a partir de 1921, la cual se vio compensada por el aumento de la productividad industrial. A esta explicación de la aparente estabilidad de los precios de consumo –que a su vez se expresa en un aumento relativo de los precios de los activos financieros– Robbins (1934:71) agrega el papel de los sindicatos y la política salarial que permitieron salarios “artificialmente” elevados a fin de mantener su poder de compra “a costa del capital”.

Una primera crítica a este planteamiento es que no toma en cuenta que a pesar de que los salarios sí crecieron en los años 20s [15% aproximadamente], lo hicieron mucho menos que su productividad [62% en promedio], lo que se tradujo en un aumento de los beneficios del capital en un orden del 52% (Bosch, 2005:413)¹⁰⁸. En palabras de Schlesinger (2003:83) “la rigideces de la economía, en parte resultado del proceso de concentración, parecían haber anestesiado al mercado (...) a las ganancias de la eficiencia tecnológica les era igualmente negado un desahogo en la forma de salarios más elevados o precios más elevados de los productos del campo debido a la debilidad de negociación de los trabajadores y los campesinos”. La estabilidad de los precios de consumo, entonces, puede explicarse en

¹⁰⁸ Schlesinger (2003:85-90) presenta cifras un tanto diferentes pero que apuntan en la misma dirección: 40% de aumento para la productividad laboral, 8% para los salarios en manufacturas y 80% para los beneficios.

términos de una “compresión salarial”, situación que es congruente con el hecho de que la deuda de los trabajadores creciera de 23 mil millones en 1921 a 30 mil millones en 1927 – según datos del *Bureau of Economic Census* antes citados– a fin de mantener sus niveles de consumo. Si un elemento de la ecuación de las ganancias se mantuvo artificialmente elevado no fueron los salarios sino los dividendos que refluieron a la bolsa. En otras palabras, aunque durante el periodo de Hoover los salarios no se ajustaron a la caída en la demanda laboral de la crisis como sugiere la teoría austriaca, estos no habían seguido durante la década de los 20s la senda de su productividad, por lo que hablar de salarios “artificialmente elevados” carece de sentido.

Una segunda crítica apunta a la poca atención que presta la teoría de Mises a la arquitectura del mercado bursátil. En realidad, Mises (1953:167) no desconoce la importancia del tema: “no sería fácil exagerar la influencia que sobre la organización de la vida económica ha sido ejercida por el cambio en la relación de los bancos hacia la industria y el comercio. Quizá no sea una exageración describirla como el evento más importante en la historia económica moderna”. Sin embargo, en el mismo texto declara que “la conexión entre el negocio bancario propiamente y el negocio de la especulación es vago y superficial”, lo cual obnubila su análisis de las crisis, para lo cual no se puede ignorar la relación entre la banca y la especulación y menos considerarla “vaga y superficial”. Más aun resaltan sus afirmaciones del tipo: “la especulación no determina los precios; tiene que aceptar los precios que son determinados por el mercado (...) las fluctuaciones de precios son reducidas por la especulación, no agravadas como la leyenda popular supone” (Ibíd.:134). Pero la historia no deja lugar para este tipo de omisiones: las *Sociedades Anónimas de Inversión* vivieron su mejor momento justo en los meses que precedieron al colapso. Siguiendo el relato de Schlesinger (2003:85) “los líderes de la comunidad empresarial, sumidos en la pasión por la ganancia, promovieron nuevos trusts de inversión, inventaron nuevas compañías de holding y manipularon nuevos pools, siempre con el objetivo de negociar nuevos títulos para alimentar un mercado aparentemente insaciable”.

Durante el verano de 1929, los *trusts* entraban en el mercado a un ritmo de 5 por día (Thomas y Morgan, 1986:154). Conscientes del riesgo que esto implicaba, el 7 de febrero de 1929 la junta de la FED anunció a la prensa su preocupación por “la excesiva cantidad de

crédito del país dedicada a préstamos especulativos” (citado en Thomas y Morgan, 1986:47). De nada sirvieron estas advertencias ante la influencia de Charles Mitchell, presidente del *National City Bank* y miembro de la junta de la FED, que siguió inyectando dinero a la especulación¹⁰⁹ –¡tomado a préstamo de la FED!–; ni del magnate automotriz William Durant, quien se entrevistó con Hoover –el Presidente había declarado durante su campaña su desacuerdo con la intervención estatal de la era progresista– para dejarle en claro que debía controlar a la FED y sus intentos por “matar a la gallina de los huevos de oro” (Thomas y Morgan, 1986:171). El Presidente se limitó entonces a conducir una “persuasión moral” contra la especulación que nada pudo hacer para curar la fiebre de la bolsa.

Según el recuento objetivista de la crisis “a lo largo de la mayor parte de la década de 1920, el gobierno obligó a los bancos a mantener tasas de interés artificial y antieconómicamente bajas. Como consecuencia, se invirtió dinero en todo tipo de aventuras especulativas” (Branden, 2009:103). Lo que resalta en esta declaración, y que contradice el papel de Mitchell y Durant en la crisis, es que el gobierno haya “obligado” a los bancos a prestar dinero. En realidad, los bancos querían y necesitaban el crédito para alimentar la especulación y mantener el aumento de sus ganancias. Aludir a los bancos como víctimas de una política monetaria expansionista es sin duda una distorsión ideológica de los hechos históricos. En todo caso, sería más correcto decir que fueron víctimas de una dinámica de acumulación en la que el gobierno jugó un papel importante, sin duda, pero más como agente de reacción frente a los eventos que como su causante primordial.

Una tercera crítica refiere directamente a la mecánica de la concentración. En efecto, a medida que la crisis se acercaba, el 78% de los dividendos iban al 0.003 más rico de los especuladores (Huberman, 1960:269); quienes animados por la política fiscal del entonces Secretario del Tesoro, Andrew Mellon, quien llevó a cabo una cruzada para reducir los impuestos sobre las rentas de un máximo del 77% al finalizar la guerra hasta un 25% en 1926, “liberó” una cantidad significativa de recursos para la especulación. La concentración de la riqueza, en otras palabras, es un fenómeno fundamental para el análisis de la crisis que es

¹⁰⁹ Aquí otra declaración inquietante de Mises (1953:176): “los directores prudentes y experimentados de los bancos –y casi todos los directores de banco son prudentes y experimentados– usualmente los manejan bien [los medios fiduciarios]”; afirmación que vale la pena contrastar con esta otra de Galbraith (2011:38): “el segundo factor que contribuye a la euforia financiera es la engañosa asociación de dinero e inteligencia”.

ignorado en la teoría austriaca. En este sentido, un análisis más comprehensivo es el desarrollado de forma temprana por R. Hilferding, economista de herencia austriaca pero convicción marxista en cuyo análisis la concentración del capital aparece como un elemento central. En palabras de Hilferding (1973:302) lejos de una relación “vana y superficial”, la función de la Bolsa en el sistema de acumulación capitalista es “servir de vehículo de la concentración de la propiedad por medio de la concentración del capital ficticio”. Fue por ello que después de 20 años de aumento constante, en 1928 los ahorros nacionales disminuyeron en un orden de 195 millones de dólares que en su mayoría fueron destinados a la especulación (Thomas y Morgan, 1986:125). El número de acciones negociadas se duplicó en menos de cinco años llegando a la asombrosa suma de 900 millones en 1928. Después del colapso de 1929 la mayoría no recuperó nada y los pocos que lo hicieron –mayormente los especuladores ubicados en la cúspide y con ayuda de salvamentos federales– mantuvieron su estatus de riqueza. La Bolsa cumplió su función.

En conclusión, una teoría que pretenda dar cuenta de las crisis necesita por lo menos prestar atención a la arquitectura financiera subyacente, más allá de las tasas de referencia o las operaciones de mercado abierto, relevantes sin duda, pero cuyos efectos se ven oscurecidos ante las astucias de Wall Street. Tal atención lleva al reconocimiento de la relevancia que la “sociedad por acciones” tiene para entender las mutaciones del capitalismo: “la disociación del capitalista industrial de la función del empresario industrial. Este cambio de función otorga al capital que se invierte en la sociedad por acciones la función de capital monetario puro para el capitalista” (Hilferding, 1973:109). En otras palabras, la fantasía de un “capitalismo puro” sin dinero fiduciario bien puede ser atractiva, pero empíricamente inexistente y, por tanto, teóricamente irrelevante. Aunque la postura respecto al papel del crédito no difiere fundamentalmente entre Hilferding y Mises¹¹⁰, el análisis del primero es más robusto al aceptar la interacción entre la banca y los negocios no como un fenómeno ajeno al capitalismo, como lo era para Mises, sino como resultado de las “necesidades orgánicas” del capitalismo, como lo era para Marx.

¹¹⁰ Al parecer de Salsman (2004:19-20), la teoría monetaria de Mises es congruente con la teoría marxista del ciclo y, por tanto, contradictoria con las ideas de Ayn Rand. Personalmente creo que aunque el profesor Salsman tiene razón respecto a la teoría de Mises, falla en entender que esto no lo disocia con Rand, sino que acerca a ambos a Marx.

A la luz de los hechos relatados en el presente apartado parece simplista tratar de reducir el fenómeno de la especulación a una distorsión monetaria causada por un Banco Central tal como enfatiza la teoría austriaca. Más allá de estos mecanismos que sin duda abonan a la inestabilidad del sistema, más allá del cúmulo de explicaciones parciales que se pueden dar a la crisis [especulación, concentración de la riqueza, falta de diversificación, ineptitud de la FED, etc.], me parece adecuada la conclusión de Huberman (1960:264): “sólo había una enfermedad de la que América estaba sufriendo: capitalismo en su forma más aguda y desarrollada”. De las 300 mil corporaciones más importantes en 1929, los intereses recibidos, dividendos, beneficios netos y ahorros de las 200 más grandes superaban a los de las 299,800 restantes. La riqueza total de estos 200 gigantes –divididos en 8 grupos de interés entre los que destacan los apellidos Morgan, Rockefeller, Khun-Loeb, Mellon y du Pont– ascendía a 98 mil millones de dólares, es decir, la riqueza del Reino Unido. Los 504 supermillonarios poseían una riqueza igual a la producción de trigo y algodón, o sea, la de 2,300,000 granjeros y sus familias (Ibíd. 265-9).

Evidentemente, admitir esto equivaldría a aceptar que hay algo inherente a la naturaleza del capitalismo que acarrea la semilla de sus crisis. Admitir, más concretamente, que la crisis del 29 y el ascenso del Estado benefactor son momentos necesarios de un capitalismo desarrollado, y que el capitalismo es una realidad contradictoria y no un *ideal olvidado*. No para Mises y sus alumnos, mucho menos para Rand, quienes para salvar el aura auto-regulador del mercado y la pureza del capitalismo ante las crisis recurrentes propusieron un único remedio, muy simple en apariencia: el regreso al patrón-oro.

Patrón Oro

Existen, por lo menos, dos concepciones antagonistas sobre el patrón. Según la más estricta, significa que cada moneda nacional debe guardar una correspondencia estricta a una tasa de convertibilidad con el oro y que deben ser redimibles en cualquier momento. Según la versión laxa, a la que se suele llamar patrón-de-cambio-oro, el oro funge como referencia a través de una moneda –históricamente la libra o el dólar– contra la que se comparan todas las demás. Sólo la moneda de referencia tiene el compromiso de mantener su paridad con el oro. Existen, asimismo, diferentes niveles de apalancamiento que se suelen permitir en cada caso. En el

sentido austriaco y objetivista del término, un patrón-oro es siempre *un patrón estricto con una reserva del cien por cien*.

En este sentido, la utopía del patrón oro es, efectivamente, una utopía, al menos para la experiencia occidental. A pesar de este inconveniente, Rothbard (2002:54) cita como ejemplo de las virtudes del patrón oro el caso de Nueva Inglaterra que en 1764 asumió la plena convertibilidad de su moneda, lo que llevó a “un comercio y producción más prósperos –el dinero sólido y los precios más bajos atrajeron un flujo de metálico”. Otro ejemplo que cita es el del Suffolk Bank, también de Nueva Inglaterra, que de 1825 a 1858 constituyó *de facto* “un banco central privado que mantuvo a los otros bancos honestos” (Rothbard, 2002:115). Fue, en realidad, una casa de conversión y compensación de billetes bancarios que, a partir de su prestigio e intrincadas presiones financieras, podía decretar la “solidez” de los billetes emitidos por bancos comerciales en base a su disposición a redimir los pagos en especie. El resultado fue una gran estabilidad financiera en Nueva Inglaterra en la que Rothbard (2002:119) destaca la “contención” del banco a emitir deuda inflacionaria, a pesar de tener el poder para hacerlo. La historia de Suffolk, sin embargo, termina como la mayoría de las grandes corporaciones que por naturaleza rehúyen a la competencia: cuando en 1858 el Bank of Mutual Redemption trató de entrar en el mercado, Suffolk contestó despreciando sus billetes o los de cualquier banco que tuviera relación con éste, es decir, empleo su poder monopolístico para anular a la competencia. Muchos bancos apoyaron al Mutual Redemption y el antiguo “banco central” pasó a ser un banco comercial más, acabando así con la utopía del patrón oro.

Así pues, ante la ausencia de evidencia, resalta la ingenuidad con la que estos apologistas del libre mercado pretenden desligar al mercado productivo de la banca, y más aún, culparla por sus crisis. ¿Pero no es verdad, como observa Strachey (1939:358), que “el capitalismo no hubiera podido ir más allá de la etapa de la pequeña producción sin el perfeccionamiento del crédito”? El apego al libre mercado propugnado de la Escuela Austriaca llevó a sus teóricos a tratar de entender la banca y el comercio productivo como fenómenos separados, en los que las virtudes de éste se ven entorpecidas por los vicios de aquélla, particularmente cuando existe un Banco Central que coordine sus actividades. De aquí que los más conservadores, como Mises, pensaran que un Banco Central sólo sería

aceptable si se cernía a los mandatos de un patrón-oro estricto. Los menos sensatos, como Rothbard o Hayek, llegaron a proponer que la única solución sería desaparecer al Banco Central por completo y “desnacionalizar” el dinero. La ingenuidad reside en no reconocer que, al igual que los mercados, el oro es un instrumento de las sociedades humanas cuyo uso trasciende al capitalismo y, en todo caso, ha sido precisamente en este último periodo de su historia donde el dinero ha perdido su “naturalidad”. Defender un capitalismo de “libres mercados” y monedas de oro es, en otras palabras, un sinsentido histórico o, en el mejor de los casos, un artilugio para desacreditar la labor de los bancos centrales.

No se trata de ninguna novedad: “desde Ricardo hasta el hombre más simple de la calle –escribe Schumpeter (1971:788) –, todo el mundo tendía a hacer del Banco Central un chivo expiatorio, costumbre que los economistas conservan hasta hoy”. Al razonar de esta forma los austriacos son, si se quiere, coherentes con los postulados de su teoría. Pero demasiada congruencia puede ser un pecado grave, o al menos un camino seguro a la ofuscación del entendimiento, en un mundo dinámico en el que banca y negocios caminan de la mano. Más interesante resulta que la creación de la FED no fue una imposición exógena de un gobierno perverso que buscaba expropiar la riqueza de los empresarios, sino que fue el proyecto de un grupo de magnates que sabían que el crédito era necesario para impulsar sus empresas y el Banco Central una institución útil para paliar sus excesos.

Lejos de un supuesto carácter “auto-regulador” del patrón oro, al igual que las *leyes de los pobres* fueron necesarias para crear un mercado de mano de obra y el *cercado de los comunes* hizo lo suyo con la tierra, “la banca central y la administración del sistema monetario fueron necesarias para mantener a los fabricantes y otras empresas productivas a salvo del daño que entrañaba la ficción de la mercancía al ser aplicada al dinero”, escribió Polanyi (1973:189). Porque, en efecto, no fue la perfecta convertibilidad de la moneda, sino la posibilidad de divorciar las reservas del metal de la moneda circulante la que permitió el gran dinamismo capitalista. El crédito, cuya génesis es de naturaleza privada y no una artimaña del gobierno, fue una creación de los propios comerciantes empujados por la necesidad de “independizar la circulación de los límites del oro existente” (Hilferding, 1973: 58). En este sentido, Ferguson (2010:72) observa que en el caso de Inglaterra durante el siglo XVIII una serie de crisis repetidas [1847, 1857 y 1866] demuestran que el *Acta Peel* de 1844,

que restringía la emisión monetaria a las reservas de oro y valores de los bancos, “era un corsé demasiado restrictivo; en cada uno de estos casos hubo que suspender temporalmente la Ley para evitar un completo colapso de liquidez”. Sin embargo, Mises acusa al Acta de no haber sido suficientemente restrictiva.

Pero no sólo Mises sino que el sínodo de los economistas clásicos compartieron, al menos con fines teóricos, el supuesto de un patrón oro ¿Cómo explicar la insistencia en la necesidad de un patrón oro que se extendió hasta la convención monetaria de Londres de 1933? La fe en el patrón-oro durante el siglo XIX fue tal que, a pesar de las diferencias ideológicas entre los teóricos¹¹¹, su postura respecto al dinero se trataba de la misma creencia:

si los billetes de banco tienen valor es porque representan al oro; que este último tenga valor porque, como pensaban los socialistas, lo incorpora del trabajo, o, porque es útil o raro, como mantenía la doctrina ortodoxa, el hecho es que por una vez todos coincidían en la misma creencia. La guerra entre el Cielo y el Infierno se planteaba al margen de la cuestión monetaria y de ahí la milagrosa coincidencia entre capitalistas y socialistas (...) Mises y Trotsky aceptaron igualmente la fe (Polanyi, 1975:48).

Pero más allá de una simple postura teórica, se trató de una praxis política cuyo fin era “extender el sistema doméstico al mercado internacional” (Polanyi, 1973:18). Tal praxis fue coordinada por la *haute finance* internacional, que fue a la Entente Europea lo que la aristocracia fue a la Santa Alianza: “el principal eslabón entre la organización política y la económica” (Ibíd.: 24). A su cabeza se encontraba la familia Rothschild, dueña de la porción más grande de las reservas mundiales de oro hasta que la Gran Guerra cambió el equilibrio mundial y dio paso a la hegemonía de la casa Morgan. El papel de estas acaudaladas familias no se limitó a los préstamos sino que ambas fungieron como “consejeras” –aunque el término “agente disuasorio” parece más adecuado– de varios estados pequeños, como México, que a principios del siglo XX adoptaron el patrón oro bajo amenaza de que los préstamos exigían un “buen comportamiento” en el manejo de tipo de cambio.

¹¹¹ Keynes (1986:46) extiende la denuncia sobre los hacedores de política: “El patrón oro, con su dependencia de la pura suerte, su fe en los ‘ajustes automáticos’ y su descuido general de los aspectos sociales, es un símbolo y un ídolo esencial de aquellos que se encuentran en la sala de mandos de la máquina”.

Al terminar la Primera Guerra Mundial, una de las tareas más apremiantes para los Estados, y para los Rothschild y los Morgan, era el regreso al patrón oro. Sin embargo, un primer escollo que encontraron fue que las nuevas condiciones económicas agravaban el hasta entonces inocuo fenómeno de “la fuga de capitales” (Polanyi, 1975:48). Ya en 1925, Benjamin Strong había dejado ver a su similar del Banco de Inglaterra, Norman Montagu, su postura frente a la reconstrucción del sistema monetario internacional: “algún tipo de crisis monetaria será el resultado de una restauración final del patrón oro a su posición previa, pero sólo después de un periodo de dificultades y sufrimiento, y posiblemente algún desorden social y político” (citado en Eichengreen y Temin, 2000:188). El problema que fue tolerable en el caso de las naciones más pequeñas se tornó mayúsculo cuando tocó el turno a Francia e Inglaterra de estabilizar sus monedas. Los eventos que acarrearón este intento de regreso al patrón oro en 1927 y su impacto sobre la gran depresión no pueden ser exagerados. Eichengreen y Temin (2000:206) llegan a la conclusión de que “la mentalidad del patrón oro se desarrolló durante el boom del siglo diecinueve y el temprano siglo veinte. Sobrevivió a la Primera Guerra Mundial y prometió un paraíso seguro para los barcos golpeados por tormentosos mares sociales, políticos y económicos. Pero cuando esos barcos comenzaron a hundirse, el oro fue una piedra de molino alrededor de sus cuellos”.

Fue, en otras palabras, la insistencia en restablecer el sistema monetario prebélico en un periodo en el que las condiciones sociales ya no encajaban con aquellas prevalecientes en la *belle époque*, una de las causas de la crisis, más importante que la sola política monetaria. Mejor dicho, fue el programa de restablecer el patrón oro el que dictó la política monetaria y no un desaforado impulso estatista como pretenden tanto austriacos como objetivistas. De hecho, parece acertado concluir con Polanyi (2018:122) que “las clases rentistas en Inglaterra fueron privilegiadas por un tipo de cambio sobrevaluado (...) en este contexto, es un error considerar como ‘intervencionista’ solo esas políticas que están intentando beneficiar a los trabajadores o a los campesinos”. Cuando la fuga de oro comenzó a afectar a los Estados Unidos, Roosevelt no dudó en abandonar a los rentistas. Allí su trascendencia histórica y el inicio de la sospecha en Rand de que el comunismo se había infiltrado en Norteamérica.

No se trata de negar que algunas virtudes existen en la lógica del patrón oro. Que el crédito ha sido abusado a lo largo de la historia es un hecho ineludible. Pero el maniqueísmo

característico de la Escuela Austriaca y Rand amenaza con sesgar nuestra comprensión del capitalismo. Culpar a la Banca Central de “corromper” a los negocios equivale a omitir la corrupción que se dirige en sentido contrario, y más aún, ignorar que “el capital ha sido progresivamente liberado de disciplina y vigilancia tanto en los Estados Unidos como en Europa. El control sobre la creación de crédito pasó de los bancos centrales a los mercados financieros” (Polanyi, 2018:271). En este sentido, Rothbard parece el más congruente de los austriacos al reconocer en la FED un proyecto de banqueros y empresarios privados para protegerse de su propia insensatez¹¹². Haría falta desaparecer esta “arma” de poder

¹¹² El origen de la FED puede rastrearse hasta los días de la Guerra Civil y la venta de Bonos del Gobierno, cuyo monopolio de garantía fue otorgado al banquero Jay Cooke gracias a sus vínculos con el Secretario del Tesoro de Abraham Lincoln, Salomon Chase en cuyo honor fue nombrado el Chase Manhattan Bank, actualmente JP Morgan Chase. 500 millones de dólares en “bonos de guerra” del gobierno fueron asegurados por el banco de Cooke bajo la protección de las *Actas Bancarias* del 63 y el 64, un intento legalista por crear un *sistema bancario nacional* que en palabras de Rothbard (2002:135), “ligó a los bancos nacionales al gobierno federal y la deuda pública en una relación simbiótica”.

Tres décadas de experimentación e inestabilidad monetaria siguieron a la Guerra hasta que en 1896 se reavivó el debate monetario, en el que “cada bando infundió sus posturas económicas con fervor moral y pasión emanados de valores religiosos profundamente arraigados” (Rothbard, 2002:175). Las elecciones de 1896 que enfrentaron al republicano William McKinley con el demócrata William J. Bryan estuvieron en gran medida determinadas por la cuestión monetaria. Bryan arremetió contra el patrón oro en su célebre discurso *The Cross of Gold*. Los demócratas, históricamente simpatizantes del patrón oro, se vieron en una encrucijada. Por si fuera poco, McKinley reviró con una postura pro-oro que antagonizaba con la tradición republicana afín al dinero fiduciario. Contando con el aval y el dinero de los Rockefeller, McKinley ganó las elecciones y encaminó la creación de un sistema patrón-de-cambio-oro dominado por los grandes banqueros y que, en palabras de Rothbard (2002:189) “resultaría a la larga más perniciosa a la causa del dinero sólido genuino que un cándido bryanismo afín a la plata libre y los *greenbacks*”.

Una cruzada por la transformación del sistema monetario se comenzó a gestar en Indianápolis con la *Convención Monetaria* de 1897. El objetivo declarado de la Convención era establecer las bases de un sistema que pudiera al mismo tiempo preservar el patrón oro y crear un sistema “elástico” de crédito. El primer paso para la reforma se dio en 1900 cuando el Congreso aprobó la *Gold Standard Act* basada en los reportes de la Convención, la cual permitió a los bancos nacionales extender sus actividades a las pequeñas ciudades al reducir los requerimientos de capital para la emisión de billetes, al tiempo que las reservas de oro del Tesoro aumentaron a 150 millones de dólares gracias a los descubrimientos de reservas en Alaska en 1898 (Bogart, 1912:335). El resultado fue un marcado aumento de los billetes en circulación de bancos nacionales que llegarían a duplicarse hacia el día del colapso de 1907 (Galbraith, 1986). Por otro lado, siguiendo el análisis de Rothbard (2002:207), un cambio trascendental en la historia monetaria de los Estados Unidos acaeció en 1901 con la muerte de McKinley y ascenso de Theodor Roosevelt: “un cambio fundamental de una administración dominada por los Rockefeller hacia una dominada por Morgan”.

Ya en 1905 la *Asociación de Banqueros Americanos* había designado un comité monetario que concluyó la necesidad de tener una “divisa de emergencia” centralmente controlada para hacer frente a una posible escasez de liquidez. El pánico de 1907 fue la primera crisis auténticamente nacional, ya que ahora eran los grandes bancos nacionales y no los pequeños estatales los que dominaban el sistema. El título de “pánico de los ricos” que se dio al periodo no carecía de fundamento. La envergadura del colapso fue el estímulo que faltaba para cerrar filas hacia un Banco Central.

El 23 de diciembre de 1913, el *Sistema de la Reserva Federal* fue creado mediante el decreto de la *Federal Reserve Act* del presidente Woodrow Wilson, la cual obligaba a todos los bancos nacionales a unirse al sistema.

económico para garantizar un mercado más “libre”. Es probable que sólo así no haya lugar para rescates del tipo “*too big to fail*”, lo cual me parece muy deseable, aunque el compromiso con un Banco Central inmune a las influencias parece un camino menos arriesgado, pero a la luz de los eventos financieros de 2008, bastante improbable. La implantación de un patrón oro estricto como proponen Mises y Rand podría resultar en el ahorcamiento de todo el aparato productivo y la desaparición misma del capitalismo, al menos en su forma realmente existente, y no de un improbable “ideal olvidado”.

- o -

Al reconocer el apego de Ayn Rand al patrón oro como pilar indispensable de un sistema económico liberal, parece quedar poco lugar para una supuesta influencia en el sistema neoliberal vigente, al menos en términos monetarios. En efecto, desde que Nixon abandonó la convertibilidad del dólar en 1971, el debate sobre el patrón oro se ha visto reducido a una especulación académica marginal. En contraste, la década de los 70s presencié el ascenso del “monetarismo”, popularizado por Milton Friedman, el cual parte por reconocer la necesidad de una “moneda neutral” que permita la libre operación del sistema de precios. En ausencia de un patrón oro, Friedman concluyó que la neutralidad monetaria es posible mediante la observación de una regla en la que la oferta monetaria aumente de manera estable a la par del crecimiento de la producción. Desde otra óptica, esto significa que se debe evitar la arbitrariedad de la política monetaria sometiendo al banco central no a los designios del gobierno democrático y por tanto propenso al gasto inflacionario, sino a la estabilidad de una fórmula matemática supuestamente “neutral”.

Es necesario notar en este punto que los desarrollos teóricos atribuidos a Friedman surgieron del seno de la Sociedad Mont Pelerin cuando en la década de los 70s se planteó el debate sobre la convertibilidad monetaria, en el que tomó la batuta el grupo de Fritz Machlup, Gottfried Haberler y Milton Friedman a favor de los tipos de cambio flexibles y en contra del patrón-oro (Plehwe, 2015:iii). No se trató, sin embargo, de un abandono de los ideales de la

En palabras de Galbraith (1983:161) con la creación de la FED apareció “un instrumento para hacer todo lo que un Estado moderno necesita hacer por su dinero: monopolizar la emisión de billetes, regular el crédito bancario y la resultante creación de depósitos y proporcionar a los bancos préstamos de socorro de última instancia”. En realidad, eran los grandes bancos los que tenía todo para enriquecerse: “de los 7 miembros en la junta original, dos eran hombres de Morgan, uno era del grupo Kuhn-Loeb; uno era Rockefeller; y uno era un banquero independiente con conexiones tanto con Morgan como Rockefeller” (Rothbard, 2002:266).

auto-regulación, ya que en el fondo la adhesión a los tipos de cambio flexibles no supone una ruptura radical con las ideas seminales de Mises, ya que lo que intentaba mostrar no era la inutilidad o falsedad del patrón-oro, sino la posibilidad de alcanzar los mismos objetivos por un medio mucho más adecuado a los tiempos modernos. Curiosamente, fue un allegado de Rand, nadie menos que Alan Greenspan, quien mejor definió esta evolución en el pensamiento neoliberal cuando en un comunicado en el año 2005 se refirió a la junta de banqueros de la FED como “el nuevo patrón oro”.

Sea pues mediante un patrón oro o mediante la “independencia del Banco Central” de los designios del gobierno, el fin último de la ideología neoliberal se cumple: situar a la economía fuera del alcance de la democracia. La independencia de los bancos centrales propugnada y avanzada por los teóricos y políticos del neoliberalismo esconde bajo el manto de la “eficiencia” una acusación del uso político de la emisión de moneda y, en consecuencia, una denuncia del Estado benefactor. Es, asimismo, una manifestación de congruencia con uno de los principios fundamentales del neoliberalismo: los precios del mercado como encarnación de la información difuminada en el mercado y la señal última que debe guiar, en su pureza, la acción empresarial. Claro que como las ganancias son más importantes que la congruencia, cabe aquí la observación de Weiner (2016:12) de que “la desregulación del mercado era sólo la mitad de su política; la otra mitad contradecía directamente el principio detrás de la desregulación: la manipulación del mercado a través del infame ‘*put* de Greenspan’ (...) estas intervenciones llevaron a la creencia de que Greenspan no permitiría nunca un colapso real, o, en otras palabras, nunca permitiría un libre mercado”.

Más allá de la persistencia de ciertos núcleos académicos que todavía en nuestros días buscan revivir la idea de un patrón oro o la amargura de los randianos tardíos que denuncian la gestión de Greenspan como una traición a los ideales de Rand, la independencia del banco central y la adopción de fórmulas monetarias no marca una ruptura sino una actualización del “ideal olvidado”, una utopía en la que el dinero es un asunto privado y que para ser “moral” debe liberarse de la subordinación a todo fin “altruista”.

D. SINDICATOS

“La abundancia de los Estados Unidos no fue creada mediante sacrificios públicos dedicados al <<bienestar general>>, sino por el genio productivo de hombres libres que persiguieron sus intereses personales en la construcción de sus fortunas privadas”. *Capitalismo: el ideal olvidado* [1966]

1. *Fundamentos económicos en el pensamiento de Ayn Rand*

Según la interpretación ideológica del objetivismo, “uno de los engaños más extendidos de nuestra época es la creencia de que el trabajador estadounidense debe su alto nivel de vida a la acción de los gremios y la legislación laboral <<humanitaria>>” (Branden, 2009:107). Para desvelar la falacia detrás de este “engaño” referente al “rol de los sindicatos de trabajadores” en el sistema capitalista, el otrora portavoz del objetivismo, Nathaniel Branden, adopta la idea neoclásica de la economía según la cual los salarios están determinados por la productividad marginal de la mano de obra, misma que a su vez está determinada por la inversión. Citando a Ludwig von Mises, Branden (2009:108) observa que “los sueldos estadounidenses son más altos que los sueldos en otros países porque el capital invertido por trabajador es mayor (...). La así llamada forma de vida americana es el resultado del hecho de que Estados Unidos ha puesto menos obstáculos en la forma de ahorro y acumulación de capital que otras naciones”, a lo que agrega que “el salario no está determinado por los antojos del empleador. Los salarios son los precios pagados por el trabajo humano y, como todos los demás precios en una economía libre, son determinados por la ley de la oferta y demanda” (Ibíd.). Se trata, en otras palabras, de la “ficción de la mercancía” aplicada a la mano de obra.

Una vez aceptada esta ficción, Branden (2009:109) concluye que “fue el interés de los empleadores lo que los llevó a elevar los sueldos y cortar las horas de trabajo; no fue la presión de los sindicatos de los trabajadores”. Benevolencia egoísta de la mano invisible llevada al mercado laboral. Al igual que Rand, no ataca al sindicalismo *per se*, sino a su influencia desafortunada al amparo del poder político. Siempre y cuando la afiliación a los sindicatos sea voluntaria y se limite a la organización intra-firma, es decir, mientras no constituyan un “monopolio”, la organización sindical es inocua y, en el mejor de los casos, se encuentra en armonía con los intereses del capital. Sin embargo, al momento que Branden

suscribía estas ideas –principios de los 60s– los sindicatos gozaban, según su apreciación, de un poder irracional gracias a la legislación laboral entonces vigente con las consecuencias de “a) una reducción en la producción; b) la ampliación del desempleo y c) una penalización sobre los trabajadores en otras industrias” (Branden, 2009:110); conclusiones éstas que deben ser familiares al estudiante de un curso introductorio de economía neoclásica y sospechosas para el estudioso de la historia laboral de los Estados Unidos.

La opinión que Rand tenía sobre los sindicatos se puede calificar como un “altivo menosprecio”. Los villanos en *La Rebelión de Atlas* no son los sindicatos ni los obreros, sino un grupo de empresarios corruptos que actúan en colusión con el gobierno para evadir la auténtica competencia capitalista. Los sindicatos y sus representantes aparecen como un elemento accesorio, más o menos testarudos, pero a todas luces ignorantes de cuestiones económicas, arrastrados por la corriente de las acciones de otros. Se puede afirmar inclusive que Rand era simpática a cierto tipo de sindicatos cuyo modelo se forjó bajo los dictados del llamado “Plan Americano de Empleo” de los años 20s que intentó deshacerse de la influencia socialista en los sindicatos norteamericanos a través de una concesión de derechos laborales y hasta incrementos salariales “voluntarios” por parte de la empresa y sobre la que habremos de volver más adelante.

Una organización laboral de dichas características aparece retratada en *La Rebelión de Atlas* como un organismo libre y eficiente que no está en conflicto sino en armonía con el patrón quien, a cambio, ofrece a sus empleados mayores salarios que los vigentes en las regulaciones de salario mínimo. La inspiración para esta actitud patronal no fue otra que Henry Ford, el empresario más influyente de la década de los 20s cuya visión para una “nueva era” del capitalismo basado en el desarrollo tecnológico y la abundancia lo llevaron a reconocer que “solamente mediante un aumento continuo de los salarios y la reducción de precios puede la comunidad empresarial mantener el poder de compra de las personas” (Schlesinger, 2003:92).

Según su interpretación de los hechos, Branden (2009:109) observa que “al mismo tiempo en que sus competidores pagaban a sus trabajadores entre dos o tres dólares al día, Henry Ford ofreció cinco dólares diarios, por consiguiente atrajo a la fuerza laboral más eficiente del país y de esa manera elevó su producción y sus ganancias”. Resalta en tal

afirmación, primero, que parece contradecir lo anteriormente dicho por el mismo Branden sobre el salario como determinado no “por los antojos del empleador” sino por las fuerzas del mercado. Segundo, que no haya ninguna referencia al sistema de producción en línea como causante del aumento de su producción ni mucho menos al “compromiso social” que Ford reconoció en la forma de un imperativo de fomentar el poder de compra o, en otras palabras, el elemento de demanda agregada que el empresario reconocía como fundamental para los negocios, no así los objetivistas cuya postura teórica es la de un terco “ofertismo” más parecido a lo que en fechas recientes se ha dado por llamar “reaganomics”. Asimismo, llama la atención que Ayn Rand profesara gran admiración a Ford, un empresario excepcional sin duda, pero también un reconocido antisemita. En realidad, para el objetivismo la discriminación es justificada siempre que no entre en un conflicto “racional” con las ganancias. Si Ford pudo hacer fortuna a pesar de sus prejuicios, entonces no hay reproche moral que hacer. Por lo demás, Rand no tuvo simpatía alguna por el pueblo hebreo, ni siquiera que se considerara parte de él.

- o -

En marcado contraste con su menosprecio por los sindicatos, Rand no escatimó al momento de ensalzar la función empresarial en la economía capitalista. “Los empresarios son el símbolo de una sociedad libre, el símbolo de los Estados Unidos. Si perecieran, la civilización perecería” (Rand, 2009:79) se lee en su ensayo “¿Qué es el Capitalismo?”. El empresario es el dínamo, el motor primario, el manantial... todas estas metáforas están presentes en la obra de Rand para ilustrar la importancia del genio empresarial y su papel central en la economía. Pero su apoteosis del emprendedor no se limita a su función histórica sino que se extiende hacia la cuestión de la justicia distributiva. En un fragmento del famoso “discurso de Galt”, Rand explica la distribución de la riqueza en el sistema capitalista:

En proporción con la energía mental empleada, el que inventa algo sólo recibe un pequeño porcentaje de su valor en términos de pago material, más allá de la fortuna que obtenga, o los millones que gane. Pero el hombre que trabaja como limpiador en la fábrica que produce ese invento, recibe un pago enorme en proporción al esfuerzo mental que su tarea requiere de él. Y sucede lo mismo para todos los estados intermedios en los diversos niveles de ambición y habilidad. El hombre que está

situado en la cúspide de la pirámide intelectual aporta el máximo a todos los que están debajo de él, pero no recibe más que el pago material, no obtiene ningún beneficio intelectual de los demás que añade algo al valor de su tiempo. El hombre en la base, quien abandonado a su suerte moriría de hambre por su total ineptitud, no contribuye con aquellos que están sobre él, pero recibe el beneficio derivado de todas sus mentes (Rand, 1957:954).

Nuevamente las ideas plasmadas en la novela aparecen de forma muy parecida en sus ensayos filosóficos: “el hombre que genera una idea en cualquier campo de la actividad racional, el que descubre nuevos conocimientos, es un asistencial constante de la humanidad”, escribe Rand (2009:34). Así pues, la importancia que Rand atribuye al empresario como “motor” social no se ve reflejada en una distribución “justa” en la que éste reciba una compensación adecuada a su aporte. De aquí que Rand se refiera continuamente a los empresarios como una “minoría explotada” e incluso acosada por un gobierno que, al ser incapaz de sustituir al genio empresarial, expropia mediante los impuestos el fruto de su genialidad. De la insignificancia de los sindicatos y la primacía del empresario, Rand da un salto a la denuncia del gobierno y los impuestos, más aún, denuncia al Estado de Bienestar que en su declarada intención de velar por el “bien común”, destruye las bases mismas de la prosperidad. Toda legislación laboral “humanitaria” es, al parecer del objetivismo, irracional, pues bastaría con dejar funcionar libremente al capitalismo para que todos estuvieran mejor, incluidos los trabajadores que en su ignorancia optan por la vía sindical.

- o -

Donde Rand muestra indiferencia, los austriacos son más severos. Mises (1985b), por ejemplo, sugiere que los aumentos salariales serían idénticos al aumento de productividad o que no habría siquiera desempleo si el mecanismo de mercado no se viera entorpecido por “medidas violentas por parte de los sindicatos”. Más tajante es la opinión de Hayek (1996:108) según la cual “el hierro caliente que debemos agarrar si hemos de preservar el sistema de la empresa y el libre mercado es, por tanto, el poder de los sindicatos sobre los salarios”. Este rigor se debe, me parece, al mayor poder que los sindicatos de tendencia socialista y la socialdemocracia misma lograron en Europa, mientras que en Estados Unidos

los sindicatos no tuvieron nunca influencia trascendente y fueron perseguidos hasta desaparecer todo rastro de socialismo de sus organizaciones.

Por su parte, durante las sesiones del Coloquio Lippmann el tema de los sindicatos apenas apareció en algunas referencias marginales. Ya he hecho referencia anteriormente a la observación de L. Marlio respecto al papel que los sindicatos jugaron durante la gran depresión al exigir salarios “artificialmente” elevados que agravaron el problema del desempleo. Según esta interpretación, la crisis “fue provocada, en buena medida, por la política de los sindicatos de ejercer presión sobre el gobierno de Estados Unidos, y haber conseguido que prohibiese la inmigración europea a Norteamérica. (...) ¿Cuál fue el resultado esta medida, adoptada por exigencia de los sindicatos? Un aumento de los salarios. La industria estadounidense vio que no podía pagar semejantes salarios y prefirió remplazar el trabajo por máquinas” (citado en Escalante, 2018:133). Aunque Marlio no ahonda en su argumento, llama la atención que atribuya la restricción de la migración a los sindicatos. Ya desde principios de la década de 1890 comenzaban a darse pasos en esta dirección cuando el agotamiento de tierras –el “cierre de la frontera continental”– produjo un cambio en la actitud hacia la migración que se manifestó con la creación en 1893 de la *Liga para la Restricción de la Inmigración* en Boston cuya inspiración era abiertamente racista. El problema de fondo no era la migración sino cierto tipo de migración pues gracias a los avances en los medios de transporte el sueño americano se abrió a italianos, griegos y otros pueblos de Europa oriental “racialmente inferiores” que contrastaban con la previa migración de origen sajón. De la misma forma, Marlio parece ignorar la influencia del Ku Klux Klan durante “los maravillosos 20s”, cuyo número de afiliados llegó a dos millones entre 1920 y 1926 (Bosch, 2005:293). Más que un ardid sindicalista para aumentar los salarios reduciendo la oferta de mano obra europea, la *Ley Johnson-Reed* de 1924 para el control de la inmigración –a la que asumo Marlio hace referencia en su intervención– deja ver una fuerte carga de racismo al restringir selectivamente el acceso a europeos del Este¹¹³ y excluir completamente a los asiáticos.

Nuevamente es posible aludir a los desarrollos ulteriores que sobre este tema llevó a cabo la Sociedad Mont Pelerin. En efecto, la cuestión de los sindicatos atrajo la atención

¹¹³ Al haber basado las cuotas inmigratorias en el censo de 1890, la Ley asignaba más del 85% de la inmigración permitida a inmigrantes de países como Reino Unido [43%], Alemania [17%] e Irlanda [12%] (Bosch, 2005:397).

Hayek y sus allegados desde su primera reunión en 1947 en la que declaró que “si existe alguna esperanza en el regreso a una economía libre, la cuestión de cómo puede limitarse apropiadamente el poder de los sindicatos es una de las preguntas más importantes” (citado en Steiner, 2013:182). Lejos de un pronto acuerdo, durante la década de los 50s la postura de la SMP frente a los sindicatos se vio escindida entre la postura ordoliberal afín a una posible conciliación entre los intereses de obreros y empresarios, defendida notablemente por el economista suizo W. E. Rappard¹¹⁴, y la fobia radical a los sindicatos abrazada por Hayek al menos desde la publicación de *Camino de Servidumbre*. Aunque en un principio la visión conciliatoria –que incluía un programa de educación económica de los líderes sindicales– recibió un apoyo mayoritario, al terminar la década la postura antagónica se volvería dominante. Para lograrlo Hayek contó con la ayuda de Fritz Machlup quien, apoyado en la experiencia –y el financiamiento– de la American Chamber of Commerce, argumentó que la terquedad de los sindicatos respecto a los aumentos salariales no podía ser remediada con programa educativo alguno, siendo en cambio el continuo aumento de sus demandas y su poder de negociación una amenaza para la libre empresa. También contó con el apoyo de la delegación norteamericana encabezada por Leonard Read y Vernon Watts, quien durante la reunión inaugural de la SMP expuso el sentir empresarial de que “las concentraciones de poder económico [son] necesarias con fines de incentivos en el caso de las firmas capitalistas, pero curiosamente no para los sindicatos. La razón para tal diferencia, escribió Watts, es que los sindicatos han impuesto *su poder mediante la violencia legalizada*” (Steiner, 2013:191, énfasis agregado debido a su probable influencia randiana). La postura de Hayek y la FEE comenzó a ser dominante a partir de la reunión de la SMP de 1958 en Princeton, la cual implicó una mayor injerencia de los intereses empresariales norteamericanos en el programa, específicamente en cuanto a la inclusión en el programa del problema de la “coerción legal” ejercida por los sindicatos contra las empresas.

ii. *Crítica a los Fundamentos Económicos de Ayn Rand*

El argumento económico que subyace a la postura objetivista según la cual los salarios y las jornadas laborales de los trabajadores norteamericanos no han sido el resultado de luchas

¹¹⁴ La postura de Rappard, observa Steiner (2015:183) se fundamentaba en la experiencia suiza de negociación laboral de 1937 conocida como “la paix du travail”, que prohibió las huelgas.

sindicales, y que éstas son en todo caso perjudiciales a su condición, implica desde un punto de vista técnico que el aumento de la productividad basta por sí solo para explicar el “alto nivel de vida” de los trabajadores estadounidenses. Aunque es verdad que la productividad juega un papel primordial en la repartición de la riqueza –no se puede repartir lo que no se ha producido–, existen críticas sólidas que se pueden hacer a este planteamiento.

En primer lugar, en contra de la aseveración según la cual, gracias a las “fuerzas del mercado”, el salario tiende a igualar a la productividad marginal del trabajo, la historia revela un proceso más complejo en el que la repartición del “excedente”, lejos de ceñirse a los dictados del mercado, depende del juego de fuerzas entre empleadores y empleados. Más allá de las determinaciones impersonales, el análisis de Polanyi (2018:292) es más profundo y congruente con la posición geográfica e histórica de los Estados Unidos al reconocer que “debido a que el trabajo escaseaba en relación con la tierra, los negocios tuvieron la motivación para hacer mejoramientos tecnológicos constantes, y la sindicalización de la mano de obra hizo posible la participación en las ganancias de una productividad incrementada”; a lo que cabe agregar que aun en épocas de prosperidad como los “maravillosos 20s” cuando el acelerado crecimiento económico permitió un aumento de los salarios, dicho aumento estuvo lejos de igualar a su productividad –15% vs 62% según los datos aportados por Bosch (2005:431)– gracias al gran poder de los empleadores, lo que se tradujo en un aumento de las ganancias y la especulación.

Así pues, aun si aceptamos que los salarios elevados son el corolario de una elevada productividad de la mano de obra, y que ésta es a su vez producto de las inversiones en capital, la cadena de las causas se puede ampliar para señalar que el elevado volumen de inversión en los Estados Unidos fue permitido por la compresión salarial que puso en manos de los patronos una porción muy significativa de las ganancias a costa del salario que realmente, según los postulados de la teoría, debieron recibir los trabajadores. Por otro lado, En los momentos de crisis la dinámica de la distribución reveló su cara más oscura cuando los empresarios intentaron palear la caída en la tasa de ganancias mediante la reducción de los salarios y, cuando esto no basta, el desempleo. Vale la pena repasar con algún detenimiento esta historia.

Granero de Inglaterra durante casi dos siglos, tierra de labriegos y agricultores, Estados Unidos sufrió una transformación económica drástica tras la Independencia en la que la política industrial tuvo un papel fundamental alentando el crecimiento de las manufacturas y, en consecuencia, de la mano de obra asalariada, hecho que no tardó en manifestarse con la formación en 1828 del primer Partido de los Trabajadores del mundo en Filadelfia. Resaltando el hecho de que su constitución se dio a la par del primer gran movimiento democratizador norteamericano liderado por el Presidente Andrew Jackson, Bosch (2005:103) observa que “la extensión de la democracia y la primera formación de la clase obrera norteamericana se unían en el tiempo de forma insólita”.

La historia sindical de los Estados Unidos comienza a tomar forma en la década de 1830 cuando apareció un gran número de General Trade Unions en ciudades como Nueva York, Filadelfia, Boston, Baltimore y Washington entre otras. Tras el pánico de 1837, tan solo en Nueva York un tercio de los trabajadores se encontraron en situación de desempleo y los salarios de los restantes se redujeron hasta un 50% (Bosch, 2005:105), lo que acarrió una primera ola significativa de huelgas en territorio norteamericano que fueron reprimidas con violencia. Es una historia que se habría de repetir por décadas: crisis, huelga y represión. La lucha contra los sindicatos fue la primera manifestación del rechazo al socialismo en una Norteamérica que forjó su grandeza sobre la espalda de sus trabajadores, arrebatados a palos y racismo de una “conciencia de clase” que se perdió en las despobladas planicies del Oeste.

Tras unos años de aparente calma, en la década de los 60s una ola de huelgas relacionadas con el difamado grupo de los *Molly Maguires* –sociedad secreta irlandesa relacionada con la organización laboral en la industria minera– tuvo lugar en las minas de Pensilvania, motivadas por el reclutamiento obligatorio y la explotación que caracterizó la acelerada producción durante la Guerra Civil¹¹⁵. Entre 1862 y 1875, apunta Bosch

¹¹⁵ Vale la pena señalar que, lejos del mito liberador y democrático de la memoria nacionalista norteamericana, a la población negra le fue concedida su libertad –cuatro años después de la abolición de la gleba en Rusia– sólo para sumirse en la explotación de la segregación que inició con una *Legislación del Trabajo* que poco se diferenciaba de la esclavitud: el trabajo se volvió “libre” pero obligatorio, segregado y mal pagado. Tras la abolición de la esclavitud, las leyes de segregación y los *Códigos Negros* limitaron las posibilidades económicas de la población afroamericana mientras privilegiaban a los blancos lo que, en palabras de Bosch (2005:203) “inhibió el desarrollo de un mercado libre de tierra y de trabajo”. La abolición dio lugar a “una sociedad con un *apartheid* efectivo, en el que negros y blancos vivían vidas distintas” (Acemoglu y Robinson, 2012:417).

(2005:251), 16 empleados de las minas de carbón fueron asesinados y muchos otros fueron violentados. Al terminar la guerra, una nueva coyuntura económica nacional se materializó en 1866 con la primera federación de trabajadores de carácter nacional, la National Labor Union, abanderada bajo la demanda de una jornada laboral de 8 horas. Aunque su vida sería corta –fue disuelta en 1873–, sembró la semilla de futuros movimientos sindicales.

En 1868, fue creado el primer sindicato no fundado en bases étnicas o raciales. La Workingmen's Benevolent Association (WBA) marcó el inicio de un sindicalismo mejor organizado en comparación al radicalismo previo, logrando cierta armonía entre el trabajo y el capital que se materializó en la *Ley de Seguridad Minera* de 1870. Pero a la par de las concesiones que lograron los trabajadores, apareció la figura de la Agencia Pinkerton cuyo objetivo era debilitar al sindicalismo infiltrando agentes en los sindicatos, rompiendo huelgas y protegiendo a los esquiroleros entre los que se contaban inmigrantes de segunda generación (italianos y europeos del Este) excluidos por los sindicatos étnicamente constituidos. En 1871 dos miembros de la WBA fueron asesinados durante una huelga en Scranton Pensilvania.

En 1875, en el momento más álgido de la crisis, una huelga de la WBA que se había alargado por seis meses fue aplacada violentamente y una serie de juicios puestos en marcha acusando a los líderes sindicales por presuntos nexos, nunca probados, con los Molly Maguires. Dieciséis trabajadores murieron y varios líderes de la organización fueron perseguidos y condenados a la pena capital. En palabras de Bosch (2005:255) “con el juicio y la ejecución de los Molly Maguires acabó la tradición irlandesa de justicia retributiva y el primer sindicalismo moderno del movimiento obrero norteamericano”. En su lugar surgieron asociaciones clandestinas para la defensa del trabajo, una de las cuales se convertiría en la organización obrera más importante de la década de los 80s: los Knights of Labor.

En 1877 la gran huelga de los ferrocarriles llevó al paro a cerca de 100 mil trabajadores cuando los patrones decidieron reducir los salarios para superar, al menos en parte, los estragos causados en la industria ferrocarrilera por la incursión de Rockefeller en la construcción de oleoductos y los enfrentamientos que esto le causó con la compañía ferrocarrilera Pennsylvania. Fue en este contexto en el que tuvieron lugar una serie de acontecimientos que bien pudieron inspirar a Rand, ya que, como lo observa Robin (2017K:240) “durante la Gran Huelga del ferrocarril de 1877, los trabajadores ferroviarios

que hacían huelga en San Luis empezaron a dirigir ellos mismos los trenes (...) los dueños intentaron detenerlos lanzando su propia huelga para demostrar que ellos eran los dueños y que solo los dueños podían hacer que los trenes circularan”.

En junio de ese mismo año se constituyó en Pittsburg la Trainmen’s Union que lideró una huelga que se extendió desde Baltimore –donde 193 bebés murieron debido a las malas condiciones sanitarias en los barrios obreros (Zinn, 1999:183)– hasta San Francisco. En julio el Partido de los Trabajadores de Estados Unidos (WPUS por sus siglas en inglés) –primer partido obrero de inspiración marxista en los Estados Unidos– proponía desde su base en Chicago la nacionalización de los ferrocarriles como una medida para enfrentar la crisis. Las acusaciones de conspiración comunista y la consecuente represión no se hicieron esperar. Cerca de 100 trabajadores murieron en enfrentamientos contra el ejército. El saldo de la huelga fue de millones en pérdidas, cientos de arrestos, despidos masivos y reducciones salariales. Algunas concesiones de seguridad fueron otorgadas a los sindicatos que optaron por la vía política. En alianza con los “populistas”, el WPUS logró algunos triunfos electorales durante las elecciones locales de 1877 –ese mismo año cambiarían su nombre por el de Socialist Labor Party que se mantendría activo, aunque severamente mermado, hasta el año 2008.

La otra gran asociación obrera de la época, los Knights of Labor, creció hasta representar a cerca de 700 mil trabajadores –alrededor de un 10% de la fuerza industrial– durante la década de los 80s. Su éxito se debió en gran medida a un paradigma de organización comunitaria que abarcaba, aparte de organizar huelgas y promover agendas laborales, el fomento actividades culturales, comunitarias y educativas, así como la participación política activa. Sus esfuerzos se vieron recompensados al lograr la concesión de sus demandas mediante dos huelgas, en 1884 y 1885, que pusieron en jaque al magante de las finanzas y los ferrocarriles Jay Gould. Un tercer enfrentamiento en 1886, sin embargo, resultaría ser una trampa en la que Gould recurrió a la Agencia Pinkerton para desprestigiar a los huelguistas (Bosch, 2005:263). La represión contra los movimientos sindicales se endureció a partir de estos hechos y los Knights of Labor vieron decaer su popularidad hasta llegar a representar a principios de la década de 1890 tan solo una décima parte de su afiliación máxima a mediados de los 80s.

En 1886 tuvo lugar el incidente de la plaza Haymarket, Chicago, donde la huelga iniciada el día primero de mayo –en conmemoración de la cual se designó el “día internacional del trabajo”– para reivindicar el derecho a la jornada laboral de 8 horas, terminó de forma abrupta tres días más tarde cuando una bomba fue lanzada a la policía que reprimía a los huelguistas. El saldo final fue de varios muertos y heridos y la condena a la pena capital de cinco líderes anarquistas –“los mártires de Chicago”– en un juicio que hasta la fecha es recordado por su parcialidad y motivación política. A partir de entonces, el título de principal unión obrera recaería en la American Federation of Labor (AFL), organización sindical moderada –blanca y especializada– sin fines políticos más allá de las reivindicaciones laborales, fundada en 1886, que sería caracterizada en los años siguientes por su movimiento paulatino hacia una composición centrada en los trabajadores cualificados, en contra de los nuevos inmigrantes y hacia una posición política conservadora. En palabras de Sombart (2009:61), se puede caracterizar como un “sindicato capitalista, y contraponerlos con los sindicatos socialistas, ya que están hechos de la misma madera que el capitalismo y están dirigidos en sus efectos a conservar y consolidar el sistema capitalista, no a superarlo”.

El descontento obrero frente a la precaria situación económica y la incertidumbre que presagiaba la crisis que habría de estallar dos años más tarde, se manifestó en la toma de varias minas de Pensilvania en octubre de 1891 a manos de obreros armados de la United Mine Workers que rechazaban la imposición de un contrato colectivo cuyo fin era reducir los costos de producción. Varios obreros murieron a manos del ejército durante las protestas. A comienzos de 1892 otra huelga en la acerería de Andrew Carnegie en Homestead a las afueras de Pittsburg estalló cuando el administrador Henry Clay Frick intentó reducir los salarios y prohibir las actividades sindicales. La agencia Pinkerton irrumpió en la fábrica y se desató la violencia. La milicia estatal tuvo que intervenir para proteger los intereses de Carnegie. Un año más tarde comenzó la depresión con tasas de paro de hasta el 20%.

En 1893 apareció la American Railway Union (ARU) que llegó a contar con 150 mil afiliados un año más tarde cuando estalló la huelga de los coches Pullman. La huelga tomó una dimensión nacional bajo el liderazgo de Eugene Debs –futuro candidato, cinco veces, a la presidencia de los Estados Unidos por el Partido Socialista–, motivada por el despido de 3000 trabajadores de la compañía Pullman y las reducciones salariales que rondaban entre el

25 y el 40% (Bosch, 2005:267). El Presidente Grover Cleveland no dudó en emplear la fuerza con el resultado de 13 muertes y cientos de arrestos, incluyendo a Debs.

En medio de un panorama de reformas y escándalos¹¹⁶ que caracterizó a la llamada “Era Progresista”, se fundó en 1905 el sindicato de la Industrial Workers of the World (IWW) en Chicago. Al parecer de Bosch (2005:341) “fue la conjunción en el tiempo y la unidad entre el IWW y el Partido Socialista americano de 1905 a 1913, la que llevó a hablar de <<avance del socialismo>> en Estados Unidos antes de la Primera Guerra Mundial”. El halo socialista de época se intensificaría después del *crash* de 1907, cuando la impronta de reducir los costos de producción se asumió intensificando la aplicación de las técnicas de gestión de F. W. Taylor y aumentando la inmigración que podía proveer una mano de obra barata. La exageración de este miedo, sin embargo, se hace evidente cuando se considera que en la cumbre de su influencia, el Partido Socialista de Eugene Debs obtuvo tan solo el 6% de los votos en la elección presidencial.

Numerosas huelgas tuvieron lugar en este periodo siendo significativas la de las mujeres de la compañía de camisas Triangle de Nueva York en 1909, y que en pocos meses evolucionó a una huelga general de cerca de 20,000 trabajadores. La huelga fue disuelta con violencia y poco se ganó para mejorar las condiciones laborales al grado de que, el 25 de marzo de 1911, un incendio en la fábrica Triangle cobró la vida de 123 trabajadoras atrapadas en el edificio de la compañía¹¹⁷. Otras huelgas significativas fueron las de la Compañía Americana de Lana en Lawrence Massachusetts que convocó a cerca de 50,000 trabajadores, y la huelga de las minas de carbón de Colorado, propiedad de Rockefeller. Ambas huelgas fueron reprimidas con violencia y la segunda sería recordada por la “masacre de Ludlow” en la que murieron 76 personas, incluidos mujeres e hijos de trabajadores que se habían organizado para protestar en paz. En relación a estos hechos, Weiner (2016:208) observa que “la noción de que el asesinato es justificable cuando sus víctimas son ‘saqueadores’ que se interponen en el camino del capitalista habita en el corazón mismo de *La Rebelión de Atlas*

¹¹⁶ Winkler (2018:191-220) relata los pormenores de la investigación del Tobacco Trust que derivaron en el testimonio de George W. Perkins, en el que el entonces director de la New York Insurance Company reveló que una irregular partida de \$48,000 dólares pagada al banco de Morgan –cerca de 1.2 millones actuales– había sido en realidad dirigida a la campaña de Roosevelt. En otras palabras, su “cruzada” contra las corporaciones había sido financiada por una de las corporaciones más poderosas de la época.

¹¹⁷ La trágica fecha es conmemorada actualmente, de forma paradójica, como día internacional de la mujer.

(...) Rand pone de cabeza los hechos históricos. En lugar de los trabajadores oprimidos rebelándose en contra de los matones capitalistas que han comprado e intimidado al gobierno al grado de la complicidad criminal, son los capitalistas lo que van a huelga”.

La Primera Guerra Mundial marcó un periodo de “tensión estable” en el que los vínculos de la AFL con el Presidente Wilson permitieron mantener al movimiento sindical bajo control. Sin embargo, al terminar las hostilidades bélicas 96 líderes de la IWW, incluyendo a Eugene Debs, fueron arrestados bajo el amparo de la *Ley de Sedición* de 1918. En apenas 3 meses a finales de 1919 y principios del 20, cerca de 3,000 extranjeros enfrentaron trámites de deportación y 800, entre ellos Emma Goldman, fueron finalmente exiliados (Bosch, 2005:396). El movimiento sindical tuvo un breve periodo de auge pasando de 2.9 millones de afiliados en 1917 a cerca de 5 millones a principios de 1920, aunque sus logros fueron mínimos. Dos huelgas en 1919 dan cuenta de la situación: la primera, una huelga pacífica en Seattle, fue brutalmente reprimida dispersando a cerca de 100,000 trabajadores de la IWW que fueron obligados a regresar al trabajo a finales del año sin lograr mejoras salariales; la segunda, que influiría notablemente en la política de los años 20s, fue la de la policía de Boston, también reprimida con ayuda del ejército bajo las órdenes del gobernador y futuro Presidente Calvin Coolidge. En las elecciones de 1920 el candidato del Partido Socialista, Eugene Debs, recibiría, desde la cárcel, cerca de un millón de votos: “un último aliento, un homenaje a un líder querido y una protesta inútil” (Pizzigati, 2015:154).

Los años veinte supusieron un “adormecimiento” del sindicalismo bajo el peso, por un lado, del Plan Americano de Empleo que prometía una mejora de las condiciones laborales para los trabajadores que renunciaran al derecho de formar parte de un sindicato, mientras que, por otro lado, la Suprema Corte asumió una actitud más abiertamente pro-empresarial bajo el liderazgo de W. H. Taft, quien en 1922 se refirió al movimiento obrero como “ese grupo al que tenemos que golpear de vez en cuando” (citado en Schelinger, 2003:137). Todavía al acercarse el final de la década “maravillosa” se vivía un ambiente de optimismo incluso entre la clase obrera que, por primera vez, votó en gran número por el Partido Republicano en la elección de 1928 (Bosch, 2005:391). Se trató en realidad de un momento bastante blando en la historia del sindicalismo en el que uno de sus principales representantes,

John L. Lewis, presidente de la United Mine Workers, llegó a declarar que Hoover era “el más notable estadista industrial de los tiempos modernos” (citado en Schlesinger, 2003:138).

Un año más tarde, sin embargo, todo el optimismo se sumía en el lodo de la Gran Depresión. A pesar del crecimiento económico de la década, un tercio de la clase obrera industrial, según datos de Bosch (2005:389), se encontraba por debajo de la línea de pobreza en 1929 y su situación estaba por empeorar. En el momento más álgido de la depresión, el 7 de marzo de 1932, una huelga en la fábrica Ford de Detroit¹¹⁸ terminó con la muerte de 5 huelguistas y un “conciliador” mural de Diego Rivera en el Instituto de las Artes de Detroit¹¹⁹. Pocos días más tarde, el 23 de marzo, fue aprobada la *Ley Morris-LaGuardia* que prohibía los contratos laborales que requerían del trabajador su renuncia voluntaria a formar parte de un sindicato (*yellow dog contracts*), refrendaba el derecho a la negociación colectiva y limitaba la injerencia de tribunales federales en conflictos laborales “no-violentos” – décadas más tarde, Fritz Machlup se referiría a esta Ley en su argumento anti-sindical dictado frente a la Sociedad Mont Pelerin, como ejemplo de la “violencia legalizada” de los sindicatos.

Sin embargo, el Presidente Herbert Hoover, un hombre con poca sensibilidad a los problemas populares, fue reacio a ayudar a los más necesitados bajo el argumento de que el paternalismo “destruiría sus fibras morales”. No obstante, nunca explicó por qué la ayuda otorgada a grandes empresas por su Comité para la Reconstrucción Nacional, no destruía las fibras morales de sus accionistas Rockefeller, Harriman, Kennedy, Giannini, Goldman o Lehman, quienes recibieron el subsidio que negó a los pobres. Es notable que lejos de perder la fibra moral los menos favorecidos fundaron hasta 330 organizaciones comunitarias en 37 estados, basadas en el trueque y los insumos baratos como el carbón extraído “ilegalmente” de minas clausuradas (Zinn, 1999:289). En este contexto tuvo lugar el Congreso de Organización Industrial (CIO) que organizó la huelga de poco más de un millón de trabajadores en 1933, y un millón y medio en 1934. Un año más tarde la CIO se había extendido a las industrias automóvil, el caucho y el empaquetado aprovechando las provisiones de la NIRA –sección 7a– que hacían obligatoria la representación sindical en las

¹¹⁸ La producción de Ford Motors se redujo de 5,3 millones de vehículos en 1929 a 1,3 en 1932.

¹¹⁹ Otro mural realizado en el Centro Rockefeller bajo el título “El hombre controlador del universo”, fue destruido en 1934 al poco tiempo de su finalización y recreado en el Palacio de Bellas Artes.

empresas y garantizaba el derecho a la negociación colectiva con mediación de la National Labor Board.

En mayo de 1935 Roosevelt dio inicio a un “segundo New Deal” con tres nuevas reformas relativas al empleo: 1) la creación de la Work Projects Administration (WPA) con un presupuesto de 10 mil millones de dólares para emplear a 3.5 millones de trabajadores; 2) la *Ley de Relaciones Laborales –Ley Wagner–* que volvía ejecutables ante los tribunales las provisiones de la NIRA; y 3) la *Ley de Seguridad Social* que contemplaba compensaciones al desempleo, seguro de vejez y programas de formación laboral. A pesar de lo limitado de la cobertura asistencia –Huberman (1960: 283) lo calificó como “un programa de <<seguro>> que aseguraba un nivel bajo de vida, y nada más”–, significó un paso hacia la construcción de un sistema de seguridad social en los Estados Unidos. Tres semanas más tarde el Tribunal Supremo declaró inconstitucionales las provisiones de la NIRA empoderando a los sindicatos. La CIO se benefició con la *Ley de Relaciones Laborales* y aprovechó el ambiente favorable para aumentar sus demandas mediante la nueva estrategia de “huelgas de brazos caídos” de las que tan solo en 1937 llegaron a contarse 477 (Zinn, 1999:295). La presión fue tal que ese mismo año se aprobó la *Ley de Condiciones Laborales* que establecía un salario mínimo de 40 centavos por hora, una jornada laboral máxima de 40 horas semanales y prohibía el trabajo de menores de 16 años.

Tan solo en 1941 se llegaron a contabilizar 4,288 huelgas que movilizaron a cerca de 2.4 millones de trabajadores a pesar de haber sido declaradas ilegales por el Tribunal Supremo en 1940 por ser “antipatrióticas” (Bosch, 2005:459). En total, cerca de 14 mil huelgas tendrían lugar a lo largo de la guerra, movilizando a cerca de 7 millones de trabajadores (Zinn, 1999:310). Pero a pesar de este ambiente marcado por la incertidumbre y las huelgas, la Segunda Guerra Mundial significó un apaciguamiento del fermento sindical cuando Alemania intentó invadir la Unión Soviética. Los líderes sindicales decidieron cooperar con el esfuerzo bélico a cambio de que fuera declarada la sindicalización obligatoria en las empresas que producían para la guerra. El número de afiliados a los sindicatos creció de 9.5 millones en 1940 a 14.8 millones en 1945 (Bosch, 2005:461). Una serie de demandas y concesiones se puso en marcha bajo el slogan de “victoria a través de la igualdad en el sacrificio” que incluía, entre otras cosas, la petición de un crecimiento salarial que igualara a

la inflación y una política de tope salarial fijada en \$25,000 dólares anuales, misma que fue revocada un año más tarde por el Congreso. En contraste, a partir de 1943 comenzó el desmantelamiento de las instituciones sobrevivientes del New Deal y se aprobó la *Ley Smith-Connally* en detrimento de las organizaciones sindicales. Asimismo, al terminar la guerra el Comité de Actividades Antiamericanas de la Cámara de Representantes (HUAC por sus siglas en inglés), cambió el foco de sus sospechas de los nazis hacia los comunistas.

Los años de la Guerra Fría fueron difíciles para el sindicalismo en cuanto a su capacidad y autonomía. Al terminar la guerra existía el compromiso moral de “recompensar” el esfuerzo de los combatientes y los obreros cuyo trabajo había hecho posible mantener andando la maquinaria industrial-militar. Pero el compromiso se rompió en 1946 –año en que se vivió la mayor ola de huelgas en la historia de Norteamérica– con el decreto de la *Ley de Empleo* cuya finalidad declaraba: “coordinar y utilizar sus planes, funciones y recursos (...) para impulsar y promover la empresa libre competitiva y el bienestar general, condiciones bajo las cuales existirá *empleo suficiente* para aquellos disponibles, dispuestos y en busca de trabajo; y promover el máximo empleo, producción y poder adquisitivo”. Es importante prestar atención a la redacción del acta teniendo en cuenta que su nombre original era “*Ley de Pleno Empleo*”, en consonancia con las corrientes keynesianas que dominaban en la asesoría económica del gobierno, y que contemplaba un fondo de cuarenta mil millones de dólares para compensar la falta de inversión privada. El acta, sin embargo, fue revisada y corregida para evitar cualquier alusión al “pleno empleo” que fue sustituido por el “empleo suficiente” y borrando también toda cifra explícita de gasto. En 1947, fue aprobada la *Ley de Relaciones Laborales*, mejor conocida como *Ley Taft-Hardy*, en sustitución de la *Ley Wagner*, que mermaba el poder de las organizaciones sindicales restringiendo su derecho a la huelga y prohibiendo la sindicación obligatoria, las donaciones a campañas federales por parte del sindicato o la filiación comunista de sus líderes, obligados a firmar declaraciones para mantener o aspirar a sus cargos.

Una ola de huelgas cundió por el país en respuesta a la nueva legislación a la que el Presidente Truman, quien llegó a su mandato con apoyo de la CIO, se opuso con tibieza. Ese mismo año se sumó a la cruzada antisindical la *Orden Ejecutiva 9835*, cuya intención era “detectar la infiltración de personas desleales” en Norteamérica. En 1950, con apoyo del

Senador McCarthy, se aprobó la *Ley de Seguridad Interior* dirigida a controlar a las organizaciones comunistas. Fueron llevados a juicio varios de los dirigentes del Partido Comunista, empezando en 1949 con la condena de 11 de sus líderes en el llamado juicio de Foley Square, acusados de violar la *Ley Smith* de 1940 que criminaliza “los intentos de derrocar al gobierno por la fuerza o la violencia”. Cerca de 100 miembros del partido serían enjuiciados en los siguientes diez años.

A principio de la década de 1950 la AFL y la CIO se alinearon a la nueva tesitura política y emprendieron sus propias “purgas comunistas”. Un nuevo sindicalismo blando surgió con la unificación de ambas centrales en 1955, alimentado por ese “excepcional” rasgo de la identidad obrera norteamericana que es su *individualismo*: “allí donde los trabajadores veían vías de escape individual fuera de su clase, como en los Estados Unidos, su consciencia de clase, aunque no estuviera totalmente ausente, era un rasgo menos definitorio de su identidad” (Hobsbawm, 2014:308). Fue, por cierto, durante estos años de sindicalismo “limpio” de socialismo y mermado por leyes anti-sindicales, pero también apaciguado por la opulencia de un periodo que llegó a ser considerado una “edad dorada” del capitalismo, cuando Nathaniel Branden expuso la visión objetivista sobre los sindicatos con la que inicia el presente apartado y que achaca a éstos tanto el desempleo como la caída de la producción. Difícilmente se puede estar más ciego a las coyunturas de una época.

- o -

Creo no errar al afirmar que este breve repaso de la historia laboral de los Estados Unidos basta para desacreditar la visión objetivista sobre el papel de los sindicatos, visión que busca “esterilizar” la lucha obrera para dar paso a una versión mitificada de la historia donde el motor de la opulencia y la prosperidad recae exclusivamente sobre empresarios egregios sin cuyo genio y talento la sociedad colapsaría. Tal es el argumento de *La Rebelión de Atlas* cuyo título originalmente pensado era, por cierto, “*La Huelga*”.

Pero si las huelgas han sido una constante en la historia no ha sido Atlas sino los obreros quienes mediante su negativa a ser explotados en beneficio del capital, su resistencia a ver reducidos sus salarios o perder incluso su medio de sustento y el de sus familias, su renuncia a cargar con el peso de las crisis económicas producidas por los imperativos de la acumulación del capital, en una palabra, es la huelga de los obreros y no de un apócrifo Atlas

la que ha puesto en jaque a la sociedad. De allí la resistencia de los patronos ante la sublevación al punto de recurrir a la represión, el encarcelamiento y hasta el asesinato para evitarlo. Tal vez Ayn Rand no esté tan equivocada al creer que una huelga de empresarios colapsaría a la sociedad –la negativa a invertir en momentos en los que el poder político recae en grupos que no le son afines es una muestra tangible de este riesgo– pero la probabilidad de que la organización supere a los intereses pecuniarios egoístas que nutren su actuar es bastante reducida. Además, la huelga es un recurso de aquellos que no tienen acceso a la influencia política. Si hemos de hablar de presión y colusión en la historia parlamentaria de los Estados Unidos, si un grupo ha impuesto sus demandas al gobierno para defender sus intereses materiales, no han sido los sindicatos sino los grandes empresarios mediante el *lobbying* más descarado y el soborno. De la misma forma, gracias a que pueden pagar grandes sumas y poner a trabajar a legiones de abogados, han logrado en innumerables ocasiones una interpretación favorable de Leyes y Códigos que en principio debían operar en su contra.

En este sentido, otro argumento que se puede esgrimir en contra de la visión histórica defendida por Ayn Rand refiere a la cuestión jurídica que ha marcado al conflicto laboral en los Estados Unidos. Al respecto, Rand (2009:58) creía que “los progresistas de hoy consideran a un empresario culpable en cualquier conflicto con un gremio, sin importar los hechos o los asuntos implicados”. Según su versión histórica, los empresarios son una minoría acosada sometida a los caprichos de sindicatos coludidos con jueces cuya tendencia humanitaria destruye las fibras morales del capitalismo. En sus propias palabras: “si un pequeño grupo de hombres fuera siempre considerado culpable, en cualquier enfrentamiento con algún otro grupo sin considerar las cuestiones o circunstancias involucradas, ¿llamaría a eso acoso? (...) ese grupo es el de los empresarios estadounidenses”. En la misma línea, el albacea intelectual de Rand, Leonard Peikoff, sugiere que “contrariamente a la teoría marxista, los grandes negocios han sido uno de los grupos menos influyentes en la historia Norteamericana” (citado en Weiss, 2012:53). La historia que hemos narrado en las páginas precedentes, sin embargo, está lejos de respaldar esta postura. Atendiendo a las posibles causas de esta ceguera, Weiss (2012:13) observa que “Rand nunca trabajó en una fábrica explotadora, y no estaba dotada con empatía, por lo que vio en los dueños de las fábricas y otros capitalistas no como explotadores implacables, como eran vistos por sus empleados, sino como héroes, los constructores y cerebros de la sociedad”.

Cabe, por último, atender a la observación que Winkler (2018:xix-xxii) hace en su estudio sobre la historia jurídica norteamericana y el papel de las corporaciones:

durante la mayor parte de la historia americana, la corte ha sido decididamente favorable a los negocios, sin importar si la mayoría de los jueces han sido liberales o conservadores (...) fue una corporación, después de todo, la que plantó las primeras semillas de la democracia en las colonias, y su meta era asegurar los beneficios, no promover la libertad (...) Cuando la presión popular ha tenido éxito en pasar leyes para restringir a las corporaciones –ya sea en nombre de los consumidores, inversores, el medio ambiente, o el público en general– el litigio constitucional ha provisto a los negocios con otra oportunidad para manipular la política pública para incrementar sus beneficios. Aun cuando al final las compañías pierdan, el costo de la litigación sigue sirviendo para prevenir a los hacedores de leyes de adoptar futuras regulaciones.

Huberman (1960:222) resume este proceso: “el Congreso aprobó la *Ley Sherman* como un arma del pueblo contra los trusts; pero las Cortes interpretaron continuamente la *Ley Sherman* como un arma de los empleadores contra los sindicatos”. En otras palabras, los sindicatos pasaron a ser considerados monopolios que interferían con la “libre” determinación de los salarios. Así pues, si un grupo social ha sido “acosado” y desfavorecido por el sistema jurídico norteamericano, éste es el de los trabajadores.

A la vista de los empresarios, el obrero no ha sido sino un insumo que podía ser explotado y cuyo salario podría ser comprimido o su empleo desechado en situaciones de depresión económica. A la vista de las cortes, por otro lado, la empresa podía considerarse como una persona con derechos más sagrados que los de los trabajadores. La vileza de este pragmatismo se revela en el hecho de que entre 1890 y 1910, de todos los casos referentes a la *Decimocuarta Enmienda* que originalmente buscaba proteger a la población negra emancipada, sólo 19 se apegaban a esta interpretación mientras 288 fueron aplicados para proteger a empresas a las que “nadie podía privarles de la propiedad sin una acción judicial” (Zinn, 1999:195), lo que incluía la toma de las instalaciones durante una huelga. Según datos de Winkler (2018: xiv) “entre 1868, cuando la enmienda fue ratificada, y 1912, cuando un académico revisó cada caso de la catorceava enmienda llevada a la Suprema Corte, los jueces decidieron 28 casos relacionados con los derechos de afroamericanos y un impresionante

número de 312 casos relativos a los derechos de corporaciones”. La remarcable cifra, continúa Winkler (2018:159), no se debió a que todos los casos fueran decididos a favor de las empresas que, de hecho, perdieron muchos. Pero el costo de las litigaciones sería una buena forma de desanimar a los gobiernos de futuros intentos por regular a las corporaciones.

- o -

La historia laboral de los Estados Unidos es parte de su *excepcionalismo*. Tanto la sindicación por motivos étnicos como la esclavitud fueron en el siglo XIX obstáculos para la conformación de un movimiento obrero amplio que pudiera hacer frente al poder de los grandes empresarios cuya capacidad de organización, así como su poder para controlar la fuerza pública para disolver las huelgas, contuvo las demandas de los sindicatos en los márgenes de la precariedad. También fue fundamental para cohibir el nacimiento de un movimiento socialista significativo, tal como lo argumentó Werner Sombart en su obra clásica *¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?* [1905], la posibilidad de un escape a la explotación que las tierras occidentales ofrecieron, al menos hasta finales del siglo XIX, a los inmigrantes. Otro tanto se puede decir del individualismo que ha permeado desde sus orígenes –allí está como testigo la obra de Waldo Emerson– la mentalidad de una nación donde la salvación individual –en consonancia con la ética protestante, agregaría Max Weber– suplanta a la iglesia, al pueblo, a *lo público*. No es posible, por último, dejar de reconocer como el mismo Sombart lo hizo que, en el fondo, las condiciones económicas de los obreros norteamericanos eran hacia principios del siglo XX ampliamente superiores a sus similares europeos, al menos para la parte organizada que abarcan las indagaciones del sociólogo alemán, cuya forma de vida e inclusión en la estructura social lo hacían parte de un todo homogéneo, al menos en su apariencia externa, y que prometía un escape a la condición de clase para quien se esforzara lo suficiente. El socialismo, sin duda, encuentra dificultades para enraizar en los corazones satisfechos o, como magistralmente lo dijo Sombart (2009:174) en Estados Unidos “el roastbeef y la tarta de manzana acabaron con todas las utopías socialistas”.

El gran empresario que por su propio mérito se alza por sobre sus semejantes y los arrastra consigo hacia las cumbres de la opulencia, el emprendedor de la Escuela Austriaca que rompe los moldes de lo común y transforma la economía, el Atlas de Ayn Rand que carga

sobre sus hombros la condena de vivir en sociedad; encuentran en el imaginario norteamericano un espacio de fermento gracias a la esperanza de que cualquiera, si se esfuerza lo suficiente –si hace las inversiones adecuadas en su *capital humano*–, llegará a ese reino empíreo del éxito empresarial. Y lo único que hace falta, lo que los Estados Unidos les han ofrecido es simple y llana libertad para hacer negocios. No hay lugar en este mito para los sindicatos ni para sus huelgas. Para que la huelga de Atlas tuviera sentido, hizo falta desterrar de su pasado de la memoria norteamericana.

A medida que las mutaciones del capitalismo sustituyen la producción fabril por la prestación de servicios, un posible renacimiento del poder obrero parece cada vez más el sueño de un marxismo trasnochado. En agosto de 1981, en pleno ascenso del neoliberalismo, Ronald Reagan hizo eco de la larga tradición antisindical norteamericana asestando un golpe de autoridad al disolver mediante despidos masivos la huelga de los controladores aéreos, y dando paso a la política laboral que desde entonces se ha impuesto a lo largo y ancho del mundo: “flexibilidad” o la calle. neoliberalismo o nada. A la era del ejército industrial de reserva le ha seguido la era de la *lumpen-burguesía: emprededurismo* como precariedad glamurosa. En el tiempo en que *cada quien es empresario de sí mismo* no hay lugar para la solidaridad sindical.

V. AYN RAND Y EL NEOLIBERALISMO

i. ¿Qué es el Neoliberalismo?

A pesar de ser una de las palabras más empleadas en el discurso político y las diatribas diarias sobre prácticamente cualquier tema de actualidad, o mejor dicho, precisamente debido a este uso desaforado, las fronteras que deberían enmarcar el significado de la palabra “neoliberalismo” se difuminan hasta vaciarla de contenido. No menos engañoso es el reduccionismo que lo define como una repetición de la ideología del *laissez faire* del siglo XIX, pecando de ingenuidad frente a un programa intelectual complejo que, aunado a sus derivas políticas prácticas y su coyuntura cultural, es mucho más que un dogma caduco. Es, de hecho, en la crítica del liberalismo clásico donde encontró su impulso seminal que se manifestó en 1938 con una reunión de intelectuales en París en lo que hoy conocemos como el Coloquio Lippmann¹²⁰.

Pero podría no tratarse de ingenuidad alguna sino que las alusiones al libre mercado, la mano invisible y la efigie de Adam Smith sean un velo que oculta el trasfondo autoritario de una estrategia orientada hacia un modelo de *gubernamentalidad* erigido con la ayuda de un Estado fuerte, represivo e impregnado por el *ethos* empresarial. Es en este sentido que, aludiendo a la relativa oscuridad en que se han mantenido las actas del Coloquio Lippmann a pesar de su importancia para entender las motivaciones seminales de los neoliberales, Escalante (2019:183) observa que “ese olvido forma parte de la historia del neoliberalismo”. En el mismo tenor, Plewhe (2015:3) apunta que “el neoliberalismo sigue siendo una ideología mayor pobremente entendida pero, curiosamente, deriva algo de su prodigiosa fuerza de esa oscuridad”. Oscuridad que oculta un menosprecio, o al menos una fuerte reserva, a la democracia popular, una justificación para un Estado policiaco y un oxímoron incómodo: mercados libres con Estados fuertes¹²¹.

¹²⁰ En un trabajo reciente, Slobodian (2018) fija la génesis de este esfuerzo intelectual no en París en 1938 sino en la Viena de los años 20s, específicamente en el edificio de la Cámara de Comercio donde tenía lugar el “private seminar” de Ludwig von Mises al que acudieron economistas como Friedrich Hayek o Fritz Machlup.

¹²¹ Fue, de hecho, uno de los más notables patriarcas del proyecto neoliberal quien levanto de forma temprana la acusación. En un texto titulado “el New Deal permanente”, W. Lippmann acusó que “quienes más insisten en el ideal del *laissez faire* son los mismos que, con la ayuda de los derechos de aduana y de componendas, ha organizado la vida industrial del país en sistemas de empresas sometidos a un control altamente centralizado” (citado en Dardot y Laval, 2013K:6122).

Dicho esto, cabe hacer abrir un primer paréntesis ya que cualquier conocedor de su obra notaría inmediatamente que Ayn Rand se concebía a sí misma como una partidaria del *laissez faire*: “el objetivismo es un movimiento filosófico y, dado que la política es una rama de la filosofía, el objetivismo defiende ciertos principios políticos –específicamente, los del capitalismo del *laissez faire*”, se lee en la nota introductoria a la primera edición del *Objetivist Newsletter* de enero de 1962. Asimismo, el título de su obra ensayística de mayor contenido económico, *Capitalismo, el Ideal Olvidado* [1966], es una evocación al *laissez faire* y su abandono en un tiempo en el que la intervención del Estado se materializaba en la forma de una coalición industrial-político-militar de la Guerra Fría. Encontramos en las páginas del mentado opúsculo la siguiente definición: “el control gubernamental de la economía, no importa en nombre de quién, ha sido la fuente de todos los males en nuestra historia industrial, y la solución es el capitalismo del *laissez faire*, es decir, la abolición de cualquiera y de todas las formas de intervención gubernamental en la producción y el comercio, la separación del Estado y la Economía, en la misma forma y por las mismas razones por las que tenemos la separación de la Iglesia y el Estado” (Rand, 2009:140).

Ateniéndonos a esta definición, parece inevitable concluir que Ayn Rand no es un sustento ideológico del neoliberalismo. Pero más allá de la contundencia de estas acotaciones, comencemos por reconocer que, como lo observa Escalante (2015:19), “ningún sistema de ideas puede traducirse directamente en un orden institucional, ningún pensador de algún alcance reconocería sus ideas en un arreglo jurídico, político, de un país concreto”. Negar la relación de Rand con el neoliberalismo aludiendo a la distancia entre sus ideas y la realidad institucional vigente¹²² sería parecido a negar la relación entre el pensamiento de Marx con el comunismo porque no hay mención alguna al gosplan en las páginas del *Manifiesto Comunista*. A la inversa, no se puede reducir el orden neoliberal a un conjunto de ideas esbozadas por Ayn Rand –o por Milton Friedman o Friedrich Hayek o cualquier otro pensador–, tanto como no se puede entender el comunismo ruso limitándose a la lectura de

¹²² Refiriéndose al proyecto neoliberal de restablecimiento de las condiciones de acumulación capitalista aun a costa de sacrificar su integridad teórica, Harvey (2005:19) observa que existe “una tensión creativa entre el poder las ideas neoliberales y las practicas efectivas de la neoliberalización que ha transformado la forma en la que el capitalismo global ha funcionado durante las últimas tres décadas”.

El Capital. Hace falta cavar más profundo para desentramar los hilos que unen a un pensador con un movimiento político.

Analizada desde un ángulo crítico, pues, la distancia ideológica entre la defensa randiana del *laissez faire* y la praxis de construcción de un Estado fuerte, lejos de marcar una separación irreconciliable, puede interpretarse de forma instrumental como parte de una estrategia de manipulación intelectual a la que Mirowski y Plehwe (2015) han llamado una “ocultación del Estado”. No se trata de imputar a Rand tal intención ocultadora, sino de reconocer que muchas veces el verdadero impacto de una obra no radica en lo que ésta pretende explícitamente, sino en los usos estratégicos a los que es sometida. En este sentido, Dardot y Laval (2013K:4231) observan que “la atención exclusiva que se presta a la ideología del *laissez faire* desvió la atención del examen de las prácticas y dispositivos estimulados o directamente instaurados por los gobiernos”. Aunque es verdad que esta atención desaforada suele provenir de una crítica laxa de una izquierda confundida, esto no cambia el hecho de que el resultado final haya sido la aparición de una falsa oposición al neoliberalismo. En efecto, las políticas neoliberales no son exclusivas de la derecha y sólo su correlación ilusoria con una idea del *laissez faire* puede sostener la ficción de que hay actualmente en el mundo una opción “de izquierda” que se aleje significativamente del modelo neoliberal y, al contrario, la misma ilusión del *laissez faire* ha servido para que los partidos de derecha se radicalicen. En palabras de Escalante (2015:105):

En la medida en que no desaparece, y no va a desaparecer el Estado, ni los impuestos, ni los sindicatos ni la regulación de la economía, ni los servicios públicos, siempre será posible situarse en la oposición y denunciar a los vividores (...) en la línea de Hayek, de Mises [y de Ayn Rand, agrego yo], hay una inclinación muy característica de proponer soluciones imposibles (...) con la consecuencia de que siempre falta algo por hacer, siempre es insuficiente la liberalización.

Por un lado, la ocultación del Estado; por el otro, la promesa de lo imposible. La utopía y el mito juegan un papel fundamental en la lucha ideológica, y la obra de Ayn Rand es un arma poderosamente disuasiva para los partidarios de un capitalismo sin límites. Al final, ese ir siempre hacia adelante (Sloterdijk), el deseo de una expansión sin límites (Arendt), es el motivo que define en última instancia al capitalismo.

Acusaba Ayn Rand que “los teóricos del estatismo pusieron sobre nosotros un desastroso acuerdo intelectual cerrado de la ecuación entre *poder económico* y *poder político*” (Rand, 2009:59). A su parecer, una de las mayores confusiones intelectuales que permean al pensamiento contemporáneo radica en la identidad analítica del mercado y el Estado, y haría falta separar nítidamente ambos espacios a fin de entender sus dinámicas y, siguiendo la argumentación objetivista, la benevolencia del primero y la maldad inherente del segundo. De forma similar, los teóricos del libre mercado agrupados en gran número en la Universidad de Chicago han desarrollado un programa extenso en el que Estado y mercado son escindidos como dos realidades con carácter diferente –coercitivo aquél y libre éste–, con el objetivo de justificar una reconfiguración del Estado bajo el principio de la competencia y más aún, configurar una cobertura legal e institucional que trascienda las fronteras nacionales para ubicar la competencia fuera del alcance de la soberanía nacional.

En contraposición con la postura randiana y neoliberal, Dardot y Laval (2013K:252) sugieren que precisamente “esta oposición entre el mercado y el Estado es uno de los principales obstáculos para caracterizar con exactitud el neoliberalismo”. En este sentido, una interpretación del neoliberalismo que pone el énfasis en la realidad unívoca de mercado y Estado, tal como la que se desarrollará a continuación, no tiene cabida en el ideario randiano más enfocado a la apología de “ideales olvidados” que a la explicación fundamentada de realidades concretas y complejas. Hay un vacío discursivo entre los defensores del libre mercado y sus críticos que explica mucho de la persistencia de un debate que no ha sido posible superar con base en la argumentación científica, pues la idea misma de ciencia se ha ideologizado hasta el extremo del descrédito y la sordera monolética. En Ayn Rand tal sordera es llevada al extremo de la intolerancia y sería un esfuerzo improductivo querer convencer a sus adeptos de una definición de neoliberalismo en el que Estado y mercado son dos caras inseparables de un Jano histórico al que con diferentes matices se le conoce como capitalismo. Coerción y libertad se funden en esta óptica crítica de un gobierno que para ser eficiente requiere que cada uno se vuelva el “panóptico de sí mismo” (Han, 2014).

- o -

El neoliberalismo no es, pues, una reivindicación ideológica del *laissez-faire*. Es un programa intelectual que surge de una necesidad histórica de reformular los principios del libre

mercado sacudidos por la Gran Depresión. No se reduce a un cúmulo de ideas económicas ni es identificable con una personalidad única: del Coloquio Lippmann a la Sociedad Mont Pelerin¹²³, pasando por las universidades de Friburgo y Chicago, desde la Cámara de Comercio de Viena hasta la Organización Mundial del Comercio en Ginebra (Slobodian, 2018); apelando a la continua actualización pero conservando su esencia austriaca y su intención globalizadora, el programa intelectual del neoliberalismo abarca a la sociedad, al Estado, a la economía, la ley, la moral, los organismos internacionales y al individuo mismo. Es el resultado de debates que se alargan por décadas, no siempre resueltos por unanimidad pero gravitando siempre alrededor de un eje central: el mercado es una *realidad construida*¹²⁴ cuya principal función no es la difusión de productos sino de *información expresada en precios*, que para ser fiables deben ser el resultado de la más perfecta *competencia* posible. Por sobre dicha realidad, el Estado aparece como un vigilante que debe garantizar su funcionamiento, dentro de sus fronteras nacionales, y atender a los mandatos de los organismos transnacionales para mantener la competencia hacia el exterior.

A partir de estas ideas, manipuladas con recursos a la jurisprudencia y la moral, se derivan numerosos corolarios: superioridad técnica y moral del mercado frente a la intervención política (desregulación); preeminencia de las soluciones privadas sobre las lógicas públicas (privatización); reducción del presupuesto para los programas sociales y aumento en la seguridad (austeridad); posibilidad de interpretar todos los dominios de la actividad humana bajo la óptica del mercado (economización); justificación del monopolio privado, pero no del público; aceptación y necesidad de la desigualdad como motor que incentiva a la competencia; la primacía de la libertad económica sobre la política o, en palabras de Harvey (2005:7), “la suposición de que las libertades individuales están garantizadas por la libertad del mercado y del comercio”; necesidad de construir marcos legales intra y supranacionales que garanticen la competencia por sobre cualquier necesidad

¹²³ La SMP sirve a Mirowski y Plehwe (2015:429) en su estudio del neoliberalismo como un colectivo intelectual, como “la Piedra de Rosetta, un útil artefacto de detección para identificar a los actores relevantes y sus vínculos con otras organizaciones e instituciones”.

¹²⁴ Mirowski (2015:435) observa que a pesar del reconocimiento de su carácter “construido” para propósitos de divulgación los neoliberales acordaron que “*la sociedad de mercado debe ser tratada como un estado ‘natural’ e inexorable de la humanidad*. Lo que esto significa en la práctica es que metáforas de las ciencias naturales deben ser integradas en la narrativa neoliberal”.

social; autonomía de los bancos centrales como mecanismo para inocular al dinero de las demandas de la democracia; etc.

Mercado –libertad–, precios –información– y competencia –legitimidad–. Tres conceptos antiguos y en apariencia inocuos, reinterpretados para configurar una nueva forma de entender y organizar las relaciones sociales. Es evidente el papel que la ciencia económica juega en la configuración de este programa intelectual, más no es la única ciencia involucrada en el proceso y, por momentos, cede su preminencia a la jurisprudencia y la política. No obstante, se suele reconocer a la Economía Neoclásica como el principal afluyente de sus ideas y condensador de sus conclusiones, entendida esta en gran medida como un cúmulo de proposiciones teóricas surgidas a partir de un paradigma en el que el “interés personal” y la “racionalidad” fungen como axiomas a partir de los cuales se analizan las consecuencias de actos individuales y sus interacciones.

Algunos de los ejemplos más destacados de este proceder metodológico son: la *teoría de la elección pública* de James Buchanan que asume a los burócratas como egoístas que inflan presupuestos y promesas, despojando así a la función de toda justificación o lógica del servicio público; la *teoría del capital humano* de Gary Becker que reduce la educación a un mero acto de inversión –del hombre empresa– cuyo rendimiento se mide en salarios, substrayendo así a la educación de toda función y carácter social; la hipótesis de la *tasa natural de desempleo* que naturaliza el paro como un fenómeno inevitable, justifica políticas de “flexibilidad” laboral y desacredita la idea del “pleno empleo”; la *hipótesis de los mercados eficientes* que vuelve inútil y contraproducente cualquier intento de regulación de las finanzas; etc. Tal es, a grandes rasgos, el aporte neoclásico al bagaje teórico del neoliberalismo y que tuvo su origen, principalmente en las aulas de las universidades norteamericanas de Chicago y Virginia.

Pero no menos importante fue el del ordoliberalismo alemán de la postguerra. En su famoso curso del College de France [1978-1979], Foucault (2007:197) resumió el problema enfrentado por los ordoliberales en su misión de reformulación teórica del liberalismo en los siguientes términos: “demostrar que la lógica propiamente económica del capitalismo (...) era posible y no contradictoria”. No era, en otras palabras, el mercado el que había fallado

sino los marcos supra-económicos que lo engloban, específicamente, el conjunto de relaciones jurídicas que permiten su correcto funcionamiento.

No se puede entender a cabalidad el proyecto ordoliberal sin prestar atención a las condiciones particulares de la Alemania de la postguerra, las cuales significaron una inversión del problema del liberalismo clásico que pretendía definir espacios de libertad limitando al Estado existente. Para el Ordoliberalismo, en cambio, se trataba de crear un Estado a partir de la libertad del mercado considerada como principio absoluto. En este sentido, el monopolio apareció como un problema central del ordoliberalismo que argumenta a favor de un “Estado de derecho” que regule y contrapesese los efectos de la competencia – que “ordene” la competencia–, para lo cual hace falta que sea un Estado fuerte y resistente al soborno¹²⁵, pero que al mismo tiempo aplique los criterios de la ley sobre sí mismo a fin de “filtrar cualquier acción del poder público en términos de contradicción, de falta de consistencia, de sin sentido” (Íbid.:285). Se trata, en otras palabras, del más estricto “imperio de la ley”, pero no de cualquier ley, sino de una concepción muy particular basada en la primacía de la propiedad privada y el mercado que, siguiendo la definición seminal de Walter Lippmann¹²⁶, implica que “en una sociedad libre el Estado no administra los asuntos entre los hombres. Administra la justicia entre hombres que conducen sus propios asuntos” (citado en Plehwe, 2015:13).

Resumiendo los objetivos y los límites de esta “política de ordenamiento”, Dardot y Laval (2013K:2230) concluyen que para el ordoliberalismo “la realización de un sistema de competencia perfecta es el criterio de toda medida de política económica”. En última instancia, el ordenamiento debe ampliarse a la esfera social, apelando a la responsabilidad individual de los ciudadanos y la familia que a partir de ahora debe tener a la empresa como

¹²⁵ Respecto a las “variedades” del neoliberalismo derivadas de las distintas coyunturas enfrentadas por diferentes países, Plehwe (2015:29) observa que “mientras el neoliberalismo alemán de la postguerra enfatizó un Estado fuerte, los neoliberales de los Estados Unidos trabajaron duro para definir estrechamente las áreas en las que un Estado neoliberal fuerte pudiera ejercer su poder pro-capitalista y hacer retroceder el avance de los liberales sociales del New Deal y los sindicatos”.

¹²⁶ En alusión al papel seminal de Walter Lippmann para la definición del Estado neoliberal, Escalante (2015:30) observa que según este modelo “el Estado puede dar principios, pero no dar órdenes. El problema es que la mayoría de las leyes y reglamentos están en una zona gris”. Ya veremos más adelante la forma en que autores como Hayek, pero también Ayn Rand, resolvieron esta encrucijada separando en gris en una tajante y no del todo coherente división de blanco y negro.

modelo productivo que permita superar la crisis moral y cultural a la que autores como A. M. Armack –padre intelectual de la “economía social de mercado” a la que el neoliberal Carlos Salinas de Gortari se decía adepto– achacaron el colapso del liberalismo. Para el pensamiento ordoliberal lo político toma un carácter a la vez jurídico y moral, donde el mercado se convierte en un espacio de *veridicción* gubernamental. En palabras de Foucault (2007:106), “la economía produce legitimidad para el Estado que es su garante” –en palabras de Angela Merkel, “la democracia tiene que ser conforme al mercado”.

Pero el problema del “ordenamiento” legal no se reduce a una cuestión intra-fronteras sino que, igual o más importante aún, para los ordoliberales el imperio de la ley debía tomar un carácter global. Es en este sentido que el trabajo reciente de Slobodian (2018) cobra relevancia al construir una narrativa de la historia intelectual del neoliberalismo en el que sus intereses globalizantes, comúnmente e incompresiblemente ignorados hasta ahora, toman un papel relevante desde los albores de la Liga de las Naciones y la Cámara Internacional de Comercio hasta la Organización Mundial de Comercio, en los que notablemente participaron ordoliberales y economistas austriacos. En palabras de Slobodian (2018:24) la suya es “una versión del neoliberalismo donde el valor central no es la libertad del individuo sino la interdependencia del todo”.

Con este apunte damos paso a un tercer afluente teórico del neoliberalismo, la Escuela Austriaca¹²⁷, cuyos aportes son fundamentales la concepción del mercado que caracteriza al pensamiento neoliberal, y cobran cabal sentido en su *teoría del emprendedor*. Con los austriacos, y con mayor énfasis en Ludwig von Mises, la economía invade los terrenos de la antropología al postular el carácter esencialmente activo del ser humano y su realización plena en la competencia del mercado que, para ser efectiva, requiere que el Estado saque las manos del juego económico remarcando siempre su elemento competitivo; lo que no niega que el mismo Estado deba ser garante del marco legal dentro del que la competencia queda liberada y protegida para hacer su magia a través del sistema de precios. No obstante, a diferencia de los ordoliberales, los austriacos defendieron la concentración económica y el monopolio como procesos propios de una situación en la que los talentos se distribuyen de

¹²⁷ No menos notable es, en el mismo sentido, la poca atención que se le ha puesto al carácter globalista de la teoría neoliberal, omisión que Slobodian (2018) ha tratado de compensar con su estudio de lo que el autor ha llamado la “Escuela de Ginebra” cuya concreción última fue la Organización Mundial de Comercio.

forma desigual, postura que, como vimos en el capítulo anterior, predomina en el consenso neoliberal vigente en gran medida gracias a los esfuerzos de Friedman.

Con la Escuela Austriaca la economía deja de ser el mero estudio de las acciones dentro del mercado –las cuales son englobadas en la subcategoría de *catalaxia*– ampliándose hasta abarcar el estudio de la “acción humana” en todas sus dimensiones, apoyado en el modelo de la decisión mercantil según las pretensiones de la *praxeología*. El “interés personal” tiene un papel central en este paradigma basado en la deducción a partir de axiomas sobre la elección humana entre los cuales el llamado “axioma de la acción” –equivalente a un *a priori* en el sistema kantiano– da coherencia a sus postulados. Con los austriacos el mercado pasa a ser un escenario de potenciación de la capacidad humana, la competencia es definida ya no como en la economía neoclásica por una serie de condiciones formales sino por el actuar de seres humanos cuyo modelo ideal es el “emprendedor”. Al mismo tiempo, los precios son pensados como un cúmulo de información que orienta el comportamiento empresarial racional y no sólo como impulsos que mueven a la reacción del mercado. En el pensamiento austriaco el *entrepreneur* desplaza al *homo-economicus*.

Debido a la ya señalada cercanía de Ayn Rand con Mises y la importancia del hombre-empresa para la concepción neoliberal de las instituciones sociales, más adelante ahondaré en este tema. Por ahora basten estas observaciones para poner de manifiesto la trascendencia del pensamiento austriaco en la configuración del programa intelectual del neoliberalismo y más aún las consecuencias psicosociales que tal concepción del ser humano ha fomentado en la economía contemporánea, regida y justificada por la idea de que cada quien es una empresa-de-sí-mismo. Si tal influencia no ha sido reconocida en su justa medida se debe, en gran medida, al carácter polémico de sus representantes y la contundencia con la que expusieron ideas chocantes sobre la democracia.

Resumiendo: como *proyecto intelectual* el neoliberalismo abarca múltiples corrientes y escuelas entre las que destacan la Economía Neoclásica mayormente relacionada con las universidades de Chicago y Virginia, el Ordoliberalismo alemán que fue fundamental en la reconstrucción alemana y la configuración de la Unión Europea y la Escuela Austriaca que de forma temprana adelanta una crítica a la intervención económica y propone un modelo cuasi-antropológico para analizar y, más aún, reconfigurar a la sociedad occidental. Estos

tres afluentes convergieron a lo largo del siglo XX en diferentes espacios y tiempos, desde el Coloquio Lippmann hasta la Sociedad Mont Pelerin; desde el Instituto Rappard en Ginebra en los años 30s hasta la Organización Mundial de Comercio en nuestros días.

- o -

El neoliberalismo es, en segundo lugar, *un proyecto político* que, sin ser idéntico ni reductible a su fundamento intelectual, está inspirado en él. En un principio tuvo como principal objetivo y motivación “frenar las tendencias colectivistas” (Mirowski y Plehwe, 2015; Dardot y Laval, 2013K; Escalante, 2015) del Estado Benefactor. Más cercano al discurso marxista, Harvey (2005) opina que se trató de un proyecto político¹²⁸ que pretendía, con ayuda de un Estado que restableciera las condiciones de rentabilidad y acumulación del capital, “restaurar el poder de clase” que las élites económicas habían perdido debido a las políticas redistributivas del Estado benefactor. Los estudios de Piketty (2014) confirman la dinámica de la distribución que se vivió durante el siglo XX –un marcado descenso de la desigualdad en el periodo de la posguerra y el continuo aumento de la concentración de la riqueza a partir de la desarticulación del Estado de bienestar– que se adapta a esta interpretación de una lucha por la apropiación del excedente. Ambos enfoques, el defensivo y el ofensivo, se complementan: luchar contra el ascenso del “pensamiento socialista” implicó, en última instancia, favorecer el crecimiento de las grandes riquezas.

A pesar de que existe un núcleo de prácticas concretas que suelen relacionarse con el neoliberalismo –privatización, libre comercio, liberalización financiera, gestión empresarial pública, austeridad, política fiscal regresiva, control de la inflación, etc. –, el programa político neoliberal tiene diferentes matices determinados por las coyunturas en que ha surgido desde finales de la década de 1970. Relacionado en sus orígenes con Margaret Thatcher y Ronald Reagan, ha tomado diferentes formas que abarcan desde el neo-conservadurismo norteamericano hasta la llamada “tercera vía” del laborismo inglés, pasando por el proyecto del mercado común europeo de tendencia ordoliberal (Dardot y Laval, 2013K). No se trata, hay que repetirlo, de un proyecto de reducción del Estado hasta un mínimo siguiendo el

¹²⁸ “El neoliberalismo es en primer lugar una teoría de prácticas político económicas que propone que el bienestar humano se puede lograr de mejor manera liberando las habilidades empresariales dentro de un marco institucional caracterizado por derechos de propiedad fuertes, libres mercados y libre comercio.” (Harvey, 2005:2)

imperativo del “dejar hacer”. Muy al contrario, el eje común a todas las manifestaciones del programa político neoliberal es un Estado fuerte, creador y guardián de mercados. En palabras de Escalante (2015:43), “en su contenido propiamente político el neoliberalismo es una teoría sobre la manera de transformar al Estado para que garantice el funcionamiento del mercado – y más allá, para expandir la lógica del mercado, y crear nuevos mercados”. Así visto, el ejercicio del poder político neoliberal se ajusta a la economía del mercado, cuyo correcto funcionamiento define qué acciones del gobierno son “conformes” y cuáles no, cuáles son necesarias para la creación de mercado y, a nivel social, cuáles definen las condiciones de posibilidad de la competencia tanto al interior como al exterior de los países.

Atendiendo a la formulación de Hayek, lo que importa es el carácter de la actividad del gobierno, no su volumen. En este sentido, el Estado mismo debe adoptar el modelo operativo del mercado, es decir, dirigirse administrativamente como una empresa (*management*), respetando los límites que le imponen el principio de la competencia. La aplicación de tal modelo deriva, inevitablemente, en la expansión de una tecnología evaluativa basada en la cuantificación de los resultados. Se alude, asimismo, a la “superioridad técnica y moral del mercado” que, lejos de reducir el volumen de las actividades del Estado, justifican su “transmisión” hacia un proveedor privado bajo el esquema del *outsourcing*. En última instancia, asistimos a la implantación de un modelo de gobierno que emigra desde su fundamentación en la soberanía a su legitimación por la “gobernanza”, término recientemente popularizado en cuya construcción el “Estado mínimo” de los clásicos es desplazado por un “mejor Estado” –mejor, se entiende, para la competencia–. Todo esto significa su adecuación a las normas del mercado mundial cuyo principal salvaguarda es la Organización Mundial de Comercio; pero no menos importante es para este modelo de gobierno el ser “sujeto confiable de crédito” por parte de la comunidad financiera internacional, que es en donde realmente recae el poder gracias a su capacidad de “orientar” las políticas locales bajo la amenaza de la fuga de capitales y la reducción de las calificaciones crediticias. La globalización, en una palabra, es la culminación de esta forma de gobernar en la que la soberanía nacional se ajusta a las necesidades del mercado global, ya sea mediante una retórica del progreso o, cuando el nacionalismo pretende revindicar la autonomía, mediante la coerción abierta, ya sea por medios militares o financieros. El fin es claro: un mundo sin barreras para que fluya el capital.

Pero más allá de esta configuración del gobierno en tanto modelo de organización de las entidades nacionales, una de las “virtudes” del proyecto político neoliberal es que, lejos de ceñirse a su aspecto institucional, concibe al gobierno desde una óptica más amplia, una actividad que trasciende los límites de sus instituciones permeando a la sociedad civil¹²⁹ y al individuo mismo. Se trata, empleando la caracterización seminal de Foucault (2007:84), de una “nueva razón gubernamental [que] tiene necesidad de libertad, el nuevo arte gubernamental consume libertad (...) está obligado a producirla y está obligado a organizarla”. Así entendido, la competencia debe ser el principio regulador no sólo del Estado, sino de la sociedad misma en su actuar cotidiano.

Pero no sólo la sociedad civil y el gobierno, sino las empresas mismas han presenciado una mutación desde un modelo orientado a la producción hacia una norma en el que la lógica financiera impone una “disciplina del valor accionarial”. El ascenso de la figura del CEO a las élites económicas es síntoma de este movimiento hacia un modelo empresarial obsesionado con la plusvalía bursátil y que actúa en detrimento tanto de los salarios –la compresión salarial crece– como de la solidaridad laboral –la competencia como norma de trabajo dentro de la empresa erosiona la cohesión de los empleados–. Se hace manifiesta la “gran financiarización” de la economía (Polanyi, 2018) que reclama un sustento para su auto-reproducción especulativa. Management, benchmarking, outsourcing, coaching... todo un dispositivo semántico es puesto en acción para transformar a la empresa desde sus entrañas, poniéndola al servicio de la Bolsa. No es ya la producción sino el valor bursátil lo que rige el mundo de los negocios, lo que se refleja en la ralentización del crecimiento económico que ha caracterizado las décadas de hegemonía neoliberal.

De forma paralela, la “creación de situaciones de mercado” obliga a las personas a comportarse siguiendo la lógica de la competencia. Mejor dicho, en el nuevo modelo empresarial el trabajador debe “asimilar” la norma de la competencia, para lo cual es

¹²⁹ “Los neoliberales –observan Mirowski y Plehwe (2015:i)– comparten con Hegel y Gramsci una preocupación por el estado ampliado, o sociedad civil, al menos en lo referente a mantener el orden. Lo que puede parecer un ‘compromiso’ con el socialismo a la atávica ala derecha es en realidad una intuición fundamental que los neoliberales comparten con los liberales sociales: no hay tal cosa como un libre mercado estable o un capitalismo prístino”.

necesario que cada quien se valga por sí mismo, o desde una perspectiva política, que el gobierno abandone su papel como prestador de servicios públicos y que “entregue” al mercado sus funciones: privatización de la salud, del riesgo, de la educación, etc. El ciudadano despojado de los servicios públicos tiene dos opciones: convertirse en emprendedor o en mendigo. El trabajador entregado a la disciplina de la “flexibilidad laboral” se vuelve responsable de su “empleabilidad” –si está desempleado es porque no ha invertido lo suficiente en su “capital humano”–. El *gobierno-de-sí-mismo* es la dimensión central del arte de gobernar neoliberal, un gobierno, por así decir, que se dirige directamente al individuo anulando su condición social¹³⁰. Libertad y responsabilidad son de este modo convertidas en una forma de coacción que en principio no tiene límites.

Actualizando las observaciones de Michel Foucault respecto a la *biopolítica*, Byung-Chul Han analizó al neoliberalismo como un sistema de *gubernamentalidad* basado en el dominio de la psique y no de los cuerpos como supone el concepto desarrollado originalmente por el filósofo francés. Aludiendo a la centralidad de la noción de la “persona como proyecto”, observa Han (2014:80-4) que “vivimos una fase histórica especial en la que la libertad misma da lugar a coacciones (...) el sujeto de rendimiento, que se pretende libre, es en realidad un esclavo. Es un *esclavo absoluto*, en la medida en que sin amo alguno se explota a sí mismo de forma voluntaria”. De esta forma Han da continuidad a la tarea que Foucault ya preveía en sus trabajos tardíos sobre la creciente importancia del gobierno-de-sí-mismo en la sociedad contemporánea. El ejercicio del poder ha emigrado de un modelo coercitivo –centrado fundamentalmente en el control de los cuerpos– hacia una práctica sutil de control basada en el autogobierno y fomentada por las innovaciones tecnológicas de la era del internet¹³¹. La *biopolítica* da paso a la *psicopolítica*.

¹³⁰ Fue precisamente esta condición, la posibilidad de gobernar sin coerción directa, la que atrajo a Foucault y lo llevó a crear una visión idealizada del neoliberalismo como superación de los regímenes totalitarios. Lo temprano de sus observaciones no le permitió ver la realidad coercitiva de este gobierno mediante la libertad.

¹³¹ Específicamente, Han centra su atención en el *Big Data* como herramienta de control político: un *panóptico digital* que, superando las expectativas del mismo Bentham, penetra el alma sin necesidad de coerción. Cabe aquí hacer mención al trabajo de Frank Schirmacher, *Ego* (2014), donde el autor analiza las formas en las que la teoría de juegos y sus aplicaciones a la racionalidad computacional han impactado en nuestra forma de entender el mundo. En ambos casos se trata de fenómenos coyunturales cuya importancia no debe dejarse de lado al interpretar las transformaciones sociales de las últimas décadas.

Para el filósofo Coreano, la seriedad de esta “evolución” radica en que esta nueva forma de control en la que la vida misma es dominada silenciosamente por los imperativos del capital, precisamente al ser suave e individualizada, y más aún, ilimitada, trastoca los fundamentos de la acción social que permitirían su superación gracias a la acción colectiva. “El neoliberalismo, como una forma de mutación del capitalismo, convierte al trabajador en empresario. El neoliberalismo, y no la revolución comunista, elimina la clase trabajadora sometida a la explotación ajena. Hoy cada uno se explota a sí mismo en su propia empresa” (Han, 2014:128). En efecto, vivimos en la época del neoliberalismo una “desproletarización” de la economía que lejos de abrir las puertas del paraíso burgués a las masas crea una creciente clase de “emprendedores precarizados”, una *lumpen-burguesía* que habita los indómitos reinos de la informalidad y precariedad, despojados de la posibilidad de la acción colectiva contra la explotación. El cinismo de este proceso se expresa, citando la voz crítica de Boaventura de Sousa, en que pretende dar “glamour” de la precariedad (Páramo, 2019e).

Aludiendo a esta definición amplia de la gubernamentalidad que abarca el espacio de la sociedad civil, Dardot y Laval (2013K:220) sostienen que “el neoliberalismo se puede definir como el conjunto de los discursos, de las prácticas, de los dispositivos que determinan un nuevo modelo de gobierno de los hombres según el principio universal de la competencia”. No se trata, sin embargo, de un proyecto perfectamente delineado de antemano. La implantación de un sistema regulado por la norma de la competencia es el resultado tanto de las coyunturas históricas como de las lógicas mismas del enfrentamiento neoliberal contra el Estado providencia. Es el resultado del choque entre fuerzas sociales rodeadas por condiciones históricas particulares, de allí que para algunos sea más adecuado hablar de neoliberalismos en vez de un único neoliberalismo idéntico en todas las espacialidades. En todo caso, fue mediante la multiplicación y generalización paulatina de las técnicas de poder que se demostraban más efectiva al paso del tiempo como se definió una dirección global de avance hacia un fin estratégico –la implantación del principio de competencia como norma de conducta social–, gracias a una relación de apoyo recíproco entre las políticas neoliberales y las coyunturas del capitalismo.

De este modo, podemos agregar a la determinación política-práctica del neoliberalismo que ésta ha sido un *producto de las condiciones históricas* que marcaron el último tercio del siglo XX. Tanto la estanflación de los años 70s como el estancamiento del modelo de producción fordista –y de manera menos directa pero no menos fundamental, la caída de la URSS– son momentos que determinaron las *condiciones de factibilidad* del movimiento global hacia la instauración de una racionalidad neoliberal sobre la que se levanta, o mejor dicho, que es contenida y protegida por un conjunto de organismos internacionales que salvaguardan la primacía del comercio internacional. Primero el GATT y los acuerdos de libre comercio; más tarde las políticas de desregulación financiera, los programas de ajuste estructural auspiciados por el FMI y la competencia fiscal internacional como respuestas a las crisis recurrentes y, en un efecto de *feedback*, justificaciones para posteriores políticas “correctivas” y una profundización del programa neoliberal que culminan, al menos por ahora, en la consolidación de la Organización Mundial de Comercio y el ascenso de las conferencias económicas del G7, G20 o Getcetera sobre los que se ha consolidado el dominio de las corporaciones financieras internacionales.

El auge del capitalismo financiero es quizá el ejemplo más notorio de este proceso en el que el aumento del precio del petróleo propulsó una euforia de préstamos entre países subdesarrollados, los cuales fueron canalizados mediante bancos privados a tasas de interés bajas. Cuando la inflación en territorio norteamericano, producto en parte del aumento del precio del petróleo, llevó a la FED a practicar un “shock” monetario de proporciones inauditas, se invirtió la balanza del crédito a favor de los acreedores internacionales al aumentar la necesidad de financiamiento de la deuda pública, convirtiéndose así en el nuevo “agente disciplinario” de la economía mundial, imponiendo condiciones de préstamo y criterios de evaluación de las políticas públicas que refuerzan las praxis neoliberales y su propio poder disciplinario. En palabras de Dardot y Laval (2013K:4486), “la construcción de los mercados financieros internacionales, ha engendrado una ‘criatura’ dotada de un poder al mismo tiempo difuso, global e incontrolable”.

- o -

El neoliberalismo forma parte, en tercer lugar, de *un proceso de transformación cultural* acaecido durante el último tercio del siglo XX al que Eric Hobsbawm (2014:366) se refirió

como “el triunfo del individuo sobre la sociedad”. Se trató de una reconfiguración de las relaciones humanas que alcanzó el núcleo de la sociedad: la familia. La participación de la mujer en la vida económica –es decir, remunerada–, el aumento de la matrícula universitaria –sobre todo de mujeres–, el crecimiento de la clase media y su reconfiguración hacia una estructura social “más joven”, son todos momentos que contribuyeron al debilitamiento de la estructura familiar tradicional fuertemente influida por una moral religiosa y que abruptamente se vio enfrentada con un clima de rebeldía y liberalización sexual. A la par de estas mutaciones, se vivió un creciente desasosiego frente a una situación política intolerable cuya manifestación más perversa fue la Guerra de Vietnam. Fue en este contexto en el que, como lo observa Harvey (2005:5), “las figuras fundacionales del pensamiento neoliberal tomaron los ideales políticos de la dignidad humana y la libertad como fundamentales, como ‘los valores centrales de la civilización’. Al actuar así eligieron sabiamente, pues estos son en efecto ideales irresistibles y seductores”.

Junto con el movimiento de la reivindicación de los derechos de la población negra en Estados Unidos, el empoderamiento de las mujeres y el descontento juvenil se materializaron en una serie de protestas cuyo cenit se vivió durante el año de 1968. París, Helsinki, San Francisco, Praga, Tlatelolco¹³²... movimientos juveniles de inspiración e impacto variados, pero todos ellos abanderados por la crítica al Estado y una reivindicación del individuo. “El surgimiento del adolescente como agente social consciente” (Hobsbawm, 2014:326) tomó dimensiones hegemónicas culturales y globales con la ayuda de la masificación de los medios de comunicación, canal por los que la moda, la música y la cultura en general extendieron su influencia iconoclasta a lo largo y ancho del orbe. “El neoliberalismo –observa Escalante (2015:104) – hereda mucho del espíritu de las protestas juveniles, y en buena medida su vitalidad depende de eso, de que es capaz de mantener un aire contestatario”. No hereda, sin embargo, su preocupación por la justicia social, volcando en cambio su retórica hacia la libertad individual que tanto atraía a los jóvenes, pero la despoja de cualquier sentido político para encasillarla en los límites de una libertad económica propensa a la injusticia.

¹³² A la par, aunque con marcadas diferencias en sus objetivos e inspiración, aconteció en China la Revolución Cultural liderada por Mao Zedong.

Más que el culmen de la rebeldía juvenil y el deseo de libertad, el neoliberalismo forma parte de lo que Hinkelammert (2018:87) llamó un *termidor* cultural “entendido como aquel sujeto, sector, partido o sección del movimiento revolucionario que, en nombre de la revolución, traiciona los elementos básicos o fundamentales de dicho proceso”. En efecto, a pesar de todo el ímpetu que caracterizó a los movimientos contraculturales que en los años 60s y 70s parecían imponer un reto insalvable a las estructuras tradicionales del poder político levantando voces de denuncia desde el núcleo mismo del progreso, los hogares de clase media y las universidades, la realidad es que cambiaron muy poco. En parte, como lo señala Suri (2009), se debió a que el radicalismo mismo que caracterizó a estos movimientos sirvió como una justificación para la represión y un nuevo pacto de “orden y progreso” que terminó por ahogar las voces de demanda, sobreviviendo solamente su eco en un grupo de políticos e intelectuales que, ante la brutalidad del Estado, propusieron la providencia del mercado.

Es en este sentido que Escalante (2015:141) afirma que el neoliberalismo es “sobre todo un movimiento cultural (...) que se explica por la convicción de que lo público (...) es fundamentalmente un engaño, un modo de enmascarar intereses particulares”. Es un proyecto de transformación de las mentalidades que montado en la ola de las reivindicaciones culturales de los 60s une en un discurso persuasivo el descrédito del Estado, la mofa de quienes todavía pretendían su defensa y una exaltación del capitalismo individualista. De esta manera, el programa neoliberal ayuda a configurar “una nueva sociedad, signada por un prejuicio sistemático en contra de lo público (...) lo público y lo privado se oponen como coacción y libertad (...) no se desprende de análisis empíricos contrastables, sino en una creencia sólida, general, imposible de demostrar” (Ibid.:199-200).

- o -

En este punto se unen el *programa intelectual*, el *proyecto político* y la *transformación cultural* amalgamados en una campaña propagandística. Así pues, las ideas teóricas de los neoliberales no llegaron de forma directa al público sino que fueron canalizadas a través de periodistas, escritores, conductores de televisión y en general toda una ralea de “opinólogos” adeptos o conversos a los principios del libre mercado. El programa neoliberal reconoció desde temprano la necesidad de difundir sus conclusiones teóricas más allá de las fronteras de la academia, pero sin hacer explícito su contenido político. Ya en los días del Coloquio

Lippmann se reconocía la necesidad de abordar “el problema de la educación liberal de las élites y las masas” (citado en Escalante, 2019:178). En la sesión del 29 de agosto dedicada a las “causas psicológicas y sociológicas, políticas e ideológicas de la decadencia del liberalismo”, Michael Polanyi sostuvo que “los movimientos populares que terminaron con la destrucción del liberalismo y de los valores humanos vinculados con él fueron producto del desconocimiento de los principios económicos (...) se debe enseñar a la gente como funciona la vida económica (...) abrir los ojos de la gente para que vea la gran cooperación que representa la vida en el mercado” (Íbid.:144-8). La ignorancia de las masas –un tema propio de principios del siglo XX como lo dejan ver obras del talante de *La Rebelión de las Masas* [1929] de Ortega y Gasset o *El Hombre Mediocre* [1913] de José Ingenieros– permeó y se quedó inscrita en el ADN neoliberal.

La tarea de los primeros neoliberales, interrumpida por la Segunda Guerra Mundial, fue retomada con mayor ímpetu y más recursos económicos por la Sociedad Mont Pelerin. Como lo observa Escalante (2015:40), la élite reunida en la SMP “debía ser el corazón de una estructura mucho más amplia, que incluiría facultades y departamentos académicos (...) un extenso centro de estudios, centros de documentación y análisis (...) el propósito a largo plazo era influir sobre el electorado, en particular en los países centrales (...) había que dirigirse a quienes forman la opinión, a los que Hayek llamaba, con una fórmula memorable, ‘vendedores de ideas de segunda mano’”. Por su parte Mirowski (2015) caracteriza a la SMP como una “muñeca rusa” en cuyo centro se ubican los miembros propiamente incorporados a la sociedad y sus debates. En una capa superior aparecerían las universidades y departamentos académicos en donde comenzó a difundirse el pensamiento neoliberal. El siguiente nivel lo conforman las fundaciones privadas para la promoción del neoliberalismo. Siguen los *think tanks* por cuya mediación se llega a la capa más externa del conjunto: los políticos y periodistas que llevan sus ideas al gran público. “la muñeca rusa –observa Mirowski (2015:432)– nunca pretendió ser transparente; el núcleo no debía ser visible desde el perímetro de los *think tank*”.

El papel de organismos privados como la Foundation for Economic Education o la Heritage Foundation, tanto en el financiamiento de los centros de estudio así como en la publicación y difusión de obras de contenido ideológico neoliberal, fue fundamental para

completar la tarea. Asimismo, observa Plehwe (2015:6), “la comprensión de la necesidad de mantener una postura radical con respecto a un cambio fundamental en el largo plazo, más que subscribirse oportunistamente al cambio posible en el corto plazo, condujo a los neoliberales a combinar un trabajo académico de élite con una escritura popular y la sofisticación intermitente con una simplificación populista”. Obras como *Camino de Servidumbre* de Friedrich Hayek o *Libertad de Elegir* de Milton Friedman¹³³ forman parte de este esfuerzo por ampliar la esfera de influencia de sus ideas económicas mediante obras “accesibles” a un público amplio.

El resultado último de estos esfuerzos es *una idea de la naturaleza humana*, una nueva norma de conducta que llama a “vivir en un universo de competición generalizada (...) transforma también al individuo, que en adelante es llamado a concebirse y a conducirse como una empresa” (Dardot y Laval, 2013K:203). Las relaciones laborales se reconfiguran para que el trabajador asuma su aportación a la empresa como parte de la realización propia. La alienación es superada por la asimilación y la sumisión. Al mismo tiempo, la erosión progresiva de los derechos laborales aumentó la dependencia del empleado al empleador, creando un ambiente de “miedo social” que se alimenta a sí mismo: a mayor inseguridad, mayor estímulo de la competencia intra-laboral, mayor erosión de la solidaridad, mayor inseguridad, *ad infinitum*. “La racionalidad neoliberal empuja al yo a actuar sobre sí mismo para reforzarse y así sobrevivir a la competencia” (Ibid.:7496). El camino de servidumbre está plagado de ideas liberales.

- o -

Tal es a grandes rasgos el complejo entramado intelectual-político-cultural que, con atención a las circunstancias que enmarcan su genealogía, nos ayudan a entender lo que en realidad es el neoliberalismo y por qué es difícil salir de este “momento neoliberal” de la historia a pesar de una crisis global que tras tres décadas de reconfiguración socio-económica cimbró sus fundamentos. En efecto, la confianza en la competencia como principio de regulación recibió un duro golpe en 2007. El alza progresiva de los tipos de interés conducida por la Reserva

¹³³ Siguiendo el recuento del “ascenso de la Escuela de Chicago” de van Horn y Mirowski (2015), el libro de Friedman vendría a ser una versión norteamericana de *Camino de Servidumbre* encomendada originalmente al mismo Hayek quien para su escritura organizó todo un proyecto intelectual basado en la Universidad de Chicago, originalmente conducido por Aaron Director pero ultimadamente concluido por Friedman.

Federal hasta un 5.25% después de cuatro años en que se mantuvieron en un 1% para reanimar los mercados financieros a comienzos de la década, impactó sobre el mercado hipotecario aumentando la morosidad y el default. El efecto de las carteras vencidas se multiplicó por el uso de las llamadas Obligaciones Colaterales de Deuda, instrumentos financieros complejos que combinan gran cantidad de activos de riesgo variable para “difuminar” el riesgo de inversiones *subprime*¹³⁴, pero que en realidad multiplican sus efectos adversos debido a su distribución en el sistema financiero mundial a través de una *cadena de securitización* en la cual se coludieron bancos de inversión, aseguradoras y calificadoras de riesgo cuyo actuar fue, por decir lo menos, cínicamente corrosivo.

Entre agosto de 2007 y septiembre de 2008, la FED llevó a cabo varios movimientos para reactivar los mercados bursátiles. Una reducción de las tasas hasta el 0.5% en septiembre de 2007 no logró recuperar el optimismo al tiempo que las pérdidas, las absorciones y las renunciaciones plagaban la industria financiera. Las pérdidas bursátiles se volvieron estrepitosas en enero y marzo de 2008 tras la absorción del banco de inversión Bear Stearn por parte de la empresa financiera JP Morgan. El sector hipotecario se hundía haciendo necesario el rescate de las dos principales entidades hipotecarias de los Estados Unidos (Fannie Mae y Freddie Mac) en el mes de julio. El 15 de septiembre de 2008 el pánico cundió cuando, tras fracasadas gestiones para salvarla, la compañía financiera Lehman Brothers se declaró en banca rota¹³⁵. La extensión y consecuencias de la crisis se dejaron sentir con particular violencia en países como España donde el desempleo llegó al 30%. La economía mundial entró en una etapa de depresión que se extendió al menos hasta el año 2015 cuando algunos síntomas de recuperación se comenzaron a notar.

Una retirada hacia el nacionalismo populista fue la respuesta en algunos países frente al miedo del desplome sistémico. Sin embargo, lejos de ceder, el espíritu neoliberal pide, ante el colapso financiero originado por la desregulación y la privatización desmedidas, más liberalización y más privatización. En realidad, las voces que claman por esta libertad son

¹³⁴ Principalmente obligaciones hipotecarias del alto riesgo, concedidas a tasas elevadas lo que agudiza su propiedad de incobrabilidad.

¹³⁵ A pesar de las declaraciones de inocencia y la apelación de ignorancia por parte de los gestores del sistema financiero, la inestabilidad financiera era ya un hecho conocido al menos desde 2005, cuando Raghuran Rajan publicó el artículo titulado “¿Ha hecho al mundo más riesgoso el desarrollo financiero? [Rajan (2005), *Have Financial Development Made the World Riskier?*]

precisamente las que han salido no sólo exentas sino fortalecidas de la crisis. Baste mencionar a Henry Paulson, Secretario del Tesoro y exdirector de Goldman Sachs, quien fue el encargado de orquestar el rescate que por 700,000 millones de dólares entregó a los bancos un cheque en blanco para evitar el colapso financiero a pesar de que el Congreso votó en contra de dicho rescate. La democracia, en otras palabras, fue sacrificada en pro de las ganancias. Junto a varios empleados de las firmas de Wall Street¹³⁶, Paulson vio incrementada su fortuna y ni una sola reglamentación fue puesta en marcha.

A poco más de diez años de la crisis, el neoliberalismo sigue en pie sin que una alternativa sensata se asome en el horizonte. Críticas las ha habido, sin duda. Se ha hablado mucho pero se ha hecho muy poco. En medio de la confusión el neoliberalismo está cercano a cumplir, desde sus albores intelectuales, nada menos que cien años y al menos 40 desde su ejecución práctica. La identificación de neoliberalismo con *laissez faire* ha ayudado a confundir a los partidos de izquierda –ignorantes de sus propias tendencias neoliberales–, mientras que, no menos confundidos, la derecha más radical de los Estados Unidos ha aprovechado la crisis para exigir una profundización de la política hacia un modelo inspirado, nada más y nada menos, que por las novelas de Ayn Rand. El Tea Party Movement apareció en escena presentándose como una alternativa frente a las políticas de estímulo y salvamento que los gobiernos de George W. Bush –republicano– y Barak Obama –demócrata– adoptaron para afrontar la crisis. Ayn Rand, el *plus ultra* libertario que revive uno de los motivos culturales más significativos del neoliberalismo: nunca es suficiente.

ii. *Ayn Rand y el Neoliberalismo*

A fin de precisar la relación entre Ayn Rand y el neoliberalismo, procedo a analizar el primero de estos “fenómenos” siguiendo la triple determinación en la que me he apoyado para diseccionar al neoliberalismo, es decir, como *proyecto intelectual*, como *proyecto político* y como parte de un *movimiento cultural*. Pretendo demostrar de esta forma que, al igual que el neoliberalismo no debe confundirse con una ideología del *laissez faire*, y a pesar de las múltiples declaraciones de Ayn Rand sugiriendo su filiación a esta filosofía política,

¹³⁶ Solamente en el año 2007, Lloyd Blankfein, presidente del Banco de Inversión Goldman Sachs, reportó ingresos personales por 73.7 millones de dólares, justo en el año en que el mercado de las hipotecas *subprime* se desmoronaba, y un año antes de que la Reserva Federal rescatara al sistema financiero, Goldman incluido.

el objetivismo tampoco es reductible a un simple “dejar hacer” y que, al contrario, el programa intelectual y político de Ayn Rand, pero sobre todo su idea de la revolución cultural, son más cercanos al dogma neoliberal que al liberalismo clásico.

- o -

Empecemos por analizar su relación como *programa intelectual*. En ambos casos se trata de armatostes complejos, sistemas de ideas que trascienden las fronteras disciplinarias inspirados, al menos originalmente, por la necesidad de combatir el avance del “colectivismo”. Ya he abordado en los capítulos anteriores tres temas particulares (monopolio, la crisis de 1929 y el papel de los sindicatos) en los que se dejan ver tanto sus similitudes como sus desencuentros. Temas en los que, por lo demás, han existido debates internos al colectivo neoliberal que reflejan la pluralidad de sus miembros y la cercanía de Rand con la postura anglo-austriaca. Dejé para esta sección, sin embargo, los dos temas que son, respectivamente, su punto de ruptura más álgido así como su punto de encuentro más notable: el Estado y el emprendedor.

Comienzo por el primero. A grandes rasgos, Rand (2009:46) define el “estatismo” como “la filosofía política en quiebra, pero aún dominante, de nuestra época [el espectro estatista abarca] desde el estado de bienestar hasta el socialismo, desde el fascismo al comunismo”¹³⁷. En otras palabras, estatista es básicamente cualquier forma de gobierno que exceda las demarcaciones de un “estado mínimo” cuyas atribuciones deben limitarse a “la policía para proteger a los hombres de los criminales, las fuerzas armadas para proteger a los hombres de invasores foráneos, los tribunales para solucionar las disputas entre los hombres de acuerdo con leyes objetivas” (Rand, 2009:433).

Un primer punto de interés surge del rechazo que Rand hizo del anarquismo, el cual, según pensadores como Murray Rothbard y muchos de los adeptos del objetivismo, debería ser el corolario de su filosofía¹³⁸. En *La Rebelión de Atlas*, de hecho, su caracterización de

¹³⁷ De forma similar aunque no idéntica, Louis Baudin observó durante la sesión inaugural del Coloquio Lippmann que “el liberalismo, llevado al extremo, se convierte en anarquismo; su opuesto es el intervencionismo que, llevado al extremo, conduce al estatismo” (citado en Escalante, 2019:70).

¹³⁸ No es sorprendente, en este sentido, que la postura randiana respecto al Estado sea afín a la definición que Bakunin hace en su obra *Estado y Anarquía* (2000:52): “el Estado moderno es necesariamente, por su

un ideal social es un conjunto anárquico de individuos al que ya hemos hecho referencia bajo el nombre de “barranco de Galt”, quienes viven “gobernados” por la “ética” del egoísmo, para la cual no hacen falta más que contratos mercantiles, lo cual es congruente con la observación de Dardot y Laval (2013K:3904) de que el anarquismo es “la conclusión lógica de la doctrina racionalista del *laissez-faire*”.

Para explicar esta aparente inconsistencia, Sciabarra (2013:330) sugiere que “en un sistema puramente capitalista, Rand no veía ningún dualismo inherente entre el Estado y el mercado. Rechazó la solución anarquista porque ratificaba un dualismo entre el Estado y el mercado que era históricamente específico al estatismo”. En efecto, Rand (2009:38) reconocía que “lo que ha existido en la práctica en el siglo XIX [al que veía como lo cercano a su ideal] no fue capitalismo puro, sino diferentes mixturas de económicas”; con lo que su concepción de estatismo no sólo se aplica sincrónicamente al siglo XX, sino que lo hace diacrónicamente a lo largo de la historia, lo que extiende su crítica sobre toda forma de gobierno que haya existido en la historia de la humanidad. En otras palabras, una concepción “racionalista”, es decir, puramente abstracta, permite a Rand criticar toda configuración conocida del Estado al mismo tiempo que defiende un prototipo de “Estado ideal” para un capitalismo que está por construirse. Al disociar su ideal del capitalismo de toda referencia histórica –como en cierta medida lo hizo A. M. Armack al sentar la bases de la reforma ordoliberal–, el artilugio le permite apelar a su carácter ideal futuro (utópico), librándolo del record de explotación y colusión con el poder político que, de hecho, caracteriza al capitalismo histórico (Wallerstein, 1988; Gandarilla, 2019; etc.). En completa inversión de la doctrina marxista, para Rand el capitalismo no es lo que debe superarse, es lo que está por hacerse y que no carece de un Estado *ad hoc*.

En algunos momentos de su obra, sin embargo, su noción del estatismo es exagerada bajo la imagen de un “Estado depredador” integrado por individuos de tendencias criminales: “un estatista es un hombre que cree que ciertos hombres tienen el derecho de forzar, reprimir, esclavizar, robar y asesinar a otros”¹³⁹ (Rand, 2009:61). Más que una construcción

esencia y su objetivo, un Estado militar (...) el Estado moderno debe ser absolutamente un Estado enorme y poderoso: es la condición fundamental de su existencia”.

¹³⁹ Nuevamente, las similitudes con Bakunin (2000:62) con evidentes “dar satisfacción a la pasión popular y a las exigencias del pueblo es cosa absolutamente imposible para las clases propietarias y para las gobernantes,

racionalista, se dejan ver en estas palabras los resabios del trauma soviético que permeó su pensamiento y a partir del cual configuró su idea del gobierno como una instancia inherentemente violenta e irracional –“el gran fantasma del Estado paranoico y devorador” le llamó Foucault (2007:220)– que hace difícil justificar la idea de un Estado mínimo. Si es en verdad tan malvado, ¿por qué no desaparecerlo del todo?

Lejos de señalar una ruptura radical con el pensamiento neoliberal, es precisamente en esta caracterización del Estado donde Rand se acerca más a una de sus inspiraciones teóricas menos reconocidas: el *darwinismo social* de Herbert Spencer. Rand comparte con Spencer –y otros autores de principios del siglo XX como Albert Jay Nock– una fobia al Estado, en general, y a las alusiones al “bien común”¹⁴⁰, en particular. El siguiente enunciado extraído de las páginas de *El Individuo contra el Estado* [1884] da cuenta de la cercanía entre las concepciones del estatismo de Spencer y Rand: “la utilidad, no evaluada empíricamente, sino determinada racionalmente, prescribe mantener los derechos individuales y, por implicación, prohíbe todo lo que les puede ser contrario”. La felicidad racional, la primacía de los derechos individuales –que no son creados por el Estado–, la fobia al Estado, la vacuidad del “bien común”, etc. Más que el liberalismo clásico, Rand es una pensadora en la línea de Spencer y, por tanto, comparte por lo menos dos de los motivos que inspirarán al neoliberalismo: la competencia como principio de supervivencia y el desprecio de la democracia representativa. El reino de Atlas es el imperio del darwinismo social, la supervivencia del más rico. Una oda de la desigualdad.

No es pues sorprendente que una mirada aguda como la Keynes haya destacado los paralelismos entre el darwinismo social y el individualismo en los siguientes términos:

Al igual que Darwin invocó el amor sexual, que actúa a través de la selección sexual, como ayuda de la selección natural mediante la competencia, para dirigir la evolución a lo largo de las líneas que serían tan deseables como efectivas, así el individualista

la violencia de Estado, el Estado simplemente, porque Estado significa precisamente violencia, la dominación por la violencia, enmascarada, si es posible y, si es preciso, franca y descarada”.

¹⁴⁰ Refiriéndose a la concepción de Estado desarrollada por Friedrich Hayek, Dardot y Laval (2013K:3923) observan que “lo que separa a Hayek de Locke respecto de la cuestión esencial de la función del poder político no consiste en unos pequeños ajustes sin consecuencias. En realidad, lo que está en juego es un profundo cuestionamiento de la *democracia liberal* (...) vacía la noción de ‘bien común’ de todo contenido positivo asignable “. La misma observación es válida para Rand.

invoca el amor al dinero, actuando a través de la persecución del beneficio, como ayuda de la selección natural; para obtener la producción en la escala más grande posible de lo que se desea con más fuerza, medido por el valor de cambio. La belleza y simplicidad de una teoría semejante son tan grandes que es fácil olvidar que no se deduce de los hechos, sino de una hipótesis incompleta introducida en aras de la simplicidad. (Keynes, 1986:76).

Las palabras de Keynes, no sólo revelan la cercanía entre la postura de Rand y el pensamiento al que el economista inglés buscó oponerse con su economía del bienestar, sino que nos recuerdan el fundamento racionalista y carente de contenido empírico que subyace al neoliberalismo y que es la esencia misma del objetivismo.

Otra similitud entre la concepción objetivista del Estado y la del neoliberalismo, o al menos una interpretación que nos permite enfatizar sus similitudes, la encontramos en la observación de Sciabarra (2013:262) de que, “ultimadamente, el análisis de Rand del estatismo es una crítica de la irracionalidad sistemática”. En otras palabras, al igual que los neoliberales, específicamente en referencia a la tesis central desarrollada por Hayek en *Camino de Servidumbre*, Rand criticó el crecimiento endógeno del estatismo a partir de la intervención que, debido a sus contradicciones, justifica más intervención y un crecimiento del Estado hasta llegar al totalitarismo. Tanto en Rand como en la corriente austro-americana neoliberal se denuncia un *continuum totalitario* que abarca desde los impuestos a la riqueza hasta el gulag. Toda desviación de una libertad prístina, es decir, libertad de mercado, no puede menos que acarrear el más profundo totalitarismo. No hay puntos medios: o libre mercado o esclavitud.

A pesar de los intentos del profesor Sciabarra por construir un análisis coherente de “las relaciones de poder” en la obra de Rand –y a pesar de que sus críticas a los gobierno totalitarios del siglo XX no carecen de fundamento–, los dislates y el maniqueísmo con el que Rand se refiere al gobierno como una “banda de saqueadores”, “parásitos” o “una aristocracia de favores”, y peor aún, su inclusión en el mismo cesto de personajes como Hitler, Stalin, Roosevelt y Kennedy, no hacen más que ensombrecer su comprensión de los fenómenos políticos del siglo XX, como hasta cierto punto lo hicieron los neoliberales que,

iniciando con W. Lippmann, vieron en el New Deal un ascenso del colectivismo y un peligro para el capitalismo.

Pero más allá de una exageración irracional –que lo fue– existía tanto para neoliberales como para objetivistas una impronta por deslegitimar al Estado que los llevó a identificarlo con la coerción mientras el mercado era visto como manifestación de la libertad; tarea nada fácil en tanto que, al menos para los primeros, era necesario justificar al mismo tiempo la construcción de un marco legal para los mercados. Fue Friedrich Hayek el más interesado en este problema al que dedicó buena parte de su obra para llegar a una compleja y no del todo clara concepción de los órdenes sociales que amplía la división clásica entre ordenes artificiales (taxis) y órdenes naturales (kosmos). La ampliación propuesta por Hayek surge de la necesidad de legitimar cierto tipo de intervención sin tener que admitir, como sí hicieron los ordoliberales, que el mercado es un orden artificial. Surge así la categoría de “orden espontáneo” entendido como aquel que es resultado de la acción humana pero no de un designio consciente. Aunada a esta definición, Hayek superpone a estas categorías una distinción entre leyes y mandatos, entendidas las primeras como “reglas formales generales”, mientras los segundos persiguen un fin concreto. El mercado se caracteriza entonces como una *nomocracia* impersonal y espontánea, mientras que el gobierno es definido por su carácter *teleocrático*, autoritario y artificial. A partir de este esquema –impreciso, de fronteras borrosas, sujeto a la interpretación–, las “leyes generales” asumen un carácter legítimo, mientras que todo mandato debe ser visto con recelo. Una metáfora que se ha hecho famosa resume la cuestión de esta forma: los mercados deben actuar como los flujos de transporte guiados por señales (semáforos) que evitan el caos vial, pero no por mandatos que indiquen a cada conductor a dónde debe dirigirse¹⁴¹.

Más allá de los detalles teóricos implícitos en el trabajo de Hayek –cuyo carácter evolucionista, por cierto, abrevia del *darwinismo social* de Spencer. Es, de hecho, un *darwinismo cultural*– es importante para nuestra argumentación notar que la supuesta “superioridad moral” del mercado como orden espontáneo requirió de Hayek “ajustar la

¹⁴¹ Es curioso notar que una formulación muy similar a la famosa metáfora del semáforo –ejemplo de ley general– fue empleada por J. M. Keynes (1986:108) en su panfleto sobre el pago de la guerra: “un plan general como éste, al que todos deben conformarse, es como un *código de circulación*: todos ganan y nadie puede perder. Considerar una norma semejante como una infracción de la libertad es algo tonto”.

definición de tal manera que sólo se pueda hablar de coacción cuando una conducta es forzada a punta de pistola. Todo lo demás, hasta morir de hambre, son decisiones libres” (Escalante, 2015:47). De forma similar, observa Weiss (2012:13), “Rand usaba ‘la pistola’ del gobierno como una metáfora para referirse a cualquier cosa que el Estado hiciera y que a ella no le gustara. Para ella no había tal cosa como la violencia de la pobreza y la privación.”¹⁴². Nuevamente la similitud entre el pensamiento, mejor dicho, en el discurso neoliberal y el de Ayn Rand se hace patente. La superioridad moral del mercado ya fuera por su espontaneidad evolutiva –Hayek– o por su racionalidad objetiva –Rand– no se pone en duda, mientras que el carácter coercitivo del Estado es denunciado con argucias maniqueas que no dejan lugar para la verificación empírica ni para la disidencia.

Atendiendo a otras vertientes no menos destacadas del pensamiento neoliberal, podemos notar que la concepción de Rand sobre la función pública llega a conclusiones muy similares a las alcanzadas por J. M. Buchanan en sus estudios sobre la *Teoría de la Elección Pública*. En ambos casos la concepción del sector público comienza por aplicar la *hipótesis del actor egoísta* a la burocracia pública; en Rand por una cuestión antropológica axiomática –los hombres son egoístas por naturaleza–, en los teóricos de la *public choice* por una necesidad metódica –volver al Estado un sujeto de análisis económico–. Analizados bajo la lupa del comportamiento del mercado, los funcionarios públicos aparecen como un grupo de actores egoístas –parásitos del erario en el virulento argot randiano– que, liberados de las presiones de la competencia, maximizan los presupuestos públicos a su disposición no necesariamente para atender necesidades sociales, sino para lograr fines personales.

Al analizar la argumentación del fundador de la Escuela de Virginia, Escalante (2015:79-80) concluye que se trata de “la aplicación consecuente de la ontología plana del utilitarismo (...) en consecuencia, resulta forzoso desconfiar de quienes invocan el interés público, el bien público, o la ética del servicio público”. Como se señaló arriba, la crítica al

¹⁴² Por ejemplo, respecto al movimiento progresista de principios del siglo XX en Estados Unidos escribe que “los intelectuales, ideólogos, intérpretes, fueron tentados por la oportunidad de tomar el poder político, resignados por todos los demás grupos sociales y establecer su propias versiones de una ‘sociedad de bienestar’ a punta de pistola, es decir, mediante la coerción física legalizada”(Rand, 2009:63); o también refiriéndose al plan de Medicare: “considere el hecho de que en cada instancia la mayoría abrumadora de los médicos peleó contra la socialización y que el canibalismo moral de los estatistas no vaciló en forzarlos a la esclavitud a punta de pistola” (Rand, 2009:205).

motivo del “bien común” es una de las diatribas más recurrentes en la obra de Rand. En sus propias palabras, “dado que no hay tal entidad como ‘el público’ ya que el público es meramente un número de individuos, la idea de que ‘el bien común’ reemplaza los intereses y los derechos privados, no puede tener sino un significado: que los intereses de algunos individuos tienen prioridad sobre los intereses y los derechos de otros” (Rand, 2009:221).

En resumen, la escuela de Virginia y el objetivismo coinciden en una crítica fundamental a la función pública que la despoja de todo sentido de servicio reduciéndola a una manifestación perversa del interés egoísta. Ambos argumentan que si el egoísmo es omnipresente, solamente sometido a la competencia puede tener algún resultado benéfico. Se justifica de este modo la introducción de la competencia en la producción de servicios públicos, privatizándolos cuando es posible, subcontratando cuando es necesario y aplicando una lógica de gestión empresarial en los remanentes institucionales que son sometidos a la más estricta austeridad, mermando con ello la calidad de los servicios y justificando así una mayor privatización y mayor control cuantitativo en un proceso de retroalimentación de desmantelamiento y precarización del Estado. En última instancia “se sustituye un acto de juicio, que depende de criterios éticos y políticos, por una medida de eficiencia a la que se supone una neutralidad ideológica (...) esta nueva etapa de la racionalización burocrática se acompaña de la pérdida de la significación de los servicios públicos” (Dardot y Laval, 2013K:6920-98). La transformación del usuario de los servicios públicos en un mero consumidor redundante en una despolitización de las relaciones entre el Estado y el ciudadano. La lógica del “camino de servidumbre” es invertida hacia un camino de precariedad del servicio público cuyo destino es la desaparición de toda noción de justicia distributiva.

Cabe citar, por último, una ulterior coincidencia entre las ideas políticas de Buchanan y Rand manifiesta en la ponencia dictada para la reunión general de la Sociedad Mont Pelerin en 1986 donde el economista norteamericano defendió una visión neoliberal de Estado contraria a la profesada por la corriente anarco-capitalista: “entre nuestros miembros – denunció Buchanan– hay algunos capaces de imaginar una sociedad sin Estado (...) para la mayoría de nuestros miembros, sin embargo, el orden social sin Estado no es fácilmente imaginable, al menos en cualquier sentido normativamente preferido”. Así pues, al igual que

para Rand el Estado mínimo es una necesidad racional, el Estado es una necesidad histórica para el neoliberalismo y el anarquismo es, para ambos, una ilusión.

Volviendo a la definición que Rand hace de un Estado mínimo cuyas funciones se limitan al arbitraje jurídico de disputas entre particulares y la protección de la propiedad privada, nuevamente con un poco de profundidad se ve hasta qué punto se acercan los idearios randiano y neoliberal. En efecto, la visión de Rand sobre el Estado como una función jurídica y judicial no difiere fundamentalmente de la desarrollada por los pensadores neoliberales, aunque sí es mucho más laxa, ingenua incluso. Nótese como la definición de un Estado neoliberal que hacen Dardot y Laval (2013K:3821) como aquel en el que “toda acción coercitiva del poder político debe ser definida sin ambigüedad en un marco jurídico permanente que permita al sujeto gestionar sus proyectos en un clima de confianza”; es muy parecida a esta otra esbozada por Rand (2009:430): “los hombres necesitan una institución que se encargue de la tarea de proteger sus derechos de acuerdo con un código de reglas objetivo. Ésta es la misión de un gobierno (de un gobierno justo) su misión básica, su única justificación moral y la razón por la cual los hombres necesitan un gobierno. Un gobierno es el medio para mantener el uso de la fuerza física represiva bajo un control objetivo, es decir, bajo leyes objetivamente definidas”; que se complementa con esta apreciación crítica de la política social “toda legislación en pro del ‘interés público’ descende finalmente a la concesión de un poder indefinido, indefinible, no objetivo, arbitrario de algunos personeros del Estado” (Rand, 2009:222). Hay, de la misma forma, similitudes entre la idea neoliberal del Estado de derecho como aquel que “ofrece al ciudadano vías de recursos jurídicas contra el poder público” (Dardot y Laval, 2013K:3736) y este férvido postulado randiano: “existen dos violadores potenciales de los derechos del hombre: los criminales y el gobierno (...) el gobierno se instituyó para proteger a los hombres de los criminales y la Constitución se escribió para proteger a los hombres del Gobierno” (Rand, 2009:433). En conclusión, entendido como la aplicación de “reglas uniformes de conducta justa”, la idea de “Estado de derecho” es perfectamente compatible con el objetivismo.

Dadas estas similitudes en sus fundamentos, ¿cómo entender la radical diferencia entre sus conclusiones, es decir, la necesidad de un Estado fuerte para los neoliberales, y un Estado mínimo para el objetivismo? La razón más evidente apunta hacia el trauma soviético

de Rand que se tradujo en una imagen despótica del gobierno al cual, siendo un mal necesario, hay que contenerlo en su mínima expresión posible. La segunda sugiere una menor profundidad analítica en Rand que, prefiriendo las abstracciones metafísicas a las realidades empíricas, no repara en el hecho de que “mientras más se multipliquen las oportunidades de un conflicto y de litigio entre los sujetos económicos, más crecerá la demanda de arbitraje por parte de las instancias jurídicas; dicho de otra manera, mientras más recula la acción administrativa, más campo de acción gana la acción judicial” (Dardot y Laval, 2013K:3891).

Lejos de la ilusión randiana de que la ausencia de Estado reduciría los conflictos sociales, o en otras palabras, la idea de que el Estado es el que corrompe la bondadosa naturaleza mercantil, la reducción de sus funciones administrativas, y sobre todo la reducción de los sistemas de protección social y laboral, ha redundado en un aumento de la miseria y la criminalidad, por un lado, y las instancias de arbitraje para la solución de conflictos mercantiles y laborales, por el otro. En este sentido, el neoliberalismo es mucho más congruente históricamente que el objetivismo racionalista. El Estado fuerte es una necesidad histórica¹⁴³ de un proyecto político fundado en la competencia y que apela a la desigualdad

¹⁴³ Antes de pasar a analizar la cuestión del empresario, creo pertinente dejar unas breves reflexiones sobre el verdadero papel de Estado en la economía, más allá de las acusaciones de ineficiencia y destructivismo, y de la definición puramente negativa que abrazan tanto neoliberales como objetivistas. En contra del mito de los “libres mercados”, la historia de los Estados Unidos desde Hamilton hasta nuestros días es un claro ejemplo de la importancia del papel que el gobierno ha jugado en el crecimiento económico, ya sea mediante la protección frente a la competencia extranjera o la creación de “marcos institucionales” propicios para el crecimiento económico, e incluso mediante la inversión directa para detonar el desarrollo.

En este sentido, Chang (2004) hace una crítica sólida a la difusión geopolítica de la ideología del libre mercado a partir de argumentos que contradicen a la evidencia empírica. El proteccionismo al que la doctrina de los libres mercados ataca por ser perjudicial fue, precisamente, el mecanismo por el cual las grandes potencias económicas –el Reino Unido primero y los Estados Unidos después– lograron ascender en la pirámide global. En el caso de Estado Unidos, la intención proteccionista está ya presente en el *Informe sobre las Manufacturas* de 1791 A. Hamilton, y alcanza un cenit con el periodo de McKinley, durante el supuesto auge del capitalismo liberal norteamericano.

Desde una postura institucional, Galbraith (1986) analiza el “Nuevo Estado Industrial” surgido de la Segunda Guerra Mundial a partir de la colusión de la empresa y el gobierno y cuyos resultados económicos han sido llamados una “edad de oro”. A parte de ser un canalizador de la economía en tiempos bélicos, el gobierno participó en la economía en tiempos de paz proveyendo una base estable de consumo: la burocracia. Por otro lado, el gobierno absorbió el riesgo de la innovación justificado por la guerra: NASA, AEE, DARPA y CERN, son sólo las más conocidas de las agencias públicas de investigación que han contribuido al desarrollo tecnológico: nanotecnología, biogenética, exploración espacial, revolución informática, etc. La ciencia planificada del siglo XX –a la que Graham (2010:413) da el título de “big science” y caracteriza por colusión entre el aparato militar, las agencias públicas de investigación, los laboratorios privados de las corporaciones y las universidades– es quizá la prueba más fehaciente de que el amor a la espontaneidad de los libres mercados no es el único sistema compatible con el progreso científico, y menos con el crecimiento acelerado.

como “incentivo”. La represión es una exigencia del sistema neoliberal fundado en la libertad del mercado impuesta sobre una sociedad desigual en sus oportunidades y dispuesta a defenderse. Lo que importa es el carácter, no el tamaño, pensaba Hayek. Pero el carácter mismo del neoliberalismo es el que ha requerido de un mayor Estado. No es pues un accidente que la globalización de las relaciones económicas derive en la instauración de un pseudo-gobierno mundial, nada democrático y muy coercitivo, que se vislumbra en la creciente influencia de organismos como el FMI, la OCDE, el Banco Mundial, la OMC, etc. El objetivo es aislar al mercado de las demandas de la democracia, y no ha habido mejor forma de hacerlo que delegando la administración de las relaciones internacionales a instituciones que trascienden las fronteras y, por ende, a todo nacionalismo.

- o -

Paso ahora a analizar el segundo de los temas en el que la convergencia entre los programas intelectuales randiano y neoliberal es más evidente: el *hombre empresarial*. Es también, atendiendo a la definición de gubernamentalidad desarrollada por Foucault, punto de encuentro entre ambos sistemas entendidos *como programa político*, con lo que nos adentramos en la segunda determinación del neoliberalismo.

La ya mencionada obra de Mariana Mazzucato, *El Estado emprendedor. Mitos del sector público frente al privado* (2013), es una actualización indispensable para entender el rol de la investigación pública para el crecimiento económico y el desarrollo de innovaciones privadas.

Centrado en la cuestión del gasto social, Lindert (2011) lleva a cabo un extenso estudio estadístico sobre el gasto social –ayuda a la pobreza, pensión para los adultos mayores y educación– para llegar a la conclusión de que, en contra del credo conservador que ve en este un lastre al crecimiento y la productividad, estas inversiones públicas han fomentado el crecimiento económico a partir de su difusión generalizada desde finales del siglo XIX y con mayor fuerza después de la Segunda Guerra Mundial. En el caso de los Estados Unidos, Lindert destaca el papel pionero que tuvieron en la difusión de la educación pública universal y que, aunque se rezagarían pronto, ayudó a formar una ciudadanía informada y una mano de obra calificada que redundó en un mayor crecimiento.

Estos y otros muchos estudios han sido elaborados como prueba de la importancia del gobierno para el crecimiento económico. La retórica de los libres mercado, sin embargo, ha hecho caso omiso de las evidencia en favor de una política anti-intervencionista y, más importante aún, de un discurso empresarial cuya consecuencia última ha sido, en las décadas del neoliberalismo, un aumento de la desigualdad –el popular *Capital en el Siglo XXI* de Piketty (2014) es otro ejemplo que se destaca por explicar cómo la dinámica fiscal a lo largo del siglo XX repercutió en la distribución de la riqueza en las sociedades occidentales–. Sólo cuando la gente ha sido convencida de que su destino depende de la opulencia de los pocos, de que el motor de la economía está en la punta de la pirámide que jala al lastre de la sociedad y que, por tanto, toda intromisión del gobierno actúa en su contra, la sociedad está lista para su desmantelamiento.

Entre todos los conceptos económicos que pueblan la obra de Ayn Rand, ninguno reviste mayor importancia que “el empresario”. En el ideario objetivista la función empresarial juega un papel histórico fundamental. El “empresario auténtico” es retratado como un ser egoísta y racional dado a la acción mercantil inteligente. Mente y cuerpo, según un unitarismo enfatizado continuamente por Rand, alcanzan su máxima fusión y esplendor en la figura de un empresario exitoso. En sus novelas alude enfáticamente a la metáfora de los “dínamos” o “motores” (*prime movers*) cuya acción –apelando al lenguaje aristotélico– es *causa eficiente* del desarrollo económico y de la historia misma¹⁴⁴. Un esbozo significativo de lo que Rand entendía por el papel histórico del empresario se puede encontrar en su novela *El Manantial* [1943]. A continuación cito las palabras del personaje “Howard Roark”, arquetipo del *emprendedor randiano*:

Hace miles de años, el primer hombre descubrió como hacer fuego. Probablemente fue quemado en la hoguera que enseñó a sus hermanos a encender. Fue considerado un malhechor que había pactado con un demonio al que la humanidad temía. Pero a partir de entonces los hombres tuvieron fuego para mantenerse calientes, para cocinar su comida, para iluminar sus cuevas. Les había dejado un regalo que no habían concebido y había expulsado la oscuridad de la tierra.

Ese hombre, el insumiso y primero, aparece en el capítulo de apertura de cada leyenda que la humanidad ha escrito sobre su origen. Prometeo fue encadenado a una piedra y desgarrado por buitres –porque había robado el fuego a los dioses–. Adán fue condenado al sufrimiento – porque había comido el fruto del conocimiento–. Cualquiera que sea la leyenda, en algún lugar en las sombras de su memoria la humanidad sabe que su gloria comenzó con uno y que ese uno pagó por su coraje.

A través de los siglos ha habido hombres que tomaron los primeros pasos en nuevos caminos armados con nada más que su propia visión. Sus metas diferían, pero todos tenían esto en común: que el paso fue el primero, el camino nuevo, la visión

¹⁴⁴ Aludiendo a un discurso político vigente en Francia, Forrester (2000:57) hace referencia a “los esfuerzos desplegados desde hace largo tiempo para enemistar una parte del país con otra, calificada de vergonzosamente favorecida (los funcionarios públicos de baja categoría), mientras que a los verdaderos favorecidos se los califica de ‘*forces vivas* de la nación’”. El tono de esta crítica a la burocracia nos debe ser conocido; “*La Source Vive*” fue el título con el que se publicó la edición francesa de *El Manantial*.

propia, y la respuesta que recibieron: odio. Los grandes creadores –los pensadores, los artistas, los científicos, los inventores– se mantuvieron solos frente a los hombres de su tiempo. Cada gran nuevo pensamiento fue rechazado. Cada nueva gran invención fue denunciada (...). Pelearon, sufrieron y pagaron. Pero ganaron.

Alguna teorización mínima sobre este planteamiento se puede encontrar en *el Ideal Olvidado*, donde Rand conjunta su idea ontológica de la libertad con una visión filosófica de la historia: “una mente racional no trabaja bajo coerción; no subordina su comprensión de la realidad a las órdenes, directivas o controles de nadie; no sacrifica su conocimiento, su visión de la verdad, a las opiniones, las amenazas, los deseos, los planes o ‘el bienestar’ de alguien (...) es del trabajo y la integridad de tales mentes, las de los innovadores intransigentes, de donde ha salido todo el conocimiento y los logros de toda la humanidad” (Rand, 2009:21).

En resumen, la obra de Rand es atravesada por la idea de que existen individuos “excepcionales” que mueven a las masas mediocres. La idea, evidentemente, no es original sino que forma parte del ideario “elitista” de finales del siglo XIX y principios del XX del que son participes autores como Herbert Spencer y Friedrich Nietzsche, cuyas fueron leídas por Rand en su juventud y conformaron su educación filosófica de la que más tarde reprocharía sin lograr liberarse de su influjo. Lo que marca la diferencia de Rand con estos filósofos –aparte de una tremenda distancia intelectual– queda de manifiesto en la evolución que sufrió este “hombre excepcional” a lo largo de sus obras, pasando del individualismo militante de Kira Argovnova en *Los que Vivimos*, al ensimismamiento egocéntrico de Howard Roark en *El Manantial*, para culminar en los modelos empresariales de *La Rebelión de Atlas*. En otras palabras, en su novela cumbre se lleva a cabo la fusión entre excepcionalidad y negocios, entre virtud y dinero, entre héroe y empresario; identidad de la que si los filósofos del tardío siglo XIX tuvieron algo que decir fue en un sentido negativo, mejor dicho, despectivo. Cabe mencionar a este respecto, para aclarar la distancia entre Rand y otros pensadores más serios del heroísmo, que tal unión entre héroe y empresario fue criticada tempranamente por Carlyle en su obra *Los Héroes* [1841] donde se encuentra la famosa expresión "la historia del mundo no es más que la biografía de los grandes hombres". Pero los grandes hombres, para Carlyle, no son guiados por la motivación pecuniaria: “el hombre justo siempre tiene causa mejor que el dinero para decidir rebelarse contra su

Gobierno”. Así pues, hay una gran diferencia entre el culto a los héroes propio de la filosofía decimonónica y el culto a los empresarios de Rand que refleja una transformación social profunda en el lugar de la aristocracia ha sido usurpado por los negocios, mejor dicho, una nueva “aristocracia del dinero” –la expresión es de Rand– ha sustituido a la aristocracia de los linajes.

Por otro lado, no fue Rand la única pensadora que buscó en el hombre de negocios al prototipo de la acción humana, misma que como se relató en páginas anteriores, aprendió de Ludwig von Mises. Baste con comparar la descripción que hace Mises del emprendedor como un “calculador eficiente en situaciones de incertidumbre” con esta descripción de Rand (2009:32): “el mercado libre es regido por quienes pueden ver y planificar el largo plazo y mientras mejor funcione su mente, más largo será su alcance”. Asimismo, el objetivismo comparte con Mises una concepción de la competencia que los separa de la economía neoclásica y el *homo-economicus* entendido como un agente pasivo sumergido en la corriente de las “fuerzas de mercado”. El cálculo racional, de hecho, deja de ser el elemento fundamental para el *homo-agens* miseiano cuyo momento definitorio no es el cálculo pasivo sino la *elección* activa. La información del mercado –los precios–, no son para Mises la fuerza activa que mueve a la acción inconsciente de productores homogéneos, sino que la acción misma del empresario egregio es requerida para descubrir la información pertinente que le otorga una ventaja frente a la competencia de los menos avisados, alterando así la dinámica del equilibrio y justificando la ganancia a partir de la acción empresarial. La misma concepción de la competencia se hace patente en esta observación de Greenspan (2009:86):

Los empresarios de la segunda mitad del siglo XIX, sin embargo, intentaron agresivamente afectar las condiciones de sus mercados haciendo publicidad, modificando las tasas de producción y negociando precios con proveedores y clientes. Muchos observadores asumieron que estas cosas eran incompatibles con la teoría clásica de la economía. Concluyeron que la competencia ya no funcionaba eficazmente. (...) Pero en un sentido serio de la palabra, la competencia existió y existe, en el siglo XIX así como también en el presente. ‘Competencia’ es un sustantivo activo, no pasivo (...) implica la necesidad de tomar decisiones para incidir sobre las condiciones del mercado en beneficio propio.

Asimismo, la similitud de los argumentos respecto al papel histórico del emprendedor resulta evidente al contrastar los siguientes enunciados: “son los miembros de esta minoría excepcional quienes elevan a toda una sociedad libre al nivel de sus logros, al elevarse más y más” (Rand, 2009:31); y “todo el progreso de la humanidad se ha dado como resultado de la iniciativa de una pequeña minoría que comenzó a desviarse de las ideas y costumbres de la mayoría hasta que su ejemplo movió a otros a aceptar la innovación” (Mises, 1985:54)¹⁴⁵.

Rand, sin embargo, destacó una visión del empresario que enfatiza el elemento de exclusividad: su “raza-espiritual” que no se acomoda a los moldes, similar a los emprendedores líderes (*Führer*) de Friedrich von Wieser o de la élite innovadora de J. A. Schumpeter¹⁴⁶ más que al especulador de Mises –y mucho menos al oportunista kirzneriano–. A decir verdad, existe en la obra de Rand un conflicto entre dos posturas sobre la naturaleza del emprendedor: por un lado, en sus obras tempranas la ética racional parece consistir en que cada hombre actúe de acuerdo con su capacidad sin que las diferencias relativas tengan un peso moral¹⁴⁷. Sin embargo, *La Rebelión de Atlas* da un giro a su postura para encumbrar la capacidad racional defendiendo a una “élite racional” en la que se nota una fuerte influencia del superhombre de Nietzsche (Burns, 2009) y el Rakhmetov de Chernyshevsky (Sciabarra, 2013). Aun si es verdad que Rand consideraba que el talento empresarial se distribuye homogéneamente en la sociedad, el mensaje que deja en la más influyente de sus novelas es que existe una raza superior en los negocios –y esto sin contar con su propensión a encasillarlos en un modelo físico racial que se acerca al fascismo.

Es importante señalar esta similitud ya que es precisamente en la “élite empresarial” de Schumpeter donde el neoliberalismo encuentra la inspiración para uno de los elementos

¹⁴⁵ Elocuciones a las que podemos sumar esta otra pronunciada frente a un grupo de industriales alemanes en 1933 por Adolf Hitler: “todos los bienes mundanos que poseemos de los debemos a la lucha de unos pocos elegidos” (citado en Robin, 2019K:4941).

¹⁴⁶ En contra de Wieser o Schumpeter, Rand no concibe un modelo de “etapas” empresariales donde la escala y evolución de la firma afectan su carácter. Al ser inherente al empresario el espíritu de innovación, éste no se verá afectado por la consolidación de un sistema centralizado de gran escala que sólo se pervierte por la interferencia pública. Atlas es siempre Atlas y un parásito es siempre un parásito. Las transformaciones del capitalismo han sido, al parecer de Rand, producto de acciones perturbadoras que lo alejan de su ideal y no un proceso inherente que desacredita la eficacia de las personalidades egregias que son sustituidas por formas organizacionales descentralizadas e inclusive burocratizadas.

¹⁴⁷ Todavía en un artículo tardío de 1972 Rand escribió que “Estados Unidos es el país del hombre auto-forjado (self-made), lo que significa: el país de la clase media –el grupo más productivo y explotado de cualquier sociedad moderna”.

característicos de su modelo de gubernamentalidad empresarial: el *management*. “Que cada uno sea emprendedor de y por sí mismo: tal es la inflexión que la corriente austro-norteamericana y el discurso *managerial* neo-schumpeteriano habrán dado a la figura del hombre económico”, observan Dardot y Laval (2013K:3261). La importancia de esta inflexión se hace evidente con el ascenso en la pirámide económica de la figura del CEO que, al tiempo que implica una separación radical de la propiedad y la dirección que trastoca los fundamentos del liberalismo clásico¹⁴⁸, “cambió significativamente la distribución del poder económico de la clase alta. Si bien la neoliberalización pudo tratarse de la restauración del poder de clase, no ha significado necesariamente la restauración del poder a la mismas personas” (Harvey, 2005K:539). En efecto, la compensación media de los directivos en Estados Unidos pasó de ser alrededor de 30 la del trabajador medio en 1970 a cerca de 500 veces en el año 2000 (Íbid.:326). A pesar de las molestias que tan desmesurada desigualdad ha producido en algunos grupos de la población, en especial en momentos de crisis como el conocido movimiento *Occupy Wall Street*, la figura y el poder del CEO se ha mantenido como estandarte de un capitalismo que, supuestamente, recompensa a los mejores.

Justamente esta concepción de la competencia como estímulo de superación y la emulación de “los mejores” son sin duda elementos de la ética empresarial que Rand expuso en sus novelas y que hoy en día sus herederos transmiten con ayuda de libros como *The morality of Capitalism* (2011), editado por el Instituto Cato con apoyo de la Atlas Society, o *Capitalism and Commerce in Imaginative Literature* (2016) de Edward Younkins, colaborador cercano del Instituto Ayn Rand. En resumen, el culto a la empresa característico del neoliberalismo encuentra en Rand a su exponente más entusiasta. “Este gerencialismo, evidentemente, da al manager y a su saber un lugar eminente que lo convierte en un héroe de nuestros tiempos” apuntan Dardot y Laval (2013K:6468). El CEO es el Atlas del neoliberalismo.

¹⁴⁸ El problema fue traído a colación durante el Coloquio Lippmann, precisamente, por Walter Lippmann respecto al problema de la concentración industrial y la responsabilidad personal. A principios de la década de los 50s los miembros de la SMP tendrían en mente el problema de las corporaciones respecto al cual el mismo Milton Friedman demostraba ciertas precauciones debido precisamente al problema de la propiedad. Pronto, sin embargo, estas dudas fueron barridas por la conclusión de que, en última instancia, el monopolio privado es preferible a su regulación por un ente público.

En niveles más bajos de la estructura del management, los empleados son conminados a trabajar para la empresa como si lo hicieran para sí mismos. Se trata de una *implicación total del sí* en la empresa, apoyada por una erosión progresiva de los derechos sociales que aumenta la dependencia del trabajador al empleador. “El primer mandamiento de la ética del emprendedor –observan Dardot y Laval (2013K:7518)– es ‘ayúdate a ti mismo’. De modo que su ética es una ética del *self-help*”. Resulta evidente la cercanía entre una ética de este tipo y la proyectada por Ayn Rand en *La Rebelión de Atlas*, donde se describe una sociedad utópica que es regida por un mandamiento: “juro por mi vida y mi amor *por* ella, que jamás viviré para nadie, ni exigiré que nadie viva para mí”. La imagen del individuo exitoso que no debe nada a nadie, idea perniciosa para la solidaridad social, encuentra a su más audaz propagandista en Ayn Rand.

La fórmula “poder político igual a coerción” adoptada por el objetivismo, en contraste con el poder empresarial derivado de la productividad y el mérito, oculta cualquier significación política de este ideal de hombre empresarial. El hombre empresarial es, precisamente, el hombre a-político según esta concepción ideológica del capitalismo. Sin embargo, si bien es verdad que el *gobierno de sí* no fue abordado por Rand como un problema político, sí lo hizo como un problema filosófico, mejor dicho, pedagógico. He señalado ya que las políticas de privatización y flexibilización laboral son características del programa político neoliberal que asume que “poniendo lo más a menudo posible al individuo en una situación de mercado es como se le permite aprender a conducirse racionalmente” (Dardot y Laval, 2013K:2975). Para Rand, en cambio, es principalmente a través de la educación como se le enseña a los individuos a conducirse racionalmente, y no ha sido otra la tarea que con gran entusiasmo ha conducido el ARI por casi 40 años.

Por otro lado, hemos visto que el proyecto neoliberal no se limitó a sus prescripciones sobre política laboral para disciplinar a los trabajadores o a aplicar un modelo gerencial privado en la función pública para disciplinar al gobierno, sino que reconocía al mismo tiempo la necesidad de educar a una élite de intelectuales, líderes de opinión y “vendedores de idea de segunda mano” que hiciera frente a los críticos del capitalismo. En palabras de Mirowski (2015:431) “los neoliberales aspiraron a llevar a cabo un esfuerzo de reeducación exhaustiva para todas las *partes*, alterando así el tenor y el significado de la vida política:

nada más, nada menos. Los intelectuales neoliberales identificaron sus objetivos, los cuales, en una tradición Fabiana, han sido descritos como sociedad civil de élite”.

La batalla en el terreno del pensamiento ha sido esencial para el proyecto neoliberal y lo sigue siendo para el objetivismo también, que a través del Instituto Ayn Rand y la Sociedad Atlas extiende hasta nuestros días una cruzada de persuasión de líderes de opinión con gran impacto en años recientes en América Latina: “se trata de una pelea –anunció Yaron Brook frente a una congregación de empresarios– profundamente filosófica. Es un conflicto fundamental sobre la forma en que la gente piensa. Es sobre lo que la gente concibe como lo correcto y lo incorrecto” (citado en Weiss, 2012:57-9). El constructivismo que caracteriza al proyecto neoliberal toma la forma de una cruzada educativa –para nada un simple cruzarse de manos que *deje hacer* al mercado– en manos de los herederos de Rand agrupados en el ARI, pero que ya encuentra su *leitmotiv* en el opúsculo titulado *Para el Nuevo Intelectual* publicado por Rand en 1961, texto que no podría ser más afín a esta faceta del proyecto neoliberal de captación de las élites intelectuales. Se lee en la introducción a dicha obra que:

Aquellos que acepten el ‘mínimo básico’ de la civilización [libre mercado y límites al gobierno] tendrán que dar el primer paso hacia la construcción de una nueva cultura en los espacios abiertos de par en par del vacío intelectual de nuestros días. Hay un antiguo dicho que aplica para nuestra situación presente: “¡El Rey ha muerto, larga vida al Rey!” Podemos decir, con la misma dedicatoria al futuro: “¡Los intelectuales han muerto, larga vida a los intelectuales!” –y luego proceder a cumplir con la responsabilidad que ese honorable título implicó una vez. (Rand, 1961:48)

- o -

Con este epígrafe como introducción, paso a analizar la cercanía entre objetivismo y neoliberalismo *como parte del movimiento cultural* acaecido durante la segunda mitad del siglo XX. En este punto deben ser evidentes las similitudes entre ambos, mismas que permanecen ocultas debido en gran medida al radicalismo del pensamiento de Rand, o al menos en la antipatía con la que expuso su mensaje, por un lado, y por el pragmatismo inherente a la construcción política del neoliberalismo, por el otro. Las fronteras entre ambos, sin embargo, se difuminan aún más cuando los insertamos en el panorama de las transformaciones culturales de los años 60s.

El neoliberalismo, y aquí radica una de sus “virtudes”, no se inserta en el ideario popular con la violencia del adoctrinamiento totalitario, sino que se aprovecha de la violencia de la subversión juvenil para introducir, sin grandes aspavientos, un ideario político *ad hoc* al espíritu del tiempo. Es en este punto donde la perorata esbozada en la introducción de *Para el Nuevo Intelectual* se adecúa al *modus operandi* neoliberal. Apelando a la persuasión como alternativa a la coerción, Rand (1961:48) concluye que “ningún partidario de la razón puede reclamar el derecho a imponer sus ideas sobre otros (...) ninguna sociedad racional, ninguna cooperación, ningún acuerdo, ningún entendimiento, ninguna discusión son posibles entre hombres que sustituyen pistolas por la persuasión racional”. A partir de tan lúcido razonamiento, sin embargo, se abre el camino hacia un elitismo intelectual que denigra a la democracia hasta devenir en un autoritarismo liberal. No será la persuasión racional sino la manufactura del consentimiento (Chomsky en referencia a Lippmann), lo que guíe la cooperación y el entendimiento. Al encumbrar a la razón, mejor dicho, una forma particular de razón que sólo es racional en cuanto sus conclusiones coinciden con un orden capitalista idealizado, una “razón instrumental del capitalismo”, se abre el camino para el *Termidor* (Hinkelammert) de la revolución cultural: la supresión de la igualdad y la democracia del discurso político y el encumbramiento de un individuo ajeno a la solidaridad social, el individuo neoliberal.

No es pues casualidad que la conquista de Ayn Rand de la cúspide del éxito popular, aunque en constante ascenso desde la publicación de *El Manantial* en 1943, no se dio sino hasta la década de los 60s, momento en el que pasa de ser una figura marginal a ubicarse en el centro de un debate político marcado por la deslegitimación del Estado y la necesidad de rescatar al individuo de sus garras. Las constantes presentaciones de Ayn Rand en las universidades de la Ivy League durante la década de los 60s dan cuenta, sino de una influencia avasalladora sobre la masa de la sociedad norteamericana¹⁴⁹, sí de un acercamiento a la élite política e intelectual norteamericana y que poco más tarde mediante su influjo en las organizaciones juveniles de “nueva” derecha, la YAF y la SIL, ayudó al ascenso de Ronald Reagan. En palabras de Duggan (2019:78), “el ascenso del neoliberalismo tiene una historia

¹⁴⁹ Sus apariciones televisivas, las labores pedagógico-propagandísticas del Instituto Nathaniel Branden, más tarde y hasta la fecha Instituto Ayn Rand, así como las notables cifras de ventas de sus novelas, son muestra de una influencia considerable. Rand fue sin duda una influencia tanto para élites como para las masas.

paralela, y mucha superposición con el libertarismo –pero estas formaciones tienen sin embargo diferentes trayectorias. La influencia de Rand flota sobre todas ellas como un espíritu guía para el sentido de vigorosa aspiración y la defensa de la desigualdad y la crueldad que moldean sus visiones del mundo”.

Poco a poco esa visión del mundo cuyo motivo original era el rescate de la individualidad frente a la amenaza del Estado y la homogenización de la vida, mutó hacia una convicción de que el ser humano es egoísta por naturaleza. Refiriéndose a este predominante estado de ánimo intelectual, Escalante (2015:147-8) observa que “unos con mayor bagaje intelectual que otros, todos vienen a decir que los seres humanos son por naturaleza egoístas, predadores, que sólo miran por sí mismos (...). Visto que no se puede defender en términos morales, se hace aparecer como algo natural, inevitable”. Esta observación del Profesor Escalante, acertada por lo demás, excluye evidentemente a Ayn Rand quien sugirió que el egoísmo no es solo un hecho natural, sino que es en sí mismo moral: “la justificación moral del capitalismo descansa en el hecho de que es el único sistema en consonancia con la naturaleza racional del hombre” (Rand, 2009:24). Así pues, vista desde el cristal de la transformación cultural, Ayn Rand deja de ser ese elemento ateo del sistema que deslegitima por su radicalismo al proyecto neoliberal. Es, en cambio, la versión más nítida, con menos reservas y refinamientos, de una de las facetas menos reconocidas pero más importantes del neoliberalismo: su carácter moral. En palabras de Duggan (2019:92) “Rand era demasiado purista para ser una neoliberal, pero ayudó a crear el contexto cultural para el neoliberalismo de todos los días”.

En el *Capítulo II* ya he analizado brevemente los contenidos de su controvertida obra *La Virtud del Egoísmo*, pero más allá de los sofismas en los que ésta pueda incurrir, lo que interesa en este punto es su *veridicción* en relación al momento cultural que se vivía al publicarse en 1961. Podrá tratarse de una obra llena de tergiversaciones semánticas, retórica en el mal sentido de la palabra, pero se trató de una obra *adecuada para su tiempo*, mejor dicho, para nuestro tiempo. Ayn Rand encontró un público receptivo durante los 60s en los movimientos contraculturales, de una facción al menos, la de una derecha acomodada pero inconforme. El objetivismo se ubicó en el mismo plano que el movimiento Hippie o las comunas religiosas que buscaron compensar el nihilismo intelectual de una generación

marcada por la ruptura. Pero a diferencia de los gurús espiritistas o los cultores del amor y las drogas, el mensaje de Rand iba en sincronía con el proyecto político que por entonces comenzaba a orquestarse y que al momento de tomar por asalto el poder, al menos en Estados Unidos, encontraría en Ayn Rand un aliado. Ronald Reagan¹⁵⁰ y Ayn Rand, neoconservadurismo y neoliberalismo, el Estado y los mercados, la culminación de una revolución cultural que como toda revolución en la historia moderna, termina por someter las reivindicaciones del pueblo a los intereses de una contrarrevolución no necesariamente menos despótica que el régimen derrotado.

Antes de avanzar, cabe atender a la observación de Duggan (2019:284) de que “las contribuciones centrales de Rand a la cultura política neoliberal no consisten en ideas. Las novelas de Rand, especialmente, son máquinas de conversión movidas por la lujuria (...) conducen a muchos lectores (aunque ciertamente no a todos) hacia la política conservadora o del ala derecha con la pasión y la energía de un converso, de un verdadero creyente”. Como ya he señalado, el neoliberalismo como praxis política dista mucho de las prescripciones randianas, especialmente si se atiende a su auto-proclamado carácter de *laissez faire*. Pero como lo sugiere Escalante (2015: 265) respecto a la vigencia del neoliberalismo como una idea del mundo, que es donde mejor se inserta la influencia de Ayn Rand, “el programa económico es importante, pero es solo una parte –y por eso resulta tan resistente”. En el mismo sentido podemos aludir a la apreciación de Butler (2018:7) según la cual una “cualidad que hace a Rand tan influyente es que ofrece un *sistema* –una visión comprehensiva sobre cómo funcionan el mundo y la vida humana”. Para Rand, el sistema económico era importante, pero era solo una parte de su ideal –y por eso resulta tan resistente.

Las ideas económicas y políticas de Ayn Rand, el *laissez faire* y el Estado Mínimo, no son realmente importantes para el neoliberalismo. Pero su concepción del ser humano como un ser egoísta, su apología de la riqueza y el encumbramiento del éxito empresarial, su descrédito del servicio público y la sorna a la idea del “bien común”, el miedo al Estado que

¹⁵⁰ “Ronald Reagan –observa Escalante (2015:122)– no era un doctrinario. Tenía dos o tres ideas, muy simples, tenía también una especie de ceguera selectiva que le permitía no ver lo hechos desagradables, incómodos, y una capacidad casi ilimitada para contagiar a otros su optimismo (...) Llegó a la Casa Blanca impulsado por una coalición improbable de liberales, neoconservadores y nacionalistas”. Tal vez Rand no fuera la más importante de sus influencias, pero sin duda formó parte de esta “coalición improbable”.

puebla *Los que Vivimos*, la arrogancia individualista que emana de *El Manantial*, la apología de la desigualdad y la beligerancia que resuena en las páginas de *La Rebelión de Atlas*; ideas todas ellas condensadas en el vademécum pseudo-filosófico de la *Virtud del Egoísmo* y mínimamente desarrolladas en el panfleto *Capitalismo, el Ideal Olvidado*; ideas que, sin ser la única ni la más conocida de sus promotoras, ayudó a transmitir inundando con ellas el “imaginario social” de un momento histórico que se extiende hasta nuestros días:

Nos pensamos como individuos con intereses, motivos y propósitos propios (el propósito de acumular dinero, sobre todo), en competencia con otros individuos, todos con sus respectivos intereses, pero a los cuales no les debemos nada (...) otros rasgos son sin duda más recientes, propiamente neoliberales. Por ejemplo, la manera enfática, beligerante, como entendemos el mérito individual, y la manera como rechazamos casi automáticamente la idea de la responsabilidad colectiva (...) el menosprecio apenas disimulado, la casi hostilidad hacia los grupos menos favorecidos (Escalante, 2015:294-5).

Es precisamente en ese desprecio donde el influjo de Ayn Rand se manifiesta con más violencia. La cara contraria del egoísmo al que con una serie de artilugios Rand elevó al pedestal de la virtud –el egoísmo impele al hombre a la honestidad, los negocios egoístas son respetuosos de los contratos, si cada quien se interesa por sí mismo todos salen ganando, etc.–, se condensa en la idea de que el altruismo, principalmente materializado en la ayuda del gobierno, vuelve a los hombres zánganos dependientes, parásitos chupa-riqueza. En el ideario randiano –tanto o más que en el discurso neoliberal– el pobre es pobre porque quiere y el desempleado lo es por ser un inútil. Ambos son una carga, la piedra sobre la espalda de Atlas. Tal como sucede en la teoría neoclásica de la demanda, se confunde a quien “más lo valora” con quien “más puede pagar”; ambos ignoran que el pan no llega al hambriento, sino a quien tiene dinero. En palabras de Duggan (2019:184) “el *sentido de la vida* de Rand combina un deseo infundido de libido por el logro individual heroico con un desprecio por los inferiores sociales y la indiferencia por su situación”.

Se trata de un auténtico “horror económico” usando la expresión de Viviane Forrester (2000), en el que se exalta al empresariado como la “fuerzas viva” de la economía nacional a pesar de que la preservación de las ganancias se ha desarrollado, en la era neoliberal,

mediante una constante desaparición de las fuentes de empleo y la continua precarización de grandes masas de población, desplazadas e invisibilizadas por su miseria, mejor dicho, por la radical indiferencia frente a la miseria que caracteriza a la subjetividad neoliberal. “Para un sistema –apunta Forrester (2000:49)– la indiferencia general es una victoria mayor que la adhesión parcial, aunque fuese de magnitud considerable”.

No de otra manera, no sin ayuda de esta concepción del mundo, se puede entender que la desigualdad haya crecido de la forma que lo hizo durante el último tercio del siglo XX sin que una protesta significativa tuviera lugar antes del colapso financiero de 2008. Menos aún se podría entender que incluso después de la crisis, a pesar de las reacciones violentas que haya podido suscitar, no se haya hecho nada, ningún control o regulación, ningún castigo significativo a sus causantes o resarcimiento a las víctimas, ningún cambio en el estatus de los grandes directivos de las empresas financieras que propiciaron, alentados por su egoísmo y la permisividad de las autoridades que confiaron en ese mismo egoísmo como un mecanismo de auto-regulación eficiente; en fin, no se podría entender cómo es posible que ningún cambio o alternativa al neoliberalismo y la desigualdad, que no sólo engendra como un resultado colateral sino que es el fundamento mismo de su funcionamiento, la señal de que los mercados “van bien”, se haya operado.

- o -

Aprovecho esta breve alusión a la crisis financiera y sus implicaciones “morales”, mejor dicho, su supuesta “justificación moral”, para atender al “nodo humano” que une a neoliberalismo y objetivismo de forma más evidente: Alan Greenspan. Una de las figuras más polémicas e influyentes de finales del siglo XX, asesor económicos de Nixon y Ford, Presidente de la Reserva Federal durante los mandatos de Reagan, Bush (padre), Clinton, y Bush (hijo); la importancia de Greenspan para el ascenso y consolidación del proyecto neoliberal no puede ser minimizada. Se trata, nada más y nada menos, de su “adepto más entusiasta” (Dardot y Laval, 2013K:182).

Analizando los eventos que derivaron en la crisis financiera, el componente moral de la especulación perversa, Weiss (2012:2.3) comienza su relato señalado que “Rand proveía la pieza faltante de un rompecabezas sobre el que había estado reflexionando desde las profundidades de la crisis financiera (...) el componente moral del comportamiento al que

habíamos sido expuestos (...) esta filosofía subyacente y acallada se reflejaba en la creencia, continuamente promulgada por Greenspan en la FED, de que los mercados eran supremos, una especie de quinto estado”. En otras palabras, como el mismo Greenspan reconoció célebremente durante su comparecencia ante el Congreso tras el colapso financiero, por debajo de la política monetaria y la negativa a la regulación, se revela una ideología que explica el actuar del longevo presidente de la FED.

Es entonces notable que a pesar de que su relación fue mucho más que una amistad juvenil, llegando incluso a la vehemente defensa ideológica de su maestra frente a la crítica de sus novelas, o de que Rand llamara a Greenspan su “hombre en Washington”; persiste entre los admiradores de Rand un marcado desprecio contra Greenspan, a quien acusan de haber “traicionado” las enseñanzas de Rand. Sechrest (2005), por ejemplo, recurre a tres obras biográficas sobre Greenspan donde los autores, a su parecer, no son capaces de reconocer su falibilidad y su distanciamiento de las ideas de Rand. Cita una carta dirigida al congresista Ron Paul, en la que Greenspan parece abandonar su ardorosa defensa del oro, para declarar en cambio que “un sistema de tipos de cambio flexibles es más adecuado para el crecimiento y la estabilidad de precios en los Estados Unidos y a nivel global de lo que sería un sistema basado en el precio fijo del dinero” (citado en Sechrest, 2005:291). Asimismo, la baja de la tasa de interés operada por Greenspan en 2001 y que siguiendo un análisis austriaco debe ser considerado el acto que desencadenó la crisis, no parece cuadrar con el ideario randiano. Sechrest (2005:285) observa que “a pesar de su conocimiento de la explicación austriaca sobre el ciclo de negocios, Greenspan la rechaza completamente. Una y otra vez ha supervisado una Reserva Federal que ha sobrestimulado la economía. Más aún, cada vez que los signos de una posible recesión han aparecido, Greenspan ha reaccionado precisamente en la forma *equivocada*”. En el mismo tenor, Reisman (2005) critica la gestión de Greenspan llegando a la conclusión de que los errores cometidos se debieron, fundamentalmente, a su desconocimiento de la teoría austriaca.

En este sentido me parece correcto admitir que, en el reglón monetario, la praxis neoliberal, incluso la de Greenspan, debe poco a las ideas de Rand ya que, a lo sumo, la capacidad del patrón oro para limitar el gasto público ha sido invocada en el discurso a favor de la austeridad y en contra de la inflación. En ningún momento parece que Greenspan haya

considerado seriamente el establecimiento de un patrón oro, abrazando en cambio la idea de que la flexibilidad basta para garantizar la eficiencia –con un poco de ayuda de la junta de banqueros de la FED, hay que agregar–. Habría que dejar pues que Greenspan cargue con sus propias culpas monetarias.

Pero nuevamente el objetivismo se revela como algo más que la afinidad con un simple postulado económico y si bien la influencia de Rand sobre Greenspan en cuanto a sus manejos de política monetaria fue insignificante, su fobia a cualquier forma de intervención y su convicción en la auto-regulación de los mercados de capitales¹⁵¹ sin duda influyó en el otrora presidente de la FED y el trágico destino del sector financiero entregado al fuego de su ambición por Greenspan. En efecto, una de las consecuencias más trascendentales de la Gran Depresión fue la promulgación la *Glass Steagall Act* de 1933 cuyas disposiciones sirvieron para vigilar las prácticas financieras perniciosas. El acta estuvo en vigor hasta ser derogada el 12 de noviembre de 1999 para dar paso a la *Financial Services Modernization Act*, mejor conocida como *Ley Gramm-Leach-Bliley*, Ley de carácter altamente permisivo y anti-regulatorio a la que Greenspan dio su respaldo. A la postre, la desregularización financiera conduciría a la crisis financiera de 2008. Ya desde el año 2001, de hecho, cuando el congreso trató de cerrar los vacíos legales en el trading de derivados que habían incitado el escándalo de Enron, Greenspan se opuso. Decidió en cambio reducir los tipos de interés para reanimar a los mercados: “el Sumo Sacerdote Financiero del planeta acababa de realizar el milagro de la transustanciación de la ralentización económica en recuperación. A pesar de la brevedad del triunfo, pocas veces una sesión bursátil se había asemejado tanto a una ceremonia religiosa” (Bruckner, 2003:15).

Nuevamente es instructivo resaltar que aunque para muchos de los admiradores de Rand, Greenspan traicionó a su tutora con su gestión monetaria, y que dicha traición se hizo evidente durante su comparecencia frente al Congreso en 2008 al declarar que había “encontrado una falla” en la filosofía política de los libres mercados¹⁵², el influjo de Rand se dejó notar en la misma comparecencia cuando Greenspan declaró, en un lenguaje claramente

¹⁵¹ Ya en su aportación a *El Ideal Olvidado*, Greenspan (2009:67) había adoptado el dogma de que “el regulador en última instancia de la competencia en una economía de libre mercado es el mercado de capitales. Siempre que el capital sea libre de fluir, tenderá a buscar aquellas áreas que ofrecen la tasa de máximo retorno”.

¹⁵² <https://www.theguardian.com/business/2008/oct/24/economics-creditcrunch-federal-reserve-greenspan>

randiano, que “para existir, necesitas una ideología. La pregunta es si es adecuada o no”. Por lo demás, la famosa “falla” a la que Greenspan hizo referencia –su exceso de confianza en la capacidad de los bancos a auto-limitarse– más que un abandono de su sistema filosófico, le produjo una profunda “angustia”. En palabras de Burns (2011:341):

Aunque es arriesgado extrapolar de la adherencia juvenil de Rand a su actuar político durante su adultez, vale la pena notar que el énfasis en la racionalidad humana que impregna sus artículos del *Objectivist Newsletter* de 1963 siguió siendo una parte importante de la orientación intelectual de Greenspan, particularmente su presunción de que los mercados podrían auto-regularse y la confianza en que los empresarios actuarían de acuerdo a proyecciones de largo plazo.

Pero a pesar de la *Mea Culpa* de Greenspan, ningún mecanismo para contener al leviatán financiero fue instaurado. La regulación, simplemente, es inadmisibile. Por otro lado, como lo observa Weiss (2012:91) “mientras los medios y los estudios sobre la crisis, incluyendo a la Comisión de Investigación para la Crisis Financiera, se enfocaron en las acciones de los bancos y las fallas de los reguladores, el objetivismo ganó de –y promovió– una historia revisionista de la crisis, la cual situó la culpa directamente en el regazo del gobierno”. Fue ésta, al final, la retórica que se impuso y que animó, entre otros, al Tea Party Movement y que con el tiempo ayudó a un empresario, un conspicuo hombre supuestamente ajeno a los vicios del Establishment, a llegar a la Casa Blanca. Sin duda el gobierno tuvo mucho que ver en el colapso financiero, pero eximir por ello a los bancos y a sus corredores de bolsa, a las empresas como Enron, a las inmobiliarias que “cocinaron” sus estados de cuenta para alimentar la especulación o a las calificadoras de riesgo que dieron su aval a títulos bursátiles “basura”; en fin, eximir al mercado por sus vicios, es un error que se perpetua en la forma de una cultura de la codicia.

Por otro lado, la influencia de Rand sobre los eventos que culminaron en el fiasco financiero de 2008 va más allá de lo que Greenspan haya hecho o dejado de hacer. La “moral egoísta” de Rand permeaba todo el aparato financiero que colapsó, llegando incluso a incrustarse en la maquinaria especulativa más allá de la acción individual. En palabras de Weiss (2012:113) “la característica sobresaliente del modelo de pago del *hedge fund* es que es totalmente egoísta (...) esa estructura de recibo-yo-primero, poniendo los intereses de los

vendedores particulares y los banqueros antes que sus empleados –y el sistema financiero amenazado por su imprudencia– era conspicuamente randiano”. No quiero afirmar con esto que todos los corredores de bolsa hayan leído a Rand, sino que su actitud fue perfectamente compatible con los preceptos del objetivismo. En un texto publicado en 1999 por el albacea intelectual de Rand, titulado “*Why Bussinessmen Need Philosophy*”, Leonard Peikoff defiende la idea de que un CEO debe regirse “egoístamente” sin prestar atención a los beneficios de la compañía o sus accionistas. Tal fue la mentalidad que sin duda guío a muchos de los gestores financieros antes de 2008 y acarrió el colapso. Como lo observa Duggan (2019:136) con relación a la influencia difusa más extendida de Rand en el momento neoliberal y los eventos que llevaron a la crisis:

La cultura de la codicia es el sello de la era neoliberal (...) los partidarios del neoliberalismo trabajaron para remodelar el capitalismo global liberando a las corporaciones transnacionales de formas restrictivas de la regulación estatal, despojándolo de los esfuerzos gubernamentales por distribuir la riqueza y proveer servicios públicos, y enfatizando la responsabilidad individual sobre la preocupación social.

En las últimas décadas cientos de tecnócratas neoliberales a lo largo y ancho del globo han leído *La Rebelión de Atlas* y *El Manantial* en la universidad, como Mauricio Macri; políticos que poco tienen que ver con el ideal randiano de racionalidad y libres mercados se inspiraron en sus novelas, como Donald Trump¹⁵³; y, no menos importante, mucho de los “barones” de

¹⁵³En realidad, el contraste entre el héroe empresarial al que Rand profesada su admiración y Donald Trump –cuyo “éxito” empresarial es, por lo menos, dudoso– revela un abismo en el que se borra todo rastro de ética y, más claro aún, se pierde todo rasgo liberal del capitalismo. En palabras de Burns (2017e) “sin importar que tanto a Trump le pueda gustar el héroe de Rand por excelencia –un hombre adinerado con una ardiente creencia en, bueno, sí mismo– su victoria señala el agotamiento del romance del Partido Republicano con Rand”. En efecto, la política económica de Trump se acerca mucho más al conservadurismo nacionalista que al capitalismo de *laissez faire* que Rand defendió en sus obras. De hecho, como se mostrará más adelante, el ateísmo de Rand fue durante la década de los 60s un motivo de ruptura con el Partido Republicano, de aquí que algunas de las críticas más mordaces a su obra hayan venido no de la *New Left* –con la que, de hecho, simpatizó– sino de medios conservadores como el *National Review*. Si durante algunas décadas a finales del siglo XX y principios del XXI, y con particular fuerza en los días posteriores a la depresión de 2008, los republicanos parecieron acercarse al dogma de Rand, el advenimiento de Trump marca un regreso a la línea conservadora con una fuerte dosis de populismo nacionalista, ambas posturas que Rand hubiera despreciado. Ante la innegable ruptura de Rand con los liberales de cualquier signo y el encumbramiento de la misoginia y xenofobia de Trump, la profesora Burns, principal estudiosa contemporánea de la vida y obra de Rand, declara con ironía: “¡Ayn Rand ha muerto, larga vida a Ayn Rand!” (Burns, 2017e).

Silicon Valley, como Peter Thiel –uno de los primeros inversores de Facebook–, encontraron en las novelas de Rand una apología *ad hoc* de su propio éxito empresarial. “Los acólitos de Rand –señala Duggan (2019:88)– estaban dispersos a través del mundo empresarial durante los 1980s y 90s, pero los gurús de la tecnología de Silicon Valley han sido una fuente especialmente rica de aficionados de Ayn Rand. (...) El ethos randiano del heroico empresario individual como un genial macho alfa caucásico (y a veces femenino) encaja particularmente bien con la imagen propia y auto-mitologizada de los innovadores tecnológicos de Silicon Valley”. Silicon Valley es la materialización del “barranco de Galt” en la tierra, una comunidad de empresarios que no deben nada a nadie ni piden nada a nadie, o al menos eso es el mito que con ayuda de la vehemencia de personajes como Steve Jobs se ha difundido entre una sociedad que ha adoptado este ideal del emprendedor como único modelo posible de “una sociedad libre”. No hizo falta que ninguno de estos conspicuos personajes conociera a cabalidad la filosofía de Rand, probablemente ninguno lo hizo. Pero hubo algo en sus novelas que alagó su visión del mundo y los dotó de una justificación para sus “proezas”. De la casa Blanca a Silicon Valley, el fantasma de Ayn Rand recorre los Estados Unidos.

- o -

Queda, por último, enfatizar la cuestión más puntiaguda del neoliberalismo y en donde su similitud con el pensamiento objetivista, y el distanciamiento de ambos con el liberalismo clásico, son más evidentes. Parece adecuado comenzar por señalar que parte de la oscuridad que rodea al neoliberalismo, uno de los principales obstáculos para su correcta comprensión, radica en el hecho de que los neoliberales mismos rechazan su mote. La principal razón parece ser su identificación nada gratuita con la dictadura de Augusto Pinochet sobre la que pesan las declaraciones de Hayek respecto a su preferencia por una “dictadura liberal” por sobre una “democracia sin límites”, pero de la que también son responsables Milton Friedman y los Chicago Boys. Friedman fue, por cierto, uno de los últimos autores que reconoció en un artículo de 1951 titulado “*Neoliberalism and Its Prospects*”, el nombre de "neoliberales" para el colectivo del que notablemente formó parte. A partir de los 60s el nombre comenzó a silenciarse con el argumento falaz de que el neoliberalismo es en realidad una continuación del liberalismo decimonónico y que, por tanto, no hacía falta un nuevo

nombre para designar un proyecto continuo que, a pesar de las dislocaciones causadas por las guerras mundiales, en esencia se mantuvo fiel a sí mismo.

Nada más alejado de la realidad. El liberalismo clásico y el neoliberalismo se separan en el punto más trascendental en tanto filosofías políticas: sus nociones de Democracia y Libertad –con mayúsculas porque, decía José Revueltas, es un consuelo–. Ambos conceptos han sido tergiversados a lo largo de un siglo de debates teóricos hasta vaciarlos de contenido político. El neoliberalismo invierte la jerarquía entre libertad política y libertad económica de los clásicos, quienes tenían a las libertades políticas por superiores y, como corolario, la reivindicación de los derechos humanos, la dignidad, el derecho de expresión y la igualdad. Como lo señaló Pablo González Casanova, un liberal clásico, “la democracia se mide por la participación del pueblo en el ingreso, la cultura y el poder, y todo lo demás es folklore democrático o retórica” (1971:224). Para el colectivo neoliberal, en contraste, “la democracia, ambivalentemente avalada como el marco estatal adecuado para un mercado ideal, debe en todo caso mantenerse relativamente impotente, de forma que las iniciativas ciudadanas raramente cambien algo sobre cualquier cosa” (Mirowski, 2015:436). En efecto, una de las caras de la historia del neoliberalismo es la de un movimiento reaccionario frente al crecimiento de los derechos civiles que, desde finales del siglo XIX, alentó el crecimiento de las demandas de igualdad que derivaron en la construcción del Estado de bienestar. Neutralizar a la democracia fue una de sus improntas desde el principio.

En este sentido, vale la pena hacer referencia a uno de los episodios más polémicos en la larga carrera de controversias de Rand contra la democracia. En 1964 fue promulgada la *Ley de Derechos Civiles*, un hito en la historia democrática de los Estados Unidos que buscaba, a cien años de la Guerra Civil, acabar con las prácticas discriminatorias y la segregación por motivos raciales. Originalmente promovida por Kennedy, no fue sino hasta después de su muerte que pudo ser aprobada por el entonces presidente Lyndon Johnson. Rand declaró en más de una ocasión su rechazo a dicha Ley ya que ésta chocaba con su idea de los derechos universales, considerándola en cambio un “privilegio” para grupos especiales. “Tal como en el área de lo material –escribe Rand (2009:420)– el saqueo de la riqueza de una nación se obtiene por medio de la inflación de su moneda, así hoy en día, puede observarse el proceso de inflación aplicado al área de los derechos”. El racismo, a su

parecer, era un problema moral, y por ende individual, que no competía a la política resolver¹⁵⁴. Asimismo, su noción sobre los derechos los consideraba siempre como una categoría individual, por lo que la promulgación de leyes que versaban sobre grupos –ya fueran raciales o sexuales o cualquier otro– carecía de fundamentación y más aún constituían una violación al sacrosanto derecho de propiedad. En palabras de Duggan (2019:74) “la erradicación de la población indígena, las restricciones a la inmigración desde partes más ‘primitivas’ del mundo, y la persistencia de profundas desigualdades raciales en la economía ‘privada’ y la esfera social eran parte de su sistema de moralidad racional, incluso si se oponía a la discriminación racial impuesta por el Estado”. La democracia efectiva, la organización activa de grupos de interés para consagrar sus derechos, la participación en la vida pública, nada de esto tiene cabida en el ideario objetivista¹⁵⁵.

Por su parte, queda constancia en las actas del Coloquio Lippmann de las reservas que los participantes mostraban hacia la democracia. No ocultan su opinión de que el empoderamiento democrático de las clases medias y bajas es una amenaza a la causa liberal. L. Marjolin, por ejemplo, expresó la opinión de que “en cuanto el proletariado adquirió suficiente poder para ejercer poder sobre el Estado de manera determinante, el liberalismo estaba condenado” (citado en Escalante, 2019:157). Por su parte L. Rougier distingue entre dos formas de democracia: la liberal y la socializante. Según su definición, la primera se basa en la limitación del Estado mientras la segunda lo hace en la soberanía popular. “La segunda es la negación de la primera. Inevitable y fatalmente desemboca en la demagogia, y a través de la demagogia, en el Estado totalitario” (Íbid.:159), idea a la que J. Castillejo agrega que “cuando el pueblo se cree soberano, y se convence de que todo irá bien porque puede hacer cualquier cosa, se destruye el principio fundamental del orden liberal” (Íbid.:160). Podemos

¹⁵⁴ En algún sentido, es verdad, sí creía que era un problema político. En Rand (1964:126) se lee: “el racismo es la forma más crudamente primitiva de colectivismo”. Pero como su aversión a la intervención era más grande que su deseo de aliviar el sufrimiento de los grupos oprimidos, y más aún, como creía que dicho sufrimiento era producto de la intervención del estado, cualquier intervención solo agravaría el problema.

¹⁵⁵ En relación a la perspectiva randiana sobre los derechos, cabe citar la caracterización que Gandarilla (2018:228-9) hace del capitalismo contemporáneo: “un cierto elemento de activación política de sello conservador, adverso a lo público estatal, que incluso es llevado a reclamar o legitimar un completo *desmontaje de todo régimen de derechos*. Lo que rige actualmente a la condición del capitalismo global es un programa amplio por la pérdida de derechos, de una precarización integral de la existencia; lo que sorprende es que las capas dominantes encuentren entre los desfavorecidos o las capas medias, entre la gente ‘normal y corriente’ a aliados militantes en esta cruzada”.

agregar a estas expresiones la opinión anotada por Mises en sus memorias y recopilada en Polanyi (2018:62): “Mises se quejaba de que ‘los socialdemócratas se hubieran agenciado este derecho por la fuerza’, de que ‘trataran de intimidar y doblegar al Parlamento por medio del terror’ (...). Es claro que Mises encontró en esta manifestación del deseo de las masas de alcanzar el derecho al voto algo aterrador”. En este contexto cobra sentido la expresión de Polanyi (2018:142) de que “el sistema de mercado (economía) está necesariamente en perpetuo conflicto con las fuerzas populares en la sociedad (democracia) y, en su forma más pura, no puede tolerar la intervención democrática. En su forma más pura es el fascismo”.

Fue Hayek quien llevó sus cavilaciones más lejos al erigir una teoría del Estado caracterizado como “demarquía”, a saber, un gobierno de élites en el que las decisiones políticas están fuera del alcance de la demagogia, sustrayendo “las reglas del derecho privado a toda especie de control ejercido por una ‘voluntad colectiva’” (Dardot y Laval, 2013K:3951). La preferencia de Hayek por una “dictadura liberal” como la de Pinochet por sobre una “democracia sin límite” como la de Allende, es consecuencia de esta forma de ver a la democracia no como lo opuesto al totalitarismo, sino como una simple forma de elegir a los gobernantes propensa a la manipulación y, por tanto, una dictadura de la mayoría¹⁵⁶. De aquí que hiciera falta un Estado fuerte para acabar con el Estado populista.

Por otro lado, es un hecho que la presión social contra las dislocaciones políticas del proyecto neoliberal es una verdadera amenaza para su éxito. La desarticulación del Estado de Bienestar y la creciente desigualdad económica crean una reacción defensiva de la sociedad que requiere, para mantener el orden, la intervención del Estado. En palabras de Harvey (2005:69), “esto crea la paradoja de intensas intervenciones estatales y un gobierno de élites y ‘expertos’ en un mundo donde se supone que el Estado no sea intervencionista”. Nuevamente la idea del Estado mínimo del liberalismo clásico debe ser abandonada a favor de un Estado policía y, donde las presiones sociales son más fuertes, de carácter militar. Se llega así, en nombre de la libertad, a una justificación de la represión¹⁵⁷.

¹⁵⁶ Mirowski (2015:443) llama la atención sobre lo mucho que Hayek debe a este respecto a la teoría política de Carl Schmitt según la cual democracia y liberalismo deben ser vistos como conceptos antitéticos.

¹⁵⁷ Mucho más coherente que Rand, la crítica al estatismo de Bakunin (2000:143) reconoce que “la burguesía, en todos los países de Europa, tiene más que nadie miedo a la revolución social y sabe muy bien que contra esa amenaza no tiene otra ayuda que el Estado; por eso quiere y exige siempre un Estado poderoso”.

Es por demás notable que al tiempo que se priva de eficacia política a los movimientos ciudadanos, se promueve la idea de una “democracia económica” así llamada por Mises en su obra *Socialismo* [1922]. En una democracia tal, “el poder de los empresarios depende del voto de los consumidores, que son soberanos, igual que en la política, de modo que la riqueza es siempre el resultado de un plebiscito (...) el hecho de que en esa democracia económica el derecho a voto dependa de la riqueza ni siquiera se plantea¹⁵⁸” (Escalante, 2015:33). La misma crítica podría aplicarse a Rand cuando escribe que “la riqueza, en un libre mercado, se logra mediante un voto libre, general y ‘democrático’, por las ventas y compras de cada individuo que participa en la vida económica de un país. Cada vez que se compra un producto en vez de otro, se está votando por el éxito de algún fabricante. Y, en este tipo de votación, cada hombre vota sólo en esas cuestiones que está calificado para juzgar: sobre sus preferencias, intereses y necesidades” (Rand, 2009:62).

Al argumento democrático del mercado se suma su supuesto carácter de libertad: “toda riqueza es producida por alguien y le pertenece a alguien. Y la virtud especial que permitió al capitalismo dejar atrás a todos los sistemas económicos previos fue la libertad (...) que llevó no a la expropiación, sino a la creación de riqueza” (Rand, 2009:17). De manera similar, Mises (1985:68) argumenta que “la propiedad privada crea para el individuo una esfera en la que es libre del Estado (...) es el suelo donde las semillas de la libertad se nutren y donde la autonomía del individuo y, ultimadamente, todo progreso intelectual y material se fundan”¹⁵⁹. No es que estos argumentos sean exclusivos de Rand y Mises; al contrario, son comunes a un gran número de pensadores, como Milton Friedman quien declaró: “no creo en la democracia, en lo que creo es en la libertad individual en una sociedad en la que los individuos cooperan unos con otros” (citado en Mirowski, 2015:445). Lo que resalta en el caso de Rand y Mises es lo temprano de sus aportaciones y la vehemencia con que argumentaron a favor de la eficacia y moralidad del mercado.

¹⁵⁸ A decir verdad, Mises plantea la cuestión en *La Acción Humana* (2015a:5545), pero la descarta en los siguientes términos: “es verdad que en el mercado los varios consumidores no tienen el mismo derecho al voto. Los ricos emiten más votos que los ciudadanos pobres. Pero esta desigualdad es el resultado de un proceso de votación previo. Ser rico, en una economía pura de mercado, es el resultado del éxito en cubrir de mejor forma la demanda de los consumidores”.

¹⁵⁹ Nuevamente saltan a la vista las similitudes con el discurso de Hitler: “la gente no es de igual valor o de igual importancia [la propiedad privada] sólo puede ser moral y estar éticamente justificada si admitimos que los logros de los hombres son distintos” (citado en Robin, 2019K:4954).

Lo anterior nos lleva a otro punto de acuerdo entre Rand y Mises –y aquí podríamos incluir a Robert Nozick– cuyas consecuencias para una política económica [neoliberal] son de la mayor relevancia: la justificación de la desigualdad. En efecto, si el sistema de mercado es “democrático” y “libre”, las consecuencias que de éste se deriven deben ser, por lo tanto, “justas”. Como lo señala Escalante (2015:169), la lógica del neoliberalismo:

Depende de que en última instancia se pueda afirmar que el resultado de mercado es justo (...) esa convicción de que el mercado es justo, que premia a los mejores, llega al paroxismo en la obra de Ayn Rand (...) sirve de broche para el programa neoliberal en su versión más cruda. Los ganadores, los que han tenido éxito, los ricos, son además los mejores, y hacen bien en olvidarse de los fracasados.

En Mises (1985:31) la impronta es clara: “solamente gracias a que la desigualdad en la riqueza es posible en nuestro orden social, solamente porque estimula a todos a producir tanto como puedan al costo más bajo, tiene la humanidad hoy en día a su disposición la riqueza total disponible para el consumo”; por su parte, Rand (2009:36) sostiene que “la abundancia de los Estados Unidos no fue creada mediante sacrificios públicos dedicados al ‘bienestar general’, sino por el genio productivo de hombres libres que persiguieron sus intereses personales en la construcción de sus fortunas privadas”. En ambos casos sus argumentos los llevan a rechazar los impuestos a la riqueza, ya sea por afectar la “eficiente” distribución de los mercados –Mises–, ya sea por ser inmorales –Rand.

Es así como dos fundamentos de la doctrina liberal clásica que se habrían esgrimido contra el poder de los regímenes aristocráticos autoritarios, Democracia y Libertad, son reinterpretados y encasillados dentro de un marco de económico, el libre mercado, para justificar un autoritarismo en el que la desigualdad es inevitable y necesaria. En palabras de Mirowski (2015:438):

Los neoliberales proclamaron la desigualdad de los recursos económicos y los derechos políticos no como un desafortunado producto colateral del capitalismo, sino como una característica funcional necesaria de su sistema ideal de mercado. La desigualdad no es sólo el estado natural de las economías de mercado, sino que es una de sus principales fuerzas motrices para progresar. Por lo tanto los ricos no son parásitos, sino (convenientemente) una bendición para la humanidad. Las personas

deben ser animadas a envidiar y emular a los ricos. Las demandas por la igualdad no son más que las uvas amargas de los perdedores o, por lo menos, las reliquias atávicas de viejas ideas de justicia que deben ser extirpadas de la mentalidad moderna.

Si tal es el culmen del pensamiento neoliberal, no es difícil reconocer en Rand un aporte invaluable para el pensamiento neoliberal en su cruzada por desplazar a las “viejas” ideas de justicia social por un nuevo paradigma en el que la desigualdad, el derecho del Atlas empresario a levantarse por sobre la mediocridad envidiosa, toma el papel de motor de la historia y la sociedad.

- o -

A pesar de tan marcadas coincidencias entre neoliberales y randianos, no podría terminar este capítulo sin atender a la observación de Dardot y Laval (2013K:8861) de que “en cuanto a la reclamación libertaria de una abolición del Estado, o en su reducción a un Estado mínimo, no es un ‘ultraliberalismo’ sino *otro* liberalismo cuya relación con el neoliberalismo no puede reducirse a una simple diferencia de grado”. Al insistir en la necesidad de un Estado mínimo, Rand parece haber abierto una brecha insalvable entre su ideal de gubernamentalidad y el de los neoliberales reunidos en la Sociedad Mont Pelerin.

En las páginas precedentes he tratado de tender algunos puentes sobre la brecha apuntando a la liviandad analítica del objetivismo y el mayor “realismo” del neoliberalismo que llevó a éstos a reconocer la necesidad histórica de un Estado fuerte que salvaguarde un marco legal para los mercados mientras que Rand, aun al precio de incurrir en fuertes contradicciones, simplemente se negó a llevar su programa teórico a su última consecuencia: el anarquismo. “Cada época –escribe Piketty (2019:13) – produce un conjunto de discursos e ideologías contradictorias con el objetivo de legitimar la desigualdad tal como existe o debería existir”. En este sentido, no puedo más que aludir a la observación de Mirowski (2015:440) de que “como todo movimiento político realmente poderoso, el neoliberalismo intenta reconciliar cualquier número de antinomias implícitas cuadrando el círculo repetidamente”. No de otra manera operó Rand, cuadrando el círculo del libertarismo hasta hacerlo compatible con un Estado mínimo.

No deja de ser verdad, sin embargo, que al operar de esta forma Rand buscaba el camino hacia una gubernamentalidad diferente a la desarrollada a la largo del siglo XX y que hoy alcanza su mayor desarrollo en la forma de un “colonialismo neoliberal” (Gandarillas, 2018) en el que mercados y Estado se coluden para ejercer una hegemonía sin oposición en el horizonte del pensamiento político contemporáneo. Es remarcable, en este sentido que justamente las dos tentativas de una gubernamentalidad alternativa a los que Dardot y Laval aluden como posibles aunque insuficientes vías para eludir los vicios del Estado tengan algunos destellos en el pensamiento de Ayn Rand. Dichas alternativas son el *legalismo racionalista* de Rousseau, por un lado, y la *gestión técnica industrial* de Saint Simon, por el otro.

En el caso de Rousseau, se trata de un ideal social en el que las leyes políticas adquieren un carácter absoluto, una “soberanía racional” que desplaza a la necesidad de un gobierno intervencionista. “La idea sería –observan Dardot y Laval (2013K:8892)–, que el carácter de las leyes permitiera a los hombres prescindir de todo gobierno”. La misma pulsión racionalista aparece en Rand, en cuyo ideal de capitalismo la inflexibilidad racional de la ley hace superfluo al gobierno más allá de un estrecho margen de irracionalidad para el que un mínimo de coerción es necesario. En palabras de Rand, el gobierno existe para “dirimir conflictos entre individuos racionales” y nada más. La semejanza entre ambos pensadores, como se narró en el *Capítulo II* de la presente tesis, fue detectada por Mises en el momento en que conoció a Rand durante una cena organizada por Leonard Read en la década de los 50s. La principal diferencia entre sus posturas radica en que mientras para Rousseau esta racionalidad legal es una manifestación de la “voluntad general”, para Rand se trata de una expresión de la racionalidad egoísta cuya encarnación sería, precisamente, ella misma.

En el caso de Saint Simon y su ideal de un “régimen administrativo-industrial” que pudiera desplazar al “régimen gubernamental-militar”, o en otras palabras, una sociedad en el que la coerción política es sustituida por la inteligencia técnica, nuevamente encontramos fuertes ecos de este ideal en el pensamiento de Ayn Rand, nada sorprendentes debido a su paso por la universidad soviética de Petrogrado y su experiencia en la Unión Soviética cuyo ideal social era precisamente el del proletariado tomando el control de las fábricas. Como lo señalan Dardot y Laval (2013K:8913), “en la sociedad industrial, la acción gubernamental

queda reducida al mínimo y tiende a cero, de modo que el gobierno regido por la verdad es el gobierno que gobierna lo menos posible y *tiende a su propia supresión*". De la misma forma, una sociedad en la que el Atlas empresario toma las riendas de la gestión industrial apoyado en la racionalidad más pura, es decir, la más capitalista, la injerencia del gobierno en la economía no sólo es innecesaria, sino que es irracional. De aquí la validez de aserción de Weiner (2016:16) de que "los Atlas de la industria en las novelas de Rand son tecnócratas ejemplares". Evidentemente, la diferencia entre ambos pensadores radica en que mientras para el pensador francés este ideal industrial conlleva la gestión socialista de la empresa, para Rand se trata de la forma más pura posible de capitalismo.

Más allá de la brevedad de estas acotaciones, creo posible reconocer en el pensamiento de Ayn Rand una tentativa por romper con los marcos tradicionales del gobierno, un esfuerzo intelectual por matar al Leviatán. Su insistencia en la primacía del mercado y el rol fundamental de la "mente creativa" encarnada en el empresario capitalista, sin embargo, la acercaron una y otra vez al planteamiento neoliberal sin que se salve completamente la brecha que los separa. Como lo señala Duggan (2019:87), Rand "promovió al Empresario-de-Sí-Mismo, atacó a la solidaridad y al socialismo, y posó como el rebelde último, el ícono de la libertad capitalista. En esto, se plantó junto a, antes que dentro de, el proyecto neoliberal"; y se plantó a su derecha: en el extremo del libertarismo que colinda con el vacío anarquista, a un paso de la caída en el caos informe pero sostenida por una confianza inquebrantable en la razón, mejor dicho, en que la suya era la única razón válida, la única verdad objetiva.

Al concluir su estudio sobre el neoliberalismo, Mirowski (2015:445) denunció el carácter de "doble verdad" que permea todo el proyecto intelectual que lo sustenta, y que se manifestó de forma notable en su principal representante: "Hayek había negado a los otros la verdadera cosa que dotaba a su vida de un significado: el derecho a teorizar sobre la sociedad como un todo, a reclamar para su persona el entendimiento y propósito de la evolución humana, y la capacidad de imponer su visión sobre ellos a través de un proyecto político que raya en el totalitarismo". La misma presunción de infalibilidad es el sello característico del objetivismo y de su polémica creadora, con la salvedad de que donde Hayek incurrió en la hipocresía de una doble verdad, Rand dio muestras el más descarado cinismo:

creía tener la verdad absoluta sobre la sociedad y no temía ser despótica contra aquel que osara contradecirla aun cuando esto significara, como sucedió, condenarse al aislamiento y el resentimiento. De aquí que Rand y sus seguidores se resistan a ser encasillados en el molde neoliberal sosteniendo siempre que el suyo es “otro” liberalismo. Y en verdad lo es: un liberalismo más radical, menos consciente de la historia, menos empático con el sufrimiento y más propenso al anarquismo libertario –si las pasiones humanas son ajenas al poder– o al totalitarismo de mercado –si la vehemencia predomina en el espíritu de Atlas que no dudarían en usar todo el poder a su alcance con tal de que prevalezca *su* verdad–. No es, al final, el neoliberalismo el que se alimenta de las prédicas randianas, sino el objetivismo el que mantiene su vigencia gracias al ethos neoliberal. Ambos caminan codo a codo, tratando de marcar las distancias, pero siguiendo un mismo camino pavimentado por una semántica y un deseo común: el triunfo del mercado ya sea por la disolución de su mayor opresor, el Estado, o convirtiéndolo en un instrumento de su operación.

CONCLUSIONES

Después de esta prolongada revisión de la vida y obra de Ayn Rand, de la crítica de las ideas económicas presentes en sus ensayos y novelas y, por último, del análisis de su relación con el neoliberalismo a nivel teórico, político y cultural, queda solamente una pregunta por contestar y que dota de un aura de interés científico –en tanto la historia es una ciencia que busca dar respuesta a problemas de la actualidad mediante el estudio del pasado– a la figura de Rand: *¿cómo se explica que una escritora tan controversial, que novelas de un dudoso valor literario y llenas de peroratas económicas, hayan tenido y sigan teniendo tanta influencia?*

Entre los estudios que se revisaron para la elaboración de la presente tesis, sólo Robin (2019K) se plantea la pregunta de forma explícita en los siguientes términos: “¿cómo una personalidad tan mediocre, una segundona en toda la regla, ha podido ejercer una influencia tan grande y prolongada en la cultura estadounidense?” (2017K:5058). La respuesta que da apunta hacia la plasticidad política y cultural que muchos críticos han denunciado en el modelo del *american way of life*: “lejos de requerir una explicación, su éxito se explica por sí mismo. Rand trabajaba en un terreno de pruebas típicamente estadounidense –junto a Richard Nixon y Ronald Reagan, junto a Steve Bannon y Glenn Beck–, donde la basura logra gravitar y la estupidez se bendice. Allí aprendió que los sueños no se hacen realidad. Son realidad” (5078-82). En otras palabras, la sociedad que democráticamente eligió a Donald Trump –un personaje de reality show– y a Ronald Reagan –un actor de Hollywood– es también la que encuentra en Rand –una escritora de *best sellers* románticos– un referente literario apropiado para sus convicciones, mejor dicho, para sus prejuicios políticos.

No es necesario que una gran mayoría haya estudiado su “filosofía” –aunque la “minoría” de admiradores de sus novelas se cuenta por millones–, sino que basta con que su influencia se haya expandido gracias a unos cuantos “vendedores de ideas de segunda mano”, algo que Hayek tenía muy claro al fundar la Sociedad Mont Pelerin. Locutores de radio y televisión, articulistas y polemistas de periódico o propagandistas de youtube han ayudado a lo largo de décadas a transmitir su mensaje político pro-capitalista, tergiversándolo o enfocándolo a unas cuantas máximas de atractivo político, pero conservando siempre una convicción que compensa los huecos “filosóficos” de su mensaje. Quizá sea ésta la lección

más importante que Rand heredó a sus epígonos: un sentido de infalibilidad a prueba de crítica. Y esta condición, como debería ser evidente a toda persona con una mínima noción de la condición actual de los debates en internet, es la principal característica de la polarización política contemporánea: el maniqueísmo, o radicalismo como le gustaba referirse a Rand sobre su postura política, son más rentables que la profundidad filosófica en el “mercado” político y cultural contemporáneo.

En una vena similar, la profesora McCloskey opina que la razón del éxito de Rand se debe a que “la gente es incapaz de articular una teoría que vaya más allá de un ingenuo ritualismo o un ingenuo individualismo proporcionado por algún filósofo del pueblo que ha leído a Ayn Rand” (McCloskey, 2015:167). Su popularidad, en otras palabras, se debe a un ambiente cultural en el que el maniqueísmo se junta con la ignorancia masiva. Rand ofrece “verdades” sin matices, su lógica no deja espacio para refutación alguna y, por lo tanto, halaga al sentido común de la masa que encuentra un referente en su individualismo egoísta. Al igual que muchos de los norteamericanos que votaron por Donald Trump, los lectores de Rand suelen admirar en ella que “dice las cosas tal y como son”; lo que suele significar que “dice las cosas tal y como yo creo que son”. La polarización política –que no es igual a la democrática pluralidad de opiniones, si no a la adopción de posturas extremas que no admiten dialogo ni consiliación– y la ignorancia algorítmica de la era del internet abonan el terreno para la popularidad de una escritora que vive en las antípodas del diálogo democrático.

Antes de avanzar, creo pertinente hacer una precisión respecto a la frivolidad cultural norteamericana a la que se hace mención en los párrafos precedentes, ya que si bien las críticas al modelo pseudo-civilizatorio de *shopping* y *big mac* no carecen de fundamento, hay otra cara de este pueblo que se refleja, limitándonos a la literatura del siglo XX que es donde se debe ubicar, nos guste o no, la obra de Rand, en una lista¹⁶⁰ que incluye a nombres como Ernest Hemingway, William Faulkner, Saul Bellow, John Dos Passos, Carson McCullers, Ray Bradbury, Phillip Roth, Flanery O’Connor, Henry Miller, Arthur Miller, Truman Capote, Harper Lee, Henry James, H. P. Lovecraft, Shirley Jackson, Raymond Carver, Don

¹⁶⁰ Esta lista, evidentemente incompleta, incluye solo a los autores cuya obra se revisó de forma colateral a las indagaciones propiamente académicas de la presente tesis. A final de cuentas, Rand debió su fama a sus obras literarias y era necesario conocer el ambiente en el que éstas fueron producidas.

Delillo, E. L. Doctorow, John Fante, F. S. Fitzgerald, Jack Kerouac, Cormac McCarthy, J. D. Salinger, Patricia Highsmith, Sinclair Lewis, Susan Sontag, John Steinbeck, Tennessee Williams o William Burroughs entre decenas de otros destacados escritores. Lo notable para nuestra investigación es que lejos de sentirse complacida por formar parte de la que quizá sea la generación literaria más vibrante del siglo XX, Rand despreció a sus contemporáneos acusándolos de promover una idea errónea, o en sus propias palabras “inmoral”, del ser humano y de los Estados Unidos. Muchos de los escritores mencionados expresaron en sus obras una profunda crítica a la sociedad norteamericana, ya fuera denunciando el racismo tribal o el tradicionalismo metodista del Sur profundo (Faulkner, O’Connor, Harper Lee y McCullers); criticando la superficialidad de la vida en las grandes ciudades con el sentimiento de vacío espiritual que la acompañaba (Fitzgerald, H. Miller, Capote y Below); los horrores del capitalismo financiero durante la Gran Depresión (Steinbeck y Williams); o incluso del anti-comunismo imperante durante la postguerra (A. Miller y Roth). Nada más lejano al idealismo randiano que, a pesar de todo, veía en Norteamérica a la cumbre de la civilización, no por su literatura o por el Jazz –la expresión más viva del desarrollo cultural norteamericano y encarnación estética del valor más profundo y despreciado de su historia: su origen multiétnico– sino por su culto a los negocios.

Hecha esta precisión, podemos concluir en una primera aproximación a la cuestión que la influencia de Rand se explica por un ambiente cultural propenso a la mediocridad, más o menos por la misma razón que en la actualidad el éxito de una película en el cine parece ser inversamente proporcional a la calidad de su guion. Es en este sentido que Robin (2019K:4810) afirma que “para entender cómo Alisa Rosenbaum creó a Ayn Rand no tenemos que remontarnos hasta la Rusia prerrevolucionaria, que es el error que comenten sus biógrafos, sino hasta su destino al dejar la Rusia soviética en 1926: Hollywood”. Ayn Rand es, según esta apreciación, un engendro hollywoodense en el peor sentido de la imputación: una producción que halaga al gusto vulgar por su ausencia de matices. En las novelas de Rand el bien y el mal aparecen claramente separados en un mundo en el que –al igual que en las peores producciones pseudo-heroicas del cine norteamericano comercial– el bien reviste todas las virtudes, desde las morales hasta las físicas, mientras que el villano es un monstruo moral y físicamente que al final sucumbe ante la inamovible voluntad del héroe. El bien es el capitalismo, el mal es todo aquello que no lo sea, incluso el capitalismo histórico con sus

hegemonías y sus imperios. Rand ofrece una fórmula segura para el éxito comercial y el cinismo en una sociedad arrastrada a los extremos de la intolerancia por un sistema de información que se basa en profundizar las diferencias de opinión creando una convicción radical en los prejuicios propios que no admite duda ni miedo: con nosotros Dios, ¿quién contra nosotros?

- o -

A pesar de que esta primera aproximación a la cuestión de éxito randiano no carece de mérito, creo necesario notar que es inconsistente con el planteamiento desarrollado por el mismo profesor Robin en el resto de la obra en la que se insertan esta reflexión. En efecto, la tesis central de *La Mente Reaccionaria* es que el conservadurismo debe entenderse como “una meditación, así como una versión teórica, sobre la experiencia de tener el poder, verlo amenazado e intentar recuperarlo” (Robin, 2019K:185). Dicha experiencia tuvo su génesis histórica en la reacción aristocrática contra la Revolución francesa –a la que Edmund Burke despreció como un movimiento de masas brutales– y se reavivó en el siglo XX con la Revolución soviética –a la que Rand descalificó en términos similares–. Asimismo, agrega más adelante Robin, “la posición conservadora no se basa en la simple defensa del lugar y los privilegios que le corresponden a uno mismo (...) sino en la convicción genuina de que un mundo emancipado sería feo, brutal, vil y aburrido. Y carecería de la excelencia de un mundo en el que el mejor hombre mande al peor” (Ibid.:441).

No es muy difícil constatar que tal imagen de un mundo sumido en la brutalidad y la fealdad debido a la insubordinación de los inferiores frente a los egregios es una constante en la obra de Rand –presente en *La Rebelión de Atlas*, pero también en *Himno y Nosotros los Vivos*– y que tuvo origen en su traumática experiencia soviética tal como se relató en el *Capítulo I* de la presente tesis y que Duggan (2019:32) sintetiza la importancia de este periodo en los siguientes términos:

El asombroso desprecio por “los otros” y la indiferencia hacia el bienestar social amplio, el indignado sentido de merecimiento de cara a la pérdida, su dura visión sobre la “muchedumbre” y los inferiores sociales, la celebración de la dominación, el desprecio moralizador hacia la discapacidad percibida y la incapacidad, la estructura

entera de sentimientos que atraviesa el trabajo de Rand se forjó en la Rusia contrarrevolucionaria.

Así pues, aunque la conjetura de que Rand es un producto de Hollywood parece correcta, es también una conjetura incompleta. Con toda su ligereza y maniqueísmo, Rand canaliza ideas más profundas que las que su obra pueda contener; ideas de un mayor espectro intelectual y de una tradición para nada marginal, la del *conservadurismo*, que la hacen atractiva no sólo a las masas carentes de criterios intelectuales o estéticos, sino a una facción de la élite política y económica de los Estados Unidos, pero que tiene adeptos a lo largo y ancho del mundo y México no es excepción. Evidentemente, lo hace con un lenguaje atractivo a las masas –el lenguaje del romance hollywoodense–, lo que la diferencia de pensadores del conservadurismo más serios como Edmund Burke o el mismo Friedrich Hayek.

Es verdad, como ya he relatado en el *Capítulo II* de esta investigación, que el ateísmo de Rand la alejó del núcleo intelectual conservador de los Estados Unidos creando la imagen de dos posturas irreconciliables que hasta la fecha sus más vehementes seguidores, como Gloria Álvarez Cross, utilizan para trazar una línea entre su libertarismo y la izquierda progresista tanto como de la derecha conservadora. El libertarismo, en este sentido, es el plus ultra del sentimiento pro-capitalista que trasciende a todas sus alternativas. Pero a medida que el conservadurismo se ha alejado de su raíz religiosa, o al menos ha puesto más énfasis en otros motivos como el elitismo económico, las peroratas de Rand se han vuelto menos radicales y han sido, por tanto, asimiladas en el corpus del conservadurismo. Ya con Ronald Reagan, pero sobre todo con Donald Trump, declarado admirador de *El Manantial* de Rand, el aspecto económico del conservadurismo desplazó al elemento religioso.

Cabe aquí un paréntesis ya que parece arriesgado afirmar que el obtuso expresidente Trump haya siquiera leído un libro. Para analistas como Steinsleger (2019e), sin embargo, “carece de importancia si el Presidente de los Estados Unidos leyó (o no) a la escritora rusa (...) el pensamiento de Rand se inspira en personajes como Donald Trump”. Asimismo, Pardo (2018e) observa que “Rand y Trump están en la misma página mental: la idealización del éxito”. La descripción de Enrique Krauze a propósito de la visita a México del entonces candidato a la presidencia de los Estados Unidos [1 Septiembre de 2016] podría aplicarse a los héroes de Rand: "Donald Trump es un sociópata borracho de sí mismo. Su religión es el

odio. Su Dios es Donald Trump” [*Revista Letras Libres, No. 214. Octubre de 2018*]. Habrá que conceder, sin embargo, que a diferencia de Trump, los héroes de Rand demuestran, por lo menos, inteligencia. Pero sea o no Trump una encarnación del arquetipo empresarial randiano, el hecho es que *La Rebelión de Atlas* se ha convertido en una guía más adecuada para entender el conservadurismo norteamericano que la Biblia. Parafraseando una famosa declaración de Joan Robinson respecto a su postura política, podemos concluir que no son las ideas de Rand las que se han desplazado hacia el centro, sino que el centro se desplazó hacia la derecha. Mientras esta polarización esté vigente, su influencia perdurará.

Podemos agregar al conservadurismo implícito en la obra de Rand la presencia de otro tema que hace de sus escritos una lectura que “estimula” algunas de las fibras más sensibles del idealismo norteamericano: el *excepcionalismo individualista*. Más que una fundadora, Ayn Rand adoptó el credo que ya formaba parte de la consciencia social norteamericana que por poco más de dos siglos ha servido para atar la “mano visible” del Estado. Refiriéndose al primer éxito comercial de Rand, *El Manantial*, Duggan (2019:33) observa que “elabora temas centrales del excepcionalísimo norteamericano –individualismo autosuficiente y la creatividad dinámica permitida por la libertad capitalista”. En Rand estos temas propios del imaginario norteamericano son llevados al extremo: el individualismo autosuficiente se vuelve egoísmo cínico, la creatividad productiva toma el lugar de motor de la historia de la civilización y, por tanto, la libertad –entendida como ausencia de coerción– no admite concesiones: libertad o barbarie. La libertad para hacer dinero, mejor dicho, se sitúa por encima de cualquier pretensión de libertad política, sobre todo las libertades de vivir sin penuria y sin miedo refrendadas por F. D. Roosevelt en un famoso discurso del que Rand hizo mofa continuamente, férrea en su convicción de que la libertad es sólo tal en manos de los más fuertes, de los Atlas capitalistas.

En una palabra, en tanto la cuestión de la libertad individual sea un tema a debate y haya quien refrende la libertad económica por sobre cualquier consideración social, se abrirá un resquicio para que la influencia de Rand siga vigente. No es pues sorprendente que recientemente, en octubre del año 2020, el economista Paul Krugman haya causado la indignación de los admiradores de Rand al titular su columna del New York Times “*How Many Americans Would Ayn Rand Kill?*” (Krugman, 2020e), en relación a los eventos de la

pandemia del Covid-19 y la necesidad de combatir el egoísmo que ha llevado a muchos norteamericanos a desatender las medidas sanitarias por considerarlas una violación a su libertad individual, o en palabras de Krugman, su libertad para contagiar a otros. Debido a una protesta del Instituto Ayn Rand, el título de la columna tuvo que ser cambiado. El mensaje, sin embargo, persiste: el egoísmo promovido por Ayn Rand está vigente en los Estados Unidos de América.

Igual de atractivo para el ideario norteamericano es el *anti-comunismo*, aunque en este caso se trata más de un añadido del siglo XX que de una evocación de los “padres fundadores”. Fue por este motivo que la más crítica de sus novelas en tanto a su contenido de denuncia del régimen bolchevique haya sido la menos popular en un principio. Como se señaló en el *Capítulo I*, en el momento en que se publicó *Los que Vivimos* (1936), el anti-comunismo no era un tópico central de la ideología política norteamericana e incluso muchos veían con simpatía una doctrina política que presentaba una alternativa a los estragos del capitalismo financiero que para la fecha se sentían todavía con gran fuerza en Norteamérica. Fue sólo después de la Segunda Guerra Mundial con el ascenso de la Unión Soviética y en el marco de la Guerra Fría cuando Rand se convertiría, junto al senador Joseph McCarthy, en una de las voces de denuncia más influyentes en la escena política norteamericana (ver *Capítulo II*). Hay pues que reconocer que, cuatro décadas antes de que Solzhenitsyn presentara al mundo su *Archipiélago Gulag* (1973), Rand había ya literaturizado su denuncia al régimen soviético con tonos autobiográficos de desgracia que pasarían a ser parte del ideario anti-comunista norteamericano que no ha desaparecido del todo.

Lo anterior no implica darle un papel preponderante a las ideas de Rand en la construcción intelectual del *conservadurismo*, del *individualismo* o incluso del *anti-comunismo* que ya se vislumbraba en las reservas que el Presidente Woodrow Wilson sentía hacia la Unión Soviética y que fueron tema común de la charla antisindical de los años 20s tal como se relató en el *Capítulo I*. De la misma forma, como se hizo patente en los *Capítulos III* y *IV* de la presente disertación, podemos agregar que sus ideas propiamente económicas fueron en su mayoría tomadas de la Escuela Austriaca, específicamente de Ludwig von Mises, el patriarca neoliberal con quien Rand tuvo la mayor compatibilidad ideológica. Así pues, en todos estos casos su papel se reduce al de una vehemente divulgadora. Su servicio

para estas tradiciones intelectuales ha sido, en otras palabras, más el de una reclutadora que el de una “intelectual orgánica”. Es en este sentido que Duggan (2019:52) concluye que “las ideas de Rand no son esenciales para su influencia. Su obra respalda al capitalismo corrosivo que yace en el corazón del neoliberalismo, pero pocos de los promotores y agitadores leen sus obras de no-ficción”. En efecto, más allá de las estrechas fronteras del objetivismo insitucionalizado, a Rand se le reconoce como escritora de *best sellers*, no como filósofa. Allí la ironía y su desgracia: el eterno sentimiento de soledad e incompreensión que la acompañó a pesar de ser una de las escritoras más leídas del siglo XX en Norteamérica, pero no por las personas a quienes buscaba transformar a su credo, es decir, los intelectuales.

Por último, quisiera agregar a la lista de tópicos presentes en los escritos de Ayn Rand –*conservadurismo, individualismo y anti-comunismo*– un ulterior tema que ayuda a explicar su gran atractivo ideológico. No se trata, como en los casos mencionados, de un tema político-económico, sino de un motivo que bien podemos llamar “mítico” y que lejos de representar un mero adorno folklórico, se ubica en la base misma de la civilización occidental en tanto reconozcamos que ningún proyecto civilizatorio es posible sin una base mítica que le de sustento. Me refiero a la evocación del mito de Prometeo tal como aparece en su obra cumbre, *La Rebelión de Atlas*, pero que ya se deja ver en su novela *Himno*. No se trata, evidentemente, de una interpretación fiel de la leyenda griega, sino de una versión del mito tal y como se construye a partir de la Modernidad.

Entendida como momento de transformación de la subjetividad (Sloterdijk, 2007) que inicia con el descubrimiento, o mejor dicho, la invención de América (O’Gorman, 2006), la Modernidad alcanza su “primera madurez” durante el Renacimiento en el que, entre muchas otras manifestaciones de la emancipación de la razón de las cadenas teológicas, el mito de Prometeo sufre una adecuación que consiste en la “humanización” del Titán: “Prometeo es ahora visto como un hombre rebelde que se levanta frente a los dioses” (Hinkelammert, 2007:9). Al tener al hombre como centro de sus cavilaciones y sus esperanzas, la subjetividad moderna adopta al Prometeo-humano como estandarte de la emancipación de la razón frente a la fe cuyo correlato político es la revuelta del individuo (burgués) frente a la autoridad del Estado eclesiástico feudal. Prometeo (ciencia y filosofía) roba el fuego de la razón a los dioses (religión) para entregarlo al hombre y liberarlo de su ignorancia.

En *La Rebelión de Atlas* este mito fundacional es reinterpretado para decretar una segunda rebeldía no ya frente a los dioses, sino frente a la sociedad: una rebelión no de la ciencia y la filosofía contra la ignorancia, sino de los negocios frente a una ciencia y una filosofía corrompida por los imperativos de la democracia cuya crítica constituye el que quizá sea, como se argumentó en el *Capítulo V*, el punto de encuentro más estrecho entre Ayn Rand y el neoliberalismo. En este sentido, la novela cumbre de Rand es un llamado a una rebelión contra la piedra sobre la espalda de Atlas, la condena de los empresarios a vivir en sociedad de inferiores que exigen derechos amparados por una idea del bienestar y la igualdad que amenaza con destruir el imperio de los negocios. No son los dioses, sino el Estado quien condena a Atlas. Hay que romper las cadenas que atan a Prometeo a la piedra. Tal como aparece en la novela, el mito se tergiversa para culpar a los malagradecidos que no aprecian el don del fuego entregado por Prometeo, la producción y la riqueza que les es “regalada” por los titanes empresariales. Atlas renuncia a cargar la piedra, el fuego es retirado a los hombres que, sin sus héroes, se sumen en la oscuridad e ignorancia del colectivismo.

Parece adecuado notar en este punto que una de las críticas a los intelectuales más reiterada en las obras de Rand es su supuesta propensión a la tergiversación de los significados, o como Rand lo llamó, la creación de “anti-conceptos” entendidos estos como “un término innecesario y racionalmente inútil, diseñado para remplazar y obliterar un concepto legítimo”¹⁶¹. Pues bien, a parte de sus evidentes faltas al momento de definir conceptos tan fundamentales a su obra como altruismo o egoísmo, quizá no haya un ejemplo más claro de un “anti-concepto” presente en las obras de Rand que su concepto de “héroe”, pues la característica más propia del heroísmo es, precisamente, la de su sacrificio por la comunidad. En su novela cumbre Rand despoja al héroe de su esencia y en su lugar coloca una fuerte carga de individualismo y algo de erotismo. Cual Frankenstein, el “Prometeo moderno” de Rand es un amasijo de contradicciones, provocador y atractivo, pero carente de corazón. No es el sacrificio sino el egoísmo lo que caracteriza esta versión caricaturizada del heroísmo que si bien es patética en su esencia, es atractiva en su mensaje.

En resumen, una segunda respuesta al porqué de la popularidad de Rand que se basa en lo que podemos llamar sus “temas intrínsecos”, nos remite a las cuestiones que convergen

¹⁶¹ <http://aynrandlexicon.com/lexicon/anti-concepts.html>

en su obra: *individualismo, anti-comunismo y conservadurismo*, desde una perspectiva socio-política, y la *evocación de Prometeo*, desde una óptica mítica fundacional. La gran capacidad de síntesis y el don para el aforismo que ha sido reconocido en las obras de Rand tanto por apologistas como detractores, se entiende a la luz de estas reflexiones con un amontonamiento de tópicos que han sido despojados, apropiados, reinterpretados y adecuados a una doctrina que se mantiene en pie gracias a la inamovible presunción de infalibilidad de su autora. Es por ello que desde Silicon Valley hasta la Casa Blanca, de Ronald Reagan a Donald Trump, de Jair Bolsonaro a Ricardo Salinas Pliego, la influencia de Ayn Rand roza diversos universos ideológicos y es muy útil para atraer adeptos, siempre y cuando no se preste mucha atención a sus contradicciones.

- o -

Paso con esto a una tercera explicación de la influencia de Rand que cambia el foco de atención de la vacuidad política norteamericana y los tópicos implícitos en sus obras hacia el egocentrismo juvenil y la sexualidad que permea sus novelas, con sus triángulos amorosos y sometimiento sexual que raya en la apología de la violación, pero que a pesar de haber causado el rechazo del conservadurismo clásico norteamericano, la acercaron al conservadurismo reformado de la New Right durante las décadas de los 60s y 70s (ver *Capítulo II*). En efecto, como también se hizo énfasis en el *Capítulo V* del presente estudio, el cénit del influjo cultural randiano se dio a la par de los movimientos juveniles en los que la liberación sexual y la realización del individuo tuvieron un papel primordial en el discurso de una auténtica revolución cultural que pretendió trastocar las bases de la sociedad misma: la familia y el Estado.

A pesar de que las vertientes de dicha revolución cultural, o mejor dicho, *contracultural*, fueron amplias e incluso contradictorias en algunas de sus demandas, es un hecho que diferentes grupos de admiradores, mayormente clubes universitarios “de derecha” de las principales universidades norteamericanas de élite, ávidos de una guía moral congruente con el espíritu de rebeldía del tiempo pero al mismo tiempo ajenos a la influencia que el socialismo proyectaba sobre su contraparte “revolucionaria” de izquierdas, encontraron en las obras de Ayn Rand un referente adecuado a su experiencia. A pesar de que la rebeldía contracultural fue apagada bajo el peso de una contra-revolución política que

encontró en el slogan “orden y progreso” una justificación para acallar las voces de denuncia (Suri, 2009), el destino de muchos de los admiradores de Rand en la década de los 70s fue el de la administración tanto de grandes empresas como del gobierno mismo a través de la New Right y, en este sentido, su influencia sigue permeando hasta nuestros días.

Es notable, sin embargo, que haya sido en un contexto de ruptura cultural cuando la influencia de Rand creciera y es probable que su mensaje gane adeptos cada vez que el sistema sufre una sacudida de este tipo: al aislarse de toda otra doctrina política, el mensaje de Ayn Rand se presenta siempre como una alternativa. No obstante, es necesario notar que no fueron sus ideas políticas o económicas las que ayudaron a zanjar su atractivo entre los universitarios, sino las que ella misma llamaría ideas “morales” y que se condensan en el título de su obra *“La Virtud del Egoísmo”*. Su moral del egoísmo fue recibida por una generación que enfatizó el egoísmo como forma de rebeldía, y en la medida en que el egoísmo es parte de la condición humana, las obras de Rand encontrarán un terreno fértil para sembrar su semilla. Valga notar con respecto a esta propensión innata al egoísmo –que en el darwinismo social más crudo del que Rand es representante se presenta bajo la forma de un “instinto de supervivencia”–, que la perorata pseudo-moralista randiana no miente al declarar que el ser humano es egoísta, sino al hacer del egoísmo la única motivación válida y racional de la acción humana. En sentido contrario, la falacia randiana llega a un reduccionismo en el que el altruismo es equiparado con la inmolación del individuo. Pero cualquiera de los extremos, el desapego absoluto que llevaría al suicidio colectivo o el egocentrismo extremo que erradicaría toda convivencia social, no son modelos realistas de la sociedad.

Es pues significativo que la misma ausencia de matices que hace atractivas a sus obras a las mentalidades más obtusas, es la misma que decreta la impracticabilidad de su utopía. Ni egoísta absoluto ni ausencia de individualidad, en el ser humano coexisten las pulsiones más contradictorias y anular una en pro de cualquier otra, equivale a acabar con su humanidad. Individuo y sociedad no son términos antitéticos, como suponía Rand llegando a declarar que “la sociedad no existe” y que sólo hay realidad en la experiencia individual (Ver *Capítulo III-introducción*). Con mayor profundidad, John Dewey –cuyo pragmatismo Rand despreció– reconocía que toda experiencia individual es siempre una experiencia social. Comenzando con la lengua y escalando en una serie de determinaciones que moldean

nuestra concepción del mundo, no hay significación posible de la palabra individuo que anule su parte social, su existencia como parte de una sociedad. Sociedad e individuo no sólo no son conceptos excluyentes, sino que son mutuamente necesarios. La sociedad no es igual a una simple suma de individualidades, sino que de su conjunto emerge algo que lo sobrepasa dotado de sentido cada una de las existencias que lo conforman. Aquí se revela el simplismo de la doctrina “objetivista” que a fuerza de ser “absoluta” es también una caricaturización de la realidad enmarcada en dislates románticos de una escritora de *best sellers*.

Pero no fue solamente debido a su apología de la liberación sexual que las novelas de Rand encontraron un nicho receptivo entre la juventud norteamericana, sino que también compartió su principal motivo político, la crítica al Estado. La paranoia anti-estatista que desde muy temprano se manifestó en Rand y sus contemporáneos del Coloquio Lippman que los llevó a denunciar la “amenaza roja” oculta detrás del New Deal (ver *Capítulo I*), cobró sentido a la luz de los eventos de la Guerra Fría. Los jóvenes universitarios, movidos unos por el desprecio a la guerra de Vietnam, otros por el miedo al reclutamiento, hicieron del gobierno el foco de sus ataques, ya fuera, desde la izquierda, por ser un representante de los intereses capitalistas o, desde la derecha, por destruir lo más valioso del capitalismo: su individualidad. La elección de una postura parecía estar determinada por la condición social. Lo importante era refrendar la libertad del individuo frente a la opresión y el Estado es la opresión por antonomasia. Nuevamente hay que notar que no fue Rand la que creó este deseo de emancipación entre la juventud norteamericana, sino el deseo el que ayudó a elevar las obras de Rand desde el marginalismo hasta la cumbre del éxito comercial.

No es pues sorprendente que un segundo “momento randiano” se haya vivido tras la crisis financiera de 2008, ya que a pesar de la evidente responsabilidad que las instituciones financieras privadas tuvieron en el desarrollo de los eventos que acarrearón el colapso bursátil, en el análisis final, y en gran medida debido al rescate bancario que se operó para frenar los estragos económicos, pero también gracias al ímpetu de los críticos libertarios, el gobierno federal y la misma FED valorada como un instrumento del Estado se convirtieron en el receptáculo de las más severas críticas, llegando incluso a propiciar el surgimiento de un movimiento que aspiró a transformar la estructura del poder político desde adentro con ayuda de las ideas, o al menos de algunos aforismos, de Ayn Rand: el Tea Party Movement.

Asimismo, según la declaración de Yaron Brook, actual director del Instituto Ayn Rand, desde la elección de Obama *La Rebelión de Atlas* ha vendido más de 1.5 millones de copias. Nuevamente vemos como la influencia de Rand guarda una fuerte correlación con las crisis del sistema. Ayn Rand es, si nos permite la licencia, una escritora de la ruptura: su utopía está siempre más allá de las crisis del sistema capitalista y se asume como posibilidad eterna que es, más bien, imposibilidad histórica. Irónicamente, la voz de Ayn Rand, campeona del capitalismo, resuena con más fuerza en el momento de sus crisis.

Cabe en este punto hacer mención al famoso tratado de Sigmund Freud “El Malestar en la Cultura” [1929] en el que definió la cultura en oposición a las pulsiones agresivas y sexuales innatas al ser humano. En otras palabras, la cultura emerge allí donde el instinto animal del hombre es aplacado por las instituciones sociales. Abusando de la síntesis, el resultado último de esta dinámica es un sentimiento de culpa en los individuos que no pueden satisfacer sus pulsiones agresivas: la cultura acarrea el malestar de la bestia interior. Fuera o no conocedora de la obra de Freud, Rand parece compartir esta visión de la dinámica social al menos en tanto que reconocía y denunció la culpa que emerge de la sumisión a la cultura que en sus peroratas toma el nombre de “sacrificio”. Pero en lugar de limitarse a comprender clínicamente dicho sentimiento, Rand hizo un llamado a la rebeldía para superar la culpa adoptando el credo del egoísmo y a no sentirnos culpables por desear la satisfacción de nuestros deseos y, más aún, un llamado a hacer lo que sea necesario, a pesar del prójimo o de la cultura misma, para satisfacerlos. El mensaje es sin duda atractivo para todo aquel que ve frustradas sus aspiraciones por culpa de la sociedad y sus reglas “alienantes”, y tal era el sentimiento que millones de jóvenes norteamericanos compartían en las décadas de los 60s y 70s frente al colapso cultural materializado en la Guerra de Vietnam y, en menor grado, es el mensaje que muchos abrazaron después de la crisis financiera de 2008 y que ayudó a allanar el camino para el asenso de Donald Trump.

- o -

Pero sería un error reducir el influjo randiano a sus expresiones juveniles cuando la realidad y los derroteros que hemos recorrido a lo largo de las páginas de la presente tesis apuntan indefectiblemente a que la influencia de Rand ha sido más grande y más trascendental entre los círculos empresariales, independientemente de la edad de sus miembros. Paso con esto a

una ulterior respuesta a la interrogante sobre la influencia de Rand que apunta hacia la ruptura entre los intelectuales y la élite empresarial que caracteriza la situación social contemporánea. El hombre empresarial, embebido en las necesidades prácticas de los negocios, entregado a la “eficiencia” al extremo de no tener tiempo para abandonarse a las reflexiones filosóficas o el cultivo del sentimiento estético y preocupado por escalar la pirámide del poder económico, abre un abismo entre su vida práctica y las teorizaciones inútiles de la *intelligentzia* académica, optando en cambio por encontrar su “filosofía”, mejor dicho, su justificación *qua* empresarios, en un medio más “amigable”.

La ruptura entre el hombre práctico empresarial y el hombre teórico intelectual fue una preocupación presente para Ayn Rand. En una inversión de la lógica dialéctica materialista, la caída del capitalismo –del *laissez faire* del siglo XIX, se entiende– se debió al parecer de Rand a la falta de una filosofía que diera soporte a su programa político y económico. Obviando el hecho de que Rand ignoró todo el corpus de la economía y la filosofía política anglosajona al menos desde John Locke hasta la Sociedad Mont Pelerin, su obra se puede interpretar como un intento por construir dicha filosofía –una tarea que, por cierto, otro neoliberal influyente como lo fue W. Röpke explícitamente pretendieron llevar a cabo, en el caso del alemán, bajo el epíteto de una “filosofía para los nuevos ricos” (Slobodian, 2018:163)–. Desde la década de los 40s con la difusión de su “libro de texto del americanismo” –escrito originalmente para el panfleto oficial de la anti-comunista Motion Picture Alliance for the Preservation of American Ideals (ver *Capítulo I*)– hasta la publicación póstuma de *Filosofía ¿quién la necesita?* en 1982, Rand acometió la tarea de proveer a los defensores del capitalismo con una armadura intelectual ante los embates del pensamiento “colectivista”. La obra en la que esta intención se hizo más evidente fue su primer libro de no-ficción *Para un Nuevo Intelectual* [1961] al que hicimos referencia en el *Capítulo II* y que fue en gran medida una reacción de Rand ante la recepción adversa y la crítica que *La Rebelión de Atlas* despertó entre los intelectuales –entre los pocos, al menos, que se molestaron el leer la novela.

Dicha obra abre con una alegoría sobre la historia de la civilización en la que, con todo el maniqueísmo que caracteriza el pensamiento de Rand, la historia de Occidente es caricaturizada como un conflicto entre “los productores” –los empresarios– y dos figuras

antagonistas “Atila y el Médico Brujo” —o los gobernantes y los intelectuales, pertenecieran estos últimos a un monasterio o a una academia— en el que sus disputas guían los derroteros de la sociedad. En resumen, la dinámica de la historia queda reducida a este planteamiento: “la batalla de historia humana se pelea y es determinada por aquellos que son predominantemente consistentes, aquellos que, para bien o para mal, están comprometidos y motivados por la psico-epistemología que eligen y la visión de la existencia que tiene por corolario” (Rand, 1998:16).

El profesor Sciabarra (2013:353-79) analizó y ordenó este planteamiento histórico randiano resaltando la “primacía de la filosofía” en el proceso de la transformación social: “a diferencia de Marx, Rand no veía a la cultura como una ‘superestructura’ de las relaciones capitalistas. Más cercana a el paradigma weberiano, veía a la cultura como la base que provee el contexto amplio para las relaciones políticas y económicas”. La filosofía —las ideas—, a través de los “constructores de sistemas” cuyo mensaje es adoptado por filósofos, intelectuales y educadores para llevarlo a la consciencia del público mediante los medios masivos de comunicación, es *el motor de la historia*. Su convicción era tal que llega a postular la posibilidad de la predicción histórica, ya que “las condiciones existenciales de cada sociedad son precedidas y determinadas por el ascenso de cierta filosofía” (Rand, 1961:359). La historia, pensaba Rand (2009:214), “no es caos incomprensible regido por el azar y el antojo, las tendencias a largo plazo pueden ser previstas y pueden variar (...) si usted comprende la filosofía dominante de una sociedad, puede predecir su curso”.

Aludo a estas peroratas para resaltar el interés que la escritora tuvo en llenar el vacío y ayudar así al triunfo final de los empresarios y el advenimiento de la utopía capitalista. Pero antes que intentar “educar” a los empresarios, la impronta de Rand fue la de educar a los intelectuales para ponerlos al servicio de los empresarios. En otras palabras, no culpó a los empresarios sino a los intelectuales por su distanciamiento, ya que el primero habría cumplido, al parecer de Rand, de forma excepcional con la tarea de crear abundancia. Por su parte los intelectuales, empezando con Kant, se han alejado progresivamente de la razón “objetiva” y, sumidos en reflexiones improductivas, se han vuelto ciegos a los progresos de la civilización y el capitalismo, lo que explicaría la popularidad del pensamiento colectivista entre los académicos, o al menos eso creía Rand. Desde otra óptica, más relevante para las

presentes conclusiones, este intento por articular una “filosofía de la historia” explicaría porque la clase empresarial asimiló con tanta facilidad el mensaje de Rand que no era otro que “ustedes tienen la razón”.

Con esta observación volvemos a la conclusión de que la influencia de Rand debe mucho a su capacidad para alagar el sentido común, mismo que es reconocido como una virtud entre el gremio empresarial. Cualquiera que haya hojeado alguno de los profusos libracos con títulos como “las 10 leyes del éxito”, “los 20 mandamientos del empresario exitoso”, “las 30 reglas para triunfar en los negocios”, o cualquier longitud de listados sobre consejos para triunfar en el mundo empresarial –hay varios de éstos, por cierto, escritos por Donald Trump–, sabrá que el sentido común y la decisión rápida son indispensables en el juego de los negocios. La reflexión ponderada, la duda crítica, la profundidad analítica, todas propiedades de la verdadera reflexión filosófica, no tienen cabida en este mundo marcado por lo efímero y lo inmediato. El tiempo es dinero, reza el adagio empresarial. En contraste, la filosofía puede entenderse como un ir más allá de lo evidente, es el arte de trascender el sentido común, para lo cual hace falta tiempo y paciencia. No es rentable. Es por ello que el objetivismo no logra ser filosofía y que, al intentar salvar la brecha entre intelectuales y empresarios, Rand no lo hizo elevando a éstos a la altura del debate intelectual, sino reduciendo el debate al nivel de los negocios y la mercadería.

Y los hombres de negocios hacen lo que saben hacer mejor: vender. En este sentido, la influencia de Rand debe mucho al impulso de instituciones pro-empresariales entre las que destaca la Fundación para la Educación Económica (FEE) a la que nos hemos referido en los *capítulos II y V* de la presente tesis, organización que desde su fundación en 1946 se inspiró en las ideas de Rand siendo su fundador Leonard Read un declarado admirador de sus novelas. Por otro lado, la FEE jugó a finales de la década de los 50s un papel fundamental en la transformación de la Sociedad Mont Pelerin llevando el foco de sus disertaciones hacia la Universidad de Chicago y a tratar temas de interés para los empresarios norteamericanos como el monopolio (ver *Capítulo IV-A*). A pesar de un alejamiento temporal debido al irasible carácter de la escritora que no toleró las intenciones de la FEE tal y como las tradujeron Milton Friedman y George Stigler, después de la muerte de Rand la FEE continúa promoviendo sus ideas mediante cursos, conferencias y repartición de copias de sus obras.

Los principales organismos encargados de la difusión de su pensamiento en nuestros días son, no obstante, el Instituto Ayn Rand y la Atlas Society. Ambas instituciones, a las que nos hemos referido brevemente en la *Introducción* del presente estudio, fueron creadas tras la muerte de Rand con el fin de preservar su legado a través de cursos, conferencias, concursos de ensayo, cenas de gala, financiamiento de “intelectuales randianos” como Gloria Álvarez o María Marty y la impresión y distribución gratuita de copias de sus novelas. Tan sólo en el año 2009 el Instituto Ayn Rand repartió cerca de 347,000 copias de *La Rebelión de Atlas* de forma gratuita en preparatorias de los Estados Unidos y Canadá mediante un programa que incentiva a los profesores de literatura y filosofía a incluirla en su programa de estudios (Weiss, 2012:17). En una cena ofrecida en 2010 para recaudar fondos, el presidente de ARI Yaron Brook afirmó frente a un grupo de empresarios que “hoy estamos entregando trescientas cincuenta mil copias al año”.

Por su parte, la Atlas Society ha ayudado al aumento de las ventas de las obras de Rand mediante el “programa de estudios del objetivismo” financiado por el banco BB&T del empresario John Allison IV, gracias al cual el objetivismo pasó a formar parte del currículum de filosofía, entre otras, de la Universidad de Texas en Austin, con lo que la influencia de Rand en la academia ha logrado trascender los límites del *Journal of Ayn Rand Studies* cuya publicación corre a cargo de la Universidad de Pensilvania desde el año 2013. Una consulta rápida en el motor de búsqueda de JSTOR arroja el nada despreciable resultado de 3042 artículos relacionados con el nombre de Ayn Rand. Según los datos Weiss (2012:99), los ingresos en 2009 por aportaciones y donaciones del ARI fueron de 6.5 millones y de 1.1 millones para la Atlas Society. Un año más tarde los ingresos del ARI habían ascendido a 11.8 millones: “una vivida ilustración de la creciente popularidad del capitalismo radical”.

La lectura de Ayn Rand se ha difundido, asimismo, entre los círculos empresariales gracias a empresas que reparten copias de sus novelas entre sus empleados. Escalante (2015:174) recoge el caso del Saxo Bank de Dinamarca donde se han adoptado “las Siete Virtudes de Ayn Rand” y se reparten entre sus trabajadores cerca de 15,000 ejemplares al año de sus novelas. Aunque el profesor Escalante se cuida de no atribuir mérito filosófico o intelectual alguno al objetivismo, observa acertadamente que “no es marginal, no es cosa del

pasado” (Ibíd.). En efecto, en el año 2016 Rand fue nombrada por la revista *Vanity Fair* como la pensadora más influyente entre los líderes tecnológicos de Silicon Valley (Bilton, 2016e).

A la lista de organizaciones comprometidas con la difusión de las ideas de Rand podemos agregar el nombre del Instituto Cato, reconocido como número 15 de los laboratorios de ideas más influyente a nivel mundial en 2018 según el *Global Go to Think Thanks Index* de la Universidad de Pensilvania¹⁶², gracias a que el ya mentado banquero John Allison IV tomó la presidencia del mismo promoviendo la inclusión de Rand entre sus lecturas, a pesar de la amarga ruptura que la escritora tuvo con uno de los miembros fundadores del Instituto Cato, Murray Rothbard (*ver Capítulo II*). Asimismo, las ideas de Rand circulan a través de numerosos *think tanks* como el Instituto Adam Smith que desde el año 2012 lleva a cabo una conferencia anual en honor a Ayn Rand. No menos notable ha sido la difusión de la Heritage Foundation, una de las fundaciones de tendencia neoconservadora más influyentes de las últimas décadas en los Estados Unidos y que en 2011 apoyó el rodaje y tuvo una presentación especial para una versión cinematográfica –no muy exitosa– de *La Rebelión de Atlas*. Otros *think tanks* que sin especializarse en el pensamiento de Rand promueven sus ideas incluyen al Instituto Ludwig von Mises, la asociación Students For Liberty, la Reason Foundation, etc.

En resumen, no ha sido el resultado de una dinámica histórica impersonal, ni mucho menos a través de un diálogo intelectual fundamentado, sino gracias al esfuerzo de sus herederos intelectuales y de organismos empresariales comprometidos con la difusión del pensamiento libertario como la influencia de Ayn Rand ha crecido notablemente en los últimos años, siendo particularmente importante el caso de América Latina donde el individualismo no ha sido, a diferencia de los Estados Unidos, parte de la conciencia nacional. En nuestra región ha sido necesario educar una “nueva conciencia” y para ello han hecho falta “nuevos intelectuales” que, cual apóstoles de la fe, difundan su mensaje. Evidentemente, esta conciencia encuentra un suelo más propicio entre las clases empresariales acomodadas sobre todo allí donde el crecimiento del Estado alimenta el sentimiento de opresión del individuo o, más comúnmente, allí donde las reivindicaciones democráticas de las mayorías amenazan el poder económico de los pocos (*ver Capítulo V*).

¹⁶² [https://repository.upenn.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1017&context=think_tanks]

Cabe señalar en este punto que a pesar de sus peroratas anti-intervencionistas, el nombre del Instituto Ayn Rand figuró en la lista de beneficiarios del Paycheck Protection Program que la administración Trump puso en marcha durante la primera mitad del 2020 para ayudar a “pequeñas empresas” que sufrieron los estragos de la pandemia del Covid-19. Después de semanas de presión pública por la opacidad con que fueron gestionados dichos recursos, la lista de beneficiarios fue revelada a principios de julio¹⁶³. En otras palabras, parece que la coherencia no es indispensable para los promotores de las ideas de Ayn Rand, más preocupados por la supervivencia que por la integridad intelectual.

En sentido inverso, no es menos relevante la experiencia recientemente documentada por Hongoltz-Hetling (2020) en su libro sugerentemente titulado *A Libertarian Walks into a Bear*, en el que el periodista nominado al Pulitzer ofrece un recuento pormenorizado de los eventos acaecidos a partir del año 2004 en el condado de Grafton, New Hampshire, donde un grupo de libertarios inspirados por las obras de Ayn Rand puso en marcha el “Free Town Project” para la construcción de una comunidad libre de la coerción de los impuestos y el gobierno. En palabras de Hongoltz-Hetling (2020:90):

La meta última de los Free Towners se describe en la novela de Ayn Rand *La Rebelión de Atlas*, donde un valle oculto de industrialistas forma el barranco de Galt, una pícara sociedad regida por un mercado libre puro (...). Para los Free Towners de Grafton, la visión de Rand de una sociedad dirigida por el mercado fue lo que los impulsó a privatizar y desregular todo lo que pudieron (...). Contrariamente a las expectativas de los libertarios, sin embargo, la vida real en la ciudad libre parecía ser casi el opuesto de la visión ficticia de Rand (...). A pesar de varios esfuerzos prometedores, un robusto sector privado randiano falló en emerger para remplazar los servicios públicos.

Las funestas consecuencias de este experimento, a parte de un marcado deterioro de los servicios públicos en la comunidad de Grafton, incluyen el primer ataque registrado en décadas a un ciudadano norteamericano por un oso en el año 2012. En conclusión, demasiado apego a las ideas de Rand puede resultar fatal.

¹⁶³ <https://www.openculture.com/2020/07/the-ayn-rand-institute-takes-a-loan-from-paycheck-protection-program.html>

La lucha por la civilización, pensaba Rand, era una lucha por las ideas. La persuasión debe superar a la coerción en un mundo auténticamente liberal. El problema con este por lo demás sensato pensamiento es que la persuasión no se limita en ningún sentido realista a la ponderación y el diálogo respetuoso –que nunca fue una de las virtudes de la infalible Ayn Rand– sino que en la dinámica de la persuasión entran en juego millones de dólares e intereses ajenos a la razón y la verdad. No es, en otras palabras, la verdad sino la *veridicción* la que determina el curso de las transformaciones sociales y es por esto que no basta con revelar la falsedad de una ideología –como se intentó en los *Capítulos III y IV* de la presente tesis– sino que es necesario prestar atención simultáneamente a la estructura de poder al que justifica y que al mismo tiempo le da vigencia a dicha ideología con la ayuda de conspicuos gastos de promoción. “Las élites de las diferentes sociedades –observa Piketty (2019:20) – en todas las épocas y en todas las latitudes, han tendido a ‘naturalizar’ la desigualdad”; a lo que agrega más adelante respecto a la situación contemporánea que “un régimen tal de justificación de las desigualdades, que es a la vez hipermeritocrático y occidentalocéntrico, ilustra bien el deseo irreprímible de las sociedades humanas de dar sentido a sus desigualdades”. Y en pocos lugares como en las novelas de Rand esta naturalización meritocrática y occidentalocéntrica tiene una promotora tan elocuente. La influencia de Rand, en conclusión, no se debe a su poder persuasivo sino al poder económico que ha impulsado sus novelas y su mensaje central: “ustedes tienen la razón”.

En este sentido, la única fuerza que puede oponerse al adoctrinamiento por fortuna – de dinero, no de suerte–, al menos la más poderosa para aquellos que carecen de los medios monetarios, es la educación pública. Es por eso que tanto Rand como los activistas empresariales más involucrados en la “lucha por las ideas” se opongan, a diferencia de los liberales clásicos incluido Adam Smith, a la educación del Estado. Sin educación pública, la persuasión se vuelve una estrategia de negocios y el canon académico es desplazado por el canon de las ventas. En última instancia, llegamos a una situación que la profesora Wendy Brown ha llamado “el pueblo sin atributos” en una obra homónima (Brown, 2015), en la que la universidad pública ha sido despojada de cualquier significación social siendo reducida a un mero rol instrumental, el de la certificación, que erociona el valor de la democracia misma. La educación humanista es desplazada por la producción de capital humano en medio de esta batalla por la conciencia de la sociedad.

No quisiera concluir sin hacer alusión al ensayo “el capitalismo como religión” [1921] en el que el filósofo alemán Walter Benjamin se refirió al capitalismo como “un puro culto sin teología”: un culto culpabilizante, no expiatorio; fundado en la deuda y cuyo terror consiste en no tener descanso: el tiempo profano se traga al tiempo sagrado y lo abarca todo –“tiempo es dinero”–. Dios oculto no en el altar sino en un índice de precios de Wall Street.

Debido a lo temprano de esta reflexión iluminadora, por lo demás dotada de una vigencia remarcable, Benjamin desconocía que a lo largo del siglo XX un grupo de pensadores, en su mayoría economistas y abogados, dedicarían sus esfuerzos a construir esa teología ausente para el capitalismo. Evidentemente, en un mundo marcado por el progreso tecnológico tal teología debía quedar cubierta con el velo de la objetividad científica. Pero fue imposible que en sus momentos de mayor vehemencia, y sobre todo en la voz y pluma de sus más apasionados defensores, la verdad saliera a la luz. Así, encontramos en Friedrich von Hayek, no sin razón el más reconocido entre los pensadores neoliberales, una aproximación a las cuestiones económicas en las que el mercado aparece retratado como una entidad supra-humana dotada de atributos cuasi-divinos: poderoso, sabio, justo, proveedor de felicidad y manantial que permite florecer la vida. En una palabra: el mercado es Dios

Pero no sólo en Hayek se vislumbra esta ruptura de las fronteras entre lo profano y lo sagrado. En su *Historia Mínima del Neoliberalismo* (2015), el profesor Fernando Escalante dedicó algunas páginas a la figura de Ayn Rand a las que tituló “el mercado como religión” en las que enfatiza el carácter absoluto que Rand atribuyó al egoísmo como valor y su interpretación del mercado que lo eleva, al igual que Hayek, al nivel de una deidad que es justa y que premia a los mejores entre los miembros de su congregación. La única diferencia es que, cual Lutero de la economía, en Rand la iglesia se disuelve y ya no es el dios-mercado directamente a quien debe rendirse el culto sino a sus representantes en la tierra: los Atlas del capitalismo. No una teología, sino una Reforma para el capitalismo.

No es pues casualidad que el cenit de la popularidad de Rand, al menos en vida, se diera en un momento en el que las sectas religiosas en Estados Unidos vivían su propio auge. El “Colectivo” de Rand, de hecho, tuvo muchos de los rasgos de una secta incluidos la centralidad e infalibilidad de su profeta cuya palabra no admitía disputa y la propensión a los

cismas como el que en 1968 llevó a su disolución (ver *Capítulo II*). En el caso de Rand, evidentemente, cualquier alusión religiosa explícita estaba ausente, lo que no evita que, como lo observó Benjamin, “el Capitalismo sirve esencialmente para satisfacer las mismas necesidades, tormentos o inquietudes a las que antaño daban respuesta las llamadas religiones”. No se trató, en otras palabras, de una superación de las necesidades religiosas del ser humano, sino de una sustitución de su cura, un encubrimiento más bien, bajo el manto del éxito empresarial y la riqueza. Pero es más fácil para un camello entrar por el ojo de una aguja que para un pobre entrar al reino del capital.

Una ulterior observación de Benjamin en su breve pero profundo escrito sugiere que “habría que investigar metódicamente los lazos que desde siempre el dinero ha establecido con el mito a lo largo de la historia hasta que haya extraído para sí del cristianismo suficientes elementos míticos para establecer su propio mito”. En uno de los pasajes más reveladores de *La Rebelión de Atlas*, el llamado “monólogo del dinero de Francisco d’Anconia”, Rand transmite en las palabras de uno de sus personajes centrales una inversión de la conocida prédica cristiana según la cual “la raíz de todos los males es el amor al dinero” (Timoteo, 6:10); frente a la cual erige el nuevo dogma: “hasta que, y mientras no, descubras que el dinero es *el origen de todo bien*, estarás buscando tu propia destrucción” (Rand, 1957:92). Nuevamente vemos que no se trata de una superación del culto, sino de una reinterpretación que deja intacto su poder mítico. Pero si el dinero extrajo, como sugiere Benjamin, su mitología del cristianismo, de manera análoga Rand extrajo del dinero los elementos para crear su propio mito: el signo del dólar (\$) que siempre adornaba las solapas de sus vestidos. El signo que adoptó habría de trascenderla y continúa rondando el mundo a casi cuatro décadas de su muerte. El día de su velorio, junto al ataúd de Ayn Rand se colocó un adorno floral de dos metros de altura con la forma del signo de dólar que, al igual que la cruz, inspira en los fieles respeto y la esperanza en el paraíso prometido de los libres mercados. Una ilusión, sin duda, pero una ilusión que ha ayudado a moldear al mundo a imagen y semejanza de una novela.

Bibliografía

- Acemoglu, D.; J. Robinson (2013) *¿Por qué Fracasan los Países?* Crítica. Barcelona. España.
- Achterhuis, H. (2010) *Utopie van de Vrije Markt*. Rotterdam: Lemniscaat, 319 pp.
- Adams, S. B. (1997) *Mr. Kaiser Goes to Washington: The Rise of a Government Entrepreneur*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Aguirre, C. (2011) *Antimanual del Mal Historiador*. Contrahistorias. México.
- Alexandrov, V. (1969) *El Fin de los Romanov*. Editorial Bruguera. Barcelona, España.
- Ambrose, S. (1991) *Los Inicios de la Guerra Fría*. Comp. en Arriaga et al. (1991) *Estados Unidos visto por sus Historiadores*. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. México.
- Amin, S. (2015) *Rusia en la Larga Duración*. El viejo topo. España.
- Anderson, P. (2013) *Imperium et Consilium*. La política exterior norteamericana y sus teóricos. Ediciones Akal. España
- Arendt, H. (1976) *The Origins of Totalitarianism*. A Harvest book. Houghton Mifflin Harcourt Publishing Company, New York. EEUU.
- Armstrong, J. y A. Kahan (1983) *Entrepreneur Minorities in Imperial Russia*. Capítulo en Guroff y Carnstens (1983) *Entrepreneurship in imperial Russia and the Soviet Union*. Oxford University Press.
- Aron, R. (1984) *Dimensiones de la Conciencia Histórica*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Arriaga, V. A.; A. Grunstein; A. Moyano & A. R. Suarez (1991) *Estados Unidos visto por sus Historiadores*. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. México
- Bairoch, P. (2000) *Las grandes cesuras económicas y sociales*. En Ciocca, P. (2000) *La Economía Mundial en el Siglo XX*. Editorial Crítica. Barcelona. Pp 109-120.
- Bauman, Z. (2017) *La Globalización*. Fondo de Cultura Económica. México
- Bell-Villada, G. (2004) *Who Was Ayn Rand*. Salmagundi, No 141/142. Skidmore College. Pp 227-242.
- Bernstein, A. (2016) *Freedom Gradient in Ayn Rand Novels*. pp. 279-86, en Younkins, E. (Ed.) (2016) *Capitalism and Commerce in Imaginative Literature*. Lexington Books. EE.
- Bloch, M. (1949) *Apologie pour L'histoire*. Les classiques des sciences sociales, Cegep de Chicoutini. Francia.

- Block, W. (2005) *Ayn Rand and Austrian Economics*. Centenary Symposium. The Journal Of Ayn Rand Studies, N. 12, 2005. Pp. 259-69
- (2016) *Ayn Rand, Atlas Shrugged and Libertarianism*. pp. 269-78, en Younkings, E. (Ed.) (2016) *Capitalism and Commerce in Imaginative Literature*. Lexington Books. EE.
- Boetkke, P. (2005) *Teaching Economics Through Ayn Rand: How the Economy is Like a Novel and How the Novel Can Teach Us About Economics*. Centenary Symposium. The Journal Of Ayn Rand Studies, N. 12, 2005. Pp. 445-65
- (2007) *The Economics of Atlas Shrugged*. En Younkings, E. [ed.] (2007) *Ayn Rand's Atlas Shrugged: a philosophical and literary companion*. Roudlege, edit. EEUU.
- (2016) *Mises, Rand and the XXth Century*. George Mason University. Virginia. EEUU.
- Bogart, E. L. (1912K) *The Economic History of the United States*. Pyrrhus Press. EEUU
- Bosch, A. (1991) *Estados Unidos en los años treinta: ¿Un socialismo imposible?*. Historia Social, No. 11. Pp. 39-55
- (2005) *Historia de Estados Unidos: 1776-1945*. Crítica. Barcelona
- Bosthap, S. (2011) *Ayn Rand's Economic Thought*. The Journal of Ayn Rand Studies, Vol. 11, No. 1(July 2011), pp. 19-44.
- Branden, B. (1962) *Who Is Ayn Rand*. Random House. Nueva York. EEUU.
- (1986) *The Passion of Ayn Rand*. Doubleday & Co. Nueva York. EEUU.
- Branden, N. (1989) *Judgment Day: My Years with Ayn Rand*. Houghton Mifflin Press. EEUU.
- Braudel, F. (1970) *La Historia y las Ciencias Sociales*. Alianza Editorial. España.
- Brinkley, A. (1993) *The Anti-monopoly Ideal and the Liberal State*. The Journal of American History. Vol. 80, No. 2. Pp. 557-579. EE. UU.
- Brown, W. (2015) *El Pueblo sin Atributos*. Malpaso Ediciones. Barcelona. España.
- Bruckner, P. (2003) *Miseria de la Prosperidad*. Tusquets. Barcelona, España.
- Burgin, A. (2012) *The Great Persuasion: Reinventing free markets since the great depression*. Cambridge University Press. EEUU
- Burns, J. (2004) *Godless Capitalism: Ayn Rand and the Conservative Movement*. Modern Intellectual History. 1. Cambridge University Press. Pp. 359-385
- (2009) *Goddess of the Market: Ayn Rand and the American right*. Oxford University Press (e-book). EEUU.
- (2011) *The Root of All Good*. Journal of Cultural Economy, 4:3, Pp. 329-347.

- (2015) *The Three "Furies" of Libertarianism: Rose Wilder Lane, Isabel Paterson and Ayn Rand*. The Journal of American History. Oxford University Press. EEUU.
- (2017) *Rand Meets Reds*. Hoover Digest, 2017, No. 4, Otoño. Hoover Institution
- Butler, E. (2018) *Ayn Rand, an Introduction*. Institute for Economic Affairs. UK.
- Cain, E. (1963) *They Rather Be Right*. Macmillan. Nueva York. EEUU.
- Cain, L. P. (2010) *Entrepreneurship in Antebellum United States*. En Landes et al. (2010) *The invention of enterprise*. Princeton University Press. EEUU. Pp 331-366
- Carr, E. (1985) *¿Qué es la historia?*. Obras maestras del pensamiento contemporáneo, Planeta. México.
- (1998) *La Revolución Rusa: de Lenin a Stalin*. Editorial Altaya. Madrid, España.
- Chandler, A. (1959) *The Beginning of Big Business*. The Business History Review, Vol. 33, No. 1 (Spring, 1959), pp. 1-31
- (1965) *Railroads, Pioneers in Modern Corporate Management*. The Business History Review, Vol. 39, No. 1, Special Transportation Issue (Spring, 1965), pp. 16-40
- (1977) *The Visible Hand: Managerial Revolution in American Business*. Harvard University Press. EEUU
- Chandler, A., A. Franco, H. Takashi (1997) *Big Business and the Wealth of Nations*. Cambridge University Press. EEUU
- Chartier, R. (2005) *El Mundo como Representación*. Editorial Gedisa. México.
- Childs, R. A. (1994) *Liberty against Power*. Editado por Joan Kennedy Taylor. Fox & Willkes. San Francisco EE.UU.
- Chisala, C. (2013) *Barak Obama Vs Ayn Rand, the last battle for the soul of America*. Hoover Institute, Stanford University. EE. UU.
- Ciocca, P. (2000) *La Economía Mundial en el Siglo XX*. Editorial Crítica. Barcelona
- Clardy, A. (2012) *Galt's Gulch: Ayn Rand's Utopian Delusion*. Utopian Studies, Vol. 23, No.1. Penn State University. Pp 238-262.
- Cuevas, M. (2008) *Para una Antropología del Parásito Social*. Cuicuilco, vol. 15, núm. 43, mayo-agosto, 2008, pp. 11-31. Escuela Nacional de Antropología e Historia. México
- Croce, B. (1960) *La Historia como Hazaña de la Libertad*. Fondo de Cultura Económica. México.
- (2011) *Historia de Europa en el Siglo XIX*. Editorial Ariel. Barcelona, España.
- Dardot, P. & C. Laval (2013K) *La Nueva Razón del Mundo*. Editorial Gedisa. Barcelona, España.

- (2016K) *La Pesadilla que no Acaba Nunca*. Editorial Gedisa. Barcelona, España.
- (2018K) *El Ser Neoliberal*. Editorial Gedisa. Barcelona, España.
- De Cecco, M. (2000) “Triunfo y caída de la soberanía económica”. En Ciocca, P. (2000) *La Economía Mundial en el Siglo XX*. Editorial Crítica. Barcelona. Pp 83-90.
- Dower, J. D (2012) *Culturas de Guerra*. Pasado y presente. Barcelona
- Duggan, L. (2019) *Mean Girl, Ayn Rand and the Culture of Greed*. University of California Press. EEUU.
- Dykes, N. (2004) *Ayn Rand in England*. The Journal of Ayn Rand Studies, Vol. %, No. “ (Spring 2004), pp. 365-400.
- Eichengreen, B y P. Temin (2000) *The Gold Standard and the Great Depression*. Contemporary European History, Vol. 9, No. 2, pp. 183-207. EEUU.
- Elias, N. (2012 [1969]) *La sociedad cortesana*. Fondo de cultura Económica. México.
- Ellis, A. (1968) *Is Objectivism a Religion?* Lyle Stuart Publisher. Nueva York. EEUU.
- Escalante, F. (2015) *Historia Mínima del Neoliberalismo*. Colegio de México.
- (2019) *Así Empezó Todo. Orígenes del Neoliberalismo*. Ediciones Cal y Arena. México.
- Faulkner, N. (2017K) *A People’s History of the Russian Revolution*. Left Book Club (e-book).
- Farmer, A. (1996) *The Origins of American Civil War*. Hodder & Stoughton. Londres
- Febvre, L (1993 [1953]) *Combates por la Historia*. Editorial Planeta. Barcelona. España.
- Fekete, A. (2002) *Ayn Rand’s Hymn to Money*. Inaugural Lecture, Summer 2002, Gold Standard University.
- Ferguson, N. (2010) *El Triunfo del Dinero*. Random House Mondadori. México
- Fletcher, M. E. (1974) *Harriet Martineau and Ayn Rand: Economics in the Guise of Fiction*. The American Journal of Economics and Sociology. Vol. 33, No. Pp. 367-379
- Fogel, R. W. (1962) *A Quantitative Approach to the Study of Railroads in American Economic Growth: A Report of Some Preliminary Findings*. The Journal of Economic History, Vol. 22, No. 2 (Jun., 1962), pp. 163-197
- (1966) *Railroads as an Analogy to the Space Effort: Some Economic Aspects*. The Economic Journal, Vol. 76, No. 301 (Mar., 1966), pp. 16-43
- (1972) *Los Ferrocarriles y el Crecimiento Económico de Estados Unidos*. Editorial Tecnos. Madrid.

- Forrester, V. (2000) *El Horror Económico*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Foucault, M. (2007) *El Nacimiento de la Biopolítica*. Fondo de Cultura Económica. México.
- (2010a) *Las Palabras y las Cosas*. Siglo XXI editores. México.
- (2010b) *La Arqueología del Saber*. Siglo XXI editores. México.
- Freud, S. (1930) *El Malestar en la Cultura*.
- Friedman, M. y A. Schwartz (1963) *A Monetary History of the United States: 1867-1960*. Princeton University Press. EEUU
- Friend, I. & S. Schor (1959) *Who saves?*. Review of economics and Statistics, Vol XLI, no 2
- Galbraith, J. K. (1983) *El Dinero*. Ediciones Orbis. Barcelona
- (1986) *El Nuevo Estado Industrial*. Colección “Los grandes pensadores”, Sarpe. España
- (2011a) *Breve Historia de la Euforia Financiera*. Editorial Planeta. Barcelona
- (2011b) *Historia de la Economía*. Editorial Planeta. Barcelona
- Gandarilla, J. G. (2018) *Colonialismo Neoliberal*. Ediciones Herramienta. Buenos Aires, Argentina.
- Glatzer, B. (2004) *The Russian Subtext of Atlas Shrugged and Fountainhead*. The Journal Of Ayn Rand Studies, N. 11, 2004. Pp 195-225.
- González, P. (1971) *La Democracia en México*. Editorial Era. México.
- Graham, B. W. (2010) *Entrepreneurship in the United States, 1920- 2000*. En Landes et al. (2010) *The invention of enterprise*. Princeton University Press. EEUU. Pp 401-442
- Graham, M. (2010) *Entrepreneurship in the United States*. Capítulo 11 en Landes et al (2010) *The Invention of Enterprise*. Princeton University Press. EEUU. Pp 401-442
- Greenspan, A. (2009 [1961]) *Antimonopolio*. Compilado en *Capitalismo, el Ideal Olvidado*. Grito Sagrado Editorial. Buenos Aires
- Han, B. (2014) *Psicopolítica*. Herder Editorial. Barcelona. España.
- Harvey, D. (2005) *A Brief History of Neoliberalism*. Oxford University Press. Nueva York.
- Hayek, F. (1945) *The use of Knowledge in Society*. The American Economic Review, Vol. 35, No. 4. (Sep., 1945), pp. 519-530
- (2009) *Individualismo: el verdadero y el falso*. Unión, Edit. España.

- (2011 [1954]) *Camino de Servidumbre*. Alianza Edit.
- Heller, A. (2009K) *Ayn Rand and the World She Made*. Donbleday (e-book).
- Hilferding, R. (1973 [1912]) *El Capital Financiero*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Hinkelammert, F. (2007) *Hacia una Crítica de la Razón Mítica*. Arlekin. San José Costa Rica.
- (2018) *Totalitarismo de Mercado*. Ediciones Akal. México
- Hobsbawm, E. (2010) *Historiography*. Weidfeld & Nicolson. UK
- (2014) *Historia del Siglo XX*. Crítica, edit. Planeta. España.
- (2013) *La Era del Imperio*. Crítica, edit. Planeta. España.
- Hongoltz-Hetling, M. (2020) *A Libertarian Walks into a Bear*. Public Affaris, Hachette Book Group. Nueva York.
- Horwitz, S. (2005) *Two Worlds at One: Ayn Rand and Friedrich Hayek*. Centenary Symposium. The Journal Of Ayn Rand Studies, N. 12, 2005.
- Huberman, L. (1960) *We the People*. Monthly Review Press. Nueva York
- Hubert, J. J. (2013) *Why Ayn Rand is an Altruist*. Utrecht University Department of Philosophy School of Liberal Arts. Paises Bajos.
- Kahin, G. M. (1991) *La Política de Estados Unidos en el Periodo Posterior a Diem*. Comp. en Arriaga et al. (1991) *Estados Unidos visto por sus Historiadores*. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. México
- Kelley, D. (2011) *Ayn Rand and Capitalism, the Moral Revolution*. En *The Morality of Capitalism*, Students fo Liberty y Atlas Economic Research Foundation. John Palmer (Edit.). Jameson Books, Nueva York. Pp. 69-83
- (2013) *Myth #1. Ayn Rand Was an Elitist*. En *Myths about Ayn Rand*. The Atlas Society.
- Keynes, J. M. (1986) *Ensayos sobre Intervención y Liberalismo*. Ediciones Orbis. España.
- Labini, P. S. (2000) *Partidas Pasivas y Potencialidades Activas*. En Ciocca, P. (2000) *La Economía Mundial en el Siglo XX*. Editorial Crítica. Barcelona. Pp 61-70
- Lamoreaux, N. (2010) *Entrepreneurship in the United Stated*. Capítulo 10 en Landes et al (2010) *The Invention of Enterprise*. Princeton University Press. EEUU. Pp 367-400.
- Lenin, V. (1950 [1907]) *El Desarrollo del Capitalismo en Rusia*. Ediciones en Lenguas Extranjeras. Moscu, URSS.
- Long, R. T. (2005) *Praxeology, Who Needs It?* Centenary Symposium. The Journal Of Ayn Rand Studies, N. 12, 2005. Pp. 299-316.

- Marichal, C. (2013K) *Nueva Historia de las Grandes Crisis Financieras*. Editorial Debate. Buenos Aires. Argentina.
- Markevitch, A. y M. Harrison (2011) *Great War, Civil War, and Recovery: Russia's National Income, 1913 to 1928*. Preparado para la conferencia anual de la Nueva Escuela Económica de Moscú.
- Mayheu, R. (2005) *Ayn Rand and Song of Russia*. The Scarecrow Press. EEUU.
- McCarragher, E. (2018) *The World is a Business*. The Baffler, No.38 (Mar-Apr 18) pp. 40-49.
- McCloskey D. (2015) *Las Virtudes Burguesas*. Fondo de Cultura Económica.
- McConnell, S. (2010) *100 Voices: An Oral History of Ayn Rand*. American Library. Nueva York. EEUU.
- McElroy, W. (2011) *Russian Radical: Twenty Years Later* (Review). The Journal of Ayn Rand Studies, Vol. 15, No.1 (July 2915) pp. 107-116.
- Menger, C. (1986 [1871]) *Principios de Economía Política*. Biblioteca de Economía. Orbis. Barcelona. España.
- Meyer, J. (1997) *Rusia y sus Imperios*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Mirowski, P. & Plehwe, D. (2015K) *The Road from Mont Pelerin*. Harvard University Press. Massachusetts, EEUU.
- Mises, L. (1953 [1912]) *The Theory of Money and Credit*. Yale University Press. EEUU.
- (1968 [1922]) *Socialismo*. Instituto Nacional de Publicaciones de Buenos Aires. Argentina.
- (1985a [1957]) *Theory and History*. Foundation for Economic Education. EEUU.
- (1985b [1927]) *Liberalism*. Foundation for Economic Education. EEUU.
- (1996 [1936]) *The "Austrian" Theory of Trade Cycle*. En libro: *The Austrian Theory of Trade Cycle*. Richard Ebeling (comp.). Ludwig von Mises Institute. EEUU.
- (2015a [1949]) *Human Action: a treatise on economics*. Ludwig von Mises Institute. EEUU.
- (2015b [1920]) *Economic Calculation in the Socialist Commonwealth*. The Great Library Collection, R.P. Pryne. Toronto. Canadá.
- Nozick, R. (1971) *On the Randian Argument*. Pacific Philosophical Quarterly. No. 52 (29). Pp. 258. EEUU.

- (1988 [1973]) *Anarquía, Estado y Utopía*. Fondo de Cultura Económica. México.
- O’Gorman, E. (2006) *La Invención de América*. Fondo de Cultura Económica. México.
- O’Neill, F. W. (1971) *Whit Charity Towards None: An Analysis of Ayn Rand's Philosophy*. Littlefield, Adams & Co. Ohio. EEUU.
- Ortega, J. (1984) *Historia como Sistema*. SARPE. España.
- (2004-2010) *Obras Completas*. Taurus. Madrid, España.
- Patille, N. (2012) Ayn Rand Nation by Gary Weiss (Review). *The Journal of Ayn Rand Studies*, Vol.12, No. 2 (December 2012) pp. 279-282.
- Piketty, T. (2014) *El Capital en el Siglo XXI*. Fondo de Cultura Económica. México.
- (2019) *Capitale et Idéologie*. Editions du Seuil. Paris, Francia.
- Pirenne, H. (1939 [1933]) *Historia Económica y Social de la Edad Media*. FCE. México.
- Polanyi, K. (1973) *La Gran Transformación*. Juan Pablos Editor. México.
- Polanyi, K. L. (2018) *De la Gran Transformación a la Gran Financiarización*. FCE. México
- Popper, K. (1992) *La sociedad abierta y sus enemigos*. Editorial Paidós. España.
- Priestland, D. (2010) *Bandera Roja*. Editorial Crítica. Barcelona, España.
- Pizzigati, (2005) *Los Ricos No Siempre Ganan*. Capitan Swing. Madrid. España.
- Rand, A. (1961) *For the New Intellectual*. Signet, New American Library. EEUU.
- (1962 [1936]) *Los que Vivimos*. Círculo de Lectores. Barcelona, España.
- (1964K) *The Virtue of Selfishness*. Signet, New American Library. EEUU.
- (1975 [1969]) *The Romantic Manifesto: a Philosophy of Literature*. New American Library. New York. EEUU.
- (1998 [1962]) *The Ayn Rand Column*. Ayn Rand Institute Press. EEUU.
- (1992[1957]) *Atlas Shrugged*. Signet, New American Library. EEUU.
- (1995 [1936]) *We the Living*. New American Library. Nueva York, EEUU.
- (2005 [1957]) *La Rebelión de Atlas*. Grito Sagrado Editorial. Buenos Aires. Argentina.
- (2009K [1966]) *Capitalismo, el Ideal Olvidado*. Grito Sagrado Editorial. Buenos Aires. Argentina.
- (2016K [1938]) *Anthem*. Wisehouse Classics, Wisehouse. Suecia.

- Reed, J. (1985 [1950]) *Diez Días que Conmovieron al Mundo*. Biblioteca de Ciencias Sociales, Hyspamerica, Orbis. Madrid, España.
- Reisman, R. (2005) *Ayn Rand and Ludwig von Mises*. Centenary Symposium. The Journal Of Ayn Rand Studies, N. 12. Pp. 251-58
- Ridpath J. B. y J. G. Lennox (1976) *Ayn Rand's Novels: Art or Tracts? Two Additional Views*. The American Journal of Economics and Sociology. Vol. 35, No. 2
- Robbins, L. (1934) *The Great Depression*. Books for Libraries Press. EEUU.
- Robin, C. (2019K) *La Mente Reaccionaria*. Capitan Swing Libros. Madrid. España.
- Romer, C. D. (1992) *What Ended the Great Depression?* The Journal of Economic History. Vol 52. No. 4. Pp. 757-784.
- Romero, M. E. (2011) *Las Raíces de la Ortodoxia en México*. Economía UNAM, Vol. 8, No. 24. México.
- Rothbard, M. (1972) *The Sociology on the Ayn Rand Cult*. Center for Libertarian Studies.
- (2002) *A History of Money and Banking in the United States*. Ludwig von Mises Institute. EEUU
- Salsman, R. (2004) *What made the roaring '20s roar: The cause and consequences of the great depression*, part 1. The Intellectual Activist 18, no. 6, pp. 16–24.
- Schirmmacher, F. (2014) *Ego*. Editorial Ariel. España.
- Schlesinger, A. M (2003) *The Age of Roosevelt, the crisis of the old order (1919-1933)*. Mariner Books. Nueva York.
- Sechrest, J. (2005) *Alan Greenspan: Rand, Republicans and Austrians*. Centenary Symposium. The Journal Of Ayn Rand Studies, N. 12. Pp. 271-97.
- Sciabarra, M. (1999) *Revisiting the Rand Transcript*. Journal of Ayn Rand Studies. N.1.
- (2013) *Ayn Rand: The Russian Radical*. Pennsylvania State University Press. EEUU.
- Sciabarara, M., J. Sechrest (2005) *Ayn Rand among the Austrians*. Centenary Symposium. The Journal Of Ayn Rand Studies, N. 12, 2005. Pp. 241-50
- Shell, M. (2014) *La Economía de la Literatura*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Skinner, K., A. Anderson, M. Anderson (2003) *Reagan, A life in Letters*. Free Press, Nueva York.

- Slemrod, J. (1999) *The Economics of Taxing the Rich*. Prepared for the Office of Tax Policy Research conference “Does Atlas Shrug? The Economic Consequences of Taxing the Rich,” held in Ann Arbor, October 24 and 25, 1997
- Slobodian, Q. (2018) *Globalist. The end of the empire and the birth of neoliberalism*. Cambridge University Press. EE. UU.
- Sloterdijk, P. (2007) *En el Mundo Interior del Capital. Para una teoría filosófica de la globalización*. Madrid. España.
- Sogliani, F. (1970) *La Revolución Rusa*. Editorial Bruguera. Barcelona. España.
- Sombart, W. (2009 [1904]) *¿Por qué No Hay Socialismo en los Estados Unidos?* Capitán Swig Libros, S. L. España.
- Stein, J. (2011) *A Pivotal Decade*. Yale University Press. EE. UU.
- Stone, N. (2013) *Breve Historia de la Segunda Guerra Mundial*. Editorial Planeta. España.
- Suri, J. (2009) *The Rise and Fall of an International Counterculture*. The American Historical Review. Vol 114, No. 1. Pp. 45-68.
- Tello, C. (2003) *La política económica en México, 1970-1976*. Siglo xxi Editores, México.
- (2012) *La Revolución de los Ricos*. Facultad de Economía. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Thomas, G. & M. Morgan (1986) *El Día en que se Hundió la Bolsa*. Editorial Orbis. Barcelona
- Todorov, T. (2012) *Los Enemigos Íntimos de la Democracia*. Galaxia Gutenberg. España.
- Tuccille, J. (1969) *Spotting the News*. Rational Individualist – Mises Insitute.
- (1971K) *It Usually Begins with Ayn Rand*. Amazon [Kindle Edition].
- (2002) *Alan Shrugged: Alan Greenspan, the World's Most Powerful Banker*. John Wiley & Sons. Nueva York. EEUU.
- Vilar, P. (1999) *Iniciación al Vocabulario del Análisis Histórico*. Editorial Crítica. España.
- Walker, J. (1999K) *The Ayn Rand Cult*. Open Court. Chicago. EEUU.
- Wallerstein, I. (1988) *El Capitalismo Histórico*. Siglo XXI editores. España.
- Weiner, A. (2016) *How Bad Writing Destroyed the World: Ayn Rand and the literary origins of financial crisis*. Bloomsbury Academic. Nueva York. EEUU.
- Weiss, G. (2012K) *Ayn Rand Nation, The Hidden Struggle for America's Soul*. St. Martin Press. Nueva York. EEUU.
- Winkler, A. (2018K) *We the Corporations*. Liveright Publishing, Nueva York.

White, R. (2005) *Ayn Rand versus Adam Smith*. The Journal of Ayn Rand Studies, vol. 7, No. 1 (fall 2005), pp. 141-180.

Younkins, E. [ed.] (2007) *Ayn Rand's Atlas Shrugged: a philosophical and literary companion*. Roudlege, edit. EEUU.

----- (2016) *Capitalism and Commerce in Imaginative Literature*. Lexington Books. EEUU.

Younkins, E. (2005) *Menger, Mises, Rand and Beyond*. Centenary Symposium. The Journal Of Ayn Rand Studies, N. 12, 2005. Pp. 337-74.

----- (2013) *Economics in Ayn Rand's Atlas Shrugged*. The Journal of Ayn Rand Studies, Vol. 13, No. 2. Pp. 123-140

----- (2016) *Business in Ayn Rand's Atlas Shrugged*. pp. 303-30, en Younkins, E. (Ed.) (2016) *Capitalism and Commerce in Imaginative Literature*. Lexington Books. EEUU.

----- (2017) *Ayn Rand and Friedrich von Hayek: a comparison*. Libertarian Papers, Vol. 9 (1). Pp. 84-113.

Zamagni, S. (2013) *La Avaricia, pasión por tener*. Editorial Machado. España.

Zinn, H. (1999) *La Otra Historia de los Estados Unidos*. Siglo XXI editores. México

Zizek, S. (2002) *The Actuality of Ayn Rand*. Journal of Ayn Rand Studies, Vol. 3 (No. 2), Pp:215 – 227. Penn State University. EEUU.

Zuidhof, J. J. (2012) *Ayn Rand: Fountainhead of neoliberalism?* Krisis, Journal for contemporary philosophy. Amsterdam. Países Bajos.

e-Bibliografía

Bames, E. (2017e) *How Ayn Rand's 'elitism' lives in the Trump administration*. The Conversation. [<http://theconversation.com/how-ayn-rands-elitism-lives-on-in-the-trump-administration-74739>]

Bendfleht, J. F. (1982e) *Ayn Rand*. [<http://www.biblioteca.cees.org.gt/topicos/web/topic-508.html>]

Benjamin, W. (1921e) *El Capitalismo como Religión*. [<https://www.elviejotopo.com/topoexpress/el-capitalismo-como-religion/#:~:text=En%20primer%20lugar%2C%20el%20capitalismo,extrema%20que%20jam%C3%A1s%20haya%20existido.&text=El%20segundo%20rasgo%20del%20capitalismo,sans%20r%C3%AAve%20et%20sans%20merci.>]

Bilton, N. (2016e) *Silicon Valley's Most Disturbing Obsession*

[<https://www.vanityfair.com/news/2016/10/silicon-valley-ayn-rand-obsession>]

Burns, J. (2017e) *Ayn Rand is Dead, Liberals are Going to Miss Her*. The Washington Post. [https://www.washingtonpost.com/posteverything/wp/2017/03/03/ayn-rand-is-dead-liberals-are-going-to-miss-her/?noredirect=on&utm_term=.bd3c6d7f7b0b]

Cerruti, G. (2018e) *Argentina, Ayn Rand, Macri y Newman; el arquitecto*. Resumen Latinoamericano [<http://www.resumenlatinoamericano.org/2018/10/04/argentina-macri-ayn-rand-y-el-newman-el-arquitecto/>]

Childs, R. A. (1969e) *El Objetivismo y el Estado: carta abierta a Ayn Rand*.

Liberalismo.org

[<https://www.liberalismo.org/articulo/309/38/objetivismo/estado/carta/abierta/ayn/>]

Cowen, T. (2018e) *Who are the most underrated or overrated libertarian thinkers?*. Marginal Revolution.

[<https://marginalrevolution.com/marginalrevolution/2018/02/underrated-libertarian-thinkers.html>]

Golden, S. (1974e) *Why Greenspan Said 'Yes'*. The New York Times.

[<https://www.nytimes.com/1974/07/28/archives/why-greenspan-said-yes-why-greenspan-said-yes.html>]

Krugman, P. (2004e) *The Great Taxer*. The New York Times.

[<https://www.nytimes.com/2004/06/08/opinion/the-great-taxer.html>]

----- (2020e) *How Many Americas Would Ayn Rand Kill?* New York Times.

[<https://www.baltimoresun.com/featured/sns-nyt-op-how-many-americans-will-ayn-rand-kill-20201023-kxxl6mtckrbkzj662rfjejsdge-story.html>]

Lint, M (2011e) *How Reaganism Actually Started with Carter*. Wayback Machine

[https://web.archive.org/web/20110726164547/http://mobile.salon.com/politics/war_room/2011/02/08/lind_reaganism_carter/index.html]

Lozano, G. (2015e) *México ni es una democracia y menos una república*. Dominio Medios.

[<https://dominiomedios.com/mexico-ni-es-una-democracia-y-menos-una-republica/>]

McCloskey, D. (2018e) *Interview on Mexico and the Cultural Critique of Capitalism*.

[http://deirdremccloskey.org/docs/pdf/McCloskey_MexicanStudentInterviewApril2018.pdf]
]

Páramo, A. (2019e) *El emprendedurismo le da glamour a la precariedad*.

[<https://www.revistaarcadia.com/impresa/portada/articulo/el-emprendedurismo-le-da-glamur-a-la-precariedad-boaventura-de-sousa-santos/78712/?fbclid=iwar1jcwiytmu3bfwqdayln8-ihetex1n2rnd4r7dup7clcf7fmi7qffupebg>]

- Pardo, P (2018e) *Ayn Rand, la escritora fetiche de Donald Trump y Sylicon Valley*. El Mundo. [https://www.elmundo.es/papel/historias/2018/06/09/5b0d523b268e3ec87e8b45ac.html]
- Pruette, L. (1943e) *Battle Against Evil: The Fountainhead by Ayn Rand*. New York Times. [https://www.nytimes.com/1943/05/16/archives/battle-against-evil-the-fountainhead-by-ayn-rand-754-pp.html]
- Rand, A. (1974e) *Egalitarianism and Inflation*. Ayn Rand Institute. [https://courses.aynrand.org/works/egalitarianism-and-inflation/]
- (1980e) *Previously Unpublished Ayn Rand Letters (#2)*. Ayn Rand Insitute. [https://courses.aynrand.org/works/previously-unpublished-ayn-rand-letters-2/]
- Riggenbach, J. (2015e) *Estado, Utopía y Robert Nozick*. Centro Mises. [https://www.mises.org.es/2015/08/anarquia-estado-y-robert-nozick/]
- Rykachev, A. (1911e) *Precios de pan y trabajo en San Petersburgo durante 58 años / / Boletín de Finanzas*. 1911. № 31. [http://www.hist.msu.ru/Labour/Database/bor_base.htm]
- Shostak, F. (2007e): *Does the Current Financial Crisis Vindicate the Economics of Hyman Minsky?* Mises Institute [https://mises.org/library/does-current-financial-crisis-vindicate-economics-hyman-minsky]
- Steinsleger, J. (2019e-a) *Donald Trump y la “filosofía” de Ayn Rand*. La Jornada. [https://www.jornada.com.mx/2019/06/05/opinion/017a1pol]
- (2019e-b) *De los Nietos de Ayn Rand en América Latina*. La Jornada. [https://www.jornada.com.mx/2019/06/12/opinion/019a1pol]
- Vidal, G. (1961e) *Gore Vidal on Ayn Rand*. Esquire. [https://www.gorevidalpages.com/2011/04/gore-vidal-on-ayn-rand-one-for-one-and-none-for-all.html]
- Waxman, O. B. (2018e) *How Real History Shaped The Fountainhead and Kept Ayn Rand’s Fans Coming Back*. Time Magazine [https://time.com/5264912/ayn-rand-legacy-fountainhead/]
- Weigner, M. (2012e) *7 Pols who praised Ayn Rand*. Politico [https://www.politico.com/story/2012/04/7-pols-who-praised-ayn-rand-075667]
- Weiner, R. (2012e) *Paul Ryan and Ayn Rand*. The Washington Post. [https://www.washingtonpost.com/blogs/the-fix/post/what-ayn-rand-says-about-paul-ryan/2012/08/13/fd40d574-e56d-11e1-8741-940e3f6dbf48_blog.html?utm_term=.d23263fee663]
- Will, G. (2010e) *What the Tea Party Looks Like*. Chicago Tribune. [https://www.chicagotribune.com/opinion/ct-xpm-2010-05-27-ct-oped-0527-will-20100527-story.html]

Wolfe, A. (2015e) *Libertarianism's Iron Cage*. Commonweal Magazine
[<https://www.commonwealmagazine.org/libertarianisms-iron-cage>]

- 0 -

Ayn Rand Institute [<https://ari.aynrand.org/media-center/press-releases/2012/02/14/atlas-shrugged-still-flying-off-shelves>]

Ayn Rand Lexicon: Anti-concepts [<http://aynrandlexicon.com/lexicon/anti-concepts.html>]

Correspondencia de Ayn Rand y Leonard Read [1 de Agosto de 1946]
<https://history.fee.org/correspondence/ayn-rand-to-leonard-e-read-letter/>

Global to Go Think Thank Index. Universidad de Pensilvania.
[https://repository.upenn.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1017&context=think_tanks]

Huffpost: President Obama Says Ayn Rand Is For Teens Who Are ‘Feeling Misunderstood’ [https://www.huffpost.com/entry/president-obama-ayn-rand-misunderstood-teenagers_n_2019618]

Jusbrasil [<https://folhapolitica.jusbrasil.com.br/noticias/630908636/general-mourao-faz-referencia-marcante-da-filosofa-ayn-rand-ao-avaliar-a-condenacao-do-brasil-e-e-intensamente-aplaudido-veja-video>]

La Izquierda Diario: “La ultra derechista Gloria Álvarez es invitada a plenaria de diputados del PAN” [<https://www.laizquierdadiario.mx/La-ultra-derechista-Gloria-Alvarez-es-invitada-a-plenaria-de-diputados-del-PAN>]

Movimiento Libertario de México: “Semana de Ayn Rand”.
[<https://www.libertarios.info/category/eventos/semana-de-ayn-rand/>]

NewMedia, Universidad Francisco Marroquín: “Una conversación con Manuel Ayau”.
[<https://web.archive.org/web/20170108093615/http://newmedia.ufm.edu/video/una-conversacion-con-manuel-ayau/>]

Open Culture: “The Ayn Rand Institute Takes a Loan from Paycheck Protection Program: Like Rand Herself, Her Followers Don’t Walk the Talk”
[<https://www.openculture.com/2020/07/the-ayn-rand-institute-takes-a-loan-from-paycheck-protection-program.html>]

The Atlas Society [<https://atlassociety.org/about-us/about-us-archive/3816-what-we-stand-for>]

The Economic Performance Index (EPI): an Intuitive Indicator for Assessing a Country's Economic Performance Dynamics in an Historical Perspective Vadim Khramov and John Ridings Lee (2012)

The Economist: Atlas Felt a Sense of Déjà vu. [<https://www.economist.com/finance-and-economics/2009/02/26/atlas-felt-a-sense-of-deja-vu>]

The Guardian: “Greenspan: I was Wrong About the Economy. Sort of”.
[<https://www.theguardian.com/business/2008/oct/24/economics-creditcrunch-federal-reserve-greenspan>]

The Maddison-Project: [<http://www.ggd.net/maddison/maddison-project/home.htm>, 2013 version]

Wikipedia: List of People influenced by Ayn Rand.
[https://en.wikipedia.org/wiki/List_of_people_influenced_by_Ayn_Rand]

